

Revista Temas Número 53 enero-marzo 2008

Violencia y solución de conflictos

Miguel Eduardo Cárdenas Rivera [Colombia: guerra, conflicto histórico y solución política](#). No. 53 enero-marzo 2008

Avi Chomsky. [La vanguardia de la globalización: neoliberalismo y violencia en la zona bananera de Colombia](#). No. 53 enero-marzo 2008

Wenche Hauge. [Crisis políticas pasadas y presentes en Madagascar](#). No. 53 enero-marzo 2008

Rebecca E. Ángel. [Timor-Leste: contribuciones internacionales a un Estado débil](#). No. 53 enero-marzo 2008

Hedelberto López Blanch. [Cuba contra el apartheid](#). No. 53 enero-marzo 2008

Grupo de Estudios sobre Familia. [Violencia intrafamiliar en Cuba](#). No. 53 enero-marzo 2008

Juan Carlos Vegas. [Violencia contra la mujer: nuevas perspectivas de tutela](#). No. 53 enero-marzo 2008

Ovidio D'Angelo Hernández. [Manejo de conflictos en la gestión comunitaria y las relaciones intergeneracionales](#). No. 53 enero-marzo 2008

Pablo Rodríguez Ruiz. [Espacios y contextos del debate racial actual en Cuba](#). No. 53 enero-marzo 2008

Rafael Hernández. [El delito no existe. Entrevista a Nils Christie](#). No. 53 enero-marzo 2008

Mario Piedra, Alejandro Ramírez, Roberto Smith, Denia García Ronda. [¿Qué pasa con el cine?](#) . No. 53 enero-marzo 2008

Aurelio Alonso Tejada. [Diálogo con el Cardenal Jaime Ortega](#). No. 53 enero-marzo

2008

Rafael Acosta de Arriba. [¿Pasando de moda? Interioridades de una mutación.](#) No. 53
enero-marzo 2008

Julio Carranza Valdés. [El compromiso de la ciencia y la ciencia del compromiso.](#) No.
53 enero-marzo 2008

Ofelia Schutte. [La independencia del colonialismo: José Martí y los basamentos de la
nación cubana.](#) No. 53 enero-marzo 2008

Lázaro Blanco Encinosa. [Las canciones de los Beatles: mitos y realidades.](#) No. 53
enero-marzo 2008

Julio A. Díaz Vázquez. [Diez reflexiones sobre el socialismo.](#) No. 53 enero-marzo 2008

Jorge Luis Acanda González. [En busca de la cubanidad, de Eduardo Torres-Cuevas.](#) No.
53 enero-marzo 2008

Reinier Pérez-Hernández. [Del regreso de un libro.](#) No. 53 enero-marzo 2008

Colombia: guerra, conflicto histórico y solución política

Miguel Eduardo Cárdenas Rivera

Jurista. Centro Estratégico de Pensamiento Alternativo (CEPA), Colombia.

En la actual etapa histórica colombiana aparecen, entre muchas otras, dos explicaciones sobre la guerra como expresión del conflicto interno: 1) la visión de la élite sobre el peligro del comunismo y 2) su aceptación consuetudinaria del método de la violencia, aplicado con la intención de liquidar los conflictos sociales que amenazan con rebasar la institucionalidad. Como es sabido, en Colombia pervive el *orden* con la *violencia*. Los métodos de control y de dominación política persuasivos/disipativos ante su (in)eficacia dan paso o se combinan con los coercitivos/represivos, para mantener el *status quo*.¹

La derrota militar de una de las dos partes en conflicto conduciría necesariamente a una forma de dictadura; por tanto, la negociación política es la alternativa que podría permitir la construcción de una democracia real. Lo evidente es que el orden impuesto solo favorece a una ínfima minoría; no obstante, los privilegiados no pueden gozar del sistema que han constituido para preservar sus intereses: *su* orden genera veinte mil muertos al año, y condena a la postración moral y económica a más de las dos terceras partes de la población, estimada en 43 millones.²

La inercia histórica de la guerra

La violencia represiva opera históricamente como un mecanismo racional y planificado para contener cualquier intento de revolución, regular los cambios estructurales funcionales al régimen hegemónico, y gestionar el modelo de desarrollo forzado colombiano. En efecto, la invasión española ocasionó un genocidio de tres millones de indígenas que provocó la importación, como esclavos, de un millón de hombres capturados en África. La «Guerra de los mil días», entre 1899 y 1902, causó 180 000 muertos (4,3% de la población); la guerra civil de mediados del siglo xx conocida como «La Violencia» sumó 300 000 muertes (2,6% de la población) y dos millones de desplazados (17,4%). El conflicto social y político entre 1985 y 2006 ha generado 620 000 homicidios (1,5% de la población), 2 500 sindicalistas asesinados impunemente, 3 000 militantes de Unión Patriótica —por lo que la Corte Interamericana de Derechos Humanos condenó el Estado colombiano—, y 3,6 millones de desterrados y expropiados (8,6%), más cuatro millones de personas que decidieron buscar su destino fuera de Colombia.

La intervención imperialista por parte del gobierno de los Estados Unidos se expresa en la «ayuda militar» al gobierno para solucionar el conflicto interno mediante el llamado Plan Colombia. Si bien oficialmente se declara que no se trata de un plan de guerra, lo cierto es que procura implementar una acción contundente contra la insurgencia en el sur del territorio, y otra fase complementaria para *pacificar* el país. Por más discurso pacifista que lo sustente, el Plan Colombia es en verdad un plan de guerra, que se ejecuta en el marco de la «doctrina Bush» de lucha contra el terrorismo.³

La opinión constata que el gobierno no tiene la capacidad de orientarse en medio de la complicada situación, ni puede, *motu proprio*, adelantar las reformas que se necesitan. Estas se viabilizarían so pretexto de la negociación con la insurgencia y se concretarían como resultado de un supuesto y futuro «acuerdo de paz». ¿Cuáles son esas reformas? En la medida en que internamente no se tiene la capacidad para definir las y ejecutarlas, estas vendrán por cuenta y riesgo de la «comunidad internacional». Así como en materia económica el Fondo Monetario Internacional ya se hizo cargo de estos asuntos, en materia política y militar cada día se incrementa el «intervencionismo multilateral», bajo la batuta del Departamento de Estado norteamericano. En tanto se considera que el gobierno de Colombia no está en capacidad de propinar una derrota a las fuerzas insurgentes de las FARC, la ayuda militar no se le entrega sino que se ejecuta de manera directa.⁴

La mayoría de la población no está involucrada como combatiente en el conflicto bélico, más bien trata de escapar de la guerra. No hay conexión entre los cuerpos armados y el grueso de la población; no hay identidad ni simpatía con sus propuestas; no se piensa que la solución a la crisis nacional pueda provenir del triunfo de alguno de los bandos enfrentados. Las múltiples violencias se conectan unas con otras: la generada por las organizaciones armadas —que manejan sus propias estructuras financieras y captan ingentes recursos provenientes de diversas fuentes y actividades según su propia naturaleza guerrillera o paramilitar, y su intencionalidad, ya sea revolucionaria o contrainsurgente—, con la urbana, la juvenil, las milicias, los ajustes de cuentas, la producción y distribución de narcóticos —que equivale a casi 20% de la economía—,⁵ la de la pobreza, etc., conformando una espiral cada día más vertiginosa y abismal, a la que se suma la actividad económica expresada en un incremento de 6% del Producto Nacional anual, pero que se centraliza en pocas manos: se trata de un crecimiento concentrador, insostenible e inequitativo.⁶

Las instituciones colombianas se han creado en un ambiente de desconfianza: sus mandatos son cortos e irrelegibles. Por encima del Estado se encuentran múltiples grupos que piensan que tienen más legitimidad para defender los intereses del conjunto de la sociedad colombiana. La ilegitimidad del Estado colombiano también se mide por el terrorismo, al que apela de manera encubierta su aparato represivo,⁷ al punto de considerar que la mejor manera de acabar con los paramilitares es permitir que los militares atropellen los derechos civiles.

En lo estratégico, las organizaciones armadas han conquistado territorios en los que la ley del Estado no se aplica. No hay gobierno que pueda proyectar una política si no tiene algún apoyo de la opinión pública. Y para ello tiene que definir principios de largo alcance; no puede intentar aplicar modelos de pequeñas transacciones o acuerdos. El gobierno colombiano no debería depender de lo que opina la guerrilla, tendría que mostrar, con gestos simbólicos y medidas concretas, que tiene una orientación estratégica independiente de lo que acontece en la confrontación militar; pero no ha definido principios que no se negocian, ni ha contado con una política que no dependa de la actitud de la guerrilla. Es preciso separar el plano de los principios del plano de lo pragmático.

Por otra parte, la política presupuestal de los sucesivos gobiernos, tal como se expresa en los gastos militares anuales, es incongruente con un proceso genuino de paz.⁸ El pago a la deuda externa e interna equivale a siete veces lo que se destina a la salud y la educación.

Ha sido advertida la dificultad para impulsar una negociación con el principal grupo insurgente —las FARC—, dada la contradictoria orientación de los gobiernos en lo que se refiere a establecer una agenda para transformar el país, y sobre esa base discutir a fondo lo que pudiera ser un nuevo Estado social para definir el futuro del cambio. Los gobiernos, sin excepción, hacen una política social de contenido regresivo en contravía a una propuesta democratizadora. Es la acción gubernamental la que termina por destruir —en su confrontación con el movimiento obrero— sus conquistas, y agrava el problema de la educación, de la salud, etc. Pero lo más preocupante es que es la misma institucionalidad vigente la que coloca en serias dificultades a sectores medios y populares de la población para resolver su problema económico, en tanto incentiva a los ricos, a los poderosos; de tal manera que resulta incongruente —en términos absolutos— que mientras se aplica una política social regresiva, se pretenda sentar las bases para una eventual iniciativa acordada para que el país se transforme a través de una negociación.⁹

Viabilidad estructural de un proceso de paz

Es preciso interrogarse acerca de la viabilidad estructural de un proceso de paz. La pobreza no es la explicación absoluta de la violencia que azota a Colombia desde hace más de seis décadas. Tampoco lo es una cierta condición cultural acompañada de una predisposición genética al uso irracional de la fuerza. Entre los dos extremos interpretativos hay un hecho irrefutable: el crecimiento y concentración de la riqueza, el aumento de la pobreza y la mayor violencia contra las poblaciones más vulnerables socialmente, conforman el retrato de la sociedad colombiana.

En Colombia se profundiza una tendencia histórica a la desigualdad social. El país ostenta uno de los coeficientes Gini más altos de la región.¹⁰ Este indicador llega al 0,576 reconocido internacionalmente. Existen casos aberrantes como el del capital bursátil, cuyo 79,9% está concentrado en los veinte mayores accionistas de cada empresa, y 0,21% de la totalidad de los accionistas del país. Algo similar ocurre con la propiedad agraria: 2 428 propietarios públicos y privados poseen 53,3% del territorio registrado catastralmente, es decir, 44 millones de hectáreas, para un promedio de 18 093 por propietario, un territorio seis mil veces más grande que el minifundio de tres hectáreas en el que viven 2,2 millones de colombianos.

En los inicios de la década de los 80, el porcentaje del valor agregado apropiado por los trabajadores en el PIB era de 44%; actualmente viene cayendo de manera acelerada: en el año 2000 esta participación fue de 36,5% y en 2006 alcanzó su nivel más bajo, 32,5%. Ello significa que en las dos últimas décadas los asalariados perdieron 11,5 puntos en la apropiación de la riqueza anual, generada por ellos mismos.

El gobierno argumenta que el promedio de crecimiento económico ha tenido efectos significativos en la reducción de la pobreza en casi 10 puntos porcentuales, en lo que va del siglo XXI (de 58% a 49%). Más de dos millones de personas habrían salido de la pobreza. Pero la verdadera causa de este descenso debe buscarse en los impactos de la guerra, esto es, en la eliminación y la desaparición física de cerca de cuatro millones de personas, en su mayoría pobre, y en la diáspora de aproximadamente cinco millones de colombianos dispersos por el planeta.¹¹ Estos trabajadores envían a sus familias remesas por más de cuatro mil millones de dólares anuales, el segundo renglón en ingreso de divisas al país. Este dinero, una vez descontados los costos financieros, es utilizado para aliviar las necesidades básicas de sus familias.

En las zonas rurales, la población sufre la peor parte del enfrentamiento bélico. Durante el período analizado, perdió diez puntos porcentuales en su participación en

el total nacional: según el censo de 1985, representaba 35%; en el de 2005 cayó a 25%. Todo esto, resultado del destierro y expropiación asociados a la guerra, a la consolidación de poderes regionales-paramilitares, a la presencia directa de empresas transnacionales y la invasión de tropas estadounidenses, a la ejecución de megaproyectos en marcha y a la pérdida progresiva de ingresos de los pobres del campo. Actualmente, el destierro y la expropiación afectan a alrededor de cuatro millones de personas. De la mano de esta guerra en contra de los pobres del campo, la concentración de la propiedad rural es alarmante. El vuelco en la distribución de la tierra, según datos de las autoridades catastrales, ha sido abrumador: en el último cuarto de siglo la gran propiedad (más de 500 hectáreas) pasa de controlar 47% a 68% de la superficie catastrada; entre tanto, la pequeña propiedad cae de 15% a 9%.

Para apreciar la distancia entre ricos y pobres habría que anotar que los colombianos más ricos tienen 46 veces más que los más pobres. En Japón, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Suecia, Reino Unido y Alemania, esa relación es de solo seis veces, entre unos y otros. América Latina es la región con más alta concentración de la riqueza y el ingreso en el mundo, y en ella sobresalen Brasil y Colombia por el alto nivel de desigualdad.

En la distribución del ingreso, 38% va a los asalariados y el 62% restante está constituido por las ganancias del capital e ingresos del Estado. El gobierno controla 36% del PIB y ocupa 10% de la fuerza laboral, o sea, 1,3 millones de empleados. Su acción redistributiva, a través del gasto social, es inferior a 15% del PIB. La mayor parte de ese gasto corresponde a la burocracia del nivel central y menos de 15% a la inversión. La estructura impositiva en Colombia es bastante regresiva (más concentrada en impuestos indirectos —IVA— que en directos a la propiedad y el ingreso); los niveles de evasión y elusión de los grandes grupos económicos alcanzan 3% del PIB. Por lo anterior, la función redistributiva del Estado es mínima y no logra afectar los altos niveles de pobreza.

Actualmente, la pobreza presenta un perfil distinto al de hace treinta años. Es más urbana, con niveles de educación más altos y con mayores expectativas. Colombia, al igual que todas las sociedades capitalistas, genera amplias expectativas consumistas en sectores populares, sobre todo en los jóvenes, que no pueden satisfacer debido a la injusticia social y la desigualdad en la distribución de las oportunidades, lo que se convierte en un caldo de cultivo para la violencia.

La historia colombiana demuestra que el mayor gasto en la guerra no soluciona la violencia. Esta se volvió una forma de funcionamiento de la sociedad colombiana, y ha propiciado redes diversas de influencia

y presión sobre la población. La violencia es parte de los negocios en el país, de los cuales participan no solo los directamente vinculados con ella, sino empresarios, comerciantes, terratenientes y políticos. Mueve, por lo menos, 8% del Producto Nacional (sumando el gasto público y privado) y emplea a 5% de la fuerza laboral, entre los distintos mercaderes de la guerra, profesionales de la seguridad nacional, diversidad de ejércitos y cuerpos de seguridad privada. El país tendría que preguntarse, si alcanzamos la paz, dónde ubicará a los más de 600 000 empleados de la guerra.

Existe además un nexo entre clientelismo, corrupción y mafia, que fungen como fermentos de la violencia. La corrupción resulta ser otra relación de intercambio, como el clientelismo, y ambos representan una privatización de la política claramente contraria a los principios y a las reglas de la democracia, que se constata en los fenómenos de corrupción en el alto gobierno, y en el tráfico de influencias que caracteriza, por ejemplo, el uso de los fondos públicos destinados a obras y servicios sociales en los municipios y regiones y la red de asistencia social, que maneja un considerable presupuesto para hacer inversiones.

Más allá de la consonancia de las cifras de pobreza y de violencia, y de los factores coadyuvantes referidos anteriormente, hay un matiz que escapa a los analistas: la pobreza es, en sí misma, violencia. Y su presencia resulta tan ominosa que en buena parte de nosotros actúa como freno a las iniciativas para construir un país que supere el atraso productivo, la concentración de la riqueza, la iniquidad y la injusticia social.

El sistema societal colombiano se levanta y reproduce mediante la exclusión y la existencia de un Estado patrimonial al servicio de las élites y grupos de poder. Una organización social de estas características requiere, para mantenerse, de una alta dosis de violencia y represión. La pobreza no genera la violencia, la pobreza es, en sí misma, violencia. Violencia social. El violento es un sistema que excluye, oprime y reprime. El gasto militar es parte de las condiciones de producción y de reproducción, la esencia del «ambiente de los negocios», el instrumento para crear las condiciones y mantener el «clima para la inversión». No afecta, sino que es condición estructural para el funcionamiento del oprobioso sistema vigente y de sostenimiento del inaceptable *status quo*. Por eso, mientras se habla de paz, la guerra se agudiza.

La situación actual es muy complicada. Hay más gente combatiendo y dispone de mejores equipos. Se ha derramado más sangre y hay aún más sangre en juego. El aumento de la ayuda norteamericana le ha infundido al ejército un ánimo triunfalista, por primera vez en muchos años, y en esas condiciones los militares querrán más victorias armadas que estarán a su alcance

por los nuevos equipos de alta tecnología y los asesores. Por otra parte, el fortalecimiento del ejército podría obligar a la guerrilla a reconsiderar sus opciones y a optar por una negociación con el gobierno.

Colombia sigue siendo uno de los países incapaces de elaborar una historia común, en lo que se refiere a los episodios violentos. No existe todavía una historia integrada por los colombianos de «La Violencia» de los años 50. No hubo esa capacidad de recuperar el momento del negativo, como decía Hegel, dentro de una construcción narrativa ampliamente reconocida. Lo que supone un debate sobre las responsabilidades. Frente a la violencia actual tendrá que haber un tribunal para juzgar las responsabilidades; un tribunal moral, pero también uno para condenar las atrocidades.

Lo que dificulta todo es la profunda desconfianza en el Estado enraizada en el legado decimonónico, por lo cual la Colombia política vive más a la hora del siglo XIX que a la del XXI. Al mismo tiempo, todos se refieren al «Estado de derecho», pero sin Estado, sin creer en su existencia. Hay razones para desconfiar: desde la corrupción hasta la tolerancia de parte de ciertos sectores con los paramilitares. Pero tampoco se puede olvidar que son muchos los individuos y grupos democráticos dentro del Estado. En el fondo, Colombia continúa siendo una sociedad liberal, donde la libertad se define negativamente contra el Estado. Así que la mayoría acepta ciertas formas de privatización estatal. Una vez más, la tarea es desprivatizar un poco. Es decir, volver a poner al Estado en su lugar, con tal que se transforme y se democratice. Tal vez la «desprivatización» sea el camino, a falta de Estado, para retomar los derechos humanos y conformarse en serio con un nuevo derecho internacional. El problema es volver a construir un espacio público. O tal vez construirlo simplemente, pues se puede dudar sobre su existencia.

Todos los actores con poder (territorial, financiero, armado) son, de alguna manera, actores políticos reconocidos. Pero no basta tener poder para ser plenamente un actor político en sentido democrático. En este caso, se necesita, además, un esfuerzo de «desprivatización»; es decir, aprender que no se puede ser reconocido como tal en tanto se piensa tener derecho a aplicar la justicia en nombre de todos, bajo intereses ocultos y crímenes atroces.

Es un problema de principios y también de circunstancias. No se debe olvidar que, para lograr mayor peso en la negociación, el gobierno tiene que conseguir apoyo internacional, pues la opinión mundial cuenta hoy y acude mucho más a la idea de un deber de intervención internacional. Los casos de Kosovo e Iraq han creado un precedente que no deja de influir en las márgenes de maniobra del gobierno colombiano. Lo más probable, para orientar el proceso, es que se

Más allá de la consonancia de las cifras de pobreza y de violencia, hay un matiz que escapa a los analistas: la pobreza es, en sí misma, violencia. Y su presencia es tan ominosa que en buena parte de nosotros actúa como freno a las iniciativas para construir un país que supere el atraso productivo, la concentración de riqueza, la iniquidad y la injusticia social.

busque cómo concebir responsabilidades políticas bajo el control de las normas democráticas de la sociedad en su conjunto.

La ilusoria solución política por vía constituyente

El propósito del constitucionalismo es administrar la polémica material de la vida cotidiana, a fin de imponer un orden racional, un esquema normativo que despliegue principios y procedimientos de asignación de recursos y de solución de conflictos a través de múltiples niveles y sectores de la sociedad. Las Cartas constitucionales o Leyes fundamentales bien pueden resultar obras de la razón, y su lenguaje aparece con frecuencia como el ejemplo arquetípico del discurso racional que describe las cosas como deben ser y no como son. Pero su dinamismo central, su energía, es el conflicto civil, la batalla social, mucho más que el contrato social. Y el Derecho mismo, a causa de su textura abierta,¹² debe ser visto en lo sucesivo dentro de una perspectiva estratégica opuesta a los enfoques contractualistas y funcionalistas aún dominantes en el reino de la jurística. De lo contrario, no es posible dar cuenta del carácter complejo, heterogéneo, rebelde, de las relaciones sociales que el Derecho pretende concertar. Solo mediante una nueva concepción del Derecho y del constitucionalismo, que se abre paso ya en el ancho mundo de las ciencias humanas, parece factible captar la naturaleza intrínsecamente estratégica, o sea, esencial y relacional de lo social.¹³

Contra la creencia subyacente de muchas escuelas de pensamiento jurídico, el Derecho no es la paz sino la guerra, la guerra ritual. Y el dominio del Derecho es el de un saber polémico, una retórica estratégica, una gramática de y para la guerra civil que es la vida cotidiana. El culto al orden, al apelar sin tregua y sin pausa al círculo vicioso del reformismo constitucional, y bloquear así el acceso del pueblo y de terceras fuerzas al Estado, ha transformado a Colombia en una sociedad violenta, que recurre una y otra vez a la guerra política (lucha bipartidista, bandidismo popular, guerrilla ideológica) en busca de participación en la distribución

de poder, recursos, oportunidades y responsabilidades para todos. Y sin embargo, esta dinámica ayuda a comprender por qué el país no ha tenido una tradición significativa de caudillismo y militarismo, a diferencia del resto de Hispanoamérica, a menos que se acepte que el formalismo jurídico es tan solo una forma subliminal de caudillismo.¹⁴ En una sociedad como la colombiana, la Constitución suministra una serie de pistas indispensables para armar el rompecabezas del poder político. En ella, los legisladores, que no han sido sino las voces y las manos de unos hechos, un pensamiento y una voluntad de sometimiento, han escrito los principios básicos con los que buscan dar legitimidad a un poder nacido de la usurpación y la degradación.

En los prolegómenos de la reforma constitucional de 1991 se advirtió cómo en Colombia la necesaria ruptura entre la realidad y los principios de la «democracia burguesa», llevó a consagrar los artículos constitucionales y las normas que permiten vivir en un régimen de excepción, como los pilares de la vida jurídica. Por consiguiente, la Constitución nunca logró su vigencia política efectiva. En su reemplazo, la sinrazón militar impuso su particular código para resolver los conflictos de poder durante las guerras civiles, o para responder a la protesta popular a partir del Frente Nacional.¹⁵ Esta situación obliga a los movimientos populares a conocer la Constitución y las leyes para poder avanzar, no porque en ellas encuentren su realización, sino porque integran uno de los puntos que por su ambigüedad representa el talón de Aquiles del poder político dominante en Colombia.

La imposibilidad de cumplir su propia Constitución y de respetar las conquistas populares que ha asimilado y neutralizado reduciéndolas a la categoría de norma, coloca al gobierno ante la inevitable pérdida de legitimidad. Es un desgaste que tiene importantes repercusiones políticas, pues ayuda a desnudar la verdadera naturaleza de la opresión, y favorece el fortalecimiento de una alternativa popular. Colombia sigue teniendo una Constitución que no se cumple, que no se puede cumplir, pero que si se cumpliera lo único que lograría sería solidificar una sociedad sin perspectivas para los que actualmente no las tienen. A pesar de ello

y como una paradoja, el hecho de su incumplimiento abre un terreno de lucha, al enfrentar el poder con sus propias incongruencias. No hay cambios sustanciales en cuanto al papel del constitucionalismo en la realidad institucional y material colombiana.

La «construcción del posconflicto»: una salida institucional

El debate sobre el posconflicto¹⁶ tiene una gran pertinencia en los momentos actuales por la situación frente a los mecanismos y procedimientos para dar terminación al conflicto, de acuerdo con las expresiones y programas de acción presentados por el Estado colombiano. Tal situación está ratificada por el hecho de que este carece del monopolio de la coerción y de la recaudación tributaria. Esta situación provoca la incapacidad de construir un orden y, con ello, de hacer cumplir las leyes de manera efectiva.

El conflicto en Colombia es tanto un problema práctico como conceptual, y por ello hay quien asevera que necesita madurar y llegar a una situación estratégica en la que las posturas sean claras y las posibilidades de encontrar una salida negociada estén en posición de facilitar una negociación directa. El problema se agrava ante el unanimismo en las relaciones internacionales de apoyar la lucha antiterrorista, lo que implica enfatizar la búsqueda de la seguridad dejando de lado los derechos humanos. Este enfoque es contrario a la búsqueda de alternativas como las que propone el Foro Social Mundial.

En Colombia se ha presentado un rebrote de la necesidad de repensar la paz, dada la política gubernamental de acabar con la insurgencia sin solucionar las causas efectivas del conflicto. Esto lo ratifica el criterio del presidente Álvaro Uribe (2002-2010) quien sostiene que en el país no existe ningún conflicto armado.

Una primera salida del conflicto se puede buscar a través del «fortalecimiento institucional», propinando una derrota a los Señores de la guerra,¹⁷ y apostar por la ampliación de la institucionalidad de la sociedad colombiana. Este procedimiento tiene como objetivo lograr la estabilidad política del Estado y crear los mecanismos para mantener la seguridad, como principio del libre ejercicio de la ciudadanía. En ese sentido, se argumenta que no pueden existir derechos ni garantías políticas, sociales, económicas o culturales, sin una estructura que aporte los elementos mínimos de la seguridad, para que todos puedan vivir sin el temor a ser secuestrados, asesinados o asaltados.

Una segunda variante puede denominarse «el posconflicto como ampliación de la democracia», y

acude a una idea muy importante en el contexto de la lucha antiterrorista, expuesta por Fareed Zakaria,¹⁸ que consiste en que la única forma de mantener las libertades y las garantías institucionales para las sociedades amenazadas por el terrorismo es fortalecer y ampliar la democracia, pues solo en la medida en que las responsabilidades colectivas crezcan, crecerán los mecanismos institucionales y se cercará el espacio para la violencia y el desorden social. No es posible un posconflicto pensado sin una democracia fuerte y activa, y para tal efecto el camino del fortalecimiento institucional es ineludible. La ampliación de la democracia y la construcción de una institucionalidad fuerte implica que las negociaciones sobre el conflicto en las «élites dirigentes y las de los grupos alzados en armas, sean agendas realistas».

Una tercera se puede calificar como de «llamado al realismo». Esta variante está compuesta por dos partes: una que muestra que el Estado colombiano es el producto de una larga experiencia histórica de fragmentación territorial e institucional, y de una extensa división social donde la inexistencia de una sociedad nacional es amortiguada por una gran red de islas de legitimidad. Tales islas son territorios claramente delimitados, más identificados con zonas urbanas, y que han convertido al Estado en una entidad básicamente urbana, imposibilitado para una integración nacional en todo sentido. La otra parte de este argumento se dirige a plantear que el Estado colombiano debería evaluar las posibilidades militares reales de conducir el conflicto dentro de sus propios planes y la forma en que puede llevar a los grupos alzados en armas a la aceptación de una negociación de paz y la consecuente desmovilización. Este aspecto implica que el Estado debe hacer evaluaciones reales de las condiciones del conflicto y en qué medida le son favorables o desfavorables para imponer una institucionalidad y un orden posibles. Tales demandas de evaluación traen tareas adicionales con respecto a los efectos de las relaciones entre economías ilícitas y grupos armados, y el espectro de la política internacional que coadyuve al desarrollo de un proceso de paz y estabilización real del país.

Una cuarta es la «tradicional», que insiste en una solución radical a las «causas que originan el conflicto». Está construida sobre dos argumentos: la pobreza y los desajustes estructurales, que muestran la posibilidad de que la violencia sea perpetua, y en cierta medida justificada, por esta misma naturaleza. Esto hace insostenible cualquier proceso de negociación de la paz y de creación de una situación de posconflicto. Uno de los elementos más sorprendentes entre los argumentos tradicionales es que resurja el «problema agrario» cuando el país, en la actualidad, es urbano en más de 76%.

Es preciso abordar tres temas adicionales, determinantes para la comprensión del problema del posconflicto. Uno es el de las economías ilícitas, en especial aquellas relacionadas con el narcotráfico, el tráfico ilegal de armas y el de servicios sexuales, tres actividades altamente florecientes en Colombia. Un segundo tema de alta sensibilidad es la incapacidad de los grupos armados para reconocer el apego de la mayoría de la sociedad a una cierta institucionalidad, haciendo que la violencia se justifique en sí misma. Y un tercer asunto es la dimensión internacional de las transformaciones internas de Colombia, tanto con respecto a los países más desarrollados, como a los más pobres, y los que la rodean.

Igualmente es importante el tema de la economía, junto con el de la estructura empresarial existente en Colombia, justificado en sí mismo por la necesidad de generar riqueza y modelos de transformación social autosostenidos.

En conclusión, el asunto del posconflicto aún se manifiesta como un tema teórico y no como una opción política precisa. Para llegar a una situación definida de posconflicto es necesario reconocer las realidades del cambio político e institucional del Estado y la sociedad colombianos. Y también reconocer que la violencia es parte de una profunda tradición anti-institucional que impide llegar a acuerdos y procedimientos políticos determinados, y afina las posiciones de los grupos armados ilegales en una trinchera de interpretación «verdadera» de la realidad.

La rasgada hoja de ruta

¿Cuáles son los elementos que están en la base de la construcción del posconflicto en Colombia? El primero se centra en el carácter del conflicto armado —cómo está estructurado—, para evidenciar las exigencias y condicionamientos de la construcción de una paz estable. Existen limitaciones de los procesos de paz que determinan que deriven en posconflictos parciales. No se pueden desconocer los retos de las fuerzas sociales en un proceso de paz, tratando de responder a uno de los déficits más evidentes de estas hasta hoy, el de la participación: definir lo que podría ser el objeto del conflicto armado y, por ende, el de la negociación (el poder), y bosquejar los núcleos de las transformaciones y las reformas que posibilitarían las bases de una paz estable.

Usualmente, la idea de posconflicto se utiliza para hacer referencia a la situación resultante o posterior a las etapas de resolución de los conflictos armados. Se entiende como un proceso que tiene sus raíces en las mismas dinámicas del enfrentamiento armado, con base

en un método de *transformación de conflictos*.¹⁹ Es un concepto que permite hacer explícitos los intereses en juego de los distintos actores y sectores de la sociedad, y la naturaleza de los cambios en las relaciones de poder que conlleva la paz.

En el proceso de construcción del posconflicto se evidencian distintas etapas; una, que encuentra sus orígenes en la misma negociación, observando en la historia política del país el desarrollo de distintos modelos, sin que ninguno logre constituirse en un escenario de consolidación de una paz estable; otra, que para el caso colombiano se propone como una transición dentro de la democracia restringida (o régimen semi-represivo), entendida como *democratización*; y finalmente, la *reconstrucción*, período de materialización de los acuerdos, que incluyen la implementación de una serie de reformas políticas y socioeconómicas, los procesos de justicia, verdad y reparación, y la concreción de los apoyos económicos y de asistencia de origen internacional.

El ejercicio pendiente es el de un proceso de paz que supere el modelo restringido (cese al fuego y desmovilización) y se proponga uno abierto, que incluya junto a lo anterior un conjunto de reformas y transformaciones. Esta concepción de un proceso de paz exige un *modelo de negociación ampliado*, donde el aspecto militar se negocia entre el gobierno y la insurgencia, y las reformas las decide el conjunto de la sociedad.

La fase actual muestra las dinámicas de *degradación* del conflicto y deja en cuestión las estrategias de posicionamiento para una negociación vía correlación de fuerzas, restringidas al campo militar. Una lectura de la estructura del enfrentamiento armado colombiano muestra la confluencia de tres factores: los estructurales (régimen semi-represivo, iniquidad y problema agrario), los externos (orden internacional: «guerra contra el terrorismo» y políticas de lucha antidrogas), y un factor contingente, el narcotráfico.

Una mirada a los límites de procesos de paz sucedidos en Colombia y a las características de sus acuerdos, conforma otro campo temático. Las experiencias han sido parciales, restringidas y fragmentarias en razón de que no han significado la consolidación de una paz estable y prolongada, y en sus procedimientos se hallan resultados de negociaciones poco significativos respecto a los conflictos sociales y políticos que están en su base. En tales circunstancias, los acuerdos de paz a los que han llegado distintos gobiernos y grupos rebeldes se caracterizan por la poca o nula remoción del *status quo*, en cuanto la dejación de armas por parte de los grupos alzados, la amnistía, etc., y, en consecuencia, por la ausencia de repercusiones sustanciales en el conjunto de la sociedad, situación que,

por su parcialidad, da origen a lo que se denomina posconflicto subjetivo.

Para reflexionar sobre las fuerzas sociales y una paz estable es necesario reconocer que la participación del conjunto de la sociedad se desestima como alternativa de consensos amplios y de legitimación hacia la transición posconflicto. La falta de participación social en las negociaciones de paz se convierte en un elemento de exclusión y de conservación del poder constituido. El camino de las fuerzas sociales en medio del conflicto enfrentaría los siguientes retos: a) lograr su estructuración en actor político, con autonomía frente a las partes armadas e imponiendo la negociación como la vía más equilibrada y digna de solución a la guerra; b) promover un modelo de negociación ampliada que garantice la participación y decisión sociales; c) construir agendas suprasectoriales que coadyuven a definir acuerdos nacionales no regresivos, y reforzables en el tiempo; d) estructurar su fuerza política en un proyecto capaz de garantizar las reformas conducentes a la transición posconflicto.

El punto central sobre el objeto de la negociación parte de aceptar el carácter político del conflicto que, en últimas, remite al poder (entendido en una concepción relacional que supere la mirada instrumentalista). Esta manera de abordar el problema lleva a una dicotomía en la resolución del conflicto: un nuevo contrato social o la instauración de un nuevo poder político al que obedece; que es lo mismo que la clásica polaridad entre lo que podría ser un nuevo Estado y un nuevo acuerdo de poder político; sin embargo, es saludable tomar distancia de esta lectura, en cuanto ella no reconoce la dinámica que implica la relación entre la sociedad y el Estado. Una mejor alternativa nace de una comprensión relacional y dinámica del poder político, en la que este no se sitúa solo en la institucionalidad estatal, ni tampoco se ubica plenamente en un actor determinado, sino en un conjunto de prácticas, escenarios y regulaciones de los órdenes político-culturales y económico-sociales: transformaciones en el sistema de intercambios entre Estado y sociedad. Esta lectura del poder reconoce el universo político como el que atraviesa el espacio de la economía, la cultura, la ecología, etc. De lo anterior se colige que es fundamental no solo reformar el Estado, sino generar las garantías necesarias para el tránsito del formalismo democrático a las prácticas democráticas.²⁰

El objeto y la naturaleza del conflicto armado deberían definir las agendas; sin embargo, la correlación de fuerzas de los actores armados tiende a tornarse en el mecanismo fundamental. Por ello se debe esbozar otra manera de abordar la definición de agendas que parta del conflicto armado como «crisis» (recurrente y no resuelta) que se manifiesta en la relación Estado-sociedad. La definición de paz se construye teniendo

como problema central la dinámica y la interacción crisis y guerra, lo cual implica que la agenda la defina el conjunto de la sociedad y su alcance no se circunscriba exclusivamente a la confrontación político-militar bilateral —correlación de fuerzas—, sino al marco de relaciones sociopolíticas multilaterales. Esta visión asume los referentes de una *paz estructural* articulada con una *paz cultural*.

Por último, se debería resaltar las dimensiones prioritarias de la transformación, conducentes a la construcción del posconflicto en Colombia: la naturaleza del Estado y el régimen político, el sistema de gobierno, las condiciones económicas y los derechos humanos, estrechamente ligados con la desmilitarización de la sociedad. La naturaleza del Estado es una dimensión relevante en cuanto comprende su carácter interventor en temas relacionados con la distribución de la riqueza producida por la sociedad, regulación de mercados, etc., y que aborda los problemas de concreción material entre Estado liberal, Estado social de derecho y Estado social. Respecto del régimen político, se trata de recomponer las estructuras y canales permanentes de acceso a los escenarios de toma de decisiones de repercusión general: gobierno, sistema electoral y de justicia, procedimientos de participación, fuerza pública, entre otros. El sistema de gobierno debe preguntarse sobre los límites del presidencialismo, no respecto al parlamentarismo o al semipresidencialismo, sino sobre la comprensión del carácter incluyente y plural requerido en una eventual transición posconflicto en Colombia, en función de no repetir los defectos de procesos anteriores y consolidar una paz estable, sin debilidades. Las condiciones económicas remiten, sin ambages, a la desaparición de los niveles de inequidad que están en la génesis del conflicto, y que históricamente han ido renovando y reforzando las apariencias de la confrontación. En estrecha relación con lo anterior, la dimensión de los derechos humanos es uno de los aspectos más sensibles que tocan nuestra dignidad. En el caso colombiano, además de su violación estructural, se adicionan los excesos (premeditados y no intencionados) de la guerra —si es que la guerra *per se* no es ya un exceso— a manos de los grupos paraestatales, la insurgencia y las fuerzas armadas oficiales. Esta circunstancia también incluye, de antemano, comenzar a abordar los temas de la justicia, la verdad y la reparación, en la empresa de disminuir ahora y evitar luego la repetición de la tragedia humanitaria.

El conflicto militar, la guerra como proceso social y humano, no ha terminado; en Colombia la guerra no ha perdido sus horizontes como eventual salida del conflicto. Y, a la vez, hay un consenso nacional por la paz. En síntesis, es un proceso que se está desarrollando

como bélico, como guerrillero y, por otra parte, hay circunstancias concretas que permiten luchar por la paz.

Notas

1. Medófilo Medina, «Las continuidades de la guerra, las intermitencias de la paz», 2007, *mimeo*.

2. Ángel Libardo Herreño Hernández, «El debate de la medición de la pobreza», 11 de julio de 2007, www.voltairenet.org/article149922.html.

3. Grupo Cruz del Sur, «América del Sur y la doctrina Bush», http://politicayactualidad.com/textos.asp?id_texto=1308&id_seccion=11.

4. G. A. de A., «Clima ideal para la intervención de EE.UU.», www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/subnotas/4-29372-2007-10-04.html, 4 de octubre de 2007.

5. Gustavo Duncan, «¿El narcotráfico, un obstáculo a la paz?», Fundación Seguridad & Democracia, Bogotá, 2007, www.seguridadydemocracia.org.

6. Ricardo Bonilla González y Jorge Iván González, «Bien-estar y macroeconomía 2002-2006: el crecimiento inequitativo no es sostenible», <http://econpapers.repec.org/paper/col000121/002064.htm>, 30 de junio de 2006.

7. Véase Vladimir Carrillo y Tom Kucharz, *Colombia: terrorismo de Estado. Testimonios de la guerra sucia contra los movimientos populares*, Icaria, Barcelona, 2006.

8. Carlos Caballero Argáez, «La estrategia de seguridad democrática y la economía colombiana: un ensayo sobre la macroeconomía de la seguridad», www.banrep.gov.co/docum/ftp/borra234.pdf, 2002.

9. Boris Salazar y María del Pilar Castillo, *La hora de los dinosaurios. Conflicto y depredación en Colombia*, CIDSE-CEREC, Bogotá, 2001.

10. El coeficiente de Gini es una medida de la desigualdad ideada por el estadístico italiano Corrado Gini. Normalmente se utiliza para medir la desigualdad en los ingresos, pero sirve para medir cualquier forma de distribución desigual, incluso la riqueza. Es un número entre 0 y 1, donde 0 se corresponde con la perfecta igualdad (todos tienen los mismos ingresos) y 1 con la perfecta desigualdad

(una persona tiene todos los ingresos y las demás ninguno), www.wikipedia.org/wiki/Coeficiente_de_Gini.

11. Según el Centro Estratégico de Pensamiento Alternativo (CEPA), «entre 1993 y 2005 fueron asesinadas y/o desaparecieron en el país 3,9 millones de personas; 6,3 veces más de lo que las cifras oficiales registran por homicidios. Para el año 2005, las proyecciones demográficas estimaban el número de habitantes de Colombia en 46 millones de habitantes; el último Censo Nacional de Población contabilizó tan solo 42,1 millones. Fenómeno que no se explica por la diáspora colombiana —superior a tres millones de personas—, dado que fue contada en el Censo». Véase *Revista CEPA*, n. 4, Bogotá, julio-septiembre de 2007.

12. Herbert L. A. Hart, *The Concept of Law*, Oxford University Press, Oxford, 1961, p. 121.

13. Hernando Valencia Villa, *Cartas de batalla. Una crítica del constitucionalismo colombiano*, CEREC, Bogotá, 1997, pp. 19-20.

14. *Ibidem*, pp. 170-3.

15. Biblioteca L. A. Arango, «El Frente Nacional», [www.lablao.org/blaavirtual/ayudadetareas/poli/poli60.htm](http://blaavirtual/ayudadetareas/poli/poli60.htm), 2005.

16. Véase Miguel Eduardo Cárdenas Rivera, coord., *La construcción del posconflicto en Colombia. Enfoques desde la pluralidad*, Cerec-Fescol, Bogotá, 2003.

17. Gustavo Duncan, *Los señores de la guerra. De paramilitares, mafiosos y autodefensas en Colombia*, Bogotá, Planeta, 2006.

18. Fareed Zakaria, «The Politics of Rage: Why Do They Hate Us?», www.fareedzakaria.com/ARTICLES/newsweek/101501_why.html.

19. Véase Eduardo Posada Carbó, «Sobre modelos negociadores de paz», Bogotá, Fundación Ideas para la Paz, www.ideaspaz.org, 2004.

20. Véase Miguel Eduardo Cárdenas Rivera, coord., *La reforma política del Estado en Colombia*, Cerec-Fescol, Bogotá, 2005.

La vanguardia de la globalización: neoliberalismo y violencia en la zona bananera de Colombia

Avi Chomsky

Profesora. Salem State College, Estados Unidos.

A mediados de los años 80, cuarenta familias afiliadas a Sintagro, un sindicato radical acusado de vínculos con la guerrilla Ejército Popular de Liberación (EPL), invadieron 180 hectáreas de la finca bananera Honduras, en la región de Urabá, en el norte de Colombia. Las «invasiones» de tierras —realizadas de manera pacífica por civiles no armados—, se han convertido en una práctica común en América Latina, donde, durante generaciones, los campesinos han tenido que enfrentarse a arriendos precarios y al desahucio. Un grupo organizado se muda a un área escogida y, sin autorización legal, comienza a establecer una comunidad y una finca. Durante varios años, los campesinos de Honduras hicieron lo mismo. Construyeron hogares y cultivaron bananos.

El 24 de febrero de 1988 miembros del Batallón Voltígeros llegaron a Honduras y a otras dos fincas y amenazaron con asesinar trabajadores para evitar que votaran en las elecciones del 13 de marzo. Les ordenaron que abandonaran el área y arrestaron a cuatro personas, incluyendo una muchacha de dieciséis años. Bajo amenazas, y quizás torturas, los arrestados fueron obligados a identificar a algunos trabajadores como

pertenecientes al EPL. Entre los interrogadores se encontraban dos antiguos miembros del EPL, quienes los acusaron de pertenecer a la organización y los incitaron a que desertaran.

El 2 de marzo tropas del Batallón detuvieron y golpearon a seis trabajadores en las cercanías de la finca La Zumbadora; asimismo, advirtieron a los otros de que no votaran por Unión Patriótica (UP), un partido izquierdista formado por miembros desmovilizados de otro movimiento guerrillero, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). El capitán informó a los trabajadores que enviaría a alguien para que los matara. Dos días después, hombres armados vestidos de civil llegaron a la finca Honduras, durante la noche, y llamaron por sus nombres a diecisiete trabajadores, los obligaron a salir y los mataron. Continuaron hasta la finca vecina, La Negra, y mataron a otros tres trabajadores. Todos los muertos eran miembros activos del sindicato Sintagro.

El Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) de Colombia investigó el caso y reportó en abril de 1988 que «el Ejército de Colombia había empleado a ex guerrilleros desertores del EPL como guías,

integrándolos a sus patrullas, para la ubicación, identificación y eliminación de los presuntos subversivos y también, con el mismo propósito, empleó a sicarios (paramilitares) financiados por la Asociación de Campesinos y Ganaderos del Magdalena Medio (ACDEGAM)». Además, detectó que las tropas paramilitares involucradas tenían su base en una finca en Boyacá perteneciente al dirigente paramilitar Fidel Castaño.

En septiembre de 1988, la jueza que investigaba el caso, Martha Lucía González, fue obligada a exiliarse después de repetidas amenazas de muerte. En julio de 1989, su padre fue asesinado en una aparente represalia, como también María Elena Díaz, la jueza que se encargó del caso después de González. Durante el proceso de apelación, el capitán, el lugarteniente coronel y el cabo que dirigieron a los asesinos fueron ascendidos. Finalmente, en abril de 1993 el nuevo Fiscal General Asistente de las Fuerzas Armadas revocó todas las decisiones previas contra los soldados y cerró el caso.

La vanguardia de la globalización

La historia de la masacre en la finca Honduras revela un número importante de características del rostro de la globalización en América Latina. La región de Urabá, en el norte de Colombia, a finales de los años 80 y en los 90, fue una tierra donde las fuerzas paramilitares privadas trabajaban abiertamente con el gobierno, y ambos al servicio de los terratenientes; sin más ley que la violencia, sin más gobierno que el de las distintas partes armadas y sin más alternativa que trabajar en las plantaciones bananeras. Cada intento de cambio social era acusado de delito y la sentencia de muerte llegaba sin previo aviso y sin juicio, y los que ejercían la violencia operaban con absoluta impunidad. Una mujer trató de explicar su decisión de hacer las paces con los paramilitares después de que asesinaran a su padre cortándole el cuello de oreja a oreja, abriéndole el pecho con un machete, sacándole los intestinos y cortándole los testículos: «La única manera en que puedes protegerte es viviendo con ellos y aceptándolos».¹

Aunque en Urabá la violencia puede parecer sin sentido, en realidad sigue una clave lógica político-económica: despejó el área para permitir a los ganaderos y a los cultivadores de banano establecerse en la zona; en las regiones vecinas expulsó a otros a Urabá, donde, al no tener acceso a las tierras, fueron a trabajar para las plantaciones bananeras bajo condiciones horribles. La represión fue la respuesta a sus primeros intentos de organizar sindicatos. Dos movimientos armados hallaron aliados entre los trabajadores, y la violencia se incrementó a medida que el ejército y los

paramilitares colaboraron para aplastar toda forma de protesta social. Los campesinos usurpadores de las fincas Honduras y La Negra eran solo unos pocos entre los cientos que fueron asesinados en el proceso para imponer un orden neoliberal en Urabá. La violencia en la región es solo uno de los rostros de la globalización.

En toda América Latina (como en cualquier parte del Tercer mundo) la globalización contemporánea ha sido asociada con políticas económicas neoliberales y programas de ajuste estructural —impuestos por las instituciones financieras internacionales— y con el abandono de las políticas proteccionistas, populistas y redistributivas de mediados del siglo xx. La globalización ha representado un énfasis en la integración a la economía mundial, al acoger favorablemente las inversiones extranjeras, aumentar las exportaciones y reducir los programas de bienestar social que dependen del Estado.

Para los trabajadores norteamericanos, la globalización ha significado el cierre de fábricas y la pérdida de empleos a medida que las compañías concluían sus negocios y se iban al extranjero en busca de trabajadores más baratos, de impuestos más bajos y de menos reglas y obligaciones. El proyecto neoliberal ha creado y reforzado estas condiciones en América Latina, con amplio respaldo militar norteamericano —cuando ha sido necesario— para responder a la oposición popular.

Los manufactureros que han permanecido en los Estados Unidos han utilizado la existencia de mano de obra barata en otras regiones, para reforzar la disciplina en casa. Tanto en el Tercer como en el Primer mundos, con frecuencia los sindicatos se enfrentan, directa o indirectamente, a amenazas por parte de la administración, de cerrar fábricas para buscar en otras partes empleados más baratos y dóciles si los trabajadores se niegan a acceder a sus demandas. Los gobiernos, por su parte, se enfrentan al mismo rompecabezas: si intentan elevar los impuestos, aumentar las regulaciones para los inversionistas extranjeros, aprobar medidas para proteger a los trabajadores o al medio ambiente, los inversionistas amenazan con marcharse. En América Latina, los pobres han sido las primeras víctimas de las políticas neoliberales a medida que las reformas agrarias han sido bloqueadas, los precios subidos, los salarios bajados, los subsidios cortados, y el acceso a la alimentación, la salud y la educación básica debilitado. La resistencia también ha aumentado entre algunos grupos sociales como los estudiantes, los intelectuales, los periodistas y los artistas, opuestos a lo que consideran la venta de su país a las empresas extranjeras. El modelo neoliberal ha engendrado protestas en todos los lugares donde se ha implementado. Cuando los derechos de

los pobres a sobrevivir se han subordinado a los del capital foráneo, a hacer ganancias, los pobres se han rebelado. Han organizado asociaciones campesinas para ejercer presión y lograr reformas agrarias y organizado sindicatos para luchar por sus derechos como trabajadores. Cuando los mecanismos legales han fallado, a menudo han recurrido a procedimientos más militantes, a veces extra legales (pero pacíficos), como las invasiones de tierras y las huelgas. Y cuando las protestas pacíficas recibieron represiones violentas, algunos se pasaron a la resistencia armada. Urabá ha asistido a todos estos fenómenos desde los años 60.

Colombia es el primer país del hemisferio —y en algunos casos del mundo— en violaciones de los derechos humanos, escuadrones de la muerte, masacres, desplazamientos forzados, y asesinatos de sindicalistas y activistas pro derechos humanos. No es una coincidencia que también sea el primer país del hemisferio en recibir ayuda de los Estados Unidos. Muchos otros países latinoamericanos se han movido a la izquierda en las elecciones de los años 90 y a principios del actual siglo, y han suavizado o revertido sus propios experimentos neoliberales de los años 70 y los 80. Colombia, sin embargo, sigue siendo la vanguardia del neoliberalismo contemporáneo. La trayectoria de los sucesos en Urabá ejemplifica lo que este proceso significa para la gente común.

Usando la violencia para establecer una zona bananera: Urabá (1945-1960)

Ubicada en la parte oeste de Antioquia, la región de Urabá contenía una pequeña población —constituida fundamentalmente por inmigrantes afro-colombianos procedentes de la costa del Caribe—, con limitada autoridad gubernamental cuando *la violencia* estalló en los años 40.² La pequeña población se contrajo aún más a medida que los habitantes huían, perseguidos por los paramilitares. Hacia 1953, la región estaba esencialmente en manos de los paramilitares.³

La Frutera de Sevilla, de la United Fruit Company (UFCO), comenzó a desplazar sus operaciones de Santa Marta a Urabá a inicios de los años 60. La compañía extendió créditos y préstamos a los inversionistas colombianos a condición de que adquirieran y legalizaran las tierras, y cumplieran los requerimientos de la compañía en cuanto a reparaciones, drenaje, carreteras, etc. En general, los campesinos que sembraban las tierras sin título legal las perdieron durante este proceso; y las pequeñas fincas bananeras fueron absorbidas gradualmente por las más grandes durante los años 70 y los 80.

La empleomanía de la industria bananera atrajo una nueva oleada de inmigrantes, fundamentalmente de la vecina provincia de Chocó, donde predominan los afro-colombianos. En 1984, Urabá producía 92% de las exportaciones de bananos de Colombia, y el país se había convertido en uno de los cuatro más grandes exportadores de este producto a nivel mundial. Con la expansión de la industria bananera llegaron, a finales de los años 70, el ejército, los sindicatos radicales y las organizaciones campesinas, las guerrillas y, a mediados de los 80, una nueva generación de paramilitares.

En 1995, Urabá tenía una población de 350 000 habitantes, con 29 000 hectáreas sembradas de bananos en 409 fincas. Un total de 16 000 personas trabajaban en esas fincas, muchas de estas inmigrantes, veteranos de las luchas campesinas y armadas de los años 50 y los 60. Las condiciones de las plantaciones bananeras en esas décadas se consideraban horribles. Dos tercios de los trabajadores eran afro-colombianos que antes habían sido campesinos, pequeños mineros y pescadores. La jornada laboral duraba entre dieciocho y veinte horas; los trabajadores vivían en campamentos propiedad de la compañía, sin agua ni electricidad, durmiendo a veces en cajas de cartón. En los años 60, 72% de los peones vivía en estos campamentos; en 1979, constituían 89%. Aún en 1979, muy pocas de estas barracas tenían agua corriente, electricidad o letrinas. Prácticamente no existían zonas urbanas, y las viviendas y servicios públicos eran escasos. Las condiciones de las viviendas en Apartadó eran peores que en las plantaciones en ese año; incluso en 1993 solo 31% de sus casas tenía acceso al agua corriente. Sin embargo, debido en parte a la violencia en las plantaciones, para 1987, 75% de los trabajadores bananeros de Urabá se trasladó a las zonas urbanas.⁴

Las élites colombianas comenzaron a invertir en la producción bananera en Urabá, estimuladas por la UFCO, que prefería que los contratistas privados se encargaran de los asuntos laborales y corrieran los riesgos por pérdidas debidas al estado del tiempo y a las enfermedades. En 1969, cuando expiró sus primeros contratos con la compañía, los contratistas crearon la Asociación de Cultivadores Bananeros de Urabá (Augura). Los miembros de Augura, afiliados al Partido Liberal, dominaron la política de la región hasta finales de los años 80.

Los primeros sindicatos de Urabá

El primer sindicato, Sintrabanano, fue fundado en 1964 por trabajadores de la United Fruit y simpatizantes del Partido Comunista. La compañía despidió inmediatamente a los trabajadores que se habían

organizado y logró que fueran encarcelados junto con los líderes comunistas de la región. Un segundo sindicato, Sintagro, fue fundado en 1972 y se afilió a la Federación Nacional Católica, pero a pesar de que se trataba de un sindicato muy moderado, la respuesta fue la militarización de la finca y el exilio para su presidente y fiscal cuando el sindicato presentó su primera propuesta de negociaciones en 1976. En esta ocasión, un nuevo factor entró a formar parte de la ecuación: el pequeño movimiento guerrillero del EPL respondió con el asesinato del director de Relaciones Industriales de la compañía.

Durante los años 70, la militarización, los asesinatos y la exigencia de llegar a «pactos colectivos» entre los propietarios y los trabajadores, con exclusión de los sindicatos, fue la respuesta a los repetidos esfuerzos por crear organizaciones en las plantaciones bananeras. Los despidos y los asesinatos continuaron ante cada intento de organización sindical.

Para 1980, Sintagro se había convertido en un objetivo constante de la violencia oficial y paramilitar. Un abogado que asistió legalmente a Sintagro escribió que en 1980 «comenzó a recibir citaciones, hostigamientos y retenciones temporales por parte del batallón militar Voltígeros. Las retenciones arbitrarias de los trabajadores se hicieron habituales, así como la presencia de los militares en las reuniones sindicales». Unos soldados capturaron a los asistentes a una reunión, en diciembre de 1981, se llevaron a varios trabajadores a los cuarteles del Batallón Voltígeros y los torturaron. A pesar de las crecientes amenazas, los asedios y los asesinatos a mediados de los años 80, Sintagro continuó negociando y firmando acuerdos con las compañías bananeras.⁵

¿Dónde estaba el Estado?

Según algunos análisis, lo que faltaba en Urabá era la presencia del Estado. Las áreas urbanas fueron creadas por una serie de invasiones y asentamientos usurpadores; los servicios públicos virtualmente no existían. La ausencia o presencia selectiva del Estado tuvo sus ventajas para la asociación de cultivadores bananeros Augura: impuestos bajos o no cobrados, ausencia de control ambiental y créditos subsidiados.⁶ En 1991, Urabá fue declarada zona de libre comercio, lo cual eliminó todo control estatal sobre las rentas, los precios de los alimentos, la energía y las tarifas telefónicas. Las rentas se cuadruplicaron y los costos por energía y teléfono se convirtieron en los más altos del país.

A mediados de los años 90, incluso los cultivadores bananeros criticaban la ausencia de apoyo estatal para la región. Ello se debió, en parte, a que se les pedía que

garantizaran los servicios sociales que el Estado no creaba. «Denunciaban la ausencia estatal en la zona, la baja capacidad de gestión de los municipios, la falta de servicios públicos y el aumento de las invasiones». En suma, un alerta porque «un deterioro en la región de Urabá [...] dificulta los procesos de paz que se están intentando con los diferentes grupos armados».⁷

Sin embargo, el Estado no estaba completamente ausente: se hacía omnipresente a través de su ejército. En 1976, el gobierno nacional impuso alcaldes militares en los cuatro municipios principales de la región. Varios batallones emplazados en la región han mantenido una fuerte militarización aún después de que el poder civil fuera nuevamente instalado en los municipios en 1986.

La llegada de las guerrillas

Aunque existían guerrillas en la región, los observadores concuerdan en que antes de 1980 su presencia era muy pequeña, quizás unos treinta o cuarenta hombres en armas, divididos entre los tres frentes de las FARC. El EPL prácticamente no existía en 1979.⁸ Sin embargo, en los años 80, las luchas laborales se convirtieron en un espacio para el crecimiento del activismo guerrillero.

Mientras las FARC y el EPL fortalecieron sus relaciones con Sintrabanano y Sintagro, respectivamente, durante la primera mitad de los 80, sus alianzas agudizaron las divisiones entre los dos sindicatos. A mediados de la década, un proceso de paz a nivel nacional alteró el terreno. Las negociaciones entre las FARC y el entonces presidente, Belisario Betancur (1982-1986), condujeron a un acuerdo, en mayo de 1984, que permitiría abrir las estructuras políticas del país a la izquierda, invitando a sus sectores armados a desmovilizarse. El acuerdo permitió las elecciones directas de los alcaldes de Colombia y ofreció amnistía a los miembros de las FARC que accedieran a la desmovilización. De este acuerdo surgió, en noviembre de 1985, la Unión Patriótica, un nuevo partido de izquierda no armado que, pese a las crecientes presiones militares, participó en las elecciones desde mediados de los años 80 hasta mediados de los 90. En agosto de 1984, el gobierno firmó un acuerdo similar con el EPL, pero en Urabá la respuesta de la derecha a estos acontecimientos desvió el proceso, y quizás abrió el camino hacia la paramilitarización de todo el país.

Al principio, parecía que el proceso de paz tendría efecto positivo para los sindicatos. A fines de 1984 se produjo la primera gran huelga de la industria en la zona bananera —1 500 trabajadores en dieciocho plantaciones— y el primer acuerdo conjunto entre la asociación de compañías bananeras, Augura, y los

Bajo circunstancias extraordinariamente adversas, los trabajadores colombianos han atravesado las fronteras y buscado los puntos débiles del sistema. A pesar de la represión y las pérdidas, han encontrado la forma de organizarse. Sin embargo, han sufrido una violencia espantosa y se han visto forzados a integrar alianzas incómodas y peligrosas para sobrevivir.

sindicatos. «La tregua entre el gobierno y las guerrillas permitió a los sindicatos operar públicamente por primera vez», y Sintagro y Sintrabanano registraron un crecimiento astronómico. En 1985 se firmaron 127 contratos, que cubrían 60% de los trabajadores de la industria; es decir, un total de 4 000. Pero el proceso también provocó más violencia contra los sindicatos. En ese año se produjo el primer ataque con bomba contra las oficinas de Sintagro y el asesinato de Oscar William Calvo, vocero del EPL, lo cual puso fin a la participación de este en el cese al fuego.

La apertura política contribuyó también a lo que algunos llamaron una «guerra sindical», que aumentó a mediados de 1985. Los dos grupos guerrilleros compitieron por la fidelidad de los trabajadores y el control territorial creando «las fincas del EPL» y «las fincas de las FARC». Los propietarios se sirvieron de estas divisiones al «convenir pactos con un sindicato en desmedro del otro y sacar ventaja de ello, avivando aún más el conflicto».

Con la influencia del EPL, Sintagro representaba, a todas luces, a la mayoría de los trabajadores sindicalizados; pero Unión Patriótica, vinculada al Partido Comunista, disfrutaba de un éxito político extraordinario. El EPL acusó a las FARC de una serie de asesinatos de miembros de Sintagro, y de emplear la violencia para tratar de establecer su influencia política en el movimiento sindical. Las FARC acusaron al EPL de rigidez ideológica y de negativa a participar en la apertura política o el diálogo; este ripostó que, con sus alegaciones, las FARC estaban incitando a la violencia oficial contra su organización. Junto con el proceso de paz, la organización Muerte a los Revolucionarios del Nordeste (MRN), de Fidel Castaño, apareció en el nordeste de Antioquia y en Urabá en 1986, y sus amenazas y asesinatos de líderes de UP comenzaron de manera formal.

Sintagro y Sintrabanano se afiliaron a la nueva federación sindical nacional, la Central Unitaria de Trabajadores de Colombia (CUT), cuando esta fue fundada en 1986.⁹ Pero en este mismo año se produjo el remplazo del presidente conservador Betancur por el liberal Virgilio Barco, quien puso fin al proceso de

paz con las guerrillas y al inestable cese al fuego con las FARC. Si el proceso de paz había conducido a un aumento de los niveles de violencia por parte de la derecha recalcitrante y sus paramilitares, que se oponían a las iniciativas de Betancur, este fin los incrementó aún más. El ejército estableció una jefatura militar en Urabá en 1987, en la cual el comandante militar reunía no solo poderes militares, sino también políticos y civiles. Ese mismo año, de febrero a abril, veinticuatro líderes sindicales fueron asesinados durante negociaciones entre Sintagro, Sintrabanano y la asociación de cultivadores. Las oficinas de Sintagro fueron destruidas por segunda vez con una bomba. En septiembre, otros dieciséis sindicalistas fueron asesinados. A fines de 1987, la mayor parte de los fundadores de Sintagro y Sintrabanano habían sido muertos.

No obstante, los acuerdos de abril de 1987 fueron un hito en las relaciones laborales en Urabá. El Ministro del Trabajo aceptó servir de mediador y logró un acuerdo firmado entre la asociación de cultivadores y Sintagro y Sintrabanano, que cubría a muchos más trabajadores —6 730 representados por Sintagro y 1 685 por Sintrabanano. De manera que 85% de los trabajadores eran miembros de un sindicato, y 87% de las 20 400 hectáreas de fincas bananeras estaban cubiertas por un pacto colectivo. Los acuerdos propiciaron avances importantes en los derechos de los peones, incluyendo la jornada laboral de ocho horas, el aumento de los salarios, el desmantelamiento del sistema de barracas de la compañía y el financiamiento para las viviendas urbanas de los trabajadores.

En 1987, el ala política del EPL y UP llegaron a un acuerdo en Urabá, lo cual contribuyó a que Sintagro y Sintrabanano se fusionaran en Sintrainagro, en 1988. El contexto nacional, donde sindicatos de varias tendencias se unieron para formar la CUT en 1986, favoreció este proceso en Urabá. El nuevo Sintrainagro, representando a unos 14 000 trabajadores bananeros, se afilió a la CUT.

Emergió un proceso contradictorio en el que el sindicato lograba firmar convenios colectivos beneficiosos, mientras la violencia contra los sindicalistas

umentaba. Ante la desmovilización de las guerrillas y el incremento de la fuerza y la unidad entre los sindicatos, surgió una alianza estratégica entre los terratenientes, el ejército y los paramilitares para tratar de que los sectores disidentes de la izquierda y las guerrillas intentaran alentar las divisiones y el derramamiento de sangre. Un ejemplo fue la masacre en las fincas Honduras y La Negra, en 1988, descrita al inicio de este artículo. En una espantosa y trágica prefiguración de los sucesos que ocurrirían en los años siguientes, los desertores del EPL colaboraron con los paramilitares en esos ataques.

Al acercarse la nueva época de negociaciones, en 1989, las diferentes facciones de Sintrainagro trabajaron de conjunto en la preparación de una propuesta de negociación. Cuando comenzaron las negociaciones en septiembre, dos sindicalistas —uno de ellos miembro del comité negociador— fueron baleados. A fines de octubre, un miembro del Partido Comunista y de la junta directiva de Sintrainagro, y otro del comité de negociaciones y líder de Unión Patriótica, fueron ultimados en Apartadó.¹⁰ 14 000 trabajadores iniciaron una huelga el primero de noviembre, junto a otra de carácter cívico, de dos días de duración, convocada por una «coalición de amplia representación política, campesina y sindical» en Urabá para exigir una investigación del número extraordinariamente elevado de asesinatos en el área.¹¹ El primer día de la huelga fueron asesinados tres trabajadores y el administrador de una finca. Aunque el propósito inicial de la huelga era protestar contra eso, continuó durante todo el mes de noviembre ya que Augura, la asociación de cultivadores bananeros, rechazó plegarse a la petición del sindicato de un aumento de 30% de su salario mensual, de 165 pesos.

A fines de mes un reportero encontró la región bajo fuerte control militar y a muchos huelguistas viviendo en un campamento provisional en el centro de Apartadó, hacia donde habían huido para escapar del asedio oficial en las plantaciones. La huelga terminó a inicios de diciembre, con un acuerdo que garantizaba 29% de incremento salarial durante el primer año y 27% para el siguiente, el reconocimiento de los acuerdos firmados previamente con Sintagro y Sintrabanano, y la atención al problema de la vivienda.¹²

La coincidencia de la serie de logros sindicales con el aumento de la violencia en contra de los sindicatos, a finales de los años 80, puede parecer paradójica. Sin embargo, en el contexto colombiano, tiene una lógica clara. Los acuerdos de paz y el fortalecimiento de la izquierda no armada en el campo político provocaron una respuesta feroz por parte de la derecha armada en todo el país. En ninguna parte fue esta respuesta tan violenta como en Urabá, donde los paramilitares tenían raíces profundas y donde los empresarios —tanto

extranjeros como domésticos— estaban acostumbrados a ejercer una autoridad incontestada sobre sus trabajadores. Fueron los mismos éxitos de organizaciones sindicales no-violentas los que impulsaron la violencia empresarial paramilitar a finales de los años 80.

La desmovilización del EPL, el nuevo sindicalismo sociopolítico, y el paramilitarismo

Entre 1992 y 1993, el EPL experimentó un giro radical hacia la derecha, y a la vez logró transformar a Sintrainagro. ¿Cómo fue posible que uno de los sindicatos más asociados con la izquierda en Colombia se convirtiera en socio de la industria bananera y de los paramilitares? Una explicación posible sería que la victoria militar de la derecha en Urabá le permitió tomar control del sindicato. Pero dado el carácter global de la industria bananera, los eventos en Urabá estaban entrelazados con eventos a nivel mundial también, y revelaron cómo la carrera hacia el enriquecimiento en la industria bananera, y los intentos de varios actores de enfrentar esa espiral, tuvo efectos irremediables y a veces inesperados a través del planeta.

A pesar de que el baño de sangre contra Unión Patriótica haya sido más conocido, el EPL, grupo mucho más pequeño y cuya presencia se concentró en la región de Urabá, fue, en muchos sentidos, más devastado por la violencia de los años 80. Los grupos de derechos humanos concluyeron que, para 1990, el EPL había sido casi diezmado por el ejército y los paramilitares, y por divisiones internas.

La constante violencia contra el sindicato y contra los desmovilizados de las FARC y del EPL tuvo efectos importantes en la reorientación de las tres organizaciones. El sindicato perdió muchos dirigentes activos y radicales, además de muchos miembros. Con los acuerdos de paz de 1984, muchos de los militantes más optimistas e idealistas de las FARC se desmovilizaron y se unieron a Unión Patriótica —y muchos de ellos fueron asesinados. Este proceso dejó a las FARC en manos de los que difícilmente no imaginaron otra solución que no fuera la militar. Lo que quedó del EPL se dividió irrevocablemente. Algunos de sus dirigentes concluyeron que la supervivencia radicaba en un acercamiento con la extrema derecha, mientras que otros —los «disidentes»— se unieron con elementos de las FARC, que progresivamente llegaron a ver a la lucha armada como un fin en sí. Parecía que la campaña de la facción de la derecha de asesinatos y terror había logrado eliminar a la derecha pacífica, dentro y fuera del sindicato. Quedaron dos grupos guerrilleros con sus alas políticas destruidas, y un

sindicato y un partido político en manos de los que vieron la colaboración con la extrema derecha como la única opción viable.

Encima de su estrategia militar, Augura se aprovechó de la trayectoria del comercio internacional del banano para empujar a Sintrainagro hacia posiciones más conciliatorias. Anticipando un crecimiento en los mercados europeos, con la caída de la Unión Soviética, en 1991, las multinacionales bananeras aumentaron su producción, pero los anticipados mercados de Europa del Este no se materializaron, y los precios cayeron dramáticamente. En 1993, se produce la «crisis bananera» cuando la producción en Colombia excedió ampliamente la demanda, en parte debido a la decisión de la Comunidad Europea de favorecer a sus ex colonias y reducir el número de bananos comprados en el mercado libre. La disminución en las exportaciones afectó a toda la sociedad de Urabá: 30% de los negocios locales fueron cerrados, el desempleo se disparó, y el alcalde de Turbo señaló que el número de vendedores ambulantes en la ciudad pareció duplicarse de la noche a la mañana.

Mientras, Augura declaró pérdidas por 80 millones de dólares en 1992, y alegó incapacidad para cumplir con los aumentos salariales prometidos. La asociación enfatizó el interés común que tenían los trabajadores y los dueños en proteger el lugar de Colombia en el comercio internacional del banano. El presidente ofreció mandar a representantes de Sintrainagro a hacer una gira por Europa para intentar que sus gobiernos prestaran condiciones arancelarias más favorables a las importaciones colombianas. ¿Sería posible la colaboración entre trabajadores y gerentes frente a la carrera hacia el enriquecimiento?

Algunos dirigentes del EPL creyeron que tal colaboración no solo era posible, sino imprescindible. Propusieron que el cambio radical de la dirección podría salvar a su organización y al sindicato. A pesar de —¿o debido a?— la autoría probada de los paramilitares de Carlos Castaño de la violencia contra los sindicatos, así como de las masacres de Honduras/La Negra, algunos líderes del EPL, incluyendo a Mario Agudelo, llegaron a creer que un acuerdo con los empresarios y los paramilitares era la mejor promesa de paz para lograr sus objetivos en la región.

Según Agudelo,

fue cuando planteamos la consigna de la salvación de la región y la defensa de la producción bananera. Pensamos que esas banderas podían distensionar a los empresarios, volverlos a cercar. Distensionar los factores del conflicto, incluso con la derecha, con Fidel Castaño. Planteamos la necesidad de una tregua unilateral [...] Por primera vez planteamos la posibilidad de aliarnos con empresarios bananeros.¹³

En 1991, 2 100 miembros (592 en Urabá) aceptaron una amnistía propuesta por el gobierno y apoyada por Fidel Castaño y los paramilitares, quienes acordaron entregar también sus armas y donar tierras, dinero y ganado a los cientos de guerrilleros desmovilizados. (La desmovilización paramilitar duró poco: los hermanos Castaño rehicieron pronto su ejército).

Los guerrilleros desmovilizados del EPL formaron un nuevo partido con las mismas iniciales, Esperanza, Paz y Libertad. En mayo de 1991, firmaron un acuerdo con Sintrainagro y Augura «para trabajar de conjunto en aras de crear un “pacto social”, que describen como el punto de comienzo para el “desarrollo integral”» de la región. El pacto fue firmado por «los sectores económicos y gremiales con asiento en el Urabá antioqueño, quienes comprometidos con los fines que persiguen, vinculan capital y trabajo para adelantar el proyecto de paz y desarrollo».¹⁴ La industria bananera acordó, además, aportar 23 millones de pesos a un Fondo de Paz para facilitar el proceso de reinserción.

Agudelo describió el pacto social como

el primer paso para vincular a toda la sociedad al proceso [...] Se trataba, ante todo y por encima de los intereses particulares, de fortalecer un proceso de convivencia democrática en la zona [...] Logramos con el gremio bananero una respuesta positiva. Se generó un ambiente distinto en las relaciones obrero-patronales y podemos decir que el tratamiento de los problemas a ese nivel, ya no tuvo las características del pasado.

Esperanza identificó su nueva posición como «sindicalismo sociopolítico».¹⁵ Para principios de 1994, este enfoque se convirtió en la línea dominante en el sindicato. El Consejero presidencial para la paz en Urabá anunció, a comienzos de 1994, que «las relaciones obrero-patronales no son en la actualidad fuente primordial de violencia como lo fueron entre los años de 1987 al 89. Este tipo de violencia parece ahora superada».

Algunos trabajadores tenían sus dudas sobre el nuevo convenio entre su sindicato y los paramilitares y Augura. En una investigación en 1993, la Comisión Andina notó una honda división entre los pocos sobrevivientes de la izquierda, que creyeron todavía que el sindicato debía enfocarse en mejorar las condiciones del trabajo, y los del EPL, que pensaban que el sindicato debía minimizar sus demandas dada la crisis económica que enfrentaban los empresarios y la amenaza de los precios de banano más bajos en otros países.

Si bien las relaciones de Esperanza con el gremio bananero y los paramilitares se suavizaron, con las FARC y el partido comunista, en cambio, empeoraron. Las FARC, el PC y UP rechazaron el pacto social, acusando a la dirigencia del EPL de «renunciar a la lucha de clases y de entregar los intereses de los trabajadores».

A comienzos de los años 90, «el deslinde entre la izquierda que defiende los postulados tradicionales y quienes han adoptado el cambio hacia una política de concertación y acuerdo nacional, se hizo bien claro», escribieron dos analistas del EPL.

La violencia por parte de la derecha tampoco disminuyó. Los paramilitares contribuyeron al esfuerzo de alentar el giro de Esperanza hacia la derecha. Su campaña de violencia sistemática se concentró en los miembros desarmados más radicales de la organización. Sindicalistas y otros militantes ofrecieron testimonio a la Comisión Andina de que la mayor parte de los activistas de Esperanza, Paz y Libertad que fueron asesinados eran miembros declarados de los comités sindicales de negociaciones. Igual que en los años 80, la violencia de la derecha se dirigió sobre todo en contra de la oposición civil desarmada, y no contra la guerrilla.

Debido a que facciones de ambos grupos guerrilleros permanecieron en la lucha armada, la derecha los culpó públicamente por muchos de los ataques contra los sindicalistas. Pero el aumento dramático de la violencia anti-sindical que acompañó a la toma de poder de los paramilitares en la región pone en duda esa explicación. La división del EPL creó otro espacio para la acción paramilitar, permitiéndole «asesinar a los sindicalistas más radicales que le causaban los mayores problemas» y culpar a otros actores armados por las muertes. A pesar de que en muchos casos nunca se esclareció la autoría de esos crímenes, la identidad política de las víctimas era clara: fueron los miembros más abiertos de la izquierda dentro de Sintrainagro y del EPL.

Entre los miembros del EPL que se desmovilizaron, muchos decidieron simplemente rechazar a sus antiguos dirigentes y retirarse de la nueva encarnación de su organización y su alianza con la derecha. Un estudio sobre el proceso resalta con sorpresa «el total descrédito de los excombatientes hacia todo lo que esté relacionado con su propio movimiento político».

El débil compromiso del gobierno con el proceso de reinserción y los ataques perpetrados por los guerrilleros que permanecieron armados, llevó a los miembros reinsertados del EPL a formar su propia organización de autodefensa, los Comandos Populares. En 1995, operaban en toda la zona bananera. A pesar de las protestas de Agudelo, las organizaciones de derechos humanos detectaron poca diferencia entre este nuevo grupo armado y los paramilitares. La autodefensa puede haber sido su objetivo inicial, pero pronto se convirtió en una justificación de los paramilitares, que atacaron a dirigentes sindicales y militantes políticos desarmados de la izquierda, especialmente en las plantaciones donde el Partido Comunista y Unión Patriótica tenían bases.

La Comisión Andina también recogió muchas acusaciones de que los Comandos «han operado como una forma de organización paramilitar, ya que han sido armados y auspiciados por el ejército y la policía nacional». La Comisión Verificadora detectó vínculos evidentes entre los Comandos, los propietarios de las plantaciones y el DAS. Algunas plantaciones parecían mantener en sus nóminas a miembros de los Comandos que no eran trabajadores.

Un sindicato dividido

La consolidación del «pacto social» no pareció ayudar a disminuir la violencia contra el sindicato y los trabajadores. Esto podría parecer inexplicable: organizaciones de izquierda y grupos guerrilleros de izquierda matándose entre sí y asesinando a trabajadores sindicalizados. Esta interpretación, sin embargo, hace caso omiso de varios elementos cruciales: la imposición violenta del control paramilitar, la purga de la izquierda en el EPL y en Sintrainagro, y el acercamiento de los últimos con Augura.

A principios de 1995, las Autodefensas tomaron definitivamente toda la zona bananera. Aunque había existido actividad paramilitar en Urabá desde mediados de los años 80, fue en 1993 cuando se convirtieron en una presencia permanente y controladora en los municipios del norte de Urabá, y en 1995 hicieron lo mismo en los municipios bananeros. El nivel de violencia y el desplazamiento se incrementaron bruscamente a fines de 1994 y hasta comienzos de 1995, y provocaron un verdadero éxodo —más de 20 000 personas entre noviembre de 1994 y mayo de 1995.

La asociación de cultivadores de banana parece estar muy implicada en la llegada de los paramilitares a Urabá. Oficiales de Banadex —filial de United Fruit en Colombia— se reunieron con el dirigente paramilitar Carlos Castaño en 1997 y acordaron pagar una cuota mensual que llegó a ser de más de dos millones de dólares en total, antes de que la compañía vendiera su filial colombiana, en 2004. Una de las razones para esta venta fue porque la compañía temía ser procesada después de que el gobierno de los Estados Unidos señaló a los paramilitares como organización terrorista.

Hubo centenares de muertos después de la toma paramilitar de Turbo, Carepa, Apartadó, y otras ciudades en la región bananera. Tanto la policía como el ejército colaboraron abiertamente con los paramilitares. El DAS, que ahora incorporaba a muchos reinsertados del EPL, colaboraba estrechamente con los Comandos Populares afiliados con Esperanza.

Tanto las FARC como la alianza paramilitares/EPL contribuyeron a la matanza, pero su participación no fue proporcional. El resultado fue también desproporcionado: al final de los 90, los grupos de autodefensa controlaban casi totalmente Urabá. Los izquierdistas fueron sistemáticamente purgados, asesinados y desplazados de Sintrainagro y de la región.

La transformación del sindicato y del panorama político local ocurrió en el contexto de la toma paramilitar y de la insistencia de la industria bananera en la unidad regional para apoyar su posición frente a la competencia internacional. Eventos posteriores confirmaron el carácter interrelacionado de estos acontecimientos.

En junio de 1997, los «esperanzados» exigieron que la alcaldesa independiente de Apartadó, Gloria Cuartas, dimitiera. Explicaron su posición como una necesaria defensa de la industria bananera de que dependía la región, y argumentaron que la oposición de la alcaldesa al control militar y paramilitar constituía una amenaza contra la industria, «ponía en peligro la presencia de Colombia en el mercado internacional del banano». Sintrainagro se unió a una «marcha pacífica» convocada por el ejército. Los empresarios dieron el día libre a los trabajadores y garantizaron el transporte hacia el estadio de Apartadó para la ocasión. Los Comandos Populares también «invitaron» a los trabajadores a asistir. Allí los líderes de Sintrainagro —ahora con una mayoría del EPL— se unieron a Augura, a Esperanza y a los partidos tradicionales, para pedir la renuncia de Gloria Cuartas y el apoyo de los militares. En 1998, el general del ejército Rito Alejo del Río fue retirado de Urabá —y luego obligado a jubilarse en 1999— debido a sus vínculos con los paramilitares. El presidente de Sintrainagro, Guillermo Rivera, participó como orador exclusivo en un evento organizado en su honor por Augura, en el moderno Hotel Tequendama de Bogotá, en mayo de 1999.

El contrato de dos años de duración firmado en mayo de 2002 —después de una huelga de un día de Sintrainagro— incluyó primas, contribuciones por parte de la compañía para un fondo para viviendas y otro para la educación, que debían ser administrados por representantes del sindicato y de Augura. Oswaldo Cuadrado Simanca, presidente de Sintrainagro, enfatizó en «la armonía y la buena voluntad en que tuvieron lugar las negociaciones, y declaró que el acuerdo benefició a ambas partes». Como explicó en 2004 Hernán Correa, secretario general de Sintrainagro, «entendimos que el patrón no es un enemigo, sino un socio».

La profunda división entre Sintrainagro y sus aliados, por una parte, y la izquierda colombiana, por

otra —incluyendo a la mayoría del movimiento sindical— se hizo notoria en la posición del sindicato en el contorno nacional. Cuando el presidente colombiano Álvaro Uribe Vélez visitó Urabá en 2002, Mario Agudelo elogió «sus aportes a la pacificación de Antioquia» cuando fue gobernador. En septiembre de 2003, cuando el presidente Uribe presentó a los electores colombianos un referéndum respaldando su paquete de medidas económico-neoliberal, la CUT y la izquierda hicieron una campaña activa en contra, mientras que Sintrainagro apoyó a Uribe. Oswaldo Cuadrado Simanca, presidente de Sintrainagro, compareció en la agencia de noticias presidencial el 25 de septiembre para divulgar la declaración de su sindicato. (El referéndum no fue aprobado).

Evaluando el nuevo Sintrainagro

Bajo circunstancias extraordinariamente adversas, los trabajadores colombianos han atravesado las fronteras y buscado los puntos débiles del sistema. A pesar de la represión y las pérdidas, han encontrado la forma de organizarse. Sin embargo, han sufrido una violencia espantosa y se han visto forzados a integrar alianzas incómodas y peligrosas para sobrevivir.

Para los sindicatos mundiales que han decidido enfrentarse a los desafíos de los intereses capitalistas y la represión de sindicatos a nivel global, y que ven en esta represión parte de una estrategia empresarial de aumentar las ganancias a través de la búsqueda —o la creación— de nuevas fuentes de trabajo siempre más baratas, Colombia, con el nivel de violencia contra sindicatos más alto del mundo, constituye un sitio obvio para empezar. Tampoco es sorprendente que los sindicatos extranjeros sean reacios a involucrarse en disputas internas del movimiento sindical colombiano.

Pero los miembros de una delegación sindical canadiense que visitó Urabá en 1997 quedaron «profundamente perturbados» por la situación en el área. Notaron un contraste significativo entre Sintrainagro y el resto del movimiento sindical colombiano, así como entre Sintrainagro y las otras organizaciones sociales de la región. En toda Colombia, los sindicatos se encontraron sitiados por los grupos paramilitares: «presenciamos una determinación increíble por llevar adelante la lucha contra fuerzas superiores prácticamente invencibles». En Urabá, Sintrainagro se encontraba alienada de los tradicionales aliados de los sindicatos. Todas las tendencias políticas —menos la del EPL— habían sido eliminadas del sindicato. Mientras en el pasado los líderes de Sintrainagro reflejaban las múltiples tendencias políticas

de la región, en 1997 los líderes incluyen solamente a militantes del partido del EPL.

Los dirigentes sindicales expresaron su desacuerdo con las organizaciones de paz y de derechos humanos en el área, y su apoyo a los grupos paramilitares. «Nunca reconocieron los abusos cometidos por los militares en la región, ni los vínculos entre el ejército y las fuerzas paramilitares, que han sido bien fundamentados por las organizaciones de derechos humanos colombianas e internacionales», informaron los canadienses. El comandante del ejército en Urabá, general Rito Alejo del Río, solo tenía palabras de encomio, describiendo al sindicato como «el modelo de modelos». Los canadienses llegaron a la conclusión de que

hay cientos de ex miembros de este sindicato desplazados en otras regiones del país que, sin dudas, tendrían una historia muy diferente que contar respecto a los líderes que actualmente dirigen Sintrainagro. En nuestra opinión, sus testimonios deben formar parte de la valoración final del papel que este sindicato está desempeñando en la actualidad en la región de Urabá.¹⁶

El alto nivel de violencia ha desempeñado un papel claro en forzar a los trabajadores bananeros a formar las alianzas contradictorias de las tres últimas décadas. Mauricio Romero explica que

es más probable que antes [los trabajadores bananeros] no fueran tan revolucionarios como aseguraban las autoridades en sus acusaciones, y que hoy no sean tan reaccionarios como sus adversarios alegan. Más bien han tenido que adaptarse según los cambios en el mundo de relaciones en que han tenido que actuar.¹⁷

No obstante, puede que Romero exagere cuando sugiere que «los revolucionarios de la década pasada [han] optado hoy por la ciudadanía».¹⁸ Como señala la delegación sindical canadiense, los revolucionarios de la década pasada tal vez han sido asesinados y desplazados, remplazados por una dirigencia sindical muy distinta a la anterior.

El caso de los sindicatos de Urabá sugiere varias conclusiones preocupantes sobre las posibilidades que existen para los sindicatos bajo un régimen de globalización neoliberal. Primero, a pesar de que la coyuntura histórica llevó a que los gobiernos y los empresarios ampliaran los derechos de los trabajadores a mediados del siglo xx en América Latina (como en otras partes del mundo), por lo menos en algunos sectores —sobre todo urbanos e industriales—, las estrategias empresariales más viejas para controlar la fuerza de trabajo, incluyendo la violencia directa, se reanimaron y expandieron a finales del siglo. Las tácticas que frecuentemente se asocian con la globalización contemporánea, como el aumento del poder de las corporaciones, la disminución del papel social del Estado, y la dispersión de los sitios de

producción para ejercer una presión hacia abajo en los salarios y las condiciones, pueden parecer nuevas en el sector industrial, pero han sido la norma en el agroexportador desde las épocas coloniales y neocoloniales.

Tampoco es una anomalía el caso de Urabá. Al contrario. Dentro de los corredores de poder corporativos y estatales, Urabá sugiere la ola del futuro, como reportó *The Houston Chronicle*,

Los excesos paramilitares en Urabá tuvieron implicaciones mucho más allá que las plantaciones bananeras. Según un informe reciente del gobierno colombiano, la estrategia y las tácticas de los paramilitares en Urabá sirvieron de *modus operandi* cuando los paramilitares extendieron su campaña contra-guerrilla a nuevas áreas de Colombia. «Se convirtió en un modelo nacional que muchos aplaudieron» según León Valencia, un analista político en Bogotá.¹⁸

Los Estados Unidos consideran al presidente colombiano Álvaro Uribe su aliado regional más fiel, y siguen derramando recursos en el ejército colombiano, y han declarado que Colombia ofrece un «buen modelo» para los esfuerzos estadounidenses en otras partes del mundo.

La combinación de una represión extraordinaria contra la izquierda, y la súplica de parte de los empresarios para la colaboración por la salvación regional, crearon el contexto para la transformación de uno de los sindicatos colombianos más radicales a un aliado de la derecha.

Mientras muchos de los trabajadores del mundo están apenas empezando a reconocer y enfrentarse con los desafíos de la globalización neoliberal, los bananeros llevan más de un siglo enfrentándose con sus precursores. El espectro de respuestas que las compañías bananeras han utilizado para aumentar sus ganancias a expensas de los derechos laborales y humanos puede volverse más característico que excepcional mientras se consolide el orden global neoliberal. La experiencia de los bananeros colombianos y sus sindicatos sugiere conclusiones bastante pesimistas sobre el futuro de los trabajadores bajo la globalización neoliberal.

Traducción: Ariel Rojas Rivero.

Notas

1. Tod Robberson, «Paramilitary Groups Gaining Strength in Colombia», *Dallas Morning News*, Dallas, 13 de julio de 1997.
2. *La violencia* se refiere a una década sangrienta que va desde los años 40 hasta mediados de los 50 en Colombia.
3. Mary Roldán, *Blood and Fire: La Violencia in Antioquia, Colombia, 1946-1953*, Duke University Press, Durham, 2002, p. 226.

4. Fernando Botero Herrera y Diego Sierra Botero, *El mercado de fuerza de trabajo en la zona bananera de Urabá*, Universidad de Antioquia, Medellín, 1981, p. 81.
5. Luis Asdrúbal Jiménez Vaca, «Comunicación No. 859/1999» al Comité de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, Ginebra, <http://www.acnur.org/pais/docs/142.pdf>.
6. Comisión Andina de Juristas/Seccional Colombia, *Informes regionales de derechos humanos: Urabá*, Comisión Andina de Juristas, Bogotá, 1994, p. 39. Marbel Sandoval (*Gloria Cuartas: ¿por qué no tiene miedo?*, Planeta Colombiana Editorial, S.A., Bogotá, 1997) cita una tasa de evasión de impuestos de entre 50 y 60% en el período 1977-1981.
7. Marbel Sandoval, ob. cit., p. 183.
8. Fernando Botero Herrera y Diego Sierra Botero, ob. cit., pp. 144-6.
9. Medófilo Medina, «Violence and Economic Development: 1945-50 and 1985-88», en Charles Berquist, Ricardo Peñaranda y Gonzalo Sánchez, eds., *Violence in Colombia: The Contemporary Crisis in Historical Perspective*, Scholarly Resources, Wilmington, Delaware, 1992, p. 162.
10. United Press Internacional, «11 Die in Medellin Weekend Violence», 23 de octubre de 1989; «Colombia: Politics and Violence», *Latin America Weekly Report*, 16 de noviembre de 1989, pp. 45-89; Comisión Andina, ob. cit., p. 42.
11. «Banana Strike is Over», *Latin America Weekly Report*, 14 de diciembre de 1989, pp. 49-89; Comisión Andina, ob. cit., pp. 40-1.
12. «Banana Strike...», ob. cit.
13. Álvaro Villarraga Sarmiento y Nelso Roberto Plazas, *Para reconstruir los sueños*, Fundación Cultura Democrática, Bogotá, 1994, pp. 390-2.
14. William Ramírez Tobón, *Urabá: Los inciertos confines de una crisis*, Planeta, Bogotá, 1997, pp. 64-5.
15. Álvaro Villarraga Sarmiento y Nelso Roberto Plazas, ob. cit., pp. 393 y 458.
16. John Bird *et al.*, «Report of the Canadian Trade Union Delegation to Colombia», febrero de 1998, <http://www.colombiasupport.net/199802/canadaunion.html>.
17. Mauricio Romero, «Los trabajadores bananeros de Urabá: ¿de «súbditos a ciudadanos»?», <http://www.ces.fe.uc.pt/emancipa/research/pt/ft/uraba.html>.
18. Ídem.
19. John Otis, «Critics Question Chiquita's Claim that it Was Forced to Pay Colombian Paramilitaries», *The Houston Chronicle*, Houston, 2 de abril de 2007.

Crisis políticas pasadas y presentes en Madagascar

Wenche Hauge

Investigadora. Instituto Internacional para la Investigación de la Paz, Oslo.

Después de su independencia, Madagascar ha atravesado varias crisis políticas, en 1972, en 1991, y más recientemente, en 2001-2002, después de las elecciones presidenciales que llevaron al poder a Marc Ravalomanana. Ninguna, sin embargo, condujo a un conflicto armado. En este artículo se analiza la crisis de 2001-2002 en una perspectiva histórica comparada, procurando investigar si las mismas estructuras, características y prácticas culturales que evitaron que las crisis pasadas condujeran al conflicto armado funcionaban aún en 2001-2002 y, de ser así, qué papel desempeñaron.

Madagascar pasó a ser colonia francesa en 1896; pero antes el país estuvo dividido en muchos reinos distintos. Tiene dieciocho grupos étnicos diferentes, aunque todos hablan la misma lengua. Los sakalave cubren toda la costa occidental, mientras que previo a la colonización francesa, el reino Merina controlaba casi dos tercios de Madagascar.¹ En el período colonial, el general Joseph Simon Galliéni llevó a cabo la conquista de la isla e implantó la administración francesa, en parte mediante la introducción del gobierno indirecto, utilizando a líderes locales en el aparato colonial.²

Mientras esto se producía, se aseguró también de que todas las instituciones merinas más importantes quedaran destruidas.³ Cuando Galliéni abandonó el país, en 1905, la tarea estaba terminada. Sin embargo, después de la independencia, ocurrida en 1960, la vieja discordia entre el grupo étnico merina, que habita el interior, y la población costera ha seguido desempeñando un papel en las políticas malgaches.

A pesar de esta vieja discordia, las divisiones existentes en la sociedad colonial malgache han tenido hasta el momento un carácter demasiado oblicuo para constituir los verdaderos antagonismos que necesitan los líderes a fin de movilizar el apoyo para la lucha armada.⁴ Las características culturales, como la preferencia por la *fibavanana*, o solidaridad y no violencia del pueblo malgache, han impregnado a diversos sectores de la sociedad y actuado como un poderoso freno sobre los agentes que pudieron haberse tentado a recurrir a la violencia. Además, el Consejo de Iglesias Cristianas (FFKM) desempeñó un papel importante al impedir que la crisis de 1991 se tornara violenta, al actuar como plataforma desde la cual los descontentos pudieran expresar sus frustraciones.

Con el objetivo de desarrollar un instrumento analítico para este estudio, he dividido los factores ya mencionados en dos categorías principales. La primera sería *Condiciones que fomentan el conflicto armado*. Para que este estalle, son necesarias varias condiciones causales. Las más importantes han sido bien establecidas por las investigaciones cualitativas y cuantitativas sobre conflictos armados. De la ausencia de antagonismos evidentes en la sociedad malgache surge la ausencia de algunas de las más importantes. La segunda, las *Capacidades para el manejo pacífico de la crisis*. Estos factores evitan que una «crisis política se transforme en lucha armada». La cultura malgache de la no violencia, heredada del concepto de la *fibavanana*, y la tradición de diálogo y empleo de mediadores, pertenece a esta categoría.

En este texto se analizan las consecuencias de la crisis y el cambio de régimen en Madagascar en 2001-2002 en relación con dos aspectos principales:

- ¿En qué grado las políticas del gobierno de Ravalomanana condujeron al desarrollo pacífico de la sociedad malgache mediante el debilitamiento o eliminación de las condiciones que fomentan el conflicto armado?
- ¿En qué medida el manejo de la crisis en 2001-2002 y el subsiguiente cambio de régimen influyeron en la capacidad de la sociedad malgache de manejar la crisis de modo pacífico una vez que se había producido?

El equilibrio entre la ausencia de condiciones que fomentan el conflicto armado y la existencia de capacidades para el manejo pacífico de crisis es importante. Mientras mayor sea el número de condiciones negativas presentes, mayor es la necesidad de capacidades positivas, y viceversa.

La crisis de 2001-2002 en perspectiva histórica

Los años de Tsiranana

Madagascar se hizo independiente de Francia en 1960. El primer presidente del país, Philibert Tsiranana, inició un largo período de estabilidad política y desarrollo en un momento en que la agitación y los disturbios caracterizaban gran parte de África. Solo al final de su período presidencial, en 1971-1972, comenzaron a surgir problemas políticos e inestabilidad. Hubo varias razones para ello: una fue por la educación. Francia continuaba teniendo gran influencia en las políticas malgaches y el sistema de educación funcionaba de acuerdo con el modelo francés.⁵ Por otra parte, Tsiranana no había prestado atención suficiente a los

problemas del sur y el suroeste de Madagascar, una región árida, vulnerable a la sequía y a los cambios climáticos, y con una población muy dependiente de la ganadería para su supervivencia. En 1971, surgió en el sur un levantamiento local —dirigido por Monja Joana—, de un movimiento llamado *Mouvement National pour l'Indépendance (MONIMA)*, establecido en 1958. MONIMA fue una de las agrupaciones nacionalistas más radicales y trabajaba no solo por la independencia, sino también por la ruptura total con Francia.

A pesar de estas crisis y de otros problemas, en 1972 Tsiranana fue reelecto por otros siete años. Sin embargo, en mayo de 1972 saltó a primer plano el descontento de los estudiantes que produjeron disturbios lo suficientemente fuertes como para paralizar el sistema educacional completo en Madagascar y extenderse a las calles de Antananarivo. Durante la manifestación, las Fuerzas Republicanas de Seguridad (FRS) dispararon a la multitud. La *gendarmérie* y el ejército, por su parte, se negaron a usar las armas contra su propio pueblo. El suceso alimentó el descontento hacia el gobierno de Tsiranana y este se vio obligado a renunciar. Disolvió el gobierno y dejó el poder ejecutivo en manos del general Gabriel Ramanantsoa.

Ratsiraka y la crisis de 1991

Después de un período de inestabilidad y cambios, en 1975 un Directorio militar nombró presidente al capitán Didier Ratsiraka. Esto marcó el comienzo de su largo dominio presidencial en Madagascar, que terminó en 2002. Ratsiraka se ganó el apoyo de la población durante siete años mediante un referéndum a su presidencia, basado en un programa político, la *Chartre de la révolution socialiste malgache* —llamado su «librito rojo»—, y en una nueva Constitución.⁶ Creó el Consejo Supremo Revolucionario (CSR) y todas las nuevas propuestas de leyes debían ser aceptadas por él. También estableció el Frente Nacional para la Defensa de la Revolución (FNDR). Las asociaciones políticas debían operar dentro del FNDR como única política legal del país, pero en marzo de 1990 un Alto Decreto Judicial Constitucional permitió el multipartidismo.⁷ Los años 80 se caracterizaron por el deterioro económico en Madagascar. Su combinación con la falta de posibilidades para la oposición política condujo, en 1991, a una protesta multitudinaria en las calles.

El Consejo Cristiano de Iglesias (FFKM) desempeñó un papel importante durante esta crisis.⁸ Criticaba las violaciones de los derechos humanos, la corrupción, el incremento del mercado negro, el robo,

la prostitución y la violencia. En 1991, el FFKM organizó una serie de convenciones a las que se invitó a todos los actores de la crisis, con el propósito de encontrar soluciones a los problemas políticos y económicos del país. Uno de sus resultados fue la creación de un Comité de Fuerzas Vivas permanente. Aunque el FFKM hizo posible el nacimiento del Comité, en una declaración posterior se distanció de este porque no deseaba participar, de modo directo, en la actividad política.

El 10 de junio de 1991, el Comité de Fuerzas Vivas llamó a una huelga general que, salvo por algunas interrupciones breves, duró seis meses. La maquinaria administrativa se paralizó y se produjo una creciente presión a favor de la renuncia del Presidente.⁹ Sin embargo, Ratsiraka se negó a renunciar y el 17 de julio el Comité anunció un gobierno de transición con el profesor Albert Zafy como primer ministro. La crisis culminó en una gran marcha de protesta, el 10 de agosto, en la que participaron más de medio millón de personas.

Algunos altos oficiales de las fuerzas armadas comprendieron la catástrofe que se cernía y mostraron interés en llevar a las partes a un entendimiento.¹⁰ El 30 de octubre, el general Ramakavelo, en nombre de esos altos oficiales, incitó a los políticos a resolver la crisis mediante el diálogo. Ante este desafío, el Primer Ministro invitó al Comité de Fuerzas Vivas, al grupo de partidos progubernamentales, al Movimiento Militante por el Socialismo Malgache (MMSM) y al FFKM a reunirse para una tercera convención, celebrada del 29 al 31 de octubre de 1991. Como resultado, el 19 de diciembre quedó establecido un gobierno de coalición. Dos años después, tras la segunda ronda electoral de 1993, Albert Zafy fue elegido presidente con 66,7% de los votos.

Zafy y los precursores de la crisis de 2001-2002

A pesar del fuerte apoyo inicial, después de unos años en el poder, el presidente Zafy fue perdiendo popularidad. En marzo de 1996 se produjo la división del movimiento opositor, el Comité de Fuerzas Vivas, que lo había llevado al poder. Zafy debía enfrentar la oposición política de izquierda y de derecha. En agosto de 1996, el Tribunal Supremo lo sometió a un proceso de incapacitación presidencial por cargos de corrupción, y debió renunciar. Se organizaron nuevas elecciones, y a pesar de los sucesos pasados, Ratsiraka ganó la segunda ronda con 50,7% de los votos.¹¹ De 1996 a 2001, Ratsiraka no pudo lograr cambios importantes en la situación de pobreza de Madagascar. La producción de arroz se estancó, los precios se elevaron. La desigualdad socioeconómica aumentó en la mayoría de las regiones, aunque no marcadamente

entre regiones o en el nivel nacional. Ya para las elecciones presidenciales de 2001, muchos malgaches estaban desilusionados de Ratsiraka y buscaban una alternativa creíble en Marc Ravalomanana, alcalde de Antananarivo, un cristiano respetado, líder de la Iglesia Reformada de Madagascar; poseía un negocio propio —la mayor empresa no extranjera del país— y el monopolio de todos los productos lácteos y del petróleo en la isla. Se había hecho multimillonario gracias a sus propios esfuerzos desde que a los veinte años comenzó a producir yogurt hecho en casa, que vendía en bicicleta.

Los candidatos presidenciales de 2001: Ratsiraka y Ravalomanana

En la crisis surgida por los resultados de las elecciones de 2001 —que duró desde diciembre hasta fines de junio de 2002—, es posible distinguir dos factores básicos que impidieron que el conflicto pasara a violencia prolongada. El primero fue el comportamiento de las multitudes reunidas en Antananarivo para demostrar su apoyo al candidato Marc Ravalomanana. Estas mostraron un grado elevado de control y disciplina ante una situación política extremadamente tensa y acalorada. El segundo fue el comportamiento de las fuerzas armadas, las que, ante las fuertes presiones del presidente Ratsiraka por imponer un toque de queda en la capital, y controlar a las masas reunidas en las calles en apoyo a Ravalomanana, mostraron gran calma negándose al toque de queda y a hacer uso de las armas contra la multitud. En lugar de ello, los líderes militares pidieron a los políticos encontrar una solución basada en el diálogo, y declararon que el papel de las fuerzas armadas malgaches era proteger al pueblo de la violencia, no disparar contra él.

En octubre de 2001 las encuestas de opinión mostraban que Ravalomanana aventajaba a Ratsiraka. La primera ronda electoral indicó que sería necesaria una segunda entre ambos.¹² Sin embargo, el comité de apoyo de Ravalomanana tenía cifras diferentes a las oficiales y declaraba que al conteo de Ratsiraka se le habían añadido unos 400 000 votos fraudulentos.¹³ El Tribunal Constitucional Superior (HCC) confirmó que se celebraría la segunda ronda electoral. A los partidarios de Ravalomanana no les agradó la noticia y comenzaron una serie de concentraciones de protesta en la capital, e incluso una huelga general de carácter indefinido.

La crisis atrajo la atención internacional. El presidente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y el Secretario General de la Organización de la Unidad Africana (OUA), general Amara Essy, apelaron a ambas

partes para que cumplieran los requisitos constitucionales, electorales y jurídicos «en forma transparente en presencia de observadores internacionales».¹⁴ Las partes no respondieron al llamado, y el 5 de febrero de 2002 se reanudaron las gigantescas manifestaciones en apoyo a Ravalomanana.

A pesar de las mediaciones de Amara Essy —con el apoyo del Secretario de Asuntos Políticos de la ONU, Ibrahima Fall—, los dos contrincantes no tomaron en serio el acuerdo y comenzaron a agitar a favor de soluciones más radicales. Hacia fines de febrero, la crisis se había intensificado. Ravalomanana se dirigió a una multitud de medio millón de partidarios diciéndole que la crisis había ido demasiado lejos, y que pronto se declararía presidente. El gobierno de Ratsiraka condenó las intenciones de Ravalomanana, pero a pesar de ello este se declaró presidente e hizo que lo juramentaran¹⁵ y, sin tener en cuenta el rechazo internacional, siguió nombrando ministros, mientras que los de Ratsiraka renunciaron uno tras otro ante la presión de la multitud en la capital. Para fines de febrero, Ravalomanana había nombrado primer ministro a Jacques Sylla.

Los contornos de un conflicto separatista

La última esperanza de Ratsiraka estaba en los gobernadores de cinco de las seis provincias autónomas de Madagascar. El 5 de marzo de 2002, estos firmaron un acuerdo en virtud del cual designaban a la ciudad portuaria oriental de Tamatave como su capital.¹⁶ También convinieron en mantener el bloqueo de Antananarivo para cortar la entrada de suministros vitales. Así, Madagascar quedó dividida en dos gobiernos y dos capitales.

En marzo-abril la situación empeoró notablemente. Las fuerzas de seguridad mataron a algunos manifestantes partidarios de Ravalomanana en Tamatave, baluarte de Ratsiraka, y también se produjeron incidentes de violencia cuando Jacques Sylla ocupaba el palacio del Primer Ministro el 15 de marzo en Antananarivo.¹⁷ Esto llevó al ejército a realizar su primer llamado al diálogo de ambas partes; no obstante, Ravalomanana lo rechazó, al tiempo que despedía a los cinco gobernadores leales a Ratsiraka. El 23 de marzo, el general Raveloarison renunció como gobernador militar de Antananarivo, admitiendo así que su misión había sido en vano.

A principios de abril se produjo la voladura de dos puentes que unían la capital con el puerto meridional, y la escasez comenzó a hacerse aguda en la capital. Los esfuerzos internacionales de mediación aumentaron. El 18 de abril, Ratsiraka y Ravalomanana se reunieron en Dakar por invitación del presidente de Senegal,

Abdoulaye Wade, y firmaron un acuerdo en que cada uno aceptaba que, en caso de no ser ganador categórico del segundo escrutinio de los votos de la primera ronda, se celebraría un referéndum popular para decidir entre los dos candidatos principales. Naciones Unidas, la Organización de la Unidad Africana y la Unión Europea organizarían el referéndum en seis meses.

Los resultados del escrutinio, largamente esperados, llegaron el 29 de abril cuando el Tribunal Constitucional Superior declaró que Ravalomanana había ganado la primera ronda con una clara mayoría de 51,46% de los votos en comparación con 35,9% de Ratsiraka.¹⁸ Este, de inmediato, rechazó el dictamen. El 2 de mayo la ciudad de Tamatave declaró su independencia y los gobernadores de cuatro de las seis provincias que apoyaban a Ratsiraka anunciaron planes de secesión de la capital a fin de formar una confederación independiente. Una delegación ministerial de la OUA llegó a Madagascar para tratar de buscar una solución a la crisis. El jefe de la delegación, Cheikh Tidiane Gadio, ministro del Exterior de Senegal, expresó que era importante tomar en cuenta que el objetivo del acuerdo de Dakar había sido encontrar una solución política integral. Sobre esta base, afirmó que era necesario pasar a una segunda fase: un referéndum con supervisión internacional, pues se suponía que solo de este modo se evitaría la partición de la isla. Ahora fue el turno de Ravalomanana de rechazar la propuesta, y procedió a la toma del poder político con mayor rapidez que antes. A mediados de mayo había jurado su gobierno con Jacques Sylla como primer ministro, ante la negativa de los partidarios de Ratsiraka.

Ravalomanana toma el control del ejército

En las fuerzas armadas la presión también se hizo excesiva y el ejército se dividió. En una entrevista, el general retirado Ramakavelo explicó que la presión sobre el ejército exigía que se escogiera entre la legalidad y la legitimidad.¹⁹ La dirigencia leal al presidente saliente Ratsiraka renunció el 7 de junio. Cuando el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Rajaonson, entregó oficialmente las fuerzas armadas al general Rawafimandy, nombrado por Ravalomanana, se inició la parte final y un tanto más violenta de la crisis. Ese mismo día, cuando inspeccionaba las tropas en la ceremonia de entrega, Ravalomanana anunció que no había marcha atrás y ordenó a los soldados dismantelar las barricadas que separaban a la capital de los puertos.²⁰ Varias personas murieron en los choques que se produjeron en las barricadas entre los partidarios de Ratsiraka y los soldados del ejército leales a Ravalomanana. En general, los actos de violencia durante

Tres condiciones representan las capacidades más importantes para el manejo pacífico de crisis en Madagascar: la cultura y tradición de la *fihavanana*, o coexistencia pacífica, el papel de la Iglesia como *raiamendreny* o autoridad moral/mediadora, y la negativa del ejército a emplear la violencia, actitud que han mostrado, en especial, los oficiales superiores.

la crisis de 2001-2002 estuvieron directamente vinculados a situaciones y lugares de lucha entre los partidarios más cercanos de ambas partes, y se limitaron a ellos; no se extendieron a otras partes ni alcanzaron a los civiles.

La OUA y el presidente de Senegal intentaron de nuevo mediar en la crisis, sin alcanzar resultados positivos. Ambas partes se reunieron en Dakar el 8 y 9 de junio, pero no pudieron llegar a un acuerdo. Después, Ratsiraka declaró que los suyos tomarían la ofensiva. Sin embargo, las fuerzas de Ravalomanana no tuvieron resistencia fuerte, y tomaron el control de una tercera provincia.

Las cosas empeoraron definitivamente para el campo de Ratsiraka después que este huyó a Francia el 13 de junio. Ravalomanana disolvió el gobierno y pidió a Jacques Sylla que formara un nuevo gabinete de unidad, de acuerdo con las propuestas de los mediadores en Dakar. Sin embargo, cuando unos días después se nombró a los ministros, se hizo evidente que se trataba de una unidad solo de nombre. De todos modos, los Estados Unidos reconocieron al gobierno de Ravalomanana y descongelaron los activos del país en la Reserva Federal. Japón, Australia y China pronto los siguieron. La OUA, por otra parte, se mantuvo firme, y el 2 de julio su secretario general, Saïd Djinnit, anunció que «se impediría la asistencia de Madagascar a la primera cumbre de la Unión Africana que se celebraría en Durban debido a los principios de la OUA en lo tocante a cambios inconstitucionales de gobierno y a la integridad territorial de Madagascar».²¹

Ravalomanana estableció con firmeza su legitimidad mediante elecciones parlamentarias celebradas el 15 de diciembre de 2002, en las que él y sus aliados obtuvieron 132 de los 160 escaños. En enero de 2003, después de una visita a Madagascar realizada entre el 24 y el 27 de enero, también el órgano central de la Unión Africana decidió recomendar a la Asamblea de la organización que reconociera el gobierno de Ravalomanana. Al fin, la dramática crisis política se había resuelto con un empleo limitado de violencia.

Tras haber recalcado los aspectos positivos del manejo de la crisis, también merecen espacio algunos factores preocupantes. Un periodista francés documentó,

mediante el empleo de una cámara oculta, que algunos partidarios de Ravalomanana entregaron armas a grupos de civiles que ayudaban a eliminar las barricadas levantadas durante la crisis por los partidarios de Ratsiraka. Las armas estaban almacenadas en un camión perteneciente a la empresa láctea de Ravalomanana. Según informes de partidarios de Ratsiraka —que no he podido verificar de modo independiente— se prometió cierta cantidad de dinero y tierras a estos civiles a cambio de su ayuda, promesa que no se cumplió. En el video se aprecia con claridad la entrega de armas a muchachos y hombres relativamente jóvenes. De ser cierta la acusación de la promesa de dinero y tierras, las armas no registradas se encuentran hoy en manos de personas irritadas y frustradas, y eso no augura nada bueno para la situación de seguridad posterior a la crisis.

Capacidades para el manejo pacífico de la crisis

Lo anterior cambia el enfoque hacia las *capacidades para el manejo pacífico de crisis*. Para los políticos, dirigentes eclesiásticos, organizaciones no gubernamentales, trabajadores de la cultura, e incluso oficiales del ejército, las actitudes conciliatorias y no violentas de la población tienen su origen en valores tradicionales y culturales fuertes de la sociedad malgache: *fihavanana* y *raiamendreny*.²²

Juliette Ratsimandrava, directora del Instituto Nacional de Arte, Letras y Ciencias, explica ambos conceptos del siguiente modo:

Hay una palabra en nuestra lengua, *fihavanana*. Significa solidaridad. Esta idea se transforma en la vida de los vecindarios. Las personas que viven en la misma cuadra desarrollan con una suerte de solidaridad. Si alguien vive en mi misma zona, me resulta difícil herirlo, porque hemos andado por los mismos caminos y bebido la misma agua...

En Madagascar buscamos lo que llamamos *raiamendreny*. Es la madre y el padre a los que uno recurre cuando tiene problemas. Es lo que llamamos «motamo», lo que significa madre y padre, o autoridad, autoridad moral. Se busca la reconciliación. Las personas buscan un dirigente, pero en una situación de crisis se pregunta a los dirigentes y así se busca autoridad moral.²³

Las crisis de 1971-1972 y 1990-1991 fueron similares respecto al comportamiento de las grandes multitudes malgaches, que fue controlado y pacífico. Su experiencia también fue, al fin y al cabo, la movilización de masas para trabajos pacíficos de cambio y, en ambos casos, el empate entre los manifestantes y el gobierno resultó en un cambio de régimen. Además, los oficiales superiores de las fuerzas armadas y la gendarmería se negaron, en las dos crisis, a hacer uso de la violencia contra la población, y lograron transformar situaciones extremas en soluciones mediante el diálogo. Así, tres condiciones representan las capacidades más importantes para el manejo pacífico de crisis en Madagascar: la cultura y tradición de la *fibavanana*, o coexistencia pacífica, el papel de la Iglesia como *raiamendreny* o autoridad moral/mediadora, y como canal de comunicación de las posiciones y necesidades de la sociedad civil en situaciones de crisis política y, por último, la negativa del ejército a emplear la violencia, actitud que han mostrado, en especial, los oficiales superiores.

Las consecuencias de la crisis de 2001-2002

Para contestar la segunda de las dos preguntas principales formuladas en la introducción, se analizarán las consecuencias de la situación y el cambio de régimen en Madagascar en 2001-2002 en relación con las capacidades para el manejo pacífico de crisis desarrolladas durante los anteriores conflictos.

El FFKM en su papel como *raiamendreny*

Existe una diferencia principal entre la crisis de 1991 y la de 2001-2002. En 1991, la Iglesia desempeñó un papel activo como mediador en el conflicto mediante el trabajo del FFKM; además, este funcionó como plataforma para el establecimiento de nuevas fuerzas democráticas en la vida política malgache. El Consejo ecuménico pudo desempeñar este papel en aquel momento porque se le consideraba neutral.

Aunque nunca expresado en palabras directas, es evidente que en 2001-2002 el FFKM apoyaba la candidatura de Marc Ravalomanana. Después de asumir la presidencia, este continuó como vicepresidente de la Iglesia Reformada y su asesor político más cercano es el presidente de esta. El hecho de que Ravalomanana ostentara, al mismo tiempo, posiciones religiosas y políticas ha tenido consecuencias negativas en el papel que la Iglesia desempeñó como canal libre y abierto de la sociedad civil. Ravalomanana ha procurado —y logrado— cambiar declaraciones críticas sobre condiciones sociales y políticas emitidas por sínodos

del FFKM. También ha donado vehículos a los obispos de la Iglesia Reformada y de la luterana en Antananarivo y Ansirabé.

La consecuencia de la mezcla de papeles y el comportamiento de Ravalomanana hacia la Iglesia es que esta, o el FFKM como institución, ya no son considerados neutrales. Dada la situación actual, de producirse un nuevo conflicto político en Madagascar, hay pocas posibilidades de que el FFKM pueda actuar de nuevo como mediador y por tanto ser considerado *raiamendreny*. Sin embargo, su Secretario General expresó que esto pudiera cambiar con rapidez de producirse un cambio de curso del FFKM. A su entender, también existe la posibilidad de que figuras importantes de la Iglesia actúen de mediadores a título personal.²⁴ En resumen, según aparece ahora la situación, la capacidad para solucionar conflictos de la sociedad civil malgache se ha debilitado por la pérdida de la Iglesia ecuménica como mediadora, la que ha dejado un importante vacío como *raiamendreny* del pueblo en caso de que las autoridades políticas fallen de nuevo.

Sin embargo, de producirse una nueva crisis política en Madagascar, su resultado no depende solo de la disponibilidad de mediador, sino también del comportamiento de las fuerzas armadas y de las multitudes de civiles que tienden a reunirse de modo espontáneo en las calles durante las crisis.

El ejército y la crisis

En lo tocante al ejército, las experiencias de la crisis de 2001-2002 fueron relativamente negativas. A diferencia de lo ocurrido en 1991, cuando se solucionó con el diálogo político, la de 2001-2002 se resolvió mediante el uso de las armas, cuando los partidarios de Ravalomanana chocaron con los de Ratsiraka en el momento en que se destruían las barricadas de los caminos de Antananarivo a los puertos.

En una perspectiva comparativa y dada la magnitud del conflicto político en Madagascar, el empleo de la violencia fue bastante limitado en tiempo, espacio y grado. Es fácil imaginar que en cualquier otro país africano —o en otro lugar del mundo— una crisis similar habría dado origen a un prolongado conflicto armado. Sin embargo, en la tradición malgache, difirió de la crisis de 1991 en el sentido de que no se encontró solución de diálogo y los dos opositores políticos y sus partidarios recurrieron a las armas. Aunque la división de lealtades en el ejército no se hizo evidente hasta la fase final de la crisis y el empleo de armas estuvo restringido, el general retirado Ramakavelo señaló que la dirección del ejército pudo haber hecho más en la búsqueda de soluciones de diálogo, como había hecho en 1991. Cuando los jefes del ejército, leales a Ratsiraka,

renunciaron, aunque no se produjo una escisión total entre los oficiales y soldados restantes, sí hubo heridas emocionales y división de lealtades. Esto pudiera influir en alguna medida en la capacidad futura de manejo pacífico de crisis por parte del ejército.

Fihavanana

¿Cómo fue posible el empleo estrictamente limitado de la violencia en una crisis política tan acalorada? Al examinar la historia de Madagascar después de la independencia, es posible distinguir una población paciente, que vive en condiciones de pobreza, y desde principios de los 70, también con un sistema unipartidista sin tolerancia a la oposición, pero cuando las condiciones negativas alcanzan extremos, se reúnen en las calles a protestar. Estas protestas (1972, 1991 y 2002) fueron espontáneas y enormes, pero pacíficas. Sin excepción, también provocaron cambios de régimen. Las investigaciones sobre conflictos han demostrado que violencia engendra violencia;²⁵ la historia malgache ilustra la otra cara de la moneda: la acción pacífica engendra paz sostenida.

El respeto al concepto de *fihavanana* está profundamente arraigado en la cultura, la filosofía y el pensamiento malgaches. La mayoría posee una barrera cultural y psicológica contra el empleo de la violencia, y los soldados y oficiales del ejército no constituyen en este sentido una excepción. Estos han hecho referencia frecuente a la *fihavanana* cuando han encarado conflictos políticos, con presiones de ambas partes.²⁶ En varias de estas situaciones, los oficiales han exigido que los opositores políticos recurran al diálogo y no al uso de las armas. Varios han explicado su actitud pasiva en la obediencia al toque de queda y el control de las multitudes como necesaria en función de la *fihavanana*. Existe, además, un efecto de sinergia. Las fuerzas armadas saben que, históricamente, las multitudes malgaches que protestan actúan de modo pacífico y controlado. Del mismo modo, las multitudes conocen que los soldados malgaches tienden a no decidirse por la violencia.

Las ONG participan en las actividades de diálogo

Es posible que el actual aumento de la delincuencia y el empleo de armas en robos y asaltos tengan una influencia gradual en la tradición de diálogo y coexistencia pacífica; sin embargo, dentro de la sociedad, en particular las organizaciones no gubernamentales (ONG) surgidas de la Iglesia, existen tendencias positivas y es factible distinguir una conciencia

creciente de la necesidad de preservar el respeto a la *fihavanana*, y solucionar los conflictos mediante el diálogo. Una ONG que trabaja para promoverlo es FIANTSO-ARC, que se interesa en conflictos relacionados con el medio ambiente; por ejemplo, cuando los intereses de la conservación de bosques chocan con la necesidad de ingresos de la población. FIANTSO-ARC intenta movilizar y apoyar recursos e instituciones locales y regionales y hacerlos participar en la solución de conflictos.²⁷

Otra ONG similar es el centro TABITA, establecido en 1999 por el Consejo Ecuménico de Iglesias como resultado de la cooperación entre diversas organizaciones femeninas dentro del movimiento ecuménico.²⁸ En septiembre de 2002, inició un proyecto titulado «Campana del Consejo Ecuménico de Iglesias para la prevención y el manejo de conflictos = desafío del tercer milenio».²⁹ El proyecto pretende contribuir al derecho del pueblo malgache a vivir en paz, con seguridad y desarrollo sostenible, y hace un fuerte énfasis en la necesidad de preservar y respetar el concepto cultural de la *fihavanana*. El centro TABITA ha celebrado una serie de talleres y seminarios sobre el tema, ha educado a líderes de la comunidad, reunido a jóvenes en talleres sobre la lucha contra la violencia y la intolerancia, talleres femeninos y reuniones de diversas organizaciones no gubernamentales. Ha declarado que, en el futuro, desea ampliar el programa a las municipalidades y lograr la participación de agentes del gobierno local.

Conclusiones

La crisis política de Madagascar de 2001-2002 y el cambio de régimen que produjo tuvieron diversas consecuencias. Sin embargo, ninguna ha aumentado la probabilidad de un conflicto armado. Es posible que en el futuro se produzcan otras crisis si el presidente Ravalomanana no cambia sus políticas en algunas esferas. Sin embargo, es poco probable la emergencia futura de conflictos armados. Ello se sustenta en el conocimiento de los antagonismos existentes en la sociedad malgache y el análisis de cómo las políticas del nuevo régimen han influido en ellos. Históricamente, las líneas divisorias principales en esa sociedad han estado entre los merina de las tierras altas y los pobladores de las costas, o *côtiars*. Ravalomanana ha provocado malestar y frustraciones entre sus opositores de las zonas costeras al eliminar el viejo sistema de las seis provincias autónomas, pero últimamente ha logrado calmar un tanto sus reacciones creando vínculos con algunos de sus opositores más fuertes. Mientras otros aspectos de su política no golpeen de modo desproporcionado

líneas étnicas y geográficas, será difícil movilizar al pueblo para la lucha armada.

Las políticas de Ravalomanana no han contribuido a fortalecer las *condiciones que fomentan el conflicto armado*, ya que no han llevado a ningún tipo de privación sistemática ni aumentado la desigualdad a lo largo de líneas de identidad étnicas y geográficas importantes. Sin embargo, sigue latente la posibilidad de crisis políticas graves en el futuro. Debido a la escasez de arroz, la inflación, el elevado nivel de corrupción y el deterioro de la situación de seguridad, Ravalomanana ha perdido mucha simpatía entre sus partidarios. La población malgache está acostumbrada a períodos de inflación elevada y a un nivel de corrupción generalmente alto, pero el problema de Ravalomanana es que ha hecho muchas promesas y con ello ha elevado las expectativas. Además, el deterioro de la situación de seguridad respecto a períodos anteriores ha sido notablemente mayor bajo su mando. Es difícil evaluar hasta qué grado debe elevarse el nivel de frustración entre los malgaches antes de que explote y provoque una crisis, puesto que se sabe que son pacientes y tolerantes. Sin embargo, las experiencias históricas constituyen un recordatorio de que, cuando la situación madura, las enormes multitudes pueden llenar las calles de Antananarivo y exigir un cambio de régimen.

De incrementarse los antagonismos históricos entre los merina de las tierras altas y la población costera o —lo que es más probable— de producirse una nueva crisis política, las *capacidades para el manejo pacífico de crisis* serán esenciales en Madagascar.

En el nivel individual no hay indicios particulares de que el respeto y la confianza en la *fibavanana* se hayan debilitado después de la crisis de 2001-2002. La experiencia general de las multitudes fue que el cambio de régimen es posible. Los actos de violencia resultaron bastante limitados en espacio, tiempo y número. Sin embargo, es difícil calcular qué efectos, a largo plazo, tendrá la creciente delincuencia e inseguridad que se ha producido después de esa crisis sobre la actitud malgache hacia el empleo de la violencia. Hasta el momento, parece que en realidad ha tenido el efecto opuesto, ya que en estos momentos varias ONG se movilizan a favor de la no violencia y el cambio.

Durante la crisis, tanto el presidente saliente Ratsiraka como la oposición ejercieron una gran presión sobre el ejército. Al final, el respeto a los principios de los oficiales de alto rango de la institución mantuvo su vigencia; el ejército como protector del pueblo —interpretado como la reticencia a emplear la violencia— pudo haberse dañado.

La posición de la Iglesia, por su parte, ya no se considera neutral. Si esta no se desvincula más de la política, como antes, no le será posible —en tanto

institución— desempeñar el papel de mediador o *raiamendreny* en conflictos políticos futuros.

En resumen, las capacidades futuras para el manejo pacífico de crisis en Madagascar se han debilitado un tanto debido a los sucesos y acontecimientos que se produjeron luego de la crisis de 2001-2002. Para evitar la posibilidad de violencia, el Estado debería garantizar el aumento de la producción de arroz, y una estrategia para el manejo de la crisis arrocera; la protección a los más pobres contra la inflación de los artículos básicos de primera necesidad; inversiones regionales equilibradas, medidas para mejorar la situación de seguridad y el fortalecimiento del trabajo de la sociedad civil para conservar la *fibavanana*.

Traducción: María Teresa Ortega Sastriques.

Notas

1. En el siglo XVIII, los reinos más importantes de la costa, aparte del Sakalava, eran el Antaisaka en el norte, la Federación Betsimeraka de Ratsimilaho en el este y el reino Zafirma de Anosy en el sur. En el interior, el reino Isandra en Betsileo y el reino Merina, que rodeaba la ciudad de Antananarivo, eran los más poderosos. Véase Øivind Dahl, *Merkverdige Madagaskar — øya mellom øst og vest*, Spartacus Forlag, Oslo, 1998, p. 73.
2. Mervyn Brown, *A History of Madagascar*, Ipswich Book Company, Londres, 1995.
3. Gallieni ejecutó de inmediato al príncipe Ratsimamanga y al Ministro del Interior Rainiandiampandry. Desterró a la reina a Argelia, donde murió en 1917. Además, se prohibió la esclavitud, se puso fin al sistema feudal y los nobles perdieron sus privilegios. De ese modo se destruyeron las bases del sistema social del reino Merina (Øivind Dahl, ob. cit., p. 100).
4. Wenche Hauge, «Causes and Dynamics of Conflict Escalation: The Role of Economic Development and Environmental Change. A Comparative Study of Bangladesh, Guatemala, Haiti, Madagascar, Senegal and Tunisia», Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Oslo, septiembre de 2003.
5. Mervyn Brown, ob. cit.
6. Øivind Dahl, ob. cit.
7. Eliphaz Mukonoweshuro, «State “Resilience” and Chronic Political Instability in Madagascar», *Canadian Journal of African Studies*, v. 24, n. 3, Regina, 1990, pp. 376-98.
8. Josoa Rakotonirainy, «The Christian Council of Churches in Madagascar (FFKM) and its Commitment to Social Change», en Hizkias Assefa y George Wachira, *Peacemaking and Democratisation in Africa: Theoretical Perspectives and Church Initiatives*, East African Educational Publishers, Nairobi/Kampala, 1996, pp. 153-79.
9. Øivind Dahl, ob. cit.
10. Mervyn Brown, ob. cit.
11. Freedom House, *Freedom in the World: The Annual Survey of Political Rights & Civil Liberties 1997-1998*, Nueva York, 1998.

Wenche Hauge

12. Richard Cornwell, «Madagascar: Stumbling at the First Hurdle», *ISS Paper*, n. 68, Pretoria, abril de 2003, p. 2.
13. Ídem.
14. *Ibidem*, p. 3.
15. Dan Ymal, *L'éveil d'un peuple*, MAPOM, Antananarivo, 2002.
16. Ídem.
17. Richard Cornwell, *ob. cit.*
18. *Ibidem*, p. 6.
19. Entrevista hecha por la autora al general (retirado) Désiré Philippe Ramakavelo, material inédito del Ministerio de Asuntos Exteriores de Noruega, 2 de febrero de 2005.
20. Richard Cornwell, *ob. cit.*
21. *Ibidem*, p. 8.
22. Entrevistas hechas por la autora a Juliette Ratsimandráva, Presidenta de la Asociación para la Protección del Patrimonio Cultural (AFAKA), Directora del Centro de Estudios de la Lengua de la Academia Nacional y hermana del presidente Richard Ratsimandráva, asesinado en 1975 (6 de julio de 2000); general Désiré Philippe Ramakavelo, *cit.*; Remy Ralibera, Secretario General del FFKM (3 de febrero de 2005); Rajoana Andriamananjara, Presidente de la Academia Malgache (1º de febrero de 2005), y

Ricky Olombelo, filósofo y músico (28 de enero de 2005). Materiales inéditos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Noruega.

23. Juliette Ratsimandráva, entrevista citada.
24. Remy Ralibera, entrevista citada.
25. Paul Collier *et al.*, *Breaking the Conflict Trap: Civil War and Development Policy*, World Bank Policy Research Report, Oxford University Press, Oxford y Washington DC, 2003.
26. Désiré Philippe Ramakavelo, entrevista citada.
27. Entrevista hecha por la autora a Roland Ramahatra, Presidente del Consejo Administrativo de FIANTSO-ARC, material inédito del Ministerio de Asuntos Exteriores de Noruega, 28 de febrero de 2005.
28. Entrevista hecha por la autora a Bodo F. Ramambaoa, ex presidente del Centro TABITA FJKM, material inédito del Ministerio de Asuntos Exteriores de Noruega, 28 de enero de 2005.
29. TABITA FJKM, Proyecto «Campagne d'IEC pour la prévention et la gestion des conflits: Défi du troisième millénaire», Reporte general, 2005.

© TEMAS, 2008

Timor-Leste: contribuciones internacionales a un Estado débil

Rebecca E. Engel

Investigadora. Centro para la Solución de Conflictos Internacionales, Universidad de Columbia, Estados Unidos.

Timor-Leste es un Estado que cubre la mitad de una isla, y su área total es de unos 14 600 kilómetros cuadrados.¹ La población suma poco más de un millón de personas radicadas en un terreno montañoso dividido en 13 distritos. El dominio colonial de los portugueses duró casi cinco siglos desde que se iniciara en el siglo XVI. La Revolución de los Claveles de 1974 inició la retirada de los portugueses, pero creó las condiciones para la invasión indonesia. En julio de 1976, Timor-Leste pasó a ser la vigesimoséptima provincia de Indonesia. En 1999, tras rechazar una opción de autonomía especial, inició la transición a la independencia bajo la dirección de la ONU. Luego de apenas dos años, el Administrador de Naciones Unidas traspasó el poder al gobierno nacional, el 20 de mayo de 2002.

Aunque este artículo se ocupa, ante todo, del presente y el pasado reciente, existen dos factores históricos notables que contribuyen al análisis de los desafíos

singulares que debió enfrentar Timor-Leste después de la independencia. Uno de ellos se refiere al legado del dominio colonial e indonesio en la organización social, la economía y la cultura nacionales. El otro tiene que ver con los acontecimientos y las consecuencias del lugar que ocupan los nacionales de Timor Oriental en el proceso de descolonización, incluida la breve guerra civil ocurrida en agosto de 1975.

Legado del dominio colonial e indonesio

Ni los portugueses ni los indonesios dieron oportunidad a los habitantes de Timor Oriental de ocupar cargos de dirección. Si bien utilizaron a los ancianos y reyes tradicionales, probablemente para satisfacer las demandas de las potencias extranjeras, también ellos estaban limitados por parámetros determinados con anterioridad por los dirigentes extranjeros. Ninguno de los dos sistemas alentó la creatividad ni dio cabida a la impugnación de la autoridad. La educación solo resultó asequible, en general, bajo los indonesios, pero se empleó como un mecanismo para difundir su idioma e ideales a todo lo

Este artículo se basa en un Informe preparado para la Fundación Ford, en abril de 2007. Las opiniones expresadas son las de la autora.

largo y ancho del país. Las técnicas de enseñanza hacían hincapié en la repetición y el aprendizaje de memoria.

Es muy difícil medir el trauma colectivo asociado al pasado así como el abandono y la violencia padecidos a lo largo de generaciones.² Las conductas ostensiblemente peligrosas de los jóvenes, en riñas y juegos de azar, son indicios de la desesperanza vinculada al trauma y la depresión, que se exacerbaban con los altos índices de movimiento de personal extranjero en Timor-Leste y los proyectos y contratos cortos que ofrecen los agentes internacionales.³

Estos factores se han vuelto más irritantes porque las estructuras tradicionales han ido perdiendo legitimidad, sobre todo en la capital. En Timor-Leste, el proceso normal de evolución social ha estado muy influido por agentes externos que manipularon las jerarquías tradicionales. Al conversar con la juventud culta se observa que los activistas que habían participado en el creciente movimiento democrático indonesio comenzaron a impugnar la autoridad en forma nunca vista, y a la larga fortalecieron la resistencia a la ocupación extranjera. Esto provocó el debilitamiento interno de la autoridad tradicional y de las estructuras políticas, a medida que la gente comenzó a oponerse a los ancianos y a exigir más de los dirigentes.

En la actualidad, algunos imputan la conducta violenta de los jóvenes a celos sociales. Quienes eran niños durante la ocupación indonesia no tienen edad suficiente para recordar o comprender los sacrificios hechos cuando se luchaba por la independencia. Solo han visto que la vida ha estado preñada de situaciones problemáticas mientras imaginan que la comunidad internacional posee grandes riquezas, incluido el acceso a autos y restaurantes caros. Además, la disparidad socioeconómica ha aumentado de manera espectacular entre los propios habitantes de Timor-Leste y ello constituye un nuevo desafío a las normas culturales relacionadas con la distribución equitativa de los recursos, y para algunos representa una gran injusticia que debe repararse.⁴

La llegada, en 1999, de una misión de la ONU dio inicio a una nueva era de empleos y oportunidades en Dili, la capital. Si bien otros factores también contribuyeron a los cambios demográficos ocurridos en el país, la atracción de Dili provocó una migración en gran escala de las zonas rurales a la capital, lo que aumentó su población de 120 500 habitantes en 2001, a 153 300 en 2004, lo que equivale a un aumento de 6,2% anual.⁵ Esa afluencia permitió a los timorenses ponerse en contacto con normas internacionales, lo que se había visto impedido, en gran medida, por el aislamiento forzoso al que habían estado sometidos. Esas nuevas normas se generalizaron, se incluyeron

en las nuevas disposiciones institucionales y jurídicas de un país recién independizado, y permitieron a los ciudadanos relacionarse con nuevos estilos de vida. También ayudaron a crear disparidades socioeconómicas cada vez mayores, a medida que los que regresaban de la diáspora, y otros miembros de la élite culta, comenzaban a devengar grandes salarios al trabajar en embajadas, sucesivas misiones y organismos de Naciones Unidas y en ONG de carácter internacional. Como el gobierno ofrece salarios inferiores, se ve en apuros para conservar personal de calidad.⁶

La manipulación de las estructuras tradicionales durante los períodos de dominio portugués e indonesio, unida al contacto con nuevas normas sociales, ayudó a crear un vacío de dirección en la sociedad, agudizado por la ausencia de nuevos mecanismos institucionales, capaces de responder de manera sistemática a conflictos y, en general, a resentimientos sociales. El gobierno trató de llenar ese vacío celebrando elecciones al Concejo del *suco* (aldea) entre 2004 a 2005. Esas elecciones intentaron reanimar la confianza en los dirigentes locales y oficializar su condición jurídica. Además de los jefes de *suco* y *aldeia* (sub-aldea), cargos que suelen ocupar los hombres, los concejos incluyen a dos mujeres y dos jóvenes (un hombre y una mujer), así como a un anciano tradicional. No obstante, en 2006 los concejos de *sucos* seguían estando, en general, mal preparados, eran incapaces de mantener el orden en las comunidades y, en algunos casos, instigaron a la violencia. Muchas de las personas electas siguen esperando que el gobierno central les haga llegar la descripción de sus funciones. Otros aguardan los nombramientos oficiales. Mientras que un tercer grupo tiene que asumir las reuniones de todo el concejo, porque la coordinación en el seno de *sucos*, compuestos por un gran número de *aldeias*, resulta muy difícil.

La combinación de planes harto optimistas ante la escasez de recursos, y la falta de claridad entre los miembros del concejo y la comunidad acerca de sus funciones, ha dado paso a la inercia. Los cursillos programados para dar a conocer la ley y las responsabilidades de los concejos a los miembros de la comunidad se han aplazado, y se corre el riesgo de aumentar las expectativas, lo que puede dar paso a frustraciones y conflictos si estas no se hacen realidad. Trasladar el aparato del partido al *suco* también ha ayudado a aumentar la tensión en algunas comunidades.

El cambiante realce e importancia dados a los dirigentes y a la justicia tradicionales, así como a los mecanismos para la solución de los conflictos, aunados a los desafíos que encaran el gobierno y la comunidad internacional a la hora de desarrollar de la nada un

sistema de justicia oficial, han creado una situación difícil en la que ningún sistema parece funcionar en forma adecuada. Hace poco, el Ministerio de justicia consideró una programación destinada a fortalecer y homogeneizar los mecanismos de justicia tradicional. Desde 2000 hasta fecha reciente, ese tipo de programación era un anatema para el gobierno y se informaba a los agentes internacionales que solo podían trabajar en el marco jurídico oficial. Al producirse la crisis, la confianza en la justicia tradicional se había desmoronado en la capital, mientras que la comprensión y confianza en el sistema oficial no habían arraigado todavía.

Breve guerra civil

Los habitantes de Timor Oriental padecieron una corta guerra civil en agosto de 1975, cuando oficiales de inteligencia indonesios convencieron a la Unión Democrática Timorense (UDT) que su asociado en la coalición, el Frente Revolucionario de Timor-Leste Independiente (FRETILIN), planeaba un golpe de Estado. La UDT se adelantó a la contingencia e intentó expulsar al FRETILIN de la capital. Este le ocasionó grandes daños; muchos murieron y otros se vieron obligados a huir cruzando la frontera. El breve e intenso período de violencia y división política, seguido de divergencias de pensamiento estratégico para responder a la ocupación, ha dejado su huella en los actuales dirigentes del país. En este artículo bastará señalar que la actual dirección de Timor-Leste está compuesta, en gran medida, por las mismas personas que lucharon por dar al Estado una dirección estratégica. Algunos estuvieron exiliados y otros lucharon dentro del país en los frentes de la diplomacia, la clandestinidad o con las armas. Al principio, unos habían estado asociados más íntimamente con Indonesia, otros con Portugal y hubo quienes anhelaban la separación total y la independencia. Quizás lo más importante sea el hecho de que, como resultado de fuertes desavenencias acerca de la forma idónea de dirigir la resistencia, no hubo consenso sobre el modelo que debía seguir la nación timorense.

Durante el primer período de administración de la ONU, los agentes internacionales conversaron, casi exclusivamente, con un pequeño y selecto grupo de nacionales. Se prestó poca atención a las tensas relaciones históricas, ya mencionadas, y a las muy diferentes opiniones sobre la dirección que debía seguir la nación recién independizada. Ello tendría profundas consecuencias en materia de seguridad, ya que el alto

mando de las Fuerzas Armadas de Liberación e Independencia de Timor-Leste (FALINTIL), por sí solo, determinaría cuáles de sus antiguos miembros serían escogidos para integrar el Ejército Nacional, creado en 2001. En 2006, estas diferencias saltaban a la vista.

Dilemas de la construcción del Estado después del conflicto

Desafíos a la independencia

El mandato de la Administración de Transición de la ONU para Timor Oriental (UNTAET) incluía disposiciones para el fortalecimiento de capacidades antes de la autonomía y para la creación de condiciones propicias al desarrollo sostenible y la administración eficaz, además de los servicios civiles y sociales. Muchos admiten que al producirse la independencia los cimientos eran precarios e incompletos, tanto las capacidades para la administración pública, como cada uno de los pilares que conforman la estructura del Estado.

Un elemento fundamental que contribuyó a esa situación fue la dificultad inherente a que esta debió ser encarada por un órgano internacional de administración creado en momentos en que los principios de participación democrática y titularidad del proceso de adopción de decisiones resultan de suma importancia. De conformidad con las normas internacionales, no es posible gobernar por decreto. Ello es válido, en particular, en lugares con poca o ninguna experiencia en sistemas democráticos. La UNTAET recibió el mandato de dirigir a partir del ejemplo. Al mismo tiempo, se creó para echar los cimientos de un Estado cuya dirección pudiera transferirse a un gobierno elegido en forma democrática. Ello produjo una contradicción implícita, habida cuenta de que un órgano no democrático estaba decidiendo la estructura y elementos de un futuro gobierno democrático.

La provisionalidad de la UNTAET y lo complejo de los asuntos que debería abordar pueden haber determinado el aplazamiento de decisiones importantes hasta que el gobierno entrante pudiera valerse por sí mismo. Es posible suponer que este también estaba ansioso de tomar decisiones independientes sobre cuestiones básicas. En este sentido, se consideró que las políticas referidas a la tierra y la propiedad, demasiado complejas o delicadas, desde el punto de vista político, era mejor dejarlas a los nuevos dirigentes nacionales. Por ello, al producirse la independencia, se aplazaron muchas decisiones y otras se cambiaron al concluir la

UNTAET. Quizás esta no previera algunos de esos cambios.

La falta de experiencia de los funcionarios públicos —incluidos ministros y directores de departamentos— en materia de leyes y reglamentos, también dificultó su ejecución. El problema perdura hoy en día y se ejemplifica en los complicados procedimientos para las compras del Estado, y otras disposiciones presupuestarias. Si bien el examen de los aspectos positivos y de los dilemas del período de la UNTAET trasciende el ámbito de este artículo, el ambicioso calendario para la transición a la independencia y el hecho de que se pasaran por alto algunas medidas claves en aras de lograr ventajas momentáneas, contribuyeron a debilitar el Estado recién creado y sus instituciones. Los timorenses parecieron comprender con rapidez la necesidad de contar con un enfoque metódico, reflexivo y a largo plazo para su construcción. Algunos dirigentes solicitaron que la administración provisional durara diez años.

Las solicitudes se denegaron a pesar de la necesidad de seguir contando con el apoyo de la misión de Naciones Unidas. Los Estados miembros siguen siendo prudentes a la hora de apoyar estas misiones en el mundo, y habría sido inconcebible aceptar que una de ellas durara diez años. De todos modos, la ONU sigue sustentando su presencia en Timor-Leste. Hasta la fecha, ha habido al menos seis misiones, incluido el regreso de fuerzas militares para proteger la capital.

En mayo de 2002 —fecha de la independencia— en Timor-Leste ya existían determinadas condiciones que auguraban la crisis que finalmente se produjo en 2006. Los esfuerzos de la comunidad internacional, en apoyo al establecimiento de la ley y las normas democráticas, resultaron superficiales e infructuosos. Se subestimaron las complejidades para garantizar la comprensión y los cambios de conducta. Es de lamentar que los cursillos de educación cívica no abordaran estas nuevas experiencias ni analizaran en forma adecuada cuestiones relativas a la responsabilidad ciudadana en una democracia.

Entre las cuestiones más significativas que ya se habían evidenciado en 2002, y que siguen siendo problemáticas para el gobierno y los agentes internacionales, se hallan el enfoque de la buena gestión pública, la tirantez entre el deseo de abordar la organización social desde una perspectiva legalista y de procedimientos que resulta novedosa para la cultura política y social del país, y la presunta y real escasez de oportunidades y la ausencia de mecanismos para reglamentar la tenencia de la tierra y solucionar los litigios de propiedades. Estos problemas existen en medio de abrumadoras expectativas luego de la independencia, en una sociedad que no tuvo suficientes oportunidades de solucionar el trauma individual y colectivo de la violencia del pasado.

Concepto de la buena gestión pública

En 2001 se realizó una consulta en todo el país para elaborar un Plan de desarrollo nacional (NDP) donde se recogían las ambiciosas ideas que los ciudadanos de Timor-Leste esperaban hacer realidad en 2002. El Plan se convirtió en un documento fundamental, y en teoría todas las políticas y programas promoverían la realización de esas aspiraciones nacionales.

Entre 1999 y 2002, el pueblo timorense, en general, había dado muestras de paciencia y estaba feliz con las nuevas libertades y seguridad psicológica. A medida que las penurias económicas se recrudecieron y que el nuevo gobierno no continuó el sistema indonesio —caracterizado por una gran administración pública y otros programas económicos como las subvenciones a la producción agrícola—, surgió el temor de que el optimismo se tornara frustración. La tensión existente entre el deseo de desarrollar y utilizar nuevos sistemas y la distancia que media entre estos y los conocidos procedimientos establecidos por los indonesios constituyó otro dilema. Con la retirada de Indonesia no solo se marcharon muchos burócratas experimentados y otros proveedores de servicios, sino también instituciones y procesos vinculados a departamentos y ministerios gubernamentales. El mandato de la UNTAET y la abrumadora tarea de muchos agentes internacionales consistía en crear estas instituciones y procesos casi de la nada, y fomentar las capacidades de los responsables de dirigir la administración pública.

Con pocas capacidades para informar a la población de los nuevos acontecimientos, el abismo de comprensión entre el gobierno y la ciudadanía siguió ahondándose. A veces la tendencia a la centralización extrema estuvo a punto de paralizarlo todo, porque solo los ministros estaban facultados para tomar decisiones, que a menudo no eran transparentes, y se desatendían o comprendían mal los mecanismos de ejecución.

Después de los disturbios de diciembre de 2002, el gobierno adoptó una iniciativa de buena gestión pública, mediante la cual el primer ministro y un grupo de colegas de diferentes ministerios y otras instituciones del Estado, incluido el ejército, se reunían directamente con los ciudadanos. Este cambio de política era muy necesario y fue bien acogido; muchos se sintieron optimistas de que marcaría el inicio de una nueva era en el débil Estado. Se creyó que el gobierno había comprendido que las consultas y la comunicación eran fundamentales para garantizar su éxito.

Lamentablemente, la buena gestión pública no alcanzó sus objetivos. Algunos consideraron que el gobierno había adoptado una actitud condescendiente al presentar las prioridades del Estado, y no había mostrado suficiente interés en escuchar las necesidades

de la población. Otros creyeron que, si bien podían plantearse problemas durante las breves reuniones de preguntas y respuestas, las réplicas se limitaban a aquellas que fortalecieran la política existente y se hacía caso omiso de las inquietudes expresadas. No se creó un mecanismo de seguimiento para garantizar que se diera respuesta a las cuestiones pendientes, se consideraran en forma adecuada las recomendaciones, y se brindara más información sobre posibles cambios de política. Esto trajo como resultado que las reuniones con la comunidad fueran experiencias aisladas, en lugar de auténticos compromisos de ambas partes.

Las características evidenciadas durante los diálogos de la buena gestión pública podrían considerarse, en general, como tendencias conductuales. La información que llegaba a las comunidades rurales desde la capital prácticamente no hacía referencia a las políticas, programas, directrices o leyes del gobierno. Tampoco había información sobre el papel que desempeñaban y las contribuciones que hacían las entidades internacionales. Los elevados índices de analfabetismo, unidos a una educación limitada, obstaculizaron aún más la capacidad de la ciudadanía de participar en forma productiva junto al gobierno. Con ello, muchos no fueron conscientes de las dificultades y avances del Estado después de la independencia, lo que aumentó la sensación de desprotección y limitó las posibilidades de un cabildeo activo. Las dificultades técnicas para establecer la radio comunitaria obstaculizaron las corrientes de información dirigidas a los distritos.

También pudo observarse la alta prioridad dada a las consideraciones políticas en la adopción de decisiones, mientras que las declaraciones hechas por el primer ministro, en 2005, acerca de los fines del partido gobernante encaminados a dirigir durante los próximos cincuenta años, resultaron desconcertantes para algunos. Ese tipo de declaraciones evidenciaba lo que se tornaría un problema importante en 2006: la confusión entre lo que significa el Estado y lo que significa el Partido, cuando determinado partido encabeza la mayoría. La manera en que se estructuraron las elecciones y la decisión de que los dirigentes tradicionales se afiliaran a un partido fue otro intento de solidificar el poder de la mayoría, hasta los niveles inferiores. A todas luces, esa decisión aumentó la tirantez en las comunidades de todo el país.

La política y la crisis

Uno de los principales desafíos a la estabilidad dimana de las complejas relaciones que existen en la historia reciente del pequeño país. La dinámica casi aldeana, en la que no hay anonimato, establece una intrincada red de relaciones y vínculos de igual validez para la gente común y los grupos selectos. La actual dirigencia incluye a personas que desempeñaron distintas

funciones al final de la era portuguesa, durante la breve guerra civil y a lo largo del período de resistencia antes de la independencia. Tienen una larga historia común, crecieron juntas y en todos estos años fueron testigos de las estrategias y acciones de los demás. Muchos han explicado la crisis política que dio paso a los disturbios civiles de abril y mayo de 2006 a partir de los antagonismos y animosidades surgidos en distintos períodos. En cierto sentido, lo ocurrido en Dili parece haber experimentado el mismo fenómeno.

A fines de los decenios de los 60 y los 70, los cambios que se produjeron en la región y el panorama geopolítico conformarían las ideologías políticas y la cosmovisión de muchos jóvenes de Timor Oriental. Las divergencias entre los diferentes grupos timorenses, que se alinearon a las del resto del mundo, tendrían resultados directos en el país ya que, a menudo, esas alianzas no estuvieron bien calculadas. Las consecuencias de la invasión indonesia y el exilio de muchos jóvenes dirigentes agudizarían las diferencias entre los que permanecieron en el país y experimentaron la invasión y los que huyeron. Estratagemas posteriores destinadas a establecer distinciones entre la resistencia armada y la política (FRETILIN), durante los años 80, recrudecieron la división. Al producirse la independencia, los vínculos entre el Partido y el Estado continuarían siendo motivo de discordia.

Incluso en 2002, en plena luna de miel de la independencia, un veterano de la resistencia afirmaba sentirse feliz de haber tenido hijos porque debían estar listos a pelear cuando llegara el momento de volver a luchar. La crisis de 2006 no tomó por sorpresa a algunos timorenses dadas las luchas por alcanzar el poder y controlar el Estado. El temor a la reanudación de la contienda se explica, en parte, porque se pensaba que los procesos de licitación oficial habían sido deshonestos, y no se daba atención a la prestación de servicios y el desarrollo económico de la población rural; y, en general, por la distancia que separaba al grupo gobernante de los veteranos de la resistencia, quienes habiendo sido los héroes del país, a menudo se sintieron relegados, y algunos agentes políticos trataron de usar esos agravios para beneficio personal.

Otro elemento importante que contribuyó a la crisis fue la continua incapacidad del gobierno para ejecutar el presupuesto, siempre escaso. Este siguió disminuyendo a partir de 2002, y en el primer trimestre del ejercicio económico de 2006 apenas llegaba a 7% de los niveles previstos.

La economía y la asistencia internacional

No obstante las dificultades ya conocidas, en los últimos cinco años ha habido un avance notable en la

consolidación de los cimientos del Estado, de sus instituciones, así como de su funcionamiento, a pesar de la destrucción de 70% del capital nacional durante los hechos de violencia ocurridos en 1999 y la necesidad de diseñar e institucionalizar los pilares del Estado casi de la nada. Ha habido un aumento en el número de niños que asiste a clases (de 59,1% en 1999, a 66% en 2004), un alza en los índices de alfabetizados (de 40,6% en 1999, a 50,1% en 2004). Ha disminuido la tasa de mortalidad infantil, y de niños menores de cinco años. Se ha establecido un consejo de ministros que legisla, y oficinas del gobierno dotadas de casi todo el personal, que se esfuerzan por poner en práctica nuevas reglamentaciones. También se evidencia que los empleados públicos están más comprometidos con sus labores y participan más activamente con sus homólogos internacionales en los debates de política.

A pesar de estos avances, la pobreza sigue aumentando y hasta 88% de la población depende de la agricultura de subsistencia. Se calcula que las dos terceras partes de los habitantes no tienen acceso al agua potable y que la esperanza de vida disminuye en contraposición con los avances en la lucha contra la mortalidad infantil. 40% de la población vive por debajo del umbral de pobreza y el ingreso *per capita* es de 0,55 dólares al día. Si bien cada año 14 000 jóvenes ingresan al mercado laboral, se calcula que la tasa de desempleo juvenil es superior a 23%. En 2004 se consideraba que solo 13% de los trabajadores eran remunerados. Además, apenas 5% de los hogares tiene acceso a la electricidad y, fuera de la capital, el servicio solo está disponible unas pocas horas al día.

Los disturbios civiles que comenzaron en abril de 2006 dieron paso a una grave inestabilidad política y al desplazamiento de más de 10% de la población del país. Esto ha tenido profundas consecuencias negativas en los índices de desarrollo. Durante varios meses después del estallido de los actos violentos en mayo de 2006, los ómnibus locales dejaron de viajar a Dili por temor a la violencia. Por esa razón, los pequeños agricultores no pudieron vender sus productos. Según los cálculos del Fondo Monetario Internacional, los precios al consumidor aumentaron 6% en 2006. Como en los distritos no existen mercados similares, casi todo el comercio e intercambio se halla en Dili. Muchas personas siguen dependiendo de la economía monetaria y los medios de subsistencia se han visto afectados debido a la crisis. Al mismo tiempo, la violencia que tuvo lugar en la capital hizo que 70 000 personas huyeran a los distritos en busca de seguridad. El aumento de la población en ellos ha comprimido las existencias de alimentos exacerbando una ya difícil y cíclica temporada de escasez.

Esas son las condiciones económicas y sociales existentes en Timor-Leste a pesar de la nutrida presencia de Naciones Unidas y otros organismos internacionales, y del gran apoyo brindado por donantes bilaterales y multilaterales. Durante los cinco ejercicios económicos de 2001-2002 a 2005-2006, el gobierno de Timor-Leste calcula que se gastaron alrededor de 1 900 millones de dólares para apoyar la consolidación del país. Otras estimaciones calculan la asistencia internacional en más de 3 000 millones de dólares.

Los estimados referidos a la asistencia anual para el desarrollo, proveniente del extranjero, son apenas cálculos aproximados. No existe un mecanismo que permita conocer con exactitud su monto, en especie y en efectivo. En parte, ello se debe a que, salvo el Directorio nacional para el planeamiento y coordinación de la asistencia externa (NDPEAC), ningún organismo tiene la responsabilidad de rastrearla en sus múltiples manifestaciones. El Directorio tiene ante sí la ingente tarea de garantizar que los donantes satisfagan las solicitudes de información. Muchos de ellos se muestran reacios a comunicar las sumas consignadas y pagadas; particularmente en lo tocante a salarios y demás gastos imputables a la asistencia técnica de extranjeros. En otros casos, no informan al gobierno las actividades que realizan, sobre todo las dirigidas a organizaciones de la sociedad civil. Es probable que el gobierno no conozca a todos los agentes internacionales que trabajan en el país, o que no les pregunte a los que sí brindarían esa información. Aunque se están estableciendo los trámites para la inscripción de las organizaciones no gubernamentales, el proceso ha sido lento y no se ha definido en qué medida la información obtenida se comunicará al Ministerio de planeamiento y finanzas.

Recursos financieros y sus consecuencias

El sector de la educación ocupó el primer lugar de todos los proyectos ejecutados entre 2002 y 2007. Los del sector de la salud ocupaban el segundo lugar. Esto reviste un interés particular porque el Ministerio de Salud pidió a las ONG relacionadas con el sector que abandonaran Timor-Leste después de la independencia, y estas han comenzado a regresar poco a poco, de conformidad con acuerdos bilaterales concretos. Al comparar los gastos estimados, observamos que el sector de los servicios, que incluye la salud y la educación, recibe 34,1% más que cualquier otro.

Si bien una gran parte de los gastos está vinculada con la infraestructura y la construcción de escuelas y dispensarios, se desconoce con precisión cuáles han surtido el mayor efecto. Como dije antes, se afirma

Por importantes que resulten el tiempo y la paciencia, quizás también sean un lujo para los Estados débiles que surgen de una situación de conflicto. Por esa razón han de adoptarse medidas intermedias para encarar las necesidades del momento, mientras se construyen las instituciones.

que los índices de alfabetismo aumentaron y más niños asisten a la escuela. En cuanto a los indicadores de salud, la esperanza de vida pareció aumentar entre 1996 y 2001, pero disminuyó de nuevo en 2004. Otro tanto se informa en los índices de mortalidad infantil, aunque a ojos vista va disminuyendo, así como la de niños menores de cinco años.

Al igual que en el sector de la salud, los proyectos para la agricultura comprenden 12,6% de todas las actividades apoyadas por las ONG, los donantes y los organismos de Naciones Unidas. Si a esta cifra sumamos los proyectos para el desarrollo del sector privado, los recursos naturales, el medio ambiente y las pesquerías se llega a 17,3% de todos los proyectos informados. Sin embargo, apenas se asigna a esos sectores 9,7% de los gastos oficiales. Como se estima que 88% de la población depende de la agricultura de subsistencia parece que los recursos no están satisfaciendo en forma apropiada las necesidades de esas esferas.

Un mayor acceso a la información es uno de los elementos fundamentales para aumentar la sensación de seguridad de los ciudadanos de Timor-Leste. Solo se informaron cinco proyectos en materia de medios de comunicación, y se afirma que los gastos por concepto de comunicaciones solo promedian 0,3% de las contribuciones de los donantes, lo que equivale a 2 600 000 dólares entre el ejercicio económico de 2002-2003 y el de 2004-2005.

Tal vez resulta apresurado cuantificar el efecto real de la asistencia internacional a Timor-Leste. Existen motivos para afirmar que deberán pasar una o dos generaciones antes de que podamos comprender cabalmente la manera en que la comunidad internacional ayudó a edificar una nación estable.

Acceso a las oportunidades

Uno de los factores que más contribuye a la violencia que encara Timor-Leste en la actualidad es la sensación de no tener acceso a las oportunidades. Muchos se lamentan de que la falta de influencias o de contactos con familias importantes o miembros del Partido determina la falta de empleo y otras formas de obtener

ingresos. En los distritos hay tan pocas posibilidades, además de la agricultura de subsistencia, que se tiene la impresión de que al gobierno no le interesa el bienestar de los ciudadanos radicados en estas zonas. Aunque no hay pruebas para sostener esas afirmaciones y no se ha realizado ninguna investigación oficial del grado de corrupción y nepotismo existentes en el país, esa opinión reviste importancia porque la gente adapta su conducta a esos rumores. Las apariencias de nepotismo y corrupción han contribuido a la fácil movilización y manipulación de los jóvenes, sobre todo para que participaran en actos de violencia y en las manifestaciones antigubernamentales ocurridas en la capital al inicio de la crisis.

Trámites jurídicos en contexto

En Timor-Leste se abre un abismo entre el Derecho y la tradición. Nadie duda que la forma más asequible y usada para recurrir a la justicia sea a través de los procesos tradicionales. Con ligeras modificaciones y con arreglo a distintas costumbres y condiciones geográficas, los sistemas tradicionales de justicia están presentes y se utilizan en los trece distritos. En esencia, ancianos dignos de respeto son quienes reúnen a los litigantes, determinan los problemas, examinan los puntos de vista de los interesados y deciden el grado de indemnización u otras multas de carácter ejemplar que deban imponerse. Al mismo tiempo, hay un acuerdo tácito de que determinados casos no pueden solucionarse a través de los mecanismos tradicionales. Existe la opinión generalizada de que los delitos graves, incluido el asesinato, solo pueden juzgarse mediante un proceso oficial ante los tribunales. Esto se torna una situación problemática. Es difícil tener acceso a la justicia oficial, y se piensa que para acceder ella se necesitan recursos financieros. En el país hay solo cuatro tribunales y en zonas muy alejadas se dificulta recurrir a ellos. El proceso judicial no se entiende bien y esto da lugar a confusiones y malentendidos.

Particular importancia reviste el hecho de que la justicia oficial se demora mucho más en llegar a una conclusión que la tradicional. Esto influye, porque las sociedades tradicionales dependen del funcionamiento

de determinadas relaciones en el seno de las comunidades y el trastorno de esos sistemas puede dar lugar a gran tirantez en las familias. Aquellos casos en los que la víctima es responsable de alimentar a los familiares de los perpetradores encarcelados, o cuando el sostén de la casa es enviado a la cárcel para cumplir una condena, agobian mucho a quienes dependen del reo. La repercusión de la justicia oficial en las comunidades crea grandes dilemas y exige estudios adicionales.

En materia de impunidad, en Timor-Leste las víctimas de delitos graves raras veces ven que los perpetradores den cuentas de sus actos. Los habitantes sufrieron los crímenes de los militares japoneses e indonesios, y han padecido la ocupación y el colonialismo. En 1999, los milicianos de Timor Oriental hicieron estragos en la población. El que no haya habido justicia para las víctimas no solo ha agravado el trauma de toda la sociedad, sino también la sensación de impunidad patente hoy en el país.

La violencia asociada a la crisis tiene muchas causas. El desplome de los procesos tradicionales en la ciudad y la presencia de un sistema de justicia oficial empantanado en causas atrasadas, la poca capacidad para realizar investigaciones policiales, y la presencia de testigos temerosos de prestar declaración, determinan que a muchos jóvenes la ley les resulte indiferente. Parece que creen que pueden ajustar cuentas sin que se les exijan responsabilidades.

Tierras y propiedades

La no regularización del régimen jurídico de la vivienda y los derechos sobre las tierras, así como la aplicación contradictoria de las políticas existentes, han alimentado gran parte de la violencia vivida durante la crisis. Esto es válido sobre todo en aquellos casos en los que las personas creen firmemente tener derecho a ser indemnizados por el Estado o por agentes privados.

Las viviendas que antes habitaban nacionales, funcionarios u oficiales indonesios fueron luego ocupadas por timorenses en busca de oportunidades económicas o de otra índole, en la capital. Los emigrantes rurales que llegaron a Dili en 1999 se instalaron en muchas de esas casas. La situación se fue complicando ante las múltiples reclamaciones por la propiedad de viviendas que cambiaron de manos por diferentes razones, en tiempos anteriores a los portugueses o durante el dominio de estos y los indonesios. La mayoría de los documentos de propiedad fueron destruidos durante los actos de violencia de 1999, y el resentimiento de los nuevos habitantes fue aumentando con el tiempo. No es posible subestimar las complejidades

y repercusión de los problemas de tierras y propiedades de inmuebles en la dinámica de la comunidad.

La estrategia indonesia de obligar a los habitantes a mudarse de las zonas rurales alejadas creó nuevos centros habitacionales cerca de calzadas principales. Tal movimiento forzoso de personas unió a diferentes comunidades y dio lugar a otros conflictos, incluidos los relativos al uso del agua y la tierra. Si bien muchas de esas controversias se dejaban de lado en la lucha común por la independencia, hoy en día la gente está lista a retomar diferencias históricas. Ahora que las comunidades también están optando por regresar a las tierras ancestrales pueden hallar que hay nuevos ocupantes en ellas. Además, se están alejando de los servicios existentes, como los de salud, instalaciones educacionales y agua potable. Esos servicios quizás nunca existieron en aquellas zonas, pero son tantas las expectativas, que se exige su prestación aunque la capacidad del gobierno sea limitada, en el mejor de los casos. Aunque este ha estado preparando un plan nacional para garantizar esos beneficios en las zonas rurales, todavía no ha terminado de hacerlo. La ausencia de un plan estratégico determinaba, hasta hace poco, la prestación de esos servicios, de manera especial en las zonas rurales. El gobierno sabe que no podrá brindarlos en muchas zonas. El mantenimiento del apoyo a una serie de proyectos concluidos también pondrá a prueba su capacidad.

Política lingüística

Al producirse la independencia en 2002, la política lingüística se definió, con un amplio apoyo de los dirigentes de distintos partidos. Los dos idiomas oficiales de Timor-Leste son el portugués y el tetum. A pesar de la asociación del portugués con el dominio colonial, también es el idioma que representa la identidad singular de Timor como un sitio diferente del resto de Indonesia, y continuó siendo usada por muchos miembros de la resistencia y, sobre todo, por sus dirigentes. También es mucho más desarrollada que los idiomas vernáculos de Timor, y por eso se consideraba más apropiada para expresar matices en los documentos jurídicos oficiales, incluidos la Constitución y documentos oficiales posteriores. En el censo de 2004 se estimó que 18,6% de la población —en particular, la generación más vieja—, habla y lee, o habla, lee y escribe en portugués. Por otra parte, al menos 90% de la población habla, lee o escribe tetum y su uso se ha difundido de manera significativa a raíz de la independencia. El tetum siempre había sido un idioma oral pero se modifica y amplía cada vez más para satisfacer nuevas necesidades. A menudo se ha visto complementado con voces tomadas del

indonesio, el portugués, y ahora el inglés, para llenar los vacíos que pueda haber.

Además de los dos oficiales, la Constitución también prevé que el inglés y el bahasa indonesio se usen como idiomas de trabajo. Con ello se admite que en todo el país no se habla o entiende una sola lengua. La gran cantidad de extranjeros asesores y proveedores de asistencia humanitaria que suelen trabajar en inglés, justifica esa opción como idioma de trabajo. El gobierno también sostiene que su uso mejorará la atmósfera comercial del país. Asimismo, 52% de los habitantes de Timor-Leste hablan o escriben bahasa indonesio, que para muchos es más fácil de escribir que el tetum. Muchos documentos legales todavía pueden obtenerse también en esa lengua.

Es de lamentar que, en la práctica, a menudo haya tirantez por los idiomas, y algunos funcionarios del gobierno y otras personas hayan puesto de relieve el portugués, con exclusión de las demás lenguas autorizadas por la Constitución. Algunos egresados universitarios que estudiaron en Indonesia o en otros países, entre ellos Australia, se sienten excluidos de los puestos principales del gobierno, a pesar de su preparación, porque no dominan el portugués.

Lo más polémico de la política lingüística es su uso en el sector de la educación. Los educadores debaten las consecuencias de enseñar en un idioma que no hablan con fluidez. A otros les preocupa que si los niños aprenden en la escuela un idioma que los padres no pueden hablar, esto pueda crear dificultades en el seno de la familia e impedir la participación ya limitada en la educación de los hijos. En los distritos, los padres también se quejan de que a sus hijos no se les enseña bien el portugués y temen que, más adelante, esto los ponga en una situación desventajosa. Muchos aducen que la política que obliga a los maestros de primaria a enseñar en portugués constituye una carga adicional para el agobiado sector de la educación.

La política lingüística también crea dificultades en el Parlamento, ya que la mayoría de los diputados se sienten incómodos al trabajar en portugués. Las leyes, que por naturaleza son complicadas y están llenas de matices, se redactan en esa lengua. Los asesores de habla portuguesa, que trabajan en nombre de los miembros del Consejo de ministros, tienen la responsabilidad fundamental de redactar las nuevas leyes. Como estas no son resultado del debate en el seno del Parlamento, el contenido resulta, en gran medida, novedoso para los diputados con derecho al voto. Asimismo los servicios de traducción son inadecuados y dan pie a discusiones porque los documentos no se entienden. Al final se vota sin una verdadera comprensión del contenido de la ley.

Los agentes internacionales ahondan las grietas nacionales entre los idiomas, ya que algunos promueven demasiado el portugués mientras otros siguen impugnando la posición del gobierno de adoptarlo como idioma oficial. Durante el Congreso Nacional de la Reconstrucción de Timor (CNRT), celebrado en agosto de 2000, se temió que la cuestión lingüística provocara un estallido de violencia encabezado por la juventud. Se evitó, pero el asunto sigue siendo contencioso, y cuando se vincula a otros sentimientos de exclusión, puede agravar la inestabilidad del país.

La sociedad civil

Los agentes de la sociedad civil desempeñaron un papel muy importante en el camino a la independencia de Indonesia. Entre 1975 y 1999, había en todo el país treinta y cuatro organizaciones no gubernamentales y asociaciones de mujeres y jóvenes destinadas a facilitar la comunicación y apoyar a FALINTIL y el movimiento clandestino. La mayoría de las asociaciones se nucleó alrededor de dos temas centrales: supervivencia física y resistencia política. La primera categoría incluía asociaciones y ONG con base en la agricultura, mientras que la segunda abarcaba practicantes de artes marciales, grupos religiosos, asociaciones de jóvenes así como otros vinculados a las operaciones clandestinas y la defensa de los derechos humanos.

En 2002, la mayoría de las asociaciones y organizaciones, creadas como un medio de resistencia política habían hecho realidad sus aspiraciones y alcanzado el objetivo más abarcador: la independencia. Luego de un breve momento de euforia, los grupos que trabajaron juntos con tanta eficacia por ella debieron encarar una crisis existencial: qué hacer después y cómo orientar su identidad en el nuevo contexto. En el momento en que las organizaciones de la sociedad civil necesitaban tiempo para reflexionar, también enfrentaron una crisis humanitaria. La violenta partida de los indonesios y de los milicianos que luchaban por la autonomía, provocó desplazamientos en masa, destrucción de viviendas en las casi cuatro quintas partes de todos los *sucos*, y pérdida de recursos económicos, incluidos insumos para la agricultura y la ganadería. Al mismo tiempo, los donantes internacionales, los organismos de la ONU y las ONG de carácter internacional llegaban en tropel para brindar apoyo logístico, técnico, financiero y de organización, con vistas a satisfacer las necesidades de todos los sectores. Muchos de estos agentes buscaron socios nacionales para la ejecución, y en 2003 había más de trescientas organizaciones no gubernamentales en el país.

A pesar de la increíble labor realizada por sus agentes, la sociedad civil de Timor-Leste puede caracterizarse, en parte, por la falta de cohesión y la competencia entre organizaciones. No hay consenso o entendimiento común a la hora de definir las diferencias entre ella y las ONG en el contexto timorense, ni la forma idónea para que la sociedad civil participe con los funcionarios del gobierno y otros agentes, a fin de hacer realidad los objetivos. De hecho, hay pocos mecanismos que le permitan determinar las prioridades estratégicas y propugnar el cambio. El papel que desempeña en el proceso de construcción de la nación con respecto al gobierno sigue siendo confuso para todos los agentes y unos a otros se miran con suspicacia.

La tradición clandestina ha dejado su huella en las organizaciones de la sociedad civil y en los partidos políticos. Muchos siguen hablando de *militantes* al referirse a sus miembros. Otras frases comunes incluyen *a luta continua* para referirse a la necesidad de defender algo o de multiplicar esfuerzos para crear un futuro mejor. Pocas organizaciones buscan tener muchos miembros ya que la necesidad de cimentar la confianza determina que estos se capten uno a uno. La mayor asociación creada para reunir a los miembros de la sociedad civil es el Foro de Organizaciones no Gubernamentales (FONGTIL). En Timor-Leste, el término ONG no refiere a cualquier organización no gubernamental. La FONGTIL no incluye asociaciones o grupos religiosos, políticos, del sector privado, círculos académicos, veteranos, jóvenes, estudiantes y otros sectores, ya que no los considera organizaciones no gubernamentales.

La sociedad civil tiene, además, una relación incierta con el Estado, que a menudo la equipara con las ONG. El gobierno tiende a asociar a estas últimas con la oposición política. Como no son cuerpos electos, se impugna su función así como su capacidad de representar los intereses de los ciudadanos. A las ONG de carácter internacional les gusta ejecutar proyectos a través de las nacionales, en parte porque consideran que esto aumenta el sentido de participación y da oportunidades de transmitir conocimientos a las nuevas organizaciones. Esto también les permite tener su sede en Dili y estar listas a trabajar en red y en la recaudación de fondos, mientras otros organismos ejecutan los proyectos en el terreno. A diferencia de estos, muchas ONG internacionales e instituciones donantes realizan esporádicas visitas de terreno y conversaciones con los socios de ejecución, para las actividades de vigilancia y evaluación. Como consecuencia de esta estructura de relaciones, las organizaciones nacionales trabajan como contratistas de las internacionales, y controlan poco la adopción de decisiones y las posibilidades de programación general. Como también dependen de aquellas y de los donantes para obtener fondos, se les

puede atraer en muchos sentidos para que sobrevivan, pasando por alto el mandato original. En esas circunstancias, la auténtica relación recíproca queda limitada y hay mucho desequilibrio de poder.

Esta dinámica refleja la relación entre la sociedad civil y el gobierno. Este se considera responsable de elaborar un plan para el desarrollo del país. Por ello, todos los agentes nacionales e internacionales deben trabajar por igual dentro de ese marco. En lugar de captarlos y elaborarlo juntos, el gobierno prefiere que estos sean responsables solo de determinadas partes del plan.

Acceso a la información

Timor-Leste vive de rumores. Una gran parte de lo que los agentes de desarrollo saben del país lo averiguan en cenas o brindis organizados en Dili, y no en la prensa u otras fuentes oficiales. Entre 2004 y 2007, en la base de datos nacional sobre proyectos de desarrollo comunitario solo figuraban cinco de información pública y medios de comunicación entre los más de 2 300 asientos de proyectos, y se afirma que es el sector con menos fondos después de los de vivienda, urbanismo y relaciones exteriores.

Exacerbados por la poca información impresa, los bajos niveles de alfabetismo y la deficiente y costosa infraestructura de las comunicaciones, los rumores sirven de base para divulgar información en el país. Ello reduce, aún más, la capacidad individual para adoptar decisiones con cierto fundamento. El pánico cunde con rapidez gracias a los rumores, sobre todo porque hay una población inquieta y preocupada por la supervivencia. No existe un organismo oficial responsabilizado con divulgar las noticias. Como el proceso de descentralización avanza a paso de tortuga, toda la información debe solicitarse al nivel nacional. Esto aumenta la sensación de carecer de derechos civiles y contribuye a la falta de unidad y objetivo común.

También es más fácil incitar a la violencia cuando no hay verdadera información. Durante los disturbios ocurridos en 2002, corrieron rumores de que el presidente había sido baleado. Varias veces en 2006 y 2007 hubo rumores en los distritos de que Dili «había quedado reducida a cenizas», y que «la guerra» se estaba trasladando de la capital a los distritos. Ninguna de esas informaciones resultó cierta y solo gracias a los comentarios orales se disiparon los temores y se aclaró la información errónea.

Timor-Leste y más adelante

Existen importantes retos relacionados con la identificación de opciones políticas realistas por parte

de una amplia gama de agencias de desarrollo internacional e instituciones involucradas en el desarrollo, después del conflicto. Existen también, sin embargo, recomendaciones concretas para mejorar la comunicación entre actores, fomentar la coherencia política e incidir sobre las dinámicas subyacentes posteriores al conflicto, en un esfuerzo por prevenir la violencia. La comunidad internacional debería estar más presta a dar respuesta a la singular dinámica asociada a consolidar la transición, especialmente a desarrollar estrategias y programas que correspondan a los cambiantes procesos económicos, políticos y sociales actuales.

Entre las mayores deficiencias de las intervenciones de la comunidad internacional en Timor-Leste ha estado la insuficiente atención brindada a la ubicación del país en el tiempo y el contexto político respecto a los objetivos del desarrollo y la construcción de la nación. La bibliografía sobre Timor-Leste alude a la transición a la independencia como el período de dos años ejercido por la administración de la ONU. Sin embargo, a mi juicio, el tiempo asignado a la transición fue insuficiente para garantizar su estabilidad como país independiente. La administración transitoria de la ONU no valoró adecuadamente los requisitos necesarios para la constitución de los sistemas socioeconómicos y políticos. Posiblemente, el primer gobierno timorense no quería reconocer la profundidad de los retos que enfrentaba el país y la necesidad de sopesar las medidas a corto, mediano y largo plazo, para respaldar su estabilidad y desarrollo sostenible.

Timor-Leste ha estado experimentando cambios significativos en tres áreas claves. La política, que incluye la creación de un Estado democrático, compuesto por instituciones fuertes, capaces de responder a las necesidades de la ciudadanía, y con la visión necesaria para preparar el país para las futuras generaciones; la social, que incluye la redefinición de la sociedad en torno a normas políticas y sociales compartidas y la implementación de mecanismos que estén a la altura de las expectativas; y la económica, que incorpore el paso de un modelo altamente subsidiado a una economía sólida que reemplace la agricultura de subsistencia por un modelo económico efectivo. El reconocimiento de estas diversas transiciones ayudará a los tomadores de decisiones a planear eficazmente las futuras intervenciones necesarias en esta etapa posconflicto.

Desafortunadamente, en 2006 y 2007, Timor-Leste estaba casi al borde del fracaso como Estado. Con el desmoronamiento del orden público, este perdió el monopolio sobre los medios y uso de la violencia, y no estuvo en condiciones de garantizar la seguridad de una gran parte de la población. Durante un lapso de

casi dos meses, varios ministerios parecían haber dejado de funcionar porque, en plena crisis, reinaba el ausentismo. A pesar de esas grandes dificultades, nunca se produjo el derrumbe total de la seguridad nacional, y la violencia se circunscribió a una zona geográfica bastante pequeña. Algunas instituciones oficiales, como el Ministerio de trabajo y reinserción comunitaria nunca dejaron de funcionar en los peores momentos de crisis, y otros se reagruparon con bastante rapidez. Los partidos pudieron hacer campaña para las elecciones presidenciales, que se celebraron con relativa calma y las del Parlamento, que se desarrollaron pacíficamente. El gobierno de la nueva coalición ha sometido una Estrategia de Recuperación Nacional al Parlamento, y existen señales de que será aprobada.

La comunidad internacional está muy interesada en impedir el fracaso del Estado en Timor-Leste porque representa un nuevo experimento en materia de construcción de la nación y contó con un apoyo internacional sin precedentes. Habida cuenta de su ubicación estratégica entre Indonesia y Australia, muchos están interesados en que Timor-Leste no se convierta en centro de la trata de personas, armas u otros productos ilícitos, y en que el conflicto no pueda extenderse más allá de sus fronteras.

De no crearse los mecanismos necesarios para abordar la dinámica del conflicto se transmitiría un juicio falso a otros Estados débiles. La comunidad internacional debe brindar más apoyo sustancial a Timor-Leste, aprender de las experiencias del país y aplicar esas lecciones dentro de él y en otros Estados que se esfuerzan por sobreponerse a los desafíos institucionales asociados a la constitución de la nación. La incapacidad del Estado de brindar seguridad política, económica y social a los ciudadanos abre las puertas a la corrupción y la violencia.

Si el orden público no puede institucionalizarse y si el Estado no puede crear mecanismos para coordinar y comunicarse con la sociedad civil, el país encarará una crisis mayor en el futuro. La posible riqueza que pueda obtener de las reservas de petróleo también puede convertirse en una maldición, al exacerbar la corrupción entre las pequeñas élites, si no se adoptan medidas para fortalecer las instituciones del Estado. La sociedad civil y el gobierno han de trabajar a fin de impedir los conflictos y encarar las necesidades de la población en todo el país. De no obtenerse resultados positivos en estas esferas el experimento de la independencia fracasará.

Una de las lecciones aprendidas en Timor-Leste es que toma tiempo construir las instituciones del Estado, lograr que las personas se recuperen de las experiencias traumáticas vividas en el pasado y garantizar que las burocracias resulten funcionales y se usen con eficacia.

Es muy importante emplear los recursos con prudencia y en forma estratégica a lo largo del tiempo, en lugar de ajustarse a plazos poco realistas. Los programas que se ejecuten deben ser pertinentes y abordar las dificultades profundas que impiden la creación de una sociedad civil y un Estado sustentables.

Por importantes que resulten el tiempo y la paciencia, quizás también sean un lujo para los Estados débiles que surgen de una situación de conflicto. Por esa razón han de adoptarse medidas intermedias para encarar las necesidades del momento, mientras se construyen las instituciones. Asimismo, es importante recordar que las estrategias a corto y largo plazos deben estar vinculadas entre sí, y no iniciativas aisladas que proporcionen una limitada sensación de seguridad a la población. Esto puede determinar que la asistencia internacional se divida entre quienes ejecutan y quienes fortalecen las capacidades institucionales e individuales. Tal asistencia exige crear más conciencia y mecanismos más sólidos para atraer, por igual, recursos humanos y financieros. Es posible que las sociedades que salen de una situación de conflicto necesiten más tiempo para cimentar la confianza, y es hora de que donantes y ejecutores lo incluyan en las iniciativas a más largo plazo.

La comunidad internacional es consciente de los dilemas que entraña el vacío dejado por el fracaso de un Estado. Las amenazas a ella son evidentes. No deben subestimarse las devastadoras pérdidas humanas si la violencia y los delitos perduran. Timor-Leste es un sitio pequeño desde el punto de vista geográfico; allí la población está más unida que en muchos países que viven situaciones de conflicto, porque la amplia mayoría de la población apoya la independencia y el proyecto de construir la nación. A pesar de ello, a los dirigentes les está resultando muy difícil atraer a los ciudadanos, en parte porque ellos mismos tienen ideas muy diferentes. La comunidad internacional ya ha invertido más de tres mil millones de dólares en el desarrollo de un Timor-Leste independiente, pero una gran parte se perdió en un entorno caótico, desordenado y carente de coordinación eficaz. Al hacer nuevas inversiones, existe

la responsabilidad colectiva de encarar las deficiencias antes de que estalle de nuevo la violencia. La comunidad internacional debe ser más consciente de las causas subyacentes del conflicto actual y ha de responder en forma adecuada. Si no logra garantizar la disminución de la tirantez y la creación de una estrategia más coherente para fortalecer el Estado en Timor-Leste, cuánto más difícil no resultaría sobreponerse a desafíos similares en entornos de posguerra mucho más complejos.

Traducción: Esther C. Muñiz.

Notas

1. Arneberg Pedersen, ed., *Report on Social and Economic Conditions in East Timor*, CICR-FAFO, Oslo, 1999.
2. Además del dominio portugués e indonesio, los japoneses ocuparon Timor-Leste durante la Segunda guerra mundial. El experto James Dunn considera que, durante ese período, fueron asesinados unos 70 000 timorenses. Centenares de personas resultaron muertas durante los bombardeos de los aliados.
3. Afirmación basada en la entrevista realizada a Susan Kendall, trabajadora social que apoya a PRADET, única organización nacional que brinda servicios psicosociales. Susan Kendall ha estado trabajando en Timor-Leste por más de cinco años.
4. Entrevista de la autora al periodista Carlito Caminha.
5. Cifras del Censo de 2004, citadas en el artículo «Combating Poverty as a National Cause: Promoting Balanced Development and Poverty Reduction», República Democrática de Timor-Leste, http://siteresources.worldbank.org/INTTIMORLESTE/Resources/TLDPM_promoting_balanced_dev_22mar2006.pdf, marzo de 2006.
6. El PNUD calcula que el umbral de pobreza en Timor-Leste es de 0,55 dólares *per capita* diario y que alrededor de 40% de la población no alcanza el nivel de vida mínimo. Informe del Desarrollo Humano de Timor-Leste, PNUD, Nueva York, 2006.

Cuba contra el apartheid

Hedelberto López Blanch

Periodista. Juventud Rebelde.

La política exterior de la Revolución cubana desde el triunfo del 1° de enero de 1959, tras la derrota de la dictadura de Fulgencio Batista, ha estado íntimamente relacionada con la lucha por la liberación de los pueblos africanos en sus batallas contra la dominación colonial y neocolonial, impuestas durante siglos por las diferentes metrópolis. Cercada por agresiones, amenazas, presiones de todo tipo, bloqueo económico, atentados, acciones desestabilizadoras e invasiones mercenarias provenientes de los Estados Unidos, Cuba logró sortear todos esos obstáculos y, a la par, ofrecer su ayuda desinteresada a más de cincuenta naciones africanas en aras de su liberación, primero, y del desarrollo económico y social, después. La pequeña isla tuvo una especial participación en el enfrentamiento directo contra las tropas del régimen del apartheid en Sudáfrica, con lo que contribuyó a su posterior derrocamiento.

La primera cumbre de los No Alineados

En abril de 1961, en 72 horas, el pueblo cubano derrotó a una fuerza mercenaria de 1 200 hombres,

entrenados y armados por los Estados Unidos, que habían desembarcado por Playa Girón, provincia de Matanzas. A solo cinco meses de ese hecho, la voz de Cuba contra la política racista sudafricana se dejaba escuchar en la Primera Conferencia Cumbre de Jefes de Estado de los Países No Alineados (NOAL), efectuada en Belgrado, Yugoslavia, del 1 al 6 de septiembre de 1961. En el segundo día de sesiones, se hacían sentir las posiciones de la joven Revolución cubana, cuando el entonces presidente Osvaldo Dorticós Torrado condenaba al régimen del apartheid establecido en Sudáfrica.

Proyectamos en esta conferencia abordar una de las cuestiones que afectan de manera primordial los intereses de una considerable parte de la población mundial que es la discriminación racial y la política de apartheid. La voz del Gobierno Revolucionario de Cuba y del pueblo cubano puede alzarse en esta ocasión sin rubores, para instar a esta conferencia a reiterar, con más energía que nunca, la condena y la repulsa de todas las formas de manifestaciones de discriminación racial que constituyen para los países colonialistas e imperialistas un instrumento usado para la desunión y la explotación de los pueblos.¹

Cuba llamó a adoptar resoluciones y decisiones definitivas para liquidar la política de apartheid que se practicaba en África austral y urgió a poner fin al mandato que ostentaba la Unión del África del Sur, para arribar a fórmulas mediante las cuales fueran efectivas las Resoluciones adoptadas por Naciones Unidas. Desde este momento, fueron innumerables los foros, conferencias, cumbres y actos en los que Cuba fustigaba con fuerza al régimen de Pretoria y exhortaba a incrementar las acciones políticas y económicas contra ese sistema.

Desde los albores del triunfo revolucionario, el máximo líder cubano, Fidel Castro Ruz, comenzó a educar al pueblo en la lucha contra la discriminación racial. Durante una comparecencia en televisión, explicaba:

El problema de la discriminación racial es, desgraciadamente, uno de los más complejos y más difíciles de los que la Revolución tiene que abordar. El problema de la discriminación racial no es el problema del alquiler, no es el problema de las medicinas caras, no es el problema de la Compañía de Teléfonos, no es ni siquiera el problema del latifundio, que es uno de los problemas serios que nosotros tenemos que encarar. Quizás la más difícil de todas las injusticias de las que han existido en nuestro medio ambiente, sea el problema que implica para nosotros el poner fin a esa injusticia que es la discriminación racial, aunque parezca increíble.

[...]

Y yo me pregunto qué diferencia hay entre una injusticia y otra injusticia, qué diferencia hay entre el campesino sin tierra y el negro al que no se le da oportunidad de trabajar. ¿Es que no se muere igualmente de hambre el negro que no trabaja como el campesino que no tiene tierra?²

Tres días después, el 28 de marzo de 1959, también en televisión, afirmaba: «Tenemos que desterrar los últimos vestigios de la colonia, muy conscientes de que aquella frase de Martí tiene que ser una realidad. Lo dijo él antes, la tenemos nosotros que repetir ahora, de que «cubano es más que blanco y más que negro...». ¡Y nosotros somos cubanos!».³ Al siguiente día, en una concentración de apoyo a la reforma agraria, agregaba:

La Revolución no es obra de una minoría, la Revolución es obra de la voluntad absolutamente mayoritaria del pueblo de Cuba [...] Nosotros, que somos un pueblo en el que figuran hombres de todos los colores y de ningún color; nosotros que somos un pueblo constituido por distintos componentes raciales, ¿cómo vamos a cometer la estupidez y el absurdo de dar albergue al virus de la discriminación?⁴

Con esa patriótica educación fueron las tropas del ejército cubano a defender la independencia de Angola y luchar contra los racistas sudafricanos. Marcharon en forma voluntaria y unidos blancos, negros, indios, mulatos, descendientes de asiáticos, porque ese mosaico de razas integra la nacionalidad cubana con una visión altamente humanitaria e internacionalista.

El Che contra el fascismo sudafricano

Ernesto Guevara —quien tuvo una destacada actividad a favor de la lucha de los pueblos del Tercer mundo, primero en el Congo Leopoldville (más tarde Zaire y ahora República Democrática del Congo) y posteriormente en Bolivia, donde murió— encabezó la delegación cubana a la Conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, celebrada en marzo de 1964 en Ginebra, Suiza, en la cual presentó el discurso conocido como «La filosofía del saqueo debe cesar». Allí expresó:

Mientras las repúblicas socialistas no están representadas aquí, el gobierno de la Unión Sudafricana, que viola la Carta de las Naciones Unidas con su política inhumana y fascista de apartheid, sancionada en sus propias leyes, y que desafía a la ONU negándose a informar sobre los territorios que mantiene en fideicomiso, ostenta un asiento en esta sala. Todas estas anomalías hacen que la reunión no pueda ser definida como el foro de los pueblos del mundo.⁵

El 11 de diciembre de ese mismo año, durante la XIX Asamblea General de Naciones Unidas, en Nueva York, en otro discurso, señalaba:

Una vez más elevamos nuestra voz para alertar al mundo sobre lo que está ocurriendo en Sudáfrica; la brutal política del apartheid se aplica ante los ojos de las naciones del mundo. Los pueblos de África se ven obligados a soportar que en ese continente todavía se oficialice la superioridad de una raza sobre la otra, que se asesine impunemente en nombre de esa superioridad racial. ¿La ONU no hará nada para impedirlo?⁶

Años más tarde en su mensaje «Crear dos, tres... muchos Viet Nam», dirigido a los delegados a la reunión Tricontinental que se efectuaba en La Habana en enero de 1967, y solo nueve meses antes de ofrendar su vida por la libertad de Bolivia, puntualizaba:

En Rhodesia el problema es diferente: el imperialismo británico utilizó todos los mecanismos a su alcance para entregar el poder a la minoría blanca que lo detenta actualmente. En Rhodesia la situación puede tornarse sumamente explosiva si cristalizaran los esfuerzos de los patriotas negros para alzarse en armas y este movimiento fuera apoyado efectivamente por las naciones africanas vecinas. Cuando las masas negras de Sudáfrica o Rhodesia inicien su auténtica lucha revolucionaria, se habrá iniciado una nueva época en el África. O cuando las masas empobrecidas de un país se lancen a rescatar su derecho a una vida digna, de las manos de las oligarquías gobernantes.⁷

La temprana ayuda cubana al África subsahariana

La colaboración cubana en África subsahariana comenzó muy temprano, con la llegada de becarios de la República de Guinea en 1960, a los que siguieron

otros de Congo Brazzaville y Mali. En 1963, la primera brigada médica cubana, integrada por 55 profesionales y personal paramédico, fue a prestar servicios en la recién liberada República Popular Democrática de Argelia, y de esta fecha en adelante la ayuda fue creciendo vertiginosamente. En general, en estos casi cincuenta años Cuba ha mantenido relaciones de cooperación con cincuenta países que integran las subregiones de África norte y África subsahariana, de ellos treinta y ocho con comisiones mixtas.

La ayuda militar también se hizo efectiva en 1963, en Argelia, ante las amenazas de Marruecos para adueñarse de zonas de la nación vecina recién independizada de Francia. En palabras de Fidel Castro:

Aunque la lucha cubana en favor de la liberación de África se inició primero en forma política, junto a Nkrumah, Sekou Touré, Gamal Abdel Nasser y otros líderes; más tarde, cuando quedaban las últimas colonias luchando por la independencia, se transformó en apoyo al movimiento armado de países todavía colonizados, como Cabo Verde, Guinea Bissau, Angola. Se ayudó igualmente, después del asesinato del primer ministro Patricio Lumumba, a la lucha armada del pueblo del Congo Leo contra los mercenarios blancos y los traidores al servicio del colonialismo, acciones en las que participó un pequeño contingente de instructores y combatientes cubanos dirigidos por Ernesto Che Guevara. ¿Qué hacíamos nosotros sino pagar nuestra deuda con la humanidad, nuestra deuda con África, nuestra deuda con aquellos que lucharon por nuestra dignidad, con aquellos que lucharon por nuestra independencia en muchos campos de batalla?⁸

Muchos años después, ante el Parlamento de Sudáfrica, Fidel ratificaba esa idea:

Doce millones de africanos fueron arrancados de sus aldeas, de sus hogares y trasladados al nuevo continente, repletos de cadenas, para trabajar como esclavos en las plantaciones, sin contar con los millones que se ahogaron o murieron en las travesías. El apartheid, en realidad, fue universal y duró siglos [...] En Cuba, heroicas y masivas sublevaciones de esclavos tuvieron lugar. Los esclavos de origen africano señalaron el camino de la libertad en aquel continente.⁹

Enfrentamiento militar contra tropas racistas

Los contundentes golpes asestados por las tropas cubanas a las fuerzas regulares de Sudáfrica durante los años 1975-76 y 1987-88 ayudaron a preservar la independencia de Angola, abrieron las puertas a la de Zimbawe y Namibia, e impulsaron el desmoronamiento de las estructuras en las que se sostenía el apartheid. Resulta increíble que un país tan pequeño, bloqueado económicamente por los Estados Unidos, con aviones civiles anticuados, marina mercante modesta y solo obedeciendo a sus principios internacionalistas, haya

transportado, en cortos períodos de tiempo y en dos oportunidades (finales de 1975 y principios de 1988) miles de hombres y abundantes equipos y armamentos a una distancia mayor que la existente entre Cuba y Moscú, por ejemplo. Para llegar a Luanda en los viejos aviones Britannia, el viaje demoraba catorce horas y hasta el sur de Angola no menos de quince.

Las relaciones de Cuba con el Movimiento para la Liberación de Angola (MPLA), dirigido por Agostinho Neto, comenzaron en enero de 1965 cuando el Che Guevara realizó un extenso recorrido por varios países, entre estos el Congo Brazzaville, donde se reunió con dirigentes angolanos.

Los acontecimientos ocurridos en Portugal en abril de 1974, con el derrocamiento de la dictadura de Marcelo Caetano, abrieron paso a la independencia de las colonias portuguesas en África. En ese año, el MPLA representaba lo mejor del movimiento nacionalista angolano, que se enfrentaba a las ambiciones de dos grupos apoyados por los Estados Unidos, Sudáfrica (RSA) y Zaire: el Frente Nacional de Liberación de Angola (FNLA) encabezado por el colaborador de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), Holden Roberto, y la Unión Nacional para la Independencia de Angola (UNITA) liderada por Jonas Savimbi, colaborador de los servicios secretos portugueses, y después de la CIA y de la racista Sudáfrica.¹⁰

El 11 de noviembre de 1975 se fijó como fecha para la independencia, pero desde antes el FNLA comenzó a lanzar fuertes ataques contra el MPLA. En agosto de ese año, el FNLA contaba con el apoyo del régimen de Mobutu Sese Seko, de la RSA y de los Estados Unidos, este último enviaba armas y avituallamiento hacia Kinshasa, transportados a Angola por aviones sudafricanos. Desde Pretoria, con armas pesadas, llegaron a Kinshasa dos docenas de oficiales, especialistas y artilleros para unirse a las tropas del FNLA que darían la batalla por Luanda. Ese mismo mes, dos batallones de infantería zairenses también se integraron al FNLA para lanzar una ofensiva por el norte de Angola, mientras tropas sudafricanas penetraban por el sur y tomaban las represas de Calueque y Ruacana, a treinta kilómetros dentro del territorio angolano.

El 4 de septiembre, el FNLA y los zairenses se encontraban al norte de Quifangondo, pero la Novena Brigada de las FAPLA —fuerza armada del MPLA—, que había sido entrenada con urgencia en la antigua Unión Soviética, lanzó un contraataque y los agresores se retiraron a más de noventa kilómetros de Luanda, dejando cajas de balas y equipos militares de fabricación norteamericana. El 23 de octubre, el FNLA atacó con 3 500 hombres, incluidos 1 200 zairenses, Morro de Cal (a cinco kilómetros de Quifangondo). Los angolanos, junto a cuarenta instructores cubanos recién

llegados del Centro de Instrucción Revolucionaria (CIR) de N'Dalatando, se enfrentaron al enemigo; pero ante la superioridad numérica y de armamentos se retiraron a Quifangondo. El último intento por apoderarse de esa localidad tuvo lugar el 10 de noviembre, a solo un día del anuncio de la independencia y los agresores prepararon una potente agrupación compuesta por integrantes del FNLA, 120 mercenarios portugueses, dos batallones de infantería y varios equipos blindados del ejército regular de Zaire, veinticinco asesores de la RSA y varios oficiales de la CIA.

Tres días antes, el 7 de noviembre, habían desembarcado en el puerto de Luanda seis BM-21 (lanzacohetes múltiples), morteros y cañones procedentes de la Unión Soviética. Fueron enviados inmediatamente a Quifangondo para que los operaran instructores cubanos. Cuando la artillería reactiva y demás piezas entraron en combate, se salvó la capital. La desbandada fue total y centenares de atacantes resultaron muertos o heridos, y destruidos vehículos blindados y de transporte. Este fue el primer gran desastre para las fuerzas conjuntas del FNLA, zairenses, mercenarios y sudafricanos. En la medianoche del 11 de noviembre, Neto anunciaba al mundo la independencia de la ex colonia y nacía la República Popular de Angola.

Sudáfrica entra de lleno en Angola

La agresión del régimen del apartheid se había hecho completamente efectiva el 14 de octubre de 1975 cuando, desde la ocupada Namibia, penetra en territorio angolano la columna Zulu, que avanzó más de 60 kilómetros diarios, arrasando a su paso todo lo que encontraba. La decisión soberana del gobierno cubano de enviar un fuerte contingente de tropas y equipamiento bélico, a pedido del presidente Neto, determinó finalmente la derrota de las fuerzas sudafricanas, que tuvieron que retirarse de Angola el 27 de marzo de 1976.¹¹

Durante los siguientes años, el contingente de más de 20 000 combatientes internacionalistas cubanos —desplegados en una línea de 600 kilómetros, desde Mozamedes, en la costa atlántica hasta Menongue, a más de 270 kilómetros de la frontera con Namibia— constituyó una barrera infranqueable para impedir una nueva invasión sudafricana en la profundidad de Angola, pero las tropas racistas realizaban en el sur acciones de persecución a la Organización del Pueblo de Sudáfrica Occidental (SWAPO, por sus siglas en inglés) y unidades de las FAPLA.

La masacre realizada por tropas élites sudafricanas contra el campamento namibio de Casinga, a 250 kilómetros de la frontera dentro del territorio

angolano, en el que fueron asesinados más de seiscientos refugiados, entre ellos trescientos menores, detuvo el paulatino retiro de las fuerzas cubanas.

Los combates en Cuito Cuanavale

En julio de 1987, con el asesoramiento de oficiales soviéticos, los angolanos comienzan, hacia el sureste, la operación Saludando a Octubre, para ocupar las bases de UNITA en Mavinga, en la frontera con Namibia; pero la lejanía, lo aislado de la región y la incursión sudafricana de alrededor de 5 000 hombres, motivaron que la operación resultara un fracaso, con numerosos combatientes angolanos muertos. Cuba, nuevamente a solicitud del MPLA y de su presidente Eduardo Dos Santos, decidió en esa ocasión enviar un fuerte contingente que no solo rechazara la agresión sudafricana sino que le provocara una gran derrota en suelo angolano.

Se iniciaba de esa forma la maniobra XXXI Aniversario de las FAR, cuya primera misión fue trasladar miles de hombres, tanques, artillería y aviones, hasta completar una fuerza de unos 50 000 combatientes.

Se sucedieron numerosos enfrentamientos a lo largo de varios meses en los que participaron las FAPLA, la SWAPO y fuerzas cubanas contra el ejército sudafricano y agrupaciones de UNITA.

Detenidos los sudafricanos en Cuito Cuanavale, se inició el avance cubano-angolano-SWAPO por el flanco derecho con destino a la frontera de Namibia. También se suceden en este período varias conversaciones, pero los sudafricanos, apoyados por los Estados Unidos, solo pedían concesiones y se negaban a reconocer la Resolución 435 de la ONU sobre Namibia.

El golpe de gracia a la intervención sudafricana ocurrió el 27 de junio, cuando seis Mig-23-ML despegaron de Lubango y otros dos de Cahama para bombardear las instalaciones de la represa de Calueque, donde el ejército sudafricano tenía un campamento. Un sudafricano escribió, en idioma afrikáans, sobre una pared de Calueque: «Los Mig-23 nos partieron el corazón».

En agosto de 1988, los sudafricanos abandonan completamente el territorio angolano, y el 22 de diciembre, en la sede de Naciones Unidas, en Nueva York, se firmaron los acuerdos definitivos que abrían las puertas a la aplicación de la Resolución 435/78 para la independencia de Namibia, se establecía el repliegue de las tropas cubanas a los paralelos 15 y 13, y su completa retirada para el primero de julio de 1991. El 21 de marzo de 1990, el proceso de descolonización de Namibia culminó con el triunfo de la SWAPO en las elecciones y el ascenso de Sam Nujoma como jefe del Estado naciente, mientras los últimos combatientes

La decisión soberana del gobierno cubano de enviar un fuerte contingente de tropas y equipamiento bélico, a pedido del presidente Neto, determinó finalmente la derrota de las fuerzas sudafricanas, que tuvieron que retirarse de Angola el 27 de marzo de 1976.

cubanos regresaron a la Patria el 25 de marzo de 1991, treinta y seis días antes de la fecha fijada.

El apoyo cubano se extiende a otros frentes

A medida que la población cubana se concientizaba con el sufrimiento del pueblo negro sudafricano, hubo una verdadera explosión de informes en los medios de comunicación de la Isla que detallaban y explicaban la historia, idiosincrasia e ignominia cometida por ese régimen. Muchos tocaban los más profundos sentimientos humanos del pueblo, al plasmar con sagacidad y profundidad la realidad en que vivía la mayoría de los pobladores de aquella nación.

Las relaciones del Congreso Nacional Africano (ANC) y el Partido Comunista de Sudáfrica (PCSA) con el gobierno cubano se caracterizaron, desde los primeros momentos, por la compenetración y comprensión. Una muestra de ello fue la participación de ambas organizaciones en el I Congreso del Partido Comunista de Cuba, efectuado del 17 al 20 de noviembre de 1975 en La Habana.

Alfred Nzo, secretario general del ANC leyó un mensaje en el que expresó:

Todo el pueblo oprimido de nuestro país ama a la revolucionaria Isla de Cuba [...] Es un nombre familiar en todos los ghettos, los barrios pobres urbanos y los bantustanes, donde la clase obrera negra y las masas campesinas superexplotadas de nuestro país han sido condenadas a vivir una existencia de pobreza y miseria por la camarilla fascista en el poder, apoyada y estimulada por el imperialismo mundial.

A fines de 1977, se creó en Novo Catengue el centro de entrenamiento para los combatientes del ANC. En el acto de graduación del primer batallón habló Jorge Risquet Valdés, y el discurso de clausura fue expuesto por Oliver Tambo, presidente del ANC. A mediados del año siguiente terminó el segundo curso, y se inició uno especial de guerrilla urbana. El próximo curso se vio impedido por un ataque aéreo de la aviación sudafricana.

El centro de entrenamiento se trasladó a la zona de Quibaxe, en la provincia de Kwanza Norte, donde se planificaron nuevos cursos. Más adelante, en un análisis

que sostuvo Risquet con la dirección del ANC, llegaron a la conclusión de que lo más conveniente para la organización era la preparación de los cuadros. Estos podrían infiltrarse en Sudáfrica. Se decidió formar en Cuba oficiales en diecisiete especialidades que incluían desde criptografía y comunicaciones hasta fabricación casera de armas, enmascaramiento, francotiradores y tácticas de combate de diversos tipos.¹²

Oficina del ANC en Cuba

Diciembre de 1978 marcó una fecha excepcional para estrechar las relaciones del ANC con Cuba, al abrirse en La Habana una oficina, con rango diplomático, que sesionó hasta 1994. Para encabezar esa misión, el ANC designó al destacado intelectual y político Alex La Guma, quien era también un sobresaliente dirigente del Partido de Color de Sudáfrica. La Oficina tuvo una intensa actividad durante esos años; sus integrantes participaron en centenares de mítines, conferencias, y actos a favor de la lucha del pueblo sudafricano y contra el apartheid.

La misión fue subvencionada y mantenida totalmente por el gobierno cubano, al igual que otras como la de la SWAPO, de Namibia. Alex La Guma y su esposa Blanche estuvieron siete años en Cuba. Tras la muerte de Alex, en 1985, la oficina continuó realizando numerosas actividades dirigidas por diferentes miembros del ANC hasta que, tras las primeras elecciones democráticas realizadas en Sudáfrica —que le dieron el triunfo al ANC y a su legendario presidente Nelson Mandela—, fue establecida en Cuba una representación diplomática.

Escuelas para estudiantes africanos

Una de las obras más nobles del gobierno cubano fue ofrecer la posibilidad de que niños y jóvenes africanos fueran a estudiar a la Isla con todos los gastos cubiertos. Para esta humanitaria obra se escogió la Isla de la Juventud, antes denominada Isla de Pinos. En 1988 estudiaban allí más de 16 000 jóvenes de 37 países.

Las condiciones de opresión extrema en que vivía el pueblo sudafricano le imposibilitaban enviar estudiantes a Cuba, pero al ampliarse la permanencia

de los internacionalistas cubanos en Angola, se hicieron grandes esfuerzos para que jóvenes de África del Sur que se encontraban en el vecino país africano fueran a La Habana. Según documentos del Ministerio de Educación, en 1976 llegó a Cuba el primer estudiante sudafricano y, a cuentagotas, arribaron otros veintitrés, hasta 1986.

Durante la visita que realizó a La Habana el entonces presidente del ANC, Oliver Tambo, entre el 23 y 27 de marzo de 1986, Cuba le ratificó el interés de que un voluminoso grupo de jóvenes vinieran a estudiar a la Isla de la Juventud, para lo cual se le entregaría una instalación completa. En esa oportunidad, Tambo expresó:

Agradezco el gesto, pues sé perfectamente lo que significa esa bella isla para África y para Cuba y, además, porque me he percatado perfectamente de la necesidad de que existan estudiantes sudafricanos allí, pero infortunadamente no tenemos suficientes jóvenes para aceptar una escuela completa.¹³

Cuba continuó trabajando. Un documento recientemente desclasificado indica que Oliver Tambo informó, el 22 de agosto, que enviaba unos cien estudiantes para la Isla de la Juventud. Explicó que durante meses habían estado tratando de convencer a varios cientos de jóvenes de sus campamentos en Angola para que se incorporaran a los estudios, pero estos se negaban exigiendo preparación militar y que se les enviara de regreso para pelear contra el régimen. Ante estas demandas, expone el documento, «la parte cubana se comprometió con Tambo a buscar la forma de darles preparación militar. Con ese compromiso, la dirección del ANC logró convencer a ese centenar de adolescentes para que fueran a estudiar».¹⁴ En el año 1988, llegaron a la Isla otros 107 jóvenes sudafricanos.

En total, hasta el año 2005 se habían graduado en Cuba 272 estudiantes sudafricanos, de estos, 157 como técnicos medios y 115 en carreras como Medicina, Derecho, Economía, Farmacia, Bioquímica, Química, Arquitectura, Ingeniería Eléctrica e Industrial, Historia, Geología, Telecomunicaciones, Minería y otras. En ese año cursaban diferentes carreras en Cuba más de cuatrocientos estudiantes sudafricanos, la gran mayoría en Facultades de Medicina y Deportes.

En los años 90, la revuelta social en Sudáfrica ya era imparable. Mientras, para Cuba se avecinaban tiempos sumamente difíciles al producirse la desintegración de la Unión Soviética y los países socialistas, con los cuales mantenía 85% de su comercio. El Producto Interno Bruto del país cayó en 35%; casi todas las fábricas cerraron, el transporte se redujo al mínimo y la alimentación de la población sufrió un grave deterioro. Cuba no pudo recibir más estudiantes extranjeros y muchas escuelas redujeron sus horarios de clases. Este

escenario se mantuvo hasta finales de 1994, cuando la dirección del país, con atinadas medidas, logró cruzar un escollo que para muchos era insalvable. La idea de la escuela sudafricana en la Isla de la Juventud había quedado inconclusa y, en ese año 1994, Sudáfrica lograba alcanzar la liberación del régimen del apartheid con la llegada a la presidencia de Nelson Mandela, líder de toda esa larga lucha.

Escuelas para mujeres

No solo el Ministerio de Educación abrió sus puertas para la formación de ciudadanos de diversos continentes y en especial de África, sino otras organizaciones como la Federación de Mujeres Cubanas (FMC). En sus escuelas se formaron o pasaron cursos numerosas mujeres que hoy laboran en sus países en cargos importantes como Thenjiwe Mtintso, embajadora de Sudáfrica en Cuba, quien estudió en la escuela de la FMC desde septiembre de 1982 hasta julio de 1983. Los cursos duraban diez meses y la FMC corría con todos los gastos de las alumnas: alojamiento, transportación, alimentación, atención médica, estipendio para gastos adicionales y una semana de vacaciones en una provincia del país.¹⁵

La contribución que Cuba ha hecho contra el apartheid tiene un significado importante, pues en aquel tiempo el movimiento revolucionario sudafricano tenía muy pocos amigos, dependíamos fundamentalmente de los países socialistas. La colaboración cubana se encaminó a cómo ayudar a acabar con el apartheid y qué hacer después. Cuba preparó a muchos cuadros durante los años de lucha y tras la independencia; nos dio herramientas políticas e ideológicas para enfrentar esa tarea; preparó cuadros militares y nos ayudó a insertarnos en la arena internacional.¹⁶

Tambo y Slovo en Cuba

A la sede de la Organización de Solidaridad con los Pueblos de Asia, África y América Latina (OSPAAAL) arribó una importante delegación sudafricana que visitó Cuba en noviembre de 1977, presidida por Oliver Tambo y Joe Slovo, en ese entonces miembro del Consejo Revolucionario del ANC y del Comité Central del Partido Comunista Sudafricano. Tambo ofreció una conferencia en la que explicó la lucha que tenía lugar dentro de Sudáfrica, así como la participación imperialista en el cono sur africano, en un intento por frenar al movimiento revolucionario en esa zona, que luchaba por eliminar el apartheid y todas las formas de discriminación racial. Durante su estancia en La Habana, entraron en contacto con organizaciones y figuras internacionales residentes en la Isla.

Conferencia internacional contra el apartheid

La Conferencia Internacional sobre Sanciones contra Sudáfrica, organizada por Naciones Unidas, tuvo lugar en París del 20 al 27 de mayo de 1981. Se decidió que por Cuba participara una amplia delegación —presidida por Jesús Montané Oropesa, miembro suplente del Buró Político del PCC— como reafirmación de la solidaridad que el pueblo de la Isla siempre había mantenido hacia las luchas de Namibia y África del Sur. Las misiones de estas dos naciones estuvieron encabezadas por Sam Nujoma y Oliver Tambo, respectivamente. La parte cubana desarrolló, como representante de la presidencia del Movimiento de Países No Alineados, una destacada actividad, al efectuar entrevistas y contactos con la mayoría de las delegaciones asistentes, en aras del mejor desarrollo de la reunión.

Otro cónclave relevante resultó la Conferencia de igual nombre y propósito, efectuada también en París, del 16 al 20 de junio de 1986, donde la delegación cubana presidida por el ministro de Relaciones Exteriores, Isidoro Malmierca, criticó el proyecto puesto a discusión por la ONU, que parecía redactado por los europeos occidentales con apoyo de los Estados Unidos, y que prácticamente suavizaba las medidas que se tomarían contra el régimen del apartheid.

Orden Playa Girón a Nelson Mandela y a Tambo

Las relaciones del gobierno cubano con el ANC y el PCSA se profundizan a mediados de la década de los 80, con la visita de numerosos dirigentes del ANC y del PCSA a la Isla. Algunas se hacían públicas, otras quedaban en el más estricto secreto. En un acto solemne realizado en el Palacio de la Revolución, en La Habana, en junio de 1984, se le otorgó la Orden Playa Girón al destacado luchador Nelson Mandela, preso, en ese entonces, en las cárceles sudafricanas. Su condecoración se le entregó a Alfred Nzo, secretario general del ANC, para que se la hiciera llegar. Tras recibir la Orden, Nzo señaló: «El honor conferido a nuestro movimiento a través de Nelson Mandela es una clarinada a la comunidad internacional para que ejerza presión sobre Sudáfrica y obligue al régimen racista a liberar a Mandela y a todos los presos políticos encarcelados en las prisiones del apartheid».¹⁷

En marzo de 1986 la Orden Playa Girón también le fue otorgada al presidente del ANC, Oliver Tambo, quien visitaba la Isla. Él y su delegación, integrada, entre otros, por Thabo Mbeki (actual presidente sudafricano) sostuvieron numerosos encuentros con Fidel y otros líderes cubanos. Durante sus pláticas con Jorge Risquet, abordaron el entrenamiento de comandos en las diferentes especialidades, con el fin de infiltrarse en

Sudáfrica e intensificar la lucha. Ya en ese tiempo, un grupo de sudafricanos concluía el entrenamiento en Cuba, a donde había arribado el año anterior. Tambo expresó la necesidad de recibir armas por medio de un país amigo de la región, como había planteado anteriormente Slovo, bajo el compromiso de una absoluta discreción y compartimentación. Se determinó que el encargado de esa misión sería solo Slovo. También el dirigente del ANC entregó una relación de las diferentes armas que necesitaban, uniformes y botas, así como la cantidad de hombres que entrenar en variados cursos y especialidades.¹⁸

Para coordinar la estrategia política, se propuso un encuentro en Moscú entre el ANC, Cuba y la URSS que debía ser «secreto, para no asustar a nadie», y conocer la ayuda que podía ofrecer esa potencia.

Slovo, interlocutor del ANC

Los intercambios, tanto en Cuba como en el exterior, con el secretario general del PCSA, Joe Slovo, se hicieron más frecuentes a partir de 1986. En una reunión realizada el 10 de junio de ese año con Risquet, Slovo analizaba la difícil situación interna que padecía el régimen sudafricano, destacaba la importancia de la denuncia del apartheid en todos los países, pero significaba que lo más relevante era la lucha del pueblo, en sus variadas formas. Tuvo contactos con varios jefes militares y el día 12 volvió a reunirse con Risquet. El dirigente sudafricano explicó lo fructífero de los encuentros sostenidos con los militares y señaló que seleccionarían con rigurosidad a un centenar de combatientes para adiestrarlos en diversas especialidades de tipo comando. Algunos serían entrenados en la Isla y otros por las tropas cubanas que se encontraban en Angola.¹⁹

Reunión tripartita Cuba-URSS-ANC

A pesar de que Cuba trató de realizar el encuentro tripartito con el ANC y la URSS en el menor tiempo posible, para aprovechar la efervescencia popular de lucha que tenía lugar dentro Sudáfrica, los soviéticos ofrecían excusas para posponerlo, hasta que por fin se logró llevar a cabo durante los días 16 y 17 de septiembre de 1986 en Moscú. Oliver Tambo, Jorge Risquet y Anatoli Dobrynin encabezaron las delegaciones del ANC, Cuba y la Unión Soviética, respectivamente. Según se detalla en los informes, el encuentro fue amistoso y fructífero, pues se logró que la parte soviética comprendiera mejor la importancia de incrementar, en esos momentos, el apoyo a la lucha del pueblo sudafricano.

Cada parte expuso sus puntos de vista. Cuba señaló que a lo largo de sus relaciones con el ANC, había apreciado que se había perdido bastante tiempo en cuanto a la preparación adecuada de sus cuadros para el tipo de lucha que podía llevarse a cabo dentro del país, y que para acortar ese tiempo, y a solicitud de la dirección del ANC, se habían preparado en el último año 250 cuadros sudafricanos en especialidades de la guerra irregular, como comandos urbanos, fuerzas especiales, lucha clandestina, confección de armamentos artesanales, documentación, enmascaramiento, cerrajería, organización de las comunicaciones, escondrijos, y otras. Enfatizó que la URSS, Cuba y otros países socialistas debían proceder de forma más coordinada en la colaboración militar con los patriotas sudafricanos y disponer de los cuantiosos recursos de manera más efectiva.²⁰

El Comité antiapartheid

Durante años, el gobierno cubano colaboró con el ANC de modo sumamente secreto, tanto civil como militarmente; mientras, en los organismos y conferencias internacionales era un categórico defensor de la lucha del pueblo sudafricano. Entonces surgía una pregunta: ¿por qué Cuba no había integrado un Comité antiapartheid, como ya existían en otros países, que en la mayoría de los casos eran inoperantes o muy poco activos? La respuesta, según he podido conocer tras preguntarles a varios de los que participaron en su creación, era que la Isla prefería hacer las cosas discretamente, por razones de seguridad para el movimiento independentista sudafricano, y para poder ayudar de manera más efectiva en esa lucha sin que el eterno enemigo de Cuba, los Estados Unidos, se inmiscuyera.

Pero en la década de los años 80 del siglo xx, también era necesario ampliar el diapazón internacional con otras organizaciones surgidas en diferentes países para luchar contra el apartheid. Un documento del Comité Central del Partido indicaba que

la creación de un Comité cubano contra el apartheid sería una iniciativa que contribuiría a ampliar y sistematizar, incorporando a todos los sectores nacionales, la solidaridad que tradicionalmente ha brindado nuestro país al pueblo sudafricano [...] y constituiría un medio eficaz para multiplicar los vínculos con el vasto movimiento internacional antiapartheid.²¹

La fecha escogida para la fundación de esa organización fue el 7 de enero de 1987 en la sede del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP) y en el marco de celebrarse el aniversario 75 del ANC. Para encabezar el Comité Cubano Anti Apartheid (CCAA) fue seleccionado el doctor y reverendo Adolfo

Ham, presidente del Consejo Ecuménico de Cuba y personalidad muy respetada en el ámbito religioso. Lo integraron, además, diez vicepresidentes y más de ochenta personalidades representantes de la cultura, el periodismo, las iglesias, las ciencias, los deportes, y especialistas en el estudio de África.

A partir de ese enero de 1987, el CCAA desplegó un sinnúmero de actos, mítines, exposiciones, concursos, conversatorios e intercambios con organizaciones nacionales, y participó como institución en diversas conferencias y foros internacionales. Innumerables fueron las iniciativas y las labores desarrolladas por el Comité, que estuvo funcionando hasta el 14 de mayo de 1997.

Congreso del Partido Comunista Sudafricano

El grado de afinidad y confianza alcanzado por el gobierno y el Partido Comunista de Cuba con el PCSA se comprende cuando se analizan los documentos desclasificados sobre la celebración, en Cuba, del Séptimo Congreso del PCSA. Todo se organizó, preparó y sesionó de forma estrictamente secreta. En una reunión sostenida en Lusaka, en junio de 1987, entre funcionarios de la Sección de África Austral del Comité Central del PCC y el secretario general del PCSA, Joe Slovo, el dirigente africano expresó su interés en celebrar el Séptimo Congreso del Partido en Cuba. Dijo que el último Congreso se había efectuado en la URSS, de manera clandestina debido al carácter secreto de su membresía y, además, al hecho de que sus principales dirigentes ocupaban cargos relevantes en la dirección del ANC, pues solo el suyo y el de Dan Tloome, presidente nacional, eran públicamente conocidos.

El dirigente pidió que se informara la idea a la dirección del PCC y que ambas partes debían considerar esta posibilidad. Se propuso como fecha noviembre de 1988, pero tuvo lugar del 7 al 12 de abril de 1989.²² Si se toma en cuenta que, en esos momentos, de los treinta y cuatro miembros del Comité Ejecutivo Nacional del ANC, veintisiete eran miembros del PCSA, se desprendía que con la celebración del Congreso, a la vez se afianzaban los estrechos vínculos que se tenían con ese movimiento de liberación.

A finales de septiembre de 1988, Slovo efectuó una visita de trabajo a Cuba para coordinar los últimos detalles sobre el venidero Congreso y, en posterior comunicación desde Lusaka, indicó que la fecha fijada para el inicio sería el 7 de abril de 1989. La alta dirigencia del Partido cubano escogió para la realización del Congreso un lugar alejado de la capital, tranquilo, solitario y con capacidad para albergar a más de setenta personas: el Valle de Yumurí, donde existía una instalación de descanso. Importantes anécdotas sobre

aquel secreto cónclave, ofrece la delegada Thenjiwe Mtintso, quien en 1989, cuando se desempeñaba como jefa del ANC de una unidad en Uganda, le informaron que debía trasladarse a Lusaka, Zambia, donde se encontró con varios militantes del PCSA. «La selección —narró Mtintso— fue muy secreta y conocimos solo dentro del avión que el evento se efectuaría en Cuba».

El Congreso ocurre posterior a Cuito Cuanavale, por lo que la emoción de llegar a Cuba era muy alta. Creo que aterrizamos en el aeropuerto José Martí, nos montaron en vehículos con las ventanillas oscuras y nos llevaron a una sede que tenía instalaciones y una gran piscina. Era un lugar muy bello y mi habitación se encontraba arriba. Cuando estoy mirando hacia abajo, observo a algunos hombres con gafas oscuras que se paseaban por el césped y uno me pareció conocido. Fue grande mi emoción cuando reconocí a mi esposo, Skenjana «Isaac» Roji, el cual se encontraba clandestino dentro de Sudáfrica y hacía cuatro años que no lo veía. La organización fue excelente. Acudieron delegados de distintos países de África, Gran Bretaña, Suecia, Unión Soviética y cerca de doce de Sudáfrica en momentos que no se podía salir del país. Todos llegamos de manera clandestina a Cuba y salimos de la misma forma sin que ninguno fuera arrestado posteriormente, incluso los que regresaron a Sudáfrica para continuar la lucha, entre estos, mi esposo. Nadie supo de lo que había ocurrido en Cuba.²³

Contactos con Nelson Mandela

El primer contacto directo que tuvieron dirigentes cubanos con Nelson Mandela, el legendario líder de las luchas contra el apartheid, fue en marzo de 1990, cuando una delegación presidida por el comandante de la Revolución y vicepresidente del Consejo de Estado, Juan Almeida Bosque, e integrada por Jorge Risquet y el general de división Leopoldo Cintra Frías, jefe de la Misión Militar de Cuba en Angola, asistió a la proclamación de la independencia de Namibia. En Windhoek, los cubanos compartieron varias horas con Mandela y sostuvieron un fructífero intercambio de experiencias y de proyecciones futuras.

El periódico *Granma* reportó que Mandela expresó:

El mundo y en especial África austral jamás olvidarán el papel desempeñado por Cuba en la liberación de Angola y en la independencia de Namibia. Pasé casi treinta años en prisión, pero que el tiempo me pareció corto porque sabía que tenía amigos en todo el mundo y uno de esos, que ha sido muy constante y con voz muy firme, es Fidel.²⁴

Otra misión encabezada por el Dr. Rodolfo Puente Ferro, jefe del Departamento de África y Medio Oriente del Comité Central del Partido, participó en el Primer Congreso del ANC, efectuado del 2 al 7 de julio de 1991 en la ciudad de Durban, provincia de Natal. Mandela tuvo palabras de elogio para el gobierno y pueblo cubanos y encomendó a Puente Ferro que le

dijera a Fidel que ya había encontrado el camino para arribar a Cuba, lo cual se produciría el 23 de ese mismo mes, para participar en el acto central por el 26 de Julio.²⁵

Nelson Mandela en Cuba

El momento histórico se acercaba. El pueblo cubano esperaba con ansiedad la visita de uno de los más grandes revolucionarios del continente africano, quien había pasado más de veintisiete años en las cárceles del régimen del apartheid. Mandela llegó a Cuba el 23 de julio, en una escala técnica, para continuar viaje a Jamaica y regresar el 25 a La Habana. Enorme fue el recibimiento brindado. A lo largo del trayecto de más de veinte kilómetros desde el aeropuerto José Martí hasta la casa de Protocolo de El Laguito, cerca de un millón de cubanos lo saludaron.

La Orden José Martí, la más alta distinción que otorga el Consejo de Estado cubano a personalidades internacionales, le fue impuesta por Fidel Castro en una solemne ceremonia efectuada en el Palacio de la Revolución. Todo estaba preparado para que el 26 de julio de 1991, en un acto de masas que tuvo lugar en la provincia de Matanzas, el pueblo cubano rindiera homenaje al destacado líder africano. En su discurso, Mandela dijo:

Admiramos los sacrificios del pueblo cubano por mantener su independencia y soberanía ante la pérdida de la campaña imperialista orquestada para destruir los impresionantes logros alcanzados por la Revolución. Apreciamos cómo se ha transformado de un país al que se le había impuesto el atraso a uno de cultura universal. Reconocemos los avances en los campos de la salud, la educación y las ciencias [...] Pero la lección más importante que ustedes pueden ofrecernos es que no importa cuáles sean las adversidades, no importa cuáles sean las dificultades contra las que haya que luchar, no puede haber jamás claudicación. Se trata de la libertad o la muerte. Yo sé que su país atraviesa actualmente muchas dificultades, pero tenemos confianza en que el indomable pueblo cubano las vencerá en la misma forma en que ha ayudado a otros pueblos a vencer las que afrontaba.²⁶

Visitar Cuba en ese año de euforia imperial por la debacle de la URSS representaba una especie de sacrilegio, y prácticamente Mandela se convertía en un enemigo mortal de los Estados Unidos; mas esto no fue óbice para que el líder sudafricano no solo viajara a Cuba, sino que emitiera un valiente discurso donde reconoció el papel desempeñado por la Isla en las luchas por la independencia de África.

El pueblo cubano ocupa un lugar especial en el corazón de los pueblos de África. La contribución de los internacionalistas cubanos a la independencia, libertad y justicia en África, no tiene paralelo por su naturaleza de principios y desinterés. Estamos conscientes de que aquellos

que lucharon y murieron en Angola constituían solo una pequeña parte de los que se ofrecieron como voluntarios. Para el pueblo cubano el internacionalismo no es sencillamente una palabra, sino algo que hemos visto puesto a prueba para el bien de grandes sectores de la humanidad

[..]

La presencia de ustedes y el refuerzo enviado para la batalla de Cuito Cuanavale tienen una significación verdaderamente histórica [...] La derrota del ejército racista en Cuito Cuanavale hizo posible que hoy yo pueda estar aquí con ustedes.²⁷

La respuesta de Fidel a las palabras de Mandela resonaron inmediatamente en toda la plaza matancera, en honor a una figura que por su integridad revolucionaria y su combate contra el régimen más oprobioso de la tierra, era digna del homenaje del pueblo cubano.

Mandela fue generoso, muy generoso, él recordó la epopeya de nuestro pueblo en África, allí donde se manifestó todo el espíritu de esta Revolución, todo su heroísmo y toda su firmeza [...] el hermoso homenaje rendido a nuestros combatientes internacionalistas nos demuestra que la sangre derramada, los sacrificios, el esfuerzo y el sudor de tantos y tantos cubanos no fueron en vano.²⁸

Primeros médicos cubanos en Sudáfrica

Durante su estancia en Cuba, Mandela expuso la posibilidad de enviar a su país especialistas que realizaran un estudio epidemiológico de la población y asesoraran al recién formado Departamento de Salud del ANC. Con ese fin, viajaron a Sudáfrica, en julio de 1992, los médicos Carlos Mas Zabala y Felipe Delgado Bustillo, los que por un período de siete meses evaluarían la real situación existente en los entonces llamados bantustanes y poblaciones no blancas.

Los dos galenos exploraron instituciones sanitarias asistenciales, académicas y no gubernamentales, así como el sector de la industria farmacéutica y de investigaciones. Participaron en congresos científicos, brindaron charlas, conferencias, clases, coloquios y entrevistas sobre el sistema sanitario de Cuba, y pusieron énfasis en el trabajo principal: vigilancia epidemiológica e información estadística sobre la incidencia del SIDA. También se reunieron con Mandela, al que le informaron sobre el trabajo que estaban realizando y las condiciones sanitarias que habían detectado. En mayo de 1993 se logró por medio de la Organización no Gubernamental Médicos del Mundo y el Departamento de Salud del ANC, que el especialista en Medicina General Integral, doctor Víctor Figueroa, fuera ubicado en el Township de Bostshabelo, zona rural pobre y marginada de Free State donde realizó el primer Diagnóstico de Salud Comunitario.

A principios de 1994, con conocimiento de que se efectuarían en Sudáfrica las primeras elecciones libres y democráticas de su historia, y con la posibilidad real de que el ANC obtuviera un triunfo abrumador, se abrió en ese país una pequeña delegación cubana encabezada por el funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba, Marcos Rodríguez. Tras el triunfo del ANC en las elecciones, se establecieron las relaciones diplomáticas e inmediatamente se firmaron varios acuerdos de colaboración entre ambos países; en 2001 ya laboraban 493 médicos cubanos en zonas apartadas a donde no querían ir los galenos sudafricanos.²⁹

Tres opiniones como conclusión

El padre Michael Lapsley, presidente de la Asociación de Amistad Sudáfrica-Cuba, que en 1997 recibió la Medalla de la Amistad que otorga el Consejo de Estado, expresó: «La victoria de Sudáfrica corresponde a todo el continente africano y también a Cuba, cuyos vínculos se forjaron en la sangre que se derramó para que fuéramos libres, y nosotros nunca olvidaremos esta deuda de gratitud que hemos contraído con el pueblo cubano».³⁰

El secretario general del Congreso Nacional Africano, Kgalema Motlanthe —quien estuvo, desde 1976 hasta 1987, en la prisión de máxima seguridad de Robben Island, aislada en el mar a once kilómetros de Ciudad del Cabo y en donde se hallaba también Nelson Mandela—, rememoró que conocían del apoyo cubano a la lucha del pueblo sudafricano porque otros combatientes que eran apresados, sometidos a procesos y luego encarcelados, les llevaban informaciones. Muchos de ellos, agregó, habían sido entrenados por instructores cubanos en países vecinos de la región. Y concluyó:

La contribución de Cuba contra el apartheid creo que nunca la podremos pagar, pues muchos de sus jóvenes soldados que fueron al cono sur africano, dieron sus vidas por lograr la libertad e independencia de sus hermanos, tras dejar sus casas, sus hogares, cumpliendo un deber internacionalista. Cuba ha dejado su huella en cualquier manifestación de la sociedad sudafricana.³¹

El presidente sudafricano Thabo Mbeki, quien llegó a la Isla a finales de marzo de 2001, en visita oficial, invitado por el presidente Fidel Castro, dijo en una entrevista con la publicación sudafricana *ANC Today*:

La visita nos hizo recordar a todos cuán grande es el corazón del pueblo cubano y cuánto nos hemos beneficiado de este hecho [...] La contribución de Cuba a la derrota de la campaña de agresión y desestabilización contra el África independiente fue puesta de manifiesto de manera particular en su participación decisiva en la lucha militar para derrotar

a las fuerzas del apartheid que invadieron a Angola [...] Esa estancia solo concluyó cuando tras la derrota sufrida en Cuito Cuanavale los invasores del apartheid comprendieron que nunca podrían alcanzar sus objetivos y que el pueblo angolano debía ser libre [...] que Pretoria no podía dirigir a los Estados africanos independientes mediante el empleo de la fuerza y tampoco podían contener la marea que conducía a la independencia de Namibia y a la liberación de Sudáfrica [...] Cuando depositábamos una ofrenda floral en el Panteón de los Veteranos en La Habana, no podíamos sino reconocer una vez más la notable contribución que había hecho esta pequeña isla a nuestra propia libertad, sin pedirnos nada a cambio.³²

Notas

1. Osvaldo Dorticós, «Palabras en la Primera Cumbre de la Organización de Países No Alineados», *Hoy*, La Habana, 5 de septiembre de 1961.
2. «Comparecencia de Fidel Castro en el canal 12 de televisión, 25 de marzo de 1959», *El pensamiento de Fidel Castro*, t. I, v. 2, Editora Política, La Habana, 1983, p. 395.
3. *Ibidem*, p. 401.
4. *Ibidem*, p. 411.
5. Ernesto Che Guevara, *Obras 1957-1967*, v. 2, Casa de las Américas, La Habana, 1977, p. 517.
6. *Ibidem*, p. 545.
7. *Ibidem*, p. 584.
8. Fidel Castro, «Discurso en el Parque Mandela» (Jamaica, 30 de julio de 1998), Archivos del Consejo de Estado de Cuba.
9. Fidel Castro, «Discurso ante el Parlamento sudafricano» (Ciudad del Cabo, 4 de septiembre de 1998), Archivos del Consejo de Estado de Cuba.
10. Los datos fundamentales para esta información fueron tomados de Piero Gleijeses, *Conflicting Missions, Havana, Washington and Africa, 1959-1975*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2002; y del prólogo de Jorge Risquet, a la edición en español, *Misiones en conflicto*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.
11. *Memorias. Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1976, pp. 262-4.
12. Jorge Risquet Valdés, *ob. cit.*, pp. 46-7.
13. «Síntesis del encuentro entre Jorge Risquet y Oliver Tambo, 24 de marzo de 1986», Archivos del Comité Central de Partido Comunista de Cuba (ACCP).
14. «Carta de Alfred Nzo a Fidel Castro, 21 de noviembre de 1989», ACCP.
15. Entrevista del autor a Martha Casas Mompeller, directora de la Escuela Fe del Valle, FMC, 12 de enero de 2006.
16. Entrevista del autor a Thenjiwe Mtintso, embajadora de Sudáfrica en Cuba, 6 de diciembre de 2005.
17. «Palabras de Alfred Nzo al recibir la Orden José Martí conferida a Nelson Mandela», *Granma*, La Habana, 15 de junio de 1984.
18. «Síntesis de la conversación entre Jorge Risquet y Oliver Tambo, 23 de marzo de 1986», ACCP.
19. «Entrevista de Jorge Risquet con Joe Slovo, 12 de junio de 1986», ACCP.
20. «Reunión tripartita Cuba-URSS-ANC, en Moscú los días 16 y 17 de septiembre de 1987», ACCP.
21. «Documento a los miembros del Secretariado, 19 de diciembre de 1986», ACCP.
22. «Carta-informe de Jorge Risquet al Comandante en Jefe Fidel Castro. 13 de junio de 1987», ACCP.
23. Entrevista del autor a Thenjiwe Mtintso, *cit.*
24. Rodolfo Casals, «Se reúne delegación cubana en Namibia con Nelson Mandela», *Granma*, La Habana, 23 de marzo de 1990.
25. «Informe de la delegación cubana al Congreso del ANC, 11 de julio de 1991», ACCP.
26. Nelson Mandela, «Discurso en el acto central por el 38 aniversario del asalto al Cuartel Moncada», *Granma*, La Habana, 27 de julio de 1991.
27. *Ídem.*
28. Fidel Castro, «Discurso en el acto central por el 38 aniversario del asalto al Cuartel Moncada», *Granma*, La Habana, 27 de julio de 1991.
29. «Colaboración cubana en Sudáfrica», Archivos del Ministerio para la Inversión Económica y la Colaboración, julio de 2001.
30. Entrevista del autor a Michael Lapsley, 2004.
31. Entrevista del autor a Kgalema Motlanthe, abril de 2005.
32. Thabo Mbeki, «Cuba, un genuino y apasionado humanismo», *ANC Today*, Pretoria, 30 de marzo de 2001.

Violencia intrafamiliar en Cuba

Grupo de Estudios sobre Familia

Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS).

La violencia intrafamiliar (VIF) es una de las manifestaciones más lamentables de la violencia humana, pues sus protagonistas son personas unidas por estrechos lazos de consanguinidad o afinidad, de las que se esperaría, por tanto, una relación no antagónica, sino de afecto y respeto mutuos.

A su vez, al ser la familia la institución por excelencia, donde tiene lugar la socialización temprana de los individuos, si se aspira a romper el ciclo de transmisión intergeneracional de la violencia y a encontrar variantes alternativas de proceder, se requiere prestarle a la VIF toda la importancia y el significado que merece.

Este tipo de violencia es un fenómeno presente, en mayor o menor medida, en todas las sociedades, y resulta de interés creciente en las agendas de trabajo de diversas instituciones internacionales, que reconocen su trascendencia y sus múltiples implicaciones a escala global y dentro de cada país, así como para las

comunidades, las familias y los individuos. En nuestro país, la VIF también viene ganando espacios en los últimos años como tema de interés social, aunque todavía no con toda la fuerza que consideramos requiere.

Este artículo pretende presentar una síntesis de los resultados más relevantes obtenidos por el proyecto de investigación «Violencia intrafamiliar».¹

Los objetivos generales de este proyecto fueron: caracterizar las diferentes formas que adopta la VIF en Cuba, su influencia sobre los distintos miembros del grupo familiar y las posibles interinfluencias con otras formas de violencia social; proponer alternativas metodológicas para contribuir a la construcción de relaciones que propendan a la integración de la familia como grupo o con la sociedad; diseñar y comprobar vías de orientación que contribuyan a disminuir y/o solucionar los problemas de violencia intrafamiliar; y elaborar recomendaciones a la política social que propicien la concientización del fenómeno de la violencia intrafamiliar y el establecimiento de estrategias de enfrentamiento.

El Grupo de Estudios sobre Familia del CIPS está conformado por la Máster en Ciencias Marcelén Díaz Tenorio, y los licenciados Alberta Durán Gondar, Ernesto Chávez Negrín, Yohanka Valdés Jiménez, Patricia Gazmuri Núñez y Silvia Padrón Durán.

Presupuestos teóricos

La VIF constituye una expresión de violencia social. Resultaría reduccionista estudiar las conductas violentas en los grupos familiares, desconociendo las múltiples influencias que el contexto social ejerce en la construcción de estas formas de relación. Las familias se insertan en una compleja realidad sociohistórica que resulta no solo un referente cultural familiar —representaciones sociales, valores y normas aceptadas—, sino que brinda espacios y oportunidades a esas familias desde la organización y el funcionamiento social.

Son diversas las perspectivas teóricas que enfocan la violencia desde escuelas, disciplinas y tradiciones de pensamiento social. Como enfoques que la explican en tanto construcción humana, constituyen visiones parciales o fragmentadas de la realidad y desde esta óptica es necesario analizarlas, reconociendo sus principales alcances y limitaciones.

La construcción del concepto de violencia enfrenta, en sí misma, variadas dificultades y contradicciones de orden teórico que están dadas, entre otras razones, por la diversidad de situaciones que el término pretende explicar. En primer lugar, como concepto polisémico y multidimensional, se ha utilizado en la literatura para explicar y describir una amplia gama de procesos, eventos y realidades sociales entre los que se encuentran importantes diferencias. Entre estas realidades están las grandes masacres y conflictos armados, el terrorismo, la organización de pandillas juveniles, que articulan sus estrategias de vida vulnerando espacios y derechos de otros, las revueltas o levantamientos de grupos de excluidos y oprimidos; las acciones de movimientos sociales que desde posiciones de fuerza intentan alcanzar reivindicaciones, las represiones policiales, las conductas consideradas delictivas o antisociales en diferentes contextos, los maltratos hacia los niños, las mujeres y los ancianos que se generan en distintas instituciones o grupos sociales, etc.

En segundo lugar, la multiplicidad de significados que se le asignan al término violencia, cambia según el momento histórico y el contexto social en el que se producen u omiten algunos hechos. Lo que se define como violento, incluye una valoración social que puede ser, en unos casos, positiva, y negativa en otros; así como la justificación o no de realizar determinadas acciones violentas en el ámbito social. «Lo que en una sociedad se considera violento, en otra puede pasar inadvertido o estar justificado por las leyes».²

Un tercer elemento, conocido como el «problema de la puntuación»,³ consiste en definir cuándo comienza la violencia y quiénes son los sujetos implicados. «La puntuación» destaca el análisis de los orígenes de la violencia. Puede suceder que extensos ciclos de causas

y efectos, responsables del hecho violento, no se perciban como vinculados entre sí. Cuando se intenta marcar el comienzo, la misma operación nos lleva de modo inevitable a pensar en un momento previo.

Las diferentes formas de violencia que se desarrollan en la sociedad se transmiten a la familia por disímiles vías. Al mismo tiempo, los grupos familiares son constructores de lo social, en tanto establecen normas de convivencia, pautas y relaciones que comienzan a ser parte del nivel macro y lo configuran. Por lo tanto, se necesita establecer lecturas y conexiones dialécticas entre ambos procesos —a nivel social e intrafamiliar— para comprender las conductas de violencia y explicar sus particularidades en un contexto social, cultural e histórico determinado.

La violencia no pertenece a un solo escenario, pero puede considerarse como propiedad de cada uno. La social y la VIF comparten determinadas causas y cualidades que enfatizan su valor como alternativa para solucionar conflictos y/o legitimar formas de poder. Sin embargo, la social incluye otras acciones, diferentes actores y afecta distintos contextos de la realidad. La VIF distingue formas de relación que afectan la propia dinámica de la familia, en tanto grupo social regulado por vínculos de parentesco y afinidad que la particularizan.

Una propuesta conceptual

Definir la violencia en las familias constituye una meta difícil, sobre todo si se trata de incluir las diferentes formas que puede adoptar y los efectos que provoca en las personas involucradas. Una definición de violencia no debe limitarse solo a las acciones que producen daños o dejan marcas visibles en el cuerpo de las víctimas; existen otras conductas en las familias cuyas afectaciones pueden ser más dañinas y duraderas, aunque no sean perceptibles a simple vista. Por tanto, definimos la violencia intrafamiliar como «todo acto u omisión intencional, que tiene lugar en el ámbito de las relaciones interpersonales en la familia y es capaz de producir un daño físico, psicológico o patrimonial a su(s) propio(s) ejecutor(es), o a otro(s) miembro(s) del grupo, causando irrespeto a los derechos individuales».⁴

Si se considera que cada individuo tiene su propia elaboración, representación y significados acerca de las relaciones en la familia y que el análisis de la VIF no debe limitarse solo al criterio de convivencia, resulta importante incorporar otros elementos a la definición que permitan explicar, con mayor amplitud, las relaciones que se establecen en los grupos familiares. De manera que proponemos considerar, igualmente, como integrantes del grupo familiar, aquellos miembros

anteriores (ex cónyuges, ex padrastrós, etc.) con los que se mantengan relaciones interpersonales.

El concepto de VIF adoptado pone énfasis en la consideración de *las relaciones interpersonales en la familia*, como categoría explicativa del origen, sostenimiento y evolución de sus diferentes formas, más allá de los vínculos de parentesco que puedan ser identificados *a priori*. Es probable que en la familia, relaciones significativas desde el parentesco o la afinidad, que aparentemente pudieran denotar cercanías físicas y afectivas —por ejemplo, entre hermanos, padres e hijos—, oculten distanciamientos, rupturas, alianzas, coaliciones, etc., que se convierten en modelos de violencia, generadores de efectos múltiples para los sujetos implicados y para el grupo en su conjunto.

La definición también busca rescatar la visión de proceso, para comprender la violencia que se construye y legitima en las familias, en tanto espacio relacional micro en el que se configuran y reproducen —a nivel individual, grupal y social— representaciones, valores, aspiraciones, etc. En este sentido, es necesario destacar que la idea de proceso permite analizar la evolución de formas de VIF que particularizan las relaciones en cada grupo y hacen posible su reproducción en diferentes generaciones. De manera que explica la reiteración de comportamientos y pautas de relación entre los integrantes de la familia, en diferentes momentos de su ciclo vital. Esta idea no niega la inclusión en nuestra definición de un hecho aislado de violencia, que puede tener notables daños a corto y a largo plazo, al igual que conductas reiteradas en el tiempo.

Se incluyen en el concepto las *acciones u omisiones intencionales*, con el propósito de enfatizar no solo lo que se hace de forma voluntaria, sino también lo que se deja de hacer. Los silencios condenatorios impuestos, por solo citar un ejemplo, son expresiones de VIF, al igual que los gritos e insultos.

También es válido destacar la importancia de develar significados, representaciones y sentidos personales que se construyen alrededor de los eventos de violencia en las familias. Para ilustrar esta idea pudiéramos tomar como referencia una conducta, tipificada como abandono, que pudiera ser la distancia física y/o afectiva de algún integrante de la familia. Desde la representación individual y el significado que se le concede por cada integrante, este miembro «ausente», puede ocupar una posición diferente con respecto a otros, tener un valor afectivo particular, y sus omisiones ser interpretadas de distintas maneras por cada persona de la familia. De modo que, la violencia tiene distintos niveles de significación para cada integrante del grupo familiar, no solo por sus principales receptores, sino además por los que funcionan como sus ejecutores.

La participación de uno o más miembros del grupo familiar, llama la atención sobre el hecho de que no necesariamente se trata de una acción individual. La violencia puede ser generada por más de un integrante de la familia, aunque se ejerza desde posiciones de poder diferentes. En las familias se configuran relaciones jerárquicas que conceden distintos niveles de participación en la toma de decisiones, cuya posibilidad y capacidad articula relaciones de poder, más o menos equitativas o estables. El «poder», real o simbólico, también otorga autoridad y legítima conductas intencionales de control y sometimiento de otros, que vulneran espacios y derechos individuales en las familias.

Se destaca en el concepto la *capacidad de producir daños físicos, psicológicos o patrimoniales*, con lo cual se refiere la multiplicidad de efectos, directos e indirectos, que provoca la VIF.⁵ Como concepción se incluye la posibilidad de provocar diferentes daños de manera simultánea. El daño patrimonial, poco valorado en otras definiciones, se refiere a la destrucción de objetos personales, perjuicios en la esfera económica y afectaciones a mascotas, entre otras conductas.

Por último, los daños *al(los) propio(s) ejecutor(es), o a otro(s) miembro(s) del grupo*, explica la dirección del maltrato, que puede ser auto infligido o hacia otros integrantes de la familia, con independencia de su edad, género, posición socioeconómica, discapacidades, orientación sexual, etc.

Nuestra definición de VIF no incluye el «propósito de controlar y someter», elemento presente en concepciones de otros autores. Consideramos que se trata de un criterio importante para comprender la VIF, que enfatiza la intencionalidad que acompaña a determinados actos de violencia; sin embargo, apostamos por analizar las relaciones de poder, control y sometimiento en cada familia de manera particular, sin excluir otras conductas cuyos fines no siempre buscan el dominio de otros. Igualmente, es posible analizar eventos de VIF, en los que el control y sometimiento aparezcan como medios para lograr metas individuales, y no como fines en sí mismos.

La VIF a través del funcionamiento familiar

Si tenemos en cuenta que el análisis de las funciones familiares incluyen el conjunto de *actividades y relaciones* que se desarrollan en este grupo, resulta indudable la utilidad de este modelo para el estudio de la VIF. Desde el concepto de funciones familiares, la violencia puede ser visualizada como acciones u omisiones que se producen por los miembros de la familia, en el marco de las actividades y relaciones que comparten. Todos los sujetos del núcleo familiar son susceptibles de

efectuar o recibir violencia; de manera que, es la *circularidad* uno de los rasgos que caracteriza a la VIF. Esta idea explica el hecho de que los subsistemas, alianzas, coaliciones, jerarquías, límites y roles, no puedan ser considerados de manera estática o permanente. Estos varían en determinados contextos o espacios de la familia, y en dependencia de las metas individuales o grupales que sus integrantes construyen durante su ciclo vital.

Por otra parte, en el ejercicio de las diferentes funciones, al cambiar el contenido de las actividades y la forma en que estas se organizan, también se modifica el carácter de las relaciones que se establecen para su realización. Esto hace que en las valoraciones de cada función, los vínculos familiares puedan reflejar contradicciones o puntos de convergencia según las posiciones de poder, los conflictos, la forma en que se toman las decisiones y las personas implicadas. Por lo general, es posible identificar aquella a quien se le reconoce mayor poder en la familia. Sin embargo, las relaciones jerárquicas que se establecen entre los otros miembros pueden cambiar en función de las actividades y espacios familiares que comparten.

Estas reflexiones exigen detenernos en un problema teórico-metodológico crucial para nuestra concepción de trabajo: *el papel de la subjetividad individual y grupal en el cumplimiento de las funciones familiares*. El modelo de funcionamiento familiar también permite comprender los significados personales y las historias que se ocultan detrás de cada expresión de violencia en la familia. En el plano subjetivo, resulta útil y necesario explorar aquellas representaciones que legitiman, sostienen o condenan la VIF. Las construcciones de género, los poderes reales o simbólicos, las concepciones sobre la educación, las diferencias generacionales, y las aspiraciones individuales y grupales, entre otros factores, explican los códigos o patrones de violencia y los ciclos que se producen en la dinámica familiar.

El análisis de las *causas de la violencia desde el modelo de funcionamiento familiar* ofrece la posibilidad de integrar factores de nivel macro, meso y microsociales, pues la concepción de familia como grupo e institución social permite establecer múltiples conexiones entre los distintos niveles de análisis para explicar la VIF. Nuestra propuesta permite articular la relación existente entre ella y la violencia social en sus conexiones y niveles de influencia.

Tomando como punto de partida algunos estudios realizados en nuestro país sobre VIF, puede resultar mecanicista y lineal valorar ese fenómeno acudiendo solo a la idea de la cultura patriarcal tradicional u ortodoxa para explicar sus orígenes de modo totalizador.⁶ Nuestras familias tienen concepciones y dinámicas patriarcales, pero en nuestras investigaciones

no se evidencian rígidos patrones culturales de poder masculino de modo generalizado.

Mujeres y hombres en Cuba manifiestan diferentes formas de deconstrucción de los roles tradicionales de género. Este proceso de ruptura y reconstrucción ha sido insuficientemente estudiado, pero parece estar bastante asociado al nivel escolar de los sujetos, y a los valores y normas individuales y de la pareja. Las formas extremas —o evidentes— de machismo generan diversos tipos de rechazo general en hombres y mujeres, aunque también es evidente la aceptación de conductas machistas más «sutiles» en las relaciones de género. Contar con las actuales representaciones sociales de la patriarcalidad —o con las de los modelos de género predominantes en nuestra cultura— ayudaría a considerar, con mayor claridad, los referentes sociales predominantes en esta época.⁷

La *relación individuo-grupo-sociedad* es otro aspecto que debe ser valorado al analizar la VIF desde el modelo de funcionamiento familiar. La conexión entre estos niveles nos lleva nuevamente a la valoración de la función socializadora de la familia antes comentada y a repensar la relación ente VIF-violencia social. La familia se inserta en una compleja realidad social que le ofrece normas, referentes culturales y socioeconómicos, valores éticos, etc. Pero el sistema social también le brinda a la familia, desde su organización, oportunidades y espacios para la construcción de formas de relación, patrones de convivencia y alternativas de solución de conflictos o toma de decisiones que, a nivel social, pueden legitimar la violencia como alternativa posible y necesaria. De modo que la familia no solo socializa a sus miembros «puertas adentro», como institución también construye modelos y referentes que trasmite a la sociedad por diferentes vías. Así, cadenas o ciclos de victimización en la familia se trasladan a otros espacios o instituciones y son parte de las múltiples expresiones que caracterizan a la violencia social.

Al mismo tiempo, al analizar la socialización de los integrantes de la familia como un proceso dinámico, el patrón de funcionamiento familiar concede especial atención al carácter activo de los sujetos en su propio desarrollo. Esta idea reviste particular importancia para el estudio de la VIF, en tanto supera la visión tradicional —aportada por la teoría del aprendizaje social—, de que la violencia se «aprende» a partir de determinados modelos que el individuo incorpora. Esta teoría no explica por qué algunas familias reproducen la socialización de la violencia en distintas generaciones y otras no. Tampoco explica las diferencias individuales, en el aprendizaje familiar, de formas violentas de relación. La tesis que sustenta que los grupos familiares con violencia generan violencia, de forma inevitable, y

Definimos la violencia intrafamiliar como «todo acto u omisión intencional, que tiene lugar en el ámbito de las relaciones interpersonales en la familia y es capaz de producir un daño físico, psicológico o patrimonial a su(s) propio(s) ejecutor(es), o a otro(s) miembro(s) del grupo, causando irrespeto a los derechos individuales».

homogénea en sus miembros, parece cuestionada desde el modelo de las funciones familiares.

Otro aspecto que merece ser comentado se refiere a *los sujetos de la violencia en las familias*. Como ya se ha apuntado, estudios desarrollados en nuestro país y en otros contextos refieren que son las mujeres y los niños las principales víctimas de la VIF. Recientemente se ha comenzado a estudiar la violencia contra los ancianos, donde parecen existir acuerdos acerca de la influencia del género y las generaciones como categorías que pautan relaciones de poder y asimetrías en la familia, aunque reconocemos que no son las únicas.

Considerar al hombre siempre como victimario en una relación de violencia intrafamiliar puede resultar discriminatorio. Aunque *a priori* esto puede ser cierto para una buena cantidad de familias, el hombre puede ser también víctima desde el poder femenino, generacional o económico, en muchos espacios familiares.⁸

Si bien el empoderamiento —y por tanto la dependencia— en la familia puede estar determinado desde el género o las generaciones, también intervienen en esta dinámica elementos económicos —o de otra naturaleza— que legitiman las desigualdades entre los miembros. Existen otros criterios de victimización —poco estudiados hasta el momento—, que incluyen las discapacidades, las diferencias de acuerdo a la orientación sexual, y la raza, entre otros.

Un elemento esencial de la VIF, enfocada como problema de las relaciones familiares, son las complejas dinámicas interactivas en cada grupo familiar. Desde nuestras investigaciones precedentes queda claro que se puede producir victimización entre diferentes figuras y en diferentes contextos o espacios familiares. Los que en una ocasión son víctimas, pueden ser, en otro momento, victimarios de su victimizador anterior o de una nueva víctima familiar.⁹ Es necesario considerar la circularidad de los ciclos de violencia en las familias.

Se podría establecer un «círculo de la violencia en la familia», no solo desde las conductas o reacciones del victimario, sino como cadenas de victimización en la evolución familiar, desde la participación de distintas figuras en las acciones de violencia. Los más pequeños y los jóvenes pueden ser víctimas de sus padres; y

convertirse en victimarios de sí mismos, de sus padres, de los ancianos, etc.; posteriormente victimizar individualmente o como pareja a sus hijos —que serán más tarde sus victimarios— y volver a transitar un ciclo que es necesario romper. Este ciclo atraviesa diversas esferas del funcionamiento familiar, lo que permite esa alternancia de víctima y victimario en dependencia del momento, área o esfera de la vida en la que unos u otros ostenten mayor o menor poder.

En la familia, como sistema, cada miembro tiene un papel determinado, tareas específicas y relaciones con los demás integrantes. Los cambios en su vida repercuten en los otros de diferente forma e intensidad. Las experiencias, las actitudes, las palabras y, en general, el comportamiento de cada individuo, tiene consecuencias en los demás, aunque no se dirijan expresamente a ellos.¹⁰

Caracterización general de la VIF en Cuba

En Cuba, la VIF tiene sus antecedentes y raíces en nuestro pasado colonial y neocolonial, en el que la influencia española y la africana —caracterizadas por el predominio de los rasgos machistas y patriarcales— fueron determinantes. Aunque no imposible, resulta difícil transformar esas formas de actuar pues responden a concepciones, actitudes y comportamientos transmitidos de una a otra generación durante siglos.

Esta herencia histórico-social marca su presencia en la sociedad cubana y se actualiza constantemente a través de rasgos y tendencias que se entrelazan en el tejido social. Sus características esenciales en este contexto impiden la utilización de fórmulas universales para su estudio y enfrentamiento. Una caracterización de la VIF en el contexto cubano contemporáneo puede realizarse atendiendo a varios elementos:

Extensión

En todas las poblaciones y territorios donde se han llevado a cabo estudios, se ha constatado la existencia de VIF en sus diversas manifestaciones, desde formas leves hasta casos más graves en los que se llega incluso al homicidio, suicidio o asesinato.

A partir de estudios de las relaciones de pareja, en las provincias Cienfuegos y Holguín, la Oficina Nacional de Estadísticas reporta que una proporción importante de las parejas cubanas contemporáneas —de 17% a 24%, como mínimo—, residentes en distintos territorios y con diferentes niveles de educación e inserciones laborales de sus miembros, sufren variadas manifestaciones de este tipo de violencia, la que en muchos casos está tan naturalizada que ni siquiera es reconocida por quienes la experimentan.

Los datos sobre la cantidad de denuncias acerca de casos de VIF reflejan en mayor medida violencia del hombre hacia la mujer. Según la generalidad de las investigaciones centradas en el maltrato a los menores, más de la mitad de los niños cubanos encuestados reportan experimentar violencia intrafamiliar, principalmente de tipo físico y psicológico. En algunos casos esa violencia adquiere formas particularmente agudas, que dejan graves secuelas en su desarrollo como individuos y, en ocasiones, hasta pueden provocar su muerte. En el grupo de 520 niños/as participantes en el estudio previo a este artículo, 31,7% hizo referencias directas de ser víctimas de violencia física, y 8,3% lo hizo en relación con la violencia verbal (gritos).¹¹

Los estudios analizados constatan que la violencia en el seno de las familias cubanas también afecta considerablemente a los adolescentes, los jóvenes y los ancianos de ambos sexos, así como a los hombres adultos, tanto heterosexuales como homosexuales.

En nuestra exploración con 564 adultos mayores de 18 años¹² se constató que:

- 19,6% reconoce que en alguna relación de pareja anterior se produjeron golpes.
- 9% reconoce que en su relación de pareja actual han existido golpes.
- 29,4% reconoce que en su relación de pareja actual se discute con expresiones de violencia psicológica: gritos y evasión (uno de los dos abandona la discusión).
- 73% de los encuestados reporta que alguna vez fue golpeado por su madre, y 41% por su padre.
- De las 181 personas que poseen hijos menores de 15 años, 19,3% admite que les grita y 7,7% que les pega.

Aun con la información acumulada, las investigaciones realizadas hasta ahora, al no tener un alcance nacional y no estar basadas en muestras estadísticamente representativas, no permiten determinar con precisión los niveles de violencia intrafamiliar prevalecientes en Cuba, ni efectuar comparaciones internacionales detalladas al respecto. Tomando en cuenta la naturaleza de nuestro sistema sociopolítico, que promueve la solidaridad entre las

personas, así como el desarrollo social alcanzado por nuestro país en diferentes esferas, y la existencia de una amplia red de instituciones que actúan a nivel comunitario, puede suponerse razonablemente que los niveles cubanos de VIF son inferiores, tanto en cantidad como en gravedad de los hechos en cuestión, a los prevalecientes en la mayoría de los restantes países latinoamericanos, pero desafortunadamente esto no puede comprobarse, pues no se dispone de informaciones estadísticas que lo avalen. Lo importante es que aún cuando los niveles de VIF en Cuba fueran relativamente bajos, el interés social debe encaminarse a su enfrentamiento y prevención.

Diversidad

Como rasgo característico, la VIF muestra una amplia diversidad. No se trata de un fenómeno focalizado o concentrado según determinados patrones o variables, lo cual facilitaría su enfrentamiento y prevención. La diversidad está dada por sus variadas formas de expresión, los grados de frecuencia y niveles de gravedad, y la pluralidad de variables sociodemográficas a las que aparece asociada. Así se puede constatar un panorama con múltiples aristas que complejizan no solo su identificación, sino también las formas en las que puede abordarse.

Los resultados de los estudios realizados reportan la presencia, en el contexto cubano, de todas las formas de violencia intrafamiliar reconocidas por la literatura: física, psicológica, sexual, económica, y por abandono. La psicológica parece ser la más abundante y frecuente, (según los estudios y valoraciones de expertos), si se considera, como elemento medular de su definición, el irrespeto a los derechos y necesidades del otro y se acepta su presencia en las formas verbales y físicas de violencia. Como expresiones de la violencia psicológica se encuentran los gritos, amenazas, humillaciones, ofensas, chantajes, desvalorizaciones, prohibiciones, intimidaciones, imposiciones, indiferencias, desatenciones, etcétera.

Los gritos parecen ser los más identificados y autorreconocidos. En nuestra exploración, alrededor de la cuarta parte de los sujetos reconoce pelear a gritos con alguna de las figuras familiares y, en específico, con la pareja; la cifra llega a 30%. Los gritos constituyen un tipo de acto comunicacional frecuente, cotidiano, para todos los miembros de las familias estudiadas.

En las familias estudiadas a profundidad, todos los adultos entrevistados, y los cinco menores que actualmente pertenecen a estas familias, fueron golpeados en la infancia. La violencia física en la pareja constituye una experiencia vivida por seis de los ocho adultos, como víctimas y victimarios, en hombres y

mujeres. Se halló violencia física en las relaciones entre padres/madres e hijos/as adultos/as en la actualidad y en la historia familiar. También se encontraron eventos de violencia física hacia ancianas, de modo que todas las figuras familiares se han visto afectadas en este estudio. Entre las constatadas se podrían describir variados tipos, diferenciados por los medios empleados (mangueras, ceniceros, sogas, cintos, armas blancas, etc.), la frecuencia, la intensidad, y los efectos en la regulación del comportamiento.

Las acciones violentas se producen entre sujetos de todos los niveles de instrucción y son independientes de la edad, sexo, color de la piel u ocupación. Sin embargo, las mujeres reconocen más estar involucradas en este tipo de relaciones y el aumento del nivel de escolaridad parece favorecer su disminución.

La combinación de la diversidad de formas de violencia, su intensidad y frecuencia, pueden constituir elementos importantes que definan el nivel de gravedad o complejidad de las familias en situación de violencia, lo cual ayuda a perfilar estrategias de atención y tratamiento. Si se logra definir situaciones más o menos graves, en la cadena de acciones terapéuticas y de atención social, podrá precisarse una historicidad explicativa, con mayores probabilidades prospectivas en la efectividad del tratamiento. Como condicionantes para entender la diferenciación en cuanto a esta gravedad, y la reproducción de patrones de comportamiento y concepciones violentas en la historicidad familiar, encontramos, además de la escolaridad y el género, las condiciones materiales (económicas) y espirituales de vida, los recursos personológicos y particularidades de la subjetividad grupal, y la mayor o menor efectividad de la conexión entre la familia y las redes institucionales.

En los casos de familias en situación de violencia grave, por la intensidad y frecuencia de los actos, el deterioro espiritual de la personalidad es más fuerte, más pobres las aspiraciones y metas individuales y grupales y, en el funcionamiento familiar, más rígidos los límites y roles ejercidos, y más intensas las emociones negativas que emergen de las relaciones interpersonales entre los miembros del grupo.

El análisis de las personas que reportan maltrato físico y verbal en sus relaciones de pareja apunta a que la aceptación de los mitos de la violencia en este grupo es superior a la media; cada uno (mujeres y hombres) legitima más, desde las concepciones de género tradicionales, el mito que le permite racionalizar su realidad y su responsabilidad en los actos violentos. Los que se asumen como «víctimas» solamente, tienen en común la baja autoestima, los sentimientos depresivos y la falta de aspiraciones movilizadoras

para cambiar su rol dependiente, sean hombres o mujeres. Las mujeres, en su casi totalidad, victimizan a sus hijos/as con golpes, castigos, regaños abundantes y haciéndolos partícipes u observadores de las peleas familiares; y proporcionalmente las mujeres, más que los hombres involucrados en estos procesos, fueron educadas con procedimientos violentos en su niñez.

Condicionantes

Desde la subjetividad social, un hallazgo relevante radica en la constatación de ideas erróneas —y muy probablemente prácticas asociadas— en las concepciones sobre el funcionamiento familiar y la educación. 88,7% de las personas encuestadas en nuestra exploración considera que «las buenas familias tratan de evitar las discusiones», y 86% acepta en algún grado que «los hijos deben obedecer a sus padres en todo». Se perciben los conflictos como indeseables, como amenazas, y no como procesos naturales y aportadores a la vida familiar; se niega la necesidad o posibilidad de discutir de manera constructiva para solucionar esos problemas. Por otra parte, la necesidad de la «obediencia» total de los hijos refleja el poder asignado al adulto —y especialmente a los padres sobre los hijos/as—, y la presencia activa de criterios de educación patriarcal, autoritaria, en nuestra población. Ambas ideas constituyen elementos favorecedores de la expresión de conductas violentas.

Las representaciones individuales de la educación infantil reflejan concepciones patriarcales y métodos autoritarios en la socialización de los/as menores; la mayoría de los sujetos encuestados parte de una concepción biologicista de la personalidad, y asigna a la herencia un papel primordial en la determinación de las conductas adultas. Una cuarta parte prioriza y cree necesarios el uso del castigo y del regaño como formas de sanción. Son contados los sujetos que parecen practicar formas persuasivas o positivas de educación aunque algunos más las declaren como necesarias, en teoría. Esta «defensa» de la educación autoritaria se acentúa en aquellos que viven una comprobada situación de violencia física en su pareja, sobre todo entre los hombres. Enfocar el poder adulto en la educación infantil basándose en formas autoritarias y patriarcales de poder, solo contribuye a legitimar formas violentas de interacción con los niños/as, y a negarles sus derechos en las relaciones paterno-filiales. Estas representaciones educativas seguramente rigen, en gran medida, las concepciones de socialización de todas las figuras familiares, con independencia de edades o sexos; es imposible creer que se aprende mediante métodos coercitivos y la imposición de criterios —normas,

valores, decisiones, etc.— desde «la fuerza» o el poder asumido, y no aplicarlas en la cotidianidad relacional.

Las representaciones individuales que mitifican estereotipos de la violencia familiar solo se observan entre la cuarta parte y la mitad de los sujetos estudiados, pero todos aceptan, al menos, uno de los mitos valorados en el estudio. Los que se golpean en la pareja asienten más a todas estas concepciones erradas, exceptuando la que afirma que la mayoría de los actos violentos son cometidos por extraños. El vínculo entre las concepciones subjetivas que regulan la personalidad y sus manifestaciones conductuales se ratifica entre los sujetos de prácticas de maltratos; unas y otras se refuerzan o legitiman recíprocamente.

Desde el género se priorizan valores que indican la interiorización del poder asignado a la figura masculina y, desde las mujeres, numerosos testimonios que caracterizan la dependencia femenina en la relación. Los ideales predominantes en una buena cantidad de sujetos están centrados —o coquetean— con una concepción patriarcal de la familia y por tanto, sexista de la relación.

Circularidad

Lo que hemos decidido denominar la circularidad de la violencia se explica a través de tres ejes de análisis: la transmisión intergeneracional de modos de comportamientos cargados de expresiones de violencia; la alternancia de los roles de víctima y victimario en las mismas personas a través del funcionamiento del grupo familiar; y el vínculo entre el funcionamiento familiar en situación de violencia y la violencia social. En los tres ejes se aprecia una relación dialéctica, una interconexión, a través de la cual se retroalimentan y activan elementos mutuamente condicionantes, que en última instancia explican la trama en la cadena de producción de la violencia intrafamiliar.

La educación de los sujetos analizados se basó, evidentemente, en concepciones autoritarias de poder paterno y materno, y en el uso de métodos de sanción que no parecen sustancialmente diferentes a las concepciones y procedimientos utilizados hoy por los padres. No obstante, existen matices de cierta deconstrucción de esos patrones de poder desde la educación, y no podrían aceptarse determinaciones lineales en cuanto a la presencia de la VIF, como fenómeno en el que se producen múltiples influencias. Lo que sí puede asegurarse es la presencia de patrones de comportamientos violentos en el antes y en el ahora de las familias. Otros factores matizan su expresión, entre ellos los recursos personalógicos, las redes de apoyo, el nivel de instrucción, las características relacionales que se instauran en el grupo y las transformaciones en la subjetividad social a partir de la

experiencia. No obstante, la mayoría de los sujetos sufrió golpes como forma de castigo y violencia verbal. La legitimización de su necesidad en la socialización infantil, propia de una educación patriarcal, impide su valoración como forma de violencia familiar por los sujetos. Igualmente se reproducen formas violentas en las relaciones de pareja, entre hermanos y otros miembros de la familia.

Aunque fue un supuesto hipotético de origen encontrar un punto de partida en la evolución familiar que desencadenara la escalada de violencia, no es posible determinar un momento que marque el viraje de las relaciones interpersonales. Lo encontrado apunta a la expresión de formas de violencia en el pasado y en el presente, en algunos casos con la reproducción exacta de valores y prácticas relacionales violentas.

A pesar de encontrar mayor intensidad y frecuencia de la violencia sobre determinadas figuras familiares (mujeres, niños y ancianas), todos los miembros de las familias estudiadas, con mayor o menor intensidad y frecuencia, desempeñan roles de víctimas y/o victimarios. El eje que determina las oscilaciones de esta circularidad de la violencia radica en el ejercicio del poder en distintas esferas de la vida familiar. En dependencia de las cuotas de poder, y la forma en la que este se ejerce (en un abanico que va desde el autoritarismo hasta la democracia), existen figuras más o menos débiles que necesitan protección. Es imposible la determinación absoluta de personas totalmente víctimas o totalmente victimarias, aunque se apunten tendencias de frecuencia mayor en algunas figuras. Se produce un condicionamiento mutuo en el que se practica y/o recibe violencia. Sin dejar de tener en cuenta las dimensiones y la intensidad de esta, y su constitución en delito allí donde se violan derechos constitucionales, resulta inevitable asumir, desde el enfrentamiento y la prevención, al grupo familiar como unidad de análisis, y ello es imprescindible para el tratamiento individual de la víctima o el agresor, el diseño de programas de prevención, la sensibilización a través de medios masivos de comunicación o cualquier acción que se emprenda.

El último eje de la circularidad conecta violencia social y violencia intrafamiliar. Aunque las leyes constitucionales, Código de Familia, Código Penal y discurso oficial no solo no promuevan, sino que rechacen abiertamente cualquier manifestación de violencia intrafamiliar, la sociedad en su conjunto es generadora de conductas violentas. La transmisión de patrones de comportamiento basados en la cultura patriarcal en su efecto multiplicador, la ineficiencia o inexistencia de redes de apoyo (formal e informal) y servicios familiares, la existencia de familias conviviendo

en condiciones de desventaja social, son algunos de los elementos favorecedores de la trasmisión de la VIF.

Por otra parte, la familia nutre la actividad delictiva de la sociedad a través de su socialización, en la que se mezcla la trasmisión de afectos con la de un amplio repertorio de formas violentas que llegan a la violencia grupal, como antecedente de lo que pudiera constituirse en crimen organizado. La propia existencia de familias con estas características se convierte en «modelo» social, susceptible de ejercer influencias sobre otras.

Invisibilidad

Aun cuando pueda parecer que todo el conjunto de manifestaciones de violencia intrafamiliar expuestas en estas páginas es excesivo, constituye solo la punta del iceberg. La literatura especializada infiere que la VIF que aflora al mundo público es solo una pequeña parte (aproximadamente 10%) de la realmente existente en una sociedad. A este fenómeno contribuyen por lo menos tres elementos claramente identificables:

- La VIF provoca en las víctimas sentimientos de vergüenza, pena y minusvalía, por lo que tratan de ocultar eventos lacerantes provenientes de personas que deberían ofrecer cariño, apoyo y amor. Existe la concepción de que los asuntos familiares, y en mayor medida los eventos de VIF, corresponden al mundo privado de las familias. A esta concepción responde el refrán «los trapos sucios se lavan en casa». Los asuntos de familia se perciben como privados y sin intervención de otros, aún cuando se violen derechos elementales de los seres humanos.
- Existe en la sociedad cubana, con amplia extensión, una cultura de la no denuncia en relación con la VIF. Son pocos los casos que llegan al mundo público y aún en menor medida a los tribunales. Pareciera que se perciben más efectos negativos con la denuncia que con el sostenimiento en el tiempo de conductas violentas en la familia.
- A través de diferentes generaciones se ha legitimado un proceso de naturalización de la violencia intrafamiliar. Se legitima la violencia desde concepciones erradas de la educación o socialización familiar, sobre qué es violencia y qué exige la familia como espacio de refugio y de protección para sus miembros. Las desigualdades de poder —real o simbólico—, las relaciones que privilegian a unos y discriminan a otros, las concepciones rígidas que imponen límites, derechos, deberes, espacios y normas al resto, producen realidades violentas que pueden ser aceptadas o no por los miembros de la familia, pero que siempre crean conflictos relacionales e insatisfacciones individuales.

La legitimidad —y por tanto la invisibilidad— que se otorga, en general, a formas de interrelación violentas, contribuye a la falta de concientización de la problemática, lo cual le confiere la más alta complejidad metodológica a su estudio, prevención y tratamiento. Abordar procesos no visibles implica el mayor freno a su enfrentamiento. El primer paso en toda transformación social radica en el reconocimiento del problema, si esto no funciona, no es posible andar el camino de la búsqueda de soluciones. Esta característica, a nuestro juicio, ha incidido también en la poca atención al asunto desde distintas aristas sociales, incluida la académica.

En alguna medida las propias características de la VIF, anteriormente mencionadas, han condicionado la existencia de brechas en las formas de abordarla, ya sea desde la investigación, atención, tratamiento o prevención social. Las investigaciones realizadas en los últimos años sobre esta temática presentan limitaciones cualitativas, ya sea porque carecen de un fundamento conceptual adecuado; porque los análisis se realizan tomando en cuenta a miembros aislados de las familias y no a estas como un todo; a que los enfoques son de corte mayormente descriptivo y no profundizan en los factores determinantes de ese tipo de violencia; a que se enfatiza más en el diagnóstico que en la transformación de la realidad; a que se utilizan concepciones y procedimientos metodológicos inadecuados para recopilar la información; a que se trabaja con muestras no representativas; etc. En cuanto a los datos estadísticos, resulta evidente que los disponibles hasta el momento son totalmente insuficientes, tanto desde el punto de vista de su cobertura como de su contenido.

Otras limitaciones de los estudios sobre la violencia intrafamiliar realizados hasta ahora en Cuba, consisten en que no han tenido un carácter transdisciplinario, ni siquiera multidisciplinario o interdisciplinario, y que aún no han abordado varias temáticas importantes, como la evolución histórica o la caracterización antropológica de ese fenómeno en nuestro país; la evaluación de sus costos (económicos, sanitarios, laborales, etc.), o su posible vinculación con las creencias religiosas, o las discapacidades físicas o psíquicas de miembros de los grupos familiares en cuestión, por solo considerar algunas posibles variables. También se aprecia la carencia, o el déficit, de estudios comparativos entre diferentes territorios del país, así como de la realidad cubana con la de otras naciones. Son casi inexistentes, de igual manera, los estudios referidos a poblaciones rurales, y muy pocos los relativos a la violencia intrafamiliar ejercida sobre los ancianos, y la de carácter autoinfligido, en este último caso a pesar de que nuestro país presenta una elevada tasa de suicidios, en especial

La democratización de la sociedad, la aceptación de la diversidad, la práctica de la tolerancia, el desarrollo cultural en sentido amplio, constituyen elementos básicos para disminuir la incidencia de la violencia intrafamiliar.

entre la población femenina. Queda aún mucho por analizar, asimismo, acerca de las interrelaciones y los condicionamientos mutuos entre la violencia intrafamiliar y la social, en sus distintas expresiones: macrosocial, en la comunidad, en la escuela, etcétera.

Muchas de las investigaciones se han llevado a cabo hasta el momento como parte de Trabajos de Diploma universitarios, lo que denota un interés más bien académico que institucional sobre esta temática. La inmensa mayoría de ellas, en especial las de corte sociológico, psicológico o jurídico, ha sido desarrollada por mujeres, lo que reafirma a su vez que la temática de la violencia intrafamiliar sigue siendo, hasta ahora, de interés mayormente femenino.

Una limitación observada en las investigaciones sobre la violencia hacia los menores reside en que, por lo general, en ellas no se realizan diferenciaciones de acuerdo con el género y los grupos de edades del universo estudiado, y que no se profundiza lo suficiente en las causas, realidades y tratamiento de la victimización infantil.

Es un hecho la falta de consenso en los especialistas que trabajan el tema en cuanto a concepciones y formas de tratamiento; al tiempo que se identifica, por los propios expertos y como resultado de las entrevistas realizadas, la poca preparación en los profesionales que deben asumir el reto, tanto en la atención primaria en las comunidades como en niveles más altos donde debe primar la especialización. Es imprescindible asumir responsablemente la formación y entrenamiento en la temática; nuestra exploración encontró no pocos criterios y concepciones erradas, que coinciden con algunas opiniones de la población. Están ausentes indicadores para identificar la violencia, falta registro de los casos que intentan o llegan a la luz pública, y seguimiento con una definición precisa de la ruta crítica para con los casos que se denuncian. También se advierte la falta de evaluación de experiencias en los acercamientos a la violencia en las familias.

Abordar la violencia intrafamiliar sin la perspectiva jurídica, resulta quedar muy lejos de la problemática y su enfrentamiento desde la práctica social. Asumir, revisar y transformar el procedimiento jurídico del tema no constituye el contenido de toda la política social que debe regir el tratamiento y la prevención, pero sí es inevitable concebirlo como una parte importante y de

gran relevancia social. Existe un camino recorrido por nuestra legislación en relación con los temas de la violencia intrafamiliar. Cuba es signataria de leyes y convenios internacionales importantes, que intentan regular o eliminar cualquier forma de discriminación o abuso. El tratamiento legal de la VIF responde a una política de protección y garantías, hecho que nos distingue del resto de América Latina. El Código Penal contempla delitos asociados a la VIF y sanciona, con severidad, muchos de ellos. Un ejemplo de ello es la aprobación de la Ley No. 87 que estipula como agravantes el grado de parentesco entre víctima y victimario. Por otra parte, se desarrollan esfuerzos en la adopción de medidas que impidan la revictimización infantil, para lo que existe un proyecto nacional interesado en la creación de condiciones y centros de atención.

Sin embargo, las condiciones necesarias para una solución más directa y sistémica del problema no están establecidas. En nuestra opinión, se requiere atender, con rapidez, vacíos jurídicos o necesidades de perfeccionamiento de la legislación cubana que, si bien no eliminarán la violencia, sí acompañarán a las familias en la resolución más oportuna, favorable y justa de sus conflictos.

No contamos con una legislación específica sobre violencia intrafamiliar que permita la visualización del tema y su tratamiento, incorporando elementos, ahora ausentes, relativos al enfoque de género desde la letra de lo legislado, y la prohibición explícita del maltrato infantil, por ejemplo. Entre otras limitantes fundamentales se encuentra la ausencia de respuesta legal para tratar VIF de carácter psicológico; insuficiente desarrollo para el manejo y solución de conflictos familiares mediante vías alternativas, así como espacios de concertación.

La investigación reporta la ausencia de tratamiento especializado a víctimas y medidas que regulen su protección, así como la rehabilitación de los agresores. En este sentido se detecta la falta de esclarecimiento en los procedimientos judiciales a partir de una denuncia por actos de violencia intrafamiliar convertidos en delitos. Por otra parte, el consenso de los expertos refiere la necesidad de concluir el proceso de elaboración de modificaciones al Código de Familia, que se ha iniciado hace más de tres lustros y que puede

dar una respuesta jurídica adecuada a las necesidades de la familia cubana de hoy. No existe una articulación adecuada de los instrumentos jurídicos, que tributan hacia la familia como sistema, lo cual es de vital importancia para el desarrollo de acciones de prevención.

No contamos con un registro de estadísticas sobre el tema y la falta de preparación del personal relacionado con la legislación desde la base —en las estaciones de la PNR, receptoras de las denuncias—, hasta los niveles más elevados, constituyen aspectos que obstaculizan los esfuerzos que puedan emprenderse desde otras áreas y sectores dirigidos al trabajo preventivo.

Despejando el camino

En el caso de Cuba, existe un conjunto de condiciones macrosociales que favorecen el enfrentamiento a la problemática de la violencia intrafamiliar y tienden a disminuir su incidencia al convertirse en *elementos protectores*, algunos de ellos son:

- Institucionales:

Legislaciones para protección a los ciudadanos; creación y trabajo del Grupo Nacional de Atención, tratamiento y prevención de la VIF; instrumentación de medidas sociales para combatir la violencia contra menores; amplio conjunto de instituciones sociales y comunitarias, y de estructuras informales que pueden propiciar la solidaridad humana.

- Relacionados con factores socioeconómicos y culturales:

Creación de programas sociales priorizados de amplio beneficio popular; mínimos «modelos» de violencia intrafamiliar desde los medios masivos de difusión; impulso a los estudios sociales de la violencia social y de la VIF; alcance y desarrollo de los sistemas de educación y salud.

- Relacionados con la posición y situación social de la familia:

La familia garantiza la satisfacción de necesidades, y la atención a niños, ancianos y miembros vulnerables; importancia de la familia como «valor» y «refugio» para los miembros de todas las edades; ayuda mutua entre miembros de la familia y con parientes y vecinos; acceso universal a la educación, ausencia de analfabetismo, y nivel escolar medio en la población (fundamentalmente en los jóvenes); nivel de «deconstrucción» de roles tradicionales de género, con rechazo general a formas extremas de

«machismo»; avances femeninos en el país, producidos principalmente en los planos social, jurídico y laboral.

En sentido contrario, condiciones desfavorables para el enfrentamiento a la violencia intrafamiliar en nuestro país serían elementos de desprotección o *factores de riesgo*, por ejemplo:

- Institucionales:

Invisibilidad de la VIF en estadísticas sociodemográficas, médicas y jurídico-penales; falta de un sistema especializado de atención y tratamiento a víctimas y victimarios fuera de la violencia sexual o criminal; dificultades del trabajo preventivo: especialistas poco preparados, verticalidad, burocracia y centralidad en el delito; ausencia de una red de servicios a las familias, dirigidos a contribuir a la solución constructiva de los conflictos.

- Relacionados con factores socioeconómicos y culturales:

Insuficiente desarrollo económico que da lugar a carencias y a déficit material de diverso tipo que afectan a las familias; falta de correspondencia entre los niveles salariales prevalecientes en la actualidad y el costo de la vida; malas condiciones de vivienda; marginalidad y pobreza en algunos sectores poblacionales; estrategias familiares e ilegales centradas, mayoritariamente, en lo económico; incremento del delito, surgimiento de nuevas conductas delictivas y expansión de fenómenos negativos, como el alcoholismo; relaciones de género asimétricas con fuertes rezagos de una ideología machista, y desigualdades de género en el ámbito doméstico que tienden al incremento de la violencia hacia la mujer.

- Relacionados con la posición y situación social de la familia:

Inmediatez en la elaboración de planes de vida familiares; hiperbolización de la función económica en detrimento de otras funciones familiares; relaciones «de poder» desde el género, las generaciones, el aporte económico a la familia, la propiedad de la vivienda, etc.; falta de espacios físicos y psicológicos para parejas jóvenes; desconocimiento de formas positivas de educación a niños/as y adolescentes.

La violencia intrafamiliar tiene elevados costos humanos, sociales, éticos, económicos, sanitarios y laborales, y se relaciona con otros variados fenómenos negativos, como la criminalidad, el ausentismo laboral

y la transmisión de patrones de comportamiento, que suelen ser muy difíciles de modificar, aun con un trabajo preventivo continuado durante años.

La democratización de la sociedad, la aceptación de la diversidad, la práctica de la tolerancia, el desarrollo cultural en sentido amplio, constituyen elementos básicos para disminuir la incidencia de la violencia intrafamiliar. «El respeto al derecho ajeno es la paz», no solo es válido para los países y naciones, sino también para los individuos y las familias. Esta es la base indispensable sobre la que la sociedad, en su conjunto, puede fortalecerse y crecer, en términos de participación, derechos y democracia efectivos.

Notas

1. Una descripción y explicación detallada del estudio, en su integridad, puede encontrarse en Alberta Durán *et al.*, «Convivir en familias sin violencia. Una metodología para la intervención y prevención de la violencia intrafamiliar», Informe de investigación, CIPS, La Habana, 2003 y Mareelén Díaz *et al.*, «Violencia intrafamiliar en Cuba. Aproximación a su caracterización y recomendaciones a la política social», Informe de investigación, Fondos del CIPS, La Habana, mayo de 2006.

2. Marta Torres Falcón, *La violencia en casa*, Paidós, México, DF, p. 20.

3. Graciela Peyrú y Jorge Corsi, comps., *Violencias sociales. Estudios sobre violencia*, Ariel-Grupo Planeta, Barcelona-Buenos Aires, 2003.

4. Esta definición toma como referente el concepto operativo de familia que hemos utilizado en investigaciones previas: «Grupo integrado por dos o más personas, emparentadas entre sí hasta el cuarto grado de consanguinidad y segundo de afinidad, que conviven de forma habitual en una vivienda o parte de ella y tienen un presupuesto común». Mareelén Díaz *et al.*, «Familia y cambios socioeconómicos a las puertas del nuevo milenio», Informe de investigación, Fondos del CIPS, La Habana, 2000.

5. Los efectos directos son aquellos que se producen de forma intencional sobre la persona que se concibe, por parte del agresor,

como principal receptora de la violencia; por ejemplo: en una situación de violencia física el sujeto golpeado recibe los efectos directos en su cuerpo. La violencia indirecta afecta a aquellas personas que actúan como espectadores de la violencia inflingida a otros. Siguiendo el ejemplo anterior, se refiere a los sujetos que perciben la escena de golpes que se les propina a otros, sin intervenir.

6. Alberta Durán *et al.*, ob. cit.

7. Es necesario asumir el estudio de la VIF desde una perspectiva multidisciplinar, que haga posible la lectura de este proceso desde su complejidad y multidimensionalidad. Este enfoque se aleja de cualquier intento de explicar la VIF, a partir de determinismos reduccionistas o causas únicas, generalizables a todo sistema social y en cualquier momento histórico. Esta posición alejaría el análisis de la violencia social y en particular de la VIF, de las divisiones tradicionales establecidas, inicialmente, entre biologicistas y ambientalistas, modelos psicológicos y sociológicos y, de manera más reciente, en los modelos teóricos sobre la violencia en las familias (individual, familiar y sociocultural).

8. Alberta Durán *et al.*, ob. cit.

9. Ídem.

10. Marta Torres Falcón, ob. cit.

11. Alberta Durán *et al.*, ob. cit.

12. La muestra quedó conformada por sujetos pertenecientes fundamentalmente a Ciudad de La Habana, pero también de Santiago de Cuba, Matanzas y Villa Clara. En total participaron 564 personas, de ellas 366 mujeres (64,9%) y 198 hombres (35,1%); 58,8% alcanzó el nivel escolar correspondiente a preuniversitario o técnico medio; 69,9% tiene edades entre 18 y 44 años; según el color de la piel, 65,4% son blancos, 13,7% negros y 19,8%, mestizos; 50,5% convive en familias extensas y 45%, en familias nucleares; 49,8% pertenece a la capa de trabajadores intelectuales, 8,9%, obreros, 7,1%, amas de casa, 9,45%, jubilados, 11,7%, estudiantes y 0,2%, cuentapropistas.

© TEMAS, 2008

Violencia contra la mujer: nuevas perspectivas de tutela

Juan Carlos Vegas

Jurista. Universidad de Valencia, España.

La violencia de género es un problema global que afecta a todas las sociedades. Durante muchos años se ha considerado un asunto único y exclusivo del ámbito privado de la pareja, por lo que el Estado no se podía inmiscuir. Paulatinamente, este pensamiento ha ido cambiando hasta el punto de considerar la violencia contra las mujeres como un grave atentado a los derechos humanos, que afecta valores fundamentales como la igualdad, la salud, la dignidad, etc. Por este motivo, desde distintas organizaciones internacionales se está haciendo un gran esfuerzo para estimular la lucha contra esta lacra social.

En 1981 se celebró en Bogotá el Primer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, donde, entre otros acuerdos, se decidió celebrar el 25 de noviembre el día de lucha contra la violencia hacia las mujeres, convirtiendo esta fecha en un espacio de denuncia y reflexión contra las diferentes manifestaciones que adopta la violencia. Años después, en la Conferencia Internacional de la Mujer, organizada en 1987 en la República Federal de Alemania, se acuerda declarar ese día como «Día Internacional contra la Violencia hacia las Mujeres», y la ONU, le da carácter oficial en 1999.

Además, se han creado diversos organismos internacionales dedicados a la lucha contra la violencia a las mujeres. En el seno de la ONU radica —dentro del Consejo Económico y Social— la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer, órgano encargado exclusivamente de promover la igualdad de género y el avance de las mujeres. Ha sido la impulsora de las seis Conferencias Internacionales sobre la Mujer celebradas hasta el momento: México (1975), Copenhague (1980), Nairobi (1985), Beijing (1995), y Nueva York (2000 y 2005).

La Organización de Estados Americanos (OEA) ha creado la Comisión Interamericana de Mujeres (CIM). Se trata de un organismo especializado dentro de esta organización, cuya labor es ser el principal foro generador de políticas hemisféricas para la promoción de los derechos de la mujer y la igualdad de género. Establecida en 1928, durante la Sexta Conferencia Internacional Americana, celebrada en La Habana, la CIM fue el primer órgano intergubernamental creado expresamente con el propósito de asegurar el reconocimiento de los derechos civiles y políticos de la mujer. Como tal, ha desempeñado un papel

preponderante para estimular la participación de esta como parte legítima e indispensable de la gobernabilidad y la formación del consenso internacional.

Dentro de la Unión Europea, el Comité Económico y Social Europeo es el organismo encargado de gestar políticas de igualdad de género, y, entre otras muchas medidas, ha elaborado un Plan de Trabajo para la Igualdad entre las Mujeres y los Hombres, 2006-2010.

Inmersos en este contexto, el Gobierno Español aprobó en el año 2004, por unanimidad del Parlamento, la Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, sobre Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género. Desde entonces, se han llevado a cabo muchos de los mandatos que en ella se preceptúan, como la creación de los Juzgados de violencia sobre la mujer, el nombramiento de fiscales especializados, la redacción de diferentes protocolos de actuación en esta materia,¹ la creación, en los diferentes colegios profesionales de abogados, de un turno de oficio específico para la asistencia letrada tanto a la víctima como al presunto autor, y la modificación de gran parte de la legislación vigente.²

A pesar de esto no se ha conseguido frenar la violencia sobre las mujeres, como demuestran los datos ofrecidos por el Observatorio contra la violencia doméstica y de género, dependiente del Consejo general del Poder judicial y por el Centro Reina Sofía para el estudio sobre la violencia. Según estadísticas de este último, de los años 2002 a 2006, que abarcan períodos anteriores y posteriores a la entrada en vigor de la Ley citada, en España, el número de mujeres asesinadas por sus parejas ha sido de 52 en el año 2002, 70 en 2003, 69 en 2004, 61 en 2005 y 69 en 2006.³ Así lo corroboran también los datos del Observatorio contra la violencia doméstica y de género, que revelan las siguientes cifras de muertes violentas entre 2001 y 2005:⁴

- 77 en 2001, de las cuales 54 fueron mujeres y 23 hombres.
- 68 en 2002, 51 mujeres y 17 hombres.
- 103 en 2003, 81 mujeres y 22 hombres.
- 100 en 2004, 84 mujeres y 16 hombres.
- 90 en 2005, 67 mujeres y 23 hombres.

En 2006 (primer año completo con la Ley Orgánica 1/2004 en vigor) los datos tampoco fueron positivos. Según el «Informe sobre muertes por violencia doméstica y de género en ámbito de pareja y ex pareja» hubo 88 casos de muertes por violencia doméstica y de género y 91 víctimas —de ellas 77 mujeres y 14 hombres—, pues en tres de los casos examinados se produjo la muerte de más de una persona.⁵ En 2007 las cifras no son nada alentadoras. Hasta el 19 de octubre hubo 60 mujeres muertas por parte de su pareja o ex pareja. A la luz de estos datos debemos plantearnos el nivel de eficacia que pueda estar teniendo esta ley,

e incluso averiguar las razones endógenas o exógenas a las que puede deberse esta aparente ineficacia.

No quiero centrarme solo en el número de mujeres muertas por sus compañeros sentimentales, que, aunque los más llamativos, no son los únicos que demuestran que aún queda un largo camino por recorrer para alcanzar el éxito en la lucha contra el terrorismo de género. Según los datos de los procedimientos penales y civiles, y órdenes de protección solicitadas en los Juzgados de violencia sobre la mujer, en el año 2006 se registraron 158 883 asuntos penales.⁶ En el primer trimestre de 2007 los asuntos ingresados en estos juzgados son 41 267, lo que supone un aumento con respecto al primer trimestre de 2006, que fue de 32 491 y 26% con respecto al total de los asuntos penales conocidos por los Juzgados de violencia sobre la mujer en el año anterior.⁷ Con esto se demuestra que si bien la tutela penal prevista por la Ley funciona a marchas forzadas, los aspectos preventivos que regula en su Título I (Medidas de sensibilización, prevención y detección) no están teniendo el éxito que cabría esperar.

Se habla, además, del posible «efecto llamada», respecto a otros homicidios, debido al tratamiento informativo que los medios de comunicación dan a este tipo de noticias. La Dirección general de asistencia jurídica a víctimas de violencia, dependiente de la Consejería de Justicia y Administración pública, de la Junta de Andalucía, ha realizado un estudio del que se desprende una tendencia a la agrupación de los casos de muertes por violencia machista en determinados momentos. Los datos de este estudio revelan que en 2006 murieron 68 mujeres a manos de su pareja o ex pareja, de ellas 26 (38%) lo hicieron el mismo día o un día después de que se difundiera un asesinato con estas características y 42 (62%) de los casos se produjeron dentro de los tres primeros días tras la difusión de la noticia de un asesinato similar.⁸

En conclusión, estas cifras nos han de hacer recapacitar y plantearnos la necesidad de fomentar un debate entre los medios de comunicación para que en la difusión de estas noticias se respete el artículo 14 de la Ley, que expresa:

Los medios de comunicación fomentarán la protección y salvaguarda de la igualdad entre hombre y mujer, evitando toda discriminación entre ellos.

La difusión de informaciones relativas a la violencia sobre la mujer garantizará, con la correspondiente objetividad informativa, la defensa de los derechos humanos, la libertad y dignidad de las mujeres víctimas de violencia y de sus hijos. En particular, se tendrá especial cuidado en el tratamiento gráfico de las informaciones.

Otro de los frentes abiertos en este tema es el relacionado con el ámbito educativo, al que la Ley le dedica los artículos 4 al 9. Me refiero a la controversia existente entre el Gobierno español y distintas

instituciones sobre la conveniencia o no de impartir una asignatura que eduque en el respeto a los derechos y libertades fundamentales, en la igualdad entre hombre y mujeres, así como fomente el ejercicio de la tolerancia y la libertad dentro de los principios democráticos de convivencia. En tal sentido, opciones como la propuesta desde el Gobierno y otros grupos parlamentarios, relativa a que se imparta en los colegios la asignatura *Educación para la ciudadanía*, no es vista con buenos ojos por la Conferencia Episcopal española y diversas Asociaciones de padres y madres de alumnos, por entender que estaría encaminada a «adoctrinar» a los alumnos en un determinado signo político y no a conseguir los objetivos anteriormente descritos. Por este motivo la Conferencia Episcopal ha hecho varios llamamientos a la objeción de conciencia para no impartir esta materia en los colegios religiosos. Nada más lejos de la realidad que enfrentamos.

Como ejemplo de tal debate podemos citar el artículo «Los obispos reprenden a los colegios católicos por la asignatura de Ciudadanía», aparecido en *El País*, el 28 de septiembre de 2007,⁹ donde un portavoz de la Conferencia Episcopal se opone a que tal asignatura se imparta en centros educativos católicos, y afirma que: «El Estado, las Cortes y el Gobierno, por democráticos que sean, no pueden inmiscuirse en la educación de las conciencias». Sobre el mismo tema, pero dos días más tarde, el diario *El Mundo* publica un artículo con el siguiente titular: «Los colegios católicos no objetarán contra la materia de Ciudadanía», en el que se afirma que a pesar de la cruzada episcopal contra esta asignatura, los colegios católicos la van a impartir por imperativo legal.¹⁰

Novedades introducidas por la Ley española contra la violencia de género

La Ley Orgánica 1/2004, permite abordar de forma integral el grave problema de la violencia doméstica y de género. Es una norma pionera entre los Estados europeos, pues países como Francia o Alemania, por citar un ejemplo, no poseen en su ordenamiento jurídico una ley especial de estas características, que abarque el problema en su conjunto, sino que han optado por incluir, dentro de su normativa general, cada aspecto diferenciado, sin crear una norma especial para regularlo.¹¹

Al considerar las estadísticas y corroborar que los actos intimidatorios y violentos se producen porcentualmente con mucha mayor frecuencia en situaciones de crisis no declaradas judicialmente, el sistema alemán optó por diseñar, frente a los supuestos de conflictos de pareja que se encuentran bajo custodia judicial (incoación de procesos de separación y divorcio), un plan preventivo, a cargo de Tribunales civiles

(GewSchG). Ante la primera sospecha de violencia, incluso leve, se provoca la separación inmediata y forzosa de los convivientes durante veinticuatro horas, con la obligación de personarse en los Tribunales de familia, a fin de lograr un carácter intimidatorio para el agresor y persuasivo para la víctima, con una prefase mediadora, destinada no a arreglar el matrimonio o convivencia, sino a informar de los evidentes riesgos de continuar la relación. Otra de las claves de estas legislaciones europeas radica en el hecho de imponer al presunto agresor o agresora, desde el primer momento, medidas de asistencia social y reeducativas para, a continuación, comenzar, voluntariamente, un proceso de disolución del vínculo civil. Con ello se logra que no perdure una convivencia no pacífica, y un control judicial inmediato de esta situación de crisis, que intenta evitar efectos criminosos.¹²

Por el contrario, el sistema legislativo español ha optado por poner en el centro de la Ley una suerte de criminalización de la crisis de la pareja, interviniendo con medidas sociales solo cuando la mujer ya ha obtenido el estatus de víctima. Esta tramitación civil, se observa también, aunque con distintos matices, en los ordenamientos jurídicos de Puerto Rico, Argentina, Honduras, California e Irlanda.¹³

El sistema español da la opción a los operadores jurídicos de contar con un solo instrumento para luchar contra esta violencia, sin tener que ir deambulando por las diferentes normativas aplicables a cada asunto concreto, lo que supone la potenciación del principio de seguridad jurídica.

En segundo lugar, esta Ley hace lo que otras leyes procesales en nuestro ordenamiento olvidan: centrar la mayoría de sus artículos en la protección de la víctima, lo que se comprueba fácilmente con una simple lectura del articulado de la Ley.

Otra novedad de la norma en estudio es que ha de servir para que la sociedad se sensibilice y elimine la idea de que la violencia doméstica o la de género es un problema privado, o de la pareja. Uno de los objetivos de la Ley de medidas de protección integral contra la violencia de género es acabar con esta mentalidad y concienciar a la sociedad de que estamos ante un problema público. En la «Exposición de motivos» de la Ley se puede leer: «Ya no es un delito invisible, sino que produce un rechazo colectivo y una evidente alarma social».¹⁴

Desde el punto de vista procesal hay que destacar la aparición de los Juzgados de violencia sobre la mujer y del Fiscal contra la violencia sobre la mujer. Los primeros han sido creados por el artículo 43 de la Ley Orgánica 1/2004. El artículo 44 es el que otorga una serie de competencias, tanto civiles como penales, siempre y cuando se cumplan determinadas condiciones, establecidas en el propio artículo. En el orden penal se conocerá de la instrucción de una serie de delitos,¹⁵

cuando la víctima sea una de las personas establecidas en el propio artículo.¹⁶ Podrán adoptar también las correspondientes órdenes de protección a las víctimas, y enjuiciarán las faltas previstas en nuestro ordenamiento jurídico.¹⁷

En el orden civil, tienen asignadas competencias en los siguientes asuntos:

- Filiación, maternidad y paternidad.
- Nulidad del matrimonio, separación y divorcio.
- Relaciones paterno-filiales.
- Adopción o modificación de medidas de trascendencia familiar.
- Guarda y custodia de hijos e hijas menores, o sobre alimentos reclamados por un progenitor contra el otro, en nombre de los hijos e hijas menores.
- Necesidad de asentimiento en la adopción.
- Oposición a las resoluciones administrativas en materia de protección de menores.

Dicha competencia civil actúa de forma exclusiva y excluyente cuando ocurran de forma simultánea estas premisas:

- Que sea un proceso civil que tenga como objeto alguna materia de las anteriormente expuestas.
- Que alguna de las partes en este sea víctima, o imputado como autor, inductor o cooperador necesario, en actos de violencia de género.
- Que se hayan iniciado ante el Juez de violencia sobre la mujer actuaciones penales por delito o falta a consecuencia de un acto de violencia sobre la mujer, o se haya adoptado una orden de protección a una víctima de violencia de género.

Entiendo que la decisión adoptada por el legislativo español es razonable, dado que la especialización de los órganos judiciales en este tema, permite una mejor preparación de estos y una tutela judicial más coherente con un Estado de Derecho, en donde se garantice la mayor efectividad posible de esta. La unificación de la materia civil y penal facilita el trabajo de los jueces a la hora de instruir y fallar sobre el asunto en curso, porque, al tener toda la información relativa a la pareja (habitualidad en los malos tratos o no, hijos, domicilio, trabajo, familiares, etc.), pueden dictar resoluciones más justas. Por otra parte, el hecho de no tener que transitar por diferentes órganos judiciales, y resolver su situación familiar en uno solo, resulta beneficioso para la víctima.

La figura del Fiscal contra la violencia sobre la mujer también se crea mediante la Ley Orgánica 1/2004.¹⁸ Su labor está destinada a practicar las diligencias referidas en el artículo 5 del Estatuto Orgánico del Ministerio Fiscal, e intervenir directamente en aquellos procesos penales de especial trascendencia, apreciados por el Fiscal General

del Estado, y referentes a los delitos por actos de violencia de género comprendidos en el artículo 87 de la Ley Orgánica del Poder Judicial. La especialización de los fiscales en esta materia es un paso lógico, una vez creados los Juzgados igualmente especializados, lo que se concreta con el trabajo diario en este tipo de infracciones penales, y los procesos civiles que de ellos se derivan.¹⁹

La última novedad que destacar es la orden de protección para la víctima de malos tratos, a cuyo análisis le dedico un apartado exclusivo en el presente artículo.

Algunas dificultades prácticas ante la aplicación de la Ley Orgánica

La principal dificultad, a la hora de aplicar la Ley Orgánica 1/2004, es la insuficiencia de recursos destinados por el Estado español a luchar contra esta lacra social. Un informe de Amnistía Internacional concluye que: «algunos aspectos esenciales previstos por la Ley Integral están aún por desarrollar o se están poniendo en práctica con demasiada lentitud y algunos derechos de las mujeres frente a la violencia de género siguen estando solamente en el papel y no en la realidad».²⁰

Una deficiencia de la Ley es la obligación que el artículo 57.2 del Código Penal español impone al Juez de dictar orden de alejamiento cada vez que hay un episodio de malos tratos. El agresor no podrá acercarse a la víctima sino a una determinada distancia, por un tiempo establecido. En este sentido, la Presidenta del Observatorio de Violencia Doméstica y de Género, propuso que la medida de alejamiento se impusiera solo en los casos que impliquen riesgo para la víctima y atendiendo a la gravedad del delito.²¹ La intención de esta modificación es terminar con la obligación, pero tasar los efectos. La presidenta de este organismo pidió, además, que se acabara con la dispensa que tiene la víctima de no declarar contra el maltratador, pues esta negativa provoca que muchos de los casos se deban sobreseer por falta de pruebas.²²

El Observatorio Estatal de Violencia Sobre la Mujer, dependiente del Consejo General del Poder Judicial, ha solicitado la elaboración de una Guía de buenas prácticas procesales en materia de violencia de género para su seguimiento por jueces, fiscales, forenses y el resto del personal de la Administración de Justicia y de operadores jurídicos, que sirva de mecanismo para clarificar y facilitar la aplicación de las diferentes medidas cautelares y de protección, así como para optimizar los recursos procesales en el ámbito de la tutela penal y judicial contra la violencia de género. Asimismo se trataría de introducir un especial deber de vigilancia —tanto por parte del Ministerio Fiscal como del Juez de instrucción y del juez o tribunal enjuiciador— para asegurar la libre

manifestación de la voluntad de la víctima cuando ejercite su facultad de no declarar, haciéndole saber los medios que se pueden poner a su disposición para protegerla y preservar su integridad.²³

Otra medida imprescindible es orientar una campaña especialmente enérgica en el seno de los colectivos de personas extranjeras, con la finalidad de informar sobre la posible imposición de graves sanciones penales. Se hace necesario, también, dirigirse a los colectivos de mujeres extranjeras para hacerles conocer las medidas de protección presentes en nuestra legislación sobre violencia de género. Debería formarse a los mediadores interculturales y estudiarse la posibilidad de introducir esta información en el ámbito de los expedientes de concesión de los permisos de residencia y trabajo, así como para la concesión de la tarjeta de identidad de extranjero y de visado.²⁴

Orden de protección de las víctimas

La orden de protección es un instrumento para la lucha contra la violencia de género.²⁵ Confiere a la víctima de malos tratos un Estatuto integral de protección,²⁶ que comprende medidas cautelares tanto de orden civil como penal, entre ellas:

- Detención (se puede producir por los agentes de policía antes de dictar la orden si consideran que hay indicios suficientes para llevarla a cabo).
- Prisión provisional.
- Orden de alejamiento.
- Salida obligatoria del domicilio, prohibición de vuelta al mismo, prohibición de acercamiento o comunicación a las víctimas.
- Medidas de naturaleza civil como la atribución de la vivienda familiar a la víctima, suspensión de la patria potestad, etc.
- Medidas sociales.

Tales medidas, si se aplican con eficacia y efectividad, pueden ayudar, en gran proporción, a atenuar el fenómeno de la violencia contra las mujeres, ya que se las dota de un Estatuto integral de protección que dificulta que el agresor vuelva a dañar a la víctima. En la «Exposición de motivos», que creó la orden de protección²⁷ se dice que se trata de «una acción coordinada que agrupe tanto las medidas cautelares penales sobre el agresor, esto es, aquellas orientadas a impedir la realización de nuevos actos violentos, como aquellas medidas protectoras de orden civil y social que eviten el desamparo de las víctimas de violencia doméstica y den respuesta a su situación de especial vulnerabilidad».²⁸

Mediación en casos de violencia doméstica o de género

La mediación es, *grosso modo*, una forma de solucionar los conflictos mediante la negociación de las partes ante un tercero imparcial, donde se intenta alcanzar un acuerdo o solución para su controversia, todo ello partiendo siempre de una situación de igualdad entre ellas, porque lo que se pretende es que las partes decidan libremente sobre el conflicto, sin coacciones de ningún tipo. La labor del mediador es comprobar que la igualdad efectivamente existe, y orientar a las partes, sin tomar partido por ninguna de ellas ni adoptar ninguna decisión.

Sobre esta materia envié la siguiente pregunta, vía e-mail, a la Asociación Madrileña de Mediadores: «El artículo 44.5 de la Ley Orgánica 1/2004 prohíbe la mediación en los delitos de violencia doméstica y de género. Quisiera saber su opinión al respecto y si sería positiva la mediación penal en estos casos y en qué circunstancias se podría dar». El vocal de Mediación penal de dicha asociación me contestó, muy amablemente:

Sin duda tocas uno de los temas más polémicos y que más debate sigue generando a los mediadores. Nuestra visión, desde esta vocalía, es la siguiente:

La mediación supone una forma alternativa de solución de conflictos en el que es importante que ambas partes estén en condiciones más o menos similares para poder negociar y tratar sus diferencias. En las relaciones de maltrato, por el contrario, la equidad necesaria está rota y lo que hay es una relación de poder, de desigualdad absoluta, con dos personas claramente afectadas psicológicamente. Eso lleva a la dificultad y en muchas ocasiones a la imposibilidad de que ese principio básico de la mediación pueda ser mantenido por más que el mediador trate de equilibrar con sus herramientas esa desigualdad. Por ello, no podemos aconsejar de manera genérica la mediación en estos casos. Bien es cierto que cada uno, tratado de manera individual, permitiría un mejor análisis de si en esa situación concreta podría ayudar la mediación o incluso todo lo contrario, perjudicar. [...] Puedo, de hecho, decirte que en casos de conflicto familiar donde hay violencia verbal y ha podido haber algún episodio muy puntual de violencia física, por ejemplo en denuncias de padres a hijos, se ha realizado mediación y el resultado ha sido positivo. Pero, insisto, solo en determinados casos y no propiamente en los que haya un maltrato evidente y grave.

Como se desprende de esta respuesta, la posición de estos profesionales está a favor de la mediación penal en los casos menos graves de violencia doméstica o de género. Pero la gran mayoría de los maltratos en el ámbito familiar o de pareja empiezan por episodios leves, que van degenerando por no haberse atajado a tiempo, por lo que si se trataran en su proceso embrionario, mediante la mediación, habría menos casos graves en los juzgados.

El error de la legislación está en tratar todos los casos de malos tratos de igual forma, sin considerar los matices que cada situación presenta sin tener en cuenta que no es lo mismo la violencia habitual en el seno de la pareja que un empujón o un zarandeo en un momento determinado de tensión. Estos últimos podrían intentar resolverse utilizando la mediación —siempre bajo la supervisión de la autoridad judicial competente—, y descargar al juez de esa responsabilidad. Además, en la práctica, al estar prohibida la mediación penal, pero no la policial, son los propios agentes encargados de este tipo de asuntos los que actúan de mediadores, pero esto tiene algunos inconvenientes, como que la mayoría de los agentes no están preparados para ejercer esta función, y se realizan a iniciativa de los policías o guardias civiles en cuestión, sin que haya normas que regulen tales actuaciones.

Consideraciones finales

De lo dicho anteriormente se pueden extraer varias conclusiones. Sin ánimo exhaustivo, voy a resaltar las que considero más importantes a la hora de combatir el terrorismo de género.²⁹ A la vista de los datos estadísticos señalados, podemos deducir que la solución al problema de la violencia contra la mujer no se puede centrar exclusivamente en la criminalización de cualquier acción en el ámbito familiar, pues podría tener como consecuencia el conocido efecto criminógeno o de llamada al delito, con el consecuente agravamiento del problema. Si se imponen penas parecidas tanto a los delitos leves como a los graves, al delincuente le dará igual qué delito cometer, privando al derecho penal de su efecto disuasorio y preventivo.

Pienso que para combatir esta lacra social sería más efectivo centrar los esfuerzos en la prevención, a fin de atacar su raíz y evitar que se reproduzca. El trabajo preventivo ha de comenzar en todos los niveles educativos y formativos del Estado, y entenderlo como la formación en el respeto de los derechos y libertades fundamentales y de la igualdad entre hombres y mujeres, así como el ejercicio de la tolerancia y de la libertad dentro de los principios democráticos de convivencia, eliminando los obstáculos que dificulten la plena igualdad entre hombres y mujeres. Para ello hay que realizar y aplicar políticas efectivas de igualdad, de solución de conflictos entre iguales y de tolerancia, entre otras. Esto permitirá que las jóvenes generaciones aprendan e interioricen comportamientos que eviten que los conflictos se solucionen mediante la fuerza, posibilitando así el diálogo entre las partes para alcanzar un acuerdo satisfactorio.

Para lograr que este tipo de delitos sea visto por la sociedad no como hechos privados insertos solo en el

ámbito de la pareja o la familia sino como delitos públicos que afectan al conjunto de la sociedad, se hace necesaria la difusión de las políticas anteriormente señaladas todos los sectores sociales. Para esto, las distintas administraciones encargadas de luchar contra la violencia sobre las mujeres pueden organizar conferencias y charlas impartidas por diferentes estudiosos y profesionales de este asunto, y dirigidas a asociaciones culturales, comunidades de vecinos, empresas y aquellos otros organismos e instituciones que permitan dar a conocer la problemática de la violencia de género, con el propósito de acercar el problema a todas las esferas sociales y eliminar el tabú que supone hablar abiertamente sobre este problema.

Se hace también necesario estudiar el tratamiento informativo a los hechos de violencia de género, en especial las noticias en las que se informa sobre la muerte de mujeres a manos de su pareja o ex pareja, con el fin de evitar el «efecto llamada» al que antes se hizo referencia. Muchas veces en los medios informativos se dan una serie de datos que no aportan nada a la noticia, y parece que lo que se persigue es llamar la atención al rodear la violencia de género de un halo de sensacionalismo. Con esto no estoy defendiendo que no se informe sobre estos hechos, sino que la información sea neutra y se prescinda de los detalles macabros o sensacionalistas.

Es necesario dotar a las mujeres maltratadas de mayores ayudas asistenciales para que no se vean obligadas a permanecer junto a su agresor, por miedo a no saber a dónde ir o por carecer de medios suficientes para subsistir. Estas ayudas pueden consistir en incentivos a las empresas para que contraten a mujeres víctimas de violencia de género, o lograr que estas mujeres se integren en el mercado laboral por cuenta propia. En este sentido, el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales de España ha elaborado un Programa específico de empleo para víctimas de violencia de género,³⁰ en el que se contemplan, entre otras medidas, incentivos económicos a las empresas que contraten a estas mujeres, compensación de salarios para el caso de que una víctima tenga que renunciar a su puesto de trabajo como consecuencia de los malos tratos y encuentre otro peor remunerado o ayudas económicas si deciden trabajar por cuenta propia.

Se ha de proporcionar asistencia profesional, tanto psicológica como psiquiátrica, a las víctimas y a los agresores, con el fin de que las primeras vengán las secuelas provocadas por los malos tratos y las agresiones, y que los segundos superen los problemas de agresividad que puedan tener, aprendan a respetar a las mujeres, a verlas como a un igual, y a utilizar el diálogo como medio de solución de conflictos.

La Constitución española de 1978 establece que las penas privativas de libertad y las medidas de seguridad

estarán orientadas hacia la reeducación y reinserción social,³¹ por lo que se han de realizar esfuerzos por parte de las Administraciones competentes, que consigan la total rehabilitación e inserción del agresor en la sociedad. Por ejemplo, se pueden activar medidas por parte de la administración local para que los agresores visiten o trabajen en las casas de acogida de mujeres maltratadas, con el objetivo de que observen *in situ* el estado en el que se encuentran tras sufrir la violencia sobre ellas. Soy consciente de que estas medidas no convencen a todos, pero pienso que, al igual que a un pirómano se le reeduca haciéndolo plantar árboles o apagar incendios, a los maltratadores se les puede insertar en la sociedad si ven el problema y las secuelas que la violencia de género provoca en las víctimas.

Notas

1. Entre otros, el Protocolo de actuación de las fuerzas y cuerpos de seguridad y de coordinación con los órganos judiciales para la protección de las víctimas de violencia doméstica y de género; y el Protocolo de colaboración y coordinación entre las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado y los cuerpos de Policía local para la protección de las víctimas de violencia doméstica y de género.
2. Código Penal, Ley Orgánica del poder judicial, Ley de enjuiciamiento criminal, Ley de enjuiciamiento civil, Ley de asistencia jurídica gratuita, Ley de medidas para la reforma de la función pública, Ley general de la seguridad social, etc.
3. Centro Reina Sofía para el Estudio sobre la Violencia, www.centroreinasofia.es.
4. Consejo General del Poder Judicial (CGPJ), Informe «Muertes violentas en el ámbito familiar. 2001-2005», www.poderjudicial.es (Observatorio contra la violencia doméstica).
5. CGPJ, Informe «Muertes violentas en el ámbito de violencia doméstica y de género en el ámbito de la pareja y ex pareja. 2006», www.poderjudicial.es.
6. En todos estos asuntos penales la víctima es mujer —salvo denuncias cruzadas— y el hecho delictivo ha sido cometido en el ámbito de la pareja o ex pareja. Datos referidos a los 27 Juzgados exclusivos de violencia sobre la mujer y a los 417 con competencias compartidas con otros asuntos.
7. CGPJ, «La violencia contra la mujer en estadística judicial. Primer trimestre de 2006», www.poderjudicial.es.
8. *El País*, 12 de julio de 2007.
9. *El País*, 29 de septiembre de 2007
10. Véase *El Mundo*, 30 de septiembre de 2007, www.elmundo.es/papel/2007/09/30/espana/2146930.html
11. Juan Luis Gómez Colomer, *Violencia de género y proceso*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2007.
12. Elena Martínez García, «La protección cautelar de la víctima en la nueva Ley Orgánica 1/2004», en Javier Boix Reig y Elena Martínez García, eds., *La nueva Ley contra la violencia de género (LO 1/2004, de 28 de diciembre)*, Iustel, Madrid, 2005, p. 382.

13. *Ibidem*, pp. 382-3.
14. «Exposición de motivos» de la Ley Orgánica 1/2004, apartado I, *in fine*.
15. Homicidio, aborto, lesiones, lesiones al feto, delitos contra la libertad, contra la integridad moral, contra la libertad e indemnidad sexuales o cualquier otro delito cometido con violencia o intimidación.
16. Esposa, o mujer que esté o haya estado ligada al autor por análoga relación de afectividad, aun sin convivencia, así como de los cometidos sobre los descendientes, propios o de la esposa o conviviente, o sobre los menores o incapaces que con él convivan o que se hallen sujetos a la potestad, tutela, curatela, acogimiento o guarda de hecho de la esposa o conviviente, cuando también se haya producido un acto de violencia de género.
17. Títulos 1 y 2 del libro III del Código Penal español.
18. Artículo 70 de la Ley Orgánica 1/2004.
19. Rosa M^a Guiralt Martínez, «El Ministerio Fiscal y los Juzgados de Violencia contra la Mujer», en Javier Boix Reig y Elena Martínez García, eds., *ob. cit.*, p. 403.
20. www.es.amnesty.org/noticias/noticias/articulo/se-estaponiendo-todos-los-medios-para-luchar-contra-la-violencia-de-genero-1.
21. Noticia publicada en el diario *ABC*, 17 de octubre de 2007, www.abc.es.
22. Este derecho se recoge en el artículo 416.1 de la Ley de enjuiciamiento criminal, el cual establece que están dispensados de la obligación de declarar los parientes del procesado en líneas directa ascendente y descendente, su cónyuge, sus hermanos consanguíneos o uterinos y los colaterales consanguíneos hasta el segundo grado civil, así como los parientes naturales a que se refiere el número 3 del artículo 261.
23. Según datos del Consejo General del Poder Judicial (www.poderjudicial.es) sobre estadística judicial de violencia sobre la mujer, en el primer trimestre de 2007 ha habido 29 277 denuncias por malos tratos a mujeres, de las cuales 2 735 (9,34%) han renunciado posteriormente a las actuaciones judiciales. A esto hay que unir las mujeres que se acogen a su derecho de no declarar contra su marido.
24. Medidas recogidas en el Informe anual del Observatorio estatal de violencia sobre la mujer, www.poderjudicial.es.
25. No la crea la Ley objeto de estudio en este artículo, sino que nace con la Ley 27/2003, de 31 de julio, la cual incorpora a la Ley de Enjuiciamiento Criminal un nuevo artículo, el cual es hoy recogido en su integridad y sin modificación relevante por el artículo 62 de la Ley Orgánica 1/2004
26. Artículo 544 de la Ley de enjuiciamiento criminal.
27. Ley 27/2003, de 31 de julio, reguladora de la Orden de protección de las víctimas de la violencia doméstica.
28. Elena Martínez García, *ob. cit.*, pp. 337-64.
29. El Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua establece el significado de terrorismo como: 1. Dominación por el terror; 2. Sucesión de actos de violencia ejecutados para infundir terror.
30. www.tt.mtas.es/periodico/igualdad/200711/IGU20071123_2.htm
31. Artículo 25.5 de la Constitución española de 1978.

Manejo de conflictos en la gestión comunitaria y las relaciones intergeneracionales

Ovidio D'Angelo Hernández

Investigador. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS).

El tema de la conflictividad social ha sido, de alguna manera y durante cierto tiempo, silenciado o evadido por los enfoques pseudomarxistas en relación con su posibilidad de manifestarse en el contexto de relaciones sociales socialistas. Se reservó, prácticamente, para designar la expresión de la lucha de clases en las confrontaciones derivadas de la naturaleza propia de otros sistemas de explotación socioeconómica. Tanto en la teorización como en el discurso político, muchas veces se manifestó una tendencia edulcorante que dibujaba las relaciones sociales en el socialismo como el reino de la armonía y la homogeneidad sociopolítica; una visión que, por encubridora, alimenta la mirada ingenua y falsa de los reales problemas y dinámicas sociales.

Sin embargo, el reconocimiento de que la emergencia de conflictos es una situación normal y ordinaria en el contexto de la vida social, constituye un hecho incontrovertible, ya se transite por los planos de las interacciones interpersonales —e inclusive de sus aristas intrapsíquicas— de las relaciones entre grupos o instituciones, o en el de la sociedad total.¹ Lo cierto es que el conflicto, como manifestación de las contradicciones

naturales entre los actores sociales, forma parte —unas veces necesaria, otras indeseable, por sus manifestaciones y consecuencias— de la cotidianidad humana. La dialéctica hegeliana y la marxista consideran a la contradicción, la dinámica de unidad y la lucha de contrarios, como el motor impulsor del desarrollo en condiciones de complejidad social,² si bien toda situación de contradicción no tiene necesariamente que desembocar en un conflicto. De manera potencial son expresiones que comparten dimensiones existenciales cercanas.

Los métodos y procedimientos para manejar adecuadamente las situaciones conflictivas, en diferentes planos de la vida cotidiana, más allá de su expresión en el marco de los comportamientos de las personas —vistos en un plano intrapsíquico o patológico, objeto de atención de disciplinas específicas—, han sido abordados por la psicología orientacional y, más recientemente, con una intención más abarcadora de distintos modos de conflictividad en las relaciones interpersonales y otras, por los enfoques de solución alternativa de conflictos.³ De aquí que la proliferación de estudios y formas de atención práctica de los

conflictos cotidianos haya cobrado auge, en los últimos años, tanto mundialmente como en nuestro país.

Estamos «condenados» a lidiar con situaciones problemáticas y conflictivas en todas las esferas, niveles y campos de acción de la vida humana. La importancia de «poner sobre el tapete» el tema de la problematización y manejo de conflictos radica, más que en obedecer a una visión pesimista o beligerante de las relaciones sociales, en que puede poner de relieve las condiciones, estados y enfoques de enfrentamiento constructivo de las situaciones donde se expresan los diversos tipos de problemas y conflictos, minimizando o previniendo sus consecuencias más catastróficas.

Se han generado diversos enfoques de manejo de conflictos: de mediación, de concertación, de negociación, de solución con intención terapéutica o social, etc. En este trabajo reconocemos el valor de todos los ángulos de enfoque, cada uno con propósitos definidos, pero todos inspirados en el logro de un nivel aceptable de armonía para la convivencia social civilizada.⁴

Los enfoques alternativos de solución de conflictos no buscan, básicamente, transformar las bases constitutivas de las circunstancias en que se producen, sino lograr el acuerdo sobre las vías de aceptación conveniente de todas las partes. Desde este punto de vista, se trata de una tarea armonizadora de la convivencia social.

En nuestras elaboraciones, si bien se comparte esa intención, dado el carácter explícitamente transformativo de nuestros proyectos, atendemos la cuestión de la convivencia posible, pero también las raíces problemáticas de los asuntos en confrontación. De ahí que las experiencias expuestas en este artículo atiendan a la formación de capacidades generales —competencias— para la problematización, el debate reflexivo y creativo y la indagación sobre los valores asociados a las situaciones conflictivas —con un propósito de reconstrucción y aporte a relaciones interpersonales y sociales positivas.

No son dos enfoques excluyentes, sino con intencionalidades de diferente amplitud, de manera que los aportes, en cada uno de los casos, retribuyen al logro de una sociedad más armónica y competente en la solución de sus problemas cotidianos. Si tenemos en cuenta que todo conflicto emerge y se desenvuelve dentro de una situación problemática, es o puede ser parte de una dirección de las expresiones de determinadas situaciones-problema. No todo problema tiene que derivar en algún tipo de conflicto; sin embargo, este se alimenta de los componentes dinámicos de una situación-problema. En este sentido, el tema de manejo de conflictos reviste una amplitud considerable.

Nuestras investigaciones formativo-transformativas han abordado situaciones de conflicto que afectan áreas del desenvolvimiento comunitario o manifestaciones más generales del comportamiento social, como la relación entre distintas generaciones. La difusión de los resultados de estas experiencias puede contribuir a aumentar la sensibilidad hacia esas manifestaciones normalmente existentes, así como a brindar algunas ideas sobre la importancia de elaborar enfoques y procedimientos para su afrontamiento constructivo.

Los conflictos y el enfoque reflexivo-creativo

La dirección asumida en nuestros trabajos pone el énfasis en la creación de contextos de expresión colectiva propicios a la interrogación productiva sobre la realidad, para descubrir los problemas subyacentes, no evidentes, o no bien comprendidos o definidos, lo cual ubica en primer plano la prevención y abordaje de los conflictos potenciales y reales a partir del análisis de las situaciones de vida cotidiana y de los campos de conocimiento compartidos.

Se asume una elaboración integradora desde los diversos enfoques de problematización y manejo de conflictos. Las distintas vías y procedimientos para enfrentar ambas realidades son posibles y expresan direcciones complementarias que conservan toda su validez. Tanto los enfoques de interrogación y descubrimiento de problemas como la solución de estos, los de mediación, concertación y gestión de conflictos, han tenido su utilidad en determinados enfrentamientos constructivos de la realidad.

Lejos de absolutizar el valor de la teoría y práctica seguidas, más bien intentamos compartir nuestras experiencias de elaboración y aplicación práctica como una de las vías posibles para propiciar el intercambio fructífero entre las variantes empleadas desde marcos referenciales generales que, en esencia, son compartidos. Los espacios de autoexpresión reflexiva y creativa —individual y grupal—, que fomentamos para abordar la socialidad conflictiva, se dirigen a la construcción de una *cultura reflexiva y creativa* que posibilite el análisis dialógico, la expresión franca y argumentada de interrogación a la realidad y a los campos del saber, en los que se interconectan experiencias y enfoques, visiones divergentes y convergentes de la realidad —individual y social (en sus determinaciones «objetivas» externas y construcciones subjetivas)— la cual se aborda con un interés reconstructivo para re proyectarla hacia su transformación desarrolladora. Se trata, pues, de contextos reflexivo-creativos complejos en los que se analizan, a manera de vasos comunicantes, las relaciones parte-todo (persona-grupos-colectividad-instituciones-sociedad)

en sus retroacciones, aspectos contradictorios y en el descubrimiento de sus potencialidades, con un interés reconstructivo encaminado a metas emancipatorias individuales y sociales.

La perspectiva reflexivo-creativa, compleja y emancipatoria, pone de relieve, por tanto, la problematización y conflictualidad de la realidad y sus reconstrucciones posibles a partir del funcionamiento en comunidades reflexivo-creativas para la transformación social.

Resulta importante destacar, en este enfoque, la posibilidad de cambio y desarrollo a partir de la situación actual de los individuos en su acción social. La mediación sociocultural (la influencia de otras personas y de elementos simbólicos o instrumentales significativos) crea la posibilidad de una interacción permanente en comunidades de práctica mediante la potenciación de las *zonas de desarrollo próximo*, a través de un aprendizaje grupal y dialógico con un fin emancipatorio.

A diferencia de otras corrientes sobre manejo de conflictos, que se abstraen de operar en el contexto valorativo, nuestras experiencias inciden también en el componente ético de las interrelaciones. El propósito no es solo lograr negociar posiciones para armonizar comportamientos, sino además promover el desarrollo humano a través de valores positivos en los grupos, así como fomentar las competencias generales y los procedimientos instrumentales que permitan un empoderamiento efectivo en el manejo de situaciones complejas. Es por eso que, desde nuestras experiencias en este tema, se parte de cultivar competencias generales (*reflexivo-creativas, de interacción social cooperada y de autogestión o autogestión*) a través de métodos dialógicos, expresivos, indagatorios, que permitan emerger los contextos problemáticos y conflictivos y nuevos estilos para interactuar con la realidad de manera más constructiva autónoma y liberadora.

Postura reflexivo-creativa como problematización de la realidad vital

En nuestro caso, igualmente, *problematizar* significa ante todo interrogar(nos), no solo enfrentar los problemas, sino comenzar desde su identificación, comprensión y develamiento de sus componentes de tensión y conflicto posibles para enfocar sus alternativas de afrontamiento.

Una situación de diálogo en comunidad reflexivo-creativa puede abordar experiencias o situaciones conflictivas sobre las que se propicia la profundización de los puntos de vista discrepantes, de sus causas y consecuencias, etc., a partir de la expresión de vivencias y tácticas de comprensión del rol de los autores

implicados, la exploración de las autorreferencias, la simulación de desenlaces o resultados posibles; y pueden conducir, de acuerdo con el caso, a estrategias de solución de problemas, de mediación y concertación, o a estrategias de resolución de los conflictos potenciales y reales.

El término *problema* designa una dificultad que no puede resolverse automáticamente, sino que requiere una investigación conceptual o empírica. *Un problema es una situación en que se intenta alcanzar un objetivo y se hace necesario encontrar un medio para conseguirlo.*⁵ Sin embargo, habitualmente los problemas no aparecen claros y precisos ante la vista de las personas. Se requiere una intencionalidad para relacionarse, de manera problematizadora, con un mundo complejo donde se articulan el orden y el desorden.⁶ Pero lo que para unos es una situación-problema puede no serlo para otros. De ahí que son muchas las determinantes y componentes de esta postura problematizadora.

La problematización de la realidad, entonces, es entendida como posibilidad tanto de descubrir, identificar y formular la situación cotidiana real como problemática sujeta a redefiniciones, precisiones y alternativas, como en sus diferentes vías de solución. Problematizar, en este sentido equivale a un acto de creatividad.

Si bien pudiera ser factible complementarla con otras dimensiones de las expresiones creativas mencionadas, incluye otras muy importantes, más relacionadas con su dinámica, como las que se refieren a las tensiones y contradicciones,⁷ lo cual supone encontrar «las tensiones, contradicciones esenciales y secundarias; las condiciones en que se producen determinadas situaciones en tensión; las limitaciones y restricciones propias de cada contexto o situación-problema; las alternativas de interrelaciones posibles (campo de variables) y de reenfoques del asunto, en su planteamiento y vías de solución».⁸

Los criterios implicados en el proceso de problematización serían, entonces *tensiones, multiperspectiva, relaciones, relaciones con campos distantes y reestructuraciones*. Estos elementos, que incluyen los componentes de tensiones y relaciones, facilitan el establecimiento de vínculos entre *problemas y conflictos*.

La transformación como reestructuración creativa

Muchos teóricos contemporáneos de la creatividad consideran la dimensión de la transformación-reestructuración como una de las fundamentales. El concepto de creatividad «incluye, a lo menos, una referencia a la actitud o a la capacidad de las personas y los grupos para *formar combinaciones, para relacionar o*

*reestructurar elementos de su realidad, logrando productos, ideas o resultados a la vez originales y relevantes».*⁹

La dirección hacia lo nuevo, lo original, que caracteriza la creatividad está presente en todas sus dimensiones.¹⁰ Esto quiere decir que todos los aspectos temáticos abordados enfocan la transformación problematizadora conducente a nuevos reenfoques, replanteamientos reflexivo-creativos de los procesos de la perspectiva cotidiana actual como del futuro.

La investigación-acción crítica, asumida por nosotros como el *esquema metodológico-marco*, con otros complementos necesarios, constituye un método desde el que se puede observar cómo los diferentes individuos y colectivos proyectan sus ideas, experiencias y expectativas en un sistema de relaciones socio-institucionales, y cómo, a través de la ampliación del conocimiento de las situaciones, comprensiones y prácticas cotidianas por medio de la reflexión, se proponen el objetivo de transformarlas, apropiándose (y aportando a su contextualización) de un conjunto de conceptos, métodos y procedimientos que la propicien.

La obtención de esos aprendizajes cualitativamente diferentes se relaciona con la creación paulatina de un ambiente participativo, basado en el modelo de una comunidad de indagación,¹¹ o *comunidad reflexivo-creativa*, que se organiza sobre la base de igualdad de condiciones para la participación de los miembros del grupo, a través de un diálogo reflexivo encaminado al desarrollo de competencias en áreas como:

- Construcción cooperada del conocimiento mediante pensamiento de alto orden.
- Libertad de expresión como máxima para el entendimiento mutuo durante la construcción de tales conocimientos.
- Espacio abierto para el error como un acto natural en el proceso de aprender.
- Posibilidad para la innovación, el cambio y la expansión del conocimiento (entre otras dimensiones de creatividad).
- Posibilidad abierta para el establecimiento de conexiones múltiples entre los saberes propios o compartidos con otros, y las experiencias personales obtenidas en otros contextos de la vida.

Los principios aplicados en el diseño transformador se concretan en determinados criterios básicos (megacriterios):¹²

- La interacción y el diálogo como condiciones favorecedoras del aprendizaje.
- El coprotagonismo del que aprende.
- La significación del aprendizaje.
- El aprendizaje de conceptos y procedimientos claves.

- La acción transformativa del que aprende para así poder generar lo nuevo.
- El fomento de la autonomía individual y colectiva.

En la segunda y tercera partes de este artículo, se podrá visualizar, de manera más concreta, la aplicación de estos elementos en las situaciones-problema y conflictos específicos trabajados en las experiencias que realizamos; se muestra a continuación la que se llevó a cabo con miembros de un Grupo Gestor Comunitario.

Investigación-transformación en el proceso de problematización y manejo de conflictos

El ejercicio constó de talleres que se realizaron durante doce semanas en horarios de dos horas. Posteriormente, se realizó un período de profundización de veinte horas, en sesiones de cuatro horas. Participaron los miembros del grupo gestor de la Circunscripción 42 de la comunidad La Timba, en el municipio Plaza de Ciudad de La Habana y otros actores sociales como promotores culturales, trabajadores sociales, activistas de trabajo social de la FMC y otros, hasta unos veinte participantes promedio. En esta comunidad se llevaba a cabo, además, un proyecto constructivo social, denominado Nuevo Horizonte, a cargo de otro equipo del CIPS.¹³

Trabajo con el grupo, para el grupo y para la comunidad (2001/2004)

La experiencia de transformación constó de tres etapas o momentos. Una primera, de desarrollo de competencias y procedimientos que favorecieran el diálogo reflexivo grupal, la exploración y la solución creadora de los problemas y el enfrentamiento constructivo de conflictos en el proceso de proyección y realización del desarrollo integral comunitario. Una segunda, de monitoreo y seguimientos; y la tercera, en la que se realizó un trabajo de profundización de los problemas y conflictos emergentes para una re-proyección del trabajo del Grupo Gestor.

En el primer momento, se analizaron las características de la gestión social comunitaria y las formas en que influyen, en este proceso, las relaciones entre personas e instituciones locales, cómo aportan sus metas comunes e particulares a la construcción de un sentido colectivo de identidad y progreso social. Identificaron sus principales problemas, los abordaron mediante el análisis reflexivo y de interrogantes problematizadoras, vieron y generaron sus posibles perspectivas de solución.

Los participantes vivenciaron la oportunidad de poder ponerse en el lugar del otro (se escogió una escena de reunión entre el Grupo Gestor y el Consejo de

Administración local en la que cada uno asumió el papel de estos dos elementos, mediante una dramatización con un juego de roles, y tuvieron que reflexionar de la manera que estos lo hacen en circunstancias reales.

El análisis de los puntos de vista contrapuestos de los actores del conflicto real representado desde esa posición del otro, motivó expresiones que reflejaron la comprensión que se tenía acerca de las razones por las cuales el otro se comportaba de una u otra forma en sus razonamientos, de manera que se abordaron las causas del conflicto y sus manifestaciones.

Situaciones-problema que identificaron

Dificultades con los organismos externos:

- Falta de apoyo y gestión en actividades político-culturales y recursos materiales.
- Falta de información y comunicación al Grupo Gestor y la comunidad.
- Poco reconocimiento al Grupo Gestor y su actividad.

Dificultades internas del Grupo Gestor:

- Necesidad de mayor capacitación para empoderamiento (en vías de solución).¹⁴

Los principales conflictos identificados¹⁵

Conflictos del Grupo Gestor con el entorno:

1. De intereses: la comunidad ve sus intereses particulares y el municipio ve las cosas de otro modo, pues este recibe diferentes problemas de todas las comunidades, y entonces los percibe como un problema general; ahí surge el conflicto. Si no hay presión por la comunidad, no hay acción por parte del gobierno municipal.
2. De poderes: no se reconoce la potencialidad del Grupo Gestor. Existe temor a la independencia de gestión del Grupo por las autoridades municipales.

Las soluciones de los problemas formulados se elaboraron a partir de su reconocimiento y profundización, y concretadas en planes de acción específicos. Igualmente, se tuvieron en cuenta las acciones para enfrentar constructivamente los conflictos con el entorno, de manera que incluyeran estrategias de acercamiento y concertación con instituciones empresariales y de poder local.

Conflictos dentro del Grupo Gestor:

1. De roles, a partir de su indefinición entre los miembros del GG y de su superposición en su dirección.

2. De posiciones, dado por la diferencia de representación de situaciones-problema y el abroquelamiento en posiciones divergentes de los miembros del GG.

En estas situaciones conflictivas internas del grupo, eventualmente la coordinación asumió tareas de mediación. El encuadre metodológico del trabajo transformativo permitió el empleo de múltiples métodos y procedimientos para abordar las situaciones problemáticas y los conflictos existentes. Se lograron así soluciones más efectivas e integrales.

Valoración general de la experiencia transformativa con el Grupo Gestor

En las distintas etapas o períodos del trabajo investigativo-transformativo, se mostraron evidencias de desarrollo del Grupo Gestor y los participantes, en términos de integración y cohesión grupal, mayor conectividad con el entorno, progreso en el desempeño de competencias generales (reflexivo-creativas, de interacción social cooperada y autodirectivas),¹⁶ eficacia en el descubrimiento y solución de problemas y manejo de conflictos con el entorno y del propio grupo.

Con el empleo de los métodos indagatorios-reflexivos se fue logrando la conformación de las normas del debate reflexivo asumidas por el propio grupo; se avanzó en los momentos correctivos del diálogo y la expresión de argumentos y evidencias, defensa de los puntos de vista, reconocimiento de puntos de vista diferentes, libertad para equivocarse y hacer correcciones, expresar dudas y argumentos opuestos bien fundamentados, construcción del conocimiento a partir de lo aportado por los demás, y otras.

Lograr el funcionamiento a ese nivel, dadas las dificultades iniciales presentadas y las situaciones complicadas a mediados de la experiencia, constituyó, en nuestra opinión, un aporte decisivo del Grupo que contribuyó al re-enfoque de los problemas de la gestión comunitaria y los conflictos asociados, así como al manejo adecuado de los conflictos internos del Grupo gestor.

Con la continuidad del trabajo formativo-transformativo a lo largo de las diferentes etapas (formación, aplicación, profundización-reorganización), se fueron aplicando y combinando, con los métodos reflexivos, de juego de roles, dramatizaciones, etc., que lograron ir incorporando al grupo al estudio de sus actividades y problemas desde el disfrute y las vivencias. De manera que la comunidad reflexiva en gestación se fue convirtiendo en una *comunidad vivencial reflexivo-creativa* que potenció la capacidad de análisis, el involucramiento y compromiso de los implicados, una participación muy destacada y productiva en las fases de «tarea» y el tránsito

a una fase de «proyección» con un alto nivel de potencialidad para el cambio real de su situación interna y externa.

La reestructuración del campo de relaciones dentro del Grupo, facilitada por el diálogo y la expresión del autoanálisis individual y de las interacciones en el GG, posibilitó un planteo más claro y diáfano de las dificultades que presentaban en la realización y *organización de sus actividades y sus relaciones con el entorno*, creó bases de comprensión, cooperación y compromisos superiores, y abrió cauces para la generación de nuevas ideas en el *enfrentamiento positivo de sus problemáticas internas y externas*.

Se elaboró un cambio de visión, una disposición compartida a enfrentar juntos y de la mejor manera los problemas. Predominó el espíritu de colaboración y de unidad del Grupo Gestor, su mejor definición y operatividad a partir de medidas organizativas, así como el acercamiento y precisión de la representación de las organizaciones sociales y otros componentes. Un nivel más alto de motivación por la tarea común, de expresión y definición de los valores grupales y de posesión de recursos metodológicos y de competencias para enfrentarla, fueron resultados de toda las etapas de trabajo.

En resumen, se logró un nivel superior de empoderamiento para enfrentar las tareas, tanto en el sentido de la disponibilidad de los recursos como de la disposición a reclamar y generar los espacios de autonomía necesarios para una labor de mayor autogestión social articulada con las instituciones estatales; así como concretar vías realizables de proyección de las tareas individuales y colectivas en la gestión comunitaria, afianzadas en valores positivos compartidos y en la disposición a pasar a una fase cualitativamente superior de trabajo del GG.

El balance general de la experiencia de investigación-formación-transformación, con énfasis en el enfrentamiento de conflictos y problemas reales y enfoques de procesos reflexivo-creativos y valorativos, constituyó, por las razones anteriores, un paso superior en la proyección del trabajo de empoderamiento autogestor para la transformación social.

Participación reflexiva y creativa para el manejo de conflictos y problemas en el ámbito social intergeneracional cotidiano

El interés de la experiencia transformativa de diálogo intergeneracional (DIG) se dirigió a fomentar las relaciones intergeneracionales constructivas como una de las dimensiones importantes en que se producen y

reproducen procesos de distanciamiento, polaridad y conflictividad social.

El afrontamiento constructivo, en situación de diálogo, de las polaridades y conflictos que se derivan de temas y posicionamientos dilemáticos, requiere métodos especiales para propiciar un intercambio satisfactorio con repercusión en la integración y el compromiso social de los implicados. Los enfoques reflexivo-creativos y de manejo de conflictos, entre otros, constituyeron modos de influencia efectivos, orientados a producir aprendizajes y transformaciones con un impacto personal, grupal y social.

Como consecuencia de la experiencia, se produjeron avances en temas de enriquecimiento personal y en la comprensión de los procesos generacionales e intergeneracionales. Asimismo, se obtuvieron resultados positivos en las expresiones de construcción de valores, interacción social cooperada y competencias para el manejo de situaciones conflictivas en temáticas de relevante interés social.

La experiencia se centró en las categorías siguientes, algunas de las cuáles reseñaremos brevemente: a) generación y relaciones intergeneracionales; b) representaciones generacionales; c) conflictos y situaciones-problema; d) competencias humanas generales; e) diálogo intergeneracional en comunidades de aprendizaje reflexivo-creativo.

Generaciones y conflictos intergeneracionales

Definimos la generación como «el conjunto histórico-concreto de hombres [y mujeres] próximos por la edad, y socializados en un determinado momento del proceso histórico del país, lo que condiciona una actividad social común en etapas claves de formación de la personalidad, creando similitud de características objetivas y de rasgos subjetivos que la dotan de una fisonomía propia». ¹⁷ Cuando hablamos de *conflicto intergeneracional* no nos estamos refiriendo meramente a aquel que tiene lugar entre dos personas o grupos de generaciones diferentes, sino a aquel donde la pertenencia a distintas generaciones es un elemento relevante para la situación dilemática.

Diálogo intergeneracional en comunidades de aprendizaje reflexivo-creativo

Respecto al diálogo, se trata de un proceso comunicativo peculiar. Si bien resulta un proceso de interacción donde se intercambian significados, es mucho más que eso. El reconocimiento respetuoso del otro debe constituir fundamento, condición y resultado

El afrontamiento constructivo, en situación de diálogo, de las polaridades y conflictos que se derivan de temas y posicionamientos dilemáticos, requiere métodos especiales para propiciar un intercambio satisfactorio con repercusión en la integración y el compromiso social de los implicados.

del diálogo. Si este es auténtico, posibilita el encuentro de los seres humanos en términos de equidad, compartiendo saberes de forma reflexiva y crítica. En esas condiciones, tiene lugar el reconocimiento de sí mismo y del otro, así como la generación de un nuevo conocimiento. El intercambio que se produce en el diálogo no debe ser un mero ejercicio intelectual, sin trascendencia más allá del momento dialógico; por el contrario, debe conducir, desde el compromiso, a la transformación individual, grupal o social.¹⁸

Descripción sintética de la experiencia transformativa GDI

Esta experiencia se realizó con unos veinte jóvenes estudiantes de la Sede Municipal Universitaria de Playa y unos quince adultos mayores vinculados a programas del adulto mayor en el municipio Plaza, ambos de Ciudad de La Habana. Los dos grupos resultaron heterogéneos en factores como sexo, raza, estructura sociodemográfica y otros. Se realizaron 18 sesiones de taller de cuatro horas, nueve con grupos generacionales homogéneos y nueve con un grupo unido de las dos generaciones.

Durante la *etapa diagnóstica* se evaluó el campo de representaciones de cada grupo con respecto a la generación de pertenencia, a la que se sitúa como alter, y a las relaciones entre ambas. Al mismo tiempo, se identificaron los posibles problemas y conflictos que se producen en esta relación, en diferentes ámbitos y situaciones de la vida social cotidiana. Esta etapa privilegió dinámicas con grupos conformados por personas de la misma generación. Este momento se orientó, fundamentalmente, a propiciar un espacio de debate grupal para actualizar la pertenencia generacional de cada grupo. Para ello se indagó sobre el contenido temático de las representaciones acerca de la propia generación y de la que se sitúa como alter, aunque las referencias a otras resultaron inevitables. También se develaron los temas fundamentales que los grupos identificaron como conflictivos en las relaciones entre las generaciones representadas, de modo que aportaran al sentido del diálogo intergeneracional, en una etapa posterior. Las competencias reflexivo-creativas, las sociales y las autodirectivas, que se expresaron en los

encuentros de esta etapa, constituyeron también foco de atención por su relevancia a los efectos del diálogo.

En resumen, en la primera etapa de trabajo (diagnóstico) se configuraron contenidos y expresiones de representaciones generacionales e intergeneracionales, competencias humanas generales y valores asociados, así como se definieron temas de conflicto intergeneracional que resultaron asuntos para debatir posteriormente durante la *etapa transformativa*.

Mirada abarcadora de la experiencia transformativa de diálogo intergeneracional

El desempeño en condiciones de diálogo intergeneracional reflexivo-creativo (en que se involucraron vivencias, razonamientos, actuaciones simuladas y otras formas de comportamiento humano) fue conformando una dinámica de relaciones apropiada para la elaboración y comprensión de temas vitales en áreas conflictivas. De ahí la importancia que tuvo la experiencia transformativa como contexto de re-aprendizaje social para:

- Develar los matices diversos de las posiciones individuales y grupales en relación con el análisis de los contextos generacionales particulares.
- Propiciar el debate abierto hacia un razonamiento reflexivo, exploratorio, indagador y problematizador, orientado hacia el desarrollo de las competencias humanas generales.
- Promover los valores de autoexpresión, respeto, tolerancia a la diversidad, etc., que impactan el desarrollo de las potencialidades de autonomía.
- Encauzar las confrontaciones intergeneracionales hacia formas de entendimiento, concertación o solución posible de conflictos o, al menos, establecer normas de comprensión de las diferencias y las posibilidades o limitaciones en el afrontamiento constructivo en el marco contextual actual.

Las representaciones de ambos grupos generacionales, en cuestiones esenciales, denotaron cierto distanciamiento y conflictividad. De un lado, se caracterizan por la referencia de los jóvenes sobre los *adultos mayores* como posicionados en un *rol de orientación*

impositiva, cuestión legitimada por las autorreferencias de rol del propio grupo de adultos mayores. Esto se complementa con la visión de los jóvenes acerca de sus *necesidades de autoafirmación y proyección social* diferente a la de los adultos mayores, y no reconocida totalmente por estos últimos, quienes, a su vez, atribuyen a la juventud comportamientos socialmente negativos y otros positivos. Esas visiones polares entre los diferentes grupos contribuyeron a que se formularan, en el diálogo grupal, los siguientes temas generadores de conflicto intergeneracional:

- Integración social *vs.* sentimiento de exclusión, expresado por ambos grupos.
- Orientación-imposición *vs.* autoafirmación, cada polo enfatizado por un grupo generacional diferente.
- Autenticidad *vs.* doble moral, con atribuciones de cada grupo generacional al otro.

¿Qué transformaciones ocurrieron durante las sesiones de diálogo en comunidades reflexivas y de debate en torno a los temas de conflicto intergeneracional? Se destacan:

- La comprensión de las respectivas situaciones intergeneracionales, pero con manifestaciones de actitudes aún poco inclusivas. Los adultos mayores expresaron poco nivel de adaptación al cambio, en tanto lo consideran difícil para su estabilidad. Aprecian más las rutinas, a pesar de que algunos manifestaron expresiones de comprensión de las necesidades y reclamos de los jóvenes, en algunos temas. Estos últimos expresaron mayor sensibilidad hacia situaciones particulares de los adultos mayores, su estado físico, de convivencia familiar, etc.; pero los consideraron portadores de posiciones extemporáneas o esquematizadas, que no se corresponden con las vivencias de la juventud actual.
- La expresión del tema del poder de los adultos mayores, como ejercicio legitimado por el sentido de propietario (de viviendas) o por su posición histórica en las instituciones y procesos sociales, fue reconocida por ambas generaciones. Para los adultos mayores este asunto se expresa en la defensa de su posicionamiento; los jóvenes lo ven como una barrera en las interacciones sociales.
- A lo anterior se une el rol que, por su experiencia de vida, se autoasignan los adultos mayores en la orientación de los jóvenes, lo cual se manifiesta, en ocasiones, en su manipulación directa o indirecta, ya sea de forma persuasiva o autoritaria.
- En cuanto a la comprensión de las posturas que asumen los miembros de la otra generación al involucrarse en situaciones de interacción, entre los adultos mayores predominan expresiones como «satisfacción», «mejor aceptación», «comprensión».

Entre los jóvenes, preponderan sentimientos de protección hacia los adultos mayores.

- Las propuestas de cambio social (referidas a la educación, las organizaciones sociales y los medios de comunicación) para enfrentar los conflictos intergeneracionales, en las situaciones trabajadas por ambos grupos, fueron bien diferentes. En los adultos mayores predominaron las ideas de mejorar la posición del maestro como portador y trasmisor de normas morales desde una posición de poder, la dirección de las organizaciones sociales a partir de la línea de la transmisión y la verticalidad e, incluso, con algunos atisbos de manipulación. Los jóvenes recomiendan «el debate» para el análisis de estas cuestiones. Se refieren a la importancia de que se conecten con la realidad que se vive en cada momento y sugirieron crear campañas publicitarias dirigidas a propiciar espacios para el diálogo.

Se verificaron los avances en las dimensiones siguientes de competencias generales, más marcadas en el grupo de jóvenes:

Reflexivo-creativas

- Aclaración de posiciones básicas de cada grupo. Argumentos y contra-argumentos, referencias a ejemplos más precisos.
- Mayor diversidad de dimensiones de estas competencias: razonamiento, generación, indagación, transformación.

Interacción social

- Funcionamiento de normas del debate reflexivo y de comunidad de indagación.
- Mayor capacidad de escucha y comunicación mutua: apertura al diálogo y al debate e intercambio de puntos de vista diferentes.
- Comprensión del otro, ponerse en el lugar del otro.
- Tolerancia, respeto en el trato mutuo y a la diversidad.
- Compartición de experiencias y vivencias, intereses cognoscitivos sobre el otro grupo.
- Solidaridad con situaciones vitales difíciles de otros.
- Elaboraciones a partir de la complementación y diferencia de experiencias compartidas.
- Abordaje de situaciones-problemas y temas generadores de conflicto intergeneracional de manera franca, abierta y honesta.
- Inicio de manejo de situaciones opuestas, juicios contrarios, con el empleo de recursos reflexivos, tratamiento de temas conflictivos, con predominio de estrategias de no enfrentamiento: concesiones, racionalizaciones y evasiones. Se coloca el énfasis en la convivencia pacífica, aunque no se aportan soluciones factibles en otros ámbitos sociales, fuera del medio familiar.

Autodirectivas

Cada grupo generacional se expresó de diferente manera en:

- La afirmación de las necesidades de espacio social para actuar con independencia de acuerdo a sus intereses.
- La fuerza y convicción con que se expresaron necesidades de autonomía en los debates de varios temas generadores de conflicto.
- El liderazgo constructivo, asumido en la conducción de sesiones de equipos de trabajo.
- La asunción espontánea de roles de coordinación en las sesiones de debate reflexivo.
- Situaciones de autorganización de la dinámica grupal por los propios participantes.

Alcances y límites de la experiencia de diálogo intergeneracional

Como se ha dicho, a pesar de los avances en temas de enriquecimiento personal y en la comprensión de los procesos generacionales e intergeneracionales, aun al final de la experiencia los dos grupos mantenían posiciones de cierta distancia, sobre todo en los temas conflictivos de matiz social ideológico-político, aunque hubo casos de adultos mayores identificados con necesidades de jóvenes y viceversa.

En este aspecto se reproduce un ciclo de respuesta evasiva por parte de los jóvenes que conduce a su autoexclusión o evasión de confrontación directa y al acomodamiento expresado en diferentes formas de doble moral. Este rechazo a la manifestación violenta del conflicto se justifica por la edad de los adultos mayores y el respeto debido a ellos, así como por la convicción de que, en ese espacio, no tendría solución ese tipo de conflicto; sin embargo, ocasiona un efecto de impermeabilización a las experiencias históricas positivas de las generaciones mayores.

Igualmente, las expresiones de rigidez de los adultos mayores, en diferentes aspectos, fueron una limitante. Estos plantean restricciones a las expectativas para la transformación profunda de sus bases representacionales constitutivas, porque sobrepasan el marco de las relaciones en la experiencia grupal, para colocarse en el plano de las reales en el contexto social. En este caso, las estrategias empleadas por ambos grupos para enfrentar situaciones confrontacionales delicadas, tienen varios niveles de lectura.

Relación grupo-realidad social

Los jóvenes, al final, percibieron a los adultos mayores con una tendencia a ceder en el plano grupal

—durante las sesiones—, cuando en las condiciones cotidianas de la realidad no cambian, esencialmente, sus posiciones de poder e intransigencia básicas. Los adultos mayores, al realizar el balance de la experiencia, consideraron que los jóvenes avanzaron en tolerancia y comprensión para con ellos, aunque no se mostraron muy optimistas en cuanto a estos cambios en su comportamiento social real.

Carácter de las experiencias transformativas grupales-micro

Como se previó en el diseño de estas experiencias, a partir de grupos de jóvenes y adultos no conectados en su actividad cotidiana básica —para propiciar la emergencia de posturas que trascendieran la relación inmediata en lo familiar o comunitario hacia una perspectiva social más general—, no se incluyó la realización de acciones conjuntas en los espacios de vida e interacción social real. Las proyecciones de esos cambios se realizarán en sus propios proyectos e instituciones de origen.

Relación micro-macro-social

En nuestra interpretación, esta situación de aproximación-evitación, o de discrepancias de comportamientos en esta experiencia de diálogo intergeneracional, son de alguna manera una expresión de las relaciones generacionales actuales en nuestra sociedad, en los diferentes campos de sus actuaciones, en lo macro y en lo micro-social, por lo que la solución a las situaciones conflictivas no están solo en el grupo, sino en la forma como se consideran y ejercen estas relaciones en todos los planos de la sociedad y, básicamente, en todas las instancias de lo cotidiano, institucional y político a todos los niveles, desde la familia y la escuela hasta diversas organizaciones laborales y sociales. De cierta forma, la interacción entre generaciones experimentada en las sesiones reproduce (fractalmente, en articulación parte-todo) las relaciones más generales en otros planos de la sociedad. De ahí que su solución necesite del tratamiento de la cuestión también al nivel meso y macro-social.

Apariencia y realidad

En las situaciones grupales constatadas, tendieron a producirse relaciones de doble moral, con tácticas que revelan un comportamiento en apariencia no conflictuado. Se ocultan así las posiciones reales ante diversos problemas. Esto pudiera indicar posibles pautas de relaciones éticamente cuestionables, como

la simulación, para evitar problemas y enfrentamientos o críticas posibles en diferentes contextos de nuestra sociedad.

Si bien las prácticas realizadas no tienen un carácter generalizador de algún sector poblacional, la producción de los momentos de encuentro entre dos grupos generacionales —integrados a las actividades de los programas sociales y educativos actuales del país— con la obtención de los resultados anteriores, pudiera resultar importante para considerar los diseños de políticas y prácticas institucionales en el campo de las relaciones sociales en todos los planos de la vida en los que se producen conflictos manifiestos o latentes en el posicionamiento y relacionamiento de diferentes generaciones.

En sentido general, el resultado de las experiencias de transformación a través del diálogo intergeneracional mostró:

- Que es una alternativa para la integración social, en tanto permite la construcción conjunta de las representaciones sobre la propia generación y de la que se sitúa como alter. Este proceso contribuye tanto a fortalecer el sentimiento de pertenencia generacional como a reconocer la diversidad social en que se identifican y diferencian los miembros de una y otra generación.
- Las posibilidades de reconstrucción de las polaridades conflictivas en cuanto a representaciones de una generación con respecto a la otra, a partir de la promoción de las competencias sociales y reflexivo-creativas.
- La importancia de promover el debate de los temas de conflicto vivenciados como tales por ambas generaciones, así como llegar a propuestas para su manejo constructivo.
- Alternativas elaboradas por los participantes para el tratamiento positivo del tema intergeneracional en diferentes espacios sociales; algunas viables para diferentes instituciones en sus contextos cotidianos de interacción; otras precisarían de mayor protagonismo de los propios participantes para su diseño e implementación.

Avances posibles en procesos de comunicación e interacción social constructiva

Una interpretación más amplia de los resultados alcanzados en esta experiencia de encuentro y diálogo para el debate reflexivo de los problemas y conflictos reales entre diversos grupos sociales —generacionales, en este caso— nos lleva a proponer, de acuerdo con

los análisis y evidencias anteriores, el abordaje de re-diseños sociales que respondan a la necesidad de:

- Espacios de debates reflexivo-creativos que hagan posible un diálogo intergeneracional para el entendimiento y la concertación en temas de conflictividad generacional, en el marco de las políticas aplicadas a todos los campos de la vida institucional y social.
- Diseño de aperturas comunicacionales entre generaciones —y grupos sociales diferentes— sobre la visualización y expresión crítica de temas conflictivos que emergen del ejercicio de sus roles, posiciones y participaciones sociales.

Estos aspectos se pueden concretar a través del mayor énfasis en programas y acciones con vistas a lograr vías efectivas de:

- Formación para el diálogo intergeneracional en encuadres locales, institucionales, comunitarios, etcétera.
- Visibilización de los problemas y diferencias generacionales en espacios de debate de los medios de comunicación.
- Otorgamiento de mayor autonomía y libertad de expresión en las organizaciones sociales sobre los temas polémicos de la sociedad en que pueden diferir visiones e interpretaciones de distintas generaciones y grupos sociales.
- Concesión de mayor legitimidad a las diferencias y menos a la homogeneización, transitando así hacia una cultura de relaciones intergeneracionales en que se expresen abiertamente por los propios agentes sociales los problemas y conflictos relevantes.

Las sugerencias anteriores están vinculadas a la necesidad de fomentar diseños sociales para facilitar los mecanismos de diálogo entre grupos diversos de la sociedad, con una mayor efectividad en la participación, toma de decisiones y control de sus efectos, con mayor margen constructivo y de aportación a las políticas sociales.

Estas aperturas necesarias a la expresión generacional diversa y de otras dimensiones de los grupos sociales —que propicien una participación en los temas problemáticos sociales, con autonomía, autenticidad y posibilidad de decisión y control sobre las decisiones de impacto social—, requieren una valoración profunda acerca de la amplitud de las restricciones normativas (explícitas o interiorizadas por todos los sectores de la población), que pueden estar impidiendo la comprensión y la implementación de soluciones posibles a los problemas cotidianos y sociales en todos los órdenes de nuestra sociedad.

Notas

1. Véase, entre otros, Mara Fuentes, *Mediación en la solución de conflictos*, Acuario, La Habana, 2000; Laurent Thevoz, *Procesos de concertación para la gestión pública*, Acuario, La Habana, 2002; Cheryll A. Picard y Rina Ramkay, *Mediación en conflictos interpersonales y de pequeños grupos*, Acuario, La Habana, 2002.
2. En la dialéctica oriental, el fenómeno se acerca más aún a las cualidades de la relación parte-todo de cualquier sistema complejo; los contrarios no se eliminan en la oposición, sino que incluso conviven de manera complementaria (el *yin* y el *yan* son su exponente simbólico).
3. En nuestro país ha sido una tarea asumida, con mucha intensidad y amplitud social, por el Centro Félix Varela y también, en alguna medida, por la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana, entre otros.
4. No dejamos de tomar nota de que, en situaciones extremas de contradicción antagónica de intereses de grupos, clases, etc., se pueden producir soluciones más o menos violentas a los conflictos esenciales existentes. No se trata de que estos enfoques de manejo de conflictos resuelvan esas complejas contradicciones sociales, o se constituyan en alternativas, sino de que se avance en la dialógicidad, concertación y solución de conflictos salvables dentro de esquemas de comprensión y buena voluntad de las partes implicadas, no antagonizadas por sus circunstancias e intereses vitales, para ayudar, en determinados casos y contextos, a lograr comportamientos más solidarios y dignos.
5. Mario Bunge, *La investigación científica*, Ariel, Barcelona, 1969, p. 195.
6. Véase, entre otros, Edgar Morín, *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona, 1998.
7. Isadora Mena, *Metodología de problematización*, Imp. Ligera, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1999.
8. Ídem.
9. Ricardo López, *Prontuario de la creatividad*, Bravo y Allende, Santiago de Chile, 1999, p. 36.
10. Véase Ricardo López, ob. cit.; Juan J. García, *Didáctica de las ciencias, resolución de problemas y desarrollo de la creatividad*, Colciencias, Bogotá, 1998, p. 172; Mathew Lipman, *La Filosofía en el aula*, La Torre, Madrid, 1992; entre otros autores.
11. Mathew Lipman, ob. cit.; América González, *Creatividad y métodos de indagación*, Editorial Academia, La Habana, 2003; Ovidio D'Angelo Hernández, *Sociedad y educación para el desarrollo humano*, Acuario, La Habana, 2001.
12. «Los criterios son un conjunto de razones con un carácter decisivo respecto a un tema y deben cumplir con ciertos requisitos. Estos criterios constituyen una vasta área de razones y reglas establecidas». (Lauren Resnick, citada en América González, *El pensamiento reflexivo y la creatividad*, Editorial Academia, La Habana, 1994). Los megacriterios son criterios generales. En nuestro caso, se basan en la elaboración y puesta en práctica del Programa PRYCREA para el Desarrollo de personas reflexivas y creativas (América González y Ovidio D'Angelo Hernández, Fondos del CIPS, La Habana, 1992-2007).
13. Véase un informe completo en Ovidio D'Angelo Hernández, Julia Guach, Rosa L. Peña y Julia M. Martínez, «Desarrollo de una cultura reflexivo-creativa para la transformación social en diferentes actores sociales», Proyecto Creatividad para la Transformación Social (CTS), CIPS, Ciudad de La Habana, octubre de 2004.
14. En el curso de la acción transformativa se continuó precisando y ampliando las situaciones-problema y conflictivas. Solo colocamos los iniciales como ejemplificación.
15. Definición operacional de conflicto trabajada con el Grupo Gestor: «Situación determinada en la que existen intereses contrapuestos de la persona consigo misma, en la relación de esta con otras personas, o entre grupos [...] supone la pugna entre personas o grupos interdependientes que tienen objetivos incompatibles, o al menos percepciones incompatibles al respecto».
16. Sobre esta conceptualización, funciones, clasificación de las competencias generales, etc., véase Ovidio D'Angelo Hernández, «Complejidad y desafíos de la educación histórico-cultural, humanista y crítica en la formación, investigación y evaluación de competencias», <http://bibliotecavirtual.clacso.com.ar/ar/libros/cuba/cips/caudales06/fcommand/53do522.pdf>.
17. María I. Domínguez, «Criterios teórico-metodológicos para la investigación de la juventud», *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, n. 17, La Habana, mayo-agosto de 1988, pp. 99-117.
18. Paulo Freire, *Pedagogía del oprimido*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1994; *La educación como práctica de la libertad*, Siglo XXI, México, DF, 1982.

Espacios y contextos del debate racial actual en Cuba

Pablo Rodríguez Ruiz

Investigador. Instituto Cubano de Antropología.

El debate del problema racial —después de un letargo que se podría inscribir entre mediados de la década de los 60 y finales de los 80 del siglo xx— es ya un hecho que comienza a trascender los medios académicos especializados, aunque, según mi percepción, permanece circunscrito a ciertos círculos intelectuales, incluyendo parte de la intelectualidad técnica y otros sectores vinculados a la cultura.

En este devenir del silencio al diálogo, el intelectual negro y mestizo, como es lógico suponer, se ha apropiado del tema con particular interés y motivación, porque el que ha sufrido y sufre las opresiones de la raza, si no comprende, al menos intuye que el silencio es un aliado y un cómplice de esa opresión. Es por ello que el debate se abre ante él no solo como un escenario para hacer catarsis de sinsabores, expectativas insatisfechas, experiencias discriminatorias sentidas en carne propia, impotencias y culpas mal cargadas, sino también, y sobre todo, como una perspectiva de búsqueda de caminos liberatorios. Es una forma de volver una y otra vez al problema, de rumiarlo, para no repetir los errores de otros tiempos y otros lugares.

Ahora bien, ¿en qué contexto se ha abierto este diálogo, en qué punto está y cómo lo condiciona?

Para formular algunos juicios en torno a estas preguntas tendré en cuenta, al menos, tres ejes que configuran una especie de sistema tridimensional de relaciones complejas en el que se desarrolla el fenómeno. El primero tiene que ver con el espacio y el tiempo desde el punto de vista internacional, y la posición de Cuba dentro de ellos. El segundo incluye las características y determinaciones de la sociedad cubana en cada momento histórico y los cambios operados en ella. El tercero se relaciona con las expresiones específicas de las relaciones raciales dentro de esos contextos espaciales y temporales.

El espacio y el tiempo internacional del debate racial cubano

Como todos sabemos, estamos en un mundo interconectado, más por canales de dominación que de solidaridad. El perfeccionamiento y extensión de

esos mecanismos de dominación global encierran muchos peligros que desbordan con creces el de ser dominados.¹

La hegemonía racial que durante siglos se fue tejiendo y configurando en el ámbito global, forma parte de esos mecanismos de dominación.² No está vinculada solamente con el desprestigiado racismo científico decimonónico, sino que se alimenta de las desiguales relaciones (económicas, políticas y culturales) internacionales y la centralidad que adquiere en estas un grupo de países imperialistas que imponen un cuadro de explotación y opresión, y que refuerzan los complejos raciales y el ideal de lo blanco como paradigma. Expresión de ello es, por ejemplo, el hecho de que casi 90% de la producción intelectual sobre el tema tiene su origen en los Estados Unidos y otros países desarrollados. Esto crea ciertas condiciones para la imposición de paradigmas teóricos, moldes de representación y de comportamiento, y para predefinir agendas.

Dichos procesos incluyen, además, la reconfiguración de identidades esenciales y excluyentes, sobre la base de las cuales han reaparecido tendencias racistas y xenófobas en los escenarios políticos de determinados países centrales. Los nacionalismos excluyentes,³ la actitud anti-inmigrantes y las nuevas modalidades de racismo cultural⁴ toman fuerza en estas nuevas realidades. En este contexto global, la propuesta de Cuba de no dar lo que le sobra, sino compartir lo que tiene, se presenta como una práctica internacional desestructurante del orden racista imperante.

La influencia de la llamada hegemonía racial sobre las relaciones concretas puede entenderse perfectamente desde el planteamiento de Eugene Harow Horowitz:⁵ las actitudes hacia los negros no están determinadas principalmente por el contacto con personas de esa raza, sino por el contacto con la actitud dominante hacia ellos.⁶ Es en su configuración donde se inscribe la capacidad de influencia de lo global sobre lo nacional y lo local. El dominio del comercio de las ideas y los bienes materiales, el monopolio de la imagen y la información, los moldes estéticos históricamente constituidos, el arte, la literatura y los adelantos de la ciencia y la tecnología, en su conjunto, contribuyen a configurar la noción de superioridad blanca y a importarla. Ello constituye una realidad con la que necesariamente hay que convivir; no aceptarla pasivamente, sino interactuar creando espacios de confrontación.

Los incalculables riesgos por los que atravesamos tienen una de las más claras expresiones en el campo de la ética. La bestia rubia, el superhombre nietzschiano —que desde las páginas de *Así hablaba Zaratustra* proclama el desconocimiento de todas las convenciones

y valores de la moral esclava, para imponer, sin hipocresías ni ambages, los designios propios— ha desgarrado todos los velos de la simulación para soltarse en el mundo e ir deshaciendo equilibrios a su paso. Con la fuerza y por la fuerza está produciendo una verdadera transmutación de valores, haciendo de las mentiras, verdades.

Ante este gigante de siete leguas, la Revolución cubana —agredida, acosada y acusada de dictatorial, totalitaria, de sociedad sin derechos civiles y democráticos—, en un acto de cimarronaje y disenso, ha venido desarrollando su obra de mejoramiento humano. Como obra humana, no solo implica el deseo de perfección, sino también el error, las imperfecciones y las contradicciones que encierra todo acto de hacer.

La dinámica agresión/resistencia, con sus altas y bajas, ha estado en el centro mismo del anclaje de la Revolución cubana. En esa lógica se han venido configurando actitudes que, de una u otra forma, condicionan y contextualizan el debate y las pesquisas sobre el problema racial en Cuba. Entre ellas es posible destacar, a modo de ilustración, las siguientes:

1. Una actitud —bastante generalizada entre quienes se sitúan como críticos o en contra de la Revolución— es la de *demonizar* la sociedad y el Estado cubanos. Ante este tipo de representaciones, el ciudadano es una especie de víctima oprimida por tenebrosos tentáculos de poder que no le permiten pensar, optar, expresarse y que debe limitarse a hacer lo que se le ordena. Es dibujado como una marioneta manejada por hilos ocultos. Tales creencias impiden una evaluación serena y desprejuiciada de las realidades. Cuando el Congreso Antropología 2002, se divulgó por la prensa internacional una presentación nuestra sobre las desigualdades raciales en Cuba. La mal llamada Radio Martí organizó un panel dedicado al tema. Lo que más me llamó la atención fue el desconcierto de los panelistas de que aquellos juicios y reflexiones críticas en torno al problema racial hubieran surgido de la labor de investigación de unos simples mortales en Cuba. Desde su lógica, la única explicación posible era que se trataba de alguna macabra jugada que Castro estaba cavilando, de la cual mis colegas y yo formábamos parte.
2. Los datos, las cifras y parte de los argumentos de la mencionada presentación fueron editorializados por los panfletos de la propaganda anticubana de forma inmediata, haciéndolos llegar a una gran cantidad de sitios dentro y fuera del país. Se evidenciaban claramente dos cuestiones muy relacionadas entre sí: la primera tiene que ver con una conocida actitud racionalizada, planificada, y sostenida durante años, de tratar de subvertir desde

dentro el sistema social de Cuba. La segunda, que en dichas intenciones el tema racial es mirado con interés. En realidad, la manipulación propagandística del tema —que en muchas ocasiones es a la que se da más importancia—, es la más burda de todas las formas posibles. Dentro de las tácticas más sutiles es posible contar: la intención de poner en la agenda modelos de análisis, conceptuales, de representación, referentes metodológicos y paradigmas teóricos para estimular posturas y posiciones afines a sus propias conveniencias. En tal sentido, el que se enfrenta a este tipo de problemática debe tener en cuenta que el núcleo fundamental de la producción sobre el tema —hay autores que lo sitúan en el orden de 90%— tiene lugar en los Estados Unidos.

3. Desde las izquierdas y amigos de la Revolución aparece, con bastante frecuencia, una representación de la sociedad cubana que tiende a idealizarla como casi perfecta. En ello se adivina la influencia de la respuesta que se elabora desde el país para contrarrestar los efectos de propaganda adversa, en la que casi exclusivamente se exponen los logros del sistema social. El exceso de idealización genera asombro, incredulidad, incomprensiones y, en ocasiones, frustraciones y cambios radicales de actitud cuando se enfrentan los complejos problemas de la realidad.
4. A fuerza de recalcar las bondades de la Revolución, se ha venido configurando cierta actitud —más aguda entre los burócratas de todos los niveles— que tiende a mirar con desconfianza temas complejos que matizan el discurso tradicional. Los temores y las incomodidades que les suscitan, los inducen a acallarlos y bloquearlos en la medida de lo posible. Cuando esta conducta, aparentemente orgánica, se impone, la sociedad pierde toda capacidad de autoperfección, y los efectos son catastróficos a largo plazo, porque la imposición de un sistema que no deja espacio para la crítica de los actores, significa la institucionalización de la esclerosis social y la firma de la sentencia de muerte de tal sistema.

En resumen, la ubicación de Cuba en este contexto sitúa el debate sobre el problema racial ante expectativas opuestas y contrastantes. Por un lado, se desarrolla ante la mirada de los que pretenden utilizar y encauzar sus resultados por los canales de la subversión interna, en un intento de ponerlos al servicio de sus planes de hegemonismo y dominación. Por el otro, ante los que esperan soluciones realmente originales del problema. Tal situación afecta a los interlocutores del debate, independientemente de sus deseos o intenciones, en tanto tiene lugar aprisionado por esas circunstancias. Sin embargo, la apertura de esta problemática, en este

contexto, desde una agenda que responde a las necesidades de la propia sociedad, expresa un nivel de madurez que permite asumir las tensiones, riesgos y retos metodológicos que entraña. A la vez, tiene la posibilidad de presentar una visión de la sociedad socialista más realista y desmitificada en todos los sentidos, como un proyecto no completado de sucesivas aproximaciones, de constante búsqueda y lucha por hacer cada día más digna la vida humana; pero susceptible de encerrar diversidades de hechos y opiniones, contradicciones, tensiones y áreas de conflicto. Con ello, lo normal, evidente y obvio tendría menos posibilidad de ser sobredimensionado, y temas que tradicionalmente han sido esgrimidos por las izquierdas y lo más progresista del pensamiento humano permanecerían del lado de la Revolución, sin espacio para ser utilizados por la reacción. Al abordar el tema desde dentro, sin ambages ni temores, no se da la oportunidad de interesadas interpretaciones, en tanto se muestra la capacidad de mirar sus propios problemas para buscarle remedio.

La sociedad cubana y sus determinaciones en el debate racial

El resurgimiento del debate sobre la cuestión racial durante los años 90 del siglo xx está muy vinculado a la crisis económica y los consecuentes reajustes que se fueron produciendo.

En este contexto se fue configurando una situación de múltiples aristas. Ante todo, el deterioro del nivel de vida y de consumo fue realmente dramático. El efecto de esta situación sobre las pautas de comportamiento y las representaciones de las gentes adquiere significación antropológica.

Tales condiciones, aparentemente comunes para todos, se sintieron con mayor o menor rigor en unas y otras regiones y segmentos de población. Los que contaron con más recursos de reserva, sufrieron menos sus efectos. Las reservas materiales, sociales y culturales con que pudo contar cada cual devinieron capital de gran valía para sortear los rigores de una cotidianidad dominada por la escasez. Esta trajo consigo el aumento de la competencia por la supervivencia, con lo cual se fueron reconfigurando fronteras anteriormente poco delineadas. Así, el micro-grupo social, de parientes o amigos instrumentalizados, fue adquiriendo mayor relevancia y visibilidad social. Se circunscribió y encerró en sí mismo para administrar y disponer de los escasos recursos a su disposición. Otras vías, de matriz étnica o nacional, con capacidad de canalizar solidaridades, se reactivaron y ganaron en significación.⁷

Ante este gigante de siete leguas, la Revolución cubana —agredida, acosada y acusada de dictatorial, totalitaria, de sociedad sin derechos civiles y democráticos—, en un acto de cimarronaje y disenso, ha venido desarrollando su obra de mejoramiento humano. Como obra humana, no solo implica el deseo de perfección, sino también el error, las imperfecciones y las contradicciones que encierra todo acto de hacer.

Fue también un momento de dudas en las ideas estructuradoras de la vida social, en donde por carencias en la mirada hacia el futuro se volvió la vista al pasado, del que se extrajeron multitud de prácticas casi olvidadas, pero efectivas para sobrevivir el presente. De este modo, viejas razones de diferenciación que permanecían adormiladas readquirieron significación subjetiva y visibilidad objetiva.

Por otro lado, las medidas de ajuste económico contribuyeron a configurar espacios de desigualdad, algunos de los cuales quedaron cruzados por el color de la piel. En la movilidad laboral hacia los sectores que operan con divisas, el turismo y la inversión extranjera, la población negra y mestiza encontró mayores barreras.⁸ El acceso a las remesas desde el exterior fue muy reducido para esta población, por el carácter predominantemente blanco que tuvo la emigración cubana después del triunfo de la Revolución. También encontraron desventajas para situarse en áreas de la actividad por cuenta propia de alta rentabilidad, tales como alquiler de viviendas y «paladares». En condiciones en que la tenencia de dólares actuaba como un factor fundamental en la demarcación de desigualdades —hasta el punto que un dólar diario obtenido por propinas u otras vías, llegó a representar más de diez salarios medios—,⁹ tales limitaciones para su acceso no solo devinieron expresiones de desigualdad *de facto*, sino también premisa y condición para que fueran percibidas y concebidas como tales, sobre todo por aquellos que las sentían. Las limitaciones para acceder a estas estrategias, más o menos aceptadas, les abría las puertas de la informalidad y otras prácticas ilegitimizadas, lo que contribuye a exacerbar prejuicios y modelos de representación estigmatizantes.

En otros sectores —también emergentes, aunque menos destacados en el debate—, como el de la música y el deporte de alto rendimiento, siguió existiendo un predominio de negros y mestizos, en lógica correspondencia con cierta tradición.¹⁰ Un adolescente blanco me hizo el siguiente comentario: «hoy en día hay tremendo racismo en el deporte, eso lo tienen copado los negros que nos discriminan y no nos dejan

entrar. Para que un blanco llegue a algo en el deporte tiene que ser un superdotado». Este comentario es la copia invertida de los escuchados muchas veces de labios de negros y mestizos respecto a su acceso al turismo o a las firmas extranjeras. El contraste de percepciones nos indujo a pensar que unida a las barreras de acceso que pudieron haber surgido desde el entramado de poderes, conscientes o inconscientemente racializados, la resignificación de determinados espacios económicos y sociales en medio de un deterioro generalizado de las condiciones de vida actuó como premisa básica para que tales diferencias se hicieran sentidas, concebidas y pensadas en términos de desigualdades raciales. Tal aprehensión de las circunstancias adquiere la fisonomía de un claro marcador de fronteras entre grupos raciales.

Las circunstancias anteriormente descritas se producen en una sociedad que había eliminado la propiedad privada sobre los medios fundamentales de producción. Su eliminación borró del contexto cubano uno de los marcadores de fronteras sociales más evidentes y nítidos. En este proceso, las élites del poder económico tomaron el camino de la emigración, con lo cual se eliminaron muchos obstáculos para que en el campo social interno se acortaran las distancias entre los diversos actores sociales. Este acercamiento —que lógicamente incluyó la sacudida y el desmarcaje, en muchos aspectos, del no lugar¹¹ asignado al negro por la historia, las costumbres, las etiquetas, los ideales, las ideologías y los sistemas de estratificación social—, se vio estimulado por una ideología y un discurso que enfatizan la unidad y sitúan a las clases populares como actoras de su propia emancipación, con lo que se abren amplios espacios de participación, de estar presentes y ser tenidos en cuenta. En esa diversidad de prácticas los negros y mestizos encontraron lugar y significación, fueron ganando en autoestima, sentido de dignidad y sensibilidad. Ello hace que el rasero para medir nuestras desigualdades no siempre sea coincidente con el de otros contextos, ni las categorías empleadas sean idénticas en su contenido y extensión, porque el nivel de sensibilidad con que son miradas las desigualdades, por pequeñas

que sean, es mucho mayor que donde esas distancias se mantienen fijas.

Durante todos estos años de indagación en el problema racial, he conservado en la memoria, como uno de los mejores presupuestos metodológicos para orientarme en sus contradicciones, el relato que escuché, en Florida, Camagüey, de una persona que por mujer, negra y descendiente de inmigrantes haitianos en Cuba, sabía muy bien, por haberlo sentido en carne propia, de lugares y posiciones. Este fue su relato:

—Antes de la Revolución si uno se montaba en una guagua, lo hacía con pena, apocado, sobrecogido. Procurábamos situarnos en el lugar más apartado, menos visible, procurando no rozar ni molestar con nuestra presencia a nadie, porque te sentías pequeñito y sin razón ante los demás. Si estabas en un asiento y se sentaba un blanco a tu lado y notabas que este se sentía incómodo, te parabas y te ibas para el fondo de la guagua. Si él ya estaba sentado y había un asiento libre, uno se hacía como el que no lo veía. Es que realmente uno se sentía chiquito, casi avergonzado y lo que sentías eran deseos de hacerte invisible.

—¿Y ahora? —le pregunté yo.

—¿Ahora? Si se me sientan al lado o yo me siento al lado de alguien y lo veo incómodo por mi presencia, ni me molesto; pero si me dice algo, le digo que se vaya él para el fondo, porque ese también es mi asiento.

Aquellos juicios reafirmaban la certidumbre de que las nuevas circunstancias habían modificado al ser mismo que actuaba modificándolas, que en el hacer y adueñarse de un lugar, ganó en sentido de la dignidad.

Por otro lado, a pesar de las profundas limitaciones materiales y carencias de todo tipo que impuso la crisis económica, el Estado y la dirección del país no renunciaron al camino de transformaciones sociales emprendido desde el inicio, y de paliar el golpe del modo más equitativo posible. En tal sentido, las desigualdades y su aprehensión se van a reproducir sobre un escenario en el que persiste una clara voluntad política por preservar el sentido de equidad y en el que prevalecen espacios de igualdad conquistados. Ello condiciona la actitud de los que se aproximan al debate y las percepciones de tales desigualdades.

Así, la aproximación al tema racial en Cuba transcurre en medio de la pugna entre lo solucionado, superado, dejado atrás, y lo reaparecido, conservado o potenciado durante la crisis de los 90. Son como dos polos de atracción que generan un movimiento pendular en las percepciones del problema, las cuales aparecen, además, muy influenciadas por las características históricas de la configuración étnica, nacional y de razas de la sociedad cubana. Algunos de estos momentos que marcan pautas y aportan significados a la cuestión son los siguientes:

1. La población cubana se forma, en lo fundamental, a partir de dos grandes corrientes migratorias: la

española y la africana, que se superponen a las poblaciones aborígenes de la Isla, que llegaron a ser reducidas hasta casi su extinción total. Hacia estas dos grandes corrientes migratorias, fluyen una gran cantidad de otros componentes: chinos, judíos, italianos, japoneses, norteamericanos, haitianos, jamaíquinos, portugueses, suecos, etc. La interacción de todos esos componentes y sus contribuciones a una cultura en gestación fueron aportándole a esta un cierto cosmopolitismo y sentido antixenofóbico. El trato fácil con el extranjero —más allá del sentido instrumental adquirido con la crisis—, el calor humano de las relaciones, parte esencial de esa magia que atrapa a quienes nos visitan, y la gran capacidad asimiladora de nuestro etnos en el que los descendientes de primera generación de muchos de esos componentes ya se sienten parte de él, quizás tengan como una de sus premisas aquellas condiciones originarias.

2. La formación étnico-nacional de lo cubano transcurrió en un intenso proceso dentro de un sistema colonial en el que se dibujó un opuesto, un «ellos» que oprimía a un «nosotros»; lo que actuó como un catalizador de la formación de la conciencia étnico-nacional. Ese principio de oposición defensiva, al pasarse el contrario de lo español a lo norteamericano, ha sido una constante de la alterización, a lo largo de toda la historia nacional. En tal sentido, las contradicciones internas, incluyendo las raciales, siempre han aparecido subordinadas, de algún modo, a las que se derivan del exterior. Ello también especifica el problema en Cuba.
3. Un conjunto de circunstancias económicas y sociales determinaron que la maduración de esa conciencia nacional y el consecuente proyecto independentista, se retardara respecto al resto de América Latina. El retardo y el consecuente enfrentamiento con la potencia colonial, cuando ya casi nadie se ocupaba de esos trajines en el mundo, condicionó la necesidad de potenciar los factores internos. Nada ni nadie podía ser excluido del empeño de ganar la independencia frente a la metrópolis colonial. Así, en las guerras por la independencia —a pesar de las contradicciones internas en el campo de la revolución, derivadas de la experiencia de siglos de explotación esclavista—, se produjo un escenario de cooperación inter-racial quizás único en el mundo y en su tiempo.
4. De la experiencia de esa lucha, se fue formando un pensamiento en torno a la cuestión racial que tiene en Martí a su máximo representante, cuando expresó: «Hombre es más que blanco, más que negro, más que mulato, dígame hombre y se dirán todos los derechos», un paradigma de igualdad, alcanzable a

través de la revolución social y el mejoramiento humano. Ese ideario cruza y penetra la psicología social atemperando los prejuicios y contribuyendo a conformar un modelo muy bajo de permisibilidad social del racismo. Se levanta también como una meta que alcanzar, con lo que sirve de brújula para orientarnos en las incertidumbres, contradicciones y retrocesos de la cuestión racial, sin tener que copiar experiencias foráneas.

5. El racismo, como componente de las ideologías y las prácticas de dominación —reforzado por la experiencia de siglos de esclavismo, subordinación y dominación de los sectores de la población de piel más oscura—, se inscribió también en la cultura y la psicología social. La capacidad que tiene de generar sentidos, determinar prácticas y exaltar sentimientos, no se puede subestimar. Todavía hoy, en la población cubana es posible encontrar personas cuyos abuelos o bisabuelos fueron esclavos o dueños de esclavos, por lo que las consecuencias de aquella situación aún están muy próximas en el tiempo y en el sentir. Ello condiciona las percepciones y evaluaciones que hacen de su mundo, y la forma particular de asimilar las ideologías raciales. Por otro lado, el profundo mestizaje que se empezó a producir desde que el primer español llegó a Cuba modula, acota y constriñe ese racismo. En consecuencia, las condiciones estructurales y generatrices de la sociedad cubana determinan que el racismo que se ha inscrito en la cultura se mueva y fluctúe en una ensalada de contradicciones y puntos polares. En sentido general, este puede ser caracterizado como un racismo sociológico,¹² más diferencialista¹³ que excluyente, y de baja intensidad.¹⁴ Sus expresiones se dan más a nivel de prejuicios raciales y de una discursividad replegada fundamentalmente al ámbito de lo privado y los grupos más íntimos. Ello no quiere decir que carezca de posibilidad de generar desigualdades, exclusiones y espacios de discriminación. Al reproducirse y entronizarse en la red de relaciones sociales, puede asentarse en determinados nichos de poder para proyectar, a nivel social e institucional, su efecto maléfico.
6. Todo ese proceso histórico-social se desenvuelve en una isla de apenas unos 110 000 kilómetros cuadrados y en algo más de quinientos años, lo que le aporta un sentido de ritmo e intensidad característico.

La lista de circunstancias históricas —que en un examen más cuidadoso podría incrementarse y hacerse más específica en sus contradicciones y matices—, completan el escenario sobre el que se reproduce el debate del problema racial en Cuba. De algún modo,

estas circunstancias moldean la cuestión y se reflejan en las actitudes y percepciones de los que en él participan, en tanto constituyen precedentes vivenciales que subyacen inscritos en el universo cultural.

Al inscribir el problema en el eje de la sociedad en la que se reproduce, se abre una serie de problemas, entre los que es posible destacar:

- a. Aparece configurada una situación contrastante, con dos polos bien definidos, de la que se derivan otras problemáticas. Por un lado, resalta cómo, en medio de un profundo proceso de apoderamiento de las capas populares y transformación radical de la estructura social, los actores anteriormente oprimidos ganan en dignificación, a la vez que el modelo de permisibilidad social del racismo se reduce a la mínima expresión. Como resultado de tales circunstancias, el problema fue cayendo en un estado de adormecimiento y subordinación dentro de las jerarquías de motivos. Ello llegó a un punto que, para muchos, se confirmaba la creencia de que se había llegado a su solución definitiva, con lo que se consideró comprobada determinada corriente del pensamiento marxista que subordina el problema racial al de clases.¹⁵ Según esta idea, la solución de este último trae aparejada automáticamente la del primero, y corresponde a la educación barrer con los restos que puedan quedar. Por otro lado, se levanta la cuestión de cómo en determinadas condiciones, en este caso la crisis, el problema comienza a visibilizarse y adquirir agudeza, al reproducir, con el color, viejas desigualdades no superadas y emerger otras nuevas; lo que vino a demostrar que el problema permaneció latente, esperando el momento para resurgir de sus cenizas. Ello genera un área de incertidumbre respecto a la tesis que subordina, de forma lineal, el problema racial al clasista. La eliminación de los antagonismos de clases contribuye a la solución de la cuestión racial, pero no logra abarcarlo en su totalidad. Por tanto, el espíritu de espontaneidad en este campo conduce a favorecer su reproducción y conservación.
- b. El hecho de que su preservación y resurgimiento acontezca dentro de un panorama caracterizado por profundas transformaciones sociales apunta a que estas son incompletas todavía, por lo que deben ser replanteadas constantemente en un continuo perfeccionamiento y reajuste. También evidencia que los cambios sociales más globales y tangibles dejan espacio para la reproducción de estructuras oprimentes, como las raciales con capacidad de hacerse funcionales en la gestación de desigualdades y discriminaciones objetivas. De este modo, el reto es de ir desentrañando los mecanismos y condiciones

- que han permitido su pervivencia y reproducción, y el de la gestación de los procedimientos de su neutralización y extirpación.
- c. La resistencia de los prejuicios y su capacidad de objetivarse en las desigualdades, a más de cuarenta años de educación e instrucción —sin negar de plano la importancia de esta para la eliminación o reducción de aquellos—, deja abierta la cuestión de la educación del educador. Ella puede actuar en sentido inverso, al transmitir creencias, moldes y estructuras de pensamiento que contribuyen a la preservación de actitudes racializadas. Por tanto, junto a la educación del educador, se plantea, como una necesidad concomitante, la de la reeducación de la propia educación.
 - d. El contexto y la aproximación social de los diferentes actores han contribuido a generar un escenario en el que se pone de manifiesto, como en ningún otro, que la opresión que se deriva de las razas afecta a blancos y negros, por lo que no es exclusiva de estos últimos. Hace poco, en un trabajo de terreno entre estudiantes universitarios en el que realizábamos una técnica de grupo, apareció el problema de las razas y las relaciones amorosas y sexuales. Una joven blanca solo pudo presentar el problema de su propia experiencia en el que estaban involucrados la abuela, la madre y su esposo —un hombre negro— y ella. Lo único que llegó a decir fue: «es terrible, traumático», porque se echó a llorar. Sus lágrimas me enseñaron cuánto de opresión hay también para el que oprime por la raza. Ante ella, el principio de plenitud y felicidad pierde todo sentido, trocándose en sufrimiento y conflictividad, en un contexto de aproximaciones interraciales como el nuestro.
 - e. El camino para la solución del problema, en un proyecto social como el cubano, debe dirigirse a romper el círculo fatal según el cual los subordinados de un día, al hacerse del poder, reproducen los mismos mecanismos de dominación de sus opresores de antaño. La cuestión no radica en invertir el problema, sino en tratar de extirparlo, y ello debe ser obra de blancos y negros. Por tanto, el negro no puede liberarse de los lastres raciales que históricamente lo han oprimido si no libera también al blanco de esas cadenas. Otro tipo de planteamiento de la cuestión conduce necesariamente a su reproducción en otro plano.
 - f. Muchas de esas estructuras oprimentes están insertas en la cultura, en determinados modelos de configuración de representaciones que se alimentan en las prácticas. Se trata de un trabajo paciente ir detectando y zafando nudos —tanto los ya existentes como los que se forman al desatar otros—, para lo

cual, en muchas ocasiones, la ideología y «la historia del heroísmo trascendental», como la llama Miguel Limia —muy eficiente para la etapa destructiva—, se torna insuficiente. Para esa tarea, se requiere de una historia social que saque a la luz los problemas que han quedado ocultos, que preste atención a la vida y las prácticas de los oprimidos, sujetos y objetos de la transformación revolucionaria.¹⁶ Ello está todavía por hacer, a pesar de su necesidad para la elaboración de una ideología constructiva que asuma las contradicciones de la vida y se aproxime más a la cotidianidad de las personas.

- g. Las limitaciones que impone la carencia de una historia social, entre otros factores, aconsejan una actitud cautelosa al implementar medidas y asumir paradigmas teóricos, lo que no quiere decir que se renuncie a enfrentar el problema cuando se produzca. A lo anterior se suma el estado en que se encuentra el estudio de la problemática en estos momentos que, según mi percepción, no ha salido todavía del asombro de haberse encontrado con la reproducción de un grupo de desigualdades, y del diagnóstico de estas.

Las relaciones raciales

El debate aparece condicionado por su propio objeto: las relaciones raciales, o sea, el conjunto de interacciones específicas entre grupos y personas distinguidos por características físicas significadas social y culturalmente; así como sus expresiones en los planos axiológico-valorativo, institucional y estructural. En muchas ocasiones, el conjunto de estas relaciones aparece representado de forma homogénea; por ello se deducen propuestas de acciones generales y estandarizadas. Sin embargo, tal representación se torna endeble cuando se enfrenta a la experiencia empírica. Una mirada panorámica del fenómeno, en nuestra realidad, es suficiente para poner de manifiesto su heterogeneidad y la variedad de situaciones que esconde.

Las relaciones raciales se configuran en una diversidad de espacios y tiempos superpuestos o entretejidos en la que las contigüidades sucesivas se influyen recíprocamente, de modo que las modificaciones en unos no resultan solo de las dinámicas internas, sino también de las transformaciones que se producen en los contiguos. Ello permite comprender la razón por la cual no es posible extraerlas completamente de los contextos y espacios internacional y nacional, así como de la lógica de las determinaciones mutuas entre ellos.

La noción de espacio no se limita, en general, a la disposición de unos objetos y lugares respecto a otros, sino que supone, además, la interacción, el movimiento

y con ello la temporalización. Esa cualidad intrínseca de dinamismo posicional es la que permite distinguir la configuración de espacios antropológicos como lugares practicados y prácticas localizadas. El accionar de los humanos entre sí y con el medio natural se realiza en contextos sociales y naturales específicos, determinando que su existencia sea eminentemente espacial. De este modo, el conjunto de prácticas desarrolladas —que se asientan en la cultura como actividad acumulada, condensada en el instrumental creado y en una experiencia que direcciona, modula y envuelve culturalmente los haceres para darle un carácter presente, vivo y funcional a esa cultura—, al circunscribirse, va generando pautas de posicionamiento en un adentro y un afuera, y determinados modos de hacer y representarse que se distinguen unos de otros. No resulta tampoco un espacio único, sino que pueden aparecer tantos como modos de actividad o experiencias espaciales existan.

Desde las premisas anteriores, es posible comprender la diversidad de situaciones o espacios dentro de las relaciones raciales y como estos se van sobreponiendo o entrecruzándose para formar cierta unidad en lo diverso. Algunos de los momentos en los que se pone de manifiesto lo anterior son los siguientes:

1. *La filiación socio-laboral.* Durante todos estos años de indagación en torno a la cuestión racial¹⁷ se han evidenciado diferencias significativas en las percepciones de las desigualdades entre obreros y trabajadores intelectuales.¹⁸ Del mismo modo, el discurso racial es mucho más estructurado entre estos últimos y tienen más latencia las asignaciones estereotipadas a los grupos raciales, mientras que entre los obreros son más abundantes los juicios neutros y que no califican. El tipo de actividad —marcada por el accionar colectivo y la cooperación entre los obreros y la competencia y la acentuación de la individualización entre los intelectuales—, contribuye a configurar una experiencia y un posicionarse ante el mundo que influye en esa diferencia de percepción. Se producen, incluso, situaciones en las que hechos considerados ofensivos en un contexto, son mirados con entera normalidad en otro.
2. *El ámbito en el que se desarrolla la vida laboral.* Como hemos explicado, en la economía cubana durante los 90 se fueron destacando dos sectores: uno vinculado a la economía del dólar, potenciado o surgido con la reforma económica, como el turismo y las firmas extranjeras, al que hemos dado en llamar sector emergente, y otro que incluye al resto de la producción y los servicios que por contraposición denominamos no emergente. La delimitación de

estos sectores permitió observar diferencias y matices en las representaciones raciales.¹⁹ En general, existe una mayor percepción de las diferencias en el sector emergente que en el no emergente. Del mismo modo, entre los trabajadores del turismo aparece acentuadamente la idea de nuestro mestizaje como un rasgo identificador. Quizás el contacto intercultural más intenso de estos contribuya a enfatizar esa percepción. En las firmas extranjeras, donde la presencia de negros y mestizos es muy baja, predomina un discurso que tiende a asignarles rasgos estereotipados de carácter sociocultural a los diferentes grupos raciales, a la vez que se muestra más elaborado y cargado de elementos de racismo. En general, donde la competencia se enfatiza se hace mayor el nivel de percepción de las desigualdades y la agudeza de las evaluaciones de carácter racial; por el contrario, donde prima el trabajo colectivo y la cooperación, se atenúa.

3. *La edad.* Son los tiempos vividos y preservados en la experiencia y la memoria de cada uno de los grupos de edades los que van, en cierto sentido, a sintonizar la mirada del presente. Por tanto, el lente con que se miran los acontecimientos no es fijo, sino móvil y cambiante. De este modo, las percepciones de la persistencia de formas de discriminación racial en la sociedad cubana actual cambia significativamente entre unos grupos de edades y otros. Aquellos que llegaron a la Revolución en la adolescencia y la juventud temprana —que se apropiaron de los ideales de igualdad, hicieron suya la utopía sin matices mediadores, y se sumaron a su construcción con pasión y entrega— son los que con más frecuencia señalan esas desigualdades y se muestran más críticos ante ellas. Entre los más jóvenes, nacidos en el proceso de institucionalización de la Revolución, ello se atenúa. Sin embargo, es en el grupo de personas mayores de 65 años donde la confluencia de tiempos se manifiesta con particular claridad. Entre ellos se manifiesta el nivel más bajo de percepción acerca de la persistencia de discriminaciones raciales. Incluso entre los negros de este grupo de edad se hace muy bajo, y entre los negros obreros masculinos es sencillamente insignificante. Ello refleja una experiencia vivida en etapas anteriores, que utilizan como referente de comparación para concebir y aprehender el estado de cosas circundantes y el tipo de desigualdad a que se enfrentan. Por otro lado, en este grupo de edades es donde aparecen, a la vez, estereotipos raciales mucho más claros, dibujados y estables; lo cual es, sin lugar a dudas, expresión concreta de la apropiación de un lugar, en condiciones en las que los espacios estaban bien marcados y asignados;

El resurgimiento del debate sobre la cuestión racial durante los años 90 del siglo xx está muy vinculado a la crisis económica y los consecuentes reajustes que se fueron produciendo. Tales condiciones, aparentemente comunes para todos, se sintieron con mayor o menor rigor en unas y otras regiones y segmentos de población.

situación que arrastran consigo y preservan, para seguir cargando con sus tiempos.

4. *Las condiciones de endoenculturación y su relación con la endogamia racial.* Una parte importante y básica de la apropiación cultural de los seres humanos se produce en el medio familiar. En tal sentido, la composición racial del grupo doméstico constituye un elemento de base para la reproducción y configuración de fronteras entre grupos. En general, las indagaciones realizadas en este campo han evidenciado que prevalece una clara tendencia a la endogamia racial,²⁰ o sea, la conformación de matrimonios y familias dentro de un mismo grupo racial. Esta tendencia se reproduce en todos los estratos sociales, aunque de forma más atenuada en los sectores populares. El nacimiento y la convivencia de los individuos en familias constituidas por personas de una misma apariencia física crean una premisa básica para la reproducción del grupo y para la asimilación de elementos de la cultura que tienden a marcar distancias y establecer categorías. Al lado de esta tendencia existe otra que, aunque más atenuada, resulta igualmente significativa, sobre todo en los barrios de población fundamentalmente obrera. Un porcentaje importante de familias, que sobrepasa el 30%, está formado por personas de diferentes grupos raciales en todas las combinaciones posibles. Contrario a lo anterior, ello apunta al desmarcage de límites y a atenuar las identidades raciales, haciendo que las fronteras se muestren discontinuas e imprecisas. Este tipo de familias se hace más frecuente en condiciones tales como:
- Estructuras familiares más complejas. Por ejemplo, aparece más en las familias extendidas que en las nucleares.
 - Los jóvenes aparecen como jefes de núcleo.
 - Familias numerosas.
 - Familias al frente de las cuales aparecen obreros o trabajadores de los servicios.
 - Presencia de mujeres al frente de familias, en especial cuando son acompañadas por el cónyuge.
 - Ubicación del núcleo familiar en cuartos de ciudadelas o solares.
 - Reconstitución de la familia nuclear; o sea, se hace mucho más frecuente entre las familias nucleares

completas que han sido reconstituidas por segundos, o más, matrimonios de los jefes de núcleo.

5. *El conjunto de circunstancias, moldes de actividad y características culturales que configuran diferencias regionales, locales y/o barriales.* Las investigaciones realizadas han permitido develar diferencias de matices en las representaciones raciales en diferentes regiones del país. Donde con más fuerza ello se ha puesto de manifiesto es en una investigación recién concluida en un barrio de ilegales, en La Habana, formado por emigrantes orientales. Esta población, que vive en condiciones de marginalidad, es mayoritariamente de negros y mestizos. Estos aparecen, dentro de las condiciones de miseria, con un ingreso medio per cápita superior al de los blancos que allí residen. En estas condiciones, se observa una franca tendencia a la asimilación de los blancos. La mayor cantidad de matrimonios de estos es con negros o mestizos, lo que constituye un fenómeno atípico, ya que como fue explicado, en nuestro país la endogamia racial se preserva en todos los estratos sociales, en especial entre los blancos. Este es un rasgo que denuncia que, dentro de la comunidad, las determinaciones y representaciones raciales carecen de significado y han perdido muchos de sus sentidos, acallados por el proyecto de resistencia colectiva y los rigores de una vida cotidiana adversa.

La diversidad de situaciones o espacios que se reproducen en las relaciones raciales crea las premisas para entender que la configuración de una identidad de grupo bien delineada, que dé lugar a un movimiento centrado en la pertenencia racial, es poco probable. En este caso, el opuesto que aglutina, consolida la unidad identitaria interna, y le da sentido y dirección al movimiento, aparece bastante desdibujado. Por tanto, para nuestras condiciones concretas, no es un movimiento negro que contribuya a especificar la negritud y, por extensión, a especificar a otros grupos, lo que se dibuja como una solución al problema. Habría que preguntarse, además, si ante estas circunstancias, tal movimiento llegaría a tener una base social amplia, más allá del grupo de intelectuales que lo promuevan. La

cuestión entonces radica en mantener una cruzada de blancos y negros contra el racismo y todas sus expresiones y manifestaciones, en el campo de la acción y en el de la investigación, de modo que sus lastres y efectos reductores de la condición humana sean proscritos de nuestra sociedad.

Notas

1. Se comprende que los riesgos por los que atravesamos desbordan la relación dominante/dominado, para abarcar el de la existencia misma. El nivel tecnológico con que hoy cuenta la humanidad es suficiente para autodestruirse, a lo que puede conducir el camino de la fuerza y la violencia. Por el contrario, una ética y una cultura de la equidad podrían constituir un instrumento para enfrentar los desafíos que entrañan esas tecnologías en manos de los seres humanos. De aquí que uno de los ángulos principales hacia los que apunta el problema es el de la ética.

2. Sobre el vínculo del discurso racial con las tendencias más conservadoras globalmente instituidas y las dinámicas globalizadoras de este, Michel Foucault escribió: «La temática racista no aparecerá ya, en ese momento, como instrumento de un grupo social contra otro, sino que servirá a la estrategia global de los conservadurismos sociales» (*Genealogía del racismo*, 3ª lección, 1976).

3. Existe toda una corriente de pensamiento que vincula el nacionalismo y la construcción de las naciones modernas con el racismo. Entre sus representantes se pueden contar figuras tales como Michel Foucault, Immanuel Wallerstein y Etienne Balibar.

4. La modalidad del racismo cultural parte de aceptar el derecho a la diferencia y el respeto a la cultura del otro, pero a la vez mantiene aisladas a esas culturas, en nombre de ese derecho, creándoles verdaderas barreras a sus representantes para integrarse en la sociedad.

5. Eugene Harow Horowitz, «El desarrollo de la actitud hacia los negros», *Archivos psicológicos*, n. 194, Nueva York, 1936, p. 194.

6. La actitud dominante aparece revestida por el racismo. Es un fenómeno social que integra, en una dialéctica compleja, a doctrinas (ideologías), discursos, representaciones y prácticas que se articulan en torno a estigmas de alteridad, organizando sentimientos, actitudes y posicionamientos sociales. Se enfila a la diferenciación, distanciamiento y segregación del otro mediante el reforzamiento de sentimientos comunitarios o identidades rígidas, que se alimentan con el miedo al contagio, el sentimiento de preservación de la pureza del grupo con su concomitante inferiorización y estigmatización del otro y en las ventajas que crea para someterlo, explotarlo y dominarlo.

7. Me refiero en este caso al florecimiento que experimentaron las sociedades de matriz étnica nacional que existían en el país, tales como la de canarios y gallegos, las patronímicas chinas, y otras. Incluye también la aparición de sociedades como la Yoruba y cierta tendencia a un retorno a África que se produce en determinados círculos religiosos de origen africano. Estos procesos solo han sido estudiados de forma puntual, y muy aisladamente.

8. Las barreras de referencia fueron de diferente naturaleza, incluyen desde moldes estéticos de percepción de lo bello o adecuado, hasta prejuicios estigmatizantes de lo negro. Al respecto puede consultarse el trabajo nuestro con Rodrigo Espina, «Raza y desigualdad en la

Cuba actual», *Temas*, n. 45, La Habana, enero-marzo de 2006, pp. 44-5.

9. Esta relación se ha venido modificando, tanto por la elevación del salario medio, como por la disminución de la tasa de cambio del CUC. A 25 pesos por CUC y con un salario medio de 371 pesos, un dólar diario representa 2,02 salarios medios.

10. Respecto a estos sectores se carece de datos que permitan hacer una evaluación acertada del estado del problema. En este caso nos atenemos a un tipo de representación que lo percibe así y que se corresponde con una presencia significativa que tiene la población negra y mestiza en la música desde la colonia, y su visibilidad en el movimiento deportivo revolucionario.

11. No atenemos en este caso a la idea de lugar que propone Michel de Certeau (*La invención de lo cotidiano*, Universidad Iberoamericana, 2000, p. 129), como el imperio de lo propio e indicación de estabilidad. Para el negro, lo que reservó la historia fue el escamoteo de lo propio y la negación de la estabilidad, que incluyó tanto a su propio ser, con la esclavitud, como la de su trabajo y su cultura negada y vilipendiada. Por tanto, se trata realmente de un *no lugar* desde el que debió reconstruir su existencia.

12. Existen diversas clasificaciones de las modalidades y niveles de expresión del racismo que, de algún modo, hacen referencia a sus causas, con la idea, más o menos explícita, de que la supresión de estas, conducen a la neutralización de los efectos. En este sentido aparecen referencias a un llamado racismo doctrinal, al espontáneo, al institucional y al sociológico. En gran medida, la última distinción se sobrepone a la primera; aunque el llamado racismo sociológico supone una dimensión dinámica y de coyuntura que desborda la psicología del prejuicio. Para otros autores como Stokely Carmichael y Charles Hamilton (*El poder negro*, Editora Política, La Habana, 1967), el racismo puede ser abierto e individual, o no declarado e institucional. Para estos autores, el institucional no tiene que ser explícito, ni parecer intencionado. Aparece arraigado en prácticas rutinarias, en el funcionamiento de las organizaciones, en la etiqueta aceptada por todos, convirtiéndose en una propiedad estructural del sistema. Robert Fridman, por su parte distingue cuatro niveles de expresión en los Estados Unidos: a) Es estructural. Está inscrito en la estructura social; b) Es procedimental; es decir, aparece en políticas y procedimientos; c) Es sistémico; o sea, tiene presencia en diversos sectores que se unen entre sí; d) Es ideológico, pues se afirma en las creencias, representaciones y teorías que lo justifican.

13. La idea de racismo diferencialista según la entiende Etienne Balibar es una modalidad del fenómeno que a primera vista no postula la superioridad de determinados grupos o pueblos respecto a otros, sino que afirma simplemente la nocividad de la desaparición de las fronteras, la incompatibilidad de las formas de vida y de las tradiciones. Se basa sobre todo en la irreductibilidad de las formas culturales y la consecuente unidad cultural e identitaria del grupo. Al distinguir el racismo diferencialista del de desigualdad autores como Pierre-André Taguieff y Michel Wieviorka (*El espacio del racismo*, Paidós, Barcelona, 1992), reconocen la existencia de dos lógicas del racismo y consecuentemente del accionar: una que apunta al trabajo de la sociedad sobre ella misma, sus conflictos sociales, desigualdades, fenómenos de estratificación y movilidad, y otra, hacia los grupos o comunitarismos raciales, sobre las apelaciones de estos a la homogenización, la pureza y el rechazo a lo diferente.

14. La violencia racial es muy rara en Cuba. Aparece de modo localizado y circunscrito, a lo sumo, a la violencia verbal. La segregación, por su parte, es bastante atípica. No es posible hablar de barrios exclusivos de negros, ni de un imaginario social que los identifique y separe. Tampoco de solares o ciudadelas habitadas

solo por negros. Ni en los juegos Abakuá se reproduce esa segregación. Solo se conoce de un juego exclusivo de negros, los Efori Guman; pero aun este admite al menos a un blanco que es, además, plaza del juego. Al respecto pueden examinarse los trabajos de Ramón Torres Zayas («Relación barrio-juego Abakuá en la ciudad de La Habana», Tesis de maestría, Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de La Habana, 2004. Inédito), que demuestra que la mayoría de los juegos que hoy subsisten no derivan directamente de los creados por los africanos, sino del primer juego de blancos juramentados en el siglo XIX, el Acanaran Efor.

15. Esta es una corriente de pensamiento que ha tenido bastante difusión y que en cierta medida no considero en su justa medida ciertos vacíos que se encuentran en las obras de los clásicos. El propio Marx llegó a concebir a las razas como un factor natural, con influencia en los niveles de desarrollo. Así, por ejemplo, en «Fundamentos de la crítica a la economía política» (Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970, p. 26), podemos leer: «También puede resultar que ciertas razas, aptitudes, clima, condiciones naturales [...], sean más favorables que otras para la producción». Es posible encontrar pasajes semejantes en otras partes de esta misma obra, en «Formas anteriores de la producción capitalista», y en otras. En esa etapa, el pensamiento martiano quizás sea una excepción, ya que no se dejó arrastrar por los cantos de sirena del racismo científico.

16. Me refiero a una serie de instituciones, prácticas cotidianas y actitudes o pautas de comportamientos que se reproducen con cierta fuerza de necesidad o condicionalidad en los grupos oprimidos y oprimentes, ante las cuales la moral y el pensamiento pequeño burgués se muestra ruborizado, por lo que trata de virarle el rostro. Hablo de la historia de las gentes sin historia en la que figuras como Juan Pérez de la Riva y Pedro Deschamps sentaron algún precedente y que hoy en torno a la admirable obra de María del Carmen Barcia, y otros intentos aislados, pugna por ganar reconocimiento y apoyo institucional. Entre estos temas están, por ejemplo, la historia del

delito y la delincuencia en Cuba, que en el Instituto de Historia de Cuba trata de mantener abierto Yolanda Díaz, los del Abakuá y el barrio, los del «ambiente», el de la Santería, sus personalidades y preceptos éticos, los de la prostitución, y otros muchos que todavía permanecen en la oscuridad. Esta tarea tiene, en cierto sentido, el valor de contribuir a ir racionalizando áreas que permanecen agazapadas en cierto subconsciente colectivo.

17. Las referencias que utilizamos aparecen en un conjunto de artículos e informes de investigación entre los que es posible citar a Pablo Rodríguez y Lázara Carrazana, «La cuestión racial ante la crisis y la reforma económica», Informe de investigación, 2000. Inédito.

18. El concepto de trabajadores intelectuales que hemos utilizado a lo largo de la investigación incluye a la intelectualidad técnica y a los que se desempeñan en la organización de la producción y los servicios. De este modo, abarca a los dirigentes, los profesionales, los técnicos y los trabajadores administrativos.

19. Véase Pablo Rodríguez y Lázara Carrazana, ob. cit.

20. Véase al respecto Pablo Rodríguez, *La inter y la intrarracialidad en las estructuras familiares. Un estudio en barrios populares de Ciudad de La Habana*, CIESAS, México; Instituto de Investigaciones para el Desarrollo (Francia), e Instituto Colombiano de Antropología e Historia, México, DF, 2005.

El delito no existe. Entrevista a Nils Christie

Rafael Hernández

Politólogo. *Temas*.

Conocí a Nils Christie en su Instituto, una mañana de primavera noruega extrañamente cálida. Con un tono de voz casi susurrante y una sonrisa de sacerdote bonachón, nos explicó los avatares de sus primeros intentos por introducir la sociología en la formación de los criminalistas, sus inicios en el estudio de los sistemas penitenciarios, y sus experiencias con los recursos de la mediación de conflictos como alternativa al castigo. Luego nos llevó en la caminata que hace todos los días hasta su casa, en un barrio donde menudean los inmigrantes, mientras nos hablaba de las diferencias culturales como ingredientes de los conflictos, y la carencia de esta dimensión en su comprensión y tratamiento.

Agradezco a Ramón de la Cruz y al embajador Jan Tore Holvik por permitirme conocerlo y facilitar nuestro encuentro, en Oslo y también en La Habana, donde Christie ha participado en intercambios y conferencias; así como a Daybel Pañellas, quien colaboró en la preparación del cuestionario y en esta entrevista, realizada durante la última estancia del sociólogo noruego en nuestro país, a mediados del pasado noviembre. Le agradezco muy especialmente a él, por su tiempo y paciencia con mis inquisiciones, por su obra reconocida internacionalmente acerca de estos temas, cuyo interés podrán advertir nuestros lectores en las páginas siguientes.

R. H.: *¿Cómo definiría usted el delito? ¿Es un fenómeno legal, moral, cultural?*

N. C.: Para provocarlo, quiero decirle que el delito no existe. Es un concepto construido, sin un significado determinado. Algunas personas quieren extenderlo a muchas cosas; otras, reducirlo prácticamente a nada; otras más, no pueden vivir sin este concepto. Es una especie de conducta indeseable que moviliza a las instituciones oficiales encargadas del control de una sociedad. Para describirlo, suelo utilizar el siguiente ejemplo: uno deja un dinero en la cocina para que cuando los hijos lleguen a la casa puedan ir a comprar pan u otros alimentos. Un día, el dinero no está allí, y tampoco el hijo o la hija. Resulta entonces que el hijo regresa a casa muy tarde, y uno se percata de que fue él quien lo tomó. Cuando el padre y la madre averiguan, resulta que lo había cogido porque estaba perdidamente enamorado por primera vez en su vida, y esta acción se le había hecho imperativa, pues quería llevar al cine a su amada. Está claro que, en la mayor parte de las familias, los padres entenderían lo ocurrido y no verían la acción del hijo como un robo, ni percibirían al

muchacho como un ladrón. Pero si el dinero se hubiera perdido el día anterior, cuando el hijo del vecino había estado en la casa, su condición de no ser miembro de la familia les habría hecho redefinir la situación y la describirían entonces como un robo: «Fue el hijo del vecino, que es un ladrón». Es decir, cuando existe una mayor cercanía con la persona, así como ocurre cuando se comprenden las motivaciones de la acción, se imponen determinados criterios que harían muy improbable juzgar ese acto como robo. Pero si las mismas personas no saben nada, excepto el hecho de que el dinero desapareció, mostrarían una tendencia muy fuerte a calificarlo como tal. Si en lugar de intentar definir el «robo» se viera lo sucedido como un problema de conducta indeseable, y se pensara en lo que se puede hacer al respecto para que no vuelva a repetirse, el asunto tendría otro carácter.

R. H.: *¿Se trataría, entonces, de la aplicación de reglas morales diferentes, según la acción sea cometida por un miembro de la familia u otra persona?*

N. C.: Así es.

R. H.: *En ese caso, ¿podríamos decir que lo que llamamos delito depende solo de la perspectiva moral con que valoramos una misma acción?*

N. C.: Sí. Además, mientras más sepamos de la acción y de quién la cometió, menos necesitamos simplificarla llamándola delito. Podríamos, en cambio, decir, «Ah, es un joven que está muy enamorado». Eso lo entendemos, y entonces empezamos a recordar todas las veces en que fue honesto y brindó ayuda en la casa, y terminamos pensando: «Quizás le he estado dando muy poco dinero para sus gastos». Y ahí tenemos una imagen mucho más completa y abarcadora de lo que pasó.

Para discutir en torno a la calificación de una acción, me gusta disponer del relato completo, con una descripción detallada de lo que ha sucedido, porque eso nos brinda muchas más posibilidades para enfrentar la conducta indeseable. Sobre todo es importante mantener abierta la comunicación con la persona que cometió la acción, para que podamos relacionarnos con ella otra vez, y no tener que decirle: «Eres un ladrón, vete de aquí». Esa es la gran diferencia entre un Estado de bienestar y un Estado cada vez más policial. En el primero, existe la idea de querer incluir a toda la población, en el sentido de que todos sean considerados noruegos comunes (en mi caso) o cubanos comunes (en su caso), esforzándose por socializarlos en cuanto a tipos de correcciones comunes y corrientes, en vez de utilizar las torpes herramientas del aparato legal. Digo torpes, porque en el sistema de derecho penal, por ejemplo, se opera con dicotomías: culpable o

inocente, delito o no delito. Sin embargo, la vida es mucho más compleja y tiene numerosos matices. A veces logramos vivir de acuerdo con grandes ideales; otras no. Por eso es tan importante en mi sistema de valores lograr ver a las otras personas como seres con capacidades e incapacidades, para poder relacionarnos con ellas de una manera mucho más racional y normal.

R. H.: *¿Los llamados delitos se producen de forma diferente según la sociedad?*

N. C.: Sí. En el caso de una sociedad altamente competitiva de libre intercambio orientada hacia el dinero, donde se pone mucho énfasis en ganarlo y muy poco en la atención a las redes sociales, las personas no se conocen muy bien entre sí. Cuando se afrontan problemas, la única opción es llamar a la policía, porque no hay vecinos en quien apoyarse, no se tiene confianza en ellos, ni se sabe cómo manejar a una persona que de repente hace algo que a uno no le gusta.

Por ejemplo, en mi país ya la gente no se conoce bien, y resulta algo peligroso decirle a alguien en la calle que no se siga comportando de alguna manera, digamos, uno que está orinando en una esquina muy concurrida, o alguien que entra en un lugar sin permiso del dueño, o incluso si vemos a un hombre golpeando a su esposa. Dudamos antes de intervenir en cualquiera de estas situaciones. Pero si vemos a un policía, enseguida le pedimos hacer algo. Si conociéramos a ese hombre, él trataría de no abofetear a su esposa, porque le resultaría embarazoso que lo supiéramos. Pero si yo lo conociera y aun así él lo hace, y yo lo veo, siempre podría acercarme a su esposa y preguntarle si necesita protección, o si quiere que la ayudemos, o si desearía quedarse esa noche en nuestro apartamento. Se puede hacer todo eso sin acudir al sistema penal oficial.

R. H.: *¿Quiere usted decir que no hay algo como el delito, sino que todo depende de la forma de enfrentarlo?; ¿que existe una gran diferencia entre un suceso cualquiera y uno que se considera delito, solo por la forma en que se le trata?*

N. C.: Precisamente en estos momentos estoy escribiendo sobre los conceptos y términos que utilizamos en nuestro discurso cotidiano, y también es un tema sobre el que imparto conferencias a mis estudiantes. Trato de crear conciencia sobre la necesidad de evitar el empleo de conceptos abstractos, al menos mientras sea posible. Debemos ser específicos, explicar lo sucedido, en vez de decir «eso fue un robo», o de decir, «todo asesinato es inmoral». Quiero que me describan qué tipo de asesinato les molesta. Puede que no les moleste la idea de matar en defensa propia o en tiempo de guerra, o al presidente Bush. Pero si lo expresan de forma concreta, es mucho más fácil para

todo el mundo. Yo solo soy un hombre que realmente quiere la participación de la población. Es mucho más fácil comunicarse con las personas ordinarias si eliminamos el uso y abuso de las abstracciones en nuestra relación con los demás. Si quienes están en el poder nos dicen que esto es un delito, sin darnos la oportunidad de escuchar lo que pasó en realidad, entonces podríamos quedar atrapados en ese concepto abstracto y seguir sus orientaciones sobre lo que debemos hacer. Pero si recibimos información específica, podríamos decir: «Bueno, realmente no fue para tanto». Y quizás el problema se resolvería si a la persona en cuestión se le diera un lugar donde vivir, o la oportunidad de mudarse a otra parte, si ya tiene casa.

Un colega acaba de concluir un estudio muy importante en Dinamarca, que incluyó tres pasos principales: primero, se le preguntó a una muestra representativa de la población: «¿son suficientes las sentencias que se aplican y todo lo severas que pueden ser?». La gran mayoría de los encuestados respondió: «no, somos demasiado benévolos, debemos ser más severos». Luego se les ofrecieron entre cinco y siete ejemplos de casos específicos, incluyendo a jueces; se les hizo un breve relato de cada uno y se les preguntó qué sentencia impondrían. Por lo general, los jueces coincidieron con el nivel de la pena —digamos, tres años en prisión. A continuación, se le presentaron los mismos relatos a la población danesa en general. Resultado: los ciudadanos resultaron mucho más indulgentes que los jueces, porque disponían ahora del relato concreto. Entonces los investigadores fueron un poco más allá: hicieron un video sobre esos episodios, e invitaron a varias personas a verlo, a las que luego preguntaron qué sentencia dictarían. Quienes vieron el video fueron incluso más benévolos, porque ya habían visto a las personas involucradas. Estas dejaron de ser abstracciones para convertirse en gente común concreta que han desarrollado conductas desviadas o indeseables en el entorno social de su país.

R. H.: *Cuando usted se refiere a estereotipos, prejuicios, etc., aplicables al delito, ¿los considera al mismo nivel que todo acto no acorde con las reglas que pueda cometer cualquier ciudadano común y corriente?*

N. C.: No, algunos de estos actos son terribles. Me disgustan, pues soy amante de la moralidad, y me molestan las personas que no saben comportarse. Pero insisto en la necesidad de saber concretamente qué pasó y tomar esa descripción específica como punto de partida, porque, de lo contrario, estaríamos dando demasiado poder a las autoridades, quienes definirán ese acto de acuerdo con alguna categoría determinada del derecho penal. Quiero devolver ese poder a las personas corrientes para que evalúen lo sucedido y

puedan analizar lo que se debe hacer al respecto. Si no, terminamos atrapados por el derecho penal, en lugar de decir «este caso lo podemos resolver nosotros mismos», o quizás «este problema debe ser resuelto mediante trabajo social», de forma que solo la imaginación podría ponerle límites a lo que podemos hacer.

Puedo darles el ejemplo de un caso magnífico. Cristianía es una pequeña sección anarquista de Copenhague a la que el gobierno danés detesta, ya que allí existe una especie de gobierno local propio y durante mucho tiempo pudieron aplicar sus propias reglas. En ese lugar, un hombre tomó el horno de una casa y lo llevó para la suya propia. Se organizó allí una gran reunión para analizar el caso, y llegaron a la conclusión de que el hombre se había llevado el horno porque tenía frío y necesitaba tener uno. Los habitantes se encargaron de devolver este horno y le consiguieron otro nuevo. La gente estaba satisfecha, el hombre también, y todos sentían que habían logrado integrarlo a la comunidad.

Todo depende de nuestro conjunto de valores. Ciertamente, algunos actos son terribles, como matar u obligar a alguien a hacer algo que no quiere, como en el caso de la violación. Hay que decirle a quien hace algo así: «O lo dejas de hacer o no podremos tenerte aquí.» Existen los límites, pero hay que preguntarse en cada caso si se necesita una condena.

R. H.: *¿Lo que se percibe como delito es siempre la expresión de un conflicto social?*

N. C.: No necesariamente. Muchas veces ocurre que alguien siente estar haciendo lo correcto. Uno de mis colegas, que fue profesor de Criminología en la Universidad de California, en Santa Bárbara, realizó un estudio sobre los malversadores, o para utilizar términos más correctos, las personas que tomaron algo del lugar donde trabajaban. Fue a una prisión en particular, adonde le dijeron que había muchos de estos casos, pero al final, no encontró ninguno. Habían cogido dinero y admitieron que no estuvo bien, pero tenían muchas buenas razones para hacerlo: como compensación por un salario terriblemente bajo, por haber trabajado durante toda la temporada navideña sin recibir nada a cambio, porque el jefe era una persona horrible. Reconocieron haber hecho algo que no debían, pero calificarlos de malversadores no refleja exactamente lo que hicieron.

R. H.: *En este caso, lo que se describe como un delito de malversación, causado por el problema de personas que reciben un salario muy bajo, ¿podría verse como una expresión de conflicto social?*

N. C.: Sí, podría afirmarse que se expresa como un conflicto social, pero no es necesario llegar a ese punto.

Puede bastar con que la empresa opere un sistema basado en la confianza, en cuyo caso resolver el problema de esa manera no es la mejor vía. Es mejor encontrar otras formas de comunicación en vez de llevarse físicamente las cosas de la compañía para venderlas o hacer alguna otra cosa con ellas.

R. H.: *¿Cómo influyen en el delito las relaciones de poder?*

N. C.: Es interesante ver cómo quienes están en el poder utilizan las peores palabras posibles para describir lo que ha pasado. Si quieren juzgar o estigmatizar a alguien, desearán que el acto cometido por esa persona se considere un delito. Como decía, si se quiere integrar la persona a la sociedad, es más interesante escuchar el relato completo y terminar diciéndole: «¡Debería darte vergüenza!» o «No debiste haberlo hecho» o «Debes reparar el daño que hiciste». Esto es posible, pero no a partir de la idea de que en una sociedad compleja hay que utilizar también un lenguaje complejo. Pero los profesionales, sobre todo los psiquiatras, son de cierto modo muy buenos manejando conceptos que suenan muy convincentes, aunque su esencia no lo sea tanto. Un ejemplo es el término «psicopatía». Es muy fácil decir que alguien es un psicópata tras haber analizado su vida. Se puede percibir el peligro de esa palabra, utilizada para expresar una profecía autocumplida, como cuando se dice que alguien «no lamenta nada», «que volverá a hacer lo que hizo», etc., en vez de dar una descripción abarcadora de esa persona y dejar que otros decidan si se trata de un caso sin remedio, o si todavía hay esperanzas de interacción y comprensión entre seres humanos. En Noruega, hablo mucho acerca de estos «psicópatas», pero más aún sobre un término empleado con mucha frecuencia: «monstruos». Casi siempre el monstruo es un hombre, no una mujer. Puede que una mujer sea una «perra», pero si es un hombre es un «monstruo». Yo nunca he visto a un «monstruo». Para conocer a una persona hay que tratarla durante largo tiempo, en diversas situaciones, y entonces se verá que tiene elementos de humanidad. Es muy importante no utilizar la palabra «monstruo».

Una colega realizó un trabajo de doctorado sobre un hombre al que entrevistó y con el que estableció estrechos lazos durante diez años. Ese hombre había cometido varios asesinatos, y ella quería ayudar a que se comprendiera por qué y cómo lo había hecho. Se le consideraba el individuo más peligroso de Noruega. Lo trajeron a nuestro Instituto con grilletes puestos. Antes, ella lo había entrevistado en el sótano de la prisión; pero luego al individuo se le permitió visitar nuestro Instituto, encadenado y custodiado por tres guardias. Yo tuve una larga conversación con él la noche antes de mi viaje a Cuba. Todavía tiene problemas, pero es un ser humano y aún es posible llegar a él. Son

muchos pequeños detalles que nos muestran la totalidad de una persona. Hay que manejar con mucho cuidado esas herramientas de diagnóstico, porque suelen ser muy peligrosas.

R. H.: *¿Qué se debe hacer con personas que cometen crímenes muy graves, que resultan muy peligrosas para la colectividad, asesinos en serie y sujetos así?*

N. C.: En la mayor parte de los casos, cuando se comete un delito grave es inevitable que la sociedad decida confinar a su autor en una prisión. Yo quiero reducir la población penal, pero no soy un abolicionista total, como se dice en este campo. Acepto que hay situaciones y personas que hay que mantener fuera de circulación por un largo tiempo. Si un hombre insiste en salir por ahí a quemar sinagogas, mezquitas, iglesias, etc., o golpea continuamente a otras personas, el Estado debe protegerse de él. Pero se debe ser lo más benévolo posible, porque lo que se hace con las personas a quienes se identifica como delincuentes indica el tipo de sociedad que se tiene. Me inquieta el aumento de las cifras de población penal. Por ejemplo, en Cuba esta cifra no es pública, pero estimo que tienen una población penal relativamente alta, y eso es lamentable. Las cifras oficiales más elevadas del mundo son las de los Estados Unidos. Las pude chequear recientemente. En este momento tienen 750 reclusos por cada 100 000 habitantes, o sea, más de dos millones de personas en prisión. Eso influye en la vida de ese país. Los reclusos no pueden votar, a menudo ni siquiera cuando salen de prisión. En la mayor parte de los países civilizados, se les permite votar y conservan ese derecho cuando salen en libertad. Como la mayoría de los reclusos norteamericanos son personas pobres, y estas suelen votar por los demócratas, este mecanismo influye todo el tiempo en las elecciones presidenciales.

R. H.: *¿Cree que las prisiones, al margen de su tipo, son siempre contraproducentes?*

N. C.: Pienso que sí. Las personas mayores tienen razón cuando dicen que son escuelas del delito. ¿Cómo podría ser de otra manera? Si tenemos hijos, nos gusta que vayan a buenas escuelas, tengan buenos maestros y aprendan de sus valores, y que conozcan a compañeros de aula que puedan ser sus amigos toda la vida. ¿Por qué una institución como la prisión debe funcionar con otra lógica? Las prisiones congregan personas solitarias, abatidas y a menudo amargadas, en un ambiente de sentimientos generalmente antisociales que nunca llegarán a dominar. Las cárceles son un mal lugar, sobre todo cuando la población penal comienza a crecer de repente, porque inevitablemente habrá muy poco personal, y también porque terminará siendo un medio social muy desagradable.

El delito no existe. Es un concepto construido, sin un significado determinado. Algunas personas quieren extenderlo a muchas cosas; otras, reducirlo prácticamente a nada; otras más, no pueden vivir sin este concepto. Es una especie de conducta indeseable que moviliza a las instituciones oficiales encargadas del control de una sociedad.

He visitado muchas prisiones en Rusia y Europa oriental, y también en América Latina. En muchos lugares los reclusos llegan a tener un control total sobre la vida interna de la prisión, mientras los guardias, los militares o el personal de que se trate, mantienen una pared alrededor de la prisión para evitar las fugas. ¿Quién manda adentro? Por lo general, personajes extremadamente desagradables que encuentran en la prisión una especie de vida alternativa. Es decir, allí predominan los valores negativos, destructivos, y como he podido comprobar tantas veces, se transforman en una sociedad clasista, con un líder en la cima, rodeado de sus guardias o funcionarios; más abajo, sus seguidores, y así hasta el fondo —que es lo que termina siendo toda prisión, si los guardias no logran controlarla. En ellas se ubican las clases más bajas, que serán explotadas con fines de prostitución y sirvientes de quienes están arriba.

Visité una vez una prisión de un país de Europa oriental, en la que nos reunimos con el director. Luego, a lo largo de nuestro recorrido, noté que un hombre nos seguía continuamente. Era un recluso, el verdadero líder de aquel lugar, rodeado de varios de los suyos. Llegamos a una pequeña explanada donde había una fuente, pero no estaba saliendo agua. Entonces miró al grupo, y bastó que señalara a uno con el dedo para que este saliera corriendo a poner la fuente en funcionamiento. Fue una verdadera presentación acerca de quién era el líder de la prisión. Más tarde pedí ver su celda, donde tenía una pequeña *suite*, un refrigerador con refrescos, y sus guardaespaldas tenían sus celdas justo frente a la suya. Cuando terminamos de recorrer la prisión, hablé con el líder formal, quien confesó no disponer de ningún control y desear un sistema penitenciario como el de los Estados Unidos, con sus prisiones de supermáxima seguridad. Como ve, es cuestión de escoger entre el Diablo y Belcebú: decidirse entre un sistema terrible y otro no menos terrible.

En estas prisiones de máxima seguridad hay un control realmente excesivo, y no hay problemas para albergar una inmensa cantidad de reclusos, porque se les puede controlar. Pero son tan costosas que siempre tratan de mantenerlas bien llenas, pues resultaría embarazoso no aprovecharlas al máximo. En ellas, se

procura infligir el mayor sufrimiento posible a los reclusos, sobre todo a aquellos que ocupan el «pabellón de la muerte». Hace poco estuve en un seminario sobre la pena capital, en Utah, Estados Unidos, ayudando a una estudiante inglesa que hoy vive allí, y que logró algo tremendamente valiente: el acceso a uno de estos pabellones, a donde pudo entrar y salir durante dos años. Así llegó a conocer a todos los que vivían allí. Uno de esos hombres le dijo que ya no aguantaba más, que incluso había anulado todas las solicitudes de revisión de caso que había hecho, pues quería que acabaran de ejecutarlo. Hasta había pedido ayuda para suicidarse. Y le preguntó a mi alumna: «¿Puedes estar conmigo cuando me ejecuten?». Hay casos como ese, en los cuales las personas se ven forzadas a esperar hasta que se hayan agotado todas las posibilidades de escapar a la muerte. Ocurre lo mismo con otros sancionados en los Estados Unidos: carecen de derecho a libertad provisional. Es como decir: «Te sentencio a vivir en esta prisión por el resto de tu vida», y llegan a sentir que de nada vale apelar, para poder salir a los sesenta años, digamos, cuando ahora tienen veinte, y deben permanecer allí para siempre. Algunos reclusos se quejan de que resulta peor que la pena de muerte, porque ni siquiera pueden decir que no quieren seguir viviendo así. Este hombre dijo antes de morir: «Al menos una vez he podido controlar mi propia vida, al decidir que quiero morir». Así pudo recuperar sus derechos como ser humano.

R. H.: *¿Qué alternativas tenemos a las prisiones?*

N. C.: Sobre todo, para la mayor parte de los prisioneros, no tener prisiones. Así de simple. Cuando es necesario castigar a alguien, existe la alternativa de imponerle multas. Podemos decir a esa persona que está condenada a prisión, pero si mantiene una conducta adecuada no tendrá que cumplir. Resulta riesgoso, porque muchas personas con problemas de adicción a las drogas, no se portarán del todo bien. Por lo general, en casi todos los países, 60% de los que van a prisión vuelven a ella. No es una institución para curar, sino más bien para dañar. Se puede hablar de tratamientos y todas esas cosas; pero el hecho de estar en una prisión no es bueno, y las personas confinadas resultan siempre

el sector más pobre y desfavorecido de la población. Por ejemplo, los negros constituyen la mitad de la población penal en los Estados Unidos. Aunque nunca he entrado en una prisión cubana, estoy absolutamente convencido de que la mayoría de los reclusos son de la raza negra. Eso no es bueno ni social ni económicamente. En las prisiones encontramos lo mismo personas corrientes u hombres de negocios que mataron a sus esposas o hijos, etc., pero en general abundan aquellas sin dinero, sin casa, sin educación y sin familia, y terminan en la calle durmiendo en una bolsa plástica. No es como lo quisieran los psicólogos, pero tampoco lo que queremos como seres humanos. Sostengo una idea que a menudo disgusta a los funcionarios de las prisiones: el encarcelamiento es el pariente más cercano de la pena capital. La pena capital significa, literalmente, cortar la cabeza, que es lo principal para la vida. Pero con el encarcelamiento también se quita la vida. Un viejo conocido que estaba preso me dijo una vez que la primavera era la peor de las temporadas. Pensé que era porque las muchachas se ven más lindas y todo florece. Pero se debía a que él había sido arrestado en primavera, y cada nueva primavera le recordaba un año más que perdía de su vida.

Si yo fuera a categorizar las sociedades según sus cualidades, preferiría una que tuviera pocas intenciones de causar dolor, no una que haga lo contrario. Muy pocos de nosotros quisiéramos aumentar el nivel de dolor en Noruega, queremos ser buenos y reducir el nivel de tortura. Pero si proponemos establecer sentencias más largas, estamos haciendo justamente lo contrario.

R. H.: *Está claro lo que usted señala, en cuanto a que es más fácil enviar a prisión a los pobres, a los que no tienen capital. Eso explica la dinámica de cómo una persona va a prisión, pero no la del delito —o como desee llamarlo— por el que fue condenada. ¿Cómo entender entonces los delitos de «cuello blanco», o los delitos dentro del gobierno, por ejemplo?*

N. C.: La vida entre los empresarios no es como la vida entre los santos. Un sociólogo que ejerció mucha influencia en mi vida solía decir que si queremos entender el concepto de delito, y figuras como el impulso de apropiarse de dinero o de ejercer violencia, no debemos estudiar la cultura de los pobres, sino la de los ricos, debido a las cosas que pasan en el mundo de los negocios. Es como vivir entre tiburones: se trata de comer o ser comido. No es una sociedad de generosidad, tranquilidad y placeres donde a unos les van bien las cosas y a otros no. Se trata de un escenario en gran medida desagradable, donde resulta bastante común que algunos hombres se tornen más desagradables que otros.

R. H.: *¿Puede explicar el papel que tienen en este fenómeno las redes de relaciones?*

N. C.: Hay que evaluar estas redes de acuerdo con nuestras normas habituales de comportamiento humano. Por ejemplo, las ideas en que se basaban las redes nazis eran, fundamentalmente, no humanistas. Clasificaban a muchos grupos de personas como indeseables y desprovistos de cualidades humanas. De ahí las cosas terribles que hicieron Hitler y sus oficiales. Tenían toda una maquinaria propagandística dirigida contra los judíos y, más tarde, contra los pueblos de Europa oriental, que los calificaba de no humanos. En cuanto a los empresarios, la idea prevaleciente sobre el mercado de valores es no humana, en el sentido de que las personas tienen el derecho de no invertir en algo, pero no son personalmente responsables de sus gastos. El principio de las acciones y los valores en la bolsa se basa en que la gente compra algo cuyo valor aumenta, pero si decrece, no cae necesariamente en bancarota, sino simplemente pierde sus acciones. Es una manera de eliminar la responsabilidad personal por lo que suceda. Y no es un buen fundamento para el tipo de sociedad deseable.

Dentro de unos días, una colega mía asistirá a una reunión sobre pandillas de delincuentes. Esa es una cultura que no acepto en absoluto. Se puede actuar sobre esa cultura con la policía, o también con trabajadores juveniles, y podemos tratar de llegar a ellos ofreciéndoles que se involucren más directamente en actividades políticas. Pero es un gran problema. ¿Cómo lograr que desaparezca esa conducta indeseable? A veces se necesita a la policía, y en algunos países las fuerzas policiales matan gente. Pero también existe la posibilidad de que los individuos más desviados se integren a la estructura social y poco a poco logren adquirir los valores de una conducta más aceptable. Se trata de un problema que se puede apreciar en la República Checa, donde grupos neonazis quieren celebrar la Nochebuena con una caminata hasta el barrio judío en Praga. Es algo terrible y, por supuesto, luego causa conflictos serios.

R. H.: *Desde su punto de vista, ¿sería conveniente que los jueces impusieran la ley de forma diferente a personas de diferentes clases sociales? ¿Apoya la idea de que los jueces hagan su trabajo tomando en cuenta a las personas de las capas sociales más bajas y sean menos severos con estas que con los poderosos?*

N. C.: Está claro que es lo que deberían hacer y, de hecho, a veces hacen. En muchos sistemas penales, las personas con mayor desventaja social tienen determinadas posibilidades de ser tratadas con más indulgencia que el resto. Se debe tener más cuidado en no lastimar a quienes ya han sido severamente lastimados. Si se tratara de una persona rica con una vida llena de posibilidades

o con poder en el sistema político, siempre sobre la base de la justicia, no sería tan considerado. En cualquier caso, trataría de evitar una condena a prisión para cualquiera de ellos.

Para ilustrar mi enfoque sobre la aplicación de la ley y el castigo, tomemos como ejemplo los tipos de castigos aplicables a los responsables de los campos de concentración. Estuve en uno donde, solo para construir una línea de ferrocarril, murieron miles de personas. He preguntado a varias personas lo que hubieran hecho ante este caso. Mi propia respuesta está muy influida por Mandela y lo que pasó en África del Sur, aunque es solo un paralelo, porque se me ocurrió mucho antes de conocerlo. Yo celebraría una gran audiencia a la que pudiera asistir quien lo deseara. Podría tomar meses, o quizás años, explicar a los jueces lo que allí sucedió. El comandante del campo estaría presente, para tratar de decir cómo ocurrió. Si yo fuera el juez que enjuiciara a ese comandante, al concluir el proceso le diría que la humanidad no tiene respuesta para las cosas terribles que él había estado dirigiendo allí, y le diría que se fuera a su casa.

R. H.: *Es difícil persuadir a la opinión pública, pues en muchos países la gente está convencida de que crímenes tan graves como los que menciona merecen la pena de muerte. Como usted sabe, esos responsables en muchos casos no tenían motivo alguno, pues no habían atravesado experiencias dolorosas cuando niños, ni habían sido muy pobres, ni concurría otro factor que pudiera explicar la razón de tal comportamiento, o al menos justificar, en alguna medida, que fueran tan agresivos. ¿Cómo puede la gente percibir que están protegidas contra ese tipo de asesinos, si no se les aplica la pena de muerte? ¿Cómo convencería a las personas que piensan así de que están equivocadas?*

N. C.: Recurriría a nuestro conjunto común de valores en cuanto al caso del campo de concentración. Ante todo, diría que ese lugar era el resultado de un inmenso plan político. Como lo describió Hanna Arendt en «El juicio de Eichmann». Él era una especie de funcionario. Eso tiene relación con lo que ella llamaba «la banalidad del mal». También le preguntaría a quienes decían que Eichmann debía ir a la horca: ¿cuántas veces deberá ser ahorcado? ¿Tantas veces como el número de sus víctimas? Hay ciertas cosas que no podemos hacer. Pondría como ejemplo la experiencia sudafricana: ¿qué fue lo más importante para la gente en África del Sur después del apartheid? Saber lo que había pasado con los familiares que perdieron, cómo había sucedido, cómo había sido el último momento del hijo o el esposo, qué pasó con los hijos y nietos. Pidieron que les dijeran la verdad y les dieran información. Esos hechos habían ocurrido hacía tanto tiempo que quizás ya no tenían interés en las personas que lo hicieron, pero sí querían una descripción de lo sucedido, y en gran

medida entender el porqué. Como dijo un policía sudafricano blanco: «Yo lo creía de verdad, creía que eran personas inferiores, y que debíamos preservar la religión y la raza blanca».

R. H.: *Las prisiones son como una defensa política de la sociedad. ¿Cómo proteger a la sociedad si no se tiene prisiones?*

N. C.: ¿Puedes explicar que Canadá tenga 100 reclusos por cada 100 000 habitantes y los Estados Unidos 750? ¿Pienzas que los canadienses no están protegidos? ¿Es más peligroso vivir en Canadá que en los Estados Unidos? Creo que puedo abordar tu argumento al mismo nivel si te digo que las prisiones probablemente están produciendo más delitos, en vez de proteger a la sociedad contra ellos. Se trata de acercarse a otras personas, conocerlas como seres humanos, y hacer que ellas lo perciban a usted como un ser humano también. Luego, poco a poco, lograr la calma y, a partir de ahí, alguna confianza.

R. H.: *¿Existen instituciones, aparte de los tribunales y la policía, que pueden contribuir a enfrentar el delito de manera eficaz?*

N. C.: Existe la mediación. En muchas culturas indígenas, no hay un Estado fuerte, sino que han decidido permanecer y continuar viviendo como una sociedad tribal. Muchas de estas sociedades tienen un factor común sólido para la mediación. Yo estuve personalmente en una de esas reuniones en África. No se dirimía un delito, sino un conflicto civil. Fue en una pequeña aldea de la provincia de Arusha, en Tanzania. La comunidad acordaba cómo resolverlo, sin necesidad de un aparato de justicia o de represión.

Veamos un ejemplo de cómo aplicar la mediación en un conflicto propio de nuestras sociedades. Hay dos hombres en un bar, medio borrachos, o al menos uno de los dos está borracho, y golpea al otro, rompiéndole los espejuelos y varios dientes. Luego siente miedo, y acude a un psiquiatra para que lo ayude con su ansiedad. En estos casos suele intervenir la policía. Sin embargo, en Noruega tenemos un sistema según el cual la policía, si lo considera apropiado, envía el caso a una Junta de Solución de Conflictos, que tiene un secretario permanente encargado de llamar a las partes e intentar que se produzca un acercamiento entre ellos. Mediación es un buen término para caracterizar este trabajo, porque lo importante es revisar lo sucedido y buscar la posibilidad de que las partes lleguen a una solución satisfactoria y logren comprender lo que pasó. En muchos casos, como el del que perdió sus espejuelos a causa de la agresión de la otra persona, esta le dirá: «Lamento lo de sus espejuelos, se los pagaré». Hacen una especie de contrato según el cual el atacante promete pagar, y luego el mediador, como se le llama a la

persona que dirige todo esto, le envía el contrato a la policía, y caso cerrado. No habrá encarcelamiento por el uso de la violencia, sino un acuerdo, aun cuando muy pocas veces alguien pide disculpas, sino más bien algo como: «Ahora entiendo por qué pasó». Como intelectuales, debemos sentir un gran respeto por el valor de la comprensión. Incluso después de haber entendido las cosas, podrían continuar su vida en común.

Actualmente tenemos, en Noruega y en muchos otros países, un sistema denominado mediación escolar. A menudo sucede que los muchachos se asocian contra otros, y esta actividad en sí es un delito. De repente las cosas van demasiado lejos y alguien decide que llegó el momento de una mediación. Por lo general, los niños son muy buenos mediadores, pues no están socializados en una cultura legal o de otro tipo, y notan si las personas están diciendo la verdad o no, si están simulando que todo va bien o si en verdad es así. Tenemos muchas anécdotas bonitas de escolares que terminan siendo amigos en vez de enemigos a muerte.

En mi opinión, la mediación se debe utilizar a menudo para los casos más graves. Una vez conocí a un policía canadiense que me dijo: «El asesinato es el mejor caso para una mediación». Los familiares quieren entender, y la propia persona que mató quiere tratar de explicar cómo pudo ocurrir ese acto tan terrible.

R. H.: *¿Entonces la mediación también puede servir como entrenamiento en habilidades sociales para no cometer un delito?*

N. C.: De cierto modo, sí. La mediación es el paso correcto, y de acuerdo con mis valores, una forma decente de enfrentar conflictos. Está a un nivel moral superior al que se basa solamente en sus funciones de uso. Recientemente participé en unos debates sobre el tema con nuestro Ministro de Justicia. Quieren medir si los que se someten a la mediación realmente reinciden menos que los que pasan por el sistema legal común y corriente. No creo que sea posible medir esas cosas, y no está bien. Debemos apreciar los valores que tiene la posibilidad de exponer el conflicto, y no si después se cometen más o menos delitos. Muy pocas personas realmente matan por segunda ocasión o continúan cometiendo delitos una y otra vez. Hay que buscar otras vías.

En este sentido, estoy totalmente de acuerdo con muchos policías noruegos que están a favor de que los bares cierren a medianoche y no a las 2:00 o 3:00 am, como sucede en los países escandinavos. Esa es una forma de proteger a la sociedad, mucho más eficaz que poner tras las rejas a una persona violenta más.

Se han hecho experimentos en los Estados Unidos y en Inglaterra, basados en la entrega de recursos financieros. En Nueva York, por ejemplo, hay barrios de donde proviene una enorme cantidad del total de

reclusos. Entre las personas que dirigen el sistema en esa ciudad, surgió la idea de entregar a esos vecindarios una cantidad de dinero similar a la que paga el Estado por recibir prisioneros provenientes de allí. Y se les ofrece que se esfuercen por reducir la población penal dejando de exportar sus problemas, a cambio de más dinero.

Otras fuerzas insisten con mucha energía en incrementar el uso de las prisiones, construir cada vez más cárceles. Recientemente, Inglaterra y Gales han hecho cambios radicales, porque tienen tanta gente en prisión que están a punto de igualar a los países de Europa oriental, cuyas cifras son mucho más elevadas. La persona que administra las estadísticas de los sistemas penitenciarios a escala global, me dijo hace unos días: «Es tan evidente que el gobierno no puede darse el lujo de construir más prisiones, que están alquilándole instalaciones a la industria privada». Se trata de privatizar no solo el personal que trabaja en las prisiones, sino los propios edificios que las componen, y luego entregar el control a las autoridades de la prisión. Es algo que dispara las cifras de la población penal, porque las prisiones siempre están llenas, tanto las viejas como las nuevas que se han construido, y es muy improbable que eso influya en la situación del delito. Si influyera, yo diría que, en sentido general, empeoraría las cosas para la población penal.

R. H.: *Antes afirmó que hay tribus y pueblos indígenas donde viven personas culturalmente entrenadas para hacer mediación. ¿Estaría de acuerdo en que aplicar la mediación o apoyarla supone condiciones o ventajas culturales?*

N. C.: Pienso que puede existir mediación en muchas culturas. Noruega tiene un proyecto conjunto con Albania donde yo participo. Los albaneses son muy orgullosos, y cuando se viola alguno de sus derechos, se quieren vengar. Estuve en una gran reunión en Tirana, para hablar de la mediación, y muchas personas dijeron que no se podía implementar en Albania, por la cuestión del orgullo. Entonces se paró uno de los presentes, que resultó ser un viejo general, y dijo: «Por razones políticas, yo pasé muchos años en prisión, y no guardo deseos de venganza, sino de tener una Albania pacífica». Eso cambió la atmósfera totalmente. Ahora tenemos mediación en muchos lugares de Albania, incluso para casos de delitos de venganza sangrienta. No sé si esto ocurre en Cuba, el tipo de situación de «si tu tío mató a mi tío, yo te mataré a ti». O sea, la *vendetta*. En Albania hemos experimentado exitosamente con casos de mediación entre familiares, que se han reunido para tomar café o vodka, y han comenzado a hablar de cómo jugaban juntos cuando niños, y a aceptar que como adultos podrían comenzar a verse otra vez.

R. H.: *Se dice que en los países nórdicos hay altos índices de autoagresión, de suicidios. ¿Hasta qué punto las estadísticas confirman o niegan esa realidad?*

N. C.: Nosotros tenemos muchos suicidios y muy pocas muertes ajenas, eso es cierto. No tenemos el carácter de los pueblos latinos, ni tenemos tanta música en el cuerpo, es decir, que somos un poco más sedados. Pero también somos capaces de hacer las cosas más terribles, y hemos necesitado ayuda cuando han ocurrido cosas así. Es necesario analizarlo y tratar de llegar a algún tipo de explicación. Pero creo que también ustedes tienen sus méritos. De cierto modo, han logrado una mejor posición para aplicar la mediación, porque son abiertos en muchos sentidos. Doy conferencias en toda América Latina sobre este tema, pero aquí en Cuba los asistentes son muy interesantes. Una de las virtudes de la mediación es que se considera correcto asimilar al máximo, tanto el conocimiento de los demás como el de uno mismo, mientras que en los casos del delito penal, se tiene que bloquear el acceso a muchas cosas.

Un indio canadiense me dijo una vez: «En la mediación, le damos tiempo a lo que requiere tiempo». Eso es decir mucho con muy poco. Ellos tienen algo

llamado «sistema de la pluma blanca». Toda la aldea se sienta en un círculo, o al menos las personas pertinentes lo hacen, y se pasan una pluma blanca de mano en mano. La persona que tiene la pluma, tiene derecho a hablar y nadie la puede interrumpir. El que no quiere hacerlo, continúa pasándola al que tiene al lado, y así sucesivamente, hasta que consideran que todo se ha dicho, y que ya saben lo que sucedió. A veces surge una buena idea, como me dijo este juez indio que mencioné: «Una vez un hombre dijo que había hecho algo terrible, y lo mandamos a una isla tan lejana que casi no se distingue desde la costa, donde tuvo que permanecer completamente solo durante dos años. Yo a veces iba allí en bote para comprobar que estaba vivo. Al cabo de los dos años, el hombre regresó a casa convertido en un experto pescador, como era de esperar».

Traducción: Jesús Bran.

© TEMAS, 2008

Controversia

¿Qué pasa con el cine?

Mario Piedra
Alejandro Ramírez
Roberto Smith
Denia García Ronda

Denia García Ronda (moderadora): Este *Último Jueves* está dedicado al cine, en especial al cubano, pero no necesariamente tendremos que referirnos solo a él. En esta ocasión nos interesa ver el cine no desde el punto de vista artístico, sino desde la producción y su distribución. Con el panel que tenemos hoy podemos hacer una buena sesión de diálogo sobre estos aspectos: Roberto Smith, vicepresidente del ICAIC, que puede ponernos al día sobre los proyectos del Instituto del cine y el estado de la producción cinematográfica cubana actual; Alejandro Ramírez, un joven realizador de documentales, ese género tan importante y a veces tan subestimado; y Mario Piedra, profesor de la Universidad de La Habana, quien se ha dedicado por muchísimos años al estudio y a la enseñanza del cine como arte, y que también es editor del boletín *ICAIC Digital*.

Las primeras preguntas que les haré casi pudieran resumirse en el propio tema general de este panel: ¿qué pasa con el cine? La cinematografía cubana tuvo etapas de gran significación en los 60 y hasta los 80, tanto en la ficción como en la documentalística, y más tarde se vio fuertemente impactada por la situación económica de los 90; ¿hasta qué punto se puede hablar ahora de una recuperación de la producción cinematográfica cubana?, ¿cómo se han comportado las vías económicas y tecnológicas utilizadas para tratar de superar esa crisis que sufrimos en los 90?, y finalmente, ¿qué papel ha desempeñado en esto la diversidad actual de creadores e instituciones que realizan cine?

Panel de *Último Jueves*, realizado el día 30 de noviembre de 2007 en el Centro Cultural Cinematográfico ICAIC.

Mario Piedra: Me parece que hay que empezar por una premisa: el Período especial marca un momento de casi catástrofe. En realidad fue un tremendo impacto económico —y de otra índole también— para nuestra sociedad. Pero un análisis del cine de los 90 hacia acá, que es lo que se está proponiendo aquí, requiere un conocimiento, o por lo menos una percepción, de cómo estaba en los 80, sobre todo en sus finales, porque es relativamente fácil echarle toda la culpa a ese gran totí que es el Período especial; pensar que hubo un gran terremoto y todo cambió. Yo creo que hay tendencias —buenas y malas— en todo lo que tiene que ver con el cine, que ya estaban desde los 80. Por ejemplo, a mí me sorprende lo siguiente: hay una pérdida monstruosa de público en las salas de exhibición, las de treinta y cinco milímetros; una pérdida de cuarenta y un millones de espectadores. Si se revisan las estadísticas se va a encontrar que hay mucha más pérdida de espectadores en los 80 que en los propios 90. Y lo mismo pasa con la producción cinematográfica.

La pregunta de hasta qué punto se puede hablar de «recuperación del cine cubano», me dio qué pensar. Si voy a hablar del ICAIC, que es lo que conozco un poco mejor, tengo que decir que en la década de los 90 se produjeron más películas que en los 60, y también más que en los 70. Me baso, a falta de otras fuentes fidedignas, en un magnífico Atlas-memoria que hizo la Cinemateca de Cuba. Allí nos encontramos, por ejemplo, que la media de producción de los años 60 era de 2,3 películas por año, mientras que en lo que va de los 2000 es de 2,6. La década que sí fue un poco más gloriosa, fue la de los 80, cuando hubo un promedio de 4,4 películas por año; pero los años anteriores no fueron tan productivos como parece a simple vista.

Denia García Ronda: Mario, tú te refieres a la producción del ICAIC solo en cuanto a los largometrajes, ¿no?

Mario Piedra: Por supuesto. Donde sí creo que ha habido una pérdida —y este es un tema que se debe estudiar—, es en la producción documental del ICAIC. Creo que lo que marca este período de los 90 es precisamente la dispersión de una producción que giraba siempre en torno al ICAIC, a la Fílmica de las FAR, al ICRT, y a la Cinematografía educacional, el CINED. Ahora, de pronto, tenemos una gama enorme de productores. Si a mí me preguntaran si hay una recuperación de la producción audiovisual cubana, incluyendo el documental, yo contestaría que sí. En la documentalística se está produciendo un fenómeno curioso, que es una producción muy variada, muy amplia. En 2005, por pura casualidad, fui jurado de varios concursos: uno de video-clips, otro de *spots*, y uno de cine de aficionados, y comprobé que hay una producción numéricamente significativa. Creo que, en el caso del cine, los números —o sea, lo cuantitativo— son importantes, puesto que se trata de una industria. Mientras esta industria tenga mayor producción, hay más facilidades para que surjan buenas obras, los costos disminuyen, hay más recepción, etc. Cuando hay varias empresas productoras sucede lo mismo. Por lo tanto, para mí, el papel que ha desempeñado la diversidad actual de creadores e instituciones, ha sido positivo. Hay ya una producción que puede ser analizada en sus valores, que es otra discusión. En este panel no me preguntan la calidad que tiene, sino si existe. Pienso que es positiva la atomización, y me parece que es hora de plantearnos definitivamente que cuando se dice *cine cubano* ya no se habla solo del ICAIC.

Roberto Smith: Es buena la presentación que hace Mario del tema, porque a veces pienso, en debates como este, que junto a la percepción real de nuestra historia, de lo que está pasando, existen determinados esquemas, estereotipos, prejuicios, que dificultan un análisis objetivo, real. Mario apunta un elemento importante: en esta época no se puede identificar el cine cubano con el ICAIC. Pienso que como empresa

o institución productora es la más importante que ha existido y que existe hoy en el país; pero la producción del audiovisual —que no es lo mismo que la cinematográfica— es mucho más amplia. Hoy en día, cuantitativamente, se produce mucho más fuera del ICAIC que dentro, sin referirnos a las calidades, que es otro asunto. Siempre que se habla de cine, se piensa en la gran producción, en largometrajes, en soporte de celuloide; pero obviamente tenemos que hablar de algo que es mucho más que el cine del que tradicionalmente hablamos.

En relación con los años 90 y a la supuesta crisis de producción que tanto se menciona, muchas veces he preguntado a algunos compañeros: ¿tú sabes cuántas películas hizo el ICAIC en la década de los 90? Unos responden que cinco, otros que diez..., casi todos se mueven por ahí, con cifras muy bajas. En realidad, entre 1990 y 1999 se realizaron en el ICAIC, aparte de la producción de cortos, treinta y dos largometrajes: entre estos, veintinueve películas de ficción, un largo documental y dos largos animados. O sea, es una cifra superior a décadas anteriores, exceptuando la de los 80, cuando se realizaron cincuenta y seis largos; de estos, cuarenta y seis películas de ficción. Eso quiere decir que esa imagen de crisis del cine en la década de los 90 tiene que comenzar por admitir que la producción tuvo un nivel aceptable desde el punto de vista cuantitativo —después me voy a referir al cualitativo—, y que de ningún modo fue una época en que casi desaparece el cine cubano.

Esta conclusión conduce a otra reflexión. En la pregunta que se hace al panel se dice: «en la década de los 60, y hasta los 80, el cine tuvo una gran significación». Y entonces pregunto: ¿Y el cine de los 90 no tuvo ninguna significación? Para responder esta segunda interrogante les muestro un dato estadístico: las películas cubanas estrenadas en esa década acumularon, en su conjunto, casi trece millones de espectadores —doce millones setecientos mil. Si consideramos las características de esta época, el período de crisis, los tiempos de agobio material, de zozobra y angustia espiritual, solamente por lo que puede haber aportado ese cine nacional a casi trece millones de espectadores, debe reconocerse una particular significación.

Ahora bien, antes de hablar de los resultados propiamente culturales, cinematográficos, artísticos, de la producción de los 90, no puede olvidarse que fueron años muy duros, cuando cerraron importantes industrias, cuando el país prácticamente se paralizó, sobre todo en aquellas actividades que dependían del comercio exterior. El cine perdió las fuentes de financiamiento, desapareció el suministro de tecnología, que no era la mejor, ya estaba bastante desfasada, pero la teníamos y desaparece: las cámaras, las luces, los otros equipos de cine. Se paralizó la entrada de película virgen, que venía casi toda de la RDA, y los materiales para la escenografía, el maquillaje, el vestuario, etc. Al cine cubano se le corta casi totalmente la posibilidad de existir, y sin embargo existió. A pesar de la crisis y aun disminuyendo sensiblemente su producción, en la década de los 90 se filmaron en el ICAIC esos 32 largometrajes, más cerca de 90 cortos documentales y más de 50 animados.

Eso en el orden cuantitativo. En el cualitativo, pienso que es un error descalificar esa producción por sus resultados artísticos. Les propongo que renuncien a una visión de conjunto y que la analicen título a título. Por supuesto, existen películas menores con las que de algún modo se ha «fabricado» la imagen de la década, pero también buenas y excelentes películas como *El siglo de las luces*, *Fresa y chocolate* y *La vida es silbar*. Esto conduce a otra reflexión que tiene que ver con los estereotipos y los esquemas. ¿Podemos establecer un nexo causal absoluto entre el valor —cuantitativo y cualitativo— del cine y una década, un contexto histórico, una situación? Obviamente, hay un escenario concreto, material, financiero, político, tecnológico y espiritual, donde se mueven los creadores y la industria, que puede ser más o menos favorable o como en los 90, terriblemente desfavorable, pero definiendo que los resultados siempre van a depender más de los creadores, del talento

del artista. Cuando se habla de «la época de esplendor del cine cubano», casi todos la ubican en los 60 y uno se pregunta: «¿por qué se piensa que los 60 es la época del mejor cine cubano?». Bueno, ahí están entre muchas otras, *Lucía*, de Humberto Solás, *La muerte de un burócrata* y *Memorias del subdesarrollo*, de Titón, *La primera carga al machete*, de Manuel Octavio Gómez, todas en un mismo período. Pero si se admite esta relación, no solo se está hablando sobre una década, sino también de tres grandes creadores que coincidieron en esa época.

Denia García Ronda: Creo que son muy interesantes los datos que nos han ofrecido Piedra y Smith porque, efectivamente, hay —y me incluyo— una opinión diversa en relación con el cine de esos años y el que se está haciendo actualmente. Quizás estemos comparando, cuantitativamente, el cine de los 90 con el de los 80, y no con las décadas anteriores. De todos modos, el problema se ha concentrado en el cine de ficción y en los largometrajes. Quisiera que se piense también en los documentales de esos propios años 60, 70, 80, y en el *Noticiero ICAIC*, para verlos en conjunto.

Mario Piedra: El *Noticiero* se fue en el 89, no en el Período especial.

Denia García Ronda: Sería bueno debatir las causas de su desaparición en otra oportunidad. Vamos a darle la palabra a Alejandro: ¿quieres referirte a la primera pregunta?

Alejandro Ramírez: Yo no sabría hacer un análisis sobre si hay recuperación o no en el cine cubano. Creo que es un asunto bastante complejo, sobre todo si partimos de que actualmente se hacen muchas cosas no solo a través del ICAIC. Prefiero abordar uno de los aspectos que también venía en la pregunta y que no se ha tratado: la cuestión de las nuevas tecnologías. Eso ha dado una oportunidad, sobre todo a la gente joven que no está dentro de la industria, de realizar materiales, ya sean de ficción, documentales, *spots*, *video-clips*, una serie de audiovisuales.

No hay que insistir, por sabido, que se han reducido las fronteras —tecnológicamente hablando— de lo que es el cine, la televisión, el video; o sea, se habla ya de producción audiovisual; es muy difícil ahora hablar del cine pensando en el de treinta y cinco milímetros. Entonces, lo que está haciendo la diferencia en relación con la televisión o con el resto del audiovisual, es precisamente su concepción, porque las maneras de hacer ya son muy similares. Para mí, poder contar con estas nuevas tecnologías tiene muchas ventajas, y también desventajas. Las ventajas que les veo es que cualquiera tiene acceso a ellas y los costos se abaratan muchísimo; es muy fácil hacer un documental con una pequeña cámara de mano y una computadora en la casa. Ahora bien, toda esta era digital también tiene algunas desventajas, porque hace que, a veces, los creadores piensen mucho más en la forma que en el contenido. Yo me he encontrado opiniones que, en mi criterio, son bastante absurdas. Hay quien me dice: «Tengo en proyecto un nuevo material que va a ser muy experimental», y cuando le pregunto de qué se trata, me contesta: «No sé, pero va a ser muy experimental». Eso me preocupa, porque creo que para hacer un material, lo primero que uno debe tener es algo que decir, y la forma se la va dando la temática y el *background* cultural que tenga el creador, y la vía expresiva que seleccione. Me parece que a esto hay que ponerle atención, porque puede ir en detrimento de la producción audiovisual.

Otra ventaja-desventaja que veo en las nuevas tecnologías es que los procesos se han hecho más individuales; ya no se requiere de un equipo grande, especializado, ya no se tiene que filmar con treinta personas. A veces, el mismo director hace la cámara sin muchos conocimientos fotográficos; el mismo editor hace la mezcla de música sin conocer realmente cómo se hace; eso facilita el trabajo, pero también puede afectar la calidad de la obra. El ICAIC está haciendo películas digitales con

la concepción anterior, o sea, con el gran equipo de especialistas, sin el empirismo con el que se están haciendo las cosas en la calle. Esto último es triste, porque muchas veces son temas muy buenos, cosas que se deben decir en la actualidad, pero el resultado no tiene la calidad que tendría si se pudiera hacer el trabajo un poco más colectivo, buscando a las personas que pueden realizarlo con eficiencia. Esta es una de las cosas que quería decir en cuanto a las nuevas tecnologías y la diversidad de realizadores.

De lo otro que quiero hablar es del documental. Creo que el ICAIC no ha encontrado, después que terminó el *Noticiero ICAIC* y de la profunda crisis de los 90, una estrategia de producción y de exhibición, y mucho menos de distribución, de los documentales. Los que hace el ICAIC son, por situaciones que se están dando en el país, un tanto eventuales; salen de una forma emergente, o por algún proyecto perdido que se recupera; pero no hay una proyección específica, ni una planificación. No pasa como con las películas, aquello de «este año vamos a hacer tales producciones». Tampoco se les da el mismo espacio ni el mismo reconocimiento. Aunque a veces en los artículos sobre el ICAIC se lea que el organismo le pone atención a los documentales, yo siento que no se tratan de la misma forma que la ficción. Cuando va a estrenarse una película, por ejemplo, uno ve los *spots* en la televisión, oye la divulgación por radio, etc.; pero cuando se trata de un documental, si tú no les avisas a tus amigos, nadie va a la *première*. Ya eso es una diferencia, y otra es que el estreno de los documentales se hace en el cine 23 y 12, y el de las películas en el Chaplin, que está en el circuito de primer nivel. Por otra parte, cuando te aprueban un proyecto, el presupuesto va saliendo de lo que le sobra a otro, se saca un poquito de aquí, otro de allá; o sea, no se planifican recursos para la producción de documentales.

Eso es lo que respecta al ICAIC. En cuanto a lo que se está haciendo por fuera, además de lo que dije antes, creo que mucha gente tiene miedo de abordar temáticas que se refieran a lo que estamos viviendo ahora. Muchos proyectos se quedan en el pensamiento o en el comentario de los potenciales realizadores, por miedo a tratar algunos asuntos, o por no saber cómo encaminar algunas temáticas. También se cae en el extremo de hacer documentales hipercríticos, donde uno se da cuenta que no tienen un propósito constructivo, de aportar algo a lo demás. Creo que esto tiene que ver también con el desconocimiento, con el empirismo del que hablaba antes. Ahora cualquiera dice: «quiero hacer un documental», y lo hace, en muchos casos sin tener el conocimiento y el talento para realizarlo bien. Para hacer un documental hay que aprender algunas cosas fundamentales. Mucha gente obvia completamente el proceso de investigación, entonces ya no es un documental, es un reportaje, un género periodístico, cualquier cosa, pero no un documental. Por no investigar, muchas veces se cae en la superficialidad y en el mal resultado de los materiales.

De todos modos, creo que lo más importante es que los jóvenes, y también los viejos, no dejen de hacer documentales, porque es la única forma que tenemos de dejar plasmada nuestra época en el audiovisual. Pienso que es una misión que tenemos los documentalistas. Muchas veces yo les digo a mis alumnos en el ISA, o a los compañeros con quienes trabajo: «Hagan el documental sin temor a lo que vaya a pasar después, porque hay necesidad de registrar un hecho o un fenómeno; si no sale en este momento, más tarde va a salir, y va a tener un valor, porque es una visión de nuestra época. Nadie lo va a contar mejor después, somos nosotros mismos los que estamos contando lo que estamos viviendo».

Denia García Ronda: Creo que ha sido muy interesante esta visión, desde los jóvenes, sobre las ventajas y desventajas del trabajo individual, en especial para los documentales y los cortos de ficción. El realizador como hombre-orquesta hace

que, por ejemplo, se pierda ese personaje importantísimo en el cine que es el guionista. El director se convierte en todo: guionista, camarógrafo, editor, y no todo el mundo es Chaplin. Por el camino que iban ustedes, quiero entrar en el segundo tema. Hay algunas opiniones —polémicas, por supuesto—, en cuanto al peligro de determinadas concesiones, tanto artísticas como ideológicas, a las productoras extranjeras cuando se realizan películas en coproducción. Un grupo grande de los filmes de ficción que se están haciendo —y que, como ustedes han dicho, su número no es nada despreciable— ha tenido que ser en coproducciones, precisamente por la situación económica del país. Según el criterio de cada uno de ustedes, ¿en qué medida la institución, los directores o los guionistas han tenido que hacer concesiones a esas productoras? Por otra parte, según ustedes, ¿está o no tergiversada la imagen de Cuba en algunas de esas coproducciones? Y, finalmente, ¿esa cooperación en la realización de filmes obedece solo a una situación económica puntual, temporal, o debe ser una política de la cinematografía cubana, como se hace en prácticamente todos los países del mundo?

Mario Piedra: Este tema nos lleva a uno más amplio. El cine es una industria, es un sistema, y en nuestro país ese sistema está quebrado. No hay correspondencia entre la exhibición y la producción. Por decirlo de otra manera: una película cubana que tiene un éxito notable como puede ser *El Benny*, que ha tenido quinientos mil espectadores en ocho salas de cine, haría llorar de placer a cualquier cineasta español. Sin embargo, en Cuba no tiene ninguna significación económica, porque estamos hablando de dos pesos por quinientos mil, o sea, un millón de pesos. Eso no significa nada para una producción; con ese dinero no se puede hacer otra película. Quiere decir que una de las patas importantes de la industria está quebrada. La exhibición, que es la que debe recuperar la inversión, no lo hace; por lo tanto, dependemos de otros mecanismos para poder seguir haciendo cine.

Por otro lado, sobre la distribución yo tengo criterios. Pienso que el ICAIC, el ICRT, los productores independientes y los grupos de «socios» que hacen documentales, o sea, los productores de cine, tienen que aprender una cosa que se llama *marketing*, tienen que aprender a vender su producto. En Cuba no sabemos vender cine. Acabamos de hacer un estudio con una alumna de Comunicación Social sobre el *marketing* del cine cubano, y los resultados son sencillamente espantosos. No se sabe cómo colocar un producto como este en el mercado, no se sabe identificar los públicos; en fin, una serie de problemas muy específicos, pero que me indican que estamos todavía operando con mentalidad de los 60, de ver quién compra nuestra obra por solidaridad y no con una actitud estratégica agresiva. La colocación de nuestro cine en el mercado se ha hecho de manera puntual, con resultados muy buenos, como fue con *Fresa y chocolate*. Mucha gente sabe que tuvo éxito internacional, pero ignora que hubo una pequeña estrategia de *marketing* detrás.

Esto nos lleva de la mano a que un país como el nuestro, con esta situación en la exhibición, necesita la coproducción. Tenemos que aceptar, aunque nos duela, que la economía cubana no puede financiar las películas que quisiéramos hacer anualmente. Entonces no queda más remedio. No pienso que sea un problema puntual o temporal, sino un problema real: dependemos de la coproducción, de los intereses que pueda haber en otros mercados, en otras distribuidoras, de vender o adquirir un producto nuestro. A lo mejor el día que aprendamos a venderlo bien no nos haga falta la coproducción, pero hoy en día, con ella entra liquidez, dinero fresco para comprar todo lo que decía Roberto: la película, las luces, los insumos, etc.; pero también aporta un mercado que nosotros no tenemos.

Creo que la pregunta va dirigida a que si la coproducción es buena o mala, y nos volvemos a meter en otro de los esquemas mentales que decía Roberto. En la década

de los 80, hubo una enorme cantidad de coproducciones cubanas con otros países latinoamericanos, y nadie se acuerda de ellas; lo que pasa es que en esa película nosotros éramos los *comboys*, y ahora somos los indios, porque en aquella época poníamos la plata, les abríamos la puerta a los cineastas latinoamericanos. Entonces esas coproducciones nos encantaban; las de ahora no, ahora somos los indios y tenemos que ir a hablar con el español, con el francés o con el alemán para que nos produzca una o más películas. Pienso que eso no es bueno ni malo *per se*. Es cierto que a veces la coproducción se convierte en una *coproducción*, pero eso no depende de que se haga en colaboración; depende, como decía Roberto, del interés y la personalidad de los realizadores.

Las concesiones a la coproducción son una forma de oportunismo. Hay elementos de la realidad y la cultura cubanas que, por supuesto, venden; pero eso pasa con cualquier otra cosa, y ha pasado con otras manifestaciones. Yo recuerdo una entrevista a Humberto Solás, donde él se queja del oportunismo que podía existir dentro del ICAIC en la década de los 80, para hacer películas que atrajeran al público mediante el humor o la «bonitura». Esa es otra forma de oportunismo y otra forma de concesión. No creo que eso dependa, exactamente, de la coproducción. Hago una anécdota muy ilustrativa: un día me encuentro con Arturo Sotto, el director de *Amor vertical*, donde hay bastante erotismo, y le pregunto: «¿Eso fue porque es una coproducción con Francia?», y Arturo me dijo: «No, si los franceses me pidieron quitarle un poco de erotismo». O sea, que a veces los lugares comunes, los esquemas mentales que dice Roberto, nos hacen pensar cosas que no son.

Creo también que la coproducción llegó para quedarse. Cuba no puede invertir en una película, con la cantidad de dólares que cuesta, mientras no tenga un mercado nacional, interno, que lo recupere. El mercado más importante siempre es el nacional, y nosotros, por la situación imperante, no tenemos ese mercado. Y aun cuando lo tengamos habría que preguntarse si vamos a seguir necesiéndola, aparte de que es un fenómeno mundial, no es un problema nuestro.

Denia García Ronda: En eso estamos de acuerdo. Pero sería bueno que se refirieran también a las opiniones, no sé si generalizadas, de que en algunas coproducciones se tergiversa la imagen nacional, la imagen de los cubanos. ¿Qué piensan sobre esto?

Mario Piedra: A mí esas dos palabras: *tergiversación* o *manipulación* de la imagen de Cuba, me asustan; pero sí creo que a veces hay una tendenciosidad en las imágenes. A eso me gusta llamarle imagen *centrobabanera*. Es algo que está presente en el *video-clip* nacional en una escala enorme, y hasta ha pasado a las películas, como si Cuba fuera solo Centro Habana. Este ámbito, este escenario, que tiene sus peculiaridades, se convierte en casi una metáfora del país. Yo creo que puede ser la metáfora del país para algunas cosas, pero indudablemente la visualidad de Centro Habana, los ambientes, incluso la marginalidad, se han trabajado más a menudo de lo que a mí me gustaría; se ha manifestado una fuerte tendencia a mostrar esto. No me voy a poner triunfalista, pero pienso que Cuba no es solamente Centro Habana, Cayo Hueso, Virtudes y Galiano; también puede ser Quinta Avenida y puede ser Boyeros, en fin, otras ciudades, pueblos, barrios.

Roberto Smith: Para responder esta pregunta voy a tener que regresar un poco a la anterior. Pienso que Mario ha repetido algunos de los esquemas que intento romper. Estábamos hablando del naufragio terrible de los 90, en todos los órdenes, y hablamos también del cine. ¿Cómo sobrevivió el ICAIC, cómo pudo sobrevivir, cómo pudo producir las películas que se hicieron, si no había dinero ni nada para hacerlas? Sobre todo, a través de la coproducción. Es la fórmula que permitió que hoy podamos hablar de las veintinueve películas de los 90 y de muchas otras de este nuevo siglo.

Ahora bien, ¿qué es la coproducción?, ¿cómo funcionan las coproducciones? A veces existe una cierta fantasía sobre qué quiere decir esa palabra —en el caso nuestro, por lo menos—, y en qué medida hay concesiones, en qué medida el director recibe presiones, imposiciones del coproductor. Entre nosotros, una película en coproducción es un proyecto cubano, de un realizador cubano, que con la participación del área del ICAIC encargada para esta búsqueda, encuentra financiamiento en divisas en una productora de otro país, que se suma al aporte que realiza el propio Instituto. Una premisa de las coproducciones del ICAIC es que los directores sean cubanos, y la historia, cubana. Separo aquí los numerosos casos de nuestra histórica coproducción con realizadores latinoamericanos. En estas coproducciones con Europa, ¿por qué le puede interesar a una empresa productora poner cien mil, ciento cincuenta mil, doscientos mil dólares para hacer una película cubana, dirigida por un realizador cubano? ¿Qué les puede interesar por el lado de allá? De modo general, la respuesta es sencilla: sumar una nueva película al catálogo de esa empresa, película que se produce con un financiamiento bajo si se compara con lo que cuestan en Europa, financiamiento que normalmente no es dinero propio, que casi siempre se beneficia con los sistemas de apoyo, de subsidios, que existen en esos países para la producción cinematográfica. Ahora bien, ¿qué tipo de cine, qué tipo de película buscan los coproductores extranjeros que trabajan con Cuba? Es un error suponer que todos persiguen la imagen folklorista, o los ambientes marginales, o las historias de Centro Habana. Ya Mario lo decía antes. Un coproductor busca una película que después pueda vender, que pueda funcionar en la taquilla. En el caso de Cuba, después de algunas experiencias que fueron fallidas en taquilla, esa búsqueda, de modo general y sobre todo en los últimos años, lo acerca al cine que prometa como de calidad, como cine de autor. El coproductor —al menos los que trabajan habitualmente con nosotros— no es un simple mercader en busca del cine comercial. También es inexacto suponer que es el primero que llega con una oferta. El coproductor elige al ICAIC después que el ICAIC lo elige a él. Tenemos buenas experiencias con coproductores serios que apuestan por el buen cine. Para romper con estos prejuicios también es imprescindible renunciar a la visión de conjunto y revisar los resultados película a película. ¿Quiere decir esto que los coproductores no ejercen ninguna influencia en los proyectos cubanos? Por supuesto que el coproductor opina, sugiere, como corresponde al oficio, a su papel negociador, a sus intereses. También el cubano opina y sugiere. Pero es el creador, el director, quien tiene la última palabra. Nadie ha impuesto adulteraciones a las obras. Sí es muy frecuente que en la coproducción se negocie la participación de actores y actrices y, a veces, de técnicos del país del coproductor. Muchas veces es un requisito para que la película pueda ser oficialmente inscrita como coproducción; otras veces, se trata de asegurar la publicidad del filme con figuras conocidas por su público. Todo esto es de forma general porque cada proyecto, cada película, es un caso singular.

Ahora, el documental. En el naufragio de los 90, y en esa salida a través de la coproducción, era muy difícil salvar del mismo modo al documental. Eso fue traumático en el ICAIC, porque veníamos de una época cuando se hacían cuarenta documentales, cuando había un montón de creadores. Algunos de los grandes directores de hoy se formaron en la escuela de documentales, el mismo Fernando Pérez, Daniel Díaz Torres, Gerardo Chijona, todos eran documentalistas, y fue traumático que no hubiese ese espacio, porque no había financiamiento para hacer documentales, a pesar de ser mucho más barata su producción. El documental, sin embargo, no desapareció, aunque disminuyó mucho. Mencioné antes que se realizaron más de 90 documentales en esa época. Si se hubiese mantenido el ritmo de producción de los 80, hubiesen sido entre 400 y 500 documentales. Por otro

lado, es verdad lo que dice Alejandro en cuanto a que el documental no ha tenido la colocación que debe tener para su exhibición. Ese es un mal que viene de antes. Han existido realmente estos problemas, pero hay una búsqueda permanente de alternativas para rescatar la producción documental y para fortalecer su exhibición.

Voy a terminar —para no extender la intervención—, con una mención a la pregunta sobre la recuperación. Nosotros internamente, en la dirección del ICAIC, no hablamos de recuperación; o sea, estamos trabajando muy duro y estamos conscientes de que se está viviendo otro momento en la producción y en la historia del ICAIC; pero no hablamos de recuperación; nos parece prematuro, inexacto. Se siente que estamos en camino a la recuperación, que es otro concepto. Hay como un tránsito; como que quedó atrás la profundidad de la crisis y se avanza con resultados concretos. Existe un significativo crecimiento en la producción, en ficción, documental y, en particular, en animados. Hay una diversidad temática, estilística. No podemos estar satisfechos, queda mucho por hacer, nos frena la disponibilidad financiera, el estado tecnológico, material de la industria; pero cuando cada año se revisan los listados de la producción terminada y de la que está en proceso, de las coproducciones, de las absolutamente nacionales, de las que se realizan con otras instituciones cubanas como el ICRT o Mundo Latino, se nos ofrece un panorama de febrilidad productiva.

Denia García Ronda: Le voy a pedir a Alejandro que su intervención sobre esta pregunta la una al tercer tema, que es el siguiente: En los últimos años ha surgido, o se ha hecho más visible, una nueva generación de creadores cinematográficos de ficción y de documentales, que se autodenominan, o los llaman, «nuevos realizadores». ¿Indica esta denominación un cambio ideoestético en relación con el cine cubano anterior, o es un simple dato cronológico, etario? ¿Cómo caracterizarían ustedes, en términos generales, el cine cubano que se está realizando actualmente, donde tienen una buena participación los jóvenes realizadores? En este caso estamos hablando, sobre todo, de variedad temática, realización artística, no tanto de cantidad.

Alejandro Ramírez: En cuanto a la pregunta anterior, es muy breve lo que tengo que decir. Casi no se hicieron documentales en la década de los 90; los que se hicieron, se realizaron casi todos fuera de los organismos oficiales. Sin embargo, fue una etapa tan difícil para el país que se volvió un centro de atención para muchos documentalistas y para muchas empresas cinematográficas del exterior, que vinieron e hicieron documentales sobre Cuba. A mí me resulta muy triste que haya pasado esa etapa sin un peso fuerte en el documental cubano, porque lo que queda de memoria audiovisual son visiones extranjeras de lo que pasó aquí, y creo que teníamos que haber sido nosotros los que contáramos la historia nuestra. Cada vez que veo uno de esos documentales hechos por extranjeros, compruebo que dan una visión transformada, caricaturesca de nuestra realidad de entonces, y muchas veces con una gran falta de respeto.

Lo otro que quiero decir es que yo, como creador, no cambio un proyecto mío por la ayuda o el financiamiento que me vaya a dar ninguna institución, ya sea nacional o extranjera; si yo tengo un proyecto, trato de convencer, de argumentar, para que salga exactamente como nació. Yo no sería capaz de hacer concesiones con tal de que me den financiamiento para hacerlo.

En cuanto a lo de «nuevos realizadores», no le doy mucha importancia a la clasificación entre nuevos y viejos. Me parece que el cine cubano es uno, y que, como todas las cosas, evoluciona. Ahora no tenemos la misma estética de los 60, como tampoco en los 80 fue la misma que en los 70. Por supuesto hay cambios: el ritmo de edición y la fotografía son diferentes; estamos permeados de otras influencias. Hay muchos artículos que se refieren a que el cine actual tiene mucha influencia de

la publicidad, del *video-clip*, no sé exactamente si es así; pero sí siento que es distinto a lo anterior. Es posible que tengamos otra forma de hacer cine, pero yo no veo esto como una contraposición ni una negación de lo anterior; lo veo simplemente como evolución lógica de todas las cosas.

Denia García Ronda: Sí, pero tú mismo has dicho que unos aceptan los cambios en el mundo de la tecnología, y otros son un poco más reacios. ¿Eso no tiene que ver con las edades, con las generaciones?

Alejandro Ramírez: Sí, creo que es una cuestión generacional; y pasa en todo, hasta en la familia, en la forma de ser, en la forma de vestirse. A mi papá no le gustaba que yo usara arete, por ejemplo.

Denia García Ronda: ¿Qué tú crees de eso, Mario, no de los aretes, sino de las generaciones en la producción cinematográfica?

Mario Piedra: Estoy de acuerdo, básicamente, con lo que dice Alejandro. Pero quisiera poner de relieve lo siguiente: se habla de nuevos realizadores; bueno, siempre ha habido nuevos realizadores; eso no quiere decir mucho. Lo que sí me parece que a veces perdemos de vista es que existe realmente una tendencia de jóvenes realizadores —o de personas jóvenes, que son realizadores en la actualidad—, que también empezó en los 80. En esa década, se produce una escisión de la producción documental respecto al ICAIC; aparece la documentalística de la Asociación Hermanos Saíz (AHS), que trae nuevas miradas; aparece el cine aficionado, que marca nuevas proyecciones en algunos casos, y aparece la Escuela de Cine de San Antonio, que también propone nuevas maneras de hacer, de acercarse a nuestra realidad. Por lo tanto, esta tendencia, estos jóvenes realizadores, como Alejandro y tantos otros, estos cambios ideoestéticos surgen en los 80 de alguna manera. Es curioso que en aquel momento esa es una pequeña producción marginal, y el ICAIC es la gran productora, y el tiempo, el implacable, hizo casi desaparecer la documentalística del ICAIC, y aquella es la tendencia que ha permanecido. Esos pequeños proyectos, como decía Alejandro, de grupos que abordan la realidad de manera crítica o por lo menos con un nivel de indagación, de preocupación, son los que han sobrevivido, y el ICAIC no pudo continuar su ritmo de producción de documentales por las razones económicas que se han mencionado.

Creo que sí, que hay tendencias nuevas, jóvenes con ganas de hacer cosas, nuevos enfoques; hay un cine en muchas ocasiones crítico, sanamente crítico, y a veces hipercrítico también; pero creo que hay una nueva manera de decir, de editar, de filmar, de hacer el documental con dos cámaras, que me imagino que vuelve locos a los realizadores viejos; en fin, hay una nueva tendencia. ¿De qué manera esa tendencia está afectando a los largometrajes de ficción? Muy poco, en realidad. Yo saqué unos numeritos —a mí también me gustan los números igual que a Smith— y me di cuenta de algo muy interesante. Se me ocurrió averiguar la edad de los realizadores del ICAIC que hicieron largometrajes de ficción en la actual década de los 2000: de dieciocho películas que se han filmado hasta el momento, trece de sus directores tienen más de cincuenta años, y cuatro tienen más de sesenta.

Es un fenómeno que me parece que es hora de revertirlo, de trabajar en eso, que no depende, por supuesto, de los mejores funcionarios, de las buenas intenciones, sino de una multiplicidad de factores que habría que analizar. Pero me parece interesante, por ejemplo, el caso de Jorge Luis Sánchez, el director de *El Benny*: ¿es un joven realizador? Tiene cuarenta y siete años, ahorita es abuelo, y acaba de hacer su primer largometraje. Creo que es necesario que esta tendencia que se abre, por ejemplo, con Lester Hamlet, con Pavel Giroud, con estos jóvenes —que tienen treinta y dos, treinta y cuatro años—, hay que alimentarla; que un realizador haga

películas —no solo documentales— más o menos cuando tiene un nivel de creatividad. Yo pienso que la juventud es tremendamente creativa. Habría que hacer una tabla de la edad que tenían los realizadores del ICAIC en la década de los 60, cuando hacían sus primeras películas, pero me acuerdo de que Humberto Solás tenía veinticinco años cuando hizo *Lucía*.

Denia García Ronda: Y no era su primera película.

Mario Piedra: La misma edad, curiosamente, que tenía Orson Welles cuando hizo *El ciudadano Kane*, y un año menos de la que tenía Serguei Eisenstein cuando filmó *El acorazado Potemkin*, o sea, que los jóvenes tienen talento, y se puede esperar muchas cosas de ellos.

Creo —y realmente soy optimista en eso— que se está haciendo cine. ¿Cómo lo caracterizaría? Diría, en primer lugar, que es una producción audiovisual —para no hablar de cine— cubana; eso es muy importante, que sea cubana, no porque la hagan en Cuba, sino porque es esencialmente una producción cubana, heredera del mejor talento del cine nacional, de lo que se ha hecho en este país durante los últimos cuarenta años por parte de mucha gente, del ICAIC, del ICRT, de todas partes. Pienso que son personas con un gran amor hacia la creación, porque trabajan en condiciones tremendamente difíciles, a veces autofinanciados, con el carro del papá, el baúl de abuelita, etc. Como decía Roberto —estoy de acuerdo con él en esa opinión— estamos en un momento cuando se están creando los derroteros del cine cubano del siglo XXI, o por lo menos de los próximos años. Creo que es un buen momento, y que realmente los jóvenes pueden aportar mucho. Lo que me parece muy importante es que esos jóvenes que están trabajando indaguen —a veces me parece que no lo hacen con suficiente rigor— sobre toda la creatividad y el talento que tuvo lugar en Cuba, en especial en la década de los 60, cuando los que empezaban a hacer cine también eran jóvenes, y pienso que hay una raíz que vale la pena aprovechar.

Roberto Smith: Estoy de acuerdo con Mario. Uno vive ahora otra realidad. Hay muchos jóvenes que tienen posibilidades y deseos de producir, voluntad de hacerlo, y que hacen una obra. La aspiración de muchos de ellos es trabajar en el ICAIC, o trabajar con el ICAIC, y que este reconozca lo que están haciendo. También tratan de hacerlo con la televisión y con otras instituciones, o hacerlo por su cuenta. Esa es una realidad concreta que no solo reconocemos, sino que también estimulamos. En el tema de los nuevos realizadores a veces existe una dosis de paternalismo. Por eso volvemos a la importancia de la individualidad, del talento, de la capacidad creadora. El ICAIC puede recibir proyectos que se evalúan sin preguntar la edad de quienes los presentan. Esa es la lógica, estar a la caza de buenos proyectos para trabajar, aunque después nos frenen las limitaciones financieras y materiales. La Muestra de Nuevos Realizadores es importantísima, porque es un espacio que hemos creado justamente para probar las fuerzas de los jóvenes, y de la Muestra han salido muchos creadores que han logrado determinada posición dentro de la industria. Es una acción concreta hacia esa producción que se hace casi toda fuera de las instituciones, una acción que no se limita al evento, sino que se prolonga de forma permanente durante todo el año.

Denia García Ronda: Le toca ahora al público asistente. Creo que hay bastante tela por donde cortar. Les damos la palabra para que puedan dialogar con ellos, debatir, o decir sus criterios, sus opiniones, estar de acuerdo o no, con lo que se ha dicho.

Carlos León: Solo apuntar dos cosas. Se hablaba de mayor producción en los 90, y yo diría que de igual o menor distribución, porque seguimos distribuyendo lo mismo. Roberto decía que el ICAIC ya no es aquel monstruo grande que era el único que

producía películas; ahora hay varias alternativas de producción audiovisual; pero lo cierto es que el ICAIC sigue siendo el distribuidor para las grandes masas en todo el país. Y además de eso, en muchos casos, la televisión programa —es mi experiencia personal— solo una vez lo que uno, como realizador, trabaja. Ese es el caso clásico de los documentales, de los cuales no voy a hablar, estoy totalmente de acuerdo con Alejandro, sufrimos lo mismo. Quería nada más apuntar esto, y sugerirle a la revista *Temas*, que tan buenos debates hace, que en algún otro momento realice un *Último Jueves* dedicado solamente al tema del documental y los cortos de ficción, su producción y su distribución.

Isabel León: Tengo tres preguntas muy concretas. La primera se parece a lo que dice Carlos: ¿Qué otra vía de distribución en Cuba es posible para el cineasta independiente? La segunda es si, como política, son deseables o no las coproducciones, y por lo tanto, si se favorecen o no. Yo he oído a personas que hablan de lo caro que resulta para un productor extranjero filmar aquí porque le ponen ciertas exigencias, lo que hace que no sea atractivo. Y la última es qué perspectivas hay de retomar los *Noticieros ICAIC*, con la frescura, actualización, dinamismo y agudeza de los anteriores, utilizando la más barata tecnología del video.

Otto Batista: Mi duda tiene que ver con la variedad de las películas del cine cubano en cuanto a temáticas. A veces sentimos, al menos yo —voy a hablar de mí mismo— me siento un poco saturado del mismo tipo de cine; es decir, la ficción siempre, de algún modo, critica la sociedad y todas estas cuestiones. A veces me gustaría ver un cine de horror o de ciencia ficción, o de otro tipo. Latinoamérica lo está haciendo, está probando nuevas cosas; y quisiera saber si el ICAIC tiene voluntad de hacer esto; si no lo hace por falta de guiones o porque no son buenos proyectos, como dice Roberto.

Merina Torres: Soy de Argentina, y por eso tal vez lo que tengo que preguntar no tiene que ver con un conocimiento de la realidad cubana, como los otros compañeros. No tengo una pregunta específica, sino varias cuestiones. Una es para Mario, acerca del *marketing* del cine. Yo creo que la mayoría de las veces la recuperación del gasto del filme no se da por taquilla, sino directamente antes de ser estrenada una película —lo que a lo mejor no sucede en Cuba— porque se produce, sobre todo, por la venta de publicidad en las salas o en la propia cinta. Otra cuestión es para Alejandro. Creo que, en otras partes, sobre todo en Suramérica, el género documental sufre lo mismo que está sufriendo en la Isla. La mayoría de las veces, el financiamiento del documental viene por parte de productores extranjeros —hablo puntualmente del caso de Argentina—, y si en Cuba hay alguna forma de buscar financiamiento en el extranjero antes de empezar a realizar el documental, y no como él decía que vengan desde afuera a documentar la realidad cubana, por qué no hacer este proceso a la inversa. Y otra cuestión: en Argentina —y esto lo puedo decir porque es mi especialidad—, el documental se exhibe, sobre todo, en los festivales, que hay muchísimos, y algunos dedicados exclusivamente al documental. Hay uno muy importante, *Dock Buenos Aires*, que aparte de exhibir distintos documentales, convoca un concurso de proyectos, y el elegido puede llegar a realizar su documental. No sé si esto puede ser útil y posible dentro de la política del ICAIC para los documentales. Tengo una última cuestión que tiene que ver, sobre todo, con los nuevos realizadores cubanos. En Argentina se habla del Nuevo Cine Argentino, no de nuevos realizadores, y tiene que ver no solo con una ruptura estética ni solo en cuanto a la utilización de los medios, ni con ser joven o con hacer por primera vez un filme. La ruptura es mucho más de fondo: buscar otras temáticas, otras formas de narrar,

otro tipo de búsquedas. A lo mejor en Cuba se puede llegar a hablar, en lugar de «nuevos realizadores», de Nuevo Cine Cubano.

Denia García Ronda: Como tengo mis propias preguntas y opiniones, voy a participar como público. Pero antes, quiero contestarle a Carlos, porque toca directamente a *Temas*. Entre los asuntos que nos interesa tratar en estas sesiones de *Último Jueves* está precisamente el caso del documental y sus relaciones con la sociedad. Hay otros muchos aspectos del cine cubano, y del cine en general, que nos gustaría que se debatieran, pero no podemos tocarlos todos en las diez sesiones que tenemos en el año. Sería bueno, por ejemplo, la relación entre los problemas que los panelistas han planteado acerca de la producción y la distribución, sobre todo en el caso de los documentales, y la formación de los creadores en la Escuela de San Antonio, en el ISA —que tiene también una especialidad de radio, cine y televisión—, en los cursos que se ofrecen en la UNEAC, etc., que están elevando el nivel técnico y artístico de los creadores.

Hablando de documentales, quizás se trate de un asunto generacional, pero a mí me gustaba muchísimo que exhibieran un documental y una película, y creo que mis coetáneos no pelearían para que se pusiera cine de documentales solamente, sino el Noticiero, el documental, y la película. Me parece que esa es la mejor opción; quizás es que ya estoy desfasada, pero creo que eso es lo más efectivo para la película y para el documental en cuanto a recepción.

Sobre lo que se hablaba de la distribución, también es una lástima que se hayan perdido varios cines de barrio, donde, según mi impresión, el documental era parte de la vida de esas comunidades, como lo era la propia sala de cine. Si se saca la cuenta, no es que estén en malas condiciones, es que hay muchos cines de barrio que han desaparecido, y esto tiene otras connotaciones sociales, como el hecho de que las personas tengan que trasladarse al centro para ver películas.

Y en cuanto a lo que decía Smith sobre que el ICAIC recibe proyectos y los evalúa, creo que también hay que estimular su entrega. Puedo poner el ejemplo del MININT, cuando convocó su concurso de novelas y cuentos policíacos, que estimuló muchísimo su producción. O el Premio Alejo Carpentier, del Instituto del Libro, que hizo que inmediatamente saliera una cantidad enorme de novelas y de ensayos para ese concurso. No estoy hablando de que necesariamente se haga a través de concursos, pero de alguna manera sería bueno estimular los buenos proyectos, porque quizás un creador o un guionista tiene una idea de hacer una película de ciencia ficción, pero piensa que no se la van a aceptar nunca, porque hay una historia, hay un proceso de cine cubano que no ha acogido la ciencia ficción, o el cine de horror, o la creación de cine para niños. Cuba, que tiene un proyecto para la infancia tan importante, resulta que no tenía cine para niños, y yo creo que todavía *no tiene* cine para niños, si exceptuamos los animados que están tomando cierta fuerza. Me parece que el ICAIC y otras instituciones, u otros organismos como la UNEAC, o la propia escuela de San Antonio, o la AHS, pueden estimular de alguna manera eso; no esperar a que venga alguien con un guión que trate de esto o trate de lo otro, porque si no, vamos a seguir en la misma tendencia, la que los creadores creen que es la buena, que es la que puede ser aceptada.

Volvemos al panel para que se refieran a lo que el público ha señalado.

Mario Piedra: Roberto va a dar la última respuesta, porque las preguntas son casi todas para el ICAIC; pero sí quisiera decir algo sobre el tema. Pienso que el ICAIC tiene que cambiar su filosofía; lo creo firmemente; me siento avalado en cuanto a esa opinión porque dediqué treinta años de mi vida a este organismo. El ICAIC no ha logrado desembarazarse de visiones o filosofías empresariales, organizacionales,

relativas a otra etapa. Estamos ante un fenómeno obvio; o sea, el Instituto de Cine de Cuba no solo tiene que preocuparse por lo que él produce, sino por lo que se produce en Cuba y, hoy por hoy, creo que ni el ICAIC ni nadie sabe, por ejemplo, algo tan simple como cuántos documentales, o cosas que se les parezcan, se hicieron en Cuba en el año 2005. Estoy seguro de que el ICAIC no me puede responder eso, y creo que debería saberlo; y también cuánto se produjo en Cuba de ficción y quién lo hizo. Y por otro lado, pienso que la distribuidora del ICAIC también debe abrirse. Durante muchos años distribuía la producción del organismo, pero ya va siendo el momento de que sea también la distribuidora de la producción cubana, no necesariamente solo del ICAIC. Creo que el gran resultado de este *no debate*, de este diálogo más bien, que hemos tenido aquí, es que estamos de acuerdo en que vivimos otro momento, que la situación cambió, que las concepciones mediante las cuales se funda el ICAIC ya no son las vigentes. El escenario cambió y, consecuentemente, deben cambiar las estrategias, las filosofías, el *marketing*, es decir, la manera de comercializar. No me refiero al *marketing* en términos de Hollywood —a lo mejor eso fue lo que le preocupó a Merina— no es tanto a qué público me dirijo, sino en qué mercado puedo colocar mi producto, a nivel internacional, que es algo que parece que nadie sabe bien cómo es. En fin, creo que esa sí sería una gran conclusión. El ICAIC tiene que cambiar todo su enfoque del fenómeno audiovisual para adaptarse a los medios y al momento que estamos viviendo.

Alejandro Ramírez: Sobre la intervención de la compañera argentina: yo conozco cómo es la política de los documentales en casi todos los lugares del mundo. Es mucho menos positiva que aquí. Plantée esa preocupación porque en Cuba sí existió una política completamente distinta; el ICAIC tenía una producción asignada para documentales, que, además, era muy fuerte; tenía todo un programa de exhibición de documentales en los cines; existió un excelente *Noticiero ICAIC* durante mucho tiempo; y había una cosa que para mí es un privilegio: un público formado, que apreciaba los documentales. Mi preocupación es por eso, porque ahora no existe; carecemos tanto de estrategias de producción como de posibilidades de exhibición. Yo he estado en México y en Guatemala, y he visto que en un festival de documentales hay seis personas viéndolos, y el que lo organizó te dice: «Fue un éxito». Ese no ha sido el caso de Cuba, y no tiene por qué serlo.

Con respecto a lo otro que decía la propia Merina sobre la cuestión de los documentales que se hacen en Cuba, quiero decir algo. Como política cultural del país, aquí se reconoce que el cine tiene una función social muy fuerte, incluso para poder contar la historia dentro de unos años. Por otra parte, se dice: «Por cuanto el cine es un arte...», pero además, había una política de registro, y yo creo que eso se perdió, un poco por la crisis, y también por la intención de muchos cuadros oficiales de enmascarar realidades que se estaban dando. Se perdió el documental que reflejaba problemas, y han pasado cosas importantes de las cuales no hay documentales cubanos. Tengo el privilegio de haber podido hacer un documental sobre la reconversión azucarera, que es uno de los procesos económicos más importantes que ha habido en Cuba, pero es un solo documental, una sola visión, un punto de vista, y para que, de aquí a quince o veinte años, se pueda tener una idea aproximada de un proceso tan complejo, debieron haber existido por lo menos quince documentales sobre eso. Muchas veces no se han realizado documentales no por falta de aprobación, sino porque no se les abren las puertas a los realizadores para que puedan hacerlos.

Roberto Smith: Sobre el tema distribución, que preocupa a Carlos León y a la colega arquitecta, y comentado por Mario Piedra, estoy convencido de que no se ha

avanzado igual que en la producción. Me referiré, primero, a la red y después a la política de distribución, que es a lo que seguramente aludía Carlos.

Como todos sabemos, la red de cines y salas de vídeo de todo el país, como consecuencia del envejecimiento de las instalaciones y de la tecnología, de la imposibilidad durante años de ofrecer los mantenimientos y la reposición de su equipamiento, muestra un fuerte deterioro. Sin embargo, en los últimos dos años ha comenzado un proceso inversionista que nos ha permitido recuperar importantes cines como el Chaplin, el Yara y el Infanta que es ahora un moderno multicine. Poco a poco, será posible recuperar los más importantes cines del país. Existen provincias orientales donde se está trabajando en casi todos sus cines. Por ejemplo, entre los cines con mejores condiciones del país están el Céspedes, de Bayamo y el Ismaelillo, de Holguín.

En cuanto a la distribución, se trabaja por recuperar la riqueza de la programación. Durante muchos años, las carteleras de cine de nuestro país mostraron una diversidad envidiable. En Cuba, en igualdad de condiciones, se exhibían las mejores películas producidas en cualquier país del mundo. Era absolutamente normal que el espectador común conociera la obra de directores, actores y actrices de un país europeo, o asiático o latinoamericano. Con la crisis de los 90 se redujo el financiamiento para adquirir los derechos de exhibición de películas extranjeras. Por otro lado, la circulación masiva de copias de video en los ámbitos domésticos y el crecimiento de las cifras de películas que exhiben los canales de televisión, restaron atractivo a la programación de los cines. Nuestro reto es recuperar, ajustado a nuestra época, el encanto de la programación de los cines. Y en este rescate debe ocupar un espacio permanente la producción nacional. Por supuesto, no me refiero solo a la producción del ICAIC, sino a toda la que muestre la calidad necesaria para su exhibición. En los últimos años, se observa un crecimiento, que debe ser todavía mayor, de la exhibición de obras de realizadores independientes, de nuevos realizadores, y de otras productoras. También debemos mejorar algo que afecta a toda la programación: lo que Mario llama *marketing*, que es lo que tradicionalmente llamábamos promoción. Muchas veces exhibimos opciones de calidad con muy poca visibilidad. Exhibimos una buena película o la obra de un joven realizador y no logramos el necesario nivel de información, de motivación para esa exhibición. Este es un problema que trasciende al ICAIC, pero que es decisivo para nosotros.

Denia García Ronda: Creo que ha sido una tarde muy productiva. Hemos enfocado, desde apreciaciones diversas, facetas del cine que no siempre se tratan: lo que tiene que ver con la industria y con la realización final de sus productos; o sea, la recepción; así como los logros y dificultades de la producción actual del cine y sus similares. Muchísimas gracias a los panelistas y a los asistentes.

Participantes:

Mario Piedra. Profesor de la Universidad de La Habana.

Alejandro Ramírez. Realizador de documentales.

Roberto Smith. Vicepresidente del ICAIC.

Denia García Ronda. Ensayista. Subdirectora de la revista *Temas*.

Diálogo con el Cardenal Jaime Ortega

Aurelio Alonso Tejada

Sociólogo. Casa de las Américas.

Jaime Lucas Ortega Alamino fue ordenado obispo en 1978, y en 1982 asumió el Arzobispado de La Habana. Todo este tiempo ha estado a cargo de la Arquidiócesis capitalina y, dentro del período, trece años como Cardenal, además de Arzobispo. Como es sabido, la jerarquía cardenalicia no constituye un escalón en la autoridad pastoral, puesto que cada obispo o arzobispo responde solo ante el Papa por la administración de su diócesis o su arquidiócesis. Pero tampoco es una distinción meramente formal, ya que la pertenencia al Cónclave, la facultad de elegir —y la posibilidad de ser elegido— al trono de San Pedro, y la cercanía al pontífice, le otorgan a esta dignidad un rango efectivo dentro de la comunidad católica.

En la historia precedente de nuestra Isla, la dignidad cardenalicia fue concedida, por vez primera, en la persona de Monseñor Manuel Arteaga Betancourt, en 1945, por Pío XII, quien la caracterizó como «una púrpura romana llamada a ser ornamento de su Patria, de las Antillas y de toda la América Central»,¹ por ser la primera que recibiera la sub-región. Después que falleció Arteaga en 1963 —año en que murió también el papa Juan XXIII, en los tiempos en que se celebraba el Concilio Vaticano II— habrían de transcurrir más de tres décadas para que Juan Pablo II decidiera volver a crear un cardenal cubano.

Antes de recibir el capelo cardenalicio, Ortega desempeñó un papel señalado en las acciones más importantes desplegadas en el

seno de la Iglesia, comenzando por la coordinación del proceso de reflexión eclesial que se inició desde las diócesis cubanas y culminó en el Encuentro Nacional celebrado en 1986. El «Documento final» de aquel Encuentro constituye la declaración más integral y relevante, en muchos sentidos, del catolicismo cubano, en términos de reflexión crítica y esclarecimiento de proyecciones. Entre otras iniciativas desarrolladas por el Cardenal Ortega, debemos considerar el reforzamiento de las vicarías episcopales y de la organización del laicado, el espacio reconocido a Caritas en el mundo de las asociaciones no gubernamentales cubanas, la implementación de proyectos pastorales creativos, y las acciones desplegadas desde aquellos años para propiciar la visita del Papa a Cuba.

El Cardenal Óscar A. Rodríguez Madariaga, Salesiano de Don Bosco, con quien compartió responsabilidades como vice-presidente en el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) durante los años 90, en el prólogo que redactó para la recopilación de los trabajos de Ortega, lo define como «un hombre que edifica la constitución jerárquica y orgánica de la Iglesia».²

El alcance de su presencia pastoral se potencia, en la Arquidiócesis de La Habana y en toda Cuba, ya como Cardenal, a partir de 1994. No se puede omitir que se producía, a partir del IV Congreso del PCC en 1991 y de la Reforma Constitucional de 1992, un nuevo marco para la articulación del hecho religioso, y de las iglesias,

Aurelio Alonso Tejada

denominaciones y entidades representativas de los diversos sistemas de creencias presentes en la sociedad cubana, con la institucionalidad socialista.

El Cardenal Ortega Alamino tuvo un papel protagónico en la preparación de la visita de Su Santidad Juan Pablo II a Cuba, en 1998.

A continuación ofrecemos al lector sus respuestas a las preguntas que le formulamos para su publicación en Temas.

Aurelio Alonso: *La XXXI Asamblea del CELAM, del 10 al 13 de julio de 2007, celebrada por primera vez en La Habana, ha sido un acontecimiento relevante para la región y para Cuba. Desde su perspectiva, ¿cuál fue la significación de este evento y los problemas más importantes que abordó?*

Cardenal Jaime Ortega: La Reunión del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), que reúne a los obispos presidentes de las Conferencias de Obispos Católicos de los países de América Latina y el Caribe, y otros delegados de cada país, tuvo lugar en La Habana poco tiempo después de haberse celebrado en Aparecida, Brasil, la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que dejó un documento de análisis y reflexión capaz de inspirar y favorecer la acción de la Iglesia en cada país de nuestro continente latinoamericano y del Caribe en los próximos años. La reunión de La Habana no tendría, pues, una función orientadora diversa, sino que era convocada para hacer el balance de la gran reunión continental de Aparecida y elegir la nueva directiva del CELAM, incluyendo al Presidente y al Secretario General.

Era la primera vez que una reunión de este género se celebraba en Cuba. Hay otros países de América Latina que no han tenido aún esta oportunidad. Para los obispos de Cuba, era una ocasión para que nuestros hermanos vieran de cerca a nuestra Iglesia. Para los obispos de los países de nuestra área eclesial, encontrarse en Cuba constituía también una posibilidad extraordinaria de entrar en contacto con la realidad eclesial cubana, singular en nuestro continente, por haber desarrollado su acción pastoral, durante casi cincuenta años, en un país socialista, donde surgieron dificultades graves al inicio del proceso revolucionario, sobre todo cuando el tratamiento de la cuestión religiosa estuvo bajo el influjo de la extinta Unión Soviética. Siempre el CELAM siguió con interés los vaivenes de nuestra situación y de su más reciente evolución positiva. En La Habana los obispos latinoamericanos pudieron constatar cuánto se había avanzado en este camino y las limitaciones que aún persisten; también pudieron comprobar que en Cuba hay una Iglesia viva que mira con esperanza hacia el futuro.

Un momento de particular interés fue la reunión sostenida con altas autoridades del país en la recepción que se ofreció en la Casa San Juan María Vianney. Se encontraban presentes el vicepresidente Carlos Lage, el

miembro del Buró Político Esteban Lazo, el ministro de Relaciones Exteriores Felipe Pérez Roque y otros ministros del gobierno. Fueron casi dos horas de un fructífero intercambio de opiniones en el que participaron los cardenales Óscar A. Rodríguez Madariaga, Julio Terrazas y Francisco Javier Errázuriz, de Honduras, Bolivia y Chile, respectivamente, y Monseñor Ubaldo R. Santana Sequera, presidente de la Conferencia Episcopal de Venezuela, junto con varios obispos de Cuba, y el señor Nuncio Apostólico. Temas como la atención religiosa a los estudiantes latinoamericanos en Cuba, la presencia médica cubana en América Latina, la atención religiosa a las cárceles y el trabajo de Cáritas fueron abordados con mucha claridad, y tratados de manera muy positiva.

El balance final de la reunión del CELAM en La Habana fue satisfactorio. Un único acuerdo que tiene gran trascendencia para el futuro inmediato de la acción pastoral de la Iglesia en el continente fue el de comenzar desde 2008 una gran misión continental que cada país organizará según sus posibilidades.

A. A.: *Entre los asuntos no resueltos que el Papa Benedicto XVI ha identificado en el mundo actual se destacan las «desigualdades, la creciente pobreza, la explotación de la tierra y de sus recursos, el hambre, las enfermedades, los choques de culturas». ¿Se pronuncia el CELAM por el apoyo a los proyectos de equidad, justicia social, soberanía efectiva y vindicación de las identidades autóctonas emergentes en la región? ¿Cómo se coloca respecto al rumbo de procesos políticos como los que se desarrollan en Venezuela, Bolivia, Ecuador, Nicaragua?*

C. J. O.: La Iglesia no dispone, en su modo de expresar los males y las consecuencias tremendas que acarrearán a la humanidad, de las probables soluciones para ellos; no tiene un modo homologable al de grupos como los partidos políticos, movimientos con una u otra ideología. Su manera propia se basa en el enfoque ético, buscando soluciones que pasan por la vía de inquietar a los seres humanos responsables de esas situaciones, para detectar los problemas y darles solución, porque así lo reclama el deber de servir a la humanidad, pidiendo que todos participen en estas soluciones, incluidos los afectados. Este punto de vista ético se inspira en el mensaje del evangelio de Jesucristo. De manera que la Iglesia no apoya este u otro proyecto político. Su visión del mundo, de la historia, de los acontecimientos, se basa en el mensaje profundo de transformación del corazón del hombre que Jesucristo le ha dejado, en su experiencia milenaria, y según una ética que emana de aquí y pide ponerlo en práctica. No apoya proyectos concretos, sino habla siempre del alma de los problemas, de las soluciones probables a partir de una conciencia clara del deber del ser humano de enfrentar estas miserias del hombre.

Por ejemplo, en Cuba hubo una reforma agraria que era necesaria. La Iglesia, en su momento, al principio de la Revolución, se declaró muy partidaria de esa reforma como concepto, en cuanto a la necesidad de transformar la distribución de la propiedad de la tierra, que fuera más extendida a otros sin acceso a ella. Esta posición se apoya en los principios de un comportamiento correcto respecto al dominio del hombre sobre la naturaleza, que provienen del mensaje cristiano, y al mismo tiempo, de lo que humanamente se concibe como justo y bueno; y la Iglesia lo proclama. Ahora bien, el modo en que se hizo la reforma agraria, o en el que puede haber derivado, las maneras concretas de hacerla en la práctica, de acuerdo con ciertas maneras de pensar, con ciertos criterios de juicio, no tuvo el mismo apoyo, porque la Iglesia no se va a asociar nunca con ningún proyecto, no solamente porque sea político o no, sino porque cada uno puede estar inspirado en determinadas maneras de pensar, y pueden ocurrir añadidos, o faltas, o deficiencias, que no lo hacen nunca perfecto, como toda cosa humana. Lo que la Iglesia propugnará será siempre ese bien total del hombre, concebido como tal, y después realizado de algún modo.

Eso significa que no hay nunca un apoyo, una identificación con cualquier tipo de proyecto; es la distancia propia que guarda la Iglesia, aunque muy comprometida con las realidades. Por ejemplo, lo que ha hecho y está haciendo en África en cuanto al SIDA incluye tratar de producir medicamentos a bajo costo para las personas que normalmente no tendrían acceso a ellos, el cuidado de los huérfanos, todo esto es una empresa grandiosa que se realiza en consonancia con los esfuerzos de organismos de Naciones Unidas, países o grupos de países que tratan de ayudar; siempre de acuerdo con todo el bien que se puede hacer, pero con una perspectiva muy universal, sin asociarse a un proyecto totalmente, sino teniendo como punto de vista el concepto claro de lo que quiere el Señor y nos lo expresa en el Evangelio, y de lo que reclama la naturaleza del hombre, la justicia, la verdad, y el bien.

A. A.: *Abora que usted introduce ese elemento, ¿esa diferencia, que no impide una compatibilidad de proyecciones, se podría relacionar con el concepto de equidad?*

C. J. O.: Pues sí. El laicismo bien entendido, tal y como se ha ido logrando en las sociedades occidentales, es una necesidad y un bien para el mundo y para la Iglesia. Hay una serie de responsabilidades del hombre ante la gestión de los asuntos de este mundo, que es responsabilidad de la justicia, como dijo el Papa en su encíclica, la primera de su pontificado, *Dios es amor*. Él dice: «la justicia, el desarrollo de la justicia social, y la justicia misma en todas sus manifestaciones, es algo que compete a los gobiernos y que compete a las estructuras de la sociedad». Así es.

Pero también la Iglesia tiene una palabra que decir respecto a si falta esa justicia, si se comete una injusticia en el tratamiento de un problema; o sobre el modo en que se está tratando de hacer justicia a unos o a otros, aunque sin intentar desempeñar esa función de establecer la justicia en el mundo. En eso consiste el sano laicismo. No es tanto el apoyo a proyectos específicos de equidad, sino a *la equidad* como tal, a la justicia social, pues toda la doctrina social de la Iglesia se basa en ese principio; apoyo a que exista una soberanía efectiva, a que no solo sean respetadas las comunidades autóctonas de América Latina, sino que puedan participar plenamente de la vida civil, con todos sus derechos. Siempre la Iglesia hablará sobre principios, y los enunciará, como ha hecho hace poco en Aparecida.

No es necesario reiterar esta idea en cada declaración, en cada conferencia o reunión —y quizás me estoy adelantando a otra pregunta suya. Sobre el tema de la pobreza, por ejemplo, el Papa ha dicho en Aparecida: «La opción preferencial por los pobres es algo inherente a la Iglesia católica». Resulta inherente porque desde que entró Jesucristo en la historia de la humanidad, esta preocupación por el pobre ha quedado clavada en el corazón del mundo, primero del occidental, y después, de todos los pueblos, y permanece en los siglos sucesivos. Por ejemplo, San Francisco de Asís, que se hace pobre siendo un hombre de buena posición y recorre, vestido con un sayal y descalzo, todo aquel mundo de la época, no quiere que sus frailes tengan propiedades y se propone redimir a toda aquella gente humilde que encuentra en su camino, y estremece a la Iglesia entera. Estos son los verdaderos profetas, los que están conscientes plenamente, y se convierten en símbolos para la humanidad, del llamado de Jesús a que los pobres tengan un lugar preferente.

A. A.: *Eminencia, ¿ha vuelto a haber un San Francisco de Asís en la historia de la Iglesia?*

C. J. O.: Ha habido un San Vicente de Paúl, así como una Teresa de Calcuta, a quien tuve la dicha de conocer y de tratar, y conservo aquí su carta, donde me pide traer sus hermanas a Cuba, un documento tan hermoso de su puño y letra, escrito por ella a mano, que guardo en el archivo aquí en el Arzobispado. Gente como ella ha estremecido la conciencia del mundo. Cuando uno ve el documental de la Madre Teresa, caminando por las calles de Calcuta, y tratando de fundar dondequiera, en un techo que le den, en un lugar donde la gente, esos enfermos abandonados, pueda morir con un poco de dignidad. Algunos en la India se quejaron, por «la imagen que está dando de nuestro país». Pero ella estaba estremeciendo al mundo entero. Su misión no era enrostrar a las autoridades que no se ocupaban de aquella situación, jamás estuvo esa idea en su mente, sino servir

y dar el testimonio de lo que hace de verdad alguien que cree en Jesucristo. Esa postura de la Iglesia puede resultar muchas veces incomprendida, como en el caso de la Madre Teresa y de San Francisco; siempre habrá incompreensión o sorpresa.

Aquí en Cuba, hablando con altos funcionarios del Estado, he expresado que quien introduce en el mundo esta idea —que se vuelve como una espina en el corazón— de que no podemos olvidar a los pobres, es Jesucristo. Toda la preocupación por redimir a los humildes que surge en el mundo occidental, incluso las revoluciones, tienen como antecedente ese mundo judeo-cristiano, sin excluir el propio marxismo, nacido como una secularización o derivación de esta idea.

A. A.: *En la médula del marxismo está esa gran preocupación por los pobres.*

C. J. O.: Justamente en ese mundo occidental cristiano surge ese pensamiento. Por eso la Iglesia dijo, por boca del Santo Padre, en Aparecida, que la opción preferencial por los pobres es inherente a la Iglesia católica.

A. A.: *Precisamente en esa línea que usted menciona, quisiera que habláramos de Cuba. Desde 1969, la Iglesia cubana asumió una postura opuesta al bloqueo impuesto por los Estados Unidos a nuestro pueblo. La agresividad de Washington hacia Cuba se ha extremado en los últimos cinco años. ¿Aceptaría que esa situación podría reclamar una actualización de la postura de la Iglesia que fuera más allá de la ratificación de la pastoral de 1969?*

C. J. O.: La Iglesia hizo primero aquella carta pastoral conjunta de los obispos, deplorando y rechazando claramente ese bloqueo económico a Cuba. En alguna ocasión lo ha vuelto a repetir. Y cuando el Papa Juan Pablo II termina su visita, en 1998, y se despide en el aeropuerto de La Habana del pueblo cubano, dice que condena las medidas injustas y éticamente inaceptables que se aplicaban a Cuba. Esa declaración queda como una reafirmación de todo lo que la Iglesia cubana ha dicho. Pero no se trata solo de la Iglesia de Cuba. En documentos de la Conferencia Episcopal norteamericana se ha expresado un rechazo, un desacuerdo claro con esa política. Normalmente, la Iglesia no martilla sobre ciertas cuestiones. Hay un valor perenne de esa actitud, avalado por el modo en que, en los organismos internacionales, en Naciones Unidas, a través de su embajador, su Nuncio ante la ONU, ha hecho siempre una crítica a todo bloqueo. Hay un principio en la Iglesia de que todo bloqueo es criticable, por tratarse de un mecanismo de violencia que afecta a los pueblos, una violencia impuesta, al cercarlos. Es una posición tan antigua, que incluso cuando la metrópoli española gobernaba, y el contrabando estaba muy extendido en Cuba, había una conciencia muy clara en la Iglesia, que nunca hizo declaraciones en oposición del contrabando,

sino que, muchas veces tuvo como postura que el derecho a vivir, comer, negociar, es un derecho de la gente, un derecho natural de las personas. Coartar ese derecho a vivir, comer, desarrollarse, tener lo necesario para la subsistencia y algo más, para una vida digna, es algo a lo cual la Iglesia se opone siempre. Así como no apoyamos proyectos concretos, ni repetimos continuamente la opción por los pobres, la Iglesia tiene una actitud coherente, la misma siempre y en todo lugar, con esa unidad que le es propia, acerca de este bloqueo y de cualquier otro. No hay necesidad de repetirlo a cada momento.

A. A.: *Muchos observadores hemos apreciado signos recientes de un mejor entendimiento entre la jerarquía y las instituciones católicas cubanas, de un lado, y las autoridades políticas, del otro. ¿Es esta una apreciación justa? ¿En qué consisten las mejorías y de qué parte han provenido las iniciativas? ¿Las estima como coyunturales o ve en ella los signos de un avance estable y duradero?*

C. J. O.: Hay buenas relaciones, tal y como se han planteado hasta este momento, aunque pueden mejorarse, con un grado de mayor apertura para la Iglesia. Me refiero, por ejemplo, a los medios de comunicación. Los obispos han tenido posibilidad de hablar por radio en varias provincias de Cuba con motivo de la fiesta de la Virgen de la Caridad, la Semana Santa, la Navidad; eso ha sido muy bueno y yo lo apoyo, pues las cadenas provinciales de radio tienen muchos radioescuchas. Habría que pensar, en el futuro, en algún programa que se trasmita no solo de modo eventual, sino con una frecuencia en el tiempo, mensual o semanal. En cuanto a las publicaciones de la Iglesia, que se han venido difundiendo durante años, con una expresión clara de sus ideas y de su contenido espiritual, es conveniente que puedan registrarse, para que no solo se admita que circulen, sino lo hagan de acuerdo con la ley establecida.

A. A.: *Numerosos cubanos, hombres y mujeres, consideran los derechos reproductivos de las mujeres y la libertad de orientación sexual de ambos géneros como conquistas sociales apreciables. ¿Qué les diría a esos ciudadanos cubanos que honestamente comparten y defienden esas ideas y valores?*

C. J. O.: La doctrina de la Iglesia al respecto es muy clara; aparece en los documentos pontificios, en encíclicas papales, declaraciones, estudios, y otros textos. El fundamento de la Iglesia respecto al comportamiento humano, desde la época de los inicios del cristianismo, es «la ley natural». Cuando el cristianismo llega al mundo grecolatino, encuentra una moral aceptada, considerada propia del ser humano, un modo de ver la vida, la muerte, la familia. Pero la fe en Cristo identifica motivaciones nuevas para vivir, ver el mundo y la historia. Según lo que el hombre es, como ha salido de las manos del Creador, en tanto hombre y mujer, así debe ser su

comportamiento. Todo lo que no corresponda a su ser humano es deshumanizante, insuficiente, excesivo, o rebasa lo que hace al ser humano crecerse en sí mismo. Esa moral natural consiste en verlo en su realidad y respetarlo como es.

En La Biblia se expresa desde el relato de la creación, una alegoría maravillosa que no se debe tomar como la crónica de un hecho que alguien escribió o filmó, sino como un pensamiento profundo inspirado por Dios sobre el origen del hombre. «Al principio, los creó Dios hombre y mujer, a imagen de Dios los creó». En esas frases hay una extraordinaria visión del hombre, quien fue hecho a imagen de Dios y lleva su sello en sí mismo; así como de la mujer, creada como su compañera, no su esclava. Ellos no se asemejan a los animales en su comportamiento, en la vida amorosa, sexual, ni en la irracionalidad y la violencia. En medio de aquellos animales que pueblan el Paraíso, el hombre cae en un gran sueño, y de su costado saca Dios a la mujer y se la entrega: «esta es carne de tu carne y hueso de tus huesos». Es el segundo relato de la creación narrado en el Génesis, donde se aprecia, por encima de todos los animales, la grandeza del hombre, quien domina sobre todo lo creado y puesto bajo sus pies. Dios le dice: aquí tienes a alguien como tú, sacada de ti, igual a ti; pero totalmente complementaria. He ahí el significado de la condición de hombre y mujer. A partir de esta revelación, y de la ley natural, ellos se unirán, serán una sola carne, de donde nace la familia. Al unirse, dejan a sus propios padres, que también son amores, por otro amor que lleva su dignidad a un alto grado.

Gracias a los avances de la ciencia, en el campo de lo que se llama la biotecnología, el hombre ha podido descubrir cómo interferir en el campo de la vida, no solo con elementos materiales, mecánicos o químicos, sino incluso con su propia observación muy personal; y ha descubierto que puede controlarla, hacer que no nazca en el seno materno, y bloquear la fertilidad tanto en el hombre como en la mujer. En esto ha habido abusos tremendos, se han utilizado medios químicos, píldoras, cuyos efectos nocivos se han comprobado después. Pero también métodos naturales que el hombre ha descubierto, siguiendo una serie de pasos simples, accesibles a cualquiera, que permiten espaciar los nacimientos, buscar el momento apropiado para tener un hijo. La Iglesia no se opone a este último método. En el Concilio se habló de paternidad responsable con respecto a los hijos que se tienen, del momento en que se conciben. Pero junto con esta práctica puede surgir una decadencia que influya en una convivencia sexual transitoria, simplemente placentera, por puro gusto, en uniones de corta duración, momentáneas, y se utilice el método mecánico o químico más fácil para impedir nacimientos. Esa no resulta una paternidad responsable,

sino un abuso del sexo y una desnaturalización de lo que debe ser la vida del hombre y la mujer.

Conozco parejas que han usado métodos naturales, han elegido cuándo tener hijos, y han tenido uno solo. Pero hasta esos métodos naturales pueden ser abusivos, pues no se les debe usar para tener un solo hijo. Fíjese en el problema de baja natalidad existente en Cuba ahora, porque las mujeres no tienen los hijos necesarios para el recambio y crecimiento normal de la población, y tenemos ahora una población envejecida. Ha habido teorías como las maltusianas, que en el fondo son tremendamente liberales y racistas, porque se dirigen a controlar pueblos que crecen desmesuradamente, como solución para la falta de comida en el mundo, para poder sobrevivir. Esas tesis han fallado, pues se puede apreciar que los países cuya población ha crecido enormemente, como China o la India, tienen ahora un enorme desarrollo, justamente por disponer de una gran población joven.

A. A.: *¿Entonces esos métodos naturales interfieren también con la ley natural de la vida?*

C. J. O.: Efectivamente, hasta estos métodos pueden interferir en el designio de la vida y de Dios. Lo natural puede tener una cierta moderación o control natural, pero sin excluir el aspecto humano, el pensamiento, la intención. Aunque se trate de un método natural, el hombre limita lo humano cuando dice «yo quiero una familia con un hijo». Su intención no cumple el plan de Dios, que es fundar una familia, donde su hijo pueda tener la posibilidad de un hermano. La Iglesia no pide un concepcionismo a ultranza, sino solo un respeto a lo natural. Cuando se deriva hacia otros problemas más graves, como la coexistencia de varias parejas o el intercambio de parejas, se entra en una especie de juego sexual que contradice lo natural.

Respecto al homosexualismo, la Iglesia ha dicho muy claramente que está contra la discriminación, la falta de consideración, todo lo que haga que aquel o aquella que tenga una orientación homosexual, no pueda realmente gozar de una vida normal en la sociedad, con acceso al trabajo y el respeto que merece toda persona. Pero esta postura no implica aprobar lo que se ha dado en llamar el matrimonio gay. Lo primero es que existe una contradicción en los términos, pues si gay identifica a personas de un mismo sexo, no podría haber entre ellas matrimonio propiamente, ya que el prefijo *matrix* viene de madre, lo que supone hombre y mujer. Pero es más que una cuestión semántica o de lenguaje; porque facilitar una unión de parejas de hombres o de mujeres, como si fueran similares a la de un hombre y una mujer, olvida que carecen de posibilidades de procreación, de fundar familia. Resulta impensable adoptar un niño para criarlo así, con los problemas psicológicos que trae la crianza

sin el afecto materno o paterno, o el que suplen en la familia los abuelos y tíos, las madres y abuelas, cuando el padre o la madre faltan por orfandad o divorcio. Si no hay este reemplazo, se presentan problemas psicológicos en la mayoría de los casos.

A. A.: *Discúlpeme, Eminencia, ¿usted se refiere al problema afectivo o al natural? Porque hay ejemplos de parejas gays que han adoptado niños y los han criado con éxito. ¿No aprecia usted diferencias entre un plano y otro?*

C. J. O.: Los planos no son distintos. El amor humano es, ante todo, afectividad y ejercicio de la sexualidad en sus funciones normales; no son separables. Igual que no puede haber sexo sin amor, ni amor sin sexo. Cuando en una pareja que ha contraído un matrimonio católico ocurre que no hay sexo por incapacidad entre ellos, esta unión carece de valor y queda anulada inmediatamente por la Iglesia.

Hace falta no solo educación sexual, sino sobre todo educación para el amor, que es mucho más. La primera se consigue mediante una clase de biología, donde se describan órganos y funciones. Pero en la casa se debería enseñar primero una educación para el amor entre los padres; así como en la escuela, donde se hable del amor en toda su belleza, entre el hombre y la mujer, presentándolo en la poesía; una educación dirigida a crear familia, a aprender las misiones de padre y de madre, que no se contradicen con su profesión ni su trabajo. Conozco a un rector de universidad en España que tiene dieciocho hijos con su esposa, y ella es una gran colaboradora suya en la universidad.

A. A.: *Tener tantos hijos resulta económicamente insostenible, monseñor.*

C. J. O.: Pero él y su esposa eligieron esa opción. Ella decía: «he colaborado con él embarazada, tengo mis hijos, paso un tiempo, y sigo». Aunque este es un caso especial, demuestra que la maternidad no relega a la mujer, ni la incapacita para apoyar a su marido.

No creo que los caminos de la humanidad vayan por lo excepcional o por lo que se aparta del orden natural al que me he referido, y que debe ser siempre totalmente respetado, incluso sostenido cuando haya dificultades legales para que una persona pueda disponer de sus propias opciones. Pero cualquier cosa a la que se le llame familia o matrimonio, sin llegar a serlo realmente, no hace sino afectar a la familia.

En Cuba existe una gran preocupación por la familia en estos momentos. El cubano la valora mucho. Durante el verano estuve viendo un programa de Tele Yumurí, en Matanzas, sobre el valor que se le da a la familia. Es tan típicamente cubano ver la televisión en familia; hasta los hombres muchas veces sacrifican la pelota para ver otro programa.

A. A.: *La telenovela.*

C. J. O.: Exacto, se ve la novela en familia, a diferencia de un país muy desarrollado, donde cada uno tiene un televisor en su cuarto y se va a ver su programa. Incluso se reúne la familia para ver un DVD o un videocasette, y comentarlo en grupo. El cubano es muy familiar y hoy necesita mucho su familia.

A. A.: *La limitación del presupuesto familiar también obliga, porque tener un televisor por habitación implica comprar varios televisores. Pero es cierto que hay esa tradición en Cuba, y que el lugar del televisor es la sala de la casa.*

C. J. O.: Así es. La familia se sienta, hay un compartir familiar, y un apoyo que la familia brinda, una referencia continua. El hecho de que, por ejemplo, las escuelas secundarias cada vez más dejaron de estar en el campo, que quedan pocas ya, y que puedan volver los preuniversitarios un día a la ciudad, ayuda a la vida familiar. Me alegré mucho de ver el preuniversitario de Santiago de Cuba en la ciudad, el antiguo Colegio de los jesuitas, inaugurado por el propio Raúl Castro. Me parece un gran bien que esos jóvenes puedan estar en sus ciudades, donde hay una vida cultural que ellos muchas veces pueden perder en cierto sentido; y también estar con su familia en una edad muy importante.

Todo lo que ayude a que la familia tenga cohesión es bueno; ella es querida por Dios, y es el primer sujeto de derecho para la Iglesia, pues educar a los hijos es un derecho de la familia antes que de ninguna otra institución; así como el de decidir los hijos que se tienen. Hacen falta legislaciones que no miren solo al individuo, sino a la familia. Para que esta crezca, hay que legislar pensando en favorecer a aquellas que tengan más hijos; si no, no puede crecer.

A. A.: *Usted nos ha dado una disertación de educación moral. La dimensión ética ha sido un espacio tradicional de la espiritualidad religiosa. Quiero preguntarle entonces: ¿qué espacios debería cubrir la Iglesia católica en un futuro?*

C. J. O.: Estuvimos hablando de los medios de comunicación. La presencia, por ejemplo, del Papa en el *Via Crucis*, durante la Semana Santa, se ha transmitido por la televisión cubana dos años seguidos; así como la bendición del día de Navidad desde la plaza de San Pedro, con su felicitación al mundo. En general, podría haber una cobertura mayor en las noticias.

Hay un aspecto que la Iglesia no puede nunca dejar a un lado: su derecho a educar; no solo la catequesis, sino la posibilidad de estar también presente, de algún modo, en los medios educativos del país. Esta posibilidad está menos cercana que, por ejemplo, el acceso más fluido a los medios de comunicación; pero es algo a lo cual no se puede renunciar. Esa es una batalla de la Iglesia en

todo el mundo. Ella no aspira solo a acceder de algún modo a la educación cristiana de los niños en general, sino también a tener sus propios centros de educación. Tenemos el Seminario, por ejemplo; institutos para las religiosas que se forman en Cuba. La Iglesia ortodoxa quiere crear una academia teológica aquí en La Habana, para sus estudiantes. Se trata de un proyecto muy específico, y es algo que está muy bien.

No hay que pensar con esquemas del pasado, ni creer que la Iglesia pretende tener grandes colegios para las élites. Uno de los males del pasado fue justamente que al no tener ninguna subvención estatal, solamente los que podían pagar iban a la escuela católica, aunque en Cuba también existían escuelas católicas gratuitas. Cuando hay subvención estatal, puede haber algunos colegios especiales para niños pobres, como en otros países de América Latina existen las escuelas Fe y Alegría.

A. A.: *Jesuitas.*

C. J. O.: Sí, es un proyecto fantástico, en el cual hay una participación y una posibilidad de estudiar para mucha gente. ¿Cuántos de los alumnos que tenemos aquí ahora para estudiar en la Escuela Latinoamericana de Medicina, o en otras escuelas, vienen de esas escuelas Fe y Alegría?

A. A.: *Son precisamente de las capas más pobres de esa sociedad, que han tenido acceso a la educación gracias a las escuelas Fe y Alegría, eso es verdad.*

C. J. O.: Lo que plantea la Iglesia no son retrocesos, sino novedades.

A. A.: *Estaba mirando la maqueta del nuevo Seminario, que es muy reciente, pero me llama la atención que sea una instalación muy grande.*

C. J. O.: Es muy grande, sí.

A. A.: *¿Hay algún plan de usarlo también para algunos cursos del laicado, para una instrucción que no sea solamente la de los seminaristas?*

C. J. O.: No, es solo para los seminaristas. Lo que sí se utilizará para el laicado será el actual Seminario, que fue residencia de mi predecesor, el Cardenal Arteaga, pero que no será residencia, sino un centro de ciencias religiosas, filosófico-teológicas de estudios, con el nombre de Félix Varela, que enseñó en ese Seminario. Tenemos ya un Instituto Félix Varela, donde hay muchos laicos estudiando, afiliado a la Universidad de Comillas, en España, algunos ya graduados en Ciencias Religiosas. Este viejo sitio del Seminario, que está en un punto céntrico de la ciudad, donde se puede concurrir fácilmente, se mantendrá como un símbolo de la cultura cubana, donde nació el pensamiento independentista, un centro cultural.

A. A.: *En su homilía de clausura del XXXI CELAM, usted afirmó que «las situaciones de cristiandad, de Iglesia instalada,*

aceptada y escuchada con reverencia no existen ya en ningún lugar». ¿Cómo caracterizaría el lugar que ocupa hoy la Iglesia católica en la sociedad y en la cultura cubanas?

C. J. O.: Quizás fui un poco absoluto en esa expresión. Debería haber dicho «casi en ningún lugar». Pero es verdad que el mundo de la cristiandad ya pasó. Una de las grandes cosas del Concilio Vaticano II fue llegar en un momento en que ya aquel mundo de cristiandad llevaba un tiempo de haber sido muy disminuido en sus características. Para lanzar a la Iglesia al mundo tal y como es, «hay que abrir las ventanas», dijo el Papa Juan XXIII en el Concilio, «que el aire entre». Ha habido una laicidad y una secularización a veces normales, pero también un secularismo que se ha vuelto como una ideología, a veces muy intolerante, que recuerda posturas del cristianismo antiguo, pues no quiere darle espacios a la Iglesia para que se pronuncie, ni participe en nada. Esto ocurre, a veces, en países de antigua tradición cristiana. Se ha creado esta mentalidad, aunque no la apruebo, pues creo que la Iglesia debe ser aceptada y escuchada.

Por otra parte, la Iglesia nunca se debe sentir instalada en el mejor de los lugares al estar donde esté, con tal o cual sistema. Esto lo ha expresado muy claramente, pues la Iglesia no tiene que preferir un sistema en particular, como quizás pudo ocurrir en el pasado con la monarquía. Trátese de monarquía, tal tipo o tal otro de democracia o cualquier otro sistema de los que existen en el mundo, nosotros no podemos nunca instalarnos. La situación existente en la época de la cristiandad, cuando todo el mundo tenía como elemento de ciudadanía ser católico, ha pasado realmente de moda.

Ahora bien, esto no significa que la Iglesia no pueda ser aceptada y escuchada. Como dice el Papa Benedicto XVI, no se puede sacar a Dios de la historia, ni del mundo; cuando se intenta, falta esa voz. No quiere decir que todos se identifiquen con ella, como en la época de la cristiandad, de asimilación total a lo que ella es y dice, excluyendo lo demás. Pero hay que escuchar a la Iglesia. La voz de la Iglesia se apagó durante mucho tiempo en nuestro país.

A. A.: *¿Y hoy es escuchada?*

C. J. O.: No tenemos manera de medirlo para el conjunto de la sociedad. Aunque en determinados estratos, por ejemplo en nuestros reclamos normales a las autoridades, es más escuchada que antes. Aquí podemos mencionar nuevamente aspectos que han mejorado. Por ejemplo, la petición de que vengan misioneros o religiosas a trabajar pastoralmente en Cuba es aceptada hoy con relativa facilidad. Hay misioneros y misioneras de más de treinta nacionalidades distintas trabajando aquí.

En cuanto a la sociedad en general, la disminución de agentes pastorales que se produjo después del triunfo

de la Revolución hizo menos actuante a la Iglesia, y más difícil que pudiera ser escuchada. Sin embargo, podría decir que es aceptada con una cierta simpatía por el pueblo, si se tiene en cuenta la reacción de la gente cuando nos saluda en la calle; o nos pide la bendición al identificarnos como sacerdotes o religiosas. Se puede constatar esa simpatía cuando hacemos misión, y vamos de puerta en puerta; o cuando invitamos para un evento, como cuando se anunció la visita del Papa, y se iba por las casas, en la manera de recibirnos. El pueblo de Cuba acogió al Papa con un gran afecto y una cierta emotividad. Recuerdo las mañanas en que el Papa iba desde la Nunciatura hasta el aeropuerto para tomar el avión que lo llevaría a distintas provincias; fueron tres viajes, incluso en mañanas de lluvia, sin que el recorrido hubiera sido anunciado, y toda la calle estaba llena de gente hasta los bordes, esperando el paso del Papa y saludando con gran afecto.

A. A.: *Usted no cree que la composición del clero y el episcopado cubano actuales, más jóvenes y renovados, también con una experiencia de recuperación de resortes de comunicación, ha contribuido a que hoy en día haya un mayor entendimiento y sean más fluidas las comunicaciones? ¿Cómo usted ve la evolución del clero actual?*

C. J. O.: Sí, esto ha favorecido mucho. Los tiempos cambian, las personas, los métodos, y también las maneras de concebir las cosas. No hay nada peor que hacer historia con un fijismo que cuente los hechos ocurridos en tiempos más o menos remotos como si

fueran actuales; es un error científico. Las personas que acumulan los hechos todos como si estuvieran en un presente, usualmente se equivocan en sus juicios, se paralizan en su actuar, viven como con una especie de estupor que no los deja negociar la vida presente, gestionar el mundo en que viven, porque están fijados.

El momento actual de Cuba también es muy especial. Se ha iniciado una etapa de mucha reflexión y debate, que se hace notable en el pueblo, a veces en los medios electrónicos, aunque no en todos ni siempre, pero ahí está presente este aliento de cambio para que las cosas mejoren y crezca la felicidad en nuestro pueblo. Es un momento interesante, y lo miramos con esperanzas.

Notas

1. Citado por Manuel Fernández Santalices, *Cronología histórica de Cuba, 1492-2000*, Ediciones Universal, Miami, 2001.
2. Óscar A. Rodríguez, «Prólogo» en Cardenal Jaime L. Ortega Alamino, *Te basta mi gracia*, Ediciones Palabra, S.A., Madrid, 2002, p. 11.
3. *Ibidem*, p. 924.

© TEMAS, 2008

¿Pasando de moda? Interioridades de una mutación

Rafael Acosta de Arriba

Investigador. Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello.

Para Belkys Ayón

Cuentan que Ana Mendieta iba con frecuencia a las playas del sur de la Florida y dibujaba figuras en la arena para que el mar, al lamerlas, las trajese hasta las costas de Cuba; metáfora del viaje, la mayor expresión del cruce de culturas e identidades desde que el hombre hizo su aparición sobre la tierra. De un viaje tratará esta incursión en el arte cubano de los últimos años, un viaje en numerosas direcciones y sentidos; un viaje plural que nos recuerda el caótico fluir de las corrientes del Golfo de México, los ires y venires de los océanos, el derrame de los ríos en los esteros; el viaje, en fin, de ida y vuelta de las culturas y del arte; arte en continuo movimiento, condicionado por las circunstancias históricas y políticas de su contexto nacional y por los dictados de las tendencias, modas y el mercado del arte en el universo mayor.

Hace casi veinte años hubo un juego de pelota...

El sarcástico y deportivo *performance* «La plástica joven se dedica al baseball», de un grupo importante

de artistas, críticos, profesores y estudiantes de arte, puso un temporal fin a las ya críticas relaciones entre los creadores y la política cultural de las instituciones de este ámbito, a finales de la turbulenta década de los 80. El juego (octubre de 1989) simbolizó un corte, un «no nos entendemos y vamos a parar por un tiempo nuestro diálogo». El contexto en la cultura cubana de entonces estuvo matizado por cierres de exposiciones, la remoción de directivos y otros hechos que tensaron las relaciones hasta límites de ruptura. Al abordar este momento de confrontación, la mayoría de los textos consignan, simplemente, que los artistas rebasaron el nivel de permisividad que las autoridades eran capaces de tolerar.

Sin embargo, en casi todos —por no ser absoluto o por algún texto que no pude consultar— los ensayos y trabajos publicados sobre aquel momento existe una carencia que me parece esencial: la no comprensión de una complicadísima situación política en el país, solapada tras una supuesta coherencia y monolitismo de la política del gobierno y el Estado cubanos. Me refiero, con mayor claridad, al papel de las personalidades en sus funciones de poder, de posiciones circunstanciales de

poder, y a lo que determinados hombres pueden hacer y hacen a nombre de una política. Quizás sea una excepción a dicha carencia en los textos, la respuesta a una pregunta que le formulé a la crítica Elvia Rosa Castro sobre el asunto.¹ En la interrogante situé, como presupuesto, el hecho —claro para mí— del carácter humanista y revolucionario (en todas las acepciones posibles) de aquellas exposiciones censuradas, de los creadores que las hicieron posible, y del espíritu absolutamente participativo —desde el punto de vista social— que las animaron.

Podría agregar a aquel panorama una reserva del país a todo lo que sucedía bajo los incontrolables procesos de la *perestroika* y la *glasnost* soviéticas. Al mismo tiempo, se le había hecho un llamado a todos los cubanos a involucrarse en un denominado «proceso de rectificación de errores y tendencias negativas», del cual los artistas se sintieron protagonistas y se lanzaron a participar con su único recurso disponible: el arte. Algunos comentarios de artistas expresados en aquellos convulsos momentos merecen la pena recordarse.

René Francisco-Ponjuán: «Ante la evidencia de una pérdida de valores que llevó a un proceso de rectificación en el terreno político, económico y social, los creadores asumen también la responsabilidad, contraatacando, a su modo, con una fe muy peculiar en los valores generativos del arte sobre la vida de la sociedad».

Lázaro Saavedra: «Cuando se aumenta la intención del creador para transformar la realidad con su obra, es un aumento de la confianza en el hombre y no a ninguna divinidad celeste. No es ninguna casualidad la coincidencia entre el creciente llamado a una nueva conciencia y el enfoque del arte sobre problemáticas de la conciencia social, moral, histórica y política. El proceso de rectificación y el recrudescimiento en el arte de los nuevos enfoques en su contenido comenzaron, ambos, en 1986».

Abdel Hernández: «Todo parece indicar que aunque siempre se dará una negación de la negación, muchos no han comprendido que la ética socialista exige de hombres ávidos de cambio, capaces sobre todo de concebir mutables sus propias decisiones».

En resumen, quedaba expresada la pretensión de cruzados de aquella generación de artistas, la denominada *Nueva Generación del Arte Cubano*, que ofrecía su concurso al llamado nacional por perfeccionar la sociedad cubana con sus modestas herramientas. El arte propugnado por aquellos creadores era incisivo, transgresor, nada complaciente y esgrimido no como objeto decorativo, indiferente y enajenado de los problemas humanos y sociales, como apuntó Lázaro Saavedra en aquel momento.

Comenzó entonces la crisis más profunda vivida por el proyecto político-social cubano enunciada como Período especial, y los artistas, al igual que todos los cubanos, sufrieron lo que me gusta llamar *el peso de la historia*. Atrás quedaba la producción de una década

artística calificada por Luis Camnitzer como «El Renacimiento cubano». Las obras de los artistas plásticos se habían alzado hasta la vanguardia de una tentativa de conciencia crítica de la sociedad, desplazando al cine en esa voluntad de dialogar con la realidad. Según muchos especialistas se había producido el arte más vital de Latinoamérica. Según Lucy R. Lippard:

Sus rasgos sorprendieron a todos. No se suponía que una república socialista fuera a aparecerse con un arte nuevo exuberante, que tiende puentes entre el *kitsch*, el folklor, las religiones populares y el postmodernismo un arte que asume el mestizaje y el sincretismo que están también siendo temas mayores en Norteamérica, y que abre un impulso verdaderamente democrático que no excluye ni la historia del arte ni los avances formales de Occidente, ni la vitalidad populista de las naciones en desarrollo.²

La crisis tuvo su momento más álgido con la emigración de un buen grupo de los más sobresalientes exponentes de aquella explosión creativa. México, los Estados Unidos y España fueron los principales destinos. Algunos regresaron a Cuba después de probar las dificultades de la inserción en un medio desconocido en todos los sentidos. Para muchos, se había acabado el espléndido despliegue artístico. Un artista bien joven en aquel momento, Carlos Garaicoa, dijo sobre la situación creada con la emigración de sus colegas: «Después de varios años de escándalos entre 1989 y 1991 sobrevino una época de silencio. La ciudad estaba callada, el doble exilio era evidente [...] se llegó a un vacío casi absoluto, un vacío existencial [...] Para todos la ausencia de debates y la apatía crearon un desconcierto tan nocivo como la ausencia de los principales protagonistas de la época».³

En esta pausa sin rumbo aparente, surgió la solución inesperada, la continuidad, el puente que evitó el colapso, a manos de artistas más jóvenes, algunos de los cuales, además, se sumaron a la labor docente en el Instituto Superior de Arte (ISA) con el *pedigree* de las diferencias recientes con las instituciones. René Francisco, Ponjuán, José Toirac, Lázaro Saavedra y un poco más tarde, una hornada más joven aún: Tania Bruguera, Abel Barroso, Ibrahim Miranda, Douglas Pérez, Sandra Ramos y Belkis Ayón, entre otros, se incorporaron también a la docencia en la Universidad del arte.

Los primeros años de los 90 fueron testigos de todo un proceso de renegociación entre los artistas y la institución. Un grupo de exposiciones organizadas por los propios artistas —*Las metáforas del templo*, la más sobresaliente— y otras, por las instituciones —*Uno de cada clase*, organizada por la Fundación Ludwig, la más representativa— dieron fuerza a la voluntad de exhibición durante los cinco primeros años de los 90, lustro en el que la V Bienal de La Habana, en 1994, fue un momento sumamente importante en este proceso

de recuperación, por la inclusión de un grupo de los artistas más jóvenes en su nómina curatorial. Un arte más ambiguo, y de claros signos de simulación en su propuesta, reemplazó al arte transgresor y más frontal de finales de los 80. Pero esto es otra historia.

Mientras las corrientes del Golfo fluyen...

Vino entonces un período, de cerca de tres lustros, en que la proyección esencial del arte cubano comenzó a experimentar una profunda mutación. Para la mayoría de los críticos se produjo un cambio de rumbo que tuvo como norte la metáfora, lo cual se etiquetó de diferentes maneras según el enfoque y su autor: regreso al oficio, restauración del paradigma estético, simulación o simulacro, cinismo, travestismo o parodia, etc., fueron enunciados de la crítica para un arte que refuncionalizó códigos legitimados por toda una tradición en la historia del arte, pero que se utilizaron entonces con el objetivo de establecer nuevos espacios de despliegue ante la situación creada con la institución y, sobre todo, ante la visible y pregnante presencia del mercado. Fue un período donde la institución, recogiendo también las duras enseñanzas, se hizo más tolerante.

En el quehacer artístico se produjo un apego a una ortodoxia posmoderna y a una tropologización del discurso que no evitó, sin embargo, que por un grupo de artistas jóvenes —el relevo inesperado y sorprendente— la voluntad crítica fuese desapareciendo. Una buena parte de los creadores comenzó a elaborar piezas para su comercialización como destino principal, atendiendo a algo que era más que evidente: el arte cubano se había puesto de moda y tal coyuntura debía aprovecharse. Estos años que van más o menos de 1993 a finales del siglo (se pueden incluir los primeros años del nuevo) son los del gran éxito de venta de nuestro arte. Por ejemplo, de acuerdo con datos suministrados por las casas subastadoras Christie's y Sotheby's, en 1993 y 1994 se facturaron decenas de miles de dólares (40% del total de los lotes subastados en ambas casas) por concepto de numerosas obras de arte cubanas vendidas, suceso comercial nunca visto, que motivó que algunos observadores le atribuyeran el origen real de la creciente moda.⁴

La mutación operada transfiguró el paisaje, aunque las temáticas del arte no variaron mucho; lo que varió fue la forma de encararlas y las simbologías y resignificación que adoptaron muchos artistas para atravesar estos años. Algunos críticos comenzaron a calificar a los artistas que surgieron y los que se mantuvieron actuantes en este período como la *generación de la post utopía*, aludiendo, al parecer, a un evidente cansancio en la relación crítica entre estos y la realidad.

Los temas religiosos, raciales, de la ciudad, de género y migratorios se consolidaron, así como los referentes al cuerpo, el erotismo y la sexualidad (en todas sus variantes posibles). Apareció incluso una huella renacentista denominada por alguna crítica como *post medievalismo*, de excelente factura estética, aunque inocua en su propuesta visual. El instalacionismo y el *performance* tuvieron un momento de esplendor, pero es justo decir que se llegó en ambas expresiones, en casos muy puntuales de artistas muy jóvenes, a realizaciones muy simplistas, incluso pedestres.

Fue una etapa en la que los grupos comenzaron a languidecer de manera general y los que existieron lo hicieron sin la fuerza y vitalidad que en los 80. Ya a inicios del nuevo siglo virtualmente desaparecieron, salvo los de filiación docente. Había sido tan pugnante la presencia de los grupos de artistas en los 80 y los 90 que en la VII Bienal en La Habana (2000), un crítico tan agudo y familiarizado con el arte cubano como Pierre Restany me comentó que era —sin duda algo desactualizado en su información— uno de los rasgos principales del *Nuevo Arte Cubano*.

Una tendencia que predominó en determinados artistas fue el no abandonar su intención de incidir en lo social: algo así como un realismo crítico con acento en lo anecdótico y costumbrista que propició una suerte de crónica de las difíciles condiciones de vida de la cotidianidad cubana de esos años. No se renunciaba, por lo tanto, a mover en el espectador reflexiones de naturaleza crítica sobre la creciente marginalidad y sobre las novedades que nos llegaban concomitantemente con el turismo. El abordaje de la sexualidad se hizo mucho más explícito y el travestismo, el sadomasoquismo y la prostitución fueron blanco de numerosas obras, en muchas de las cuales los artistas utilizaron la autorreferencialidad para lograr una mayor fuerza expresiva. La abstracción se mantuvo viva y experimentó un impulso en el entorno del cambio de siglos. Nuevos talentos comenzaron a trabajar esta forma de hacer arte que tiene en la tradición artística cubana un lugar indiscutido. Una tendencia a lo minimalista se fue generalizando, en el arte cubano de los 90, sobre todo en los más jóvenes graduados del ISA. Para algunos críticos, se trataba de una modalidad que podía ser considerada también una forma de neoconceptualismo. No se trataba de aportar información acerca de la propia realidad del arte como proposición estética, ni de reducir el arte al concepto, sino de indagar en la percepción del objeto artístico en sí mismo. La fotografía, el grabado, el video-arte y el diseño predominaron en este período.

Fue también la etapa del frenesí curatorial, una respuesta mimética a las prácticas internacionales, donde determinados curadores han adquirido un

protagonismo exagerado, y en las que, muchas veces, la preocupación por el concepto de la muestra (sea bienal, mega-exposición o cualquier otra propuesta) se subordinaba a solapados intereses de la moda o del mercado. En el caso cubano, esta preponderancia de los curadores internacionales ha tentado a especialistas de instituciones y egresados de la especialidad de Historia del Arte a abandonar su filiación laboral y pasar a trabajar como *free lancers* con artistas o proyectos determinados, una situación frecuente en los primeros años del nuevo siglo.

Los años 90 e inicios del presente siglo se movieron dentro de un auge comercial y de interés exhibitivo internacional que —debo insistir una vez más—, se correspondió no solo con el interés genuino de los centros por los avatares de nuestra creación y por la suerte de nuestros creadores, sino por una moda que benefició ese posicionamiento en el gran escenario del arte contemporáneo. Un grupo de artistas, jóvenes en su mayoría, se consolidó en el panorama artístico uniéndose a los ya establecidos en una suerte de conjugación de creadores de diferentes edades, que representan un espléndido mosaico de lo mejor y más auténtico de la creación actual.⁵

No sería inútil subrayar que una de las circunstancias que más ha influido en la gestación del arte cubano del período que analizo es la relativa libertad de viajes y movimientos internacionales, de becas y residencias, de participación en eventos de arte de importancia; un proceso que en la década de los 80 fue prácticamente inexistente. Esa confrontación, mirar y permearse del mundo o experimentar lo global, como se prefiera, tuvo un natural y lógico impacto en los artistas y en el arte. Me parece interesante recordar en este contexto un panel que se realizó en la sede de la revista *Revolución y Cultura* con el propósito de echarle un vistazo panorámico al arte cubano del siglo xx en el que participaron un grupo de especialistas y artistas.⁶ Allí se precisaron algunos tópicos consensuales; a saber:

- La postura de riesgo y de búsqueda que siempre ha caracterizado el arte de la Isla.
- El peso de la tradición artística que no se distancia en el tiempo, sino que llega a ser contemporánea.
- La existencia de tres líneas fundamentales en las cartografías del arte cubano del siglo xx: una de carácter sociológico-crítico, otra de lo vernáculístico y una tercera, antropológico-religiosa.

En este último tópico se apuntaron dos elementos importantes: que estas líneas no son limítrofes, sino que se yuxtaponen e interactúan íntimamente y que es muy importante acometer estudios sobre dicho panorama desde las herramientas de la sociología del arte, y de estudios etnológicos y antropológicos.

Varias tentativas de periodización del arte cubano, estudios de maestría, investigaciones de especialistas cubanos y extranjeros, enriquecen hoy la teoría sobre este cuerpo ideológico. De manera particular deseo llamar la atención sobre el volumen *Memoria: Cuban Art of the XX Century* (ya traducido al español), de los investigadores José Veigas, Cristina Vives, Dannys Montes de Oca y Valia Garzón, patrocinado por California International Art Foundation, en los Estados Unidos, más la participación de otras cuarenta instituciones y un centenar de personas. Es el estudio más ambicioso jamás realizado sobre el arte cubano; abarca desde las vanguardias artísticas del siglo pasado hasta el año 1996 que da fin al panorama revisado. Otros libros se preparan en estos momentos fuera del país que estudian el arte más reciente (2000-05).

El mercado, ¿bella o bestia...?

El mercado del arte es, sin dudas, el último personaje invitado al convite del arte cubano actual. Merece un grupo de reflexiones por la extraordinaria incidencia que, desde inicios de los 90, ha tenido en las mutaciones operadas en la plástica cubana contemporánea. El probable comienzo en grande estuvo en la compra iniciada por el gran coleccionista Peter Ludwig de las tres cuartas partes de la exposición *Kuba OK. Arte actual de Cuba*, en 1990. Flavio Garcíandía etiquetó el fenómeno comercial recién estrenado como el Síndrome de Peter Ludwig. Aquel comienzo fue definitivamente desproporcionado para un país donde no existía ningún tipo de mercado del arte, quizás tímidamente alguna que otra compra, con precios ahora risibles, dada su baja cota. Coleccionistas, casi ninguno. Subastas, ninguna. Apenas alguna participación en ferias comerciales internacionales. Es decir, no existían formas de comercializar la obra de nuestros creadores y, por lo tanto, esta no estaba debidamente cotizada en el mercado internacional. De ahí que la crítica Magalys Espinosa, al referirse a *Kuba OK...*, expresara: «¿Podría significar esto un cambio de orientación ética, ser vanguardia y que ello reportase beneficios económicos, mantener una actitud reflexiva y ser asumido por él? Esta paradoja se convertía en una afirmación que también implicaba una transformación de los destinos del arte cubano».⁷

De igual forma, el grupo de artistas cubanos que emigró a México por esta misma fecha tuvo experiencias comerciales que fungieron como balón de ensayo. Según el crítico mexicano Cuauhtemoc Medina, sobrepasaron la treintena y trataron de inmediato de probar suerte. Tonel, coincidiendo con Magalys, se refirió al asunto:

El artista tiene que saber distinguir entre precio y significación, hasta dónde el éxito comercial contribuye a la calidad de su obra, y cuándo se convierte en camisa de fuerza, en freno. Se trata de su responsabilidad ante sí mismo, una eticidad que sería uno de los legados más importantes que esos creadores y su arte podrían dejar a la posteridad.

A corto o mediano plazo, la táctica de infiltrar el mercado del arte en México dio magros resultados. Si los artistas introducían cambios en su obra para lograr un tono más afín con los requerimientos de la nueva demanda, se ubicaban dentro de una dramática paradoja: debían negar la existencia del arte que en general les había hecho atractivos (arte a la vez «sucio» y «cerebral», político, vernáculo y palabrero), como primer requisito para mantener su estatuto de «artistas».⁸

El resto es más conocido. Estimulados por la peculiar situación política de Cuba —un contexto socialista—, comenzó un flujo de coleccionistas y otros personajes del mundo del arte, quienes venían no solo movidos por *Kuba OK*... y el gesto iniciático de Ludwig, sino por asomarse también a un país al cual se le concedían muy pocas probabilidades de hacer sobrevivir su proyecto político-social. Comenzó entonces la compra y venta de arte cubano. Despegó de modo abrupto, y súbitamente las obras de los artistas multiplicaron su precio de forma increíble. Poco después, en 1993, el gobierno despenalizó la tenencia de moneda convertible, y con ello contribuyó a que las reglas del mercado comenzaran a operar en el país sin obstáculos mayores. Como me comentó en una ocasión la escritora y crítica de arte Graziella Pogolotti, estas reglas irrumpieron en el panorama artístico nacional sin que artistas e instituciones, ni nadie, estuviesen preparados para ello.

Es útil recordar que en el caso cubano no existe un mercado interno de arte, ya que los nacionales no disponen de recursos financieros para estos menesteres. Algunos diplomáticos y empresarios extranjeros, y básicamente personas que arriban al país como turistas, son los potenciales compradores del arte. Muchos llegaban con toda la información previa e iban directamente a las casas y talleres de los artistas. Cuando hablamos de mercado del arte en la Cuba de los 90, estamos hablando sobre todo de tres vertientes o formas de manifestarse en la práctica: 1) el artista que se coloca en los grandes circuitos gracias a un impulso institucional y luego crea sus propios mecanismos mercantiles (taller y hogar incluidos); 2) el artista que logra por talento, suerte, o ambas cosas, establecer un vínculo comercial con una galería que lo representa; y 3) el artista que vive la agonía de la sobrevivencia y la cotidianidad, en las ferias y candongas, vendiéndole al

turista de a pie, casi siempre con poco dinero para invertir, y que solo anda buscando *souvenirs*.

Pasados tres lustros, podemos hacer algunas valoraciones. Desearía comenzar por una posición que me parece esencial: no hay que satanizar el mercado, esa no es la cuestión. El comercio del arte permite que el creador viva de su trabajo y, conceptualmente, todo comercio no es más que una relación social —un lugar de transacción que ejerce una función promocional y dinamizadora del consumo cultural— tan vieja como la humanidad y que, por otra parte, ha sido fuente de desarrollo social a lo largo de los siglos. La influencia del mercado del arte en la conformación de zonas importantes del devenir artístico la resumieron los artistas británicos Gilbert & George cuando expresaron que la historia del arte había sido escrita sobre una chequera. De tal suerte, habría que buscar el punto medio del asunto y colocar dentro del debate cuál debe ser la posición del artista ante él. Y es aquí donde nos encontramos con un problema moral y ético: el artista tiene que saber distinguir entre precio y significación, hasta dónde el éxito comercial contribuye a la calidad de su obra, y cuándo se convierte en camisa de fuerza, en freno. Se trata de su responsabilidad ante sí mismo, una eticidad que sería uno de los legados más importantes que esos creadores y su arte podrían dejar a la posteridad.

El tema es capital y ya en 2002, a propósito de una exposición en Hamburgo, titulada *Art & Economy*, Luis Camnitzer reflexionaba: «¿Estamos presenciando la derrota del arte como posible agente de cambio social y su limitación a una función de confirmación y aval de una estructura económica?».⁹ Siguiendo su análisis, el artista y crítico uruguayo afirmaba que durante mucho tiempo el creador ha estado estructurado como una empresa capitalista y lo fundamentaba en cinco elementos y una adenda: 1) es un empresario con ideas; 2) es un capitalista buscando capital para su proyecto; 3) es un trabajador esclavo que trabaja, en general, por debajo de los salarios mínimos e incluso gratis; 4) es un agente de publicidad que promueve productos; 5) es un empleado vendedor. Y concluía: es, inevitablemente, un productor de objetos de consumo y está sujeto al dictado del mercado, incluso cuando lo desafía.

Al referirse a las diferencias de apoyo a la creación en sus dos extremos, el estatal y el privado, Camnitzer se preguntaba —marcando la peculiar forma cubana donde solo existe el apoyo oficial y público: «Habría que ver entonces qué efectos tuvieron sobre la estética el subsidio casi total que benefició al artista cubano durante la década de 1980, cuando la vitalidad del arte cubano repuntó en forma inesperada y sorprendente». A continuación sugería analizar las posibles causas, al compararlas con el caso holandés, más moderado que el de Cuba.

A su vez, Ticio Escobar, analizando las relaciones conflictivas entre el «arte autónomo» y las «estéticas aplicadas» al diseño industrial, la arquitectura, la publicidad, la moda, etc., concluye: «Lamentablemente, hoy es difícil encontrar en la producción “aplicada” contemporánea gestos capaces de infringir los guiones banalizadores del mercado». Para Escobar, solamente cierto arte actual, «sobrio y frugal, reducido en su espesor sensible, escueto en sus formas mínimas», intenta un gesto de resistencia refugiándose en los terrenos severos del concepto». ¹⁰

Lliliam Llanes, al analizar el tema en nuestro hemisferio, afirmó, a su vez, que la iniciativa privada «ha quedado como la única posibilidad de supervivencia para los artistas». Y al extender sus reflexiones a toda geografía posible expresó:

Lo cierto es que estamos en presencia de un problema común a todos los países del planeta, vale decir, si en las condiciones actuales conviene dejar a los creadores sometidos a las leyes del mercado o si por el contrario se le debe exigir a los gobiernos el cumplimiento de sus responsabilidades aun corriendo los riesgos que pueda implicar el estímulo a la existencia de un arte oficial. ¹¹

He citado a estos tres reconocidos especialistas para bosquejar la sensación o certidumbre de que poco se puede hacer ante esta situación absolutamente globalizada. Aquí están mencionados tres elementos claves del panorama internacional del arte: el artista convertido en empresario, el dilema de los gobiernos ante el apoyo o no del arte y, por último, el dilema moral del artista entre el mercado y su propia obra creativa. Al menos, Ticio nos deja vislumbrar el rayo de esperanza de que un grupo de creadores puedan refugiarse en conductas esencialmente artísticas sin poner demasiada atención en los devaneos del mercado.

Hoy es bien conocido el efecto de las amarras de importantes creadores cubanos con determinadas galerías internacionales con las que se han firmado contratos verdaderamente leoninos para ellos. El resultado ha sido la inserción de la obra del artista en determinados circuitos del mercado del arte con dos rápidos incrementos financieros: el del creador en comparación con su nivel de vida previo al contrato y,

muy por encima, el del galerista que ha pagado muy poco en relación con la plusvalía que ha obtenido con la reventa de la obra. De cualquier manera, un grupo de artistas cubanos en los últimos años ha visto circular su obra en ferias comerciales internacionales y, los menos, en importantes subastas, lo cual ha representado para ellos un cambio positivo en su calidad de vida sobre todo si tenemos en cuenta la media nacional.

Institucionalmente se han realizado diversas acciones tratando de ayudar a grupos de creadores y también de valorizar mejor la obra de artistas de las vanguardias del siglo xx que, si bien son reconocidos maestros, no poseen posicionamiento en el mercado del arte. Esto ha contribuido a incrementar los valores del patrimonio del Museo Nacional de Bellas Artes y a colocar en el sistema de las subastas de arte a creadores que viven y crean en el país, entre otros efectos. Subastahabana, con sus cuatro ediciones, y el trabajo de Galería Habana, con un indiscutible éxito comercial en los últimos años, son los mejores ejemplos de este accionar. Sin embargo, hoy la institución ha sido rebasada por la creciente demanda de diálogo comercial de miles de creadores, desfase que se hará mayor en los próximos años.

Algunos artistas, durante unos cuantos años a lo largo de los 90, adoptaron una postura crítica en relación con lo que estaba sucediendo ante sus ojos. Fueron signos de resistencia, pocos, tímidos, pero fueron. Así se organizaron varias exposiciones que considero útil recordar:

- **1994:** *Todo para vender*. José Toirac y Tanya Angulo. *A falta de pan, camellos: un oasis en el camino de la necesidad del mercado* (colectiva)
- **1995:** *El oficio del arte* (colectiva curada por Dannys Montes de Oca)
- **1997:** *Realidades virtuales* (colectiva)
- **1998:** *Jao Much* (colectiva curada por José Toirac y Meira Marrero)

Sobre esta última muestra, en un interesante texto, la joven crítica Sandra Sosa, afirmó:

El cuestionamiento hacia el mercado del arte logró el clímax, al menos como discurso natural y museográfico con *Jao Much* que, en definitiva, fue una representación de esa historia ignorada, la de aquellos creadores «no elegidos» por los circuitos de legitimación. *Jao Much* resaltó a aquellos artistas que no han conseguido llegar a esos niveles [se refiere a los altos niveles del *mainstream* del mercado del arte] y que, para poder sustentar a su familia, se ven precisados a tomar una actitud esquizofrénica: tienen una obra seria, la que consideran en rango de arte, y otra que realizan para vender en las famosas candongas. Todas estas muestras, al contraponer el arte para galería y el arte para feria, al develar la serie de estereotipos que registran los supuestos compradores (que en no pocas ocasiones vienen con un esquema turístico preconcebido sobre el arte cubano) delataron un aspecto cruel de la realidad: para vender hay

que ir al seguro, hacer aquello que se sabe venderá. Hacer arte sin riesgos o como dice un amigo, arte con condón.¹²

Para un ojo tan avezado e involucrado como el de Tonel, toda esta complejísima trama adquirió, a inicios de este siglo, un cariz fascinante por lo novedoso, y por la tensión que creó en una cultura de resistencia como la cubana:

La dinámica actual entre obra y mercado, entre producción y demanda; el modo en que las dependencias e interrelaciones entre una y otra se dibujan con notable transparencia, sobre todo si se compara el presente con las realidades de 15 o 20 años atrás, ha convertido a la escena del arte en Cuba en un espacio fascinante. En este proscenio —campo de batalla, laboratorio, o cuartico de solar, según desde dónde, cómo y por quién se le mire— se resuelven hoy algunos de los conflictos (y de los romances) más pintorescos entre el poder occidental y una cultura del Tercer Mundo que por demás se encuentra en tránsito, se desplaza desde el modelo socialista hacia otro, todavía no muy bien definido.¹³

Hoy mismo, después de las últimas medidas del gobierno de los Estados Unidos para restringir los viajes de estadounidenses y cubano-americanos a Cuba, la compra de arte cubano ha decaído considerablemente y todo indica que esa baja se hará más grave en los próximos años, porque las contramedidas financieras establecidas recientemente por el gobierno cubano (que gravan el dólar norteamericano) tampoco contribuirán a revertir este proceso. Un reconocido artista me dijo recientemente que el arte cubano había resistido el embate del mercado, y que no se le podía pedir más. No deja de ser un punto de vista interesante, pero que no oculta otro de los efectos perniciosos de la comercialización: el establecimiento de falsos valores y jerarquías artísticas.

¿Enseñar el arte, desde el arte o desde la vida?

Probablemente la enseñanza artística sea una de las zonas culturales del país que mayor apoyo e inversión ha disfrutado de las instituciones estatales, y existe consenso sobre su impacto en las generaciones de artistas que desde los años 70, han sobresalido en el panorama artístico nacional. Ya hemos visto el papel decisivo de los egresados del ISA (Facultad de Artes Plásticas) en evitar un colapso de la producción artística después de la crisis migratoria de finales de los años 80 e inicios de los 90. Sin embargo, hoy se manejan desiguales y hasta encontradas valoraciones sobre el nivel de esa enseñanza en todo el sistema (17 academias provinciales incluyendo la primada de San Alejandro y el ISA).

De aquel momento esplendente, que gozó de la presencia de profesores como Flavio Garcíandía, Consuelo Castañeda y Lupe Álvarez, entre otros, hasta

los más recientes talleres de arte de conducta impartidos por Tania Brugueras, la historia de la enseñanza en la Facultad de Artes Plásticas del ISA conoció de loables esfuerzos como el del Departamento de Estética, liderado por Lupe, calificada como «madrina teórica» de numerosas promociones del ISA; de preceptivas pedagógicas muy influyentes como la doctrina conceptualista de Luis Camnitzer, el taller creado en 1992 por René Francisco, calificado por Tonel como «una actitud de mucho peso en un contexto por tradición desmemoriado»; la experiencia del proyecto docente-experimental de René Francisco —*Desde una pragmática pedagógica* (DUPP) finalizando los 90—, y las clases de maestros con talleres experimentales como Ponjuán y Lázaro Saavedra.

Hoy los juicios sobre la enseñanza se dividen en varias formulaciones, que van desde el estancamiento y una decadencia acusada hasta la defensa argumentada de lo que se hace. Lo que sí queda claro es que el papel de proa que debe desempeñar el ISA en el desarrollo de nuevos talentos no lo puede reemplazar nadie en el universo institucional cubano. Incluso debiera pensarse en una extensión de estos estudios superiores a todo el país habida cuenta de que en los próximos diez años cerca de tres mil egresados saldrán de las aulas de las diecisiete academias, es decir, un voluminoso grupo de «artistas» que reclamarán de las instituciones atención promocional y diálogo comercial para sus trabajos (sería prematuro decir para sus obras).

En aquella época de oro, el ISA significó la antiacademia. Refiriéndose a los tiempos más recientes en los que ha desarrollado sus preceptos pedagógicos con La Casa Nacional, DUPP y otros proyectos docentes, René Francisco me expresó en una entrevista: «Algo que hace característico y particular al ISA, con todo y su momento de crisis profesoral, es su alianza a la famosa frase de Duchamp que ya es toda una tradición “estoy harto de ser bruto como un pintor”».¹⁴

En el minuto presente, el vuelo de la calidad de esa enseñanza parece haber bajado de perfil, fundamentalmente por la experiencia de su cuerpo profesoral en el que ya no hay la diversidad intelectual de otros tiempos. Si bien se mantienen en activo profesores como René Francisco, Ponjuán, Lázaro Saavedra, los talleres que impartió Tania Brugueras y que enseñan jóvenes docentes al lado de otros veteranos, lo cierto es que no puede establecerse una comparación con los momentos de mayor esplendor. En realidad, para que una universidad realice cabalmente su papel tiene que convertirse en un hervidero de ideas. Por otra parte, los representantes de la vanguardia artística no tienen hoy interés, o al menos disposición, para invertir tiempo en vincularse con la docencia, la que, además, es mal retribuida.

Cuando el propio René Francisco, en medio de su defensa de la enseñanza actual en la Facultad de Artes Plásticas del ISA, reconoce la crisis profesoral y la necesidad de trabajar por restablecer un rigor en la docencia, parece estar diciéndolo todo, a pesar del evidente dolor en admitirlo.

Palabras, palabras, palabras...

Un elemento clave de este entramado es la crítica de arte. La especializada ha tenido siempre un papel de contraparte en la gestación de un clima reflexivo en el panorama del arte cubano de las últimas décadas. Autores como Gerardo Mosquera, Antonio Eligio Fernández (*Tonel*), Orlando Hernández, Desiderio Navarro, Lupe Álvarez, Magaly Espinosa, Rufo Caballero, Juan A. Molina y Nelson Herrera Isla, entre otros, han dotado a la producción simbólica cubana de una zona de pensamiento acompañante de una hondura innegable y de ricos referentes culturales. En los años 80, la crítica desempeñó un papel sobresaliente, y acompañó con sus formulaciones e ideas a los artistas en aquel momento de inigualable inspiración. Contribuyó con mucho al surgimiento y visibilidad del fenómeno *Nuevo Arte Cubano*, y al posicionamiento en un panorama internacional ya cargado y quizás sobresaturado de «nuevas artes». Contribuyó también a insuflarle conciencia sociológica, pues es indudable la estrecha interacción entre crítica y creación artística en la inserción social efectuada y en la conceptualización que se hizo, de manera paralela y a veces conjunta, de todo lo que significó aquella tentativa.

Se han escrito líneas de mucha agudeza e inteligencia, nutridas de una multirreferencialidad culta, que han permitido el análisis amplio y ecuménico de un arte que en su momento concitó la atención de todos los centros existentes. Sin embargo, no todo ha sido color de rosa en este proceso de alianza entre pensamiento y creación signica. Como ha apuntado Orlando Hernández en su magnífico texto «Por qué ha dejado de entusiasmarme el “arte contemporáneo”», leído en la cuarta edición de *Diálogos Iberoamericanos* en el año 2000:

Me molesta la jerga tecnicista y el bizantinismo en que tan a menudo se enfrasca la crítica de arte, su exceso de conceptualización, de teorización, de generalizaciones, y su poca confianza en la sencillez de expresión y en el sentido común, que oculta a menudo un vergonzoso vacío de criterios propios, de inteligencia, de sensibilidad real [...] muchas de sus elevadas preocupaciones filosóficas, metodológicas, terminológicas, semánticas, etc., se me presentan como una elegante forma de evasión y descompromiso en relación con los problemas concretos, particulares, que enfrentan sus respectivas sociedades.¹⁵

Para muchos, en los últimos años se gestó una crítica en la que predominaba la apología y el cabildeo para edulcorar la obra de determinados artistas, para hacer solo un ejercicio promocional y no de exégesis. Afortunadamente, fue quedando atrás —aún no completamente— aquella crítica incomprensible, preñada de una adjetivación absurda y en general de poco seso, acertadamente calificada de «metatranca», en alusión a su densidad insoportable. No conozco a casi nadie que concluyera la lectura de uno de esos textos y suponía entonces lo que pensarían los creadores al ver convertido su trabajo en un surtidor de vocablos ininteligibles y de connotaciones que jamás habían pasado por sus cabezas a la hora de realizar la obra objeto de la crítica. Mientras más estrambótico y hermético fuese el texto más «culto» y pleno de «sentido posmodernista» se suponía al autor. Leerlos, realmente, era como caminar descalzo por el arrecife.

Con los años, un grupo de críticos jóvenes ha surgido a la palestra y van elaborando una literatura ajustada al momento, enjuiciando el arte y los artistas y, aunque tímidamente litigantes, ya comienzan a buscarse «problemas» con algunos creadores, blancos de sus miradas disidentes. David Mateo, Elvia Rosa Castro, Janet Batet, Héctor Antón, Frency Fernández, Sandra Sosa, Ileana Cepero, Mabel Llevat, Suset Sánchez e Israel Castellanos son nombres que acumulan textos inteligentes con criterios firmes y puntuales sobre el arte que se hace hoy, la problemática institucional y las poéticas de los artistas. Han contribuido también a una selección de trabajos que enriquecen la teoría del arte en nuestro ámbito. Las publicaciones especializadas han sido un buen soporte para ese crecimiento crítico en los últimos años. La revista *Artecubano*, el mensuario *Noticias de Artecubano*, y *Fotografía Cubana*, así como libros y catálogos editados sobre el arte y los artistas, entre los que quisiera destacar la antología de la crítica en los 80, *Déjame que te cuente*, fueron —y son— esfuerzos que se unen a publicaciones como *La Gaceta de Cuba*, *Temas*, *Revolución y Cultura*, *Casa de las Américas*, *Unión*, y otras que acogen la literatura local sobre el arte. También en *Art Nexus*, *Lápiz*, *Atlántica* y otras revistas internacionales de arte, nuestros críticos han ejercido el criterio con fortuna.

No obstante, hay una evidente nostalgia por la participación de los propios artistas en la crítica de arte. Este fenómeno, que desapareció por completo mediando los años 90, fue un rasgo distintivo del segundo lustro de los 80 y concomitante con el final abrupto de aquella explosión artística. En la fundamentación de proyectos de exposiciones colectivas o de filosofías de grupos (Hexágono, Proyecto el Castillo de la Fuerza, El Objeto Esculturado, etc.), o en publicaciones periódicas ya sea en artículos, reseñas y, en los 90, en las revistas independientes *Lo*

que venga y *Memorias de la postguerra*, los creadores desplegaron posiciones teóricas y morales, y criterios genéricos relativos al arte y puntuales sobre sus trabajos.

Lo que ha seguido es algo que casi se coloca en las antípodas. La crítica Elvia Rosa Castro apunta dos rasgos que no pueden causar más que alarma al entendido:

1) ahora no es difícil constatar que la avidez por el conocimiento ha sido sustituida por la avidez por las becas y residencias. Muy pocos conocen de teoría y mucho menos, filosofía; 2) el papel de crítico que podía adjudicársele al artista en los 80 ahora es sustituido por el artista relacionista público. Pocos, muy pocos, pierden su tiempo leyendo. Ahora, es duro, pero cierto, domina la pragmática de cada evento.¹⁶

Recuerdo una entrevista que se le hizo a Gerardo Mosquera a inicios de los 90 sobre todos los sucesos de finales de los 80, en la que él enfatizaba que a los artistas les fascinaba leer, y poseían un afán teórico evidente. Era un fenómeno que tenía mucho que ver con la presencia de muy buenos profesores de filosofía y estética, apuntaba.

Se ha venido manifestando también una actitud muy poco receptiva de los artistas hacia la crítica en sentido general y, sobre todo, a la crítica querellante, lo que no aporta nada saludable a un escenario que no tiene por rasgo distintivo, como ya he apuntado, la preocupación y el interés de muchos creadores jóvenes por la instrucción y el conocimiento. Las dificultades existentes para el acceso a Internet y las posibilidades de disponer de elementales condiciones de trabajo para los críticos, la necesidad de un mejor clima para el debate y la polémica en el gremio intelectual, así como las facilidades para adquirir publicaciones especializadas de otros países, unido a lo mal remunerado del trabajo literario, en sentido general, constituyen elementos que conspiran contra el desarrollo de la crítica de arte en la actualidad. Dos paneles, uno entre críticos de arte¹⁷ y el otro, entre investigadores y especialistas de instituciones dedicadas al estudio de la sociedad cubana¹⁸ aportan información sobre estos tópicos y enfatizan, sobre todo el segundo, en la necesidad de poseer una civilidad más participativa.¹⁹

Mares que son puentes

Otro proyecto que ha recibido recursos, pero sin comparación con la enseñanza artística, es la Bienal de La Habana, creada en 1984. Un rápido análisis de este evento nos habla de una institución que ha ganado un enorme prestigio internacional por sus indiscutibles aportes a la promoción de artistas y del arte del Sur,

por ser un espacio absolutamente alternativo y distanciado de los devaneos del mercado de arte. Hoy muchos de los artistas cubanos y no cubanos que se dieron a conocer en las Bienales de la Habana gozan de un gran reconocimiento, que se debe, en cierta medida, a ese lanzamiento iniciático. Como ha dicho Liliam Llanes —una de sus fundadoras y directora de las seis primeras ediciones—, contribuyó no solo a alimentar el interés hacia el arte de América Latina, sino a la modificación de la mirada hacia el de África y Asia. Hoy han proliferado las Bienales; existen más de medio centenar, pero muy pocas emplearon el método de trabajo que adoptó el equipo curatorial de La Habana. Hasta la segunda Bienal (1986) se hizo lo usual: invitar a los artistas más reconocidos, pero a partir de la siguiente edición, los especialistas del Centro de Arte Contemporáneo Wifredo Lam se lanzaban a los tres continentes a visitar talleres de artistas y a investigar sobre el terreno, luego de discutir los presupuestos conceptuales y curatoriales más generales; un *modus operandi* realmente novedoso y a la vez eficaz.

Este trabajo investigativo permitió acumular una voluminosa información sobre el arte marginal del Sur, en momentos en que a casi nadie le interesaba, ni aun en sus propios países. Camnitzer lo vio así:

A distancia de una década, la Bienal de La Habana fue la más ambiciosa, experimental (con respecto a su propia estructura), y más claramente preocupada por los temas de la marginalidad. La parte de exposición de la obra fue puesta en un contexto de discusiones y de actividades culturales con la idea general de lograr un foro para el intercambio de ideas para los artistas del Tercer mundo (aun cuando no se lograra precisar quien pertenece y quien no a este mundo). En sus cinco versiones, la más reciente en 1994, la Bienal se fue afirmando en el ámbito internacional como el lugar de presentación de aquel arte que generalmente es invisible en el mercado hegemónico.²⁰

En este texto, Camnitzer hace una valoración sobre una presunta contaminación de la Bienal con el mercado —como abastecedora de carne fresca para este— que es totalmente discutible. A mi juicio, si algo ha preservado el prestigio de la Bienal de La Habana es su existencia al margen del mercado de arte. Otra cosa —y es lo sucedido edición tras edición— es la arribazón de *dealers*, galeristas, *marchands* y coleccionistas, entre otros personajes del mundo del arte que acuden a La Habana a ver la muestra del evento y a dejar exhaustos sus bolsillos en los hogares y talleres de los artistas, los que, vale añadir, se preparan para la ocasión convenientemente.

Sin embargo, parece haber consenso en que desde sus conceptos, curadurías y eventos teóricos, la Bienal de La Habana ha reflexionado sobre temas muy importantes de las más actuales agendas de discusión en el panorama del arte contemporáneo, y que lo ha hecho con oportunidad y profundidad, contando con

figuras muy importantes de dicho universo. Lo que tampoco nadie discute, y mucho menos dentro de Cuba, es que en su connotación nacional, ha sido uno de los más grandes estímulos (o el mayor) a la creación y a aquel sentimiento que se comenzó a generalizar en los 90 de *ser un artista internacional*, como meta superior para los creadores del patio. Institucionalmente hablando, la Bienal de La Habana ha sido como el buque insignia de las estrategias promocionales por y para el arte cubano contemporáneo, y convirtió a la ciudad en un centro del arte internacional de indiscutible reconocimiento artístico y cultural en los 90.

No es atinado ahogarse en la orilla

Finalizando el siglo pasado, en un interesantísimo debate convocado por la revista *Temas*, bajo el título «¿Algo nuevo en la plástica de los 90?», José Toirac expresó: «En esta década no solo se han sembrado flores, sino también espinas. Y ya es tiempo —porque estamos acabando la década— de deslindar qué funcionó y qué no, qué es arte y qué no, porque en el fondo hay una gran confusión».²¹

Desde luego, esa desmesura propuesta por Toirac no es solucionable en los estrechos marcos de este texto que, dicho sea de paso, solo aspira a encontrar caminos hacia tales esclarecimientos, provocar reflexiones y describir un universo desde cuatro pivotes muy interrelacionados entre sí: la creación y su relación con el contexto, el mercado, la crítica y la enseñanza artística.

El panorama actual en el arte cubano puede resumirse en algunos términos: diversidad, asimilación, metáfora, mercado, y todo dentro del proceso que los abarca: mutación. Es tal la profusión de autores, estilos, técnicas y soportes, obras, rivalidades generacionales y tendencias, que sería imposible referirse a ella en un solo texto. Los cambios operados en la sociedad cubana, los que están gestándose en estos mismos minutos y los que vendrán, son y serán el marco propicio para provocar nuevos cambios en las morfologías y temáticas del arte nacional, incluyendo las evidentes huellas que van dejando las influencias de las modas y orientaciones del *mainstream*. ¿Continuidad o ruptura? Siempre se producen cogidas de la mano, y al final poco importan cuando se estudia un minuto específico, o cuando el análisis se hace desde el vórtice del huracán.

Una nueva hornada de artistas prueba sus armas en el escenario local y en el internacional. Son muy jóvenes pero permiten una mirada esperanzadora cuando se aprecian los estragos del mercado y cuando, al mismo tiempo, se siente, intuitivamente, que el arte cubano va pasando de moda,²² y que el interés que lo

benefició durante tres lustros se desplaza lentamente hacia los países asiáticos (y quizás los Balcanes) buscando nuevos manjares, nuevos rostros y nuevas simbologías. Del mercado será imposible librarse, pero de lo segundo, de ocurrir realmente, solo se puede tener una reacción inteligente: apostar por el arte. A algunos de estos jóvenes creadores se les ha clasificado como *Generación 00*, que puede aludir al inicio de siglo y milenio, o también al cero de la nulidad aritmética, quién sabe. Nombres como Glenda León, Wilfredo Prieto, Iván y Joan Capote, Alain Pino, Lisbet Fernández, Duvier del Dago, Analía Amaya, y el dúo Liudmila Velazco-Nelson Ramírez de Arellano, forman, a mi juicio, una selección bastante representativa de lo que hoy se cuece en el arte cubano. Constituyen un botón de muestra de lo que va surgiendo con fuerza en el panorama artístico. La mayor parte de estos artistas nació a finales de los 70 e inicios de los 80, casi con Volumen I, verdadero inicio de este viaje por el arte cubano de los últimos años. Ellos —salvo Nelson y Liudmila, los menos jóvenes— nacieron en la última década de vida del socialismo a escala internacional, eran niños cuando la desintegración y desaparición del socialismo europeo y el desmoronamiento e implosión de la URSS; fueron adolescentes con el inicio y desarrollo de la más dura crisis económico-social del proyecto político cubano y llegaron a su juventud y al arte en un momento de crisis de valores de la sociedad que los vio crecer.

Para mayor complejidad, el entorno en que han crecido es la era de las computadoras y todo lo que esto implica para la cultura de la mirada humana. Empuñan códigos de la posmodernidad y la globalización y según una crítica, muy joven también, «buscan respuestas a la pregunta que sacude al arte cubano contemporáneo: ¿Qué resta luego del combate entre el deseo de utopía y su fracaso por anticipado?». ²³ Aunque, como objeción a la pregunta, considero que el deseo de utopía vive en cada persona al margen de los desaguisados colectivos, no caben dudas de que estas generaciones jóvenes miran con desdén en derredor y se refugian en los infinitos territorios del Yo. Desde luego, quienes rondan estos parajes de la desesperanza buscan, y encuentran, en la introspección —la personal y la de su obra— el lugar donde son menos posibles las prohibiciones y las condenaciones. Por estos derroteros siguen también tras la otra utopía, la autonomía del arte. De cualquier manera, sus obras en gestación son una extensión (aunque distanciada y crítica) de la obra de los que los precedieron. Quizás se les aplique muy bien ese conocido aserto de que los hijos se parecen más a su tiempo o circunstancia que a sus padres. Estos hijos más jóvenes de Guillermo Tell

parecen aguardar con paciencia un tiempo de meditación antes de empuñar la ballesta, a la vez que intuyen esa máxima inobjetable de que en el arte no hay progreso sino intensidad.

El joven crítico Freny Fernández fue enfático al decir que el *telos* de los 90 ha cambiado mucho, y que «la minimalización reciente de nuestro arte acusa una revisión y un cuestionamiento, no una extensión de ese *telos* identitario»²⁴ que ha sido siempre el arte cubano. Otra mirada joven, la de Sandra Sosa, más severa aún, afirma: «Resultado seguro de un mercado que afianza algunos lenguajes en contra de otros, el arte cubano parece mostrar una caída en los clichés, los estereotipos, la recurrencia representacional y, por ende, en el agotamiento estructural».²⁵ Son intentos por penetrar el complejo panorama del arte cubano actual, tentativas de escrutar en esa urdimbre de valores, dinero, voluntades y miles de maneras de encarar el arte. Yo agregaría que una clara vocación introspectiva e intimista ha sustituido sustancialmente las intencionalidades de cuestionamiento social de los años 80 y parte de los 90. Agregaría también que la fácil broma minimal y ciertas poses intelectualoides están minando el apego al arte en sus esencias. Es tangible que hay vitalidad en muchas propuestas artísticas, y mucho talento; pero también que se va poniendo la vista, cada vez más, en la posibilidad comercial como el atractivo destino de un oficio en el que no existen, por el momento, otras gratificaciones inmediatas. Es un panorama confuso, donde la diversidad de poéticas también dirige su mirada a las mutaciones culturales clásicas que establecen los paradigmas más actuales. Los recursos expresivos se amplían, pero también se manifiesta una clara tendencia a reiterar modos y caminos en la búsqueda de soluciones estéticas, lo cual es una vía hacia la pobreza estilística.

El diseño como componente de la estructura de la obra se va perfilando como otro rasgo, que no puedo predecir si tendrá connotaciones útiles o no, a la hora de enjuiciar, con la distancia del tiempo, lo que se está gestando hoy. Pero, sin dudas, uno de los rasgos que más preocupan y por el que uno vuelve a sentir cierta nostalgia de los 80, es la ausencia del espíritu de una comunidad artística con vocación de grandes proyectos de inserción social desde el arte. En resumen, si es posible resumir precisiones en un universo tan vasto, un proceso de pérdidas y ganancias es uno de los balances que se pueden hacer del arte cubano a dieciocho años de aquel juego de pelota. Lo ocurrido hasta ahora y lo que sucederá en lo adelante, ya sean cambios, rupturas nuevas o estancamiento, o también, simplemente, seguir haciendo arte, tiene en los artistas a los principales protagonistas.

Coda

El arte cubano contemporáneo ha creado —y lo sigue haciendo paulatinamente— un complejísimo imaginario que no se ha detenido en la mera iconicidad, sino que se ha extendido hasta elaboradas propuestas de conciencia crítica ya sea en su forma más severa o desde la meta ironía. Esperemos que el hecho de saberse parte de una tradición siga enriqueciendo la sustancia primera de la creación artística cubana, por supuesto con todos los progresivos afluentes foráneos posibles, sin que lo mimético disuelva o anule lo esencial del impulso creador.

¿Hasta dónde se van a extender estos procesos mutantes del arte cubano? Me parece muy difícil de pronosticar, diría que imposible. De igual manera me asaltan otras preguntas a la hora de concluir este texto. ¿Hasta dónde y en qué grado las variaciones imprevisibles del contexto —incluida la decisiva tensión del diferendo cubano-norteamericano— seguirán afectando la cultura y el arte nacionales? ¿Podrán las instituciones subvertir el acelerado declive de recursos materiales y financieros que las ha caracterizado en los últimos años? ¿Emergerá una nueva hornada de artistas capaz de «halar» o liderar un repunte en el arte cubano actual? ¿Es real que el arte cubano está pasando de moda —como he sugerido en el texto— y, de ser así, reportará esto algún beneficio futuro para la creación auténtica?

Mientras tanto, es probable que el rumbo de aquellos dibujos en la arena que hacía Ana Mendieta con el fin de que las aguas los recogiesen y trasladasen hasta las costas cubanas sea un itinerario con destino incierto, y que aquel gesto, diluido en las olas, fragmentado y atomizado en el volátil salitre, siga su curso eterno y viva perennemente en la creciente imaginaria de nuestra cultura.

Notas

1. La pregunta en concreto era: «¿Fueron aquellos artistas, que irrumpieron con fuerza en el plano social y cultural del país, revolucionarios? Y acoto: revolucionarios no solo en la renovación de los lenguajes, temáticas y estilos. Es decir, ¿fue un fenómeno revolucionario en su totalidad?» y fue realizada en ocasión de su ejercicio de defensa de la Maestría en Arte en el año 2004. El que suscribe fungió de oponente. Los parlamentos de los artistas que se citan fueron extraídos de las respuestas de Elvia (texto mecanografiado en mi poder).
2. Citado por Gerardo Mosquera, «La isla infinita. Influencia y sobrevivencia en la isla utópica», *Arte contemporáneo de Cuba* (edición bilingüe), Arizona State University Art Museum, Delano Greenidge Editions, Nueva York, 1999.
3. Eugenio Valdés Figueroa, «Trayectorias de un rumor. El arte cubano en el período de postguerra», en Holly Block, ed., *Art Cuba*.

Rafael Acosta de Arriba

The New Generation, Harry N. Abrams, INC Publishers, Nueva York, 2001, pp. 17-24.

4. Esos son los casos del cubano Oscar Llanes y la vicepresidenta de Sotheby's en Nueva York, Diana Levitt. El primero dijo: «El llamado boom de la plástica cubana se debe más a un magnífico manejo del mercado de las subastas y al trapicheo fácil de la década de los 80, que a una justa valoración del arte cubano por los coleccionistas». *Cuba en el mercado del arte*. Conferencia enviada por e-mail.

5. A los más veteranos Osnelo García, Manuel Mendive, Julio Girona, Roberto Fabelo, Nelson Domínguez, Alicia Leal, entre otros de varias generaciones hasta los 70, se unieron José M. Fors, el único sobreviviente de Volumen I, José Toirac, René Francisco, Ponjuán, Tania Bruguera, Carlos Garaicoa, Los Carpinteros, Esterio Segura, René Peña, Manuel Piña, Abigail González, Raúl Cordero, Belkis Ayón, Kcho, Carlos Estévez, Luis Gómez, Sandra Ramos, Sandra Ceballos, Agustín Bejarano, Aymé García, y otros que harían demasiado extensa esta lista. Fuera del país, José Bedía, Tomás Sánchez, Flavio Garcandía, Marta María Pérez, Moisés Finalé, Humberto Castro, María M. Campos, Segundo Planes, Carlos Quintana, Tony Labat, Ángel Ricardo Ríos, y otros, se mantuvieron en una consistencia expositiva de calidad y suerte comercial. Algunos de ellos, a instancias de las instituciones, expusieron en Cuba, otros están por hacerlo.

6. Rufo Caballero, Arturo Montoto, Pedro de Oraá, Eduardo Morales, Magaly Espinosa y Rafael Acosta de Arriba, «¿Cómo nos sentimos en el Malecón? Seis voces replantean cien años de arte en Cuba», *Revolución y Cultura*, n. 3, La Habana, 2001, pp. 32-4.

7. Magaly Espinosa Delgado, «La espada y la cuerda: a veinte años de Volumen I», *Artecubano*, n. 2-3, La Habana, 2002.

8. Antonio Eligio (Tonel), «Árbol de muchas playas: del arte cubano en movimiento (1980-1999)», *Artecubano*, n. 2, La Habana, 2004, pp. 11-24.

9. Luis Camnitzer, «Art & Economy», *Art Nexus*, n. 45, Bogotá, julio-septiembre de 2002, pp. 64-71.

10. Ticio Escobar, «Elogio del silencio (La resistencia en los tiempos del mercado)», SISIB, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 2001, <http://ochile.cl/bibliotecas>.

11. Liliam Llanes, «Los retos del mercado», *Revolución y Cultura*, n. 5, La Habana, 1999, pp. 23-5.

12. Sandra Sosa, «De parricidios e incestos», *Artecubano*, n. 1, La Habana, 2003.

13. Antonio Eligio (Tonel), «El arte de la pasión, razonado. Sobre las artes plásticas en Cuba y su contexto, entre dos siglos», *Passionately Cuban. Nine Artists from Havana* (catálogo), University Art Museum, University at Albano, State University of New York, 2001.

14. Rafael Acosta de Arriba, «Opiniones de un mirahuecos» (entrevista a René Francisco Rodríguez), *La Gaceta de Cuba*, n. 4, La Habana, julio-agosto de 2005, pp. 34-6.

15. Orlando Hernández, «Por qué ha dejado de entusiasmar me el "arte contemporáneo"», *De las estrategias de la creación contemporánea*, Memorias del IV Simposio Internacional Diálogos Iberoamericanos, Museo de Bellas Artes de Valencia, 2003.

16. Elvia Rosa Castro, ob. cit.

17. Caridad Blanco, Elvia Rosa Castro, María de los Ángeles Pereira, Mabel Llevat y Magaly Espinosa, «Tendencias de la crítica de arte en Cuba. Posibilidades y consecuencias», *Artecubano*, n. 1, La Habana, 2006, pp. 81-6.

18. Ernesto Altshuler, Reinerio Arce, Mayra Espina, Pedro Pablo Rodríguez y Rafael Hernández, «El debate de ideas en la cultura y el pensamiento en Cuba», *Temas*, n. 41-42, La Habana, enero-junio de 2005, pp. 132-51.

19. Posteriormente, se desarrolló el debate «Rumbos de las artes visuales cubanas», en el espacio Último jueves, de la revista *Temas* (29 de marzo de 2007), publicado en el n. 50-51, abril-septiembre de 2007, pp. 164-82.

20. Luis Camnitzer, «La corrupción en el arte/El arte de la corrupción», sitio web *El síndrome de Marco Polo*, www.universes-in-universe.de//forum/marcopols_caml.htm.

21. Magaly Espinosa, Janet Batet, Corina Matamoros, David Mateo, Lázaro Saavedra y José Toirac, «¿Algo nuevo en la plástica de los 90?», *Temas*, n. 12-13, La Habana, octubre de 1997-marzo de 1998, pp. 163-76.

22. Véase Marilyn Zaitlin, «El arte cubano entre dos bienales», *Artecubano*, n. 1, La Habana, 2001, pp. 9-13. Probablemente es la primera vez que se menciona la posibilidad de que la moda que disfruta el arte cubano pueda tener fin. Poco después, en el mismo 2001, Tonel conjeturaba sobre la cuestión: «En el campo que nos ocupa, el de las artes plásticas, el interés hacia lo que sucede hoy en Cuba es incomparablemente alto. Cabe preguntarse, por supuesto, si será en igual medida efímero». Antonio Eligio (Tonel), ob. cit.

23. Sandra Sosa, *Salitre. Jóvenes artistas cubanos* (catálogo), Museo Nacional de Arte, Arquitectura y Diseño, Oslo, 2006.

24. Frency Fernández, «Kalashnikov», *La Gaceta de Cuba*, n. 3, La Habana, mayo-junio de 2004, pp. 24-8.

25. Sandra Sosa, ob. cit.

© TEMAS, 2008

El compromiso de la ciencia y la ciencia del compromiso

Julio Carranza Valdés

Economista. Oficina Regional de Ciencia para América Latina y el Caribe UNESCO, Montevideo.

La complejidad y desafíos del mundo actual, así como la emergencia de procesos progresistas de transformaciones sociales, sobre todo en América Latina y el Caribe, conducen nuevamente a reflexionar sobre un viejo pero inagotado tema, esta vez con una relevancia renovada: las relaciones entre las ciencias sociales y la política, más específicamente, en el contexto de los procesos revolucionarios.

A principios del siglo xx, en el invierno europeo de 1919, Max Weber participó en un ciclo de conferencias ante la Asociación Libre de Estudiantes de Munich. Su intervención fue publicada en el verano de ese mismo año bajo el título *El político y el científico*,¹ importante referencia en el tratamiento de este tema, por más que no compartamos su visión acerca de la imposibilidad de una ciencia políticamente comprometida. Para Weber, lo que define esencialmente la política es la lucha por el poder (el Estado) y este supone la dominación de unos hombres sobre otros impuesta a través de un conjunto de medios, entre ellos y de manera decisiva, el de la violencia. Desde su perspectiva, corresponde a la ciencia arrojar claridad sobre los fenómenos sociales y sus posibles consecuencias, pero sin una actitud de

compromiso con determinado curso de acción promovido desde la política. A pesar de que vivió en un período muy convulso de la historia europea, caracterizado por procesos de luchas revolucionarias en Rusia, Alemania y otros países, Weber mantuvo distancia, en tanto hombre de ciencias, respecto a las fuerzas políticas involucradas en estos acontecimientos, aunque realizó sobre ellos una muy interesante reflexión académica que se refleja en toda su obra.

Su renuencia a asumir compromisos políticos con los procesos de transformación que se debatían en su época, no invalida completamente su erudita reflexión acerca de la relación entre política y ciencia —en específico en el caso de las sociales y humanas, o ciencias de la cultura, como él las llamaba—, solo que esa reflexión debe ser leída de una manera crítica por quienes consideramos y fundamentamos la necesidad y la posibilidad de una ciencia social comprometida con las transformaciones sociales, aunque ese compromiso debe entenderse en toda su complejidad y no de manera vulgar y manipulada, como muchas veces se ha intentado en la historia de muchos procesos.

Las relaciones entre ciencias sociales y política —o para decirlo de otra manera, entre el científico y el político— nunca han sido fáciles. Con frecuencia han estado afectadas por suspicacias y desconfianzas mutuas. Los científicos o académicos temen ser instrumentalizados por la política con lo cual perderían autonomía y profundidad en el análisis de la realidad. Los políticos o funcionarios de gobierno temen que del mundo académico solo puedan recibir críticas y pocos aportes prácticos y útiles para enfrentar problemas específicos e inmediatos, o propuestas fuera de lo aceptable para su base política y electoral.²

Esta desconfianza no se explica solamente por subjetividades; es también consecuencia de una relación compleja y riesgosa. Solo una comprensión suficiente de su naturaleza, potencialidades y necesidad puede contribuir a un clima más adecuado para que se produzca y despliegue todo su potencial.

Es necesario considerar también que la producción de conocimientos resulta un proceso complejo en el cual participa una multiplicidad de actores. La comunidad científica e intelectual es uno de esos, pero no el único. Hay otras instancias: las propias organizaciones políticas, el gobierno, las ONG y la sociedad en general; por estas razones, es apropiado hablar de un proceso diverso de producción de conocimientos que se fortalece en la medida en que esa multiplicidad se encuentra y debate.

Esta diversidad propia del proceso de producción de conocimientos debe ser asumida por la ciencia, y estar siempre presta al diálogo extradisciplinario, lo cual no supone solo la interacción entre especialistas de diferentes disciplinas científicas, sino también con el resto de la sociedad y los diversos saberes que en ella existen.³

El uso de todo el conocimiento disponible resulta esencial para producir estrategias de transformación social y políticas acertadas, en condiciones de actuar sobre los desafíos, superarlos e impulsar el desarrollo social. Ahora bien, aunque como hemos afirmado, la comunidad académico-intelectual no es la única que produce conocimiento, sí es un actor esencial de este proceso debido al carácter científico e integrador del que produce basado en un determinado método de análisis y síntesis de la realidad.

Las ciencias sociales y su mayor complejidad

Como el resto de las ciencias, las ciencias sociales han estado sujetas a un proceso de desarrollo marcado por diferentes etapas.⁴ Su origen como área específica del conocimiento científico es muy posterior al de otras ciencias. Sus principios pueden marcarse en la Europa que surge de las revoluciones industriales y políticas de

los siglos XVIII y XIX. La nueva integración social a la que da lugar el capitalismo —con sus contradicciones, conflictos y crisis—, así como los aportes y la sed de conocimientos que generan las corrientes culturales de aquella época, estimulan y permiten la observación y el análisis sistémico de las estructuras y los procesos sociales desde diferentes y nuevas perspectivas disciplinarias y epistemológicas.

Lo que nos permite hablar del surgimiento de una nueva área de desarrollo científico con identidad propia es precisamente la observación de la sociedad como sistema. Otras aproximaciones anteriores, si bien dejaron aportes esenciales, sobre todo para la filosofía y el conocimiento de la historia, se basaban más en observaciones parciales y descriptivas de los procesos sociales, sin suficiente conceptualización y sin la identificación de una legalidad que explicara el sentido del desarrollo de la sociedad como sistema.

Esta aún joven área del conocimiento científico y sus diferentes disciplinas ha progresado en la construcción de un método, el avance de teorías y paradigmas, acompañados de un permanente debate donde los diferentes aportes se confrontan y complementan, con lo que el desarrollo de las ciencias sociales se consolida con un mayor potencial de conocimiento.

La función de las ciencias adquiere mayor importancia al explicar el movimiento social que, como se ha afirmado, es el más complejo de todos. Varias razones lo explican: primero, los datos para investigar la realidad social, en toda su complejidad, pocas veces son completos y exactos; segundo, las ciencias sociales no cuentan con laboratorios donde se puedan hacer experimentos y comprobaciones a escala del fenómeno que se quiere investigar; tercero, la relación entre ciencias sociales e intereses políticos —esto es, económicos y sociales— es, comparada con el resto de las ciencias, mayor y más directa, sobre todo en algunas disciplinas específicas como la sociología, la economía e incluso la filosofía y la historia, en especial cuando esta se dedica a explicar procesos recientes; cuarto, el movimiento social, aun si estuviera regido por leyes, está altamente influido por la subjetividad humana y su imaginario, lo cual hace más complejo el objeto de las ciencias sociales y su noción de la realidad, que no se agota en el terreno de «lo objetivo»; quinto, la identificación de las leyes que rigen el movimiento social y el conocimiento de sus contradicciones no es suficiente para asegurar, con exactitud, el curso futuro de los procesos sociales, porque estos están expuestos al impacto de una diversidad de factores de difícil predicción incluido el azar, lo cual implica la necesidad de prever más de un futuro posible; sexto, las consideraciones y conclusiones en el terreno de las ciencias sociales y humanas son, por lo general, más cuestionadas que las de otras disciplinas

científicas, debido a que la mayoría de las personas consideran tener una opinión válida sobre el tema, basada en su propia experiencia. Como indica la actual teoría de la complejidad, el movimiento social debe entenderse como un proceso dinámico, no lineal, sujeto a múltiples determinaciones, bifurcaciones, saltos y emergencias.⁵ La comprensión de los procesos sociales y la posibilidad de influir sobre ellos exigen no solo entender el carácter de las leyes y tendencias que los rigen, sino también el de la naturaleza humana y su psicología. Cualquier reduccionismo en este sentido puede conducir a un determinismo mecánico.

En una carta enviada por Carlos Marx a Lachatre, fechada el 18 de marzo de 1872, hay una afirmación que conmueve: «en las ciencias no hay calzadas reales, quien pretenda remontar sus luminosas cumbres tiene que estar dispuesto a escalar la montaña por senderos escabrosos».⁶ Es una verdad esencial para cualquier ciencia, pero con mayor razón para las sociales, quizás porque en ellas las cumbres son más empinadas y difusas y, sobre todo, porque sus senderos son aún más escabrosos.

Hay otro factor que se debe tener en consideración: en la medida que las sociales son ciencias no exactas, dejan más espacio a la especulación, a la pseudociencia, al diletantismo, a la opinión lega y a la manipulación interesada o ignorante. También de Carlos Marx nos llega aquella advertencia de los peligros que enfrenta la ciencia social cuando sus resultados no se corresponden con los intereses dominantes en la sociedad en que se desarrolla. Al estudiar la economía política inglesa, aseveró: «Después de David Ricardo, la economía política tendría que dejar de ser burguesa o dejaría de ser científica». Esta aseveración ha pasado la prueba del tiempo, trasciende las fronteras históricas del capitalismo.

Las ciencias en general son, por definición, revolucionarias, porque su función es ir siempre más allá de las fronteras del conocimiento científico acumulado y dominante. A menudo en ese camino se encuentran fuerzas que entorpecen su avance porque desafían los intereses o los paradigmas establecidos. Aun en contextos donde supuestamente no debería haber contradicciones esenciales entre el avance del conocimiento científico y los intereses dominantes por el carácter auténticamente progresista de estos, existe el peso de los paradigmas establecidos, de los nuevos intereses creados y de la subjetividad humana, que pueden cerrar el paso al carácter necesariamente cuestionador del conocimiento nuevo.

El desarrollo de la investigación científica se realiza siempre en medio y a merced de una determinada correlación de fuerzas e intereses políticos, económicos, sociales, institucionales e ideológicos, más allá de la validez o del sentido progresivo o conservador de esos

factores en cada caso. A menudo los resultados y hallazgos científicos tropiezan con «verdades», poderes o intereses establecidos y dominantes, y se producen conflictos y resistencias con consecuencias a veces nefastas no solo para las ciencias, sino también para los científicos, los intelectuales y para la sociedad en general.

La peor consecuencia para los científicos es la presión para no revelar una verdad o una conclusión incómoda, o dejar de hacer una ciencia de vanguardia en pos de un conocimiento nuevo, para hacer una pseudociencia de retaguardia, que apunte de manera acrítica y «legítima», con un lenguaje especializado, las políticas en curso.

El mundo de hoy está lleno de ejemplos de este tipo en diferentes contextos políticos, y no solo en el terreno de las ciencias sociales. Cuántos avances de las ciencias médicas no son revelados de manera inmediata y puestos al servicio de la humanidad por razones de intereses económicos y comerciales de las grandes multinacionales que controlan este sector a nivel internacional.

Ya en el terreno de las ciencias sociales, cuántas aseveraciones no se han sostenido, repetidas y promovidas por organismos internacionales especializados como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial (FMI) o la Organización Mundial de Comercio (OMC), basadas en supuestas «verdades» de las ciencias económicas como el carácter autorregulador de los mercados, el derrame automático del crecimiento económico, la validez de la liberación comercial indiscriminada o el carácter de mal administrador que, por definición, se le adjudica al Estado. En *El malestar en la globalización*, Joseph Stiglitz escribía refiriéndose al FMI: «Rara vez vi predicciones sobre qué harían las políticas con la pobreza; rara vez vi discusiones y análisis cuidadosos sobre las consecuencias de políticas alternativas: solo había una receta y no se buscaban otras opiniones. La discusión abierta y franca era desanimada: no había lugar para ella. La ideología orientaba la prescripción política y se esperaba que los países siguieran los criterios del FMI sin rechistar».⁷

El mantenimiento de políticas basadas en estas pseudo-verdades ha causado mayor pobreza, desaliento y grandes conflictos, sobre todo en el mundo no desarrollado, a la vez que ha beneficiado los intereses dominantes, llamados también «los poderes fácticos» que controlan el mundo de la globalización.

Cabrían también muchos ejemplos provenientes de las diferentes experiencias socialistas del siglo xx, donde con frecuencia el pensamiento creador fue reprimido y manipulado para servir como un instrumento más de la propaganda oficial: la sucesión de «historias oficiales», la imposición de una enseñanza superior basada en manuales simplificadores del conocimiento con credencial de «textos científicos», la manipulación de las estadísticas,

el castigo al intelectual cuestionador, los límites impuestos al debate fecundo mucho más allá de lo que las circunstancias políticas exigían.

En el terreno de las ciencias sociales y humanas, la conciencia crítica forma parte esencial de la conciencia científica. El debate, como la duda, es un componente del método científico en general, pero sobre todo del método de las ciencias sociales. El intercambio de criterios fundamentados, la confrontación de datos, la exposición, demostración y defensa de las tesis que se proponen constituyen momentos esenciales e insustituibles en su desarrollo. Ese debate habría de darse de una manera tan natural como comprometida y responsable; primero dentro de la propia comunidad científica, luego entre esta y los que tienen la responsabilidad de tomar decisiones, y también entre la comunidad científica y los más diversos sectores de la sociedad.

Hay dos factores de gran importancia para favorecer el alcance y la calidad del debate; el primero es el fortalecimiento institucional: las instituciones definen en gran medida las regulaciones y los espacios para la interacción de los individuos y sus organizaciones en la sociedad.⁸ El segundo es la diseminación de la información, necesaria para una participación responsable y efectiva. Estos dos factores, así como la incentivación del debate forman parte de la gestión social del conocimiento. Sin debate no hay desarrollo posible para las ciencias sociales; tampoco para la sociedad.

Existe un vínculo muy cercano entre el científico social y el intelectual que se desarrolla en el ámbito de la literatura y el arte. La relación entre ellos debe ser entendida como mutuamente enriquecedora, todos forman parte de la comunidad intelectual de la sociedad y, de hecho, hay quienes tienen la virtud de moverse en ambos mundos. El discurso de la literatura expresa un mundo real o imaginario con las más diversas imágenes, que con frecuencia se mueven en el ámbito de la ambigüedad, del estímulo a diversas interpretaciones; y también realiza aportes extraordinarios para la comprensión del ser humano, la sociedad y la historia, desde una perspectiva crítica que debe ser ejercida en el contexto de la mayor libertad de creación, lo cual no implica que no deba también asumir compromisos y responsabilidades. Tiene, además, la posibilidad de llegar a un público numeroso y así ejercer una influencia a veces enorme.

El discurso de las ciencias sociales y humanas es más conceptual y directo. Debe apuntar a la esencia de los fenómenos, sin demasiado espacio para la ambigüedad y con el mundo real como objeto de descripción y análisis. Sin embargo, en la medida en que su objeto es la sociedad y el ser humano en su permanente dinámica, no puede ser exacto y tiene que responder a toda

su complejidad, su constante transformación en el devenir histórico y la influencia que sobre ella, o en ella, ejercen el pensamiento humano y sus múltiples determinaciones.

Por esta razón, para que logre comunicar sus tesis, el discurso de las ciencias sociales debe incorporar valores estéticos, una determinada y depurada capacidad expositiva que interese a un lector menos numeroso que el de la literatura, pero que siempre trascienda la frontera de los especialistas. Resulta un desafío para los científicos sociales que sus textos incorporen los valores literarios propios del ensayo.

Vale la pena insertar una interesante consideración de Jean Paul Sartre sobre este tema:

Como la literatura, la política y la filosofía son tres maneras de actuar sobre el hombre, existe entre ellas cierta relación. Yo diría, incluso, que un filósofo tiene que ser un escritor, porque hoy lo uno no va sin lo otro, porque los grandes escritores de hoy, como Kafka, son igualmente filósofos. Esos escritores-filósofos que, al mismo tiempo, quieren integrarse en una acción, yo los llamaría intelectuales; quiero decir que no son políticos, pero que son compañeros de viaje de los políticos.⁹

A la ciencia lo que es de la ciencia, a la política lo que es de la política

La política es la lucha por el procesamiento y la implementación del interés social como expresión del desarrollo de la sociedad. Obviamente, esta función solo se realiza de manera legítima cuando la política actúa en un contexto verdaderamente democrático donde se representen los intereses esenciales de la sociedad, sin injerencias externas, en un contexto de libertad, igualdad y participación plural, y donde se propicie el acceso a los bienes sociales y culturales, entre ellos el de la información.

Es función de la política reconocer y expresar los intereses del pueblo, establecer las prioridades, convocar a la sociedad a la acción para conseguir objetivos estratégicos, tomar decisiones. Para realizar su función, habrá de apoyarse, entre otros factores, en el conocimiento y las propuestas de las ciencias sociales, cuando estas están disponibles, lo cual sin dudas contribuye a decisiones más eficaces. Sin embargo, el aporte de las ciencias sociales habrá de ser procesado políticamente para tomar en cada momento lo que se considere conveniente y viable, asumiendo por supuesto siempre el riesgo, y la responsabilidad pública de quien corresponda, por las decisiones tomadas.

La función de las ciencias sociales no es exactamente la misma de la política, por más que aquellas estén comprometidas con un determinado proyecto social. No les corresponde movilizar y conducir la sociedad,

ni establecer sus prioridades, ni tomar decisiones. Como hemos apuntado, su función es producir y exponer un conocimiento nuevo sobre la realidad, evaluar los posibles escenarios futuros a partir de las probables trayectorias de las variables que los determinan y de su interacción, así como avanzar propuestas alternativas para transformar favorablemente el curso de los acontecimientos. O sea, tienen funciones de diagnóstico, pronóstico, propuesta y evaluación. Todas son útiles a la política, pero se producen en un campo diferente.

Por otra parte, la ciencia, como el arte, no está ni debe estar exclusivamente en función de sus posibles aportes a la política. El avance del conocimiento de la sociedad sobre sí misma, su naturaleza, historia, cultura, determinaciones, alternativas, lugar en el mundo y en el tiempo, es una función esencial de las ciencias en general y de las sociales en particular. Esto supone la existencia de un diálogo entre las ciencias sociales y la sociedad en su conjunto. Existe una responsabilidad de servicio público en el científico y en las instituciones científicas, que consiste en la comunicación directa a la sociedad de información y análisis especializados; no como propuesta política, sino como interpretaciones fundamentadas que contribuyen a elevar la cultura y el conocimiento general sobre diferentes temas. Por supuesto, su autor es responsable de su contenido. Estos aportes contribuyen a elevar la calidad del debate político en el que después participan los ciudadanos.

En sus funciones, el trabajo científico no puede hacer abstracción de ninguna de las contradicciones presentes en la sociedad, sino dar cuenta, con objetividad, de todas ellas sin preguntarse si es conveniente o no ponerlas de relieve al presentar sus resultados. Corresponde, sin embargo, al terreno de la política, en la lógica de sus propias funciones y de sus condicionamientos, determinar en cada momento qué es o no conveniente enfatizar o incorporar al discurso político. Como se ha afirmado, «la vocación de la ciencia es incondicionalmente la verdad. El oficio de político no siempre permite decirla».¹⁰

Podría asumirse como legítimo que, en determinado momento, el trabajo y, sobre todo, el discurso político hagan abstracción de determinadas contradicciones presentes en la sociedad por considerarlas desmovilizadoras, especialmente en contextos de reales y serias amenazas externas, o por la conveniencia de abordarlas en un momento posterior para no afectar las prioridades establecidas —ya sean de política interior o exterior—, así como por razones de seguridad o para anteponer un trabajo de persuasión que prepare mejor el terreno para abordar un problema o tomar determinadas decisiones. Ahora bien, no se trata en ningún caso de acudir a la mentira como parte de la política, lo cual es siempre inaceptable, ilegítimo y no ético, sino de que en determinado momento no se

considere políticamente conveniente exponer la realidad con todos sus matices y contradicciones, dado su posible impacto negativo en relación con objetivos estratégicos de mayor alcance.

Sin embargo, el trabajo científico y el discurso académico, a riesgo de dejar de serlos, tienen siempre que plantearse dar cuenta de la totalidad de la realidad y sus contradicciones, exponerla y explicarla utilizando las categorías y conceptos propios. La aproximación científica a su conocimiento debe ser, además, multidisciplinaria; sin que ello cuestione la importancia del aporte del estudio especializado, pero en condiciones de ser integrado a una perspectiva más amplia, pues la realidad no existe de manera segmentada y el todo no es la simple suma de las partes, sino la interacción de estas. En la totalidad está la verdad que la ciencia busca para explicar, hasta donde sea posible, el fenómeno que se estudia. Esa totalidad está, además, en permanente movimiento, por lo cual su interpretación no puede ser estática. Esto hace todavía más complejo y desafiante, a la vez que necesario, el trabajo científico.

La fe ha desempeñado un papel muy importante en la historia de la humanidad, como cualidad de la naturaleza humana, muchas veces determinante en su conducta. La religión es, esencialmente, una cuestión de fe, con toda la importancia y el respeto que merece. Sin embargo, la ciencia se constituye en un ámbito ajeno a ella. Una afirmación científica no puede estar basada en un acto de fe.

Desde luego, la política no es una religión y ha de basarse en los datos de la realidad, en el ejercicio de principios éticos y en el procesamiento del interés público y las aspiraciones de la sociedad. Pero también en la política la fe ha desempeñado un importante papel que ha contribuido a mover la historia —muchas veces en sentido progresivo; otras, regresivo. Por otra parte, la política, aun cuando incorpore el conocimiento científico, está, a menudo, obligada a improvisar decisiones basadas en intuiciones o en datos incompletos —unas veces acertados, otras no. La política no se hace, ni se podría hacer, en un centro de investigaciones, sino sometida a los imperativos constantes de la realidad, donde, en muchas ocasiones, la certeza del discurso y la apelación a la voluntad tiene que imponerse, aun cuando no se disponga de todas las evidencias para confirmar la seguridad del curso que se propone. Sin embargo, la constitución del conocimiento científico y su exposición no puede incorporar ni la fe, ni la improvisación ni la simple intuición.¹¹ Tampoco puede estar mediado por la preocupación del efecto más o menos simpático que sus conclusiones puedan tener sobre el público que las recibe.

Vale recordar lo que, acerca de su propia obra, afirmaba el importante pensador británico Eric

Aun en contextos donde supuestamente no debería haber contradicciones esenciales entre el avance del conocimiento científico y los intereses dominantes por el carácter auténticamente progresista de estos, existe el peso de los paradigmas establecidos, de los nuevos intereses creados y de la subjetividad humana, que pueden cerrar el paso al carácter necesariamente cuestionador del conocimiento nuevo.

Hobsbawm: «La historia podrá juzgar mi ideología política —de hecho, ya la ha juzgado suficientemente—, los lectores mis escritos. Lo que busco es la comprensión histórica, no el acuerdo, el beneplácito, o la simpatía del público».¹²

Ciencias sociales y política. Lo común en su diferencia

La relación entre la investigación científica y la política es un encuentro entre actores diferentes. Aun cuando compartan compromisos comunes, se trata de actividades humanas determinadas por dinámicas distintas y que se expresan con lenguajes propios. Sin embargo, la relación entre ambas, aunque compleja y problemática, es no solo posible, sino también necesaria para transformar la sociedad.

En el mundo de hoy, es relativamente frecuente que destacadas personalidades académicas pasen a ocupar responsabilidades políticas o de gobierno, donde deben tomar decisiones. Esa experiencia profesional les ofrece una importante herramienta para la toma de decisiones y una mejor comunicación con el resto de la comunidad académica. Sin embargo, quienes pasan por ella deben tener muy presente la naturaleza y los perfiles diferentes de ambos trabajos; se trata de reforzar uno con el conocimiento del otro, pero sin confundirlos.

La función de un político o funcionario identificado y consciente de los intereses de las mayorías que representa es tratar de ir siempre más allá, implementar nuevos proyectos, incorporar el conocimiento más avanzado, pero con un claro sentido de las limitaciones y posibilidades que ofrece la realidad en cada coyuntura, y aprovecharlas al máximo.

En una ocasión, alguien resumía de la siguiente manera el drama del ex presidente de Brasil, Fernando Henrique Cardoso, un muy destacado sociólogo latinoamericano: «el sociólogo Fernando Henrique Cardoso sabe de la necesidad de una reforma agraria en el país, pero el presidente Fernando Henrique Cardoso sabe y teme de los tremendos riesgos que se

corren si esta se tratara de implementar». Por supuesto, aunque esa contradicción es objetiva, un político comprometido con las mayorías siempre tiene que plantearse ir más allá, «patear» la frontera para moverla hacia delante. Venezuela ofrece, hasta el momento, una interesante experiencia de cómo se pueden tomar riesgos y avanzar efectivamente en la implementación de una política de transformaciones en función de intereses sociales mayoritarios, sin desconocer los límites y obstáculos que impone la realidad.

Es notable en la sociedad contemporánea el crecimiento de la cantidad y la complejidad de los problemas que en todas las esferas tienen que enfrentar e intentar resolver los gobiernos. Resulta comprensible que los funcionarios, en los diferentes niveles y territorios, no cuenten siempre con la información, la experiencia y el conocimiento científico y técnico suficiente para abordar con efectividad la multiplicidad de desafíos que se les presentan sistemáticamente. Es aquí donde el conocimiento, resultado de los procesos de investigación científica, adquiere una importancia determinante como contribución a la toma de decisiones políticas.

Por otra parte, un adecuado estudio de los problemas y alternativas actuales de una sociedad determinada solo es posible si se consideran parte de una realidad que va más allá de las fronteras nacionales debido al carácter global de los problemas contemporáneos y a la creciente interrelación de las diferentes realidades. Esto le supone a la ciencia un objeto de investigación cada vez más complejo, para lo cual debe enriquecer su dispositivo conceptual a fin de explicar los nuevos fenómenos globales y su impacto sobre cada realidad específica. También debe reforzar su capacidad de propuesta para soluciones de políticas no solamente nacionales, sino también regionales e internacionales. En este sentido es cada vez más importante la cooperación internacional, tanto a nivel científico como político.

Sin embargo, el aporte efectivo que las ciencias sociales pueden y deben hacer al proceso de toma de decisiones políticas no es automático. La producción del conocimiento científico para la política supone un

trabajo específico en esa dirección. Se deben considerar varios aspectos. En primer lugar, hay un problema de tiempo: la política necesita tener el conocimiento disponible en el momento de tomar decisiones que no pueden esperar; la producción del conocimiento científico supone ciclos más largos, de manera que se hace necesario ajustar tiempos para poder ofrecer información, conocimientos y propuestas alternativas al proceso político, solo posible si se sustenta en el conocimiento científico ya acumulado. En segundo lugar, el conocimiento científico está originalmente expresado en un formato y en un lenguaje especializado, lo que puede hacer muy engorrosa su comprensión para personas legas en esa especialización. En tercer lugar, el conocimiento científico no se constituye automáticamente en una evidencia para la política.

Estos factores les plantean a las ciencias sociales la responsabilidad de aportar también un conocimiento científico en condiciones de poder ser considerado y usado por la política, que esté disponible en el momento oportuno y se exprese en un lenguaje riguroso, pero a la vez comprensible. Corresponde también a los técnicos u otros actores especializados colocados en instancias políticas —ya sean instituciones de gobierno, parlamentarias u organizaciones no gubernamentales que actúen en la sociedad— contribuir a traducir los avances y propuestas científicas en programas de acción política.

La creación de redes de información e intercambio basadas en las nuevas tecnologías, a las que tengan acceso tanto los científicos como los políticos y otros actores sociales, puede contribuir de manera importante a una relación más dinámica y útil entre las ciencias sociales y la política. Las nuevas tecnologías de la comunicación y la información son también un disparador de las transformaciones sociales. La agenda científica debe ser tan amplia como la comprensión más profunda y detallada que la realidad exija, pero debe incluir también las preocupaciones y preguntas inmediatas que plantea la política de transformaciones en curso y sus principales responsables. En este sentido se puede hablar de la utilidad de una agenda compartida o construida a partir de un acuerdo mutuo.

La comprensión que la sociedad en general y el gobierno en particular tengan acerca de la pertinencia y la utilidad del trabajo de las ciencias sociales debe expresarse en una relación constructiva en la que se le facilite a la comunidad científica toda la información disponible y necesaria para emprender el trabajo de investigación, solo excluida aquella que, por muy rigurosas razones de Estado, no sea aconsejable revelar. De igual manera, la sociedad debe ofrecer, en la medida de lo posible, los recursos materiales, financieros y humanos que requiera la investigación científica. Ni el financiamiento nacional, y mucho menos el proveniente

de fuentes externas u organismos internacionales, deben condicionar los contenidos y menos aún los resultados de la investigación científica.

Esta relación no debería en ningún caso plantear una subordinación de las ciencias sociales a las necesidades coyunturales o los intereses de la política, por legítimos que estos sean. Se trata de una relación de intercambio y reforzamiento mutuo. A una política auténticamente transformadora le interesa una ciencia social rigurosa, autónoma y tan comprometida como crítica.¹³

Por otra parte, debe ser también incorporado un trabajo de monitoreo y evaluación de la utilización y la eficacia del conocimiento científico en la producción e implementación de las políticas de transformación y desarrollo económico y social.

Ciencia social y compromiso político

He dejado para el final el tema que da título a estas notas: el compromiso de la ciencia y la ciencia del compromiso, un problema que, en nuestro contexto, adquiere una dimensión muy significativa. En primer lugar, es necesario distinguir entre el objeto de la ciencia, el sujeto de ella y la relación entre ambos. El objeto de la ciencia son los fenómenos de la realidad; el sujeto, la comunidad científica; la ciencia misma, el proceso histórico de comprensión de la naturaleza, las contradicciones y la evolución de la realidad.

Es necesario tratar con mucho cuidado la diferenciación entre el objeto y el sujeto de las ciencias sociales debido a que ambos son componentes interdependientes de la realidad y forman parte de un proceso integrado donde el sujeto construye la comprensión del objeto, mientras el objeto condiciona al sujeto, porque este forma parte de la sociedad. La interrelación sujeto-objeto constituye un componente de la realidad que debe ser incorporado por la investigación científica.¹⁴ Como afirma Raymond Aron, «en la narración o la interpretación de los acontecimientos o las obras, el historiador no puede dejar de incluir juicios de valor, en la medida en que estos son internos al universo de acción o de pensamiento, constitutivos de la realidad misma».¹⁵ Un desafío para el científico social es ser consciente de esta interdependencia sujeto-objeto e intentar objetivar, hasta donde sea posible, sus propios juicios de valor. En este sentido es también interesante la polémica de Karl Popper con Adorno y Habermas. Estos últimos sostienen el criterio de que en sociología el conocimiento factual y los juicios de valor están indisolublemente vinculados.¹⁶

En todo caso, lo que nos interesa destacar es que aun cuando el científico debe mantener la mayor objetividad en la construcción del conocimiento, es

imposible que se despoje de todo juicio de valor en la medida en que él mismo es parte de una realidad que está históricamente condicionada. De manera que todo conocimiento, aun el científico, es incompleto y puede ser ampliado y profundizado.

Esto da lugar al tema del papel de los intelectuales, fundamentalmente los ubicados en el terreno de las ciencias sociales y humanas, en los procesos de transformación revolucionaria de la realidad, un asunto largamente discutido durante siglos, pero con particular fuerza durante el pasado siglo xx.¹⁷ Si el intelectual o el científico es consecuente con su comprensión de las contradicciones y problemas que afectan a su realidad, debe asumir una actitud de compromiso, como afirmara Jean Paul Sartre, con aquellos procesos que deben dar lugar a una transformación de esa realidad en función de los intereses de las grandes mayorías de su nación y del mundo. Ese compromiso no debe ser pasivo, sino activo y abierto, a la vez que honesto y humilde. Si, en la perspectiva de Antonio Gramsci, consideramos a estos científicos como parte de la intelectualidad orgánica del proceso transformador,¹⁸ con más razón su contribución a la construcción de la hegemonía de las mayorías se relaciona con su capacidad de producir conocimientos sobre la realidad social y su transformación.

A esta «intelectualidad orgánica» o intelectualidad revolucionaria —si se prefiere el término—, le debe corresponder un papel importante en esos procesos. Desde luego, no es la fuerza fundamental del cambio; pero está dentro de ella y tiene una función determinada e importante, derivada del trabajo científico-intelectual, esencialmente cuando se trata de la creación consciente de una nueva sociedad, proceso que supone disponer de la información y el conocimiento que la deben hacer posible.

Como hemos afirmado, la dinámica compleja de los procesos sociales, especialmente aquellos que suponen transformaciones profundas, y la diversidad de factores de difícil predicción que actúan sobre ellos, hacen imposible la identificación de cursos seguros de futuro, lo cual obliga a las ciencias sociales a identificar más de uno posible. Sin embargo, más que un obstáculo para el compromiso del científico ello constituye un importante incentivo, en la medida en que es fundamental la propuesta de acciones dirigidas a conducir el proceso hacia el tipo de sociedad deseada.¹⁹

La función que les corresponde a esos individuos en particular y a la comunidad intelectual en general, debería ser no solamente reconocida, sino estimulada y reforzada por la sociedad y sus dirigentes políticos a los diferentes niveles. Muchas experiencias socialistas fracasadas del siglo xx demostraron, con extraordinaria elocuencia, cómo la subordinación de gran parte de la intelectualidad —sobre todo la asociada a las ciencias

sociales— a un trabajo de propaganda, apegado a una ortodoxia instrumentalizada por el poder político y alejada de la auténtica producción de conocimientos, privó a aquellos procesos del debate necesario, responsable y fecundo acerca de las nuevas contradicciones y desafíos que enfrentaba la sociedad, de la disposición de alternativas para renovar y reforzar el curso del proceso transformador, de la frescura de nuevas ideas, muchas de ellas expresión de las legítimas aspiraciones de las nuevas generaciones.

Heredados de aquella época, llenos de juicios complacientes, manipulaciones de la historia, generalizaciones abstractas, recetas y dogmas, los manuales y diversos trabajos «científicos» constituyen evidencias de la enajenación de la función de las ciencias sociales en esas experiencias. El pensamiento creador fue en gran medida sometido a comulgar con supuestas «verdades universales» y «objetivos supremos de la historia» que servían para justificarlo todo, lo cual llevó a una producción intelectual de escaso valor científico calificada como «*vulgata marxista*» por un autor como Edgar Morín.²⁰ Este hecho no solo afectó a una parte importante de la intelectualidad que vivía dentro de las fronteras de los países pertenecientes al bloque soviético, sino también a parte de la intelectualidad orgánica de otras organizaciones políticas, que sentían o se les imponía el deber militante de buscar los argumentos que permitieran defender acriticamente aquellas realidades socialistas.

Las muchas veces injustificadas etiquetas de «revisionistas», «pequeño-burgueses» incapaces de incorporar el espíritu proletario, e incluso la de «enemigos del pueblo» abundaron en la historia de la relación entre la intelectualidad revolucionaria y los aparatos políticos que conducían esos procesos, a veces con consecuencias dramáticas. Muchos de esos intelectuales mantuvieron sus principios y sus prácticas políticas intactas, a pesar del aislamiento y las ofensas a que fueron sometidos.

Por constructivo, comprometido y objetivo que fuera el cuestionamiento, no había el mínimo espacio para cuestionar, siquiera parcialmente, la realidad. La política oficial debía ser aceptada en bloque. Cualquier injusticia evidente o decisión cuestionable debía ser asumida y justificada como parte de un proceso que se movía en el «sentido de la historia». El fin habría de justificar los medios, como si los medios no fueran parte esencial del proceso transformador. Es en los medios donde radica la ética, y esta ha de ser una cualidad *sine qua non* de la política revolucionaria, a pesar de los avatares que se vea obligada a enfrentar.

Las interpretaciones interesadas de la política oficial sobre las bases históricas y filosóficas del nuevo sistema se presentaban como dogmas doctrinarios de validez universal y permanente que debían ser asumidos como

un creyente declara la fe en su religión, so pena de ser excomulgado. Muchas veces las afirmaciones contenidas y repetidas en la doctrina eran contrarias al ejercicio que se seguía en la práctica, aun cuando este se realizaba en nombre de la doctrina.

Por más que las nuevas contradicciones sociales y la indetenible evolución de la sociedad mostraran con elocuencia la necesidad de un esfuerzo intelectual permanente, liberado de dogmas, para explicar las transformaciones mismas y contribuir a la construcción de nuevos paradigmas a la luz de los nuevos desafíos, el espacio al ejercicio de ese pensamiento creador se cerraba y el avance del proceso transformador quedaba atrapado en una parálisis paradigmática, en gran medida promovida e impuesta por las estructuras del poder burocrático establecido. Esta desnaturalización del pensamiento creador, esta enajenación del carácter y función de las ciencias sociales resulta un factor que si bien no puede ser identificado como el único, ni siquiera como el más importante, está, sin dudas, entre los que explican la crisis y desintegración de aquellos sistemas.

Es necesario comprender que la condición de un intelectual revolucionario y comprometido radica en la naturaleza de su práctica social, en su formación y su talento para crear, para estudiar rigurosa y críticamente la sociedad, sus contradicciones, problemas, posibles desarrollos y alternativas. Su compromiso consiste en compartir y defender auténticamente los principios y valores que conducen al proceso transformador: la justicia social, la independencia nacional, el desarrollo económico y social, la participación democrática, la solidaridad internacional. Una condición no debe estar en contradicción con la otra.

Para esto es necesario distinguir el compromiso del científico con los principios, del compromiso *a priori* con las diversas políticas en curso, no importa el nivel de la instancia donde estas hayan sido decididas, aunque como ciudadano e integrante de diferentes organizaciones políticas y sociales participe activamente de ellas. Un intelectual comprometido trabaja para que su propuesta sea comprendida y criticada por la sociedad.

La toma de decisiones políticas es una responsabilidad de los que, por sus méritos y capacidades, han recibido la autoridad y la representatividad para hacerlo. Es su derecho y, a la vez, su deber realizar esa función, compleja y llena de riesgos, sometida a las presiones del tiempo y de las diferentes coyunturas. En el ejercicio de esta función esencial, deben, además, asumir responsabilidad y rendir cuentas a la sociedad.

Unas ciencias sociales subordinadas y condicionadas a justificar *a priori* las diversas políticas en curso dejan de ser científicas porque pierden uno de los rasgos que las definen: estudiar y explicar objetiva y críticamente la

realidad social y el impacto que sobre ella producen esas políticas, para contribuir a corregirlas o reforzarlas —según sea necesario—, animadas por la intención de favorecer el desarrollo y sin invadir el lugar de la política o intentar sustituirla. Como se ha afirmado, «solamente la ciencia crítica puede impedir que la historia o la sociología se deslicen del reino del conocimiento positivo al de la mitología».²¹

Resulta fundamental distinguir entre los principios y valores que definen al proceso transformador de las diversas estrategias y políticas que se implementan en cada momento. De hecho, a procesos cuyos principios y valores no han cambiado, les han correspondido, en diferentes etapas, unas políticas contrarias. Muchas veces han sido, a la larga, objeto de críticas y rectificaciones cuando el poder político asume sus limitaciones, sin que hubiera existido antes el suficiente espacio para cuestionarlos, ya no por parte de la ciudadanía en general, sino de la comunidad científica e intelectual.

Cuando esto sucede, se levanta una especie de veda y aquellas políticas ya abandonadas pueden ser criticadas, muchas veces incluso más allá de lo que merecen. El mérito entonces pasa a estar en la crítica, como antes estuvo en la apología. La memoria parece desaparecer como el vínculo que haría evidente la contradicción entre la crítica y la apología ejercidas por un mismo sujeto, sea este *intelectual* o *político*, sobre el mismo objeto —los procesos reales—, solo que en un momento diferente. Por lo general la crítica siempre es conjugada en pasado; la apología, en presente. Las políticas en curso, habrían de ser, por definición, acertadas, lo que sobre ellas arroje el futuro parece ser un asunto de menor relevancia. Esto es fatal para las ciencias sociales, por más que sea la dinámica que circunstancialmente necesiten los actores políticos.

El lugar de la comunidad científico-intelectual en el proceso transformador no debe ser recibido pasivamente como una orden, misión o concesión que viene de arriba. Es un lugar que debe merecerse, demostrando la autenticidad y la relevancia del conocimiento, a la vez que la firmeza del compromiso en los términos en que lo hemos definido. Persistencia, compromiso, principios, capacidad de aportar, superación profesional continua, trabajo colectivo, profundidad cultural, visión global, flexibilidad y antidogmatismo, antidiletantismo, sentido práctico, responsabilidad, audacia, valor, dignidad, honestidad y humildad intelectual son algunos de los rasgos que abren el espacio necesario.

Desde luego, un clima de presiones y hostilidad internacional, como el que por lo general viven los procesos sociales de transformación revolucionaria —sobre todo en países de menor desarrollo relativo—, no es el mejor contexto para fomentar el debate y la

permanente búsqueda de alternativas. Sin embargo, aun en esas difíciles condiciones, es necesario fortalecer el papel de las ciencias sociales y de la intelectualidad comprometida. Quizás no sea posible más debate que el que las condiciones objetivas y el contexto específico permiten sin poner en peligro la existencia misma del proceso transformador; pero —y esto es muy importante— tampoco menos debate que el que las circunstancias permiten. Se trata de una relación que debe ser permanentemente revisada para favorecer el debate y la participación.

La disposición de información por parte de la población, incluidas las estadísticas confiables, es una condición para el ejercicio de la participación democrática en todos sus momentos. Una sociedad mal informada o sometida a poderosos medios masivos manipulados por los intereses dominantes, como ocurre hoy en gran parte del mundo, no puede ejercer una participación democrática sustancial y efectiva, sino formal, buena para «legitimar» el curso interesado de los acontecimientos.

La participación democrática supone un ciudadano con capacidad para comprender la sociedad, su lugar en ella, sus contradicciones y sus propios derechos individuales y colectivos, apto para procesar la información que recibe, formar sus propias opiniones y expresarlas; o sea, un ciudadano instruido y culto. Sin embargo, una parte importante de la población receptora del mensaje, sobre todo en los países subdesarrollados, no cuenta con la calificación necesaria para procesar la información difundida a partir de su propia perspectiva. Según estadísticas internacionales, existen más de quinientos millones de analfabetos totales en el mundo, sin contar los funcionales, con muy bajos niveles de calificación. Esta realidad, además de antihumana, constituye un límite mayor a cualquier aspiración democrática.

Con la globalización, el hecho adquiere una nueva dimensión, porque los principales medios comunicativos, sostenidos por el poder económico de los países más desarrollados, tienen hoy acceso en tiempo real a una audiencia a escala planetaria, a la que transmiten un mensaje en función de los intereses dominantes. Esto ejerce una gran influencia, que frecuentemente atenta contra la soberanía de los países y afecta su propio proceso democrático. El mundo de la globalización exige regulaciones compartidas por todas las naciones, y el sector mediático debe ser parte de esto.

La libertad de prensa es más bien formal, dado que el control de los medios supone poder económico. No es la ley sino la fortuna económica o el poder burocrático lo que permite una presencia real y sistemática en los medios. Ello determina que el mensaje mediático promueva los valores y los intereses

de los sectores dominantes; también expresa sus contradicciones y crisis; pero dentro de límites, implícitamente aceptados por esos sectores, que garanticen la reproducción del sistema. Los medios masivos de comunicación desempeñan un papel fundamental y deberían responder a los intereses de la sociedad en su conjunto, y ser sometidos también al control social y a las regulaciones establecidas por el propio sistema democrático. Dada la función y el impacto que tienen, no es legítimo que respondan exclusivamente a los intereses de grupos de poder empresarial o políticos, estén estos en el gobierno o no. Los medios deben ser un espacio para el ejercicio del debate responsable.

Igualmente, la falta de garantías para el acceso a la educación y la salud como derechos adquiridos por todos los seres humanos, por el solo hecho de serlo, genera desigualdades de origen en la sociedad, que impiden las condiciones mínimas necesarias para que la participación ciudadana en los espacios que le ofrece la democracia pueda ejercerse de manera sustancial.

El alcance de esta se profundiza en la medida en que la igualdad social y la participación popular sean más importantes, de manera que se garantice que quienes generan la riqueza participen más en su distribución. Esto supone la promoción y el respeto de los derechos ciudadanos, incluidos los económicos, sociales y políticos. El interés de las mayorías debe prevalecer sobre el resto, sin que ello signifique la exclusión de las minorías, siempre y cuando estas no promuevan acciones contra la dignidad humana y la soberanía de las naciones. Se trataría, en esencia, de una sociedad sin excluidos

La democracia, esa conquista de la humanidad, lejos de ser un atributo del capitalismo, ha sido en realidad distorsionada por ese sistema, que la ha despojado de su contenido esencial a partir de la mediación de los poderes económicos que operan en el seno de su sociedad, tanto a nivel nacional como transnacional. Esta dimensión se ha reforzado durante la actual época de la globalización. La democracia queda, en gran medida, reducida a sus dimensiones más formales y a sus procedimientos técnicos. Los altos niveles de desigualdad social, pobreza, discriminación, daño medioambiental, corrupción y apatía son la mayor evidencia de este hecho.

Sin embargo, de ninguna manera lo anterior debe disminuir la importancia de los aspectos formales o institucionales de la democracia, y el claro deslinde que debemos hacer entre un régimen dictatorial como los que por décadas sufrió América Latina o la propia Europa con las experiencias fascistas de Alemania, Italia y España —surgidas y asentadas, por cierto, dentro del ordenamiento capitalista— y los regímenes democráticos

que en todos ellos se han logrado reconstituir. Por limitadas que puedan ser estas democracias, dadas las enormes desigualdades e injusticias sociales en su seno, constituyen un importante paso adelante en relación con las dictaduras del pasado.²²

Una alternativa socialista debe contener, por definición, un distanciamiento crítico de las concepciones democráticas que se sostienen y promueven en las sociedades capitalistas, pero en ningún caso el rechazo a un ordenamiento democrático en los términos en que lo definimos más arriba. Esa conquista histórica debería alcanzar, en una sociedad socialista, una realización más plena, lo cual incluye sus contenidos sustanciales y sus estructuras formales e institucionales, a partir, por supuesto, de la experiencia histórica y los valores culturales de cada pueblo. Como en su momento afirmara Rosa Luxemburgo, «debemos concluir que el movimiento socialista no está vinculado a la democracia burguesa, sino al contrario, el destino de la verdadera democracia está vinculado al movimiento socialista».²³ Una alternativa socialista debe eliminar de la democracia las interferencias que el poder económico, la desigualdad social y el hegemonismo internacional le imponen en el capitalismo, para rescatar su significado esencial, posible en un contexto de mayor igualdad social y libertad.²⁴

El nuevo sistema supone una nueva jerarquización de los intereses y derechos de la sociedad. La satisfacción de las necesidades materiales y culturales de las mayorías se antepone al interés individual sostenido en la propiedad privada y la «libertad» del mercado. El reto para dar lugar a una alternativa que supere las limitaciones que sufrió el socialismo histórico es establecer y sostener esta nueva jerarquización sin que la primacía de los derechos esenciales liquide necesariamente el resto de los derechos y aspiraciones de los diversos sectores sociales, por minoritarios que sean. En esta relación, siempre habrá una tensión que en momentos límites, habrá de resolverse a favor de las mayorías, pero cuidando (hasta donde sea posible) el mayor equilibrio y coexistencia de derechos. El socialismo tiene que ser una sociedad en la lógica de las mayorías, pero sin reduccionismos que lo desnaturalicen al someterlo a un poder burocrático que pretenda sustituir la participación sustancial de los ciudadanos en su conducción.²⁵

Como ha afirmado Claudio Katz, «la democracia socialista debería incluir formas directas e indirectas para ensamblar la ciudadanía social con la emancipación política. Este modelo requiere la vigencia de mecanismos de participación, representación y control popular. El objetivo sería combinar la democracia en el lugar de trabajo con formas activas de sufragio para la adopción de las principales decisiones».²⁶

El socialismo supone —además del establecimiento de un nuevo régimen económico, fundamentado en nuevas relaciones de producción, y un nuevo sistema político, sustentado en la igualdad social y la participación popular— una nueva cultura basada en los valores de la solidaridad y la ética. La articulación de estas tres dimensiones puede suprimir la hegemonía del capital y dar lugar a la sociedad nueva, más libre y socialmente justa. Si este paradigma no forma parte esencial del proyecto alternativo, este no puede llamarse auténticamente socialista y difícilmente pueda superar la prueba y los obstáculos de la historia. Podríamos afirmar que la democracia verdadera solo podrá ser socialista, pero también que el socialismo verdadero solo podrá ser democrático.

Esto hay que verlo como una compleja construcción histórica sometida a una diversidad de determinantes. La agresión y presión a las que son sometidos los procesos de transformación, pueden obligar a restringir temporalmente determinadas libertades en función de la defensa de la existencia misma del proceso. Baste el ejemplo de la sucia agresión a la que fue sometida la revolución nicaragüense en los años 80, cuando a la vez que se le exigía espacios políticos para una oposición promovida desde el exterior, se le bloqueaba económicamente y se le invadía militarmente por sus fronteras.

En esas difíciles circunstancias, se imponía la necesidad de determinadas restricciones que, de no ser asumidas, se convertirían en instrumentos de los poderes menos democráticos del planeta camuflados tras un lenguaje pseudodemocrático y vacío. Pero esas restricciones deben responder a amenazas reales, y ser temporales, consensuadas y asumidas como necesarias por las mayorías de la sociedad que son el sujeto social y político, la razón de ser del proceso transformador. Hay que cuidarse del riesgo de convertir las necesidades en virtudes. El avance en la construcción democrática —vale decir, la consolidación de la mayor justicia social, así como la ampliación de las libertades y los espacios de participación— debe ser una búsqueda permanente y políticamente responsable.²⁷

El debate, la confrontación de ideas, el escuchar al otro, a todos, y con mayor razón al que comparte y defiende los mismos principios, además de una necesidad, deben ser asumidos como una virtud y una conquista permanente, un atributo no solo de la comunidad científica e intelectual, sino de toda la sociedad. Lo contrario, como se demostró en Europa del Este, es contraproducente en el largo plazo, además de que sería aceptar la capacidad de las hostiles fuerzas externas para paralizar el dinamismo, la creatividad y el carácter libertario y liberador del proceso transformador.

Notas

1. Véase Max Weber, *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1967.
2. Luis Carrizo, *Producción de conocimientos y políticas públicas. Desafíos de la universidad para la gobernanza democrática*, Cuadernos del CLAEH, Montevideo, 2006.
3. Edgar Morín, *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona, 1990.
4. Para ampliar en el debate sobre la periodización de las ciencias sociales, véase Mayra Espina Prieto, «Transdisciplinariedad y complejidad en el análisis social», en Luis Carrizao y Enrique Gallicchio, eds., *Desarrollo local y gobernanza. Enfoques transdisciplinarios*, Ediciones UNESCO MOST, Montevideo, 2006; Jeffrey C. Alexander, *Las teorías sociológicas desde la Segunda guerra mundial*, Gedisa, Barcelona, 1989; Edgardo Lander, «Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos», en Edgardo Lander, comp., *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, CLACSO, Buenos Aires, 2000; Heinz R. Sontag, «Las viscosidades del desarrollo», *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, n. 140, UNESCO, París, 1994; Heinz R. Sontag et al., «Modernidad, modernización y desarrollo», *Pensamiento Propio*, n. 11, Managua, enero-junio de 2000; Immanuel Wallerstein, coord., *Abrir las ciencias sociales. Comisión Gubelkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, Siglo XXI, México, DF, 1995; Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales*, Siglo XXI, México DF, 1999.
5. Edgar Morín, ob. cit.
6. Carlos Marx, «Carta a Lacharte (18 de marzo de 1872)», *El Capital*, t. 1, Siglo XXI, México, DF, 1973, p. 21.
7. Joseph E. Stiglitz, *El malestar en la globalización*, Taurus, Bogotá, 2002, p. 16.
8. Desde otra perspectiva teórica, Douglas C. North trata esta problemática, véase su *Institutions, Institutional Change and Economic Performance*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.
9. Jorge Semprún, «Conversación con Jean Paul Sartre», *Cuadernos Ruedo Ibérico*, n. 3, París, octubre- noviembre de 1965, pp. 76-86.
10. Nos parece válida la cita, aunque no compartimos la perspectiva conservadora de su autor. Véase Raymond Aron, «Introducción», en Max Weber, *El político y el científico*, ob. cit., p. 42.
11. Es importante distinguir, como ya lo hicimos más arriba, entre la construcción del conocimiento científico —un proceso complejo donde sí está incluida la especulación, la construcción de hipótesis, y la intuición como parte del método—, y la constitución del conocimiento científico, que se refiere a la *conclusión* del proceso y donde las afirmaciones deben estar basadas en evidencias que las prueben.
12. Eric Hobsbawm, «Años interesantes. Una vida en el siglo xx», *Tiempos interesantes*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 10.
13. Como se expresa en un editorial de la revista *International Social Science Journal*: «No se trata de reducir el conocimiento a la acción o la acción al conocimiento, sino de encontrar formas [...] para asegurar que la dinámica interna de cada proceso pueda funcionar y que la comunicación entre ambos fluya sistemáticamente». *International Social Sciences Journal*, n. 179, UNESCO, París, marzo de 2004.
14. Véase Mayra Espina, *Los estudios de pobreza y el diseño de políticas sociales. Límites y retos actuales*, material preparado para la Escuela de Verano del programa MOST, UNESCO, Montevideo, junio de 2007.
15. Raymond Aron, ob. cit., p. 46. Este es un punto interesante de polémica entre la perspectiva de Weber y la de Aron. El primero

consideraba la necesidad de que el trabajo científico se despojara de cualquier juicio de valor, el segundo no lo veía totalmente posible.

16. Karl Popper, «Against Big Words», *In Search of Better World. Lectures and Essays from Thirty Years*, Routledge, Londres, 1992.

17. Algunos autores y textos imprescindibles en este debate son: Max Weber, ob. cit. (1919); Julien Benda, *La traición de los intelectuales* (1927), así como Antonio Gramsci —sobre todo, *Los intelectuales y la organización de la cultura* (1949)—; y gran parte de la obra de Jean Paul Sartre, en especial *En defensa de los intelectuales*. Los dos primeros autores sostienen que el compromiso político no debe interferir en la conducta de los intelectuales; los dos últimos, por el contrario, consideran que el compromiso es un deber del intelectual.

18. Gramsci afirma que cada clase social genera su intelectualidad orgánica, comprometida con la conformación de un tipo de sociedad que corresponde con sus intereses. Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1984.

19. En 1965, Sartre afirmaba: «El papel del intelectual, que es, por cierto, un papel ingrato y contradictorio, consiste a la vez en integrarse completamente en la acción, si la juzga justa y verdadera, y en recordar siempre el verdadero fin de la acción, poniendo siempre de manifiesto, por la reflexión crítica, si los medios elegidos se orientan hacia el fin propuesto o si tienden a desviar la acción hacia otra cosa». Jorge Semprún, ob. cit.

20. Edgar Morín, *Autocrítica*, Kairós, París, 1962.

21. Aquí vale también la cita, a pesar del carácter conservador de su autor. Raymond Aron, ob. cit., p. 31.

22. Véase Norberto Bobbio, *El futuro de la democracia*, FCE, México, DF, 1984.

23. Rosa Luxemburgo, «Reforma y Revolución», *Obras escogidas*, v. I, Pluma, Buenos Aires, 1984.

24. Véase Daniel Campione, «La articulación entre socialismo y democracia. Una visita a Rosa Luxemburgo y Antonio Gramsci en el contexto latinoamericano», en *¿Hacia dónde va el sistema mundial? Impactos y alternativas para América Latina y el Caribe*, FISyP, Buenos Aires, 2007.

25. Coincidimos con Franz Hinkelammer cuando afirma: «Se trata de una formulación del socialismo que libera de muchos dogmas y que permite una mayor flexibilidad en la conformación de la sociedad. Esto vale especialmente en cuanto a una mayor consideración de las relaciones mercantiles en el socialismo y una menor burocratización en la planificación. Pero igualmente permite un nuevo pluralismo de la sociedad socialista misma, y disuelve la identificación perfectamente innecesaria de socialismo y ateísmo». «Democracia, estructura económico-social y formación de un sentido común legitimador», *Ensayos*, Editorial Caminos, La Habana, 1999.

26. Claudio Katz, *El porvenir del socialismo*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires, 2004.

27. En este sentido Rosa Luxemburgo afirmaba: «El peligro comienza cuando hacen de la necesidad virtud y quieren congelar en un sistema teórico acabado todas las tácticas que se han visto obligados a adoptar en estas fatales circunstancias, recomendándolas al proletariado internacional como un modelo de táctica socialista». *Obras Escogidas*, ed. cit., v. II, p. 202.

La independencia del colonialismo: José Martí y los basamentos de la nación cubana

Ofelia Schutte

Profesora. Universidad del Sur de la Florida en Tampa, Estados Unidos.

Es imposible narrar la historia de Cuba como nación independiente sin resaltar la extraordinaria influencia de los ideales políticos y del compromiso revolucionario de José Martí. El papel fundacional de Martí se ha preservado en proporciones casi santificadas al honrarsele como el *Apóstol de la Patria*. Es indudable que el sacrificio de su vida en defensa de la independencia de Cuba del colonialismo español hace que su muerte se asemeje a cierta clase de martirio que se suele asociar con santos y mártires. Sin embargo, todo el mundo reconoce que Martí fue un brillante estratega político, el arquitecto de la batalla de una segunda generación cubana en la última década del siglo XIX por obtener la independencia política.

Siguiendo el enfoque de algunas recientes investigaciones sobre Martí, centraré mi atención en cuestiones más terrenales, como su genio político, su discurso y sus empeños, en un intento de ordenamiento de algunos de los elementos claves de su visión y filosofía políticas. En oposición a aquellas interpretaciones que ven a Martí fundamentalmente como estratega y organizador político, argumentaré que hay una base ontológica en la filosofía política de Martí, específicamente

una que se fundamenta en su estudio de la filosofía post-kantiana en la década de 1870. Mi propuesta es que, a medida que el pensamiento martiano maduraba en las siguientes décadas, ese pensamiento puede, en sentido general, considerarse compatible con un enfoque de la filosofía política y social a partir de la izquierda hegeliana, aunque no estrictamente circunscrito a él. A través de un estudio de las más tempranas convicciones filosóficas de Martí, su discurso fundacional, «Con todos y para el bien de todos», de 1891, y su artículo de 1893 «Mi raza», pretendo demostrar que hay suficientes elementos en la visión política de Martí para elaborar una interpretación desde la izquierda hegeliana.

Mi análisis expone tanto la coherencia del punto de vista filosófico de Martí con su práctica política, como la extraordinaria y hasta ahora insuficientemente explorada relevancia de la filosofía idealista post-kantiana para su pensamiento nacionalista anticolonialista. Gran parte de mi lectura se centra en cuestiones filosóficas que enlazan su ética con su pensamiento sociopolítico.

Con el fin de facilitar la comprensión del basamento filosófico de Martí en su visión de la nación cubana,

resulta útil distinguir dos tipos de interrogantes. La primera se refiere a la manera en que Martí entendía el liderazgo o gobierno legítimo, sus puntos de vista sobre la educación, la guerra y la paz, la raza y la etnicidad, los grupos sociales, y el carácter social del pueblo cubano tal y como él lo describe. La segunda refiere cuestiones de principios. Por ejemplo, ¿cuáles parecen guiar la visión martiana sobre el amor, la armonía, la creatividad, la belleza, el bien, la naturaleza, la ética del sacrificio y otros? Es el segundo tipo de interrogante la que orienta mi investigación, dado que el objetivo es presentar una perspectiva filosófica del pensamiento de Martí que, por su naturaleza política, exige que se relacionen los principios abstractos con la acción política.

Martí no era un pensador sistemático en términos de pensamiento disciplinario. Dicho de otra manera: no era, ni aspiraba a ser, un filósofo ni un teórico sociopolítico. A pesar de lo cual, parece haber una coherencia entre los principios que invocaba y las aplicaciones prácticas que ofrecía para varios problemas que encontraba a diario en su accionar político. Hay varias interpretaciones que se ofrecen como explicación de esta correspondencia. Dentro del bando de los escépticos, algunos creen que solo hay que explicarla a nivel retórico. En otras palabras, el escéptico puede llegar a reconocer que existe una correspondencia entre el reclamo metafísico de Martí por un universo armónico y el cuidado excepcional que tomaba en justificar la guerra contra el colonialismo español, de forma que no quebrantara este principio. Pero puede argumentar que esta correspondencia es, fundamentalmente, una actuación discursiva dirigida a convencer a su auditorio de lo justo y apropiado del esfuerzo en aras de la guerra.

Es también posible —sin intentar convertir a Martí en una figura santa o dogmática— sostener que, aunque su retórica estaba indudablemente dirigida a obtener resultados concretos con el fin de llevar a cabo una guerra y ganarla, él era esencialmente sincero en los principios y creencias que invocaba para justificar la organización y la acción políticas. O, dicho de manera menos subjetiva, puede decirse que las explicaciones discursivas de los principios en que se basa para justificar sus valores parecen ser relativamente consistentes a lo largo del tiempo. Este es el tipo de punto de vista que me gustaría defender, al menos en relación con algunas cuestiones que se revelan en su pensamiento social y político. Además, cuando consideramos que la consistencia de sus explicaciones no es algo fácil de alcanzar, ni siquiera para los filósofos, el hecho —si es un hecho— de que las explicaciones de Martí de lo bueno o de lo noble muestran cierta consistencia a lo largo del tiempo, al menos nos da derecho a desenterrar,

y a seguir hurgando en la base epistemológica de lo que pudiéramos llamar su filosofía política y social.

Comienzo por las cuestiones relacionadas con los principios, entendiéndose que, dada la vastedad y complejidad de la obra martiana, una vez que nos asomemos a algunas de las aplicaciones prácticas de sus políticas, puede que resulte apropiado volver a nuestras premisas y hacer algunas modificaciones, o añadir más calificadores. Para comenzar en este punto, el pensamiento de Martí necesita ser situado en el contexto de la filosofía idealista post-kantiana, a la cual estuvo expuesto mientras fue estudiante universitario principalmente en Zaragoza, España, donde estudió Derecho, Filosofía y Literatura entre los años 1873 y 1874. En el «Cuaderno de Apuntes» del volumen 21 de las *Obras Completas*, es fácil apreciar el legado de la Ilustración europea, en especial tal como era interpretada a través de una tradición idealista teísta (cristiana) y también racionalista (postescolástica). Las notas de Martí muestran la influencia de la filosofía del krausismo en España durante este período. Christian Frederick Krause (1781-1832) fue un filósofo alemán post-kantiano cuyas obras se difundieron en España por Julián Sanz del Río, quien impartió Historia de la Filosofía en la Universidad de Madrid, entre 1854 y 1869, pocos años antes de la llegada de Martí a España en 1871. El krausismo se conoce como la filosofía y metafísica del «racionalismo armónico».¹ La concibió Krause como alternativa a las filosofías de Kant, Fichte, Schelling y Hegel, aunque tomó, eclécticamente, de muchas de ellas. El krausismo se caracterizó por una fe extrema en la razón, junto con una fe en Dios como el principio rector del universo. En sus ramificaciones éticas estuvo marcado por una forma altamente idealista de humanismo (en última instancia, un humanismo deísta). Sin embargo, la Iglesia católica se le opuso, y en 1865 incluyó *El ideal de la humanidad*, de Sanz del Río en el *Índice de libros prohibidos*.²

Se sabe que Martí elogió tanto a Sanz del Río «el magno hombre don Julián Sanz del Río»³ como a *El Ideal...*, durante la década de 1870, aunque su pensamiento se movía en dirección más compleja y aplicada.⁴ Aun así, Martí identificaba y elogiaba a un krausista cuando lo encontraba. Por ejemplo, en un artículo publicado en Nueva York tan tardíamente como en 1889, describía al intelectual krausista conservador Antonio Bachiller y Morales, en Cuba, como «maestro al fin de su ciencia querida, donde él ve juntas, con la armonía de Krause, la razón del hombre y la autoridad de Dios».⁵ Según Sánchez de Bustamante, el krausismo cubano, a diferencia de la versión española, era conservador. Para poder ubicar en su perspectiva los comentarios de Martí tenemos que subrayar que en sus *Obras Completas* se encuentran diez veces más

referencias a Ralph Waldo Emerson que a Krause. En tanto que la admiración de Martí por algunos aspectos de la filosofía krausista resultaban evidentes durante la década de 1870, ya en las de 1880 y 1890 el sustrato filosófico de su pensamiento adquirió un carácter idealista más genérico, uno que él empleaba para tratar las cuestiones políticas que priorizaba.

No obstante, desde una perspectiva histórica y filosófica, resulta muy interesante observar la manera en que Martí respondía a la filosofía alemana kantiana y post-kantiana. En 1877, cuando enseñaba Historia de la Filosofía en Guatemala, escribió: «Yo tuve gran placer cuando hallé en Krause esa filosofía intermedia, secreto de los dos extremos, que yo había pensado en llamar Filosofía de relación».⁶ La referencia a los dos extremos es a una filosofía subjetiva y una objetiva. La primera atribuida a Fichte y la última a Schelling. Martí expresa admiración por el logro de Hegel al relacionar sujeto y objeto —estamos hablando de su metafísica y su epistemología—, pero la admiración que expresó por Krause la sobrepasa. Martí expresa:

Kant —Idealista platoniano— quiso el ciudadano universal.— /Elaboración del conocimiento.

Fichte examina el sujeto y se detiene en él./ Schelling lo identifica con el objeto. /Hegel —y esto es grande— los pone en relación. /Krause —y este es más grande y completo, estudia al sujeto, al objeto y la manera con que se unen: relación.⁷

Martí encuentra más aceptable la explicación de Krause de la unidad de sujeto y objeto, que la de Hegel. Para el fin que se propone la discusión siguiente, sin embargo, es importante señalar que él tenía una alta opinión de este último. Mi punto de vista es que, bien sea directa o indirectamente —y muy probablemente sea esto último— tenemos que tener a Hegel en mente, a medida que vayamos analizando con más detalle alguna de las corrientes de interpretación que caracterizan la recepción de la filosofía política de Martí hasta nuestros días, y que se contradicen unas a otras.⁸

Para volver a sus tempranos intereses filosóficos, un tema recurrente en las notas fragmentarias de Martí a partir de la década de 1870 es la unidad metafísica de conocimiento y ser, que a la vez, es la fuente y el punto final de la diversidad.

Lo común es la síntesis de lo vario y a Lo Uno han de ir las síntesis de todo lo común; todo se simplifica al ascender [...] Todo va a la unidad, todo a la síntesis [...] un sol se vierte en inúmeros rayos; de lo uno sale en todo lo múltiple, y lo múltiple se refunde y se simplifica en todo en lo uno.⁹

Para este tipo de metafísica deísta idealista, que pudiera aplicarse a Krause, todos los diferentes órdenes del ser y el conocimiento que cada uno evoca, conjuntamente se elevan hacia Dios en «el universal sublime armónico sintético conjunto».¹⁰

La unidad sintética de lo uno y lo múltiple, la idea de que lo común (o quizás lo que es común a través de las diferencias) es una síntesis de lo diverso, y de que hay diferentes órdenes de esta, de manera que de las muchas síntesis de lo común puede alcanzarse una unidad superior en lo Uno, llevan a Martí a señalar que la diversidad no tendría sentido por sí misma, sin la unidad, o la parte sin el todo. Si quitamos el nombre de Dios de las notas del joven Martí sobre metafísica, y simplemente dejamos las descripciones que atribuye al ser supremo, lo Uno, la verdad universal, etc., este es un tema metafísico que recorre toda la filosofía idealista alemana de la Ilustración, desde Kant hasta Hegel. En relación con la cuestión de la guerra y la paz, hay una diferencia de opinión entre las ontologías de Kant y Hegel. En tanto que el racionalismo crítico kantiano se adhiere a la paz universal —lo que tal vez fue lo que Martí caracterizara como «el ciudadano universal» en sus notas de 1877—, el idealismo dialéctico de Hegel pone en un primer plano la recurrencia de la lucha antitética a medida que la humanidad avanza hacia formas de síntesis más elevadas y racionales. Martí parece haber tomado de ambas perspectivas en sus últimos años mientras elaboraba la teoría de la *guerra necesaria*.

No estoy sugiriendo que podamos confiar totalmente en lo que queda de las notas filosóficas de Martí de la década de 1870 para explicar los principios que asumió en la de 1890 cuando forjó el Partido Revolucionario Cubano (PRC) con el fin de librar la guerra final por la independencia de Cuba. No es solo que la amplitud y profundidad de sus conocimientos crecieran exponencialmente a medida que pasaban los años, sino que, en realidad, ¿quién de nosotros querría que las acciones o decisiones de nuestros años de madurez se explicaran en términos de notas fragmentarias que datan de nuestros días de estudiantes o de recién graduados? Sin embargo, se adecua el Martí maduro, líder político y organizador del PRC, con el joven Martí y su afinidad con una visión del universo en la cual las partes no puedan ser comprendidas fuera del todo, y donde la diferencia y la diversidad, más que conducir a la fragmentación, ofrezcan una promesa de comunidad, síntesis o unidad que «elevatoria» sus significados individuales a un nivel digno de comprensión racional o universal. La idea que encontramos recurrentemente en el pensamiento político de Martí, la de que el universo político está desequilibrado y que es absolutamente urgente devolverle el equilibrio, puede apreciarse como una manifestación en la esfera de la política, de las prioridades que tenía dentro de su concepción del orden del cosmos y del orden moral.

En la actualidad, cuando el idealismo de la Ilustración ya no opera como ideología dominante, y cuando la totalidad, la universalidad y la síntesis son percibidas por

Cuando la totalidad, la universalidad y la síntesis son percibidas por muchos intelectuales (especialmente los posmodernistas) como instrumentos del terror ideológico, no sorprende que la síntesis que Martí elaboró en relación tanto con el significado de la nación cubana como con las formas de llegar a ella, les parezcan sin fundamento.

muchos intelectuales (especialmente los posmodernistas) como instrumentos del terror ideológico,¹¹ no sorprende que la síntesis que Martí elaboró en relación tanto con el significado de la nación cubana como con las formas de llegar a ella, les parezcan sin fundamento. Como producto de su tiempo, requiere de un esfuerzo especial leer a Martí —a pesar de la altura de su visión que le permitió trascenderlo y hablarnos hoy— y, a la vez, mantener una lectura crítica de lo que su locación histórica le impedía comprender cabalmente. (La misma reflexividad se aplica a nosotros, que lo leemos hoy a través de cristales del siglo XXI). No debemos apresurarnos demasiado en rechazar su idealismo o su inclinación por los conjuntos sintetizados. Más bien debemos recordar que, para Martí, mientras el todo parece evocar un nivel más alto de la realidad y de la unidad que el de las partes, aun así no hay todo sin que sus elementos se mantengan preferentemente en equilibrio armónico y equitativo. Y más importante aún: en su posición, si los elementos no están en equilibrio, su realineamiento requiere que se les preste especial atención a los particulares y a las relaciones entre ellos. Miremos entonces algunos de los particulares de sus programas sociales y políticos con respecto al lugar de Cuba en América, teniendo siempre en cuenta que estos no son fines en sí mismos, sino que, como él afirmara de vez en cuando, son parte de una visión cósmica que va más allá de América hasta alcanzar a toda la humanidad.

«Con todos y para el bien de todos»

Este famoso discurso se pronunció en Tampa, ante emigrados cubanos, el 26 de noviembre de 1891. Según palabras de la famosa poeta e investigadora cubana Fina García Marruz, este es «sin duda el más importante de sus discursos revolucionarios». ¹² De hecho, solo si miramos a los orígenes del PRC en Tampa y Cayo Hueso podemos comprender y apreciar a cabalidad la filosofía política de Martí.

El discurso es importante por distintas razones. En primer lugar, cronológica y psicológicamente, para Martí y para los cubanos en el extranjero, da inicio a la última etapa, de articulación de los objetivos que

movilizarían a los cubanos en un esfuerzo total, unido, para derrotar al gobierno de España sobre la Isla. En segundo lugar, el discurso está dirigido, entre otros, al ala más radical de la comunidad de emigrados, que incluía a los tabaqueros del área de Tampa, y esto le permite a Martí llevar su mensaje a los sectores más humildes de la comunidad, un grupo importante para él, porque sus necesidades políticas radicalizan las de los sectores con mejor situación económica. Las comunidades de emigrados de Tampa, Cayo Hueso y Ocala, en la Florida, daban así a Martí una energía que no le dio ninguna otra comunidad durante este período. Dos días después de su importante discurso, antes de su salida de esa ciudad, las «Resoluciones» fueron aprobadas por la comunidad de emigrados de Tampa, en aras de un esfuerzo conjunto para crear una república cubana «con todos y para el bien de todos». Estas resoluciones constituían el fundamento para el documento de gobierno conocido como «Bases del Partido Revolucionario Cubano», fundado por Martí y por los emigrados cubanos residentes en la Florida para llevar adelante la revolución.¹³ El PRC fue ratificado en Cayo Hueso el 5 de enero de 1892, y a él se le unieron formalmente las comunidades de cubanos y puertorriqueños de Nueva York, el 10 de abril de 1892. El propósito declarado del partido era alcanzar para Cuba la independencia de España y ayudar a la de Puerto Rico.¹⁴

En tercer lugar, y más significativamente desde un punto de vista filosófico, el discurso esbozó los principios morales y políticos que él consideraba guías para el esfuerzo por la liberación nacional. Como han señalado los historiadores, los cubanos de la Isla y de las comunidades de emigrados no estaban unidos en lo relativo a sus valores políticos, ni en sus concepciones del nacionalismo.¹⁵ Fue un reto fundamental para Martí crear un frente unido lo suficientemente fuerte para resistir una guerra de liberación nacional —o sea, lo suficientemente fuerte como para que personas de diferentes opiniones políticas estuvieran dispuestas a sacrificar sus vidas por una causa común. Si en verdad su perspectiva metafísica sobre la existencia lo había predisposto a buscar la unidad en la diversidad (incluso en elementos en oposición), y estaba profundamente

consciente de las diferencias políticas entre los cubanos, tenía sentido que escogiera un principio que, vinculando la ética y la política, le permitiera fundamentar su visión de la unidad. La ética, en este caso, era capaz de proporcionar un principio de unidad más universal que la política, así como una máxima universal para la acción.

El bien mayor, el objetivo final que Martí declara como la base y principio de la sociedad cubana que la comunidad de emigrados de Tampa estaba en proceso de fundar, su ley moral fundamental y, a la vez, su valor cultural más elevado, es nada menos que lo que él llama «la dignidad plena del hombre».

Porque si en las cosas de mi patria me fuera dado preferir un bien a todos los demás, un bien fundamental que de todos los del país fuera base y principio, y sin el que los demás bienes serían falaces e inseguros, ese sería el bien que yo preferiría: yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre.¹⁶

Martí no establece esta ley desde lo alto, evocando a un ser divino, ni la basa, como hizo Kant, en el imperativo categórico de la razón. En su lugar, la declara a modo de expresión performativa de tal imperativo categórico. «Yo quiero que...» nos recuerda el famoso argumento de Kant en sus *Fundamentos de la metafísica de la moral*, en el sentido de que uno debe siempre actuar de manera tal que la máxima por la cual guía sus actos pueda sostenerse como ley universal de la razón. En realidad, lo que Martí desea es una práctica cultural performativa de los cubanos (el culto de los cubanos) cuyo fin fuera la materialización de una vida de dignidad plena para cada persona.¹⁷ Al situar el imperativo en un marco cultural, ennoblece la particularidad de la vida cultural cubana con la universalidad de una máxima ética indiscutible. Objetivamente hablando, considera este principio tan fundacional que afirma que sin él, otros bienes serían inseguros o falaces. Tan universal lo considera que su universalidad queda afirmada por lo menos en dos sentidos diferentes. Primero, como he citado, es el fundamento y principio de *todos los otros bienes* («que de todos... fuera base»). En segundo lugar, tal como él mismo añade inmediatamente después de la oración antes citada, debe ser un bien que se extienda a todo ser humano, de manera tan prioritaria que donde se halle en falta, se sienta su ausencia como una ofensa a toda persona «verdadera». «En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre».¹⁸ La afirmación de Martí es una resonante denuncia al colonialismo, el racismo, la esclavitud, y toda forma de inhumanidad del hombre contra el hombre.

A pesar de esto, hay una tensión que ni él ni sus contemporáneos percibieron, entre la articulación que hace Martí de lo universal y el bien más elevado, la dignidad humana, y la forma en que lo cualifica, a nivel preformativo, como la práctica de la subjetividad masculina. Porque, aun si eso no contradice la formulación del principio más elevado de Martí, permitiendo que demos una versión de género inclusiva, o sea, si la propia máxima no se contradice si se replantea como el culto de los cubanos y cubanas a la dignidad plena *del ser humano* (o de la persona humana), este replanteo no se corresponde del todo con las imágenes y afirmaciones que emplea Martí a medida que continua impartiendo su mensaje. En la única referencia a las mujeres que aparece en este párrafo, afirma que «o la república tiene en su base el carácter entero de cada uno de sus hijos [...] la pasión, en fin, por el decoro del hombre, —o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos».¹⁹ Es típico de Martí pensar en las mujeres como apoyo emocional de los hombres, estos últimos representados en la clásica posición de la Ilustración occidental como sujetos libres luchando por un mundo de libertad. Resulta mucho más difícil sustentar un sentido inclusivo de género en la máxima de Martí cuando leemos estas líneas.

Una vez que Martí comienza a particularizar su principio universal, en el lenguaje del «golpe» en la mejilla de una persona, y cómo el «verdadero hombre» reaccionará ante la conciencia de esto, solo un punto de vista diferente —uno que preste atención al problema de la construcción social y cultural de la diferencia de sexos— podría ayudarnos a articular el principio de Martí como válido para la población total de los cubanos (como seguro fue su intención), no solamente para los miembros masculinos de dicha población. En una lectura que preste atención a la diferencia de sexos, la sensibilidad de Martí ante el abuso corporal de otro ser humano (o ante el abuso psicológico) tendría que reconocer la cuestión de *la mujer golpeada*, que nos lleva al lenguaje de la violencia contra las mujeres y a la defensa de estas ante semejante hecho. Creo que Martí la denunciaría en los términos categóricos más fuertes, pero este no es un tópico que, de manera alguna, lleve a un primer plano en este párrafo. De hecho, después de referirse a la verdadera hombría como algo que requiere que cada uno sienta el golpe en la cara de otro ser humano, afirma: «Levántese por sobre todas las cosas esta tierna consideración, este viril tributo de cada cubano a otro».²⁰

A la vez que destaca el «tierno» —y, por tanto, convencionalmente «femenino»— aspecto de cuidar del dolor que pueda ser infligido en la cara (o cuerpo) de otro ser humano, Martí simultáneamente llama a esta ternura «este viril tributo de cada cubano (masculino) a

otro...», colocándolo así, de inmediato, bajo el signo de la masculinidad. No hay duda de que el *ethos* que invoca Martí se presenta desde una posición que se identifica como masculina, al igual que no hay duda de que estipula que el lugar específico donde él desea que este *ethos* sea adoptado, colectivamente, como fundamento de los valores nacionales es en la república de Cuba, liberada.

En las oraciones que he citado, Martí hace referencia cinco veces al hecho de que este bien supremo es el indicado para los cubanos y para Cuba específicamente. Una lectura cuidadosa de este fragmento demuestra que el principio universal que Martí invoca es «la dignidad plena del hombre», representada solo una vez en términos universales, específicamente cuando afirma que un hombre «verdadero» debe sentir en su mejilla el golpe que reciba otro hombre en la suya, sin especificar nacionalidades. Los cubanos, según la visión martiana, pondrán en práctica este principio universal. Lo que significa, aparte del discurso nacionalista de Martí, es que hay un componente transnacional en este principio. Porque si el dolor de la opresión de cualquier ser humano debe ser sentido por «todo hombre verdadero», de esto se deriva que, dada la opresión del pueblo cubano por el colonialismo español, la causa de la independencia de Cuba de España debe ser apoyada por las personas que tengan una buena conciencia moral dondequiera que residan, incluyendo España. De hecho, desde los primeros momentos de la publicación en España de *El presidio político en Cuba* (1871), Martí invocaba a los españoles de buena voluntad a oponerse al dominio colonial represivo de su gobierno en la Isla.

Las consecuencias lógicas del principio universal del bien supremo, evocado por Martí, no terminan ahí. También significa que si el culto a la dignidad plena del ser humano va a ser la piedra fundacional de la nación cubana, los cubanos se pondrán al lado (por supuesto, hasta el grado en que sea posible) de los oprimidos de todas partes del globo terráqueo, de manera que, después, todos puedan alcanzar la dignidad plena a la que se refiere Martí, sin impedimentos. En resumen, la noción «con todos y para el bien de todos», en la medida en que prioriza y se apoya en un principio moral fundamental, que, como tal, se aplica transnacionalmente, no solamente funciona como una visión moral dirigida a la consecución de la independencia política, sino también como *ethos* cultural a través del cual los cubanos puedan interrelacionarse más allá de las fronteras nacionales con otros individuos y pueblos de todas partes del mundo.

Paralelamente, es importante, sin embargo, recordar que la idea de la dignidad plena del ser humano puede ser abordada de diferentes maneras (incluso antitéticas). Por tanto, está necesariamente sujeta a diferentes

interpretaciones o perspectivas. Anteriormente he aludido a la forma en que Martí introduce esta noción en «Con todos...» bajo la forma de una declaración performativa. Más aún, esto coloca la máxima que el filósofo Immanuel Kant calificó como «imperativo categórico», dentro de una matriz sociocultural. Martí la llama el «culto a la dignidad plena del hombre». Se le puede llamar *ethos* cultural, si se quiere; si lo es, su significado es mucho más hegeliano —o sea, históricamente permeado— que kantiano; o sea, un imperativo categórico de la razón. No obstante, es precisamente la ubicación cultural reconocida de esta noción *en circunstancias concretas*, lo que revela las diferentes lecturas a través de las cuales es posible interpretarla, y de hecho se interpreta.

Para muchos, «la dignidad plena del hombre» evoca la creencia de que Dios creó al hombre a su imagen, como han enseñado el judaísmo, el cristianismo y el Islam. Y, de nuevo, dentro de una perspectiva religiosa puede haber interpretaciones de la dignidad humana, en un sentido político, desde la derecha, el centro o la izquierda. De manera que pueden surgir combinaciones de significados. Para otros, la plena dignidad humana se vincula más con los preceptos universales de una vida de razón y justicia. De este modo, se coloca dentro de la tradición secular humanista, compatible con el ateísmo. Para otros más, la máxima sustenta la dignidad del trabajo, un tema que está casi siempre presente en los discursos revolucionarios de Martí en este período. Para el feminismo, la dignidad plena del hombre es inconcebible sin la dignidad plena de la mujer, entendiéndola fuera del marco de lo masculino. Lo atractivo de la máxima de Martí descansa claramente no solo en los vehementes pensamientos y profundos sentimientos que evoca, sino en el amplio espectro de humanismos que provocan sus palabras. La vinculación entre esta máxima y el código masculino de virtud y honor que Martí asociaba con ella, no es una relación necesaria, como aparentemente él pensaba. Yo sugeriría que más bien es contingente, influenciada por factores sociales, políticos, económicos e históricos que varían con el paso del tiempo y en distintas situaciones culturales. En la esfera de la política cultural, a menudo se encuentran cuestionamientos del significado e implicaciones de esta máxima. Por ejemplo, hay un sólido argumento si se asocia con la noción de un nuevo humanismo, nacido del compromiso con la descolonización en los países que fueron colonias.

Vemos así que «el culto a la dignidad plena del hombre» propugnado por Martí, es una de las brillantes síntesis que generó; que lleva en sí una pluralidad de opciones interpretativas, y cuya arista política se convertiría en espacio de debate para la historia de Cuba durante todo el siglo xx, a medida que distintas

posiciones dentro del espectro político luchaban por reificar, transformar o dismantlar los privilegios económicos, sociales y políticos existentes, y crear condiciones para una cultura de libertad, justicia y democracia popular.²¹ Los conceptos de raza, clase, y género, entre otros, asumen un papel destacado en la forma en que los agentes históricos se involucran con la máxima de Martí, y la adaptan.

La integración racial como elemento constitutivo de la nueva república

Para Martí el principio ético fundacional de la nación cubana, el culto a la dignidad plena del hombre, representaba un elemento sintetizador que consolidaría la unión entre las personas nacionalmente, a la vez que las haría abrirse a lo transnacional, como ya he explicado. En relación con las diferencias raciales que se encontraban en Cuba, y en particular con la sobrecogedora historia de la población negra reducida a la esclavitud y desposeída de los derechos humanos fundamentales, Martí necesitaba un principio sintetizador de la armonía que reconciliara las divisiones raciales entre las personas. Encontró este principio en su extraordinaria noción de que no hay razas, excepto la raza humana que abarcaba la «identidad universal del hombre».²² Esto no significa que Martí negara el hecho de que existieran diferencias de color, porque, como proclama su afirmación final en el artículo «Mi raza», «en Cuba hay mucha grandeza, en negros y blancos».²³ Más bien defendía la noción de que «dígase hombre y ya se han dicho todos los derechos».²⁴ Ninguna persona tiene derechos especiales que se deriven del color de su piel.

En los últimos años ha tenido lugar un debate entre académicos radicados en los Estados Unidos en relación con el grado en el cual la posición de Martí con respecto a la raza pudiera considerarse o no «racista» en sí misma. Para mí, a los efectos de la claridad, su posición debe dividirse al menos en dos componentes. Primero está el que acabamos de citar, que la diferencia racial no es elemento constitutivo de humanidad. Esto, según razona él, es una cuestión de observación, al menos para aquellos que hayan viajado extensamente. Luego está su criterio en cuanto a que utilizar la raza para dividir a las personas según el color, e incitarlas unas contra otras, es un pecado contra la humanidad. Esto puede ser cuestión de observación, pero supone un imperativo moral: no pecarás contra la humanidad. Aunque estos puntos de vista se interrelacionan, veámoslos por separado.

En relación con la primera premisa, preguntémosnos si negar la raza como aspecto constitutivo de lo humano

conlleva que las diferencias raciales no puedan ser afirmadas o reconocidas. Martí definió el racismo como la actitud o creencia de que una persona es superior a otra debido a su raza. ¿Es la cuestión del orgullo del negro o del orgullo del blanco un caso de racismo? Martí parece creerlo así, si se entiende por orgullo que esa persona es *mejor* que otra *sobre la base de la raza*. Este es un terreno resbaladizo: entre sentirse orgulloso del color de uno en un sentido cultural o estético, y creer que otra persona es inferior por su color, en sentido biológico. En esto, Martí toma la interpretación biológica y la llama racismo. Pasa por alto las convergencias más complejas entre raza y etnicidad, y salta hacia la identidad universal del hombre y la identidad nacional del *cubano*, considerándolas como no racistas, al invocar la observación empírica (universalidad de lo humano) y las evidencias históricas (la *cubanía* no racista).

Sin embargo, a la vez que rechaza el racismo biológico, reconoce que *para los negros* que habían sido tratados como inferiores por el racismo blanco, era «racismo justo» centrar la atención en el mérito racial; pero —y aquí es donde surge una importante controversia— solo en el caso de que los negros utilizaran el color en aras de demostrar o probar que su color no les impide ser considerados plenamente humanos. Martí incluso celebra este «racismo justo» cuando afirma que es «un racismo bueno, porque es pura justicia y ayuda a quitar prejuicios al blanco ignorante».²⁵ Delimita un racismo «bueno» y «justo» (por parte de los negros) a «el derecho del negro a mantener y probar que su color no lo priva de ninguna de las capacidades y derechos de la especie humana».²⁶ Martí no profundizó en las posibles aplicaciones de este principio, ni en las formas constitucionales de protegerlo. Más bien se apoyó en la premisa de que los revolucionarios cubanos, desde la guerra de 1868, habían peleado contra el colonialismo español bajo el principio de que blancos y negros eran igualmente cubanos, y que la Constitución de la nueva república garantizaría iguales derechos para cada cubano, independientemente de su raza. En respuesta a la presión política, España abolió la esclavitud en Cuba en 1886. Martí argumenta en «Mi raza» que las fuerzas revolucionarias no despojarían a la población negra de ninguno de los derechos que ya habían obtenido. En resumen, al apelar al alcance de una nueva manera de entender históricamente el concepto de «humanidad», Martí argumenta que en Cuba muchos ya habían comprendido el principio que establece que las personas no tienen ningún derecho especial por pertenecer a una u otra raza, que era suficiente decir «hombre» para entender que ya se dicen todos los derechos.

Los críticos de Martí toman justo el punto de vista opuesto; al menos en lo relativo a la identidad negra.

Argumentan que, al negar el color, se dejó atrapar por lo que Ada Ferrer llama «el silencio de los patriotas», en el sentido de «un argumento, un lema, una fantasía» que condujo a Martí y a otros líderes revolucionarios a decir que no había problema racial en Cuba. Lo que Martí en realidad dijo, sin embargo, fue que no habría *guerra* de razas en Cuba; resultaba obvio que reconocía que había un problema. Ferrer llega a esta conclusión:

Los pronunciamientos sobre la trascendencia racial hechos por Martí y otros nacionalistas, no tenían un significado uniforme y unívoco. Sus afirmaciones patrióticas sobre la ausencia de razas no eran proposiciones abstractas acerca de cómo trascender la raza. Eran, más bien, afirmaciones hechas en un contexto histórico concreto [...] que expresaban aspiraciones políticas y también estrategia política [...] El lenguaje de un nacionalismo sin razas servía para respaldar los reclamos de aquellos que exigían mayores derechos para los ciudadanos no blancos, a la vez que también autorizaba los reclamos de aquellos que no estaban dispuestos a conceder semejantes derechos.²⁷

Ferrer documenta esto históricamente, aun cuando líderes negros o mulatos como Juan Gualberto Gómez apoyaron la posición integracionista de Martí, que se convirtió en la oficial del PRC, durante ese mismo período el propio Juan Gualberto Gómez habló en favor de la identidad del negro.²⁸ Para otros, como Ricardo Barell Oviedo, la identidad racial tenía la misma importancia que la nacionalidad.²⁹ Alejandro de la Fuente coincide hasta cierto punto, al afirmar que «la ambigüedad es lo que mejor define la evolución de las relaciones raciales en Cuba en el siglo xx».³⁰ Aun así, argumenta que no debemos minimizar el impacto que ha tenido el sentido de igualitarismo racial de Martí en la habilidad de los negros cubanos de organizarse y defender sus derechos en toda la historia subsiguiente de Cuba. De la Fuente muestra que, en comparación con la década de 1890, a finales de los 30 del siglo xx, «el discurso que prevalecía se había desplazado desde el “cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro” de Martí, hasta el “color cubano” de Nicolás Guillén».³¹ El antropólogo Fernando Ortiz, conocido por sus estudios de la cultura afrocubana, por acuñar el término «transculturación» y por utilizar la metáfora del «ajiaco» para caracterizar la identidad cubana, afirmaba en 1943: «Sin el negro, Cuba no sería Cuba».³² Señalando los puntos de vista contrastantes sobre lo afrocubano en las décadas de 1930 y 1940 en Cuba, de la Fuente argumenta que el afrocubanismo no puede reducirse a una apropiación folklorista de la cultura por la clase media cubana. Su conclusión es que muchos cubanos identificaban «la *cubanidad* con la suerte de aquellos que habían sido marginados por una república que se suponía [según palabras de Martí] que estuviera con todos y para el bien de todos: trabajadores manuales, campesinos, negros desempleados».³³

Independientemente del análisis histórico de los puntos de vista de Martí sobre la raza, es posible entrar a considerar un análisis filosófico. Al contrario de Ferrer, creo que la posición de Martí no debe ser reducida a una simple lectura política e histórica, aunque es obvio que tal lectura desempeña un papel central. No debemos subvalorar la coherencia que tiene la filosofía martiana de raza, la cual no es ambigua en sí misma, aunque tienda a tener este efecto en muchos lectores. La razón es que, filosóficamente, la posición de Martí no tiene necesariamente que ser interpretada como la proposición abstracta de «trascender» la raza, que es la manera en que Ferrer lo expresa. La posición de Martí está mucho más acorde con el concepto dialéctico de «supersesión» (*Aufhebung*) de la tradición ontológica hegeliana, donde la doble negación de una tesis contenida en una afirmación, resulta, a la vez, en la cancelación y en la elevación de su contenido de verdad a una tesis más alta, o síntesis. Además, en el concepto hegeliano y posthegeliano de la historia, la racionalidad superior de la síntesis significa su devenir en un estadio superior, en una realidad social y política concreta (que en este caso habría sido la fundación de la nueva república de Cuba, como fue soñada por Martí y la vanguardia del PRC). De modo que la propuesta martiana no debe ser interpretada como un tipo de trascendencia abstracta de la realidad, sino todo lo contrario: dentro de un marco dialéctico simplemente da fe de las transformaciones históricas de la propia realidad. Esta es una interpretación particularmente consistente con el argumento de Martí, de que ya desde la guerra de 1868 contra el colonialismo, las acciones en combate de cubanos negros, mulatos y blancos, juntos, habían demostrado la irracionalidad del concepto de superioridad racial. Además, podemos esbozar filosóficamente el argumento de Martí de la manera siguiente:

Tesis 1: El blanco es superior al negro.

Tesis 2: El negro es superior al blanco. (Negación de 1)

Tesis 3: Lo superior es la ausencia de favoritismo o prejuicios por razones de color. (Negación de 1 y 2 juntas)

En este caso la posición de Martí no trata tanto de suprimir el discurso público sobre el color, como de demostrar la inutilidad y falta de humanidad de los juicios comparativos de superioridad e inferioridad racial, una vez que esas diferencias están concretadas *en un sistema racial socialmente construido*.

Cuando Martí afirma en la conclusión de «Mi raza» que «el mérito, la prueba patente y continua de cultura, y el comercio *inexorable* acabarán por unir a todos los hombres», nos recuerda a Martin Luther King, Jr., en su famosa afirmación de que sueña con el día en que sus hijos «no serán juzgados por el color de su piel sino por el contenido de su carácter».³⁴ El vigoroso

La posición de Martí no trata tanto de suprimir el discurso público sobre el color, como de demostrar la inutilidad y falta de humanidad de los juicios comparativos de superioridad e inferioridad racial, una vez que esas diferencias están concretadas en un sistema racial socialmente construido.

discurso de King «I Have a Dream» era explícitamente el de un hombre negro, en específico de un negro norteamericano. Martí, un criollo blanco, identificaba su posición en términos de una nacionalidad anticolonialista. Desde un punto de vista histórico —a diferencia de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos contra el colonialismo británico, en la década de 1770, a continuación de la cual expandieron su territorio y se libró una guerra civil, en la década de 1860, que abolió la esclavitud—, el levantamiento anticolonial de los cubanos contra España incorporaba la causa abolicionista en su proceso insurreccional. La imagen que guía a Martí es, por tanto, la de una nación *nacida* en la experiencia (para muchos) de la integración racial, mientras que la imagen que guía a King es la de una nación que se desplaza gradualmente a través de distintas luchas históricas para *alcanzar* la integración, y que expresa en el simbolismo bíblico de la imagen de la Tierra Prometida.

En un nivel personal, Martí sabía que el color de su piel no lo hacía mejor o peor que nadie, y sabía, especialmente, que no lo hacía más o menos humano. Él generalizó esta verdad para aplicarla a todos. Le resultaba más fácil llegar a esta conclusión porque tenía una concepción espiritual de lo que constituye lo humano. Para él, su núcleo es algo que no puede verse ni tocarse por medio de los sentidos. Solo puede ser comprendido por la mente. Estas concepciones metafísicas eran vestigios de la tradición idealista alemana imbricada con las enseñanzas cristianas. Si Martí hubiera sido influido por una filosofía metafísica y social diferente; por ejemplo, si hubiera sido educado siguiendo una concepción materialista de la realidad y de las confluencias de raza, clase, y género en la construcción social de las identidades, tal vez hubiese prestado mayor atención a las imbricaciones de nacionalidad y raza, tal como hacen sus críticos hoy día. Pero hacer esto sería leer la historia en orden inverso. Su posición llegó hasta donde el marco metafísico de sus ideas podía permitirle una condena al racismo. Para ir más allá hubiera necesitado un tipo diferente —más radical e innovador— de metafísica y epistemología. Lo que sostengo no es que Martí careciera o desconociera principios filosóficos cuando

articulaba su posición con respecto a las razas, ni que esta deba verse fundamentalmente como instrumental para una agenda política. Es más bien mostrar que su posición era consistente *tanto* con sus puntos de vista metafísicos *como* con su agenda política. Este parece ser otro caso más de coincidencia de sus valores filosóficos y morales con su práctica política.

Otro aspecto de preocupación en las advertencias que hace Martí en «Mi raza» es que «todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad».³⁵ Estas afirmaciones conducen a muchos a preguntarse si las palabras de Martí pudieran considerarse como violaciones de los derechos de libre asociación de los individuos para movilizar acciones que se basen en la raza, minando así la acción política basada en la identidad afrocubana o negra. Martí no dedica tiempo para distinguir entre su rechazo categórico a la discriminación y odios raciales (al cual se adhiere como principio moral) y la defensa de la integración racial, una posición política que consideraba muy cercana a la primera, pero acerca de la cual no hay consenso entre los activistas antirracistas. Si vinculamos estas afirmaciones con otras que se encuentran en «Mi raza»,³⁶ podríamos tener cierta justificación al decir que Martí no pretendía cerrar el debate en torno a las relaciones raciales. Más bien intentaba que cualquiera que fuera la forma que asumiera semejante debate en la sociedad civil en Cuba luego de terminada la guerra, los cubanos excluirían el odio y la matanza como estrategias para lidiar con las relaciones raciales. En este sentido, su crítica del racismo resulta incompleta, aunque el vacío, en principio, no es irreparable. Martí no consideró la importancia de involucrarse en una apreciación crítica de las culturas afrodescendientes en Cuba como una contribución de gran importancia para el legado pluricultural a la nación. Su constructo simbólico de lo que él llamó «Nuestra América» o América Latina debe más a un imaginario cultural indohispánico que a uno afrocaribeño. Quedaría para posteriores generaciones de cubanos el enfrentar este vacío con respecto a la identidad nacional cubana.

Semánticamente, en la cuestión de la raza, Martí a menudo parece usar «es» en el sentido de «debe ser». De nuevo nos preguntamos: ¿en qué sentido debemos interpretar este uso? Cuando dice «no hay razas», ¿quiere decir que *para una persona moral no debería haber razas*? Posiblemente, pero hay una interpretación mejor, si de nuevo nos remontamos a cierta manera hegeliana de expresarse. «No hay razas» puede querer decir, para él, «para la razón victoriosa, no hay razas». O sea, visto a la triunfante luz de la razón (para sujetos cuyas disposiciones epistémicas puedan comprender la Idea), son las almas lo que uno ve, en distintos cuerpos, y la única raza es la humana. Que Martí pudiera pensar en semejantes términos hegelianos, al punto de acceder a lo que él llama «una razón victoriosa» resulta evidente en el párrafo inicial del «Manifiesto de Montecristi» (1895) donde él y Máximo Gómez afirman: «Los representantes electos de la revolución [...] reconocen [...] su [...] victoria racional». ³⁷ Este lenguaje me retrotrae a uno de los fragmentos que aparecen en los «Cuadernos de apuntes», que dice: «Lo racional es siempre efectivo. Lo efectivo es siempre racional. Lo efectivo es real. La razón es, pues, la ley de la realidad». ³⁸

En el Prefacio a *La filosofía del derecho*, Hegel hace la famosa afirmación de «lo que es racional es real (*wirklich*) y lo que es real, racional». ³⁹ El sentido de *wirklichkeit* al cual se refiere Hegel es el mismo del que se vale Martí en las notas antes citadas. La traducción al inglés de *wirklich* como «actual» es un tecnicismo, puesto que el significado en inglés se da corrientemente por medio de la palabra «real». En español, este significado se da con el término «efectivo», que Martí equiparaba con «real». Tal vez no haya un indicio mejor de la profunda comprensión que tenía Martí de la ontología hegeliana que el que encontramos en estas notas aparentemente tan simples. Pero esto no es todo, ya que en sus escritos políticos a partir de 1890 vemos que, estuviese consciente de ello o no, usa el lenguaje de la razón y la realidad de manera consistente con lo que conocemos como una perspectiva hegeliana de izquierda.

Cuando Martí emplea el verbo «ser» en forma tal que nos parece como si no estuviera verdaderamente describiendo la realidad, sino postulando una máxima de conducta, podemos acercarnos mucho más a su significado si explicamos el pensamiento martiano, no como la relación entre «es» y «debe ser», sino interpretando el primero en sentido hegeliano, o sea, como *aquello que es efectivamente racional*. En la metafísica de Hegel, la Idea es la razón objetiva en sí misma, pero es también objeto de un sujeto, cuando este puede aprehenderlo por medio del uso de su propia razón. Lo que Martí hace, filosóficamente, es tomar el sentido de la razón objetiva y convertirlo en imperativo político: lo que es racional, *es*, o sea, será verdadero o real. En la

fórmula clásica hegeliana, lo que es racional es real y lo que es real es racional. Históricamente, la segunda parte ha servido como punto de partida para los hegelianos de derecha, mientras que la primera parte lo ha sido para los hegelianos de izquierda. ⁴⁰ En Martí podemos apreciar con claridad la primera parte como elemento dominante. La parte conservadora de esta ecuación en Hegel, lo que es real es racional, solo se refleja en Martí en el punto en que da el beneficio de la duda al racista blanco ignorante, llamándolo un racista de buena fe. O sea, en este caso, su «realidad» es simplemente un momento en la evolución hacia su negación, ya que puede ser eliminado por medio de la educación, o si la persona logra llegar a ver la irracionalidad unilateral de su posición.

Si fuera el caso que la síntesis de Martí tuviera cierta semejanza con la de Hegel, entonces es más fácil comprender tanto la fortaleza como la fragilidad de su fórmula «con todos y para el bien de todos», y cómo esta se pudo resquebrajar. La razón es que «todos» no significa simplemente «cada uno de los individuos», en el sentido de aislado de los demás. «Todos» no significa la suma de todos y cada uno de los individuos, sino más bien sus interrelaciones, de tal manera que constituyan una colectividad cualitativa, o conjunto. En economía política, el enfoque individual nos da una utopía capitalista, mientras que el colectivista nos da una comunista. El término medio entre estas dos posiciones —que pudiéramos llamar la política del socialismo, o, con más precisión, de una social democracia radical— parece ser la de más afinidad con la sensibilidad de Martí, hacia el final de su vida, si el socialismo equilibraría ambas concepciones del bien, la material y la espiritual. Por esto puede decirse que, al final, el amor y la armonía en Martí, puestos en una balanza con la libertad y la justicia social, tienen un carácter *revolucionario* verdaderamente universal.

Me gustaría concluir retornando en el tiempo hasta Tampa, en la Florida, dos días después del discurso de Martí en el Liceo Cubano, para reflexionar sobre cómo los cubanos reales que lo escucharon negociaron un documento por consenso que parece colocar ante nosotros precisamente ese ideal de una democracia social radical.

La alianza de Martí con una democracia de base

En contraste con el discurso de Martí «Con todos y para el bien de todos», en el que la política se justifica apoyada en la ética, las «Resoluciones» adoptadas por los emigrados cubanos en Tampa dos días después, el 28 de noviembre de 1891, resultan un documento

estrictamente político. Contienen el núcleo de una filosofía política basada en la democracia y la libertad, y separan, o se abstienen de insertar, un mandato ético como base de la agenda política. El documento, de menos de dos páginas, (supuestamente esbozado por Martí)⁴¹ contiene un preámbulo y la relación de las cuatro Resoluciones. Resulta interesante que la oración final del preámbulo que antecede a las cuatro Resoluciones afirme: «Los emigrados de Tampa, *unidos en el calor de su corazón y en la independencia de su pensamiento*, proclaman lo siguiente:».⁴²

Aquí la comunidad de emigrados de Tampa declara que lo que los une en su apoyo a la acción política que se relacionará en las resoluciones subsiguientes es el calor que sienten en sus corazones unos por otros y por la causa que los une, y su comprometimiento con la independencia de su pensamiento. Tal comprometimiento es significativo y parece dar por sentado que se aplica individualmente entre los miembros del grupo, aun cuando es afirmado colectivamente. De modo que, según mi lectura, la noción de Martí de la dignidad plena del hombre fue traducida por los emigrados de Tampa en dos componentes: uno, el reconocimiento de su corporeidad y sentido de solidaridad humana como comunidad (el calor de sus corazones), mientras que el otro da fe de su reconocimiento colectivo de la libertad de pensamiento, o emancipación intelectual, un principio que está en franco contraste con cualquier complicidad con el dogmatismo y que constituye una advertencia contra él (incluyendo la hegemonía de las clases altas y el dogmatismo religioso, que prevalecía entre los cubanos centristas y conservadores). Según la reconstrucción que hace Fina García Marruz de la visita de Martí a Tampa y la evolución de este documento (y gracias también a un estudio anterior de Gerald Poyo), los trabajadores de Tampa habían estado influenciados por diferentes corrientes políticas, no todas ellas a favor de la independencia.⁴³ En aquel momento había una fuerte presencia anarco-sindicalista en el área de Tampa.⁴⁴ Tal como han señalado los historiadores, Martí tuvo éxito en unir a los trabajadores así como, en el movimiento más amplio a favor de la independencia, unir a aquellos que apoyaban a los líderes militares ya mayores y en erosionar la influencia de los anexionistas. A todo esto añadiría yo que la señalada referencia a la independencia de pensamiento que aparece en el documento de las «Resoluciones» es consistente con la siguiente premisa: Martí tuvo que ganar para su causa al ala más radical de los emigrados, compuesta en aquel momento por los anarcosindicalistas, que no necesariamente creían que la guerra fuera la respuesta al colonialismo, ya que

las sociedades poscoloniales también podían ser lugares de opresión para los trabajadores.

Las cuatro Resoluciones aprobadas por la comunidad de Tampa eran también claramente políticas y se relacionaban directamente con la acción política. Tenían un sesgo de moralidad al invocar la urgencia de la unidad de todos los revolucionarios «honrados» (Resolución 1), pero el énfasis estaba en una acción «común, republicana y libre».⁴⁵ Además, se insistía en que la guerra respondería a las realidades concretas del pueblo cubano, en los derechos «que la justicia y la experiencia aconsejan», y en que la acción política debía rendir cuenta solo a las necesidades del «gobierno popular» —o sea, no a las élites conservadoras (Resolución 2). Equilibrar la noción de justicia idealista de Martí (desde su óptica masculina) con la exigencia de que se tomara la *experiencia* como guía para la acción, era una premisa radicalizadora en aquellas circunstancias.⁴⁶ Se incorporó el principio de una república creada «con todos y para el bien de todos» (Resolución 3), entendida esta como el trabajo común que no estuviera orientado a beneficiar a una clase en particular (en este contexto, no orientado a beneficiar a las clases gobernantes tradicionales ni en Cuba ni en las comunidades de emigrados) y que se lograra a través de «métodos democráticos».⁴⁷ Esto significa, entre otras cosas, que la dirigencia tenía que responder ante la base. Según la historiadora Lillian Guerra, estas formulaciones de sentimiento nacionalista eran más afines a lo que ella denomina «nacionalismo popular», más radical que el antiguo y más jerárquico «nacionalismo revolucionario», que propugnaban los líderes militares mayores como Antonio Maceo y Máximo Gómez.⁴⁸ Tanto el nacionalismo popular como el revolucionario criticaban lo que Guerra denomina el «nacionalismo proimperialista» que caracterizaba a los emigrados más ricos y a cierto número de colaboradores de Martí en Nueva York.⁴⁹

La cuarta resolución simplemente establece: «La organización revolucionaria respetará y fomentará la constitución original y libre de las emigraciones locales».⁵⁰ Este principio, que se incluyó en la constitución del PRC, declaraba que el futuro Partido se estructuraría a partir de la base, y en la cual la dirección central estimularía el carácter distintivo, original y libre de las filiales. Así, las Resoluciones evocan el espíritu de camaradería y organización de los sindicatos obreros radicales, con la diferencia de que, en el PRC, las filiales locales estaban integradas por emigrados cubanos y se orientaban hacia un movimiento de acción política cuyo objetivo era la independencia de Cuba del colonialismo español. De acuerdo con el análisis de Guerra, al morir Martí, los proimperialistas de Nueva York, bajo el liderazgo de

Tomás Estrada Palma y otros, tomaron el poder en el PRC, reduciendo significativamente la influencia de los nacionalistas populares en él. Con el paso del tiempo, después de la muerte de Martí, enmendaron los lineamientos del Partido a su favor, yendo en contra de las premisas de base y de los sentimientos democráticos populares que habían estado presentes en su fundación.⁵¹

Conclusiones

La filosofía política de Martí se basaba en una metafísica en la cual la lucha por la liberación del colonialismo y del racismo se justificaba como medio de devolver el equilibrio a una fracasada armonía en la justicia, y como medio de establecer las bases de una futura armonía y justicia. Sus principios metafísicos sobre esto abarcaban el ideal de una relación beneficiosa entre la diversidad y la unidad, entre lo múltiple y lo único, entre las partes y el todo. La metafísica y la epistemología de Martí eran *centristas* (sin inclinarse ni a la izquierda ni a la derecha), a pesar de que las versiones de estas ramas de la filosofía a las que estuvo expuesto —con la posible excepción de algo del krausismo de izquierda en España, que coexistía con el krausismo conservador— eran en su mayor parte interpretaciones conservadoras y teocéntricas de los textos clásicos. Sin embargo, la sensibilidad de Martí ante la injusticia y el sufrimiento humano era tal, que sus puntos de vista sociales y políticos se desplazaron cada vez más hacia la izquierda, a medida que su pensamiento maduraba. De hecho, él reubicó esas teorías centristas y conservadoras a la luz de una lucha anticolonial y antirracista, contra el colonialismo español y contra el naciente imperialismo norteamericano. Su postulado, aparentemente hegeliano, de que las culturas de los pueblos revelan su específica clase de espíritu, condujo a Martí a observar, analizar y denunciar la vulnerabilidad de «nuestra América» ante la avaricia y el expansionismo del Norte. Pero también advirtió a los hispanoamericanos del legado de dogmatismo y de ineptitud en la gobernación que había afectado a las repúblicas latinoamericanas después de la independencia. Su visión política para Cuba, para América, y para el mundo, continúa teniendo gran relevancia a más de un siglo después de su muerte.

Traducción: Silvia Santa María.

Notas

1. Juan López-Morillas, *The Krausist Movement & Ideological Change in Spain, 1854-1874*, Cambridge University Press, Cambridge, 1981, pp. 11-22.

2. *Ibidem*, p. 115.

3. José Martí, *Obras Completas (OC)*, t. 14, Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1963-65, p. 406.

4. Véase Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro, *La Filosofía clásica alemana en Cuba, 1841-1898*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984, p. 128.

5. José Martí, «Antonio Bachiller y Morales», *OC*, t. 5, p. 147

6. José Martí, *OC*, t. 19, p. 367; Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro, *ob. cit.*, pp. 128-9.

7. Este apunte específico aparece como un fragmento fuera de contexto en *OC*, t. 22, p. 128. Un pasaje muy similar —esta vez en el contexto de las amplias notas martianas para su curso de Historia de la Filosofía— aparece en el tomo 19, pp. 366-8.

8. De hecho, aunque no son muchas, y la mayoría de pasada, hay más referencias a Hegel que a Krause en las *Obras Completas*. De acuerdo con el «Índice onomástico», las cifras son once y siete respectivamente.

9. José Martí, *OC*, t. 21, pp. 47 y 52.

10. *Ibidem*, p. 53.

11. Jean-François Lyotard, *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1979.

12. Fina García Marruz, *El amor como energía revolucionaria en José Martí*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2003, p. 219.

13. José Martí, *Política de Nuestra América*, selección de José Aricó, prólogo de Roberto Fernández Retamar, Siglo XXI, México, DF, 1979, pp. 225-6; Philip S. Foner, ed., *Our America: Writings on Latin America and the Struggle for Cuban Independence by José Martí*, Monthly Review Press, Nueva York, 1977, pp. 18-23 y 263-70.

14. José Martí, *Política...*, ed. cit.

15. Gerald E. Poyo, «*With All and for the Good of All: The Emergence of Popular Nationalism in the Cuban Communities of the United States, 1848-1898*», Duke University Press, Durham, 1989; Alejandro de la Fuente, *A Nation for All: Race, Inequality, and Politics in Twentieth-Century Cuba*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2001; Lillian Guerra, *The Myth of José Martí: Conflicting Nationalisms in Early Twentieth-Century Cuba*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2005.

16. José Martí, *OC*, t. 4, p. 270.

17. Deliberadamente utilizo el término genérico «persona» porque, como señalaré, el término usado por Martí, «hombre», es ambiguo ya que denota tanto el ser masculino como el ser humano genérico, y en el discurso —aunque no necesariamente como un principio a largo plazo— el primer sentido soslaya al segundo.

18. José Martí, *OC*, t. 4, p. 270.

19. *Ídem*.

20. *Ídem*.

21. Lillian Guerra, *ob. cit.*; Alejandro de la Fuente, *ob. cit.*; K. Lynn Stoner, *From the House to the Streets: The Cuban Woman's Movement for Legal Reform, 1898-1940*, Duke University Press, Durham, 1991.

22. José Martí, *OC*, t. 6, pp. 22.

23. José Martí, *OC*, t. 2, pp. 298-300.

Ofelia Schutte

24. *Ibidem*, p. 298.
25. *Ídem*.
26. *Ídem*.
27. Ada Ferrer, «The Silence of Patriots», en Jeffrey Belnap y Raúl Fernández, eds., *José Martí's «Our America»: From National to Hemispheric Cultural Studies*, Duke University Press, Durham, 1998, pp. 243-4.
28. *Ibidem*, pp. 236-7.
29. *Ibidem*, pp. 239-43.
30. Alejandro de la Fuente, ob. cit., p. 11.
31. *Ibidem*, p. 183.
32. Citado por Alejandro de la Fuente, ob. cit., p. 183.
33. Alejandro de la Fuente, ob. cit., p. 185.
34. Martin Luther King, Jr., «I Have a Dream», *The Avalon Project at Yale Law School*, <http://www.yale.edu/lawweb/avalon/treatise/king/mlk01.htm>, consultado el 27 de agosto de 2006.
35. José Martí, *OC*, t. 2, p. 298.
36. *Ibidem*, p. 300.
37. José Martí, *OC*, t. 4, p. 93.
38. José Martí, *OC*, t. 21, p. 36.
39. Georg W. F. Hegel, *Hegel's Philosophy of Right*, Clarendon University Press, Oxford, 1952, p. 10.
40. Karl Löwith, *From Hegel to Nietzsche: The Revolution in Nineteenth-Century Thought*, Anchor Books, Garden City, NY, 1967, pp. 67-8.
41. José Martí, *Política...*, ed. cit., p. 225.
42. José Martí, *OC*, t. 1, p. 271. (El énfasis es mío. O.S.).
43. Fina García Marruz, ob. cit., pp. 223-6; Gerald E. Poyo, «*With All and for the Good of All...*», ob. cit.; y *Con todos, y para el bien de todos: surgimiento del nacionalismo popular en las comunidades cubanas de los Estados Unidos, 1848-1898*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998.
44. Gerald E. Poyo, «José Martí, Architect of Social Unity: Class Tensions in the Cuban Emigré Communities of the United States, 1887-1895», *Occasional Paper*, n. 5, University of Florida Center for Latin American Studies, Gainesville, FL, 1984, pp. 4-9.
45. José Martí, *OC*, t. 1, p. 272.
46. Véase Mayra Beatriz Martínez, «Martí y la corporeización del eros», *Cuadernos Americanos*, n. 98, La Habana, 2003, pp. 22-38.
47. José Martí, *OC*, t. 1, p. 272.
48. Lillian Guerra, ob. cit., pp. 16-8.
49. *Ibidem*, pp. 15-6 y 62-6.
50. José Martí, *OC*, t. 1, p. 272.
51. Lillian Guerra, ob. cit., pp. 62-8.

© TEMAS, 2008

Las canciones de los Beatles: mitos y realidades

Lázaro Blanco Encinosa

Profesor. Universidad de La Habana.

Toda verdad es escándalo.
Marguerite Yourcarnar

The song is what remains.
Ringo Starr

Desde que comencé a escuchar música de los Beatles, en aquellos lejanos años 60, siempre creí que la casi totalidad de sus canciones eran creadas por John Lennon y Paul McCartney. Me llamó la atención la capacidad creativa de ese tándem. Es cierto que la historia musical recoge otros ejemplos así, pero por ello no deja de ser curiosa esa colaboración. Me pregunté muchas veces cómo podrían crear juntos una canción, si el propio acto de creación tiene mucho de individual. Quizás conocí tardíamente que ambos compositores tenían sus propias canciones, además de otras compuestas de forma conjunta. En esos casos, las firmaron los dos, lo que influyó en mi confusión y en la de muchas personas.

La información de cuáles canciones pertenecían a uno y a otro me fue llegando de manera dispersa. Recientemente tuve la oportunidad de acceder a un excelente libro, *Beatlesongs*, de William J. Dowlding,¹ que

investiga, canción por canción, el peso específico de la responsabilidad creativa que tuvieron todos los Beatles (no solo Lennon y McCartney).

La lectura de ese libro me llevó a reflexionar sobre toda la información que a través de casi cuarenta años he asimilado sobre los Beatles. Releí algunos textos de un acucioso investigador cubano sobre el tema² y recordé los relativamente recientes conciertos en homenaje a Lennon. Además, escuché de nuevo, canción a canción, disco a disco, desde el primero hasta el último, todos los temas de los Beatles, mientras leía a Dowlding. Así fueron cambiando muchos criterios erróneos que tenía, y mitos que, por una razón u otra, se habían creado en mi mente acerca de las figuras de los cuatro músicos.

Esa rememoración y reevaluación de mis criterios me han llevado a escribir este trabajo, con el objetivo personal de ordenar mis ideas sobre la creación de las canciones de los Beatles; pero también porque pudiera ser de interés para otras personas que no han tenido el tiempo y las posibilidades de responderse preguntas como las siguientes: ¿Qué escribió Lennon y qué McCartney? ¿Hasta dónde llegaron sus respectivas responsabilidades creativas? ¿Cómo trabajaban? Si

trabajaron separados en algunas canciones, ¿quién fue más exitoso? ¿Qué hicieron los restantes Beatles en materia creativa? ¿Cómo se incorporaron, si lo hicieron, al trabajo de los dos primeros? ¿Era Lennon el director de los Beatles? ¿Lo fue alguna vez? ¿O era su líder informal? ¿Era John más roquero y Paul más baladista? ¿Era Lennon el «hombre de la vanguardia» y McCartney —y con él George Harrison y Ringo Starr— los más conservadores en materia artística? ¿Era Paul el músico y John el poeta? Intentaré responder esas preguntas.

Dowling realizó un trabajo enorme analizando las declaraciones a la prensa de cada Beatle sobre su papel en las canciones que cantaban, la edición de cada disco, y los criterios de los productores e ingenieros de sonido que trabajaron con ellos. Obtuvo un análisis porcentual de la participación de cada uno en cada canción y en cada disco. Ello le permitió ofrecer una valiosa información estadística sobre la obra de los músicos de Liverpool.

En cuanto al método seguido por Dowling, si por ejemplo, encuentra una (o más) declaración de los músicos, como John Lennon que expresa «‘Please, Please Me’ is my song completely» [es completamente mía], el investigador asigna 100% del valor de la autoría al mencionado músico. Pero hay canciones como «From Me to You», donde la autoría es compartida. Es posible que el investigador haya encontrado declaraciones como esta de Lennon: «Me parece que el primer verso es mío. Es decir, yo sé que es mío. Y a partir de ahí, la hicimos juntos. Era tirando más a blues que cuando la terminamos de componer». En ese caso el investigador buscó, además, otras informaciones, como por ejemplo las declaraciones de George Martin o de Brian Epstein. Finalmente llegó a la conclusión de que McCartney se responsabilizó con 50% y Lennon con 50%, aproximadamente, de esa canción. Así hizo canción por canción, en un trabajo verdaderamente inmenso.

En el libro se aprecia que la fuente principal de información fueron las declaraciones de Lennon. Ello puede limitar la validez de la investigación, al inclinar un poco la balanza a su favor en el caso de aspectos polémicos. Sin embargo, con este análisis Dowling concluyó que existen canciones compuestas totalmente por Lennon, otras por McCartney, otras por ambos en variada proporción, y otras por Harrison y por Ringo. Incluso hay algunas en que participan los cuatro.

Ese método de división porcentual es habitual en el mundo,³ desde hace más de setenta años, para valorar cuantitativamente aspectos cualitativos. Tampoco resulta algo ajeno a las composiciones musicales. Las empresas editoras de música, cuando hay obras compartidas, exigen a los compositores y autores que definan la parte

porcentual que corresponde a cada uno, a los efectos de pagarles a cada cual en la forma más justa posible.

Además, el investigador compiló listas de éxitos, como por ejemplo la de *Billboard*, para evaluar el resultado comercial de cada canción. Incluyó también opiniones de músicos, críticos u otras personas acreditadas en el mundo de la música y del arte, y hasta estadísticas sobre versiones de dichas canciones, incluyendo los nombres de sus intérpretes. El resultado de esa copiosa información fue un cuadro bastante exacto de la participación de cada uno de los cuatro músicos en el éxito inmediato y a largo plazo del grupo, y de su responsabilidad en el impacto que tuvieron en la música y la cultura popular desde entonces.

El investigador actuó con imparcialidad y objetividad. Si cualquier lector aprecia que cita desmedidamente a John Lennon, no se debe a que es un «lennonista»,⁴ sino a que Lennon hablaba mucho y, aparentemente, era el preferido de los medios. Quizás hay más declaraciones de él en la prensa, sobre la obra de los Beatles, que de todos los demás.⁵ No obstante, la investigación conserva toda su validez, aunque evidentemente la información disponible tiende a inclinar al investigador hacia Lennon, sobre todo en ciertos casos polémicos.

Las estadísticas de la creación de los Beatles

En primer lugar, se debe destacar el peso específico de creación que tuvo cada Beatle en el total de canciones grabadas oficialmente por el grupo. Este fue: John Lennon, 84,55 canciones, Paul McCartney, 73,65; George Harrison, 22,15; Ringo Starr, 2,7, y otros compositores, 25,95, para un total de 209 canciones.⁶ Después se han producido otras grabaciones por los cuatro Beatles, que alteran este total, editadas con posterioridad a la muerte de Lennon y Harrison.

Las estadísticas anteriores coinciden con los criterios generales sobre la participación de cada Beatle en el proceso creativo de sus discos: Lennon y McCartney comparten, aproximadamente, el mismo peso, con cierta preponderancia del primero; mientras que Harrison se limita a 14% de la obra de los anteriores. El trabajo de Ringo es marginal, incluso en lo cualitativo. En cuanto a los autores externos, utilizados fundamentalmente en los primeros discos, la selección estuvo muy dividida: emplearon canciones de 26 compositores (o equipos de ellos), la mayoría de Carl Perkins y Larry Williams, con tres canciones cada uno, y Chuck Berry con dos.

El trabajo de los dos principales compositores, disco a disco,⁷ se muestra a continuación: en *Please, Please Me* (marzo de 1963), Lennon aportó 5 canciones y

McCartney 3, de un total de 14; *With the Beatles* (noviembre de 1963), con 6 canciones de John y 5 de Paul, sobre 18; *A Hard Day's Night* (julio de 1964), 12,95 canciones de Lennon y solo 3,05 de McCartney, de 19 en total; *Beatles for Sale* (diciembre de 1964), Lennon aportó 5,1 y Paul 4,9 canciones, sobre un total de 16; *Help!* (agosto de 1965), cada uno aportó 6 canciones, sobre 17; *Rubber Soul* (diciembre de 1965), con 7,85 de John y 5,95 de Paul, de un total de 16; *Revolver* (agosto de 1966), tiene 6,45 canciones de John y 6,65 de McCartney, sobre 16 en total; *Sargent Pepper's Lonely Hearts Club Band* (junio de 1967), cuenta con 5,7 canciones de John y 7,3 de Paul, sobre 14; *Magical Mystery Tour*, *Yellow Submarine* y *Hey Jude* (agosto de 1968), con 4,8 canciones de John y 7,7 de Paul, de un total de 17; *White Album* (noviembre de 1968), con aproximadamente la misma cantidad de canciones para cada uno, pues John aportó 11,95 y Paul 11,65 sobre 29; *Let It Be* (abril de 1969), en el cual ambos aportaron 4,75 canciones sobre 13 en total; y finalmente *Abbey Road* (marzo de 1970), donde hay 8 de John y 7,7 de Paul, de un total de 20 canciones.⁸

Cuantitativamente se aprecia que Lennon lideró la producción de canciones hasta la aparición de un disco esencial en la historia de los Beatles, el rock y la música pop en general: *Sargent Pepper's Lonely Hearts Club Band* (1967), donde McCartney aportó más canciones, al igual que en la siguiente agrupación de discos (*Magical Mystery Tour*, *Yellow Submarine* y el *single Hey Jude*). A partir de entonces, compartieron la creación aproximadamente al 50%.

Impacto en el mundo

Desde los primeros discos, los Beatles tuvieron éxito comercial y cultural. Resulta interesante ver el impacto de las canciones incluidas en cada LP, y la pertenencia autorial. Debe recordarse que en esa época, además de los discos de larga duración, algunas de las canciones se distribuían también en *singles*, que incluían una o dos canciones en cada una de sus caras.

El resultado de las canciones del disco *Please, Please Me* se muestra a continuación. La canción que le da título se colocó en primer lugar del *hit parade* y pertenece por entero a Lennon. «Love Me Do» también alcanzó el primer lugar, y pertenece 70% a McCartney y 30% a Lennon. «From Me to You», otro número 1, fue compuesta por ambos al 50%, al igual que «She Loves You». «Do You Want to Know a Secret?» es otra canción de Lennon que logró un número 2. «I Saw Her Standing There», de McCartney, solo ascendió al 14, «P.S. I Love You», con 80% de Paul y 20% de John, llegó hasta el 10, y «Thank You Girl», con 50% de ambos, al 35.

Si se emprendiera un análisis «deportivo», los lennonistas ganarían este primer round: Lennon colocó un número 1, un 2 y compartió la mitad de la autoría de otros dos números 1 y logró, además, un tercio de otro —en realidad la canción «Love Me Do» es de McCartney—, y otras entradas en listas. El álbum completo fue un éxito también, pues estuvo en el primer lugar en el Reino Unido durante veintinueve semanas.

El siguiente álbum fue *With the Beatles*, y en esta serie de canciones la gran ganadora comercialmente fue «I Want to Hold Your Hand», compartida por el tándem al 50%. Sin embargo, la canción de McCartney «All My Loving» devino, por primera vez en la historia de los Beatles, un estándar.⁹ En este disco apareció la primera canción de Harrison. El álbum completo estuvo en el número 1 por veintiuna semanas en el Reino Unido. Su equivalente en los Estados Unidos fue *Meet the Beatles* —con algunas variaciones, temas que se excluyeron y otros que se añadieron—, y logró vender 750 000 copias en su primera semana, y 3,65 millones en dos meses: había comenzado la beatlemania.

Evidentemente, el éxito del álbum *A Hard Day's Night*, tercero del grupo, estaba asegurado, con dos *singles* en el número 1: «A Hard Day's Night», de Lennon, y «Can't Buy Me Love», 90% de McCartney en y 10% de John. El tema «And I Love Her», 65% de McCartney y 35% de Lennon alcanzó el lugar 12.

Indudablemente, la preponderancia cuantitativa en este disco fue de Lennon. Además, logró un gran éxito con «A Hard Day's Night», una canción que todavía se recibe con agrado. Pero la balanza se inclinó hacia McCartney con su gran éxito «Can't Buy Me Love» y con una de las piezas de los Beatles más versionadas, «And I Love Her». Ambas son de Paul, aunque en el libro de Dowling, John se atribuye parte de ellas y el investigador respeta sus criterios. No expone, en estos dos casos, declaraciones de Paul. El álbum estuvo en el número 1 por veintiuna semanas en el Reino Unido y por catorce en los Estados Unidos.

Le siguió *Beatles for Sale*, apoyado en el éxito anterior. Incluyó canciones más sofisticadas, y demostró que los compositores podían escribir con calidad y garra. Pero no fue un álbum destacado. Solo lo salvaría la canción «Eight Days a Week», de Paul, el único *single* en el número 1. El disco estuvo en primer lugar por nueve semanas en el Reino Unido. En los Estados Unidos salió como *Beatles 65*, con ocho canciones del disco original y el tema «A Hard Day's Night». No obstante, vendió un millón de copias en su primera semana de distribución.

El siguiente álbum fue *Help!* Un gran disco con canciones memorables. En este aparecen «Help!» (90% de John y 10% de Paul), «Ticket to Ride» (atribuida a Lennon), «Day Tripper» (80% de John y 20% de Paul) y «We Can Work it Out» (70% de McCartney y 30% de

Lennon). En su momento, ocuparon, como *singles*, el número 1. Pero todas quedan oscurecidas por la aparición de la gran balada «Yesterday», de McCartney, la canción más versionada de todos los tiempos. Existen casi cinco mil versiones. En el disco se incluyó «You've Got to Hide Your Love Away», de John, que algunos consideran la primera canción gay en la historia del rock.¹⁰ Este álbum también estuvo en el número 1, tanto en el Reino Unido como en los Estados Unidos.

Con *Rubber Soul* siguieron los éxitos de los Beatles. Las canciones que más trascendieron fueron «Drive My Car» (70% de Paul y 30% de John), y «Michelle» (igual proporción para ambos). Opino que hay mucha belleza en «Girl», de Lennon; sin embargo, comercialmente, la más exitosa fue «Paperback Writer», de McCartney. «Nowhere Man», de John, llegó al número 3. Existen algunas contradicciones sobre la autoría de «In My Life». Lennon reclama para sí la principal dosis de autoría y solo concede a McCartney alguna ayuda, mientras que este alega haber sido el autor de la música. El investigador Dowlding opta por la versión de Lennon. El álbum fue número 1 por doce semanas en el Reino Unido y seis en los Estados Unidos, con 1,2 millones de copias vendidas en los primeros doce días.

En 1966, el álbum *Revolver* marca otro pico en la madurez creadora de los músicos. Algunos lo consideran como el mejor del siglo.¹¹ En el disco se incluye una gran canción de Harrison, «Taxman»; sin embargo, aparece Lennon aportando el 10%. El músico recuerda cómo ayudó a Harrison a concluirla.¹² Al respecto no hay opiniones de Harrison en el texto consultado. También aparece la famosa «Yellow Submarine», donde los Beatles comienzan a utilizar la surrealidad y la psicodelia. Habían hecho canciones así antes, pero no tan exitosas como esta. Sin embargo, el autor, McCartney, sostiene que esta no es más que una canción para niños. Lennon, una vez más, se anota en la canción y Dowlding le concede 20%.¹³ Dos canciones hermosísimas aparecen en este disco, «Penny Lane» y «Strawberry Fields Forever», compuestas por Paul (con un pequeño aporte de 20% de John) y por Lennon, respectivamente. Pero la gran canción es «Eleanor Rigby», compuesta por McCartney, aunque John se anotó 20%. Dowlding le concede una pequeña participación, aunque aquí sí incluye algunas declaraciones de McCartney que no dejan lugar a dudas sobre su paternidad total de la canción. Una opinión imparcial puede ser la de Pete Shotton, una de las personas más cercanas a los Beatles en aquellos momentos, cuando dijo que la contribución de John fue virtualmente nula.¹⁴ Otro criterio lo aporta el biógrafo oficial de los Beatles, Hunter Davies. Dice que al percatarse «de que la poesía de la canción era brillante [...] fui a casa de Paul para hacerle una entrevista.

Luego escribí en un artículo en el periódico que ese iba a ser el mejor poema del año».¹⁵ Adicionalmente, «Eleanor Rigby» es otra de las canciones más versionadas de los Beatles. El álbum en general también estuvo en el número 1 durante siete semanas en el Reino Unido y seis en los Estados Unidos.

El año 1967 es el del gran suceso, la aparición del álbum *Sargent Pepper's Lonely Hearts Club Band*. Es opinión casi unánime que este es el gran disco del *rock and roll*, el de la madurez, la amplitud y la belleza. También es uno de los grandes discos de Paul McCartney. Hasta ese momento, el compositor había demostrado ser un maestro de la balada, pero aquí se colocó entre los mayores roqueros con el tema que da título al disco y con su *reprise*. Las otras canciones que aportó o aquellas en las que colaboró, se encuentran entre las mejores. John escribió la memorable «Lucy In the Sky With Diamonds» (atribuida a él con justeza, y a Paul un 20% por el apoyo que le dio para concluirla). Ha sido polémica, pues las palabras fundamentales del título permiten formar el acrónimo LSD (dietilamida del ácido lisérgico, potente fármaco alucinógeno, aparentemente consumido con frecuencia por Lennon y por muchos otros músicos y personas en esa época). Sin embargo, este negó esa versión, alegando que la coincidencia era pura casualidad y que la idea provenía de un dibujo realizado por su hijo. La canción es surrealista y hermosa. En el disco se incluye una de las canciones más vanguardistas de los Beatles, «Within You Without You», de Harrison, influida por la cultura musical de la India. Puede servir como ejemplo para demostrar que George no era tan conservador en materia artística como algunos pretenden.

Un icono de esa época es el tema «All You Need Is Love», de Lennon, donde este demuestra lo bien que domina el arte de la repetición en la música. «She's Leaving Home» es una balada muy revolucionaria y hermosa, con McCartney como compositor principal (65%) y con el aporte innegable de Lennon (35%). Paul también acierta con «Hello Good Bye», con un mensaje poético muy sencillo y elocuente. «With a Little Help From My Friends» ha sido otra de las más logradas por McCartney (75% para él y 25% para Lennon).

Resumiendo, este ha sido el disco cumbre de los Beatles, por su balance entre géneros, pero sobre todo por la belleza de sus composiciones, la valentía y audacia de las orquestaciones y lo inteligente de las temáticas tratadas, así como por su poética. También cuantitativa y cualitativamente, ha sido el mejor disco de Paul McCartney, y bastaría para derribar algunos mitos impuestos por la fuerza de la repetición en los medios masivos de comunicación. Comercialmente, funcionó de maravillas. En el Reino Unido, además de ocupar el número 1 durante varias semanas, vendió 250 000 copias

en una semana, y un millón en cuatro años. En los Estados Unidos, solo en los primeros tres meses había vendido 2,5 millones. Ocupó allí el primer lugar en la *Billboard* durante quince semanas, y se mantuvo entre los primeros cien por 85 semanas y en los primeros doscientos por 113 semanas.

Después del *Sargent Pepper's...* era difícil mantener el mismo nivel de genialidad. Pero no ocurrió totalmente así en *Magical Mystery Tour*, resultado de la película homónima, planeada y concebida por todos, pero aparentemente promovida y organizada con más fuerza por McCartney. Al menos dos canciones han quedado con todo derecho en la historia del *rock and roll*, por su belleza e impacto en la cultura: «The Fool On the Hill» y el *single* «Hey Jude», ambas de Paul. Lennon expresó sobre el disco y la película: «Fue solamente un gran viaje al ego de Paul»,¹⁶ en una muestra de que las relaciones entre ambos ya se deterioraban.

La polémica canción de Lennon, «Revolution» (por sus versiones e interpretaciones diferentes de su contenido), ha sido una de las que se recuerdan de ese disco. Se utilizó en una campaña promocional, en 1987, para vender zapatos Nike, lo que proporcionó cuantiosas ganancias a los herederos de Lennon¹⁷ y le extendió la vida a la obra. Otro tema controvertido, lleno de símbolos de todo tipo, fue «I am the Walrus», también de John, aparentemente dedicado a Paul. Una composición líricamente muy bella es «The Fool on the Hill», que muestra la gran sensibilidad musical de Paul. No ha sido muy favorecida por el mercado, pero su belleza ha resistido la prueba del tiempo y de los géneros. Su melodía ha motivado muchas versiones. «Lady Madonna» le dio a McCartney otro número 1. En Cuba fue una de las preferidas en las listas de éxitos de los programas radiales. Pero la canción inmensa de esta época fue «Hey Jude», uno de los mayores logros artísticos de Paul McCartney. Rompió los paradigmas de la música roquera y liberó para siempre a los compositores de cualquier género, con sus siete minutos y once segundos de duración, enorme coda y estribillo que coreamos todos. Sobre ella, cito a John Lennon: «Es su mejor canción». Nadie se hubiera atrevido a contradecirlo si hubiese afirmado que esa era la mejor de los Beatles. En 1976, *Billboard* la designó como el segundo mayor éxito en las últimas dos décadas (inexplicablemente, el primero fue «The Twist», de Chubby Checker). Ha sido el *single* de mayor éxito de los Beatles, al vender 7,5 millones de copias hasta octubre de 1972.¹⁸

El *Magical Mystery Tour* tuvo un éxito relativo en el mercado, pues la estela del *Sargent Pepper's...* todavía dominaba las listas. Pero no fue nada desdeñable: llegó al número 2 en el Reino Unido y al número 1 en los Estados Unidos por ocho semanas, donde vendió 1,75 millones en solo quince días.

El álbum que siguió fue *Yellow Submarine*. Es uno de los menores en la obra de los Beatles. Artísticamente no aportó mucho. Sus canciones más significativas, «Yellow Submarine» y «All You Need Is Love», ya han sido comentadas. El disco en su conjunto obtuvo un éxito discreto, en comparación con otros de los Beatles. Alcanzó el número 3 en el Reino Unido y el 2 en los Estados Unidos.

El siguiente en salir fue el famoso *Álbum blanco* o *The Beatles* (nombre oficial); con temas controvertidos, con bellas canciones líricas, y otras muy comerciales y poco complejas. Aparece aquí una canción que los fanáticos de Lennon gustan citar, por lo impactante del título: «Happiness is a Warm Gun». Lennon añade otras que han sido muy polémicas desde el punto de vista de su contenido: «Revolution 1» y «Revolution 9». Desde mi punto de vista, Harrison aportó la más bella canción del disco, «While my Guitar Gently Weeps», donde sobresale el solo angustioso de Eric Clapton. Ringo al fin puso una, con «Don't Pass me By». La canción «Don't Let me Down» —una desgarradora y sincera balada-rock de Lennon dedicada a Yoko—,¹⁹ a mi entender lo mejor que tiene son las originales soluciones de intercambio entre el estribillo y la guitarra prima, que en este caso interpretó el propio John. «Birthday», rock simple y duro de McCartney (70%) a la que Lennon aparentemente aportó algo (30%).

Los anti-McCartney ponen como ejemplo de intrascendencia artística a «Ob-la-di Ob-la-da», y de sensiblería banal a «Martha, My Dear», dedicada a su perra. Sin embargo, en el propio disco aparece su «Helter Skelter», una de las canciones más experimentales y vanguardistas que escribiese Beatle alguno, y también «Blackbird», tema dedicado a la lucha por los derechos civiles de los negros en los Estados Unidos, lo cual demuestra que no era banal ni intrascendente.

El álbum no deja de ser bello e íntegro en su diversidad, pues incluyó desde un rock muy duro hasta acompañamientos acústicos. Comercialmente, a pesar de que marchaba en la estela increíble de «Hey Jude», funcionó muy bien, manteniéndose en el primer lugar por nueve semanas en el Reino Unido y también en los Estados Unidos. Hasta finales de 1970, se estimaban ventas mundiales de 6,5 millones de discos, récord para un álbum doble por aquel entonces. Se aprecia ya que las colaboraciones Lennon-McCartney van disminuyendo, síntoma inequívoco de que las cosas entre ambos iban cuesta abajo.

El siguiente disco fue *Let it be*, en opinión de Dowlding «el punto más bajo de la carrera de los Beatles», con lo que no concuerdo, pues a pesar de las dificultades de su grabación, por las relaciones tirantes entre Lennon y McCartney, ha sido una de las

obras más bellas que se han grabado en el rock. Entre las canciones que más han trascendido están «Let it Be», dedicada por Paul a su madre. Es una hermosa oración, recreada después en muchos otros estilos. Comercialmente tuvo mucho éxito. Se reportaron ventas de 1,5 millones de copias.²⁰ Otra hermosa canción fue «Get Back», también de McCartney, vendida en forma de *single*, que en el Reino Unido y en los Estados Unidos alcanzó el número 1 y ventas astronómicas que sobrepasaron las 4,5 millones de copias.²¹

Pero la gran canción del disco fue «The Long and Winding Road», quizás la más hermosa balada escrita por Paul, y una de las más bellas canciones que se hayan escrito en cualquier género musical. Si «Yesterday» es la balada del pueblo, esta es la de las élites. El éxito económico que tuvo (número 1 en los Estados Unidos, y entre las cuarenta mejores por diez semanas) es indudablemente secundario al lado del éxito estético y de la permanencia que tendrá en la historia de la música. Aunque el álbum tuvo un nacimiento accidentado y desagradable, el resultado no pudo ser mejor. Al anunciarse su salida, se ordenaron 3,7 millones de copias, todo un récord.

El último álbum de los Beatles, como grupo, fue el famoso *Abbey Road*, ilustrado con la mítica portada en que aparecen los cuatro cruzando la calle, frente a los estudios de grabación. Una de las canciones más impactantes del disco es, indudablemente, «Come Together», de John. A pesar de sus más de treinta años de escrita, tiene mucha vigencia, grandes cantantes la incluyen en sus discos y conciertos. Es una canción que muchos asocian con drogas, pero aparentemente no es así. Lennon explica que la escribió influenciado por Chuck Berry.²² Como curiosidad puede citarse la canción más larga de los Beatles: «I Want You (She's So Heavy)», con 7:49 minutos, aunque «Revolution 9» es más larga en algunas versiones; y también la más corta: «Her Majesty», con 23 segundos, ambas de Lennon. El LP incluye el tema «You Know my Name (Look Up the Number)», original en cuanto a su orquestación: comienza como rock y hace una transición casi imperceptible hacia el jazz, lo cual ratifica la maestría musical de John. Otro tema suyo, destacado por lo lírico, y con una intrincada y bella armonía es «Because».

Como logro McCartney, está «Oh! Darling», hermosa balada. Se cuenta que el músico estuvo gritando toda una noche para irritarse la garganta y poder cantar la canción casi afónico, para lograr cierta rudeza, un desgarramiento que le añadiera el dramatismo que la letra exigía. Pero la canción más impactante del disco no perteneció al controvertido dúo: «Something», bellísima balada de Harrison. Una canción de amor, parecida a muchas, pero con

interesantes soluciones musicales y poéticas. Fue el número 1 de Harrison, y ha sido la segunda canción de los Beatles por el número de versiones, casi cuatrocientas. Frank Sinatra la catalogó como una de las más hermosas que ha cantado.

Con *Abbey Road* terminó la carrera conjunta del cuarteto de Liverpool. Se separaron porque, aparentemente, ya no resistían más el trabajo en común, aunque quizás porque ya no podían seguir produciendo tanta belleza. Nadie hubiera soportado la decadencia de los Beatles, su envejecimiento progresivo y la falta de calidad de sus posteriores creaciones conjuntas.

Su trabajo fue tan exitoso y revolucionario que sus éxitos, hasta ahora, no han sido igualados. Otros cantantes han vendido más discos, otros grupos han ganado más dinero o durado más tiempo, pero el legado de los Beatles permanece invicto. Una medida cuantitativa de ello es la cantidad de canciones (*singles*) que ocuparon los primeros lugares de las listas de éxitos mundiales. Y aunque a veces «éxito mercantil» no coincide con «belleza» y «calidad», en el caso de los Beatles sí fue así. Puede resumirse que John Lennon colocó en la posición cimera ocho canciones, Paul McCartney trece, ambos tres y George Harrison, una.²³

En el mundo existen varias decenas de miles de personas que escriben canciones populares. Solo unos pocos han logrado que alguna llegue al primer lugar de las listas de éxitos más importantes del planeta, como es el caso de Harrison. Quizás varios han podido colocar dos, o quizás tres, en los primeros lugares. Los dos Beatles han sido los únicos que han llegado al número 1 con mayor cantidad de canciones (no se incluyen las escritas por ellos cantadas por otros). Conjuntamente, han logrado colocar tres. Individualmente, Lennon ha sido excepcional con sus ocho primeros lugares. Pero el que probablemente ha roto todos los récords es Paul McCartney: ¡trece canciones!, entre ellas, los grandes éxitos «Hey Jude» y «Yesterday».

Lennon/McCartney: el método creativo

La palabra clave para describir el método de creación de John Lennon y Paul McCartney parece ser «sinergia»,²⁴ y ella se manifestó en forma de cooperación entusiasta en los primeros años, de colaboración, de competición profesional, de ambiente creativo posteriormente y finalmente de lucha antagónica por demostrar superioridad por ambas partes.

La unión de ambos a partir del famoso encuentro en la iglesia de St. Peter en Woolton, el 6 de julio de 1957, tuvo que ser muy excitante para ellos. John tenía 17 años y Paul 15. A esa edad, sobre todo a la de Paul, encontrar a alguien con quien compartir intereses,

cuando se salen de la vida común, resulta formidable. Debió ser el tiempo en que se sembraron las semillas de la colaboración entusiasta y casi desinteresada, al extremo de que decidieron compartir la responsabilidad autoral de sus canciones. Debieron sentirse muy felices en esa primera etapa de creación conjunta. Y lo que comenzó en forma totalmente espontánea y no estructurada se vio potenciado cuando el grupo que crearon, y al cual habían puesto ese nombre tan raro, comenzó a tener éxito, y un hombre de negocios, serio y responsable, les dedicó todo su tiempo y les urgió a que crearan más canciones.

Ambos se complementaban social y psicológicamente. El arisco, infeliz, agresivo y rebelde John, criado por su tía en un hogar de clase obrera, abandonado por su padre; se sentía muy cercano al estable Paul, apoyado todo el tiempo por sus padres, de clase media relativamente exitosa. George Martin dice acerca de esa colaboración: «Se querían mucho durante todo el tiempo que los conocí en el estudio». ²⁵ Esa complementariedad se manifestaba también en lo artístico. Hunter Davies cuenta que en una estancia en la casa de John Lennon pudo observar el nacimiento de una canción y cómo se produjo su colaboración con McCartney:

O andaba drogado [John] o estaba inmerso en su propio mundo de fantasías. La excepción fue un día en que nadábamos en la piscina y escuchamos el sonido de la sirena de un auto patrullero como a un kilómetro. El sonido le llamó la atención y comenzó a cantar una canción; fue dándole forma y de ahí salió *mmm mmm mmm* [tararé «Across the Universe»]. Esa noche trabajó un poco más en ella, pero no la terminó; muchos años después se convirtió en «Across the Universe». John era así. A él se le ocurría alguna idea, pero como no era tan profesional como Paul, casi siempre la abandonaba y dejaba la canción a medias. ²⁶

Más adelante, Davies narra el proceso creativo de otra canción, «It's Getting Better». En un paseo con Paul, este le comenta cómo un músico que había tocado con ellos años atrás decía a menudo la frase que da título a la canción; e inmediatamente comenzó a cantar lo que sería la futura canción. Cuando llegaron a la casa, explica Davies, «y se encontró con John, le dijo: Tengo el comienzo de una nueva canción, y comenzaron a darle taller juntos. Esa fue la primera vez que los vi trabajar una canción desde el inicio». ²⁷ George Martin amplía sobre la forma de trabajar de ambos músicos: «Siempre fueron compositores que colaboraron entre sí aportando trocitos y partes. Cuando uno tenía casi terminada una canción, se la tocaba al otro y este decía: ¿Y por qué no haces esto así? Esta era, más o menos, la forma en que colaboraban». ²⁸

En los mensajes de la canción, también existía complementariedad. Resulta interesante la opinión de John sobre esto: «Podría decirse que [Paul] traía la

ligereza, el optimismo, mientras yo siempre ponía la tristeza, lo discordante, una onda más *blues*». ²⁹ La sinergia entre ellos también adoptaba aspectos competitivos. Leamos la opinión de Paul: «Siempre estábamos en competencia. Yo componía “Penny Lane”, y entonces el hacía “Strawberry Fields...”. Así era la cosa». ³⁰ Al respecto, declara el biógrafo Hunter Davies: «Así que es cierto que había ese tipo de rivalidad entre los dos, pero era una rivalidad sin celos. Era una competencia en la que los dos trataban de dar lo mejor de sí. Se apoyaban mutuamente». ³¹ Esa competencia, sana y beneficiosa al principio, pudo tornarse en rivalidad y antagonismo en la etapa final de los Beatles. Y esa rivalidad antagónica terminó con la sana sinergia del tándem Lennon-McCartney.

El listo, el líder, el vanguardista, el revolucionario, el roquero, el poeta... y los otros

En la película *Alí*, ³² que narra parte de la vida del excepcional boxeador norteamericano Mohammed Alí, la novia del boxeador le pregunta: «¿Es cierto que conociste a los Beatles? Cuéntame de ellos», y él responde: «Hay *uno solo listo*, el de los espejuelos», refiriéndose, obviamente, a John Lennon. En un parque de La Habana, un investigador pregunta al custodio de la estatua de un hombre sentado, de pelo largo y espejuelos: «¿Usted sabe quién era él?, le pregunté señalando hacia la escultura. Sí, como no, es John Lennon, el *creador* de los Beatles». ³³ Otra de las vigilantes, una mujer de 46 años, responde: «Solamente sé que era un artista *americano* muy famoso». ³⁴ Estos ejemplos ilustran el desconocimiento y los mitos que hay alrededor de uno de los hombres que más cobertura ha recibido de los medios masivos de comunicación en la segunda mitad del siglo xx y hasta nuestros días. No solo se trata de los guardianes de una escultura, sino del guionista de una película nominada al Oscar y vista en todo el mundo.

Pero estos no son los únicos criterios. En una entrevista, Leo Brouwer se refiere a una de las frases comunes en el ambiente cubano: «Lennon era el genio y McCartney [no]». ³⁵ Silvio Rodríguez dice: «Respecto a McCartney, siempre quedó como el músico y un poco como el más tonto». Es otro de los mitos que se repite: el McCartney «más tonto». ³⁶ Y si eso es con Paul qué quedará para George Harrison y Ringo Starr. Por supuesto, Silvio, al igual que Leo, se desmarca de ese criterio absurdo, cuando dice: «Yo no creo que tenga un ápice de tontería». ³⁷ En otra entrevista a Abel Prieto, este dice:

Y yo apostaba por Lennon como la opción de la búsqueda y la experimentación, el tipo que no fue víctima de los

engranajes comerciales, que rechazó «lo lindo», lo que puede ser simpático al oído, y que quedó siempre defendiendo esa cosa que yo siento tiene que ver con algunas de las líneas fundamentales del rock, con una búsqueda, sin concesiones, del terreno nuevo, de una determinada exigencia, que es estética, cultural y que tiene que ver con la vanguardia.³⁸

Los diferentes criterios recogidos pueden resumirse de la siguiente forma:

- John Lennon era el líder y el director de los Beatles.
- John Lennon era el listo, el genio. McCartney era el tonto y los demás casi no existen.
- Lennon era el vanguardista, el que hizo que los Beatles se convirtieran en el grupo musicalmente revolucionario que fueron y que cambió la música popular para siempre.
- Lennon era el poeta, el sensible. McCartney era un vulgar letrista. Los demás no existen.
- John era el roquero y Paul el baladista.
- John Lennon era el poeta y Paul McCartney el músico.

¿Cuál era la realidad? No hay como los hechos históricos y los datos fidedignos para derribar mitos. John Lennon nunca fue el único líder ni el director de los Beatles. La verdad indica que compartió ese liderazgo, desde el principio, con Paul McCartney. Su biógrafo oficial, Hunter Davies, afirma: «John nunca fue realmente el líder del grupo».³⁹ Martin y otros colaboradores han aclarado ese punto más de una vez. La historia ratifica esa verdad. Por ejemplo, Davies describe cómo se organizó la película *Magical Mystery Tour*, para demostrar que McCartney aplicaba su liderazgo en el accionar del grupo, pero que George y Ringo no eran tan tontos tampoco: «Recuerdo que Paul dibujó un diagrama, un círculo, de cómo iba a suceder todo. En vez de contratar a un director, serían sus propios directores, y así dejaron fluir su imaginación, sus fantasías».⁴⁰

La historia está llena de ejemplos que muestran que había un liderazgo conjunto con Lennon, y en ocasiones por sobre Lennon y hasta en contra de sus opiniones y actitudes. Otro ejemplo sobre ese tema, es el disco *Sargent Pepper's Lonely Hearts Club Band*, como expresé, el más exitoso en la carrera de los Beatles, y de la historia del rock. Puede verse en los datos estadísticos que la mayor parte de las canciones, y las más exitosas, pertenecen a McCartney, además de la concepción general del disco y la portada. Al respecto dice Davies:

Cuando regresamos de Bangor, estuve presente durante todas las grabaciones del *Sargent Pepper's* [...] y durante todo ese tiempo me fijé mucho en Paul, que fue el motivador de la portada y del formato del disco [...] John estaba aún como en las nubes y era Paul quien tomaba la

rienda de las cosas, como también luego hizo en *Magical Mystery Tour*.⁴¹

Hay muchas declaraciones de John, muy inteligentes unas y otras soberanas tonterías, que pudieran derribar el mito del «genio entre los tontos». Resulta imposible escribir canciones como «Hey Jude», «Let it Be», «Within You Without You» o «Something», y ser poco inteligente. La realidad es que los cuatro Beatles eran personas de talento, unos más dotados para algunas cosas que para otras, unos más extrovertidos y otros menos. Lennon sobresalió por sus actitudes políticas y sociales, pero los demás tuvieron esferas de acción donde se han destacado.

En cuanto al vanguardismo exclusivo en Lennon, es innegable una posición colectiva de vanguardia en el cuarteto. Muchos ejemplos lo demuestran. La capacidad poética tampoco resulta exclusiva de John. Basta escuchar «Eleanor Rigby», «Let it Be» o «Something», para darse cuenta de que tal cosa es un mito. El mismo John dice sobre un verso de McCartney: «“Uno recibe amor a medida que lo hace” es un verso con un gran sentido cósmico, filosófico».⁴²

Los que gustan pensar que John era el roquero de vanguardia y Paul un mero baladista, son injustos con ambos músicos; para que esa afirmación pudiera sostenerse, habría que eliminar el disco *Sargent Pepper's...* y muchas canciones de otros discos; y la mayor parte de la gloria del cuarteto se iría también. La realidad es que uno y otro escribieron grandes canciones de rock y bellas baladas. Lo que sí parece cierto es el criterio de que «McCartney era más músico». Norman Smith, uno de los ingenieros de sonido que trabajaba con ellos, dijo:

Casi siempre era Paul el director musical, desde el principio. Claro que John tenía bastante que aportar, pero por encima de todo era Paul el que dirigía. Esto era lógico, pues se trataba del músico natural, e incluso ya desde esta etapa, el productor natural.⁴³

Por otra parte, Hunter Davies declaró: «Paul en particular tenía un oído musical natural. Casi podía tocar cualquier instrumento si lo dejabas jugar con él un par de horas».⁴⁴ Además, George Martin ha hablado encomiásticamente acerca de Paul como músico y de su papel en la producción musical de los discos de los Beatles.

Si se tiene en cuenta que muchas personas en el mundo que aman la música de los Beatles no entienden el idioma inglés y, por tanto, solo son capaces de apreciar la música y los arreglos de sus canciones, nos daremos cuenta de la importancia que tuvo Paul McCartney en el cuarteto.

Se acabó la sinergia: quedó la inercia

La separación de los Beatles trajo como consecuencia el desarrollo de cuatro carreras independientes (aunque

algunas veces varios de ellos se unieron para hacer algún disco o concierto). Es opinión casi unánime que el trabajo de cada uno no fue tan destacado como cuando estaban unidos. Grabaron discos, hicieron canciones, pero no como antes. Tal vez faltaba algo de la magia que, juntos, tenían. Tampoco la necesitaban: ahí estaba la historia. Veamos un breve resumen de lo que hicieron.

George grabó varios discos antes de morir de cáncer. Ya independiente, dio rienda suelta a su misticismo, lo que lo llevó a escribir algunas buenas canciones sobre el tema, incluso con gran éxito internacional. Ringo, el «tonto» que quizás tuvo la gran inteligencia de conocerse a sí mismo, como ningún otro Beatle, y actuar en consecuencia, ha hecho algunos discos y se presenta a menudo en conciertos, con grupos organizados por él, donde participan estrellas como Peter Frampton.

Paul McCartney hizo lo que siempre quiso hacer: tocar *rock and roll*. Organizó una banda de primera línea —Wings— y se lanzó a giras mundiales y a hacer discos, con gran éxito. Por ejemplo, *McCartney. Un hombre solo*, donde hizo honor al mito del McCartney músico, y tocó todos los instrumentos en la grabación, además de escribir las canciones y hacer los arreglos musicales y la producción musical. Su gran éxito en esa etapa fue «Maybe I'm Amazed». En Wings incluyó a su esposa Linda Eastman. Entre los grandes éxitos del grupo, durante la década de los 70, se incluyen «Uncle Albert/Admiral Halsey» (1971), «My Love» (1973), tema de la película *Vive y deja vivir*, de Guy Hamilton, «Band on the Run» (1973) y «Silly Love Songs» (1976). Durante la década de los 80, McCartney obtuvo los mayores éxitos con duetos como «Ebony and Ivory» (1982), junto a Stevie Wonder, y «The Girl is Mine» (1982) y «Say Say Say» (1983), con Michael Jackson. También la estrella británica del rock alternativo Elvis Costello colaboró con él en *Flowers in the Dirt* (1989), un álbum muy bien acogido por la crítica.

Realizó un trabajo muy ambicioso, el *Liverpool Oratorio*, una obra clásica, a gran escala, destinada a la celebración del 150 aniversario de la Royal Liverpool Philharmonic Society, y que llegó a ser número uno en las listas de ventas de los Estados Unidos y el Reino Unido. En 1997, volvió a ganar el número uno con su álbum *Flaming Pie*, y en 2001 publicó *Driving Rain*, que incluye el tema «From a Lover to a Friend». Hoy se mantiene activo y en primera línea de la escena del rock internacional.

Hay evidencias de que intentó recomponer su amistad con Lennon,⁴⁵ pero este jamás dio a entender que la continuaba.

Paul ha tenido una vida tranquila. Hizo un primer matrimonio con Linda Eastman, con quien tuvo varios hijos, hasta que esta murió. Se casó por segunda vez y tuvo otra hija de ese matrimonio. El mundo se ha acostumbrado a verlo y a que solo ofrezca buena música, sin nada espectacular ni escandaloso adicional. Siempre fue un músico genial y tranquilo: nada peor para los medios de comunicación de masas.

Acerca de John pudiera decirse mucho. Siempre tuvo una vida muy intensa. Se burló de la realeza y la aristocracia británicas. Recibió la Orden de Miembro del Imperio Británico y la devolvió en protesta por la implicación de Gran Bretaña en el conflicto Biafra-Nigeria y el apoyo a los Estados Unidos en la guerra contra Viet Nam.⁴⁶ Expresó, desafiante, ante los medios de comunicación su relación homosexual con Brian Epstein, el manager de los Beatles.⁴⁷ Se declaró más popular que Jesucristo.⁴⁸ Se fotografió con su mujer, desnudos, y puso la foto en la portada de un disco.⁴⁹ No dejó de ser controvertida su actuación; siempre se declaró pacifista, pero donó 75 000 dólares a grupos de la llamada «Nueva Izquierda», entre los que se encontraban los Panteras Negras y los Panteras Blancas, en cuyos programas políticos declaraban explícitamente la lucha armada para alcanzar el poder.⁵⁰ Participó en un concierto para exigir la liberación de John Sinclair, preso por vender drogas, y en cuyo cartel promocional aparecían hojas de marihuana.⁵¹

Lennon tuvo el final de los dioses del rock. Le proporcionaron la muerte más espectacular de todas. Elvis murió por un infarto y por el consumo excesivo de psicofármacos, Hendrix ahogado en su propio vómito, Kurt Cobain suicidado, Morrison por sobredosis de drogas; todas muertes tontas y evitables. Lennon recibió los balazos de un asesino estúpido que le proporcionó la eterna juventud, como a Aquiles.

Después de su separación de los Beatles, John grabó trece LP (con el grupo solo hizo doce). Incluyó muchas canciones viejas escritas por él y por otros compositores, además de nuevos temas. Su actividad política lo llevó a componer muchas canciones urgentes, en las cuales no siempre logró la calidad que se esperaba de él.⁵² Incluso grabó «el silencio». Él y Yoko se pararon en silencio delante de un micrófono durante varios minutos y lo incluyeron en un disco. Pero entre toda esa obra menor está la canción que puede considerarse como su testamento ideológico (aunque se dice que la letra es de Yoko) y estético, y en la que logró una belleza superlativa: «Imagine», incluida en el disco del mismo nombre en 1971, y que compensa trece discos de nivel medio. Es la que el mundo recuerda, incluso los que viven ajenos a la obra de los Beatles, como dijo Ringo, «the song is what remains».⁵³

Notas

1. William J. Dowlding, *Beatlesongs*, Fireside, Nueva York, 1989.
2. Ernesto Juan Castellanos, *John Lennon en La Habana. With a Little Help From My Friends*, Ediciones Unión, La Habana, 2005; *El Sargento Pimienta vino a Cuba en un submarino amarillo*, Letras Cubanas, La Habana, 2000; *La guerra se acaba si tú quieres*, Ediciones Extramuros, La Habana, 2001.
3. Al respecto, véase los trabajos del matemático norteamericano Rensis Likert, muy conocidos y utilizados.
4. Término acuñado en Cuba por personas que tomaban partido por Lennon, ante McCartney.
5. William J. Dowlding (ob. cit., p. 299) reconoce que McCartney fue mucho más modesto al hablar acerca de sus aportes a las canciones atribuidas a Lennon, que este en las atribuidas a McCartney. Esa situación puede alterar el resultado del estudio a favor de Lennon. Pero Dowlding se basó en la información escrita disponible. La desaparición física de Lennon y Harrison impiden comprobaciones adicionales al respecto.
6. *Ibidem*, pp. 298-9.
7. Respeto la distribución del autor, aunque hay ciertas diferencias en cuanto a los discos, sus nombres y su agrupación.
8. William J. Dowlding, ob. cit., p. 300.
9. Tema que interpretan habitualmente cantantes y orquestas de otros géneros musicales. Reportado por la revista *Forever*, citado por William J. Dowlding, ob. cit., p. 50.
10. William J. Dowlding, ob. cit., p. 99.
11. Ernesto Juan Castellanos, *John Lennon en La Habana...*, ob. cit., p. 227.
12. William J. Dowlding, ob. cit., p. 132.
13. *Ibidem*, p. 138.
14. *Ibidem*, p. 135.
15. Ernesto Juan Castellanos, *El Sargento Pimienta...*, ob. cit., p. 90.
16. William J. Dowlding, ob. cit., p. 193.
17. Fundamentalmente benefició a Yoko Ono.
18. William J. Dowlding, ob. cit., p. 203.
19. *Ibidem*, p. 251.
20. *Ibidem*, p. 262.
21. *Ibidem*, p. 267.
22. *Ibidem*, p. 276.
23. Cuando la canción se compuso con responsabilidades aproximadamente iguales, por ejemplo, 50/50 o 40/60, se consideró conjunta. Pero cuando alguno de los dos compositores tuvo mayoría manifiesta, aunque el otro aportara algo, pues se consideró a favor del mayoritario. En el caso de las composiciones individuales no existió ningún problema para asignársela a su compositor.
24. O el efecto de que uno más uno es igual a tres o mayor ($1+1\geq 3$). Indica que la integración de dos o más elementos en un sistema, produce un efecto mayor que el de los mismos elementos individuales y separados.
25. William J. Dowlding, ob. cit., p. 297.
26. Ernesto Juan Castellanos, *El Sargento Pimienta...*, ob. cit., pp. 98-9.
27. *Ibidem*, p. 102.
28. William J. Dowlding, ob. cit., p. 297.
29. *Ídem*.
30. *Ídem*.
31. Ernesto Juan Castellanos, *El Sargento Pimienta...*, ob. cit., p. 116.
32. *Alí*, guión: Eric Roth, dirección: Michael Mann, intérprete: Will Smith, Columbia Pictures, Estados Unidos, 2001.
33. Ernesto Juan Castellanos, *John Lennon en La Habana...*, ob. cit., p. 71.
34. *Ibidem*, p. 81.
35. *Ibidem*, p. 203. Por supuesto, Brouwer no comparte esa opinión. (N. del A.)
36. *Ibidem*, p. 232.
37. *Ídem*.
38. *Ibidem*, pp. 246-7.
39. Ernesto Juan Castellanos, *El Sargento Pimienta...*, ob. cit., p. 95.
40. *Ibidem*, p. 113.
41. *Ibidem*, p. 105.
42. William J. Dowlding, ob. cit., p. 292. La canción es «The End».
43. *Ibidem*, p. 22.
44. Ernesto Juan Castellanos, *El Sargento Pimienta...*, ob. cit., p. 105.
45. *Ibidem*, p. 115.
46. Ernesto Juan Castellanos, *La guerra se acaba...*, ob. cit., pp. 19-21.
47. Ernesto Juan Castellanos, *El Sargento Pimienta...*, ob. cit., p. 110.
48. Ernesto Juan Castellanos, *La guerra se acaba...*, ob. cit., p. 27.
49. *Ibidem*, pp. 28-9.
50. *Ibidem*, pp. 33 y 39.
51. *Ibidem*, p. 34.
52. Sobre «Give Peace a Chance», el propio John dijo: «No puedo decir que sea la mejor canción que he escrito en mi vida». Véase Ernesto Juan Castellanos, *La guerra se acaba...*, ob. cit., p. 30.
53. William J. Dowlding, ob. cit., p. 297.

Diez reflexiones sobre el socialismo

Julio A. Díaz Vázquez

Profesor. Centro de Investigaciones de Economía Internacional (CIEI), Universidad de La Habana.

Si bien pequeña en extensión, *Cuba sin dogmas ni abandonos*,* es una compilación que, por su temática, convoca a una abarcadora reflexión y al estudio político-económico-social de la «transición socialista en la periferia». Puede que este sea el mayor atractivo del volumen conformado por diez trabajos salidos de la pluma de economistas, sociólogos, politólogos e historiadores, y que la Editorial de Ciencias Sociales entregó a los lectores interesados en aproximarse a la problemática de la «transición socialista», visualizada desde la óptica de la realidad cubana. La reunión de los materiales —en su mayoría sometidos a debates en la Segunda Conferencia Internacional «La obra de Carlos Marx y los desafíos del siglo XXI» (La Habana, 2004)—, realizada por Armando Chaguaceda Noriega, además de su ensayo «Ni lava ni torbellino. (Notas sobre una economía alternativa)», recorren un amplio espectro teórico-práctico en textos que incluyen un acercamiento a lo microeconómico como «Diseño de la participación en el perfeccionamiento empresarial», de Rafael Alhama

Belamaric y «La distribución de acuerdo al trabajo y la regulación estatal y del fondo de salario en Cuba», de José A. Massip Santo Tomás.

Otras cuestiones más cercanas al ámbito de lo económico-sociológico fueron tocadas en «El desarrollo socioeconómico local en el capitalismo y en la construcción del socialismo», de Odalys Peñate López y Román García Báez; «Poder más allá del poder. Algunas reflexiones de la experiencia cubana», de Elena Martínez Canals, y en matices de «Cambios en la estructura social del campesinado cubano. Apuntes para un estudio», de Arisbel Leyva Remón.

La vertiente histórica quedó recogida en los textos «Rusia: lecciones del postsocialismo», de Erick Pernet y en «La teoría de la dictadura del proletariado, entre la perversión... y su necesidad histórica», elaborado por Daniel Rafuls Pineda. Finalmente, los enfoques específicos acerca de las interpretaciones contenidas en la teoría de la «transición al socialismo» fueron acometidos por Víctor M. Figueroa Albelo, en «Socialismo teórico desde el subdesarrollo» y Luis Marcelo Yera, en «Aspectos claves para repensar la economía socialista de la transición».

* Armando Chaguaceda Noriega, comp., *Cuba sin dogmas ni abandonos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005.

II

Una panorámica de los materiales seleccionados, en el plano de la gestión y dirección de la empresa, permiten identificar tópicos donde, entre otros, se destaca el énfasis puesto por Alhama Belamaric, del Instituto de Estudios e Investigaciones del Trabajo, en siete de los diecisiete postulados que integran las «Bases generales para el perfeccionamiento empresarial» (PE). De acuerdo con este especialista, para diseñar y llevar a feliz término «una mejora continua» en el funcionamiento del PE, que vaya más allá de cambios de orden estructural o de elementos técnicos, es dable contemplar una estrategia de cambios multifactoriales que faciliten un «desarrollo ascendente».

En la categoría propuesta de desarrollo ascendente el autor rebasa los límites de lo económico-financiero e integra los necesarios cambios en los órdenes político, ideológico, social, cultural y comportamental. Así, el PE entendido como eslabón de desarrollo creciente de la economía, según Alhama Belamaric, solo es posible si se concibe y realiza como proceso de «desarrollo endógeno», concepto extrapolado de otras disciplinas que caracteriza e integra la participación y responsabilidad del colectivo obrero, mayor democracia participativa de los sujetos dentro y fuera de la empresa, y vinculación con el entorno social.

En esta comunidad de intereses se interceptan cuatro planos: el político-ideológico —capacidad para la toma de decisiones y el trazado de estrategias de desarrollo propio—, el económico-financiero —facultad para ampliar la base productiva—, el científico-tecnológico —independencia para realizar modificaciones en el aparato productivo—, y el cultural, como elemento de identidad propia, con el entendido de que el PE implica un sistema de cambios en lo concerniente al funcionamiento integral de la empresa, todos dirigidos al logro de la «máxima eficiencia y competitividad».

Sin embargo, llama la atención que entre los argumentos manejados, el autor no hiciera referencia al marco institucional en que operan las empresas en PE. Entre otras, cuatro son las ausencias sobresalientes: el mantenimiento de la sujeción vertical —Ministerio—, lo limitado de los vínculos horizontales —mercantiles—, al quedar reducidos al margen de producción que exceda al pedido estatal, en qué medida el mercado influye en la fijación de los precios, y el papel de la planificación en el socialismo, al definirse como proceso político-ideológico. Tampoco hay alusión a los avances en los resultados logrados en PE en el momento de redactarse las sugerencias propuestas.

Vale agregar que el PE —visto no como meta, sino como proceso continuo para mejorar la gestión y dirección empresarial y con ello elevar la eficiencia de

la economía cubana— muestre, después de diez años de introducido, que de un total de 2 732 empresas, aplican el PE solo 797 (29%). Los indicadores económicos, al finalizar 2006, en relación con 2005, arrojaron que las ventas crecieron en 21%; las utilidades, 5%; el aporte en divisas, 20%. El número de trabajadores aumentó 5%; la productividad, 7%; y el salario medio pasó de 399 a 484 pesos.

Entre los déficits más frecuentes en las empresas involucradas en el PE contaron: 107 entidades (13%) con resultados deficientes en la contabilidad y el control interno; 38 salieron del proceso por esta causa. Solo 40% ha logrado avalar sistemas de calidad; de 625 sistemas de pago monitoreados, 138 estuvieron mal concebidos o deficientemente aplicados. La planificación empresarial aún no constituye una herramienta de dirección; 389 unidades planificaron en 2007 menos utilidades que las obtenidas en 2006, 9 previeron pérdidas. Además, en el primer semestre de 2007 unas 220 entidades ya habían cumplido sus planes de utilidades del año.

Massip Santo Tomás, investigador del Museo de Historia de la Ciencia Carlos J. Finlay, comienza su análisis enfatizando las múltiples repercusiones sociales del salario en las sociedades modernas, donde una parte inmensa de la población participa en la distribución del producto social en calidad de asalariados. Después incursiona en las diversas etapas de la experiencia acumulada en la implementación de las formas y política salarial en el país. Todo ello como introito para promover soluciones que tiendan al perfeccionamiento del empleo de las remuneraciones al trabajo mediante la regulación económica descentralizada del fondo de salario de las empresas.

La propuesta sugerida por el autor arranca de la determinación real del Fondo de salario de la empresa partiendo de un Período base y su posterior incremento de modo proporcional al crecimiento del Valor agregado. El coeficiente resultante sería el indicador fundamental para regular, por parte del Estado, la utilización del fondo de salario por la empresa. No dejó de señalar la complejidad de la diferenciación ramal del coeficiente, al apuntar que entre 1980-1999 el cálculo de Producto Interno Bruto (PIB), en su relación con el Fondo de salario, no arrojó una correlación entre la elevación del valor agregado y el aumento del fondo salarial. Por ejemplo, en la agricultura, hasta hoy, resulta negativo el coeficiente, pues el salario ha crecido mucho más rápido que el valor agregado; por el contrario, en el comercio, restaurantes y hoteles aumenta el nuevo valor con una celeridad muy superior al salario. En estos efectos parece que intervino la distorsión del sistema de precios. También Massip Santo Tomás recuerda que el PE no establece un indicador cuantificable que determine el monto del fondo

financiero que la empresa puede destinar al pago de salarios, en dependencia de los logros productivos.

No deja de ser atrayente, al menos en momentos en que se trabaja en el relanzamiento de métodos económicos más eficientes, pilotar experiencias prácticas que sirvan para validar lo racional y positivo en distintas ramas «dormidas» de la economía, en las propuestas tendientes a elevar la eficiencia en el uso del fondo de salarios, en las empresas sujetas al PE. En tanto, el autor nos recuerda que, a más de ciento treinta años de recogerse en la literatura socialista los principios de la distribución con arreglo al trabajo, las lecciones del socialismo conocido no concretaron este postulado, y aún espera una solución práctica.

Los investigadores Román García Báez y Odalys Peñate López, de la Universidad de Matanzas, incursionan en los niveles microeconómicos locales, tocando los problemas del desarrollo socioeconómico. Los especialistas reconocen que, en la construcción del socialismo, en la teoría y en la práctica ha primado hacer depender el auge regional de la planificación nacional. En enfoques de este tipo, las fuerzas «endógenas» latentes en el territorio quedaron relegadas a un papel meramente pasivo. Para superar las secuelas de los esquemas históricos, y para conjugar lo nacional con lo regional, los autores proponen estudiar, en especial, los elementos socioculturales como factores desencadenantes del desarrollo integral de la población local. Para indagar en la aplicación y comprobación teórico-práctica, escogieron como polígono la provincia de Matanzas.

Ciertamente, el escenario matancero no ha sufrido cambios significativos en su dimensión física; el sentido de pertenencia no ha dependido de la cercanía o lejanía del centro político nacional; ha mantenido contactos históricos externos a través de su bahía y los polos turísticos —en particular Varadero— sin erosionar su fisonomía; ha ocupado un lugar puntero en la introducción tecnológica desde la etapa colonial; los inmigrantes extranjeros y de otras regiones del país se han identificado con los valores territoriales. Pero, sobre todo, en la cultura exhibe una rica y sólida crónica que ha sido fuente de enriquecimiento del patrimonio cultural nacional.

Para estos autores, cobran gran importancia los objetivos teóricos y prácticos, fundamentados en la metodología marxista-leninista, así como las bases conceptuales del desarrollo humano territorial. Todo en función de avanzar en la comprensión de la relación cultura-economía, integrando las disciplinas de la informática económica, la cultural, la sociología, la demografía, la historia regional y el legado del pensamiento económico cubano.

El acervo de la participación popular en el proyecto social que construye Cuba es tratado por Elena Martínez Canals, del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas, mediante una sugestiva propuesta para promover vías y modos más efectivos de canalizar las potencialidades contenidas en el seno de las masas populares, a partir de la célula primaria del barrio. Insiste en la necesidad de incentivar nuevas formas de interacción en el propio tejido social de los barrios y comunidades, que propicien y fortalezcan el ejercicio del poder desde abajo. Para la autora, hay tres condiciones indispensables que confluyen hacia la garantía participativa ciudadana: «el querer, el poder y el saber participar». El eslabón primario de esta cadena queda estructurado en las potencialidades contenidas en los principios y funcionamiento del sistema de órganos del Poder Popular (PP). Allí deben vincularse los intereses de los individuos, barrios y comunidades, siguiendo los peldaños de la estructura gubernamental del país. El «querer» es una opción que ha estado presente como manifestación predominante en el compromiso revolucionario de la gran mayoría del pueblo cubano durante casi medio siglo. En lo relativo al «poder» participativo, destaca las reservas aún latentes en las estructuras institucionales del PP, para concluir que el «nudo gordiano» aparece asociado precisamente a la concreción del «saber participar».

Para abundar en las condiciones que tiendan a propiciar este «saber», la autora enumera lo que, a su juicio, es esencial en la formación de verdaderas «redes» que promuevan la unidad de los factores en el barrio. El desarrollo comunitario sería el segundo escalón o «laboratorio social» que incorpora en su estudio. Relaciona casi treinta puntos que valora sustanciales para fortalecer el «saber participar» en este nivel. Tampoco olvida los efectos perturbadores que ocasiona el «exceso de centralización» en los espacios de participación ciudadana. Es interesante destacar que el futuro de la sociedad cubana no puede ser el de una lucha entre sectores y estructuras rígidas.

Breve en espacio (solo 15 páginas), pero polémico, muy rico en interrogantes de alcance económico-social y «materia para devanarse los sesos», es el trabajo de Arisbel Leyva Remón, de la Universidad de Granma. El primer renglón ya de por sí llama al debate: «La nueva reforma agraria iniciada en Cuba a partir de 1993...». Esta afirmación —que no es objeto de atención— sin dudas requiere de una fundamentación. Sin embargo, lo que sigue es de mayor calado, y constituye el meollo del análisis: «ha devenido proceso con significativas implicaciones socio estructurales». A partir de las pesquisas llevadas a cabo en el campesinado granmense, el autor resume lo general de los diferentes modelos agrarios aplicados en el país hasta inicios de los años 90 del siglo pasado, como preámbulo

para concluir que la reforma del agro introducida en esa década hizo del campesino propietario o usufructuario de tierras el grupo social con mayor capacidad reproductiva. Además, ha logrado superar en ventajas económicas, tanto a los productores estatales como a los cooperativistas.

En el escenario conformado, ante todo, por las nuevas explotaciones en usufructo dedicadas al café, tabaco y otras producciones, se verifica que estos productores —asociados o no a las Cooperativas de Créditos y Servicios (CCS)— se han convertido en campesinos que exhiben los patrones propios de esta clase social. Otro rasgo lo constituyó la fuente nutricia de este segmento agrario: obreros y trabajadores de servicios provenientes del sector estatal, con la paradoja que este desplazamiento involucró áreas urbano-rurales y rural-rural. Además, estimuló la integración al sector de profesionales y técnicos, lo cual ha elevado la composición socioprofesional de las CCS.

Factor de interés resulta la constatación de los cambios dentro del sector campesino privado granmense, originados por la propia dinámica del mercado. Los productores de viandas y hortalizas han gozado de ventajas, en demanda y precios, en productos vinculados directamente al consumo de la población. Los cultivadores de caña, café, tabaco, cacao, etc., ligados al comercio exterior o al mercado regulado, han sido menos favorecidos. En este segmento, el mercado ha cumplido con uno de sus papeles: diferenciar a los productores. Quedó en suspenso explorar las variantes de política económica que pueden y deben contribuir a paliar esas diferenciaciones.

Para Leyva Remón, el peso económico y numérico adquirido por el campesino individual lo convierten en un actor fundamental en el agro cubano. Así, sugiere la hipótesis de que posiblemente a nivel nacional está ocurriendo un proceso similar al de la provincia Granma. Al menos, la extinción de la clase campesina en el país —según esta investigación— no se confirma, y el avance hacia una plena homogeneidad social aquí parece haber caducado. El sector agropecuario cubano deberá conjugar lo heterogéneo alrededor de un proyecto común dentro de la unidad de lo diverso.

En el volumen compendiado, lo histórico está presente en dos materiales unidos por el objeto de estudio. Daniel Rafuls Pineda, del Departamento de Filosofía y Teoría Política de la Universidad de La Habana, junto a Erick Pernet, investigador colombiano, fijan sus pesquisas en las experiencias de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) en dos momentos diferentes. El primero, en torno a la «dictadura del proletariado» como forma del poder político. El segundo, con el acercamiento al tránsito hacia el capitalismo en la Rusia postsoviética.

Para Rafuls Pineda, la «perversión» de la concepción de la dictadura del proletariado comenzó tras la muerte de Lenin. Resulta útil e interesante la sinopsis que traza, así como las tretas utilizadas por Stalin para capitalizar el poder absoluto dentro del Partido Bolchevique. Igualmente describe, en sus rasgos esenciales, las desviaciones que introdujo el «modelo de socialismo estaliniano» en la política internacional. El poder burocrático instaurado en la URSS tenía, en apariencia, similitudes con el régimen hitleriano o el franquismo, pero su base provenía de las nuevas relaciones de propiedad establecidas por la revolución, lo que resultó una irónica paradoja histórica.

Al comienzo (1944-1947), el socialismo en Europa del Este adoptó la forma de «democracia popular». El poder fue compartido entre una coalición integrada por las diferentes clases —incluida la obrera— que opusieron resistencia al fascismo. La disolución de la alianza antihitleriana, el inicio de la Guerra fría y la aceleración de las transformaciones socioeconómicas (1947-1949) —las tropas soviéticas tuvieron su impronta en este proceso—, en Checoslovaquia, Bulgaria, Hungría, Rumania y Polonia, hacen que el autor se pregunte si realmente lo que se estableció respondió a los postulados de la «dictadura del proletariado».

Después del análisis teórico contenido en el pensamiento de Marx, y de insistir en la importancia de la «elevación del proletariado a clase dominante», el autor incentiva a la búsqueda de respuestas, para inquirir en pleno siglo XXI: ¿fue la dictadura del proletariado, *per se*, un instrumento político de transición al socialismo? ¿Debió excluir, en condiciones de subdesarrollo, en el siglo XX, a la burguesía en procesos productivos? ¿Es el proletariado la clase más explotada, despojada de medios de producción, mejor organizada y sustento de la economía capitalista? ¿Requiere la superación del capitalismo una dictadura proletaria u otro tipo de Estado? Preguntas que esperan por respuestas, pues la sociedad, como la naturaleza, tiene sus propias leyes de desarrollo, en especial ahora, cuando se plantea enrumbar hacia las alternativas que faciliten las vías para dar vida al «socialismo del siglo XXI».

A su vez, Erick Pernet investiga si efectivamente Rusia, al intentar incorporarse al escenario capitalista mundial, priorizó la tarea de crear o consolidar su propio capitalismo. Para esto, recuerda que la premisa histórica del capitalismo consiste en la existencia de dos clases: los propietarios de los medios de producción, y los propietarios de fuerza de trabajo —libre y escotera— enfrentados en el mercado. Esta histórica polarización social fue precedida de una previa acumulación de dinero, llamada «originaria». La pregunta sería: ¿existían en la URSS estas dos clases antagonicas o se formaron después de la desintegración? Después de llevarnos a través de la etapas identificables

Parece que el capitalismo transita de la economía mercantil a la sociedad de mercado. Así, en el impostergable debate acerca de la eficiencia de la economía cubana, la competitividad se convierte, entonces, en el manto que cubre al «ausente-presente-mercado».

en los casi setenta años de existencia de la URSS, el autor sigue la ruta de la formación de la acumulación de capital, así como las vías instrumentadas para construir una «clase capitalista». Al privatizarse la economía, se establecieron las premisas para la existencia de una masa de fuerza de trabajo asalariada, y, en el otro extremo, apareció una «élite capitalista» integrada por un pequeño grupo de «oligarcas» o los denominados «nuevos millonarios rusos». Por otra parte, hace propios los criterios de quienes señalan que en Rusia hay capitalismo sin capitalistas, al menos en la interpretación científica de Smith o Marx. Los describe como «cleptocracia capitalista» o «capitalismo criminalizado». Para terminar recordando: «Aunque una sociedad haya encontrado el rastro de la ley natural con arreglo a la cual se mueve [...] jamás podrá saltar ni descartar por decreto las fases naturales de su desarrollo. Podrá únicamente acortar y mitigar los dolores del parto».

Sin embargo, el «núcleo duro» de *Cuba sin dogmas ni abandonos* está contenido en las contribuciones de Armando Chaguaceda Noriega, Víctor Figueroa Albelo y Luis Marcelo Yera. Estos intentan acercarse al «período de tránsito al socialismo» desde ópticas conceptuales coincidentes y a la vez dispares. El primero de los autores aspira a una reconstrucción del paradigma socialista. Cita que el rechazo a las ganancias desmedidas y a la planificación autoritaria, así como a las prácticas del socialismo que la historia desechó, han servido para poner de moda —aunque ausentes del escenario cubano— las teorías de la economía social, la solidaria, la moral o la participativa.

Desde su visión, Chaguaceda Noriega hace patente el alcance que le concede a la planificación democrática —aunque no menciona el entorno político donde se desarrolla—, en un contexto donde lo mercantil encuentre un espacio. Las tendencias descentralizadoras y las reformas de mercado aplicadas a finales del pasado siglo lo acercan a las modalidades del «socialismo autogestionario». Distingue el de credo espontáneo que brota de proyectos obreros surgidos en determinadas situaciones coyunturales. Agrupa esta autogestión en tres variantes: responsabilidad total del colectivo de trabajadores por la actividad de la empresa; la co-gestión, a través del colectivo obrero, junto a entidades estatales o privadas; y el establecimiento de un control obrero con capacidad

de vetar medidas de la directiva fabril. Las entidades autogestoras tendrían una verdadera autonomía, con respaldo fáctico y jurídico.

Al repasar la variedad de situaciones sociales en las que se desenvolvería la autogestión dentro de un entorno mercantil, recuerda que, sin desdeñar el papel del mercado, otras unidades, centros económicos o de servicios desarrollan actividades socialmente útiles, y que, en lo fundamental, no son productoras de bienes: administración pública, escuelas, museos, hospitales, guarderías, asilos de ancianos, etc. Estas entidades deben funcionar siguiendo otras reglas y bajo responsabilidad estatal.

Al retrotraer la exposición a Cuba, acota que las propuestas para perfeccionar el sistema pasan, en su opinión, por los «necesarios cambios en las formas de gestión y propiedad» en el entorno empresarial, para elevar las fuerzas productivas, la satisfacción de las demandas acumuladas —sociales e individuales— de bienes y servicios, sin abandonar el desarrollo de un «sector cabalmente socialista de la economía». En este plano, apela a la expansión de los limitados espacios donde se despliegan «ciertos procesos de autogestión», como la agricultura urbana, las Cooperativas de Producción Agropecuaria (CPA), las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC), etc. Así, quedaría conformado un «modelo mixto de economía cada vez más participativa». Sugiere la formación de cooperativas industriales, de servicios y comercio y, con ello, ampliar su campo de actuación más allá del espacio agropecuario. Estimular las iniciativas de grupos de ciudadanos para, de manera gradual y ordenada, convertir la «conflictiva red de empresas de servicios estatales» en centros «arrendados a sus trabajadores». Dentro de estas iniciativas pueden integrarse fórmulas «co-gestoras» a través de la asociación de cuentapropistas. No olvida el autor el necesario fortalecimiento del PE, al procurar una participación más activa de las metas y objetivos propuestos a través de los colectivos obreros, organizaciones sindicales, etc. También propone alentar el trabajo por cuenta propia fortaleciendo las respectivas legislaciones, en especial en los niveles y espacios locales y en la gama de servicios más demandados por la población.

No deben soslayarse, al menos, dos observaciones que surgen de la lectura del texto preparado por Chaguaceda Noriega. Una, la ausencia de la integralidad económica, social y política, en las propuestas planteadas —sin ser desestimables muchas de las sugerencias aportadas—, la identificación de lo general debe anteceder al tratamiento y solución de lo particular. Asimismo, la «autogestión» tiene larga data en la literatura socialista; una referencia a los tratamientos y experiencias resulta necesaria al identificar las posibles vías que «ensayar», dentro de la imprescindible búsqueda de una mayor eficiencia en la operatividad de la economía cubana. En el plano formal, en realidad ha escrito dos textos. El exceso de largas citas hace al lector perder el hilo de lo que constituye la médula del problema. No obstante es loable, desde posiciones de principios, la defensa renovadora de una «economía de la transición socialista» que priorice la responsabilidad social, promueva nuevas relaciones productivo-sociales, con contenidos ideológicos desenajenantes, cultura política más democrática, sostenible y participativa.

El trabajo más enjundioso y de mayor vuelo lo aportó el prematuramente fallecido Víctor M. Figueroa Albelo, de la Universidad Central de Las Villas Marta Abreu. Señala con acierto que el proyecto socialista cubano responde a un modelo socioeconómico alejado de la propuesta de los clásicos del marxismo. En este terreno, retoma lo apuntado por el Che, al escribir que en Cuba «no estamos frente al período de tránsito puro, tal como lo viera Marx en la *Crítica del Programa de Gotha*, sino en una nueva fase no prevista por él». A partir de esta pauta, repasa el legado de la teoría socialista en sus fuentes originales. Al mismo tiempo, recuerda que la revolución proletaria debió iniciarse en los países industrialmente adelantados, como condición *sine qua non* de un sistema capaz de producir los bienes necesarios para la plena satisfacción de las necesidades materiales y espirituales de la sociedad, y se formara un hombre liberado de la explotación. Por tanto, el socialismo (comunismo) sería fruto de la superación del desarrollo capitalista, sin ignorar que sería un proceso viable solamente a escala universal.

Retoma la visión de Lenin, al recorrer el cambiante escenario por el que transitaba el capitalismo de fines del siglo XIX e inicio del XX. Esta fase, la del capitalismo monopolista de Estado, sirvió para denotar la ruptura de la cadena imperialista por «el eslabón más débil», la Rusia zarista. En este país, el triunfo revolucionario —el menos desarrollado de la ligadura imperialista—, llevaría a que un «partido comunista» enfrentara el reto de conducir a feliz término las tareas que la burguesía había resuelto en los centros capitalista hegemónicos. Sin embargo, no es exacta —o requirió de un examen más acucioso— la afirmación de que a la «Rusia soviética no le quedó otra alternativa que iniciar, bajo la agresión

y el bloqueo de las potencias occidentales, la construcción del socialismo en un solo país». La literatura socialista recogió con profusión las más variadas interpretaciones que, aun en la actualidad, llegan a cuestionar la superación de la sociedad burguesa en solitario. Por otra parte, Figueroa Albelo caracterizó el modelo económico instaurado en la URSS de «especial acumulación originaria socialista» para alcanzar, bajo el poder del proletariado, el desarrollo de las fuerzas productivas europeas y norteamericanas.

Ciertamente, la aseveración del autor de que los países del centro-este europeo y la URSS, de modo prematuro, declararon en lo fundamental la conclusión de la construcción socialista, está avalada por el «viejo topo de la historia». A su juicio, tal «apologética» dio pie a una insuficiencia de carácter genético en la economía política del socialismo: «la ausencia de su objeto real de estudio». Se relegó la teoría de la transición al socialismo a un momento superado y falto de un cuerpo teórico propio e integral. Déficit práctico que el *Manual de Economía política del socialismo*, editado en la URSS en 1952, trató de subsanar.

Polémico se convierte el abordaje de las transiciones socialistas en la periferia, ocurridas después de terminada la Segunda guerra mundial. Los cambios políticos acaecidos en Europa y en el Tercer mundo dieron curso a la «vía socialista del desarrollo». Cabe la interrogante de si el socialismo es un modelo de desarrollo. La respuesta ofrecida no es convincente, ni consistente con la teoría y la praxis histórica, aunque en el ámbito europeo la «ocupación soviética» y en los países subdesarrollados en su lucha por la liberación nacional, la URSS ofreció a unos y a otros una retaguardia político-económico-militar, al menos hasta finales de los años 70, según el autor.

A propósito, debe mencionarse que Lenin, en el ejemplo de la revolución en Mongolia en 1921 —válido para algunas nacionalidades dentro de la URSS—, había sugerido que la «retaguardia socialista» abría alternativas para que algunos pueblos «saltaran la etapa del desarrollo capitalista» y pasaran al socialismo directamente. Con posterioridad, los cambios políticos al llegar al poder los movimientos de liberación nacional, en particular en Asia y África, dieron lugar a la llamada Teoría o Vía de desarrollo no capitalista. Otra vez, el «viejo topo» jugó una mala pasada. No se han confirmado tales augurios.

Para Figueroa Albelo, la entrada del capitalismo en la fase de la globalización crea nuevas expectativas para renovar la teoría revolucionaria, y dentro de este espacio, aparece un nuevo reto para crear una «teoría de la transición socialista en la periferia». A su juicio, las transiciones periféricas ocurridas en el siglo pasado violaron, de algún modo, una u otra de las tareas propias de esa etapa del desarrollo. Sin embargo, aún espera

respuesta la acepción de la «construcción socialista» acuñada en la «economía política de la ortodoxia soviética» (estaliniana) —tan acrememente cuestionada por el Che— acerca de cuál es la vía del tránsito al socialismo desde el subdesarrollo.

Por otra parte, no dejan de resultar interesantes, ni de estimular la búsqueda de alternativas conducentes a elevar la eficiencia en el funcionamiento del PE en marcha, el tratamiento otorgado por el autor a las deudas contraídas por la academia y los estudiosos, en cuanto a enriquecer el acervo teórico-práctico acumulado por el país en los logros y tropiezos habidos en la construcción socialista. Insiste en la necesidad de una «economía política del período de transición», y señala algunos de los rumbos que debe seguir su estructuración. Invita a recoger el rico y trunco legado del Che en su inconcluso estudio sobre «el período de tránsito». Finalmente, reclama que al crearse una nueva economía política del socialismo, no solo se incluya el casi medio siglo del «experimento socialista cubano», sino también las enseñanzas de los procesos socialistas pasados y presentes. El fin último del estudio debe radicar en el aporte de soluciones, más que en el de plantear interrogantes. En análisis que acerquen a la sociedad cubana al «desarrollo de una asociación de hombres libres que trabajen con medios colectivos de producción y que desplieguen sus numerosas fuerzas individuales de trabajo, con plena conciencia de lo que hacen como una gran fuerza de trabajo social».

Termina la selección comentada con la contribución de Luis Marcelo Yera, del Instituto Nacional de Investigaciones Económicas (INIE). La breve ponencia está cargada de desafíos y cuestionamientos provocativos. El primero, ¿cuál es la organización de la producción idónea del socialismo?, señala que la «hipercentralización» en las decisiones ligadas al modo de operar de las empresas socialistas arrastra un saldo negativo en cuanto al destape de la creatividad, motivaciones laborales y maduración de una creciente competitividad. Aquí radican los puntos fuertes que la ponencia trae a debate.

Vale señalar que los economistas del patio, al referirse a la necesidad de elevar la competitividad de la empresa o del país —cuestión muy válida— parecen olvidar que la atención que prestan los «neoclásicos» a esta dirección en el análisis económico consiste en que universalizan la llamada economía de mercado. Cuando en realidad la «desviación» se encuentra, precisamente, en la fase de la mundialización o globalización económica a escala del orbe. Colofón: parece que el capitalismo transita de la economía mercantil a la sociedad de mercado. En el impostergable debate acerca de la eficiencia de la economía cubana, la competitividad se convierte, entonces, en el manto que cubre al «ausente-presente-mercado».

De inicio, Marcelo Yera concreta los aspectos no resueltos en «compresión económica de la etapa de transición»; «la organización empresarial de la propiedad social», y la «interrelación entre mercado y planificación». Estos son los temas claves de la transición socialista. Al no considerar cercanos cambios hacia el socialismo en los países industriales, la construcción socialista desde el subdesarrollo debe crear el «hipotético modelo» partiendo del rico arsenal teórico legado por los clásicos del marxismo. Cita los cuatro tipos de propiedad empresarial que identifica como «vestigios del pasado pre-capitalista, la propiedad privada individual, asociada al productor por cuenta propia»; la presencia del capital: «la propiedad privada capitalista, sustento de ese modo de producción». Incluye la presencia del dueño que «explota a uno o más de obreros [...] hasta la de cientos de miles de dueños» (accionistas) dentro de las gigantescas sociedades por acciones. Las formas cooperativas de distintos grados de desarrollo en función del nivel en que se agrupan. Y la propiedad y gestión estatal, donde el aparato burocrático toma variables decisiones empresariales y otras las delega.

Para el autor, el problema que resolver estaría en la identificación del futuro socialismo en las tres últimas formas de propiedad para aglutinarlos en un solo tipo: «el socialista maduro». Concluye señalando, a propósito del plan, que la interrelación entre este y el mercado tampoco está lo suficientemente esclarecida. Valora errónea la contraposición entre plan y mercado. En la compra-venta y el empleo del dinero como factor mediador se halla la causa del mercado. La planificación atenuaría la anarquía, pero no sustituye el contenido mercantil donde se justifica, en última instancia, la producción.

Como epílogo, puede afirmarse que en momentos en que Cuba se aboca a la introducción de «cambios estructurales y de conceptos que resulten necesarios», los temas reunidos en *Cuba sin dogmas ni abandonos* resultan oportunos. Alumbran derroteros para el estudio de fórmulas que lleven a instrumentar nuevos mecanismos de dirección empresarial; sugieren peldaños superiores para la gestación de un modelo de dirección de la economía que responda a la realidad de los problemas que solucionar por la actual sociedad cubana; abre espacios para apreciar los retos implícitos en la globalización económica que nos dibuja el siglo XXI, así como para asumir los desafíos que pone ante el país la inserción en la economía internacional.

En busca de la cubanidad, de Eduardo Torres-Cuevas

Jorge Luis Acanda González

Profesor. Universidad de La Habana.

Hace varias semanas, Eduardo Torres-Cuevas me pidió que participara en esta presentación. Le agradecí la inmensa deferencia y acepté el encargo, pero le comuniqué una reserva: «recuerda —le dije— que no soy un historiador». Me respondió: «precisamente por eso».

Aunque él no lo sepa, su respuesta me sorprendió y me dejó pensando durante un buen tiempo. Después creí comprender sus razones para hacerme este encargo. Llegué a una conclusión que se asienta en la lógica de la reciprocidad: si puedo hacer la presentación de este libro sin ser historiador, es porque este no es el libro de un historiador. Quiero precisar un punto. Es un libro de historia; pero no el de un historiador. Al menos, no de uno típico, como manda el canon y la tradición.

Quiere el «calificador de cargos», desde hace tiempo presente en la teoría social, que se establezca una diferenciación estricta entre las llamadas ciencias sociales particulares y, por ende, entre sus cultores. Se han fijado

ramas del saber sobre la sociedad que se quieren diferentes y separadas unas de otras. Las delimitan fronteras infranqueables, límites rígidos y fijos. Tienen objetos de estudio disímiles, metodologías específicas, y lo más importante y lo peor de todo: lenguajes diferentes; o, como se suele decir, aparatos categoriales totalmente divorciados unos de otros. El resultado de este positivismo rampante y hegemónico en la ciencia social, ha sido la especialización estrecha, la incapacidad de la percepción de conjunto, la intraductibilidad de los lenguajes.

Ello ha conducido a dos carencias esenciales. Una, la de la visión de totalidad, del enfoque sistémico. La segunda, no solo la ausencia de valoración, sino el temor a la valoración. Las así llamadas ciencias sociales particulares se entienden a sí mismas como descripción objetiva de lo existente. Desde esa perspectiva, la historia es concebida como narración que busca la rigurosidad llevada hasta el paroxismo del detalle, conducida por la obsesión de una objetividad mal entendida como exclusión total del sujeto. Se busca la identidad total de lo narrado con lo sucedido.

Presentación del libro *En busca de la cubanidad*, de Eduardo Torres-Cuevas, en la Feria Internacional del Libro de La Habana, febrero de 2007.

Siendo así, la valoración necesariamente tendría que venir desde fuera, desde una cosa que se llama ideología, y que, por lo tanto, no tiene la respetabilidad de la ciencia. En la historia la moraleja la pone otro. No el historiador, sino el político, el sacerdote o el filósofo, tres profesiones que se entienden como carentes de la dignidad de la ciencia. Pero ocurre que cuando se narra la historia, máxime cuando se trata de períodos extensos, surge siempre la pregunta básica: ¿cuál es el sentido de todo esto?, lo cual nos lleva a la siguiente interrogante: ¿tiene la historia un sentido?

Es una pregunta que, como se decía antes, tiene bemoles. Porque tiene muchas implicaciones. Desde las de carácter más general hasta personales. La cuestión del sentido de la historia tiene que ver con mi historia individual, del sentido de la vida de cada persona. La pregunta sobre si mi vida personal tiene o no un sentido implica enlazar mi presente y mi futuro con mi pasado, pero no solo con el mío, sino con el de ese colectivo transpersonal que es mi pueblo y/o nación, al que pertenezco y me otorga rasgos de mi esencialidad. Siempre, en algún momento, todos nos hemos planteado esta interrogante: ¿han tenido sentido los esfuerzos, sacrificios, trabajos, renunciaciones, desgarramientos, que he experimentado en mi vida? Y más importante aún: ¿tiene sentido que los siga experimentando en mi futuro? Esta es la arista más dramática del problema de la identidad. Y en este caso, el de la nuestra. ¿Qué quiere decir «soy cubano»? ¿Es esta condición algo que se agota en lo epidérmico del gusto por el baile o los frijoles negros? ¿Es un mero accidente de la biografía de cada cual, de la que el individuo no solo puede, sino que está legitimado, despojarse como de un caparazón que le queda pequeño cuando se convierte en un obstáculo para alcanzar ventajas individuales? ¿Es la condición de cubano una pesada losa metafísica, un sino terrible que nos ha asignado alguna ignota instancia trascendente y nos obliga a ser de una manera, y solo de una manera, y a sacrificar nuestra individualidad en aras de una comunidad inventada? ¿O es la coartada perfecta para asumirlo todo desde el relajo, la superficialidad, el compadrazgo, que nos libera de la responsabilidad y nos autoriza al individualismo y al *guasabeo*? ¿Es la condición de cubano un instrumento político magníficamente perverso para justificar todo lo mal hecho —desde la nula impermeabilidad de un techo hasta el fracaso en la cosecha de malanga— utilizando el manido y falso recurso de nuestra idiosincrásica tendencia a pasarnos o no llegar?

Con estas preguntas, el hilo de mi discurso ha pasado de la ciencia a la política, y de esta a temas trascendentes que parecen muy filosóficos y obtusos. Pero nada más alejado de ello. Refieren disyuntivas que los cubanos todos, casi siempre sin darnos cuenta, no solo nos

planteamos, sino que resolvemos cotidianamente. Aunque no de la misma manera. Un ciudadano cubano cualquiera se levanta a las cuatro de la madrugada para poder realizar su trabajo, llegar puntual a su centro, cumplir con su responsabilidad, aunque su paga sea magra; mientras otro cubano se levanta a esa misma hora para marcar en la cola de un consulado extranjero, cambiar su nacionalidad y terminar jurándole fidelidad al rey de una dinastía que llenó su país de sangre y dolor. Una deportista cubana llora de emoción viendo su bandera, mientras otra no tiene pudor y renuncia a la suya para después recorrer el óvalo de un estadio enarbolando el pendón de la casa real que cobijó a los negreros que trajeron a latigazos a sus antepasados forzándolos como bestias a trabajar en los cañaverales. ¿Quién hace bien y quién hace mal? ¿O será que ninguno hace bien ni mal porque esos conceptos son demasiado difusos, imprecisos, y no son científicos? Dos preguntas esenciales e inexcusables. Pero, ¿a quién hacérselas?

Atrevámonos a planteárselas a las fermentadas ciencias sociales particulares, y veremos cómo se niegan a responderlas. Justamente porque esas preguntas apuntan a la cuestión del sentido de la historia, de la valoración de la racionalidad sistémica de los procesos y de las acciones. ¿Cuál es la ciencia social particular que nos responde sobre el sentido de la historia? ¿Cuál la que nos responde a la pregunta sobre el sentido de mi vida individual? Lo voy a poner de estas dos formas, para expresarlo más claramente: ¿valió la pena haberse tirado a la manigua, machete en mano, haber arrasado al país con la tea incendiaria? ¿Ha valido y vale la pena haberse enfrentado al imperio más poderoso, encarado la amenaza del exterminio nuclear y las consecuencias del bloqueo? Esa es una pregunta generalizadora que enfrenta a un pueblo con su pasado y su presente para poder decidir su futuro, y que además constituye el fundamento de esa otra pregunta que cualquiera de este país se puede hacer: ¿valió la pena sufrir la libreta, los apagones, los camellos, las colas, la estulticia insensible de tanto burócrata?

Ninguna de las ciencias sociales particulares querrá ni podrá contestar estas preguntas. Pero, afortunadamente, existe otro tipo de saber que no se enclaustra en la angosta cifra de lo particular, sino que comprende que el conocimiento teórico desde la exigencia de una visión totalizadora, puede cumplir con su tarea: describir y, sobre todo, explicar, valorar, y confrontar lo que es, desde la atalaya que brinda el modelo de un deber ser afinado no en lo volitivo, sino en la constatación de una racionalidad objetiva.

Es en esa línea que se mueve el pensamiento de Eduardo Torres-Cuevas. Y este libro, *En busca de la cubanidad*, cuyos dos primeros tomos hoy se presentan, trata sobre el fundamento que brindan estas categorías

de ser y deber ser, de racionalidad y de sentido. No son categorías típicas de la ciencia histórica positivista, sino de una teoría que conscientemente rompe con las separaciones artificiales y los falsos objetivismos y se plantea la necesidad de un pensamiento totalizador y valorativo. Es por eso que puede llegar a un replanteamiento del concepto de cubanidad, que de pieza de un discurso político demagógico, se torna en sus manos canon objetivo de evaluación y reafirmación.

Torres-Cuevas ha podido hacer lo que le está vedado al científico particular, porque ha recorrido una trayectoria académica personal nada ortodoxa. Comenzó por el área de Filosofía para después pasar a la de Historia en la Universidad de La Habana. Una trayectoria atípica para un historiador: su primer trabajo científico importante fue la elaboración de una antología del pensamiento filosófico medieval y de los textos introductorios. Esa antología y esos textos se han convertido en instrumentos que el tiempo no ha podido vencer, y que los alumnos universitarios consultan todavía hoy. Pero es justo reconocer que esa trayectoria no fue el resultado de una elección personal, sino de una decisión generada por la estulticia insensible de la burocracia: la decisión de cerrar aquel Departamento de Filosofía y desbandar a sus integrantes, un hecho con terribles consecuencias para el pensamiento filosófico y la enseñanza de la Filosofía en Cuba, pero también consecuencias muy duras en lo personal para Eduardo. Tal vez en ese momento, y en otros posteriores, se preguntó por el sentido de algunas cosas y por el que quería darle a su vida, más allá del camino pacato, vergonzante y sumergido en un cono de sombras que otros quisieron asignarle. Supo afincarse en su cubanía, en su amor a la Revolución cubana, para imponerse a tanta miseria humana, y emprendió una larga marcha de trabajo callado, cotidiano, muchas veces ignorado, en condiciones personales difíciles, para ir construyendo piedra a piedra este sólido edificio que representa su obra y que le ha valido, a la larga, un crecido reconocimiento.

De la misma forma que alguien pudiera cuestionarse que un no historiador presente este libro, algún otro pudiera dudar de la pertinencia de que evoque aquí este lamentable pasaje de la historia de la ciencia social cubana y de la vida de Eduardo. Pero no lo hago por ligereza ni por encono. En primer lugar, sería demasiado irónico que en la presentación de un libro de Historia se le virara la cara a la Historia. La ciber-esquina caliente de este veraniego mes de enero ha corroborado que las partidas de ajedrez con la Historia no se sellan jamás. Al toro de la Historia no se le maneja con quites; como orienta la vieja máxima, hay que agarrarlo por los cuernos. Y de eso hay mucho en este libro. De algo ya

hablé, y es de ese enfrentamiento al tema de la cubanía y la cubanidad, y de la habilidad y maestría con la que Eduardo Torres-Cuevas se mueve en este espinoso tema. Debo decir que sienta una escuela en su tratamiento. Ese papel fundador tiene algo que ver con su vida. Todo libro es una forma de objetivación de un autor. Comprender al libro es imposible sin comprender al autor.

Vinculado con esto hay otra cuestión peliaguda, otro escollo en nuestra historia que ha hecho zozobrar a más de un autor y de una tendencia historiográfica, y al que Eduardo le entra con la manga al codo. Me refiero al tratamiento de la significación e importancia que para nuestro devenir como nación han tenido figuras como José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero y Domingo del Monte. Todos conocemos la polémica que, desde hace algunas décadas, se centra en torno a su interpretación. La historiografía burguesa los adornó en exceso. Otra corriente, que se quiso marxista, y se creyó marxista, hizo *tabula rasa* con ellos y pasó al otro extremo. Parecía que solo se podía ser un pensador marxista si se les excluía del panteón nacional. Y es aquí donde reside otro mérito importante de la obra de Torres-Cuevas, que se recoge en este libro en tres tomos. Ha sido su historia de vida la que lo preparó para poder unir la acuciosa labor de investigación, lectura de documentos, y búsqueda de datos e información, con el conocimiento de un arsenal teórico que le ha permitido explicar la significación del papel de los ideólogos y las ideologías en el devenir nación de una masa humana, y la necesidad de encontrar criterios de valoración múltiples —pero no por ello encontrados—, que permitan establecer un dictamen sopesado. Es la propia complejidad de la formación de la cubanidad el elemento que le posibilita a Torres-Cuevas rescatar la utilización del marxismo en la interpretación de la historia de Cuba del dogmatismo y la unilateralidad y reconvertirlo en un instrumento para descubrir la compleja dialéctica de la vida.

Por todas estas razones, debemos saludar la iniciativa de recoger en una sola obra todos estos textos que Eduardo fue sembrando a lo largo de estos decenios para que le sea más fácil al lector su consulta. Y agradecerle a su autor la respuesta que se dio y se continúa dando todavía, día a día, sobre el sentido de su vida.

Del regreso de un libro

Reinier Pérez-Hernández

Editor: Fondo Editorial Casa de las Américas.

Resulta difícil medir el éxito de un libro. Generalmente, se toma en cuenta su recepción crítica, pero también el número de ventas que ha originado —que se incluye en las famosas listas de *best sellers*—, así como la cantidad de sus ediciones y reediciones. Por supuesto, libros de dudosa calidad han tenido un «éxito de ventas» total —cosas del «mercado»—, mientras que otros, de incuestionable valor literario o ensayístico, han pasado casi inadvertidos. Después de once años de publicado, y cuando ya sus mil ejemplares estaban agotados, reapareció en 2006 un singular volumen dentro de la literatura ensayística de Cuba: *Ella escribía poscrítica*, de Margarita Mateo Palmer.*

¿Quién era entonces y ahora la autora de ese libro? Investigadora literaria, profesora titular de la Universidad de La Habana, en 1989 se había dado a conocer con un libro —que también espera su reedición— sobre la trova tradicional cubana: *Del bardo que te canta*. Al año siguiente, reunió un conjunto de ensayos sobre literatura caribeña en *Narrativa caribeña:*

reflexiones y pronósticos. Le siguió el ya mencionado *Ella escribía poscrítica*, que marcó una pauta dentro de la labor escritural de su autora.

Desde entonces, Margarita Mateo siguió desempeñando su magisterio en aulas universitarias —y no tan universitarias— dentro de Cuba y más allá. Ha obtenido importantes galardones dentro y fuera de Cuba: en 2000, el Premio *Temas* de ensayo por «Paradiso: la lucha de Eros y Thánatos»; en 2002, el Premio Alejo Carpentier por *Paradiso: la aventura mítica*; en 2003, el Premio al Pensamiento Caribeño —que otorga la Universidad Autónoma de Quintana Roo, México— por *El Caribe en su discurso literario*, escrito junto con Luis Álvarez Álvarez; y en 2006, el Premio de ensayo UNEAC por *El palacio del pavo real: el viaje mítico*. Sin embargo, ha sido *Ella escribía poscrítica* el que mayores lecturas críticas ha despertado.

I

La Habana, 27 de mayo de 2000. Margarita Mateo Palmer recibe a Reinier Pérez-Hernández en el ambiente informal de su habitación.

* Margarita Mateo Palmer, *Ella escribía poscrítica*, Letras Cubanas, La Habana, 2006.

¿Pensas que *Ella* escribía poscrítica sea más atrevido que *Del bardo que te canta* y *Narrativa caribeña: reflexiones y pronósticos*?

Sí. Cuando quise hacer mi tesis sobre el análisis literario de textos de canciones de la trova, la idea sonó muy mal en la Universidad, no se consideraba un tema serio. ¿Cómo un graduado de Letras se iba a dedicar a eso? A mí me salva que Graziella Pogolotti acepta el tema y, además, acepta ser mi tutora. En términos académicos, esa elección fue un gesto irreverente, creo que era atrevido por el tema, no por la forma de tratarlo, que fue completamente tradicional, bastante ingenua, cándida. Algo similar pasa con *Narrativa caribeña*. En ese libro trato de analizar esa literatura, que es considerada menor, al mismo nivel de la latinoamericana. Es decir, se trata de una literatura sobre la cual existían y siguen existiendo prejuicios. Pero en realidad, tampoco hay un cambio renovador en cuanto a la crítica.

¿Cómo valoras, entonces, ese cambio que proyecta *Ella* escribía poscrítica?

Creo que en *Ella escribía poscrítica* tengo mucha mayor libertad para expresarme. Es como si todo lo que hubiera escrito anteriormente lo hubiera hecho con orejeras; o sea, con un camino trazado de antemano del cual no debía salirme. Un detalle: ninguno de mis dos primeros libros está dedicado. Yo sentía durante esa época que el crítico debía estar ausente del texto, que la crítica literaria debía ser un ejercicio completamente objetivo y que para el autor de ese discurso, para el sujeto que lo escribía, era un atrevimiento mostrarse, meterse y aparecer... una especie de egocentrismo. No era un problema de modestia, sino de considerar que quien escribía era una especie de abstracción, que no debía tomar partido, pues buscaba una objetividad, trataba de demostrar y de explicar todo, pero lo personal no debía aparecer. La voz del crítico estaba completamente anulada, hasta el punto de que los dos libros no tienen dedicatoria alguna. Es como si yo tratara de esconderme y lograr el efecto de que quien hace ese discurso es una entelequia muy objetiva y científica, que domina el tema y lo explica, pero sin ninguna pasión, sin ninguna idea audaz. Si aparecía alguna, tratar de fundamentarla mucho, sin darme el lujo de equivocarme, buscando una veracidad, tratando de escapar del impresionismo, del apasionamiento con el tema o de dar un criterio que más o menos le viene a la mente a uno, pero que no lo tiene fundamentado. Las afirmaciones que hacía tenían que estar muy bien estudiadas, muy digeridas, ser aspectos sobre los cuales yo hubiera llegado a una opinión tal que hubiera podido defenderla hasta delante de la Inquisición.

¿Qué valor tiene este libro en tu trayectoria como crítica, profesora e investigadora?

La máxima; por ejemplo, a *Del bardo que te canta* ahora le veo muchos defectos. Fue terminado en 1976 y no apareció publicado hasta 1988, más de diez años después de haberse escrito. También hay algo más, ahora que pienso en la forma de hacer la crítica en esa época. Era como si uno fuera un instrumento que facilitaba el trabajo a los demás. Es decir, si yo había estado tantos años haciendo entrevistas y estudiando, ese conocimiento tenía que transmitirse, y era más importante su trasmisión que la forma de expresarlo. Era como una entrega, un ponerse en función de los demás; mientras que en *Ella escribía poscrítica* soy más yo; me desentiendo un poco de las cosas. Si algo no queda muy claro, pero me gusta como está escrito, lo dejo. No me siento en la necesidad de ser didáctica, de que se entienda exactamente lo que quiero decir, de no ser sugerente, sino explícita.

¿Han influido algunas corrientes de pensamiento teóricas en tu forma de pensar la crítica literaria y la literatura?

Creo que no. Influye lo que llega dentro de la misma época, aunque uno no lea los libros. No soy dada a leer textos de teoría. Cuando dije en la presentación del Grupo de estudios teóricos, de la Facultad de Artes y Letras, aquel 3 de febrero de 2000, que no era una teórica ni me interesaban mucho los problemas teóricos de la literatura, era cierto; me interesa más el trabajo directo con el texto y me pierdo mucho en el mundo de la teoría. Lecturas de ese tipo realmente tengo pocas, las indispensables, es un tema que ni me interesa ni me apasiona. Pero, de todas maneras, creo que las influencias te llegan a través del mismo entorno. En *Ella escribía poscrítica* sí tiene que haber influido todo lo que leía sobre el posmodernismo. Está claro que lo que iba leyendo me iba nutriendo, y creo que me ayudó también el hecho de que acababa de terminar la tesis doctoral sobre el mito en Lezama Lima y Wilson Harris, que es el primer libro con el cual me siento realmente satisfecha. Cuando terminé la tesis me sentí muy tranquila. Sentí que lo que había hecho era bueno. Eso me dio mucha seguridad. Creo que si no llego a haber escrito ese tercer libro, no sale la *Poscrítica* como salió. Porque mi tesis de doctorado fue un libro como de cuatrocientas páginas, y supe que, efectivamente, podía vencer ese monstruo que es *Paradiso*, que era Lezama, y hacerlo de una manera original. Fue una verdadera experiencia de aprendizaje. En las influencias quizás podría mencionar el hecho de haber estado en contacto muy directo con la obra de Lezama, como algo que me sacude. Y paralelamente está Cortázar. Ambos estarían entre esas influencias, son los dos autores que más he trabajado y estudiado —y disfrutado, desde luego—, y ese contacto deja una huella, algo se te pega de alguna manera.

¿Acaso hay algo de Cortázar en la concepción de *Ella escribía poscrítica*?

Creo que directamente no. Pero cuando hago *Ella escribía poscrítica* ya me había leído su obra completa. Ya había estado trabajando en el archivo de Poitier; conocía perfectamente su obra y su pensamiento, su forma de enfrentar la literatura, que es absolutamente irreverente y transgresora. Y aunque no lo racionalice, eso está ahí, como también está esa soltura de Lezama, su capacidad para moverse con una libertad enorme desde el punto de vista creador.

¿A qué se debe que en un espacio crítico usted inserte ficción?

Creo que tiene que ver con el hecho de que esa ficción está relacionada de alguna manera con la misma temática que se está trabajando. No son ficciones ajenas a la esencia del libro. El mundo de Surligneur, digamos, está muy vinculado con los temas literarios que se están analizando. Hablando contigo ahora se me aclara eso. Creo que ese aspecto es importante. En *Ella escribía poscrítica*, de alguna manera, siento que el crítico es un sujeto con determinadas vivencias, insertado en un determinado mundo que es el telón de fondo. Algo como lo del escritor a la vista —saltando las distancias— y entonces casi todos los elementos de ficción aparecen... No sé, Reinier... Vuelve a hacerme la pregunta.

Lo que pregunto es si responde a una función determinada el juego entre ficción y crítica literaria. ¿Hay detrás de este juego interdiscursivo algún «significado», sea o no oculto?

Me parece que no, a no ser el de que la ficción está relacionada con todas esas nociones sobre lo literario, con el discurso posmoderno... Vuelvo ahora a esa idea sobre el cambio que se me ha metido en la cabeza. Todo discurso responde a una persona que lo arma, que lo ve, por lo tanto esa persona tiene un mundo que siempre esconde detrás de un telón y en *Ella escribía poscrítica* se está descorriendo el telón.

¿Cuáles son para usted los límites entre literatura crítica y literatura artística?

Para mí están bastante definidos, porque sigo pensando que la crítica debe tratar de ser objetiva, de buscar y hallar una verdad. A pesar de todo, esa concepción me sigue marcando. Cuando escribía *Del bardo que te canta*, estaba convencida de que esa era la verdad absoluta sobre ese fenómeno de la trova tradicional. Investigué tanto, leí tanto, entrevisté a tantas personas, que estaba convencida de que estaba presentando una verdad. Lo mismo cuando escribí sobre Claude McKay. Ahora tengo una postura más abierta. No hay búsqueda de una verdad. Hay una idea mía que puedo fundamentar más o menos, pero a la larga puede haber miles de verdades. No es el afán de buscar lo último, lo trascendente, lo que define... Los límites siguen existiendo, pero menos marcados que antes. Incluso, en lo que estoy escribiendo ahora,

que por el momento se me ocurre llamar *Gelsomina*, está muy bien delimitado lo que es ficción de lo que es crítica.

¿No hay alguna contradicción en esas palabras?

Seguramente debe haberla. Te diría que, a diferencia de lo que sucedió con los libros que escribí antes de *Ella escribía poscrítica*, cuando no me preocupaba tanto por la belleza del lenguaje, ahora, para mí, es muy importante. Al escribir crítica, quiero que ese lenguaje tenga un valor estético en sí mismo. Eso no lo apreciaba antes. El lenguaje era un vehículo para transmitir ideas y tenía que ser sintácticamente correcto, ser un lenguaje claro, que llegara al lector. No había esa preocupación por un estilo que ahora sí tengo cuando escribo crítica.

¿Cómo marcarías los límites, las distinciones entre literatura y crítica?

La crítica está obligada a analizar un fenómeno y dar un juicio lo más objetivo posible. Mientras que la literatura sería expresión de la subjetividad, vuelo de la imaginación...

¿Aunque también analice fenómenos?

Exacto. Ya la literatura es ficción, en el caso de lo que yo he hecho hasta ahora no es tanto ficción como testimonio, encubierto tras la máscara de la ficción. Pero es algo que sale de ti mismo, y de tus experiencias. La crítica es lo contrario, tú miras hacia el texto y entonces hablas en función de lo ya escrito, mientras que en la literatura ya tienes del lado de acá lo que vas a decir, y lo llevas al texto.

II

No hace mucho, leí que «la ficción es aquella mentira que suena más verdadera que la realidad». Me he quedado con esas palabras, que resuenan cuando escucho en mi cerebro la voz escrita de Jorge Fornet afirmando que son los críticos quienes hacen la literatura, y no los escritores —ellos, con total evidencia, son los hacedores de los libros. En 2006, la Editorial Letras Cubanas republicó *Ella escribía poscrítica*, un título que ha llamado poderosamente la atención. Tal vez sea exagerado afirmar que podría ser uno de los libros de crítica cubanos de finales del siglo xx más asediados por la misma crítica literaria. Entre 1997 y 2003 —en siete años— el libro recibió la atención de nueve autores,¹ quienes le dedicaron ensayos —parcial o totalmente—, reseñas, artículos y capítulos de libros con la intención de valorar ese «unicum de Margarita Mateo Palmer», como diría Luisa Campuzano,

en que se funden ensayo y ficción para exorcizar desde el abordaje de diversas manifestaciones culturales y el análisis de poéticas y pensamiento contemporáneos, no solo los demonios de la azarosa contemporaneidad en que se producen

En 1995, la Editora Abril publicó, en su colección Por Amor, este libro. Ahora, once años después, lo hace Letras Cubanas, con amor y en una versión corregida. Este es el regreso de un libro.

o se discuten estas textualidades y estos temas, sino del entorno vital desde el que escribe y sobre el que también reflexiona la autora, omnipresente en sus distintas *personae*.²

Para muchos, su primera aparición, en 1995, constituyó un acontecimiento en los predios literarios de la mayor de las Antillas. Sus páginas se asomaban a un tema que en Cuba, a mediados de los 90, aún se hallaba en ciernes: el posmodernismo y la literatura. Pero esto no era lo único. La autora no solo se abría a ese tema, sino que también se desplazaba por manifestaciones como el *graffiti* y el tatuaje, tan poco visitados por la academia y la crítica de entonces. El libro se iba conformando dentro de un entramado ensayístico y crítico literario que, a su vez, articulaba una compleja estructura ficcional. Era el colmo. El sujeto de la crítica coexistía con personajes, que a su vez eran máscaras o *alter egos* de este. Al lado de un ensayo sobre Lezama Lima o Cabrera Infante, se narran los avatares, disputas y aventuras —en La Habana o en Europa, en un tren insular o en uno peninsular— de unos personajes con nombres como Dulce Azucena, Surligneur-2, La Feminista Desatada y El Abejorro. La crítica y la ficción hallaban lugar en las páginas de un mismo libro. ¿Cómo entender este procedimiento? ¿Qué créditos podría tener su ubicación en un mismo espacio? El libro es provocador, contradictorio, crítico. Que una académica —y no lo digo en tono peyorativo, como se acostumbra— decida incurrir en la ficción no es nuevo; pero, como si no bastara, que incluya sus «ficciones» en un libro sobre el posmodernismo y la literatura, es harina de otro costal. No hablo, aclaro, del empleo de procedimientos literarios o de la colocación en la escritura de la crítica literaria de formas estilísticas propias de la literatura, como muchas veces se piensa en libros como *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, de Fernando Ortiz.

Desde fecha tan temprana como 1997, los críticos subrayaron el carácter transgresor de *Ella escribía poscrítica*. Idalia Morejón Arnáiz comenzó por destacar su valor fundador para la literatura crítica cubana y el hecho de ser uno de los primeros textos que hablan del posmodernismo cubano desde el posmodernismo. Pedro de Jesús retrató la angustia que le provocaba ese gesto escritural en un ambiente en el que parecía condenado al fracaso. Alessandra Riccio, por su parte, destacó su proyección contradiscursiva dentro del canon literario; y José Antonio Baujín lo consideró

imprescindible para el estudio de la cultura cubana con enfoques teóricos contemporáneos.³ En años posteriores otras personas irían plasmando miradas coincidentes, pero a la vez divergentes. En 2000, Marta Lesmes y Nara Araújo lo valoraron dentro de la producción crítico-literaria femenina y de los estudios de género. Si para Marta el libro se constituía como ejemplo de ambivalencia, al dirigirse desde y contra la Academia; para Nara la transgresión que supone el libro establece un vínculo muy estrecho con lo femenino. Y en una cuerda similar se insertan los juicios de Belén Castro Morales y Rosa María Grillo, investigadoras que, desde Europa, llamaron la atención sobre él.⁴ Con tal recepción crítica, el libro parecía esperar una segunda edición, toda vez que la primera estaba completamente agotada. Por otra parte, «La poscrítica», como ya se ha hecho habitual llamarlo, seguía despertando interés entre una generación más joven de lectores que, por diferentes vías, había escuchado hablar de *Ella escribía poscrítica*, cual si fuera un mito.

Esto no pretende, ni por asomo, convertirse en un ensayo que busque las claves discursivas de un libro, ni tampoco responder a la pregunta sobre su ser mítico. Ya intenté alguna respuesta en este sentido en «Sobre *Ella escribía poscrítica*».⁵ Prefiero desviar un poco la atención hacia la voz de Ínclita de Mamporro, una de las estudiosas más agudas que ha tenido la obra de Margarita Mateo Palmer, quien, a la vez, ha sido determinante en la propia constitución de la «poscrítica», a partir de su artículo «Ella NO escribía poscrítica: exorcizaba sus demonios».⁶ Su autorizada voz, sin embargo casi inédita, yace dentro de ese gesto crítico. De esta manera dejaré algunas señas de lo que fue y es *Ella escribía poscrítica*, un libro que tiene que seguir siendo revisado y releído, no solo por representar un paradigma de la contradicción en la escritura misma, sino también porque la afirmación que muchos hemos hecho de que es fundacional y renovador para la ensayística cubana no deja de ser muy seria.

En un artículo no publicado, la investigadora Ínclita de Mamporro hizo hincapié en el juego de las identidades que propone la poscrítica, juego en el que se verifica la difuminación de la identidad del sujeto autoral:

Las voces e identidades no se superponen, sino que coexisten con sus contradicciones, sus diferencias y sus comunidades. Son voces que se ceden unas a otras en un

juego donde el objeto lee al sujeto; en un juego donde la crítica y la teoría leen a la literatura y donde la literatura las lee a ellas; en un juego en el que se borran las fronteras, las identidades y, al decir del crítico puertorriqueño Julio Ramos, el «imperativo genérico disciplinario» de la crítica literaria. Juego *diferente* en el que se exige llevar a su total libertad la presencia de unas y de otras formas de ser.⁷

Este libro vuelve nuevamente a los lectores. Regresa al estrado público y privado, al público lector que lo ha leído, al que lo conoce de oídas o a aquel que no lo conoce... así de simple. Regresa un libro que parece no agotar sus lecturas, y del que deseo que no se agoten sus lecturas. Un libro antillano, caribeño; en el que no solo es importante lo que dice sobre la narrativa cubana y el posmodernismo, sino también la acción, la gestualidad, el movimiento que su retórica escrituraria y performativa provoca. Un libro en el que la escritura y el discurso crítico se hacen *performance*, que permite sobrepasar en la escritura, y también más allá de ella, la manera en que el texto se expresa. Un libro, en fin, que borra con la mano lo que el cielo va pintando.

En el año 2005 Margarita e Ínclita visitaron Bocambuí. Allí Margarita le confesó: «El corazón es también isla, tambor, LIBRO, digo yo». E hizo énfasis en la palabra *libro*. Este libro que ahora regresa es corazón: es motor de gran parte de la felicidad que le ha tocado vivir y tener a Margarita Mateo Palmer en el reino de este mundo.

Con esta nueva edición de *Ella escribía poscrítica*, dicen los editores, se ha preparado una multimedia, titulada *De la piel y la memoria. Museo de la poscrítica*. No voy a anunciar el contenido exacto de un material tan exquisito y en el que podrán hallarse imágenes de su primera y performática presentación —ocurrída el 6 de noviembre de 1996—, además del documental que sobre el tatuaje realizara Margarita Mateo en 1995 y que luego le sirviera para la redacción del capítulo sobre el tema que incluye en ese libro. Y fuentes que no revelo comentan que esa multimedia también incorpora documentos textuales y gráficos inéditos, no pocas y escandalosas revelaciones relacionadas con el proceso de creación de un libro que, amén de reflexionar sobre el discurso narrativo cubano y sus valores en medio del tema del posmodernismo, juega con las identidades.

En 1995, la Editora Abril publicó, en su colección Por Amor, este libro. Ahora, once años después, lo hace Letras Cubanas, con amor y en una versión corregida. Este es el regreso de un libro.

III

La Habana, 12 de abril de 2006. Han pasado once años desde la primera publicación de Ella escribía poscrítica. Margarita Mateo Palmer y Reinier Pérez-Hernández se vuelven

a encontrar. Reinier le lleva un formulario de preguntas muy similar al que le enseñara seis años atrás. La habitación los vuelve a acoger con la misma complicidad que el ambiente informal propicia. Pero, sobre la misma mesa de trabajo, la grabadora recoge otras respuestas.

¿Piensas que Ella escribía poscrítica sea más atrevido que Del bardo que te canta y Narrativa caribeña: reflexiones y pronósticos?

Absolutamente. En mi obra inicial están ausentes por completo los problemas y las experiencias del sujeto de la crítica. Quizás esos dos libros son atrevidos por los temas que abordan, sobre todo el de la trova tradicional, pues era esta una temática bastante alejada entonces de los intereses de la academia. Incluso en *Paradiso: la aventura mítica*, que fue escrito como parte de mi tesis de doctorado, es decir, antes de *Ella escribía poscrítica* (aunque fue publicado mucho después), mi escritura es bastante convencional en términos de la presencia del sujeto que escribe.

¿Cómo valoras, entonces, ese cambio que proyecta Ella escribía poscrítica?

Lo veo como una necesidad expresiva en un momento dado de mi vida y de mi experiencia profesional.

¿Vincularías a Ella escribía poscrítica con la crítica impresionista?

Sí y no. No consideraría impresionista la parte teórica, el análisis de los textos concretos, pero siento que el resultado general del libro, su tono y desenfado, sí tienen que ver con algunas coordenadas del impresionismo.

¿Y qué valor tiene ese libro en tu trayectoria como crítica, profesora e investigadora?

Ese es el libro que más satisfacciones me ha dado y el que más he disfrutado mientras lo escribía. Luego me sorprendió que tuviera tan buena acogida. Me refiero no solo a la recepción de la crítica, sino sobre todo a los comentarios que de tú a tú me fueron haciendo los más disímiles lectores. En mi trayectoria como crítica e investigadora creo que marca un momento de madurez y de cierta confianza en mí misma.

¿Han influido algunas corrientes de pensamiento teóricas en tu forma de pensar la crítica literaria y la literatura?

Creo que las mismas concepciones teóricas sobre la posmodernidad han tenido bastante influencia en mi modo de ver la literatura. Seguramente hay otras muchas influencias, pero yo no sabría señalarlas.

¿Acaso hay algo de Cortázar y de Lezama en la concepción de Ella escribía poscrítica?

Mi zambullida en la obra de Lezama fue una experiencia profunda y liberadora. Me puse en contacto con una fuerza creadora tan desmesurada que muchas nociones establecidas se removieron en mí. Creo que si no hubiera tenido esa experiencia liberadora no

hubiera escrito mi libro de ese modo. El mundo lezamiano es tan fabuloso y a la vez tan apegado al acontecer cotidiano, a la idiosincrasia del cubano, tiene tanto de humor y de parodia, que es difícil que el contacto directo y prolongado con su obra no me haya influido. Lo mismo sucede con Cortázar, un escritor transgresor e irreverente. Nunca me cruzó por la mente, mientras estaba escribiendo la poscrítica, que su estructura tuviera que ver con textos como *La vuelta al día en ochenta mundos* o *Último round*. Sin embargo, esas lecturas estaban ahí. No es que las tomara conscientemente como modelo, pero ese desenfado estructural y genérico de un Cortázar era ya parte de mis experiencias literarias.

¿A qué se debe que en un espacio crítico usted inserte ficción?

Vuelvo a lo mismo. Responde, creo yo, a una necesidad expresiva. De hecho la ficción entró poco a poco, de manera aparentemente casual, lo cual no quiere decir que no haya respondido a una necesidad. Ya lo conté una vez: estaba trabajando una noche cuando se fue la luz y entonces, en medio de esa oscuridad, escribí de un tirón lo que ahora es el posprólogo. Lo escribí sin ninguna intención de incluirlo en el libro. Pero poco a poco la idea de esos testimonios y ficciones empezó a cobrar fuerza. Entonces se me ocurrió abrirle espacio a un sujeto de la crítica, un personaje que iba a ser creado tomando como modelo a Redonet. El libro se hubiera llamado entonces *Él escribía poscrítica*. Ese fue el título inicial del libro. La figura de Redonet, su trabajo como crítico literario, su peculiar personalidad, me motivaban mucho para lo que pensaba hacer. Me costaba trabajo, sin embargo, situarme en su punto de vista y en sus circunstancias concretas, y así fue como apareció el sujeto femenino del libro. Como ves, hubo una serie de mediaciones antes de que la escritura asumiera el tono y la forma que tuvo. Sin embargo, después de estos tanteos iniciales me expresé con mucha libertad.

¿Responde a una función determinada el juego entre ficción y crítica literaria. ¿Hay detrás de este juego interdiscursivo algún «significado»?

Es muy probable que responda a alguna función, pero yo no sabría decirte a cual, a no ser —¡otra vez!— la función expresiva que ya te comenté. De todos modos, sí hay un juego entre los temas de la parte ensayística y los de las ficciones. Se interpenetran, se interrelacionan, se parodian, en fin, es como si las partes ficcionales amplificaran en otro tono y en otra dimensión los mismo temas. Un especie de recurrencia, pero traducida a otra forma.

¿Cuáles son para usted los límites entre literatura crítica y literatura artística?

En estos momentos esos límites para mí son bastante borrosos. Cada vez veo una fluidez mayor entre diferentes géneros literarios. Te diría incluso que,

en estos momentos, siento que las convenciones genéricas establecidas se distancian demasiado de la literatura que se está escribiendo. Siempre las fronteras genéricas han sido un poco casillas en las que la obra concreta suele entrar a empujones, pero últimamente percibo más fuertemente ese fenómeno.

¿Cómo marcarías los límites, las distinciones entre literatura y crítica?

La preguntita se las trae. Le di la vuelta a la anterior, pero me vuelves atrapar con esta. Pues bien, obligada a responder te diría que en estos momentos no veo claramente las diferencias, incluso a nivel de crítica, para no hablar del ensayo, ese centauro de los géneros donde, según Alfonso Reyes, hay de todo y cabe de todo.

¿Con qué tipo de puntadas Surligneur-2 cosía el uniforme de tae-kwon-do del Abejorro?

Surligneur hacía su mejor esfuerzo por coser el uniforme de lona. Se había buscado una aguja grande, un hilo fuerte, y trataba de remedar las puntadas de una máquina de coser. Estaba convencida de que una madre debía emprender esa tarea con eficiencia, pero en realidad la costura no era su fuerte. En una ocasión, al hacer un dobladillo había cosido el vestido a la bata de casa que tenía puesta. Para mayor desgracia, ese accidente ocurrió delante de su primera suegra, que la miró con un retintín de sorna y desprecio. No quería ver esa mirada en los ojos de su hijo, y se esmeraba en cada puntada, la aguja penetrando en el lugar exacto de la lona, horadando la tela en línea recta, cada fragmento de hilo derecho, como trazado con una regla por un dibujante muy diestro, todos del mismo tamaño: un verdadero primor esas costuras en las que invertía un tiempo y una energía enormes.

¿En la playa de Bocambuíla, cómo se tiraba Dulce Azucena: de cabeza o de pie?

Dulce Azucena se lanzaba de cuclillas, de cabeza, de costado, de espaldas, de pie. Hecha un bulto, un amasijo informe de carne, desasida de su cuerpo se lanzaba. Para ella lo importante era lanzarse, difuminarse en el agua, huir de sí misma porque estaba padeciendo un profundo mal de amores. Tenía el corazón muy herido y no sabía cómo lo iba a curar. Por suerte estaba alojada en la misma habitación de Redonet y él le daba sabios consejos que apaciguaban un poco su ánimo.

¿Cuántos baños con cascarilla y albahaca se dio Dulce Azucena para limpiarse del polvazo que le echaron?

Surligneur no le permitió a Dulce Azucena hacerse ningún despojo, ni darse los baños con cascarilla que le habían recomendado. Ella era demasiado racional e incrédula como para permitirse/le esos excesos. La pobre Dulce Azucena estaba demasiado apabullada para tratar de imponer su voluntad. De ahí que las desgracias, lejos de disminuir, aumentarían.

¿Qué hizo Surligneur-2 con el kriss alfánjico de aquel bandido guyanés con que se tropezó en el camino?

En realidad nunca se lo pudo quitar, aunque sí le salvó la vida al simbático y simpático marinero que entonces, además, era su amante. El bandido guyanés huyó con kriss alfánjico y todo, incluida la cartera con la cual Surligneur lo golpeaba desesperadamente. El simbático marinero solo recibió un tajo en el brazo gracias a tan efectiva y valiente intervención del personaje femenino. Entonces regresaron al barco, que estaba anclado en las riberas del río Demerara, donde el marinero fue curado de su herida. Cuando esa misma madrugada Surligneur regresó al Park Hotel, escoltada por media tripulación del Tania, encontró, en el lugar donde se habían desarrollado los hechos, tirados en la hierba, su monedero, los espejuelos y los casetes con las entrevistas que le había realizado a Denis Williams, el autor de *Other Leopards*. Sus carterazos no solo espantaron al bandido, sino que dejaron caer al piso y pusieron a buen recaudo sus más apreciadas pertenencias. A partir de entonces, Surligneur no se aventuró más a regresar tarde en la noche a su habitación del hotel: pernoctó reiteradamente en el camarote de su amado, escondida como un polizonte, hasta que los rayos mañaneros y los vaivenes del río los sacaban de su letargo amoroso. Pero la ficción es la ficción y en esta era más efectivo que Surligneur arrebatara al bandido —un fornido ejemplar de seis pies— el arma del delito.

¿Era sexy Nazir?

Sí lo era. Mucho. Nunca recriminaré lo suficiente a Surligneur-2 por haber dejado escapar de sus manos esa maravillosa oportunidad que se le presentó inesperadamente. Desde luego que debió de haber hecho el amor con el árabe en los asientos del tren Irún-Madrid. Dejar que el moro lujurioso la colmara de arábigo erotismo y le transmitiera el ardor de una frente de la que se desvía su negro cabello. Son oportunidades únicas, que no se vuelven repetir. En un texto que escribí posteriormente, no publicado todavía, aparece un personaje femenino, Gelsomina, que se desquita de Surligneur en un intenso encuentro sexual con un jamaicano, también en el vagón de un tren. Evidentemente para mí los ferrocarriles tienen una endromuria muy especial, un halo erotizante. De hecho, cada vez que tengo sexo oigo el traqueteo de las ruedas de un tren. A fin de cuentas no sé si lo que me lleva al éxtasis es la pericia del amante o el sonido que me invento.

¿Que calificación le dio la profesora a Jorge Brioso en el examen de 4to Letras?

La profesora le hubiera dado evaluación de excelente, pero realmente Brioso nunca fue alumno suyo en cuarto año. Tuvo que abandonar la Escuela de Letras

antes por faltas de asistencia a clases. Sin embargo, el texto que aparece en el libro sí fue escrito por Brioso como respuesta a la pregunta que sí le fue formulada. Yo había mantenido, a través de Redonet y Teresa Delgado, el contacto con Brioso después que ya había dejado la Escuela y se me ocurrió un día hacerle la pregunta.

¿Quién crees que se haya robado el número 23 de la revista Puro Cuento, donde aparece «Variaciones sobre la postmodernidad», de Giardinelli?

Siempre he pensado que fuiste tú.

Notas

1. Los menciono en el orden en que fueron apareciendo sus textos: Idalia Morejón Arnáiz, Pedro de Jesús, Alessandra Riccio, José Antonio Baujín, Marta Lesmes Albis, Nara Araújo, Belén Castro Morales, Rosa María Grillo y Pedro Pérez Rivero.
2. Véase Luisa Campuzano, «Doxa y paradoxa: Estudios de género y narrativa de mujeres en la Cuba de hoy (segunda parte)», Texto leído en un encuentro del GT *A Mulher na Literatura* y la Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Letras e Linguística, celebrado en Gramado, 2002. Aparece recogido en www.amulhernaliteratura.ufsc.br/artigo_luiza.htm.
3. Véase Idalia Morejón Arnáiz, «Ella escribía poscrítica», *Unión. Revista de Literatura y Arte*, a. IX, n. 26, La Habana, enero-marzo de 1997; Pedro de Jesús López, «Proyecto para presentar un libro», *La Gaceta de Cuba*, a. XXXV, n. 2, La Habana, marzo-abril de 1997; Alessandra Riccio, «Inquinando l'ordine del discorso», *Legendaria*, a. I, n. 5, Roma, septiembre-octubre de 1997; José Antonio Baujín, «Una re-creación posmoderna del topos del ensayismo», *Universidad de La Habana*, n. 247, La Habana, enero-diciembre de 1997.
4. Véase Marta Lesmes Albis, «¿Salamanca no da lo que natura no otorga? Notas sobre la producción crítico literaria de las mujeres en los noventa», *SIC*, n. 6, La Habana, enero-marzo de 2000; y Nara Araújo, «Repensando, desde el feminismo, los estudios literarios latinoamericanos», *La Gaceta de Cuba*, n. 4, La Habana, julio-agosto de 2000. Así como, Belén Castro Morales, «Crítica y posmodernidad en Cuba. La poscrítica de Margarita Mateo», *Revolución y Cultura*, n. 6, La Habana, noviembre-diciembre de 2000; Rosa María Grillo, «Feminismo y posmodernidad en *Ella escribía poscrítica*, de Margarita Mateo», en Domenico Antonio Cusata y Antonio Melis, eds., *Homenaje a Hernán Loyola*, Andrea Lippolis Editore, Messina, 2002.
5. Reinier Pérez-Hernández, «Sobre *Ella escribía poscrítica*», *Unión. Revista de Literatura y Arte*, n. 46, La Habana, abril-junio de 2002.
6. Véase en *Unión. Revista de Literatura y Arte*, a. IX, n. 26, La Habana, enero-marzo de 1997. También se recoge en la edición de *Ella escribía poscrítica* hecha por la Editorial Letras Cubanas. Sobre Íncita, y también sobre Margarita Mateo, recomiendo la lectura de Jorge Ángel Pérez, «Ella prefería los márgenes», *La Gaceta de Cuba*, n. 6, La Habana, noviembre-diciembre de 2006.
7. Íncita de Mamporro, «Del regreso de un libro». Inédito.